

GLORIAS  
DE  
SAN JOSÉ

A. ROQUE

E. J. M. S.

SUMMA  
GLORIAS  
DE  
SAN JOSE



JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

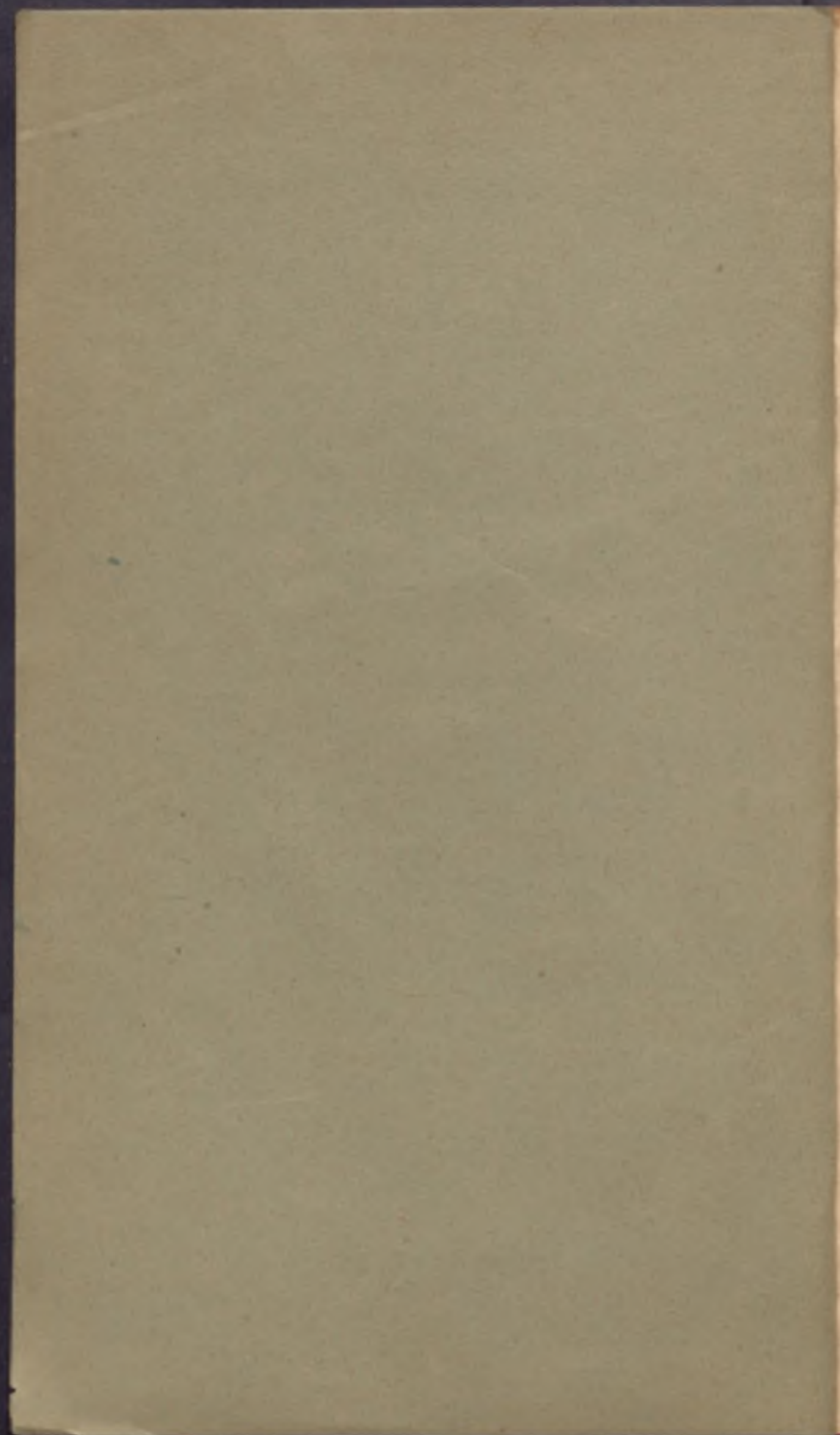
Libros depositados en la  
Biblioteca Nacional

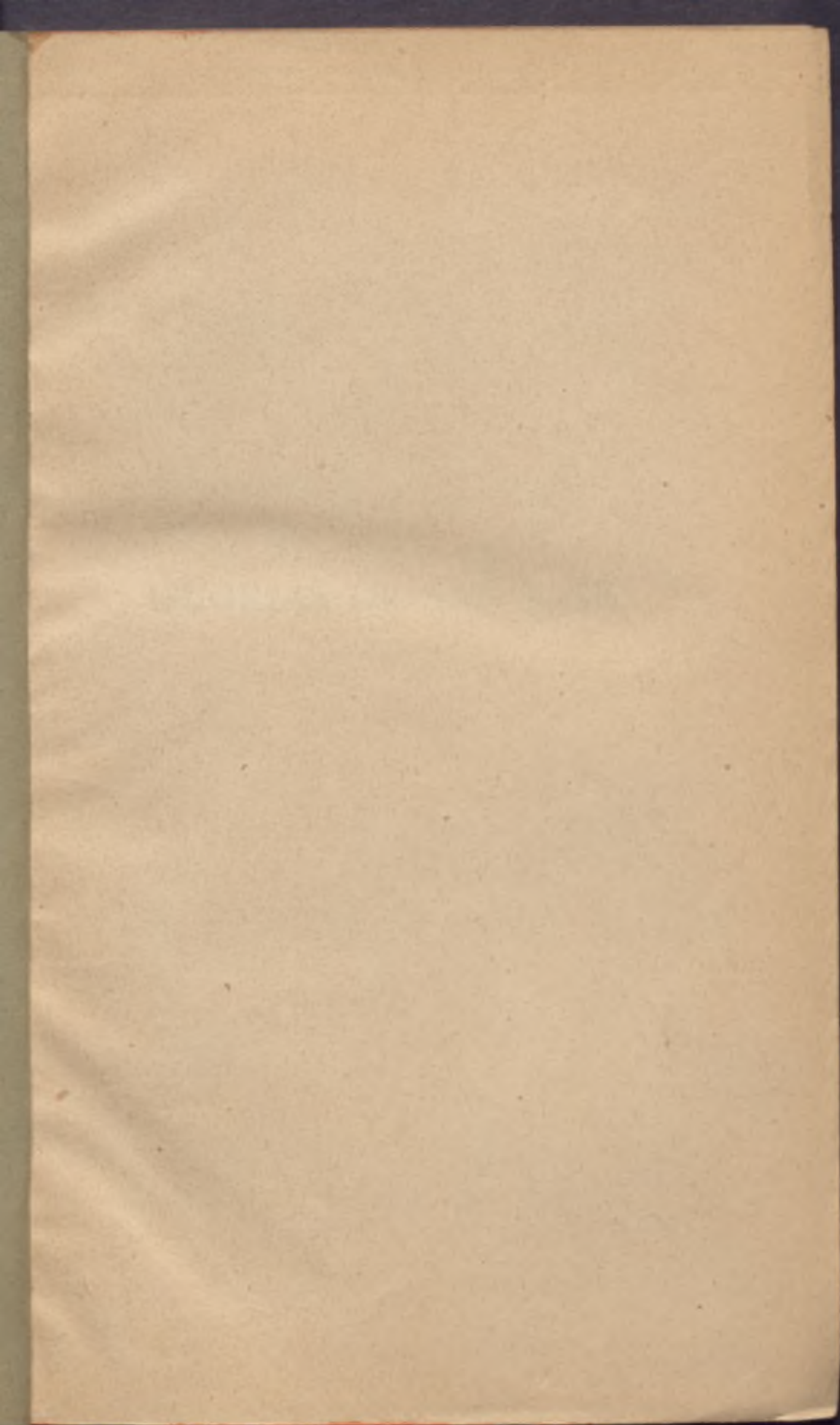
Procedencia

**F Madrazo**

N.º de la procedencia

Mad / 563







GLORIAS DE SAN JOSÉ

---



GLORIAS DE SAN JOSÉ

GLORIAS  
DE  
SAN JOSÉ

ESCRITAS

POR EL P. FRANCISCO J. BUTIÑA

DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

IMPRESO EN LA IMPRENTA DE LA V. É. H. DE J. SUBIRANA

CON LICENCIA



BARCELONA  
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA V. É. H. DE J. SUBIRANA  
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, 16  
1889

GLORIAS

DE

SAN JOSE

ESCRITURA

POR EL P. FRANCISCO J. BUTRY

EN LA CATEDRAL DE SAN JOSE

QUEDAN RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD

CON LICENCIA

BARCELONA

IMPRESA Y LIBRERIA DE LA V. D. DE J. MONTANA

CALLE DE LA TRINIDAD, 12

1888

63611



## LICENCIA

DEL

REVERENDO PADRE PROVINCIAL

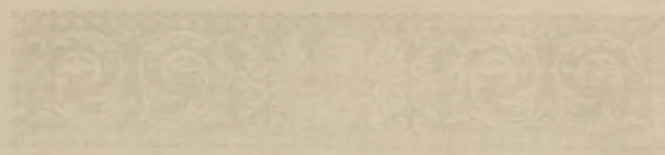
**Q**UM opus, cui titulus est *Glorias de San José*, a P. Francisco J. Butiñá nostræ Societatis sacerdote compositum, aliqui ejusdem Societatis revisores, quibus id commissum fuit, recognoverint, et in lucem edi posse probaverint, facultatem concedimus, ut typis mandetur, si ita iis, ad quos pertinet, videbitur.

In quorum fidem has litteras manu nostra subscriptas, et sigillo Societatis nostræ munitas dedimus.

*Barcinone die 25 Martii, anni 1889.*

JOANNES RICART, S. J.

Loco ✠ Sigilli.



# APPENDIX

The following is a list of the names of the persons who have been appointed to the various offices of the State, and the date of their appointment. The names are given in alphabetical order, and the date of appointment is given in parentheses.

ALBANY, N. Y.,



## CENSURA

M. I. S.

Las *Glorias de San José*, escritas por el incansable Padre Francisco J. Butiñá de la Compañía de Jesús, que por gratísimo encargo de V. S. he diligentemente leído y examinado, nada contienen, á mi juicio, que no esté del todo conforme con los dogmas de la fe y los preceptos de la moral católicas, y que no satisfaga cumplidamente en la materia de que se trata los más servientes votos de la Iglesia y de sus hijos.

En estilo claro y sencillo y lleno de unción evangélica se expone en la primera parte de este precioso libro cuanto puede contribuir á que el pueblo cristiano se forme una idea aproximada de la inefable grandeza y excelso poderío del castísimo Esposo de María y Padre adoptivo de Jesús. Son en esta parte, primera y principal de la obra, los asuntos tan numerosos, variados é interesantes, se dilucidan con tanta novedad y fuerza de razones, y vienen confirmados con tanta abundancia de datos y peso de autoridades, que bien puede decirse que el autor, reduciendo á un corto volumen lo que anda esparcido en muchos, ha casi dejado agotada la materia.

Con muy buen acuerdo se explanan en la segunda parte algunas de las principales virtudes que el humilde Carpintero de Nazareth ejerció en la tierra; no sin antes, en párrafos correspondientes, haber con suficiencia explicado la naturaleza y cualidades más importantes de cada una de estas virtudes. Por este medio se propone conseguir el autor que, no deteniéndose los lectores en sentimientos de estéril admiración, ni contentándose con la devoción del entendimiento, pasen á concebir deseos de imitar al modelo que se les pone delante: imitación en que consiste la devoción sólida y verdadera.

En la tercera parte, por fin, se agrupan, bajo diferentes títulos con que el poderoso patrocinio de San José puede ser y es invo-

cado de los fieles, multitud de gracias obtenidas por intercesión del privilegiado Jefe de la Sagrada Familia, ó de maravillas obradas por el mismo á favor de sus devotos.

Añádense al libro tres brevísimos apéndices, en que, á vueltas de ejemplos parecidos á los que se leen al fin de todos los capítulos en la primera y segunda parte de la obra, pone el autor tres medios prácticos de ejercitar la devoción para con el Santo Patriarca, de entre los que han sido positivamente aprobados, y aun bendecidos é indulgenciados por la Iglesia.

De todo lo cual resulta que el erudito y celoso Padre Butiñá nada ha omitido para hacer provechosa la lectura de las *Glorias de San José* no solo al común de los fieles, á quienes servirá seguramente de gran incentivo para crecer en piedad, devoción y confianza hacia el Angelical Esposo de María, sino también á los sacerdotes, que en ella, como en bien provisto arsenal, encontrarán materiales abundantes y escogidos para los panegíricos, sermones, ó pláticas que en el ejercicio del sagrado ministerio hubieren de hacer en honra y gloria del Padre legal y adoptivo de Jesús.

Creo, pues, M. I. S., *salvo siempre meliori juicio* de V. S., que la publicación de esta obra, viniendo á aumentar el ya riquísimo tesoro de nuestra literatura ascética, contribuirá eficazísimamente á fomentar la piedad entre los fieles, no menos que á atraer las bendiciones de Dios sobre la perseguida Iglesia y la atribulada sociedad católica-española, por el crecimiento, que á ella es de esperar que se siga, de la devoción y el culto al santo y poderosísimo Patrono de la Iglesia universal.

Guarde Dios muchos años á V. S.

Barcelona, fiesta de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, año de 1889.

CARLOS JOSÉ BARRIS, Presbítero S. J.

M. I. S. Vicario General de la Diócesis de Barcelona.

Barcelona once de Julio de mil ocho cientos ochentinueve.

Vista la anterior favorable censura, concedemos nuestra licencia y permiso para que pueda imprimirse y publicarse la obra del Rdo. P. de la C. de J. don Francisco J. Butiñá, titulada *Glorias de San José*; debiendo entregarse dos ejemplares á la Secretaría de Cámara y Gobierno de este Obispado, firmados y rubricados en su primera página por el Censor.—EL VICARIO GENERAL.—Francisco de Pol.—Por mandado de Su Sra.—Licenciado Manuel Fernández, Pbro. Scio. Can.º Sust.º



## PRÓLOGO

PIADOSO LECTOR:

**O**FRÉZCOTE las GLORIAS DE SAN JOSÉ, compuestas á imitación de las GLORIAS DE MARÍA, dadas á la estampa por su devotísimo siervo *San Alfonso María de Ligorio*; y lo hago con la halagüeña esperanza de que, así como estas sirvieron y sirven poderosamente á difundir la devoción de la Reina Santísima, así mi pobre trabajo contribuirá tal vez en algo á la propagación de la devoción dulcísima de San José. Este ha sido mi blanco al escribir esta obrita, y esto y nada más quisiera yo que buscaras en su lectura, para bien de tu alma. Parece que si pudiera conseguir que todos los españoles se aficionaran á San José y le fueran sólidamente devotos, habría contribuido, como el primero, á la restauración de nuestra desventurada Patria, tan maltrеча por el maldito liberalismo.

¿Quién ignora que Carlos II consiguió de la Sede Apostólica fuera San José declarado Patrón de España, y que por desgracia después de poco tiempo fué anulado breve tan glorioso á instancias de algunos españoles? ¡Ah! ¿No era esto obra de la divina Providencia, que



nos alargaba su bondadosa mano para levantarnos de la postración en que nos íbamos sumiendo, y que por malos de nuestros pecados va aumentando más y más cada día? Así lo confiesan nacionales y extranjeros. Leamos cómo, á imitación de Jeremías, lamenta nuestra desgracia un ferviente italiano, dirigiéndose á Pío IX, gran celador de las glorias josefinas. «¡Ay, exclama, ay, pobre España! Deseosa de no menguar la gloria del ilustre Santiago, tu apóstol y tu padre en Jesucristo, y en esto aplaudimos tu fidelidad y tu fe, olvidaste al Santísimo Esposo de María Virgen y Padre de Jesús, y en esto erraste. ¿Quién podrá contar y con valor escuchar las desgracias y calamidades sin cuento que desde la infausta muerte de Carlos II vienen sufriendo tus reinos, antes tan florecientes? ¡Pobre España, privada del patronato del Santísimo Patriarca San José! ¡Pobre España! ¡Cómo está sentada en soledad aquella nación, antes tan llena de pueblo!... Ha quedado como viuda la señora de las naciones; la princesa de las provincias, cargada de deudas, ha sido hecha tributaria! Sus caminos están de luto... todas sus puertas destruidas... sus sacerdotes gimiendo... Faltó á España el Patrón que le ofrecían el último rey de la casa de Austria y el sumo Pontífice Inocencio, cuando la funesta lucha de sucesión asomaba la cabeza: y hé aquí que después de tan larga serie de males, y después de guerra tan porfiada,... la abandonó toda su hermosura; sus príncipes han sido como carneros, que no hallan pastos, y se fueron escualidos delante del que los iba siguiendo. España, no cobijada bajo la égida de San José, vió entrar en sus templos á gentes, cuyo ingreso estaba vedado por el Altísimo; todo su pueblo gimiendo; sus hijos

más ilustres, antes vestidos de oro, ahora reputados vasos de barro, obra de manos de ollero.»

Mas ¿á qué continuar tan triste cuadro, pintado por mano extranjera, que se conduce de nuestros desastres? Lo cierto es, y esto lo presenciarnos con nuestros propios ojos, que el reinado social de Jesucristo, combatido desde hace mucho tiempo con impía pertinacia, ha ido desapareciendo de nuestras leyes, de nuestros municipios y de nuestras familias, viendo en todas partes extendida é implantada la herejía liberal. Y ¿qué hemos de hacer los católicos ante porvenir tan funesto? Sin dejar de trabajar por todos los medios que nos inspire el más ardiente celo, levantemos al cielo nuestros ojos, y no echemos en olvido que de allí principalmente nos ha de venir el remedio de tan grandes males. Sí; á nuestros constantes é inquebrantables esfuerzos juntemos la oración que penetra los cielos.—Acudamos al corazón divino de Jesús, que prometió reinaría en España y con más veneración que en otras partes. Acudamos á la Virgen Santísima, que en el Pilar de Zaragoza dió palabra de protegernos con particular providencia. Acudamos á San José, de tanto valer ante Jesús y María, y declarado en tiempos más felices Patrono especial de España. Y dado que no podemos prometernos de nuestros actuales gobernantes que pidan á la Silla Romana el restablecimiento del Patronato de San José, empeñémonos los católicos en que el Santo Patriarca sea en hecho de verdad el Patrono especial de todos los españoles. Gracias al Altísimo, son ya muchos los pueblos donde la fiesta de San José se celebra con mayor esplendor que si fuera de precepto. Crezca, pues, esta loable costumbre; y que todas las familias y todos los devotos del

Santo se comprometan por lo menos á oír misa y no trabajar en ella. Lo mismo debiera hacerse los días 20 de Julio y 26 de Diciembre: en este para celebrar los misteriosos desposorios del Santo Patriarca, y en aquel para conmemorar con algún brillo el nacimiento de San José. Si del nacimiento de San Juan dice el Evangelio: *multi in nativitate ejus gaudebunt*, Luc. 1, 14, que muchos se gozarían en su natividad, porque había de ser el precursor del Mesías; ¿cómo no se han de alegrar los devotos de San José en la conmemoración de su nacimiento, ya que estaba predestinado á ser Padre nutricio del Deseado de las naciones? Cunda por todos los ángulos de España este devoto entusiasmo: trabajemos todos en promover, cada uno según sus fuerzas, las glorias de tan gran Santo; para hacerle una santa violencia, á fin de que nos conceda la restauración de la Unidad católica, y que como en mejores tiempos vuelva á florecer en toda España la fe que nos legaron nuestros mayores.

¡Oh! Si todos los españoles fuéramos sólidamente devotos de S. José, ¿qué no conseguiríamos de su valimiento omnipotente? Seguros podríamos estar de que el Santo bendito escucharía benigno nuestros ruegos y se apiadaría de nuestras desgracias. A este fin va dirigido este mi trabajo. ¡Quisiera inflamar á todos en amor de este gran Patriarca! ¡Quisiera que después de Jesús y de María á nadie acudieran con mayor confianza, á ningún santo venerasen con mayor honra que á San José! Esta es la conclusión práctica que deseo saquen todos de la lectura de estas páginas. No he podido en ellas interpretar la *Salve* de San José, porque no la hay semejante á la *Salve Regina*, comentada por San Ligorio; pero en su lugar he puesto los principales títulos de sólida grandeza y cristiana gloria de nuestro Patriarca.

Tal vez en su desarrollo tropiecen con dos defectos, de que suelen adolecer obras parecidas. Es el primero que los argumentos con que se defienden las glorias supereminentes de San José, son todos como á *priori*, sin textos ó autoridades que los apoyen. A lo que respondo que, si esto es defecto, de ello pecaron todos los panegiristas de San José; porque, como se colige de los primeros capítulos, poco nos dejaron escrito de sus alabanzas ni la Sagrada Escritura ni los Santos Padres, y de esto poco sacamos por congrua consecuencia todo lo demás.

Por otra parte, si lo quieres, ¿no es este mismo el camino que siguieron todos los encomiadores de las prerrogativas de María primero que la Iglesia las propusiera como dogmas de nuestra santa Fe? Obsérvalo con atención, y te convencerás de que muchos doctores al tejer la mercedísima corona de glorias á María, al vindicar las gracias con que la enriqueció el Altísimo, usaron de aquel conocido argumento: ¿Pudo el Omnipotente llenarla de tales carismas? Luego lo hizo. *Potuit? Ergo et fecit*. Argumento fundado en la doctrina de San Agustín y otros Padres, que nos enseñan haber hecho Dios todo lo que la justicia, decencia y congruencia reclaman. Y ¿por qué no podemos aplicar con su correspondiente medida la misma argumentación en obsequio de nuestro Patriarca? Fuera de que no pocas autoridades de Padres y Doctores hallarás aquí, dignas de la debida ponderación, y de sólido encomio para el digno consorte de María.

El otro defecto es que tal vez topes con algunas repeticiones: mas este también es otro achaque de los que escriben largo, contando con pocos principios, de donde sea preciso sacar numerosas consecuencias.

Siendo, pues, pocos los hechos que con certidumbre sabemos á honra del Santo, pero hechos en sí heroicos y fecundísimos, no es extraño que al ponderar sus virtudes, insistamos en los mismos actos, en que tantas resplandecieron.

Una advertencia quisiera que no tomaras á mal, lector piadoso, y es que, si por ventura te parece que exagero la grandeza del Santo Patriarca y casi lo llevo á igualar á María, te dignes pesar los justos motivos de alabanza, tal vez mayores de lo que parecía, y creas siempre que los hay mucho más excelentes para ensalzar á su castísima Esposa, la primera, después de Jesús, inscrita en el libro de la vida.

Con estos preliminares admira la grandeza, aún poco ponderada, del inseparable Compañero de Jesús y de María, difunde por todas partes su devoción, y rogándole me conceda religiosa vida y una santa muerte, tenme por colmadamente pagado por este obsequio.

*Tarragona 19 de Mayo de 1889.*





## ÍNDICE

### DE LAS GLORIAS DE SAN JOSÉ.

#### PARTE PRIMERA

	Págs.
LICENCIA DEL R. P. PROVINCIAL. . . . .	V
CENSURA. . . . .	VII
PRÓLOGO. . . . .	IX
CAPÍTULO PRIMERO.—Devoción de San José durante los primeros siglos de la Iglesia. . . . .	1
I. Principios de la devoción de San José en Oriente. . . . .	3
II. Antiguos progresos de la devoción de San José en Occidente. . . . .	7
Ejemplo. La Beata Agueda de la Cruz. . . . .	13
CAP. II.—Desarrollo de la devoción de San José desde principios del siglo xv. . . . .	15
I. Estima de los pueblos por San José. . . . .	16
II. Empeño de los soberanos Pontífices en extender la devoción de San José. . . . .	20
III. Influencia de los religiosos en la glorificación de San José. . . . .	25
Ejemplo. Los Padres Pablo Barry y Pedro Cotton de la Compañía de Jesús. . . . .	31
CAP. III.—Predestinación eterna de San José para coo- perador de la redención divina. . . . .	34
I. Lugar que ocupa San José en el misterio de la re- dención. . . . .	35
II. Semejanza de la iglesia terrenal con la celeste. . . . .	40
III. Trono que ocupa San José en la iglesia divina. . . . .	44
Ejemplo. Beata Margarita del Castillo. . . . .	50
CAP. IV.—San José prefigurado en el antiguo testamento. I. El antiguo José figura del nuestro respecto del nombre. . . . .	52
	53

	Págs.
II. Las glorias del antiguo José tipo de las del nuevo.	58
III. El antiguo y el nuevo José parecidos en su benignidad. . . . .	62
Ejemplo. El Padre Luis Lallemant. . . . .	66
CAP. V.—Misteriosos desposorios de San José. . . . .	69
I. Perfecciones que reclaman en San José los méritos de María. . . . .	71
II. Virtudes que exigía en San José el trato familiar de María. . . . .	77
III. Justicia que en San José reclama el agradecimiento de la Virgen. . . . .	83
Ejemplo. Un moro convertido. . . . .	89
CAP. VI.—Algunas circunstancias de los desposorios de San José. . . . .	92
I. Genealogía de Jesús. . . . .	93
II. Edad de San José y de María al contraer matrimonio. . . . .	98
III. Ceremonias del matrimonio de María y José. . . . .	102
Ejemplo. Un manto y collar de Santa Teresa de Jesús. . . . .	105
CAP. VII.—Dudas y angustias de San José al ver que su esposa había concebido. . . . .	108
I. El Evangelio nos induce á fundar las dudas de San José en su profunda humildad. . . . .	110
II. Prosigue la misma materia y se responde á ciertos reparos. . . . .	116
III. Apóyase con la autoridad de los Padres que San José quiso por reverencia dejar á María. . . . .	123
Ejemplo. Un lobo convertido en cordero. . . . .	129
CAP. VIII.—Incomparable dignidad de San José en los derechos y nombre de Padre de Jesús. . . . .	131
I. Títulos que comunican á San José la dignidad de Padre de Jesús. . . . .	132
II. Grandeza que supone en San José el ministerio paternal sobre Jesucristo. . . . .	141
III. Gracias que granjeó á San José el ministerio de Padre de Jesús. . . . .	147
Ejemplo. Un gran favor tenido por desgracia. . . . .	152
CAP. IX.—Penas y consuelos de San José en Belén. . . . .	154
I. Nacimiento del Salvador. . . . .	155
II. Adoración de los ángeles, pastores y magos. . . . .	165
III. Circuncisión del divino infante. . . . .	173
Ejemplo. Un sobresaliente por la medalla de San José. . . . .	180
CAP. X.—Otros sinsabores y consuelos de San José. . . . .	183
I. Purificación de María y presentación de Jesús en el templo. . . . .	185

	Págs.
II. Huida á Egipto. . . . .	193
III. Vuelta de la Santa Familia á Israel y pérdida de Jesús. . . . .	200
Ejemplo. Las gracias se alcanzan con penas. . . . .	211
CAP. XI.—Oficio que tuvo San José. . . . .	213
I. San José tuvo el oficio de carpintero. . . . .	214
II. Perfección con que San José practicó su oficio. . . . .	218
Ejemplo. La venerable Margarita del Santísimo Sacramento. . . . .	224
CAP. XII.—Amor inefable que á San José tuvo la Santísima Trididad, y perfección con que correspondió el Santo. . . . .	226
I. Dones que adornarían á San José por sus relaciones con las tres personas de la augustísima Trinidad. . . . .	227
II. Correspondencia de San José á las finezas de las divinas personas. . . . .	237
Ejemplo. Beato Gaspar de Bono. . . . .	245
CAP. XIII.—Muerte gloriosa de San José y su triunfal descendimiento al limbo. . . . .	247
I. Edad en que murió San José. . . . .	248
II. Circunstancias de la muerte de San José. . . . .	251
III. Entierro del cadáver de San José y descendimiento de su alma al limbo. . . . .	259
Ejemplo. Quien da limosna presta á Dios. . . . .	264
CAP. XIV.—Gloriosa resurrección del Patriarca San José. . . . .	266
I. Gloria de que gozó San José en el limbo. . . . .	267
II. Resurrección de San José. . . . .	274
III. Visitas de San José y su triunfal subida á los cielos. . . . .	279
Ejemplo. Muerte bajo el amparo de San José. . . . .	284
CAP. XV.—Gloria de que goza San José en el cielo sobre los demás santos. . . . .	286
I. Gloria sustancial de San José en el cielo. . . . .	288
II. Aureolas de San José en el cielo. . . . .	293
Ejemplo. San Francisco de Sales. . . . .	302
CAP. XVI.—Patrocinio del glorioso San José. . . . .	305
I. Poder inmenso de que goza San José por razón de su dignidad. . . . .	307
II. Elogios que hacen los santos del valimiento de San José. . . . .	315
III. La práctica de la Iglesia nos predica que tengamos en San José una confianza ilimitada. . . . .	320
Decreto <i>Urbi et orbi</i> .—Para Roma y todo el mundo sobre el Patronazgo de San José. . . . .	324
Ejemplo. Entrada triunfal de San José en el cielo. . . . .	326



CAP. XVI.—¿Qué culto merece de los fieles el patriarca San José?	328
I. Vindicase para San José el culto de Protodulía.	330
II. Principios en que se funda el mayor culto que se debe tributar á San José.	336
Ejemplo. Dos apuros de Santa Teresa de Jesús.	344

## PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO.—Imitación de las heroicas virtudes de San José.	347
CAP. II.—Humildad de San José.	350
I. Naturaleza y cualidades de la humildad.	351
II. Ejemplos de humildad de San José.	355
Ejemplo. Lo que pudo un hilo del vestido de San José.	363
CAP. III.—De la fe del glorioso Patriarca.	365
I. Naturaleza y necesidad de la fe.	366
II. Circunstancias excepcionales de la fe de San José.	370
Ejemplo. Confianza rayana de temeridad.	376
CAP. IV.—Esperanza de San José.	378
I. Cualidades y necesidad de la esperanza.	380
II. San José modelo de esperanza.	384
Ejemplo. Esperanzas cumplidas.	391
CAP. V.—Caridad de San José.	393
I. Caridad de San José para con Dios.	395
II. Amor de San José para con el prójimo.	400
Ejemplo. Un limosnero como Dios manda.	406
CAP. VI.—Pureza virginal de San José.	409
I. Brillo clarísimo de la virginidad.	410
II. Brillantez de la virginidad en San José.	415
Ejemplo. Una digna sobrina de San Juan Bérchmans.	420
CAP. VII.—Oración del patriarca San José.	423
I. Necesidad de la oración.	424
II. Don sublime de oración en San José.	429
Ejemplo. El Padre Antonio Natali.	438
CAP. VIII.—Pobreza y laboriosidad de San José.	440
I. Nobleza de la pobreza evangélica.	441
II. Edificante conformidad y actividad de San José en su pobreza.	447
Ejemplo. El perolito de Sevilla.	454
CAP. IX.—Paciencia admirable é imitable de San José.	458
I. Necesidad y gloria de la paciencia.	459
II. Ejemplos de paciencia que nos legó el santo Patriarca.	464

	Págs.
Ejemplo. Deseos cumplidamente satisfechos. . . . .	470
CAP. X.—Justicia de San José. . . . .	474
I. En qué consiste la santidad. . . . .	475
II. Santidad consumada de San José. . . . .	481
Ejemplo. San José fomento de devoción al Santísimo. . . . .	491

PARTE TERCERA

CAPÍTULO PRIMERO.—Varios ejemplos ó maravillas de San José. . . . .	493
CAP. II.—San José amparo de los institutos religiosos. . . . .	496
I. El sueño de Kingarú. . . . .	497
II. La Cartuja en capítulo general. . . . .	500
III. El asnillo de las Hermanitas de los pobres. . . . .	501
IV. Triunfo de una vocación. . . . .	503
V. Esperanzas cumplidas. . . . .	507
VI. Vocación ratificada. . . . .	509
VII. La Reverenda Madre Chaugy, columna de la Visitación. . . . .	511
CAP. III. San José guía y consuelo de las almas interiores. . . . .	514
I. Un maestro sin estudios. . . . .	515
II. Respuesta de una teóloga josefina. . . . .	516
III. Alma escrupulosa serenada. . . . .	519
IV. Lecciones de paciencia heroica. . . . .	521
V. Frutos de paz. . . . .	527
VI. Belleza de la Cruz. . . . .	528
VII. Auxilio seguro contra la tentación. . . . .	530
CAP. IV.—San José libertador y guarda de las almas en atención á sus devotos. . . . .	532
I. Vergüenza vencida. . . . .	533
II. Triunfo de la oración. . . . .	535
III. Un prodigo vuelto á la casa paterna. . . . .	538
IV. Gozo de la conversión. . . . .	540
V. Frutos de una vocación contrariada. . . . .	542
VI. Un sacerdote convertido. . . . .	544
VII. Una visita feliz. . . . .	546
CAP. V.—San José medicina y salud en los peligros del cuerpo. . . . .	551
I. En la torre del Griego. . . . .	552
II. Remedio para la vista. . . . .	554
III. Curación de los ojos del alma y del cuerpo. . . . .	556
IV. Consuelo de una madre cristiana. . . . .	558
V. Una visita de San José. . . . .	560
VI. Un pólipa arrancado de raíz. . . . .	562

	Págs.
VII. Un convento del Canadá. . . . .	563
CAP. VI.—San José guía y amparo de caminantes. . . . .	566
I. Merienda del cielo. . . . .	567
II. En los vericuetos de Montserrat. . . . .	570
III. Lo que puede la oración confiada. . . . .	572
IV. Encuentro venturoso. . . . .	574
V. Un paraguas misterioso. . . . .	576
VI. Una hospedería improvisada. . . . .	577
VII. Sumo empeño en huir de sí. . . . .	578
CAP. VII.—San José remedio y solaz en todas las necesidades. . . . .	582
I. La oración suprime las distancias. . . . .	583
II. Caridad recompensada. . . . .	586
III. Un billete de banco. . . . .	589
IV. Una visita provechosa. . . . .	592
V. La medalla de San José. . . . .	594
VI. Un gran bien que parece desgracia. . . . .	597
VII. Un general invencible. . . . .	599
CAP. VIII.—San José prenda de salvación para sus devotos. . . . .	601
I. Momento terrible. . . . .	602
II. Uno poco menos que resucitado. . . . .	604
III. Una aparición instructiva. . . . .	606
IV. Un banco que no quiebra. . . . .	607
V. Un buen cocinero. . . . .	608
VI. Muerte, eco de la vida. . . . .	610
VII. Corona de una santa vida. . . . .	611

## APÉNDICES

I.—El anillo de San José. . . . .	613
II.—Cingulo del Santo Patriarca. . . . .	615
III.—Los siete domingos. . . . .	620



CARTA ENCÍCLICA (1)  
DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE  
LEÓN, PAPA XIII

*«Que por la dificultad de los tiempos se ha de implorar el patrocinio de San José, juntamente con el de la Virgen Madre de Dios.»*

A LOS VENERABLES HERMANOS, PATRIARCAS, PRIMADOS,  
ARZOBISPOS, OBISPOS Y DEMÁS PRELADOS ORDINARIOS  
EN PAZ Y COMUNIÓN CON LA SEDE APOSTÓLICA.

LEÓN, PAPA XIII

Venerables Hermanos, salud y Apostólica bendición:  
Aunque ya muchas veces hemos ordenado que se hagan en todo el orbe oraciones especiales y con mayor eficacia se encomienden á Dios los intereses católicos, á nadie, sin embargo, parezca extraño que creamos deber ahora inculcar de nuevo en los ánimos el mismo deber. En circunstancias difíciles, principalmente cuando el *poder de las tinieblas* parece atreverse á todo para acabar con el nombre cristiano, la Iglesia, por su parte,

(1) Impresos ya todos los pliegos de esta obra, pero felizmente no encuadrada todavía, se ha publicado la magnífica Encíclica de S. S. León XIII sobre San José, que ponemos en este lugar, junto con la oración que la acompaña; creyendo hacer con ello un agradable y provechoso obsequio á nuestros favorecedores. Encíclica y oración, para mayor seguridad, están tomadas del Boletín oficial eclesiástico del obispado de Mallorca. —  
*Nota de los editores.*

acostumbró siempre á invocar y elevar súplicas con empeño y perseverancia mayor á Dios, su autor y vengador, ayudándose también de los santos del cielo, y en especial de la augusta Virgen Madre de Dios, en cuyo patrocinio ve que principalmente ha de consistir la defensa de sus intereses. Y el fruto de estas oraciones y de la confianza que se pone en la divina bondad aparece más tarde ó más temprano.

Ahora bien, Venerables Hermanos, conocido os es el tiempo actual, no mucho menos calamitoso para la república cristiana que los que en épocas pasadas fueron calamitosísimos. En muchísimos vemos que perece el principio de todas las virtudes cristianas, la Fé; que se enfría la Caridad; que crece depravada en costumbres é ideas la juventud; que por todas partes, con la fuerza y con la astucia, se ataca á la Iglesia de Jesucristo; que se hace al pontificado una guerra atroz, y que, creciendo de día en día la audacia, se minan los cimientos mismos de la religión. Hasta dónde se haya bajado en los últimos tiempos, y qué designios agitan todavía los ánimos, demasiado conocido es ya para que tengamos que esplícarlo con palabras.

En tan difícil y miserable estado, puesto que los males son humanamente incurables, no nos queda más que pedir á la virtud divina el remedio completo de todos ellos.

Esta es la causa porque creíamos deber exitar la piedad del pueblo cristiano á que implore con más empeño y constancia el auxilio de Dios Omnipotente. Y así acercándose ya el mes de Octubre, que otras veces ordenamos que se dedicase á la Santísima Virgen María del Rosario, exhortamos eficazmente á los fieles á que con la mayor devoción, piedad y concurso que sea posible, celebren también este año todo aquel mes. Sabemos que en la bondad maternal de la Virgen está nuestro amparo, y ciertos estamos de que no en vano están en ella colocadas nuestras esperanzas. Si en las grandes

épocas de la religión cristiana cien veces ella la ha socorrido, ¿por qué dudar de que renovará ahora los ejemplos de su poder y favor, si unidos todos le hacemos humildes y constantes oraciones? Antes por el contrario, Nos creemos que tanto más admirablemente nos socorrerá, cuanto más largo ha sido el tiempo que ha querido que duren nuestros ruegos.

Pero además tenemos otro propósito, al cual, como soléis, Venerables Hermanos, cooperaréis con Nos diligentemente. A saber: para que con la oración más fácilmente se aplaque Dios; y siendo mayor el número de los intercesores, más pronta y más copiosamente socorra á su Iglesia, juzgamos que conviene mucho que se acostumbre el pueblo cristiano á invocar con especial piedad y ánimo confiado, juntamente con la Virgen Madre de Dios, á su castísimo Esposo el bienaventurado San José; lo cual por motivos ciertos juzgamos que ha de ser agradable y conforme á los deseos de la misma Santísima Virgen.

A la verdad, en esto de que ahora por primera vez vamos á decir algo en público, tenemos entendido que la piedad de los pueblos, no solamente inclinada, sino que, tomada ya en cierto modo la carrera, va cada día adelantando; porque el culto de San José, que aun en las edades antiguas procuraron los Sumos Pontífices poco á poco engrandecer y propagar, en estos últimos tiempos hemos visto que por todas partes y de modo que no deja duda, se ha aumentado, especialmente desde que nuestro Predecesor Pío IX, de feliz memoria, á petición de muchísimos Obispos, declaró al Santísimo Patriarca patrono de la Iglesia católica.

Sin embargo, porque importa tanto que su culto se arraigue profundamente en las costumbres é instituciones católicas, por esto queremos que el pueblo cristiano se mueva principalmente por Nuestra voz y autoridad.

Las causas y razones especiales por las cuales se tiene en particular á San José por patrono de la Iglesia, y

ésta á su vez se promete muchísimo de su tutela y patrocinio, son haber sido él Esposo de María y padre putativo de Jesucristo. De aquí dimana toda su dignidad, gracia, santidad y gloria. Ciertamente la dignidad de la Madre de Dios es tan alta que nada puede hacerse que la sobrepuje. Sin embargo, como entre San José y la Beatísima Virgen María medió el vínculo conyugal, no hay duda de que á aquella excelentísima dignidad con que la Madre de Dios aventaja muchísimo á todas las naturalezas criadas, se acercó San José más que ninguno. Porque es el matrimonio una sociedad y parentesco el mayor de todos, que por su naturaleza lleva unida á sí la comunicación de los bienes de uno de los cónyuges al otro. Por lo cual, si Dios dió á la Virgen por esposo á San José, dióselo también, no sólo por compañero de su vida, testigo de su virginidad, protector de su honra, sino además para que en virtud de la alianza conyugal fuese partícipante de su excelsa dignidad. Del mismo modo él sólo entre todos sobresale con una dignidad augustísima, por haber sido, disponiéndolo así Dios, custodio del Hijo de Dios, y tenido en la opinión de los hombres por padre del mismo Hijo de Dios. De lo cual se seguía que á San José estuviese humildemente sujeto el Verbo de Dios y obedeciese sus mandatos, y le diese toda la honra que á su padre es menester que den los hijos.

Ahora bien: de esta doble dignidad nacían los deberes que la naturaleza ha puesto á los padres de familia, de tal suerte, que de aquel hogar divino, que presidía San José, era él mismo el legítimo y natural guarda, tutor y defensor. Los cuales deberes y oficios, él cuanto le duró la vida, en realidad de verdad, ejercitó. Con amor sumo y asiduidad continua se esforzó en mirar por su Esposa y por el Divino Niño; con su trabajo acostumbró á procurar lo que para vivir y sustentarse necesitaban ambos; buscando un asilo seguro, evitó el peligro de la vida que la envidia de un rey fraguó; en

las incomodidades de los caminos y en las amarguras del destierro, él fué el perpetuo compañero, ayudador y consolador de la Virgen y de Jesús. Ahora, pues, en aquella Familia divina, que José, con autoridad como de padre, gobernó, estaban encerrados los principios de la naciente Iglesia. La Virgen Santísima, así como es Madre de Jesucristo, así también lo es de todos los cristianos, porque en el Monte Calvario, entre los últimos tormentos del Redentor, los engendró, y asimismo es Jesucristo como el Primogénito de los cristianos, que por adopción y por la redención son sus hermanos.

De las cuales cosas nace la razón por que el dichosísimo Patriarca tiene por encomendada á sí de un modo peculiar la multitud de los cristianos de que consta la Iglesia, es decir, esa familia innumerable y por todo el mundo desparramada, sobre la cual, por ser esposo de María y padre de Jesucristo, tiene una autoridad hasta cierto punto de padre. Es, pues, conforme á razón y excelentemente digno del bienaventurado San José que, como en otro tiempo y en cuantas cosas se ofrecieron, defendió religiosísimamente la familia de Nazaret, así ahora con su patrocinio celestial proteja y defienda la Iglesia de Cristo.

A la verdad, sabido tenéis, Venerables Hermanos, que estas cosas se confirman con haber tenido no pocos Padres de la Iglesia, conformándose á su sentir la misma sagrada liturgia, la opinión de que el antiguo José, hijo del Patriarca Jacob, figuró en sí la persona y oficios del nuestro, y al mismo tiempo, con su dignidad, representó la grandeza del que habia de ser guarda de la Familia divina.

Ciertamente, además de que á los dos tocó el mismo significativo nombre, bien conocidas os son otras, y bien claras semejanzas que hay entre los dos: en especial aquella que mereció de su Señor favor y benevolencia singulares, y que siendo por él puesto al frente de su familia, sobre ésta, gracias á José, vinieron en abun-



dancia las prosperidades y dichas. Y más aún, aquello de haber sido por orden del Rey el que gobernó con la más alta potestad todo el Reino, y cuando una calamidad produjo escasez de frutos y carestía de alimentos, con tan excelente providencia, miró por los egipcios y por los pueblos vecinos, que determinó el Rey debersele apellidar el *Salvador del mundo*.

Por esto en aquel antiguo Patriarca podemos reconocer expresa la imagen de éste. Como el primero salvó é hizo prosperar los intereses domésticos de su Señor, y luego maravillosamente aprovechó á todo el Reino, así el segundo, destinado á la custodia del nombre cristiano, debemos pensar que defiende y protege á la Iglesia, que es verdaderamente casa del Señor y reino de Dios en la tierra.

En verdad, pues, hay motivo para que todos, de cualquier condición y lugar, se encomienden y consien al Patrocinio del bienaventurado San José. En José tienen los padres de familia el modelo más excelente de la vigilancia y providencia paternas; tienen los esposos el dechado perfecto del amor, concordia y fe conyugal; tienen los vírgenes el ejemplar y al mismo tiempo protector de la virginal integridad. Poniéndose por delante la imagen de José, aprendan los que nacieron de linaje noble á conservar, aun en la ruina de sus fortunas, la dignidad; entiendan los ricos cuáles son los bienes que deben principalmente apetecer y con todas las fuerzas allegar. Mas los proletarios, los obreros, cuantos se hallan en inferior condición, á José deben con derecho suyo propio acudir, y de él tomar ejemplos que imitar.

Porque él, de sangre real, unido en matrimonio á la mayor y más santa de todas las mujeres, padre, en la opinión de los hombres, del Hijo de Dios, á pesar de todo esto, pasa su vida trabajando, y con el trabajo de sus manos y el ejercicio de su arte procura cuanto es necesario á la sustentación de los suyos. No es, por lo tanto, si se busca la verdad, abyección la condición de los más

pobres; y no solamente no hay en el trabajo de los obreros deshonor alguno, sino que puede, cuando se le junta la virtud, grandemente ennoblecerse. José, contento con lo suyo, aunque poco, sufrió con ánimo igual y levantado las estrecheces que van necesariamente unidas á aquella escasez de los medios de sustentarse, es decir, que siguió el ejemplo de su hijo, el cual, habiendo tomado la forma de siervo, con ser señor de todas las cosas, abrazó de voluntad la mayor pobreza é indigencia. Con el pensamiento de estas cosas deben levantar sus ánimos y rectamente pensar los pobres y cuantos van sustentando la vida con el salario de sus manos, á los cuales, si es concedido sin faltar á la justicia, hacer esfuerzos por salir de la pobreza y alcanzar un estado mejor, sin embargo, trastornar el orden por la providencia de Dios establecido, ni la razón ni la justicia se lo permiten. Y aun más, echar mano de la fuerza y por medio de la sedición y de los alborotos acometer en esta materia cualquier cosa, necio consejo es, y que la mayor parte de las veces hace más graves aquellos mismos males para cuyo alivio se tomó. No confíen, pues, los pobres, si son cuerdos, en las promesas de hombres sediciosos, sino en los ejemplos y patrocinio del bienaventurado San José, y asimismo en la maternal caridad de la Iglesia, que en verdad, cada día va teniendo de ellos mayor cuidado.

Así, pues, prometiéndonos muchísimo, Venerables Hermanos, de vuestra autoridad y esfuerzo episcopal, y aunque no desconfiamos que los buenos y piadosos harán de su espontánea voluntad más y mayores cosas de las que se prescriben, decretamos que en todo el mes de Octubre, al rezo del Rosario, que otra ocasión ordenamos, se añada una oración á San José, cuya fórmula os será llevada juntamente con estas letras, y que esto mismo se observe cada año perpetuamente.

Y á los que piadosamente recitaren la susodicha oración, les concedemos á cada uno y por cada vez la in-

dulgencia de siete años y otras tantas cuarentenas. Y ordenamos también, lo que es provechoso y muy laudable, y que ya en algunas partes se ha establecido, es, á saber: consagrar en honor del Santo Patriarca, con algún ejercicio cotidiano de piedad, el mes de Marzo. Donde esto no se pueda fácilmente establecer, es por lo menos, de desear que tres días antes de su fiesta se haga oración en el templo principal de cada pueblo. Y en aquellos lugares en que el día 19 de Marzo, consagrado al bienaventurado San José, no está comprendido en el número de las fiestas de precepto, exhortamos á cada uno que no rehuse emplear aquel día santamente, en cuanto fuere posible, con ejercicios privados de piedad en honor del Patrono celestial, no de otra manera que si fuere de precepto.

Entretanto, en prenda de los dones celestiales y testimonios de nuestra benevolencia, á vosotros, Venerables Hermanos, y á vuestro clero y pueblo, damos amantísimamente en el Señor la Apostólica Bendición.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 15 de Agosto del año 1889, duodécimo de nuestro Pontificado.

LEÓN, PAPA XIII

### ORACIÓN Á SAN JOSE

A vos, bienaventurado San José, acudimos en nuestra tribulación y después de implorar el auxilio de vuestra Santísima Esposa, solicitamos también confiadamente vuestro patrocinio. Por aquella caridad que con la Inmaculada Virgen María Madre de Dios os tuvo unido, y por el paterno amor con que abrazasteis al Niño Jesús, humildemente os suplicamos que volváis benigno los ojos á la herencia que con su sangre adquirió Jesucristo y con vuestro poder y auxilio socorráis nuestras necesidades.

Protejed ¡oh providentísimo custodio de la Divina Familia!, la escogida descendencia de Jesucristo; apartad de nosotros toda mancha de error y de corrupción; asistidnos propicio desde el cielo, fortísimo liberador nuestro, en esta lucha con el poder de las tinieblas; y como en otro tiempo librateis al Niño Jesús de inminente peligro de la vida, así ahora defended la Iglesia santa de Dios de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad, y á cada uno de nosotros protegednos con perpétuo patrocinio, para que, á ejemplo vuestro, y sostenidos por vuestro auxilio, podamos santamente vivir y piadosamente morir y alcanzar en los cielos la eterna bienaventuranza. Amen.



# GLORIAS DE SAN JOSÉ

## PARTE PRIMERA

### CAPÍTULO PRIMERO

#### DEVOCIÓN DE SAN JOSÉ DURANTE LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA IGLESIA

*Vilior nam... et gloriosior apparebo.*

II Reg. vi, 22.



N todos tiempos desde Jesucristo, nuestro Bien, hasta nuestros dias el glorioso nombre del justísimo Patriarca San José fué por todos tenido en gran estima y veneración; mas no en todos tiempos se tributó al Padre virginal de Jesús un culto tan magnífico y esplendente, como á su gloria y santidad correspondía. Débese no obstante confesar que fué todo ello muy particular providencia de Dios, difiriendo para más tarde la celebración de tan inefable grandeza; ya porque á los principios del Cristianismo, como en época de perse-

cución y de martirio se levantaba principalmente al honor de los altares á los que, habiendo muerto por la fe, con sus victorias animaban á los fieles á sellar con la sangre la religión de Cristo, ya también porque aquellos primeros discípulos de Jesús, en contacto todavía con la atmósfera gentilica que los rodeaba por todas partes, y poco preparados para comprender la sublimidad de algunos dogmas católicos, hacían temible que con tributar á San José los honores que demandaban su excelsa dignidad y eminentes virtudes, no dieran en la herejía de Cerinto, que con diabólica pravedad y osadía propalaba el perniciosísimo error de que por su naturaleza era Jesús hijo no menos de José que de María.

Convenía, pues, al bien y provecho de la Iglesia universal que el brillo del Santo Patriarca quedara eclipsado casi de todo en todo, hasta que arraigara en todos los corazones y resplandeciera por el universo mundo la fe santa en la divinidad de Jesucristo y en la divina maternidad de María. Exclama aquí el Padre Binet, lleno de piedad compasiva: «Duélome de la infelicidad de aquellos antiguos habitantes de la tierra, que por tan largo tiempo no tuvieron la dicha de venerar vuestros méritos y dignidad casi infinita, y de implorar, ó gran José, vuestro patrocinio en sus necesidades y vuestro favor en sus trabajos. ¡Quiera el cielo que vean los siglos venideros reparada esta desgracia de los pasados!» (Retr. de los div. fav. c. 2).

Gracias á las divinas misericordias cumpliéronse ya sus deseos; y en los presentes tiempos gozamos las influencias de tan santa devoción, extendida hasta los últimos confines del orbe. Parece que el Señor, como lo hizo con los tesoros del divino Corazón, aguardó á difundir por la tierra el debido honor á San José, reservándolo para este siglo de frialdad é indiferencia,

á fin de que con sus brillantes ejemplos de humildad y de pureza se derritiera el hielo del orgullo y de la sensualidad, que consume el cristiano vigor de muchos corazones. Esto no quiere decir que desde muy antiguo en la Iglesia tanto de Oriente como de Occidente no tuviera San José devotos y admiradores, como para gloria del Santo vamos á examinar en este capítulo.

## I

## PRINCIPIOS DE LA DEVOCIÓN DE SAN JOSÉ EN ORIENTE

Parece cosa natural y muy puesta en razón que nuestro insigne Patriarca allí empezara á ser celebrado con solemnes cultos, donde había resplandecido en vida y en muerte por sus heroicas virtudes. Y en realidad de verdad así vemos que ha sucedido; pues apenas la Iglesia descansó algún tanto de las terribles persecuciones, con que el Señor quiso acrisolar su firmeza y constancia, cuando al punto se oyeron en Oriente himnos y cantares de gloria en obsequio del Padre adoptivo de Jesús.

Por dos sendas llégase á comprobar la antigüedad del culto tributado á cualquier Santo, conviene á saber: por algún templo ó capilla erigido desde remotos tiempos á su honor, y por los monumentos litúrgicos que lo declaran; y una y otra cosa encontramos en la Iglesia oriental desde los primeros siglos para honra de nuestro Protector.

En primer lugar, según el testimonio de Martorelli en su obra sobre la Tierra Santa c. 7, descúbrese todavía cerca de Belén, entre la cueva de la leche y el grandioso templo de Santa Elena, en la pendiente del monte, un lugar donde se había levantado un oratorio consagrado á San José. El antiguo escritor Nicéforo

Calixto en su historia eclesiástica, lib. 8, cap. 30, nos asegura que en la suntuosa basílica, construida á expensas de la ferviente madre de Constantino, entre otras capillas había una dedicada al Padre nutricio de Jesús.

Y ¿qué diremos, en segundo lugar, de los documentos litúrgicos, que atestiguan estas mismas verdades? Los Bolandos, con aquella severa crítica, con que examinan las cuestiones históricas, citan una fiesta antiquísima, por la cual en la dominica infraoctava del nacimiento de Cristo se celebraban las glorias del virginal Esposo de María. En ella resonaban las alabanzas «del constante defensor de Jesús, del justísimo Patriarca, el cual con singular privilegio tuvo la honra de conservar fresca la azucena de la virginidad y de ser con verdadero derecho llamado Padre del Niño Dios:

*της παρθενίας ἡγορημάτης καὶ πατὴρ τοῦ τιχομένου παιδὸς κέκληται;*

ya porque, como antiguamente reverdeció la vara de Aarón, así con señal semejante, prefigurada por aquella vara misteriosa, fué San José designado por Esposo de la Virgen, ya también porque, confortado en espíritu y adornado con preclaras virtudes, en avanzada senectud descendió gloriosamente al sepulcro de sus padres, y ahora su festividad en todos los confines de la tierra excita los fieles á ensalzar á Dios, que le glorificó y se dignó venerarle por Padre.» Así se expresaba en aquellos remotos siglos el Himnógrafo del Santo Patriarca, empezando sus cantares diciendo:

*Χριστὸς εἰ μάλιστ' ἠείνων Ἰωσήφ.*

«A tí te canto, José, estrenuo defensor de Cristo.» En otro lugar añaden los mismos críticos que la devota costumbre de hourar á San José con solemnes cultos

es con mucho muy anterior á la predicación de San Atanasio, obispo de Alejandría, ó á principios del siglo iv. ya que el autor de los himnos cantados en aquel tiempo en loor del deifero José, custodio de la Virgen, como él lo llama, fué contemporáneo de San Ignacio, patriarca de Constantinopla, remontándose á la cuna del Cristianismo.

Lo mismo demuestran los calendarios, y menologios orientales de los primeros siglos de la Iglesia. En todos estos documentos se hace festiva memoria de San José; y en el menologio, que dió á luz el cardenal Sirleto se leen estas palabras el día 26 de Diciembre: *Celebritas Domine nostræ Deigenitricis semper Virginis Mariæ, ac iusti Joseph eius Sponsi.*—*La solemnidad de nuestra Señora Madre de Dios, la siempre Virgen Maria, y del justo José su Esposo.*

Una excepción debemos poner á nuestro aserto, y es el menologio compuesto á instancias del emperador Basilio, en el cual no se hace mención expresa de la fiesta josefina; pero se explica naturalmente semejante omisión, advirtiéndole que ya se había honoríficamente hablado de las glorias de San José en la conmemoración de la huida á Egipto y de su vuelta del destierro á la tierra de Israel.

Asemaní sostiene que en todos los calendarios griegos se conmemora la fiesta del Santo Patriarca, bien sea en los indicados días 26 ó 25 de Diciembre ó bien en las dominicas anterior ó infraoctava de Navidad. En otro día bien distante celebraban los Coptos obsequios solemnes al vigilante custodio del Salvador, pues tenían su fiesta el 20 de Julio; día en el cual desearian varios devotos se solemnizara el nacimiento de San José, y día escogido por muchas iglesias de Italia para recordar con esplendorosos cultos las virtudes del Santo, como lo defiende Mazini en su Bolognia ilustrada.



En el Martirologio métrico helénico, tomado de las inscripciones que se leían en las lápidas sepulcrales, se hallan dos versos en alabanza del Ayo y Tutor de Jesucristo, los cuales pregonan bien alto en cuanto estima y veneración era tenido en aquellos remotos tiempos nuestro insigne Patriarca. En ellos se dice: *Glorifiquemos á José, Esposo de la Virgen; el único entre todos los justos elegido para ser su guarda y defensor.*

Y volviendo ahora, en conclusión de este primer párrafo, al célebre José, llamado himnógrafo por los himnos que compuso á honra de algunos Santos, y que por los años de 1661 fueron publicados en Roma por el erudito Hipólito Meraci, recordaremos aquella bella plegaria, con que termina el devoto poeta su producción, dirigiéndose á nuestro Santo: *¡O José, que tuviste la dicha de tener en tus brazos al Niño Dios, y fuiste custodio de aquella Virgen su Madre, que mereció conservar la integridad virginal aún después del parto; juntamente con tu Esposa acuérdate de mí!*

De todo lo cual se desprende cuánta fué la devoción, que desde los primeros años del catolicismo profesaron los orientales al glorioso Consorte de María; siendo esto tanto más de notar, cuanto que, según queda indicado, en aquellos siglos se honraba solamente la memoria de aquellos héroes, que, ó bien derramando la sangre por la fe, habían ceñido la corona del martirio, ó bien se habían hecho célebres en sus venerandos despojos, obrando grandes maravillas; y es cosa harto sabida que San José, castísimo Esposo de la Madre de Dios, ni dió su vida en defensa de la religión santa, ni nos legó sus mortales cenizas, para que recibieran nuestro culto y fomentaran su devoción entre los fieles con ruidosos portentos obtenidos por medio de ellas.

## II

ANTIGUOS PROGRESOS DE LA DEVOCIÓN DE SAN JOSÉ  
EN OCCIDENTE

No menos auténticos y luminosos son los monumentos históricos que nos demuestran la antigüedad de la devoción al Padre virginal de Jesús en la Iglesia de Occidente, por más que no se encuentren libros litúrgicos de aquellos remotos tiempos que la confirmen. Nadie ignora que durante los tres primeros siglos del catolicismo, para escapar de la vigilancia y persecución de los gentiles, los cristianos de Roma y de otros puntos celebraban sus juntas sagradas dentro de las catacumbas, ó de subterráneos escondidos. Si penetramos, pues, en aquellos escondrijos, santificados con las reliquias de tantos mártires, encontraremos pruebas, que no dejan la menor duda sobre la devoción de aquellos fieles al Santo Esposo de María. En una pintura de las catacumbas de Santa Priscila venérase la imagen del Santo Patriarca entre las de Jesús y de su Madre Santísima.

En medio de otras esculturas encuéntrase allí mismo un cuadro del nacimiento del Redentor, obra de escaso mérito artístico, aunque de admirable expresión, en el cual se destaca la figura del Padre adoptivo de Jesús, contemplando extático misterio tan inefable. En el cementerio de San Hipólito hallóse una losa sepulcral con esta inscripción: *Severa in Deo vivas*; siendo de notar que junto al busto de la noble romana, grabado sobre la piedra, sobresale la adoración de los Magos, en que aparece detrás de la de María la imagen de San José, extendiendo su diestra protectora sobre la Madre y el divino Infante.

Si nos damos á recorrer los monumentos de la sagrada antigüedad, descubiertos, por decirlo así, en nuestros días por los egregios arqueólogos Rossi, Bruzza, y el doctísimo P. Garrucci de la Compañía de Jesús, no podremos menos de celebrar las piedras sepulcrales, mosaicos, pinturas, vasos, inscripciones, multitud de objetos religiosos, en los cuales se reconoce á nuestro Santo casi siempre con Jesús y con María. Por los años de 1849 descubrióse en el fondo de una cripta un fresco, que es una de las más bellas pinturas de aquellos subterráneos, y representa magistralmente el hallazgo del niño Jesús disputando con los doctores de la ley. A la derecha del Niño Dios están San José y la Virgen, como extáticos, por la alegría de haber hallado prenda tan querida de sus corazones.

¿Cómo es, pues, admisible que teniendo aquellos primeros y fervorosos fieles continuamente ante sus ojos en tan expresivos cuadros á nuestro angelical Patriarca, como á uno de los principales actores de tan dulces misterios, no sintieran en sus almas filial cariño y tierna devoción para con el amantísimo Sostén de Jesucristo? Y no era solo en Italia donde se encontraban estos incentivos, en que podía cebarse la devoción de San José: en el próximo pasado año de 1888 hallóse en Africa, dentro de las excavaciones, que se están haciendo en la antigua Cartago, un bello relieve del siglo iv, donde se nota de pié el glorioso Patriarca, teniendo á su lado á la Virgen sentada con el niño Jesús en su regazo.

Otros evidentes testimonios de la devoción de aquellos primeros cristianos por San José nos suministran algunas iglesias, que conservan recuerdos suyos. Siendo Roma centro de nuestra fe, y cátedra infalible de la doctrina católica, debía de ser también como fo-

co de piedad en obsequio del Padre angelical de Jesús; por lo cual dispuso la divina Providencia que, pues no quedaron en la tierra las venerandas reliquias del cuerpo mortal del Santo Patriarca para nuestro culto filial y directo, heredase la Iglesia romana, desde los primeros siglos, una de las más preciadas joyas que de San José todavía se conservan, conviene á saber, el manto con que se cubría el Padre adoptivo de Jesús, y con el cual abrigaría tantas veces al divino Infante.

Esta valiosa reliquia se venera en la antiquísima colegiata de Santa Anastasia, cerca del palacio de los Césares, debajo del monte Palatino. En su templo edificado por Apolonia, noble matrona romana, por los años 300 de Jesucristo, templo en el cual muchas veces celebró la Santa Misa el esclarecido doctor San Jerónimo, en tiempo de nuestro compatriota el Papa San Dámaso, se conserva con gran estima y veneración dentro de un rico tabernáculo, en el fondo de la nave izquierda, el inestimable tesoro de tres reliquias insignes, á saber, un *liquium Crucis*, el velo de la Santísima Virgen y el manto de San José. Créese que las tres joyas fueron donativo de Santa Elena, cuando llevó consigo de Jerusalén á Roma el madero de la santa Cruz.

No se encerraba solamente dentro de los muros de la ciudad eterna la devoción á nuestro gran Patriarca, sino que también se extendía á muchas otras ciudades y pueblos de Occidente. Refieren los Bolandistas que en Aquisgrán, entre otras reliquias, regaladas por Carlomagno, se muestran unos pañitos, que, según Gedolfo, servían para envolver las piernas de S. José. Célebres son igualmente por conservar algún objeto santificado por el contacto del solícito custodia de Jesús, la iglesia de San Francisco en Asís, la de los Carmelitas descalzos en Antuerpia, las de Santo Domingo

y de San José en Bolonia, y sobre todas estas la de Perusa, por el anillo nupcial que allí solemnemente se venera.

¿No nos da esto fundamento para asegurar que la devoción de San José es antiquísima en estas regiones?

Y con tanta mayor razón podemos asegurarlo cuanto que si investigamos el culto de San José en muchas iglesias occidentales, nos persuadiremos de que, para probar su antigüedad no solamente contamos con la mención honorífica que del excelso Patriarca se hacía en las fiestas de la Anunciación, Navidad, Epifanía y Circuncisión, y con las alabanzas que á gloria del Esposo de María dejaron consignadas en sus escritos casi todos los Padres intérpretes del sagrado Evangelio, sino que contamos también con otros solidísimos argumentos, que hacen remontar el culto de nuestro Santo en Occidente por lo menos hasta el siglo VIII.

Hallamos ya á principios del XI un templo erigido á honra de San José en la célebre ciudad de Bolonia. Así lo escribió el cardenal Lambertini, que más adelante fué Papa con el nombre de Benedicto XIV, el cual, además de asentir que hallándose ya dicha iglesia edificada y en pleno culto el año 1129, debió de haberse levantado no pocos años antes, asegura también que el suavísimo nombre de San José se invocaba por los boloñeses en las públicas letanias, y que ya en el siglo VIII se leía inscrito en el martirologio romano.

De nuestra España, que tan devota fué siempre de la Virgen sin mancha y una de las primeras naciones que rindió veneración al misterio de la Concepción Inmaculada, no podemos dudar que también honró de antiguo con su filial devoción al castísimo Esposo de María. Sabemos que San Ildefonso, el defensor de la virginidad de la Madre de Dios, habló con

encomio de nuestro Santo; y habiendo registrado los misales antiguos y breviarios, que pudimos haber, encontramos que en el Muzárabe y en otro Gerundense, reimpreso por orden del célebre historiador, el Ilustrísimo Sr. Obispo Margarit, se conmemora en el día diez y nueve de Marzo la fiesta de San José.

En el misal Muzárabe, vuelto á imprimir por voluntad del Emmo. Cardenal Siliceo, arzobispo de Toledo, hay la misa propia del Santo; y en su calendario se ordena en honra de San José la solemnidad de seis capas, que era la suma, ó como si dijéramos, doble mayor de primera clase. Juntense á estos los solemnes cultos, con que le honraba la Iglesia de Sevilla por oficio propio, cuyos himnos cita nuestro Padre Morales; juntense los cuadros antiguos, en que se venera el Santo Patriarca, y veremos que su devoción no es tan nueva en nuestra patria, como algunos suponen.

Ultimamente vimos en la parroquia de Músoll cerca de Puigcerdá un frontal del siglo IX ó X, en que está dos veces pintada la imágen de San José; una teniendo en su derecha, no una vara florida, como en nuestros tiempos, sino un cayado, y la otra ostentando á sus piés un par de tórtolas junto con otro de palominos. Parecidos frontales se conservan en varias iglesias de la alta montaña de las diócesis así de Vich, como de la Seo de Urgel, centro de nuestros valerosos adalides de la reconquista; lo que demuestra que en aquellos remotos siglos reinaba entre nuestros abuelos la devoción de San José, defensa y escudo de los cristianos contra los sectarios de Mahoma. Mas, aun suponiendo que todos estos datos no fueran de tan larga antigüedad, prueban con todo claramente que mucho antes de Santa Teresa de Jesús, á quien se atribuyen por algunos los principios de esta devoción en España, era ya fervientemente venerado San José en muchos pueblos de la Península.

El Padre Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, confesor de la Santa y primer general de la descalcez carmelitana, compuso un libro con el título de *Alabanzas de San José*, movido, como él dice, tanto por la devoción, que desde niño le profesaba, como para satisfacer los deseos de los hermanos de la cofradía josefina, que ya por entonces florecía, y vivía en relación y fraternidad con la antiquísima de Perusa. Diceles en su prólogo: «no pretendo quitaros esta devoción, antes os ruego perseveréis en ella, como lo hacen los hermanos de Perusa.» Y ¿qué devoción era esa, de que hablaba el Padre Gracián? No era otra sino la de los siete Domingos, ó siete meditaciones de las angustias y gozos del glorioso San José, y algunas oraciones y letanias, que solían cantar los cofrades.

El piadoso Gersón supone que el mismo amor y entusiasmo por San José reinaba ya en su tiempo en las partes ultramarinas, ó Inglaterra, y atestigua no solo que en aquellas regiones celebrábase ya con solemnidad el dichoso tránsito de San José en la octava de la Purificación de María, á no impedirlo la Dominica de Septuagésima, sino también que los Padres Agustinos de Milán gozaban ya de oficio propio á gloria del Santo Patriarca.

Mas todos estos cultos, traídos de Oriente á Occidente por los Padres Carmelitas, según testimonio de Filemont, son como pálida sombra, si se comparan con las lucidas fiestas y brillantes solemnidades, con que se obsequia á nuestro Patrono desde principios del siglo xv; lo que vamos á ver en el capítulo siguiente. Mas antes de terminar, séanos licito implorar el favor del Santo en esta nuestra empresa, rogándole con la Iglesia hispalense en uno de sus himnos:

O Custos matris Domini,  
Devotos tuo nomini.

Ioseph alme, per aspera  
 Salva semper et prospera.  
 Adesse tuis famulis  
 Dignare, Dux amabilis:  
 Sentiant nostra pectora  
 Tua semper iuvamina.  
 Tu salus et protectio  
 Nostraque iubilatio. Amen.

## EJEMPLO

*La Beata Águeda de la Cruz*

Escribese en su vida que esta bienaventurada Virgen de la orden dominicana siempre había profesado filial amor al glorioso Patriarca San José, pero que se acrecentaron extraordinariamente sus llamas y vivos deseos de promover su culto, con un favor que recibió el día de la Purificación de María Santísima.

Fué la ocasión que, habiendo sentido amarga inquietud al ver expuestas á inminente peligro de recaída á ciertas mujeres arrancadas con su celo del cieno de la culpa, prorumpió en expresiones de indignación y enfado contra su presuntuosa temeridad; mas, reconocida luego y agitada de remordimientos, tenía haberse excedido en sus palabras y dejado llevar de celo indiscreto. La conciencia no le daba descanso, y para recobrar la paz perdida no hallaba otra senda que una humilde confesión de su culpa.

Fuése, pues, para ello á la Iglesia; y en tanto que se preparaba, se le aparecieron San José y la Virgen, con el Niño Jesús en los brazos. Más fácil es adivinar que expresar la alegría que experimentó su alma con tal visita; la cual no fué estorbo para que se apresurase á pedir con toda humildad perdón de su falta; gracia que le fué otorgada con expresiones de inefable



consuelo. En todo aquel día estuvo la devota religiosa como fuera de sí, embelesada en la contemplación de aquella fiesta, y sumamente agradecida á la Virgen, así por su amorosa visita, como por la generosidad con que había ofrecido á su prenda por la salvación del mundo.

No menos arrebatában su espíritu en la consideración de este misterio los seráficos afectos y sentimientos de San José, que fué uno de los principales asistentes á la ceremonia de la Purificación. Desde entonces la Beata Agueda de la Cruz sintió en su alma tomar nuevas creces la devoción de San José, y sus vivísimos deseos de obsequiarle. En pago de este aprecio ferventísimo favorecióla el Santo con otra visión dulcísima en el día de su fiesta, en la cual, en medio de torrentes de luz, de que se le presentó rodeado el Patriarca, recibió ilustraciones inefables sobre la vida y muerte del Esposo de María.

Por ellas conoció claramente la gran tristeza y dolor que inundó el alma de San José en viéndose por la muerte separado de Jesús y de María, prendas queridísimas de su corazón; porque no sucedió con él lo que acontece con los demás Santos, á quienes la muerte junta con Dios más estrechamente, sino que se vió privado por ella de la compañía del Verbo humanado, hasta después de la Resurrección gloriosa del Redentor.

Estas consideraciones y visitas aficionaron á la Beata Agueda con gran afecto al Santo Patriarca, cuya gloria procuró hasta el último suspiro.





## CAPÍTULO II

### DESARROLLO DE LA DEVOCIÓN DE SAN JOSÉ DESDE PRINCIPIOS DEL SIGLO XV

*Laudemus viros gloriosos*

*EccI. XLIV, 1.*



COMO fácilmente se desprende del pasado capítulo, es cosa clara que á fines del siglo XIV, salvas algunas de religiosas familias y muy en especial las del Carmelo, eran en Occidente contadas las iglesias, que solemnizaban la fiesta de San José con oficio y misa propios. Pero á medida que se iban disipando por completo las tinieblas del gentilismo con el refulgente sol de la fe, á proporción que la Iglesia santa iba extirpando las herejias, y se consolidaban sus dogmas en los corazones de sus hijos, parece que el Señor iba manifestando á la luz del mundo las glorias inefables de aquel, á quien se dignó venerar por Padre en su peregrinación por este mísero suelo.

Y cuando el sol indefectible de la Iglesia llegó á su apogeo, difundiendo por todo el orbe los esplendores de su divina grandeza, entonces los pueblos todos, como excitados de soberano impulso, se deshicieron en alabanzas del Santo Patriarca rindiéndole un culto más esplendente que en los pasados siglos. Entonces fué cuando, por una parte, escritores ilustres, entu-

siasmados vivamente por las incomparables grandezas que descubrían en el Padre nutricio del Hijo de Dios, aprovechándose de todos sus conocimientos en teología, en derecho canónico y en todas las ciencias sagradas, salieron á la palestra, vindicando para San José con lucimiento inusitado las glorias que justamente le pertenecían, y por otra parte, los Vicarios de Jesucristo, ya por su propia devoción, ya escuchando las instancias de varones distinguidos por su virtud y saber, de corporaciones ilustres, y de soberanos celosos de la gloria de Dios, contribuyeron con sus decisiones y enseñanzas infalibles á encender en los pechos cristianos el entusiasmo y devoción por el Esposo virginal de Maria.

Esto quisiéramos describir para gloria del Santo en el presente capítulo, manifestando con sencillez y claridad cómo concurrieron á la mayor difusión y esplendor del culto josefino tanto los pueblos, como los Soberanos Pontífices y casi todas las ordenes religiosas. Empecemos con la bendición del Señor.

## I

## ESTIMA DE LOS PUEBLOS POR SAN JOSÉ

El primero que levantó la voz, para que la Iglesia universal decretase al Santo Patriarca solemnnes cultos, fué el docto y devoto Juan Gersón, que nació en el pueblo de su nombre en la diócesis de Reims el 14 de Diciembre de 1363. A la edad de treinta y dos años era ya canónigo y doctor de la Sorbona, y caxiller de la Iglesia y de la universidad de Paris. Este insigne panegirista de nuestro Santo, este preclaro miembro del Concilio celebérrimo de Constanza, levantóse ante aquella distinguida asamblea, y abogó por la honra de San José, diciendo, con no menor fer-

vor que elocuencia, que si querían, en las tristísimas amarguras del cisma, obtener para la Iglesia católica días de paz y de ventura, era conveniente y preciso establecer alguna fiesta en obsequio y gloria del angelical esposo de María. Y no satisfecho aún con esta pública y entusiasta manifestación de su amor al Custodio del divino Infante, dirigió varias cartas á personas influyentes, á principes seculares y eclesiásticos, para que con su prestigio y autoridad trabajaran por el logro del mismo objeto.

Contemporáneo de este Canciller ilustre fué San Bernardino de Sena, el cual, como enamorado de Jesús, y por lo tanto, devoto celosísimo de las glorias de María y de José, predicando en Bolonia y en Padua las grandezas inefabiles de nuestro Santo, al magnificarle como santificado en el seno materno y glorioso en el cielo en cuerpo y alma, fué visto públicamente con una cruz resplandeciente sobre su cabeza; como aseguran sus historiadores, y señaladamente Bernardino de Bustos, no menos celoso de las glorias del santo Patriarca.

A San Bernardino de Sena, gloria y prez de la orden seráfica, sucedió el conspicuo Padre Isidoro Isolano, ó de la Isla, honor de la Dominicana, el cual, siguiendo las huellas del Franciscano, emuló su devoción y celo por las glorias de San José. De la contemplación atenta y devota de los misterios del Rosario sacó un aprecio y una confianza sin límites por el Santo Patriarca, del cual escribió *La suma de sus dones*, con tal fuego, que lo pega en el alma de cuantos lo leen. En este precioso libro, dedicado el año del Señor de 1522 al sumo Pontífice Adriano VI, predice en términos claros y expresos los solemnes obsequios, que con el tiempo se habian de rendir en todo el orbe por la Iglesia universal al Padre adoptivo de Jesucristo.

Con tan activos y celosos apóstoles de las glorias josefinas difundíase por todas partes esta suavísima devoción, compitiendo los pueblos y naciones en las honras y obsequios tributados al Santo. En tanto que iban creciendo el crédito y estima debidos á la grandeza de San José, traspasando su benéfica influencia aun más allá de los mares, brilló por su ilimitada confianza en la protección de tan gran Patrono Teresa de Jesús, sol refulgente del Carmelo y gloria de toda España. Bajo el amparo y tutela del poderoso Patriarca, á quien llama la Santa su padre y maestro, emprendió la reforma de su orden, y fundó numerosos conventos de descalzas y descalzos, haciendo de cada religioso un activo propagandista de las glorias de nuestro Abogado. No es extraño que así se condujera la que con la leche de su madre había chupado la miel de esta devoción, esparcida ya por muchos pueblos de la Península.

En abono de esta verdad tenemos la autoridad y testimonio de un mejicano ilustre, el cual describiendo el especial patrocinio y culto del Esposo de María en aquel vasto imperio, dice estas formales palabras: «Desde que se conquistó este nuevo mundo, juntamente con la verdadera religión plantaron en él los primitivos padres los cultos de San José.» El primer Concilio provincial celebrado en su metrópoli escogió al Santo por Patrón de aquella naciente Iglesia; y en el tercero se dispuso que fuese venerado como Patrón universal y se le diera conmemoración en las costumbres.

Tal era la tierna devoción al Padre virginal de Jesús, que señoreaba desde su conquista en aquellos lejanos países, devoción llevada allá por españoles anteriores á Santa Teresa, ya que el tercer Concilio mejicano, como escribe el P. Vallejo, tuvo lugar el año 1555, ó en tiempo de la misma Santa.

Y esta devoción, tan dulce como provechosa, era común á todos los pueblos de las Américas españolas, civilizados por nuestros abuelos. Decía el Reverendo D. Manuel de Ibares que en Aguascalientes se hacían el día 19 de cada mes tantas confesiones y comuniones á honra de este gran Santo, cuantas se ven en los pueblos de Italia en los días más solemnes de la Santísima Virgen. A estos obsequios seguían los de la fiesta, que eran solemnisimos, con misa cantada á toda orquesta, iluminaciones públicas, fuegos artificiales y otros regocijos, en que solían gastarse más de ochocientos pesos fuertes.

No les iban zagueros algunos pueblos de la madre patria. En todas partes tomaba nuevas creces la devoción á San José, hasta el punto, no solo de erigirle santuarios, como el de Belmónte en el bajo Aragón, consagrado á su feliz tránsito, que en bellissimo lienzo de autor desconocido, allí se venera, sino también de obligar al católico monarca á interponer su real valimiento para conseguir del Soberano Pontífice que lo declarase Patrón de toda España.

En hecho de verdad, á petición de Carlos II, se había obtenido del Papa Inocencio X, por breve expedido en 19 de Abril de 1679, que San José fuera venerado Patrón de todo el reino y de sus extensos dominios, en los cuales no podía ponerse el sol. Pero desgraciadamente se pudo gozar poco tiempo de tanta dicha, porque el señor Arzobispo y clero de Compostela, temerosos de que con tal patronato menguase la devoción de Santiago, enviaron de procurador á Roma á Francisco Joba; el cual consiguió de Urbano VIII que á 30 de Agosto de 1680 declarase sin fuerza y como no emanado breve de tanta gloria para nuestra patria. Con tanto esplendor se iba extendiendo por todo el mundo la devoción de San José, Ayo amantísimo del Redentor.

## II

EMPEÑO DE LOS SOBERANOS PONTÍFICE EN EXTENDER  
LA DEVOCIÓN DE SAN JOSÉ

A las voces y súplicas del pueblo católico concurrieron como guías y promotores los Pontífices romanos, sancionando con solemnes decretos los honores, que debían tributarse al dignísimo Consorte de la Madre de Dios y adoptivo Padre de Jesucristo. Extractaremos lo que sobre esta materia refiere Benedicto XIV. Dice este doctísimo Pontífice que después que la Iglesia santa hubo inscrito el suavísimo nombre de San José en el martirologio romano, trató de solemnizar con singular esplendor el 19 de Marzo, consagrándolo enteramente á su fiesta, como el pueblo anhelaba.

El primero que tomó con empeño este negocio, de tanta gloria para el Santo Patriarca, fué el Papa Sixto IV, el cual en 1481 declaró el día de San José fiesta de riguroso precepto. Con todo, fuera porque el decreto no reuniese las debidas formalidades, fuera porque la orden no se ejecutase convenientemente, es lo cierto que hasta el año 1621, en que Gregorio XV, el 8 de Mayo, decretó que bajo precepto de oír misa y prohibición de obras serviles se honrase á San José el 19 de Marzo por toda la Iglesia, no se guardó tal fiesta con la solemnidad deseada por sus devotos. Esto mismo confirmó más tarde con otro decreto el Vicario de Cristo Urbano VIII.

Otra de las concesiones más codiciadas por los amantes de San José, y hecha en obsequio del mismo por los Pontífices romanos, fué la del oficio y misa propios. Antiguamente el oficio del Santo era simple y común, y fué elevado á doble con himnos

propios por la sagrada Congregación de Ritos, á ruegos é instancias de la digna hija de Santa Teresa de Jesús Sor Clara María de la Pasión. Los himnos fueron compuestos por el Papa Clemente X. muy devoto del egregio Patriarca, y las lecciones del primer nocturno, capítulos, antífonas y responsorios por Clemente XI. sumamente perito en las sagradas Escrituras; el cual el 3 de Febrero de 1714 extendió todas estas modificaciones á toda la Iglesia de Dios.

Acrescentada la solemnidad de la fiesta de San José ¿cómo se podían olvidar sus sagrados desposorios, fuente y fundamento de sus inefables prerogativas? A celebrarlos con gran brillo aspiraron sus devotos; y su fiesta fué otorgada primero á varias familias religiosas y provincias cristianas, entre las cuales no ocupa el ínfimo lugar nuestra católica nación, y luego se extendió á todo el orbe cristiano. Habían sido ya propuestos su celebración y oficio por el devoto Gersón, el cual confió este encargo á un canónigo de Chartres; pero el oficio compuesto por éste no fué adoptado. Llenó este vacío Paulo III, concediendo á los religiosos Menores rezar de los misteriosos Desposorios de San José con María, tomando el oficio de la Natividad de la Virgen y trocando este nombre por el de Desponsación, hasta tanto que se compusiera otro nuevo y mejor adaptado á la grandeza del objeto. Con todo, por más que el mismo Pontífice cometió esta tarea á Pedro Aurato, religioso dominico, prescribió el rezo interino, que después Benedicto XIII concedió á todo el estado eclesiástico el día 22 de Agosto, fijando para esta fiesta el 23 de Enero. España continuó celebrándola el 26 de Diciembre anteriormente determinado.

Pasando ya por alto, para no hacernos demasiado difusos, otras concesiones hechas por los Vicarios de



Jesucristo á varias ciudades y religiones, no podemos sepultar en el silencio la misa propia en honor de San José para impetrar una buena muerte, inscrita en algunos misales romanos, con autorización de la Sagrada Congregación de Ritos. Compúsole, á instancias del gran duque de Toscana y por orden de Clemente XI, el doctísimo y bienaventurado José María Tomasi, cardenal de los clérigos regulares Teatinos, muerto en Roma en olor de santidad el día primero de Enero de 1713.

Mayores dificultades se suscitaron en inscribir el nombre de nuestro Patriarca en las Letanias mayores. Dos fueron los puntos, que para ello se discutieron, según cuenta Benedicto XIV (De Ser. Dei beat. l. IV, c. 20): el primero, si debía ponerse en ellas el nombre del Santo, y el segundo, en caso afirmativo, qué lugar debía señalársele. En cuanto á lo primero todos los sufragios fueron concordes, conviniendo en que se invocara en las Letanias el suavísimo nombre de San José; mas no concordaron igualmente los consultores respecto del otro punto. De ellos unos querían que el dulce nombre del castísimo Esposo de María se inscribiera junto al de su Esposa y antes que el de San Juan Bautista; y otros abogaban por que se pusiera después de éste, pero antes que todos los de los Apostóles, mártires y confesores de la nueva ley; ya porque San Juan Bautista cerraba con su martirio la antigua alianza, ya porque en las Letanias de los Carmelitas y Dominicanos ocupaba dicho nombre el mismo lugar.

En estas dudas Inocencio XIII tomó tiempo para deliberar; pero la muerte le arrebató antes que decidiera el litigio. Sucedióle Benedicto XIII, y reasumida la causa y nuevamente discutida, el 19 de Diciembre de 1726 ordenó que todos los fieles invocaran en las Letanias, así mayores como menores, el suavísimo nom-

bre de San José inmediatamente después de invocado el del Santo Precursor.

Debe, no obstante, advertirse no solo que los clérigos regulares Teatinos lo invocaban ya inmediatamente después del dulcísimo nombre de María, mas también, como notó el mismo Benedicto XIV, que no estando los Santos en las Letanias por orden de su mayor ó menor santidad, inscribir á Juan antes que á nuestro incomparable Patriarca no prueba que sea éste menos perfecto y excelente que el Bautista. Y si hemos de seguir el impulso que se descubre en todas partes y en todos los fieles, no podremos menos de rendir á San José un culto espléndido y superior al de los demás Santos; laudable costumbre importada de Oriente á Occidente por los Padres del Carmelo, según confesión del mismo cardenal Lambertini.

Hasta el año 1621 no se solemnizaban en honor de San José otras fiestas, que su feliz tránsito de esta vida mortal, y su felicísimo enlace con la Reina inmaculada; mas, reunidos aquel mismo año en capitulo general los Carmelitas descalzos, escogieronlo por protector y padre de su Instituto, y arreglado para este fin el oficio todo propio del Santo, con aprobación de la Iglesia comenzaron en 1689 á celebrar la fiesta del Patrocinio en la dominica tercera después de Pascua; fiesta, que en 1735 guardaban ya todas las diócesis de España, y muy en especial la de Sevilla, con rito doble de primera clase, obtenido un año después de la Sagrada Congregación de Ritos.

Bien presto la fervorosa devoción por esta fiesta fué cundiendo por todas las religiones y por todas las provincias y reinos, hasta que el Pontífice Pío IX, de santa memoria, la extendió con rito doble de segunda clase á toda la Iglesia, con gran regocijo y contentamiento del orbe católico. Este mismo Vicario de Jesu-

cristo, además de recomendar en sus frecuentes alocuciones una tierna y filial devoción al Esposo justísimo de María, fuera de haber encomendado á todos los obispos reunidos en la canonización de los mártires japoneses que la promovieran en sus respectivas diócesis, en la plegaria final, con que terminó aquel acto solemnisimo, inmediatamente después de la Virgen invocó, con afecto sentidamente marcado, el nombre suavísimo de San José, antes que los de los apóstoles San Pedro y San Pablo, honra nunca tributada por sus antecesores, y le decretó en 1870 supremos honores de Patrono de la Iglesia universal, con rito doble de primera clase y credo, como en las mayores solemnidades católicas.

Hizo todavía más á gloria de San José. Como si con lo dicho se hubiera quedado mezquinamente corto para con tan esclarecido Patriarca, lo que permitió Pío VII lo prescribió Pío IX, conviene á saber, que en la oración *A cunctis* de la Santa Misa, inmediatamente después de María se añadiera *cum Blo. Joseph.* anteponiendo este nombre al de cualquier otro patrón, aunque fuera San Pedro ó San Pablo, con excepción del Bautista ó de los santos Angeles, por no resolver una cuestión aún no definida, y que en los sufragios de los Santos, prescritos por las rúbricas en ciertos días, después de María se hiciera conmemoración de su castísimo Esposo. Parecida estimación y amor ha manifestado nuestro Smo. Padre León XIII, cuando en las preces mandadas para después de concluida la Misa quiere y ordena que tras de María se implore la protección de San José *ejus Sponso*, aun antes que la de San Miguel arcángel, para conseguir el triunfo de la Iglesia; todo lo cual nos da fundados motivos para esperar que á no tardar muchos años veremos el glorioso nombre de San José ocupar el mismo puesto en

el Canon y Letanias comunes, y establecida otra fiesta para conmemorar su faustísimo nacimiento.

## III

## INFLUENCIA DE LOS RELIGIOSOS EN LA GLORIFICACIÓN DE SAN JOSÉ

Contribuyeron no poco á la difusión y arraigo de tan saludable y dulcísima devoción casi todas las órdenes religiosas esparcidas por la redondez de la tierra. Queda ya consignado que los primeros y más diligentes, que se distinguieron en esta gloriosa propaganda, fueron los hijos del Carmelo; de los cuales heredó en parte Santa Teresa de Jesús la filial é ilimitada confianza que tenía en nuestro Santo. Puédese asegurar que de los numerosos monasterios por ella fundados, no se encontraría uno siquiera que ella no pusiera bajo el amparo y tutela del amantísimo Patriarca; pudiéndose llamar con toda verdad Teresa de José, como con tanto placer y razón se apellidaba Teresa de Jesús.

Antiquísimo es el instituto de Padres Benedictinos, y antiquísima es entre ellos la devoción de San José. En su monasterio de Chalons, consagrado á nuestro Patriarca, consérvanse en su ceremonial las letanias que allí se rezaban en obsequio suyo, y son las más antiguas que se conocen. De estos fervientes Padres aprendería sin disputa San Bernardo aquel devoto entusiasmo, que trasmitió á los Cistercienses, y que le hacía exclamar á honra del vigilante Custodio de Jesús: *Solus, solus in terris magni consilii adiutor fidelissimus*. (Hom. 2, sup. Missus, n. 16). Entre todos los Patriarcas y Santos solo José fué elegido fidelísimo Coadjutor del gran consejo en la tierra. ¿Quién

ganó á este Doctor meliflúo en amor para con el Santo?

De la orden seráfica de San Francisco era San Bernardino de Sena, cuyos escritos son bastantes para inflamar en el fuego de la devoción para con San José á cuantos atentamente los leyeren. Fuera de esto púedese asentar que desde su cuna profesaron los hijos de Asis tierno amor al Guardián del divino Cordero, puesto caso que ya en su capítulo general, celebrado en 1399, resolvieron celebrar su fiesta; cuyo brillo y solemnidad recibieron nuevos incrementos en otras juntas posteriores.

Como quiera que todos los Franciscanos competían en esta santa porfía de obsequiar fervorosos á San José, resplandeció, con todo, con lustre singular San Pedro de Alcántara, consejero muy querido de Santa Teresa de Jesús; el cual observando que su reforma-ción franciscana iba cada día en aumento, y queriendo con todas sus fuerzas conservar lozanas tales conquistas, trató de buscar un tutor capaz de ampararla y defenderla contra enemigos visibles é invisibles; por lo cual en capítulo habido en 1561 la puso bajo el patrocinio de San José, determinando que el escudo de la provincia, que primero se erigiera, no fuera otro sino la imagen de San José con el niño Jesús en los brazos.

En este dulcísimo y admirable concierto hicieron oír su armoniosa voz muchos distinguidos Dominicanos, que de las flores del Santo Rosario libaron suavísimo nectar de devoción para con el Ayo del Redentor. Alberto el Grande, uno de sus más preclaros hijos, compuso en el siglo xiv, á súplicas de algunos devotos que le honraban con particular culto, un oficio lleno de unción. Publicó las glorias de San José el célebre P. Miechow en varios capítulos de sus Letanias

lauretanas. Pero el más solícito y entusiasta de los honores del Santo, el que con vista profética columbró los brillantes obsequios, con que debía ser venerado en los siglos venideros, fué el dichoso Isidoro de la Isla, el cual en la mencionada *Suma de los dones de San José* expresábase así, con estro verdaderamente profético:

«Días vendrán, en que todos los pueblos conozcan, veneren y adoren el nombre del Señor y los grandes tesoros divinos, que puso el mismo Dios en San José y quiso permanecieran escondidos por tan largo tiempo... Levantaránse templos en su honor, se le celebrarán fiestas espléndidas y se le ofrecerán votos populares. Varones insignes escudriñarán los dones interiores de Dios escondidos en San José, y descubrirán en él riquísimos tesoros. El Vicario de Cristo en la tierra, inspirándose el Espíritu Santo, mandará que se celebre en todos los confines de la Iglesia militante la fiesta del Padre adoptivo de Jesús, esposo de la Reina del universo, héroe santísimo.» Hasta aquí los vaticinios del Isolano.

Por la divina misericordia cumpliéronse ya; y la fiesta de los Desposorios, establecida entre los Franciscanos, fué adoptada por los hijos de Santo Domingo, uno de los cuales compuso un oficio propio de la solemnidad, consiguiendo de Paulo III que se fijara ésta para el 23 de Enero y se celebrase con mayor esplendor. Así cooperaban estos fervientes religiosos á la dilatación de las glorias del Santo Patriarca por muchas comarcas y reinos.

Y ¿habían de enmudecer en este gran concierto los discípulos de San Agustín, habiendo sido su Padre uno de los que más enaltecieron al Padre adoptivo de Jesús? Cónstanos lo contrario; pues rivalizaron también en esta emulación santa por las glorias de San

José, señaladamente los Agustinos descalzos; los cuales, en congregación general habida en Roma el año 1632, decretaron que todas sus casas de Italia y de Alemania se pusieran bajo la protección de este poderoso Abogado. Y en virtud de este piadoso acuerdo no solo se consagraron á San José todos los noviciados y colegios de la orden, sino que también se comprometieron á que en todos sus conventos se rezaran vísperas del Santo los viernes todos. Y como si todos estos cultos fueran insuficientes para su devoción, en el capítulo general de 1700, adelantándose ya á los deseos de la Iglesia, resolvieron que se hiciera conmemoración de San José en todos los oficios semidobles, y que se pidiera con vivas instancias á la Sagrada Congregación de Ritos la facultad de celebrar el Patrocinio del Santo, á imitación de los Carmelitas.

Larguísimo y por demás pesado sería querer recorrer las religiones todas, antiguas y modernas, pues todas ellas con mayor ó menor entusiasmo demostraron su celo en propagar las glorias de San José: no obstante, como hijo de San Ignacio, no quiero ni puedo pasar en claro la devoción que siempre le profesó la Compañía de Jesús. ¿Cómo no habían de seguir los hijos los ejemplos de su santo Padre?

Cuentan nuestros Anales que San Ignacio tenía en su oratorio una imagen de San José, á quien acudía en sus apuros. Ante ella solía con preferencia orar y ofrecer el augusto sacrificio de la misa: á las plantas de este gran Director de las almas ponía por escrito sus dudas y más graves dificultades, con la esperanza de pronta solución: con sus ejemplos y magisterio llegó á ser tan hábil en la discreción de espíritus y gobierno de las almas. ¿Podían desviarse los discípulos de la senda trazada por su fundador y maestro?

Por esto desde sus primeros años escogió la Com-

pañía á San José por Patrono de la Congregación de la buena muerte establecida en todas sus casas y colegios. íntimamente persuadida de que los fieles ansiosos de tener en aquel paso temible un guía seguro y poderoso abogado, de ningún Santo podían reclamar con mejor éxito sus auxilios en aquella hora postrimera que de San José, felizmente muerto en brazos de Jesús y de María.

Con este mismo fin y propósito consiguieron nuestros Padres la indicada misa propia, inserta entre las votivas del misal romano, para obtener de Dios la gracia de una buena muerte. Todo lo removían para inflamar los ánimos en tan santa devoción. En la iglesia del Colegio Romano venerábase el bellissimo cuadro del tránsito de San José, obra de Trevisani, en una capilla magnífica, construida á expensas del cardenal José Sacripanti, devotísimo del Santo Patriarca. No menores pruebas de esta devoción, nos dió el Pontífice Clemente XI, puesto que con breve de 10 de Febrero de 1713 dotó la mencionada capilla, para que todos los años en el mes de Marzo se honrase al Patrón de la buena muerte con devota novena y solemne fiesta.

No era este culto exclusivo de Roma, porque en casi todas nuestras iglesias de la cristiandad se glorificaba con gran magnificencia y esplendor al Padre nutricio de Jesús, siendo bien contadas las que no le tuvieran consagrado algún retablo ó altar. Consérvase todavía en nuestra antigua iglesia de Palencia en Castilla una copia fidelísima y casi contemporánea del lienzo pintado por Trevisani, tenuta por aquellos devotos fieles en gran veneración.

Por otra parte, como el Padre virginal del divino Maestro se tiene por modelo perfectísimo y acabado de recogimiento y de vida interior, por esto la Compa-



ña puso bajo su guía y amparo la mayor parte de las casas de tercera probación, donde, como en segundo noviciado, después de haber terminado el estudio de las ciencias, tratan los jóvenes de restaurar las fuerzas del espíritu, que se hubieren menoscabado con el ardor de las letras, consagrándose para ello solamente á la ciencia de los santos y conocimiento práctico del Instituto. El distinguido Padre Bolando hace notar que ya en su tiempo apenas había colegio en Europa ni en las misiones ultramarinas, que no tuviera alguna iglesia ó capilla erigida á honra de San José. A su valimiento se debió la conversión providencial al Cristianismo de dos poblaciones salvajes, que rodeaban el distrito consagrado al Santo Patriarca en las entonces venturosas reducciones del Paragüay.

Entre los promotores de las glorias del Consorte de la Virgen no deben pasarse en silencio los insignes escritores Jesuitas, que vindicaron su merecido prestigio en el ánimo de los fieles. Muchos tendremos que citar en este ligero trabajo, emprendido para popularizar las glorias de San José; mas no podemos menos de reunir aquí, para su digno elogio, los nombres del eximio doctor Francisco Suarez, del Beato Pedro Canisio, de los Padres Salmerón, Bolando, Papebroquio, Rainaud, Morales, Cornelio á Lápide, Barradas, Ribadeneira, García, y sobre todo el del Padre José Antonio Patrignani, por su obra del *Devoto de San José*, tan alabada del Papa Benedicto XIV, y el del Padre José Ignacio Vallejo, que con gran fervor y erudición escribió la *Vida de San José*, durante la extinción de la Compañía de Jesús; y últimamente el del Padre Cipriano Macabiau, profesor de sagrada teología en el colegio de Uclés, el cual en su solidísima obra publicada en 1887 magistralmente resuelve las principales y más debatidas cuestiones *De cultu Stí. Joseph ampli-  
ficando*.

¡Quiera Dios multiplicar imitadores de estos entusiastas panegiristas del Esposo angelical de María, para mucha gloria de Jesús, obsequio del Santo Patriarca y espiritual provecho de las almas. Amen.

## EJEMPLO

*Los Padres Pablo Barry y Pedro Cottón de la  
Compañía de Jesús.*

He aquí lo que aquel devoto panegirista de las glorias de San José escribe de si mismo en su piadosa obra sobre la devoción al Santo.

«¡Viva la Compañía de los amantes de San José! Todos los días crece y se multiplica su número tanto, que pocas personas se encuentran que no quieran alistarse entre sus devotos. Todos los amantes de Jesús y de María se hacen también amantes de San José; y á medida que reconocen cuán amante y amado fué del Hijo de Dios y de su Virgen Madre, no cantan, ni escriben ni pronuncian nombres para ellos tan dulces, como

¡Vivan Jesús, María y José!

»Otras veces se contentaba uno con decir y repetir: ¡Vivan Jesús y María! Este era el cantar de las almas bellas; ahora se canta en otro tono, añadiendo José. En nuestros días no es sólidamente devoto el que no toma este nombre por santo y seña y por blanco de sus castos y píos amores. ¡Vivan Jesús, María y José!

»Acuérdome ahora de una falta perdonable, en que muchas veces incurri, y por largo tiempo. Tenia yo gran cariño á San Alejo, como se lo tengo aún, y exclamaba: ¡Vivan Jesús, María y Alejo..! El amor que desde mis primeros años profesaba á San Alejo me ce-

gaba é inducía á hablar así: yo no conocia entonces bastante á San José. Este sol amabilísimo no habia brillado todavía en mi corazón; por lo cual, después de los nombres de Jesús y de María, no hallaba otro tan amable como el del bueno de San Alejo. Pero ahora que sé lo que vale San José, ahora que conozco el precio inefable del Esposo de María, cambio de tono; y me resuelvo á dar el tercer asiento en mi corazón al que de derecho le toca, y á clamar cien mil veces en mi vida:

¡Vivan Jesús, María y José!

»Por tan cierto tengo que después de Jesús y de María debe ser amado y honrado sobre todos San José, sin quitar ni añadir uno solo en esta Trinidad augusta de la tierra.»

El piadoso Padre Cottón, célebre no menos por sus dotes oratorias, que por sus religiosas virtudes, distinguióse constantemente en el cielo por las glorias de San José. En todos sus sermones, en sus exhortaciones todas aprovechaba la ocasión de honrar oportuna é importunamente la dignidad y valimiento del Santo Patriarca. A sus consejos é influencia se debió que se dedicara á San José la primera iglesia, que en Francia se erigió á su culto; habiendo cabido esta buena suerte á la iglesia del noviciado de la Compañía de Jesús en Lión.

Nunca, ni en sus conversaciones, ni en sus prácticas de piedad desmintió este amor tierno y filial para con el Ayo de Jesús; quien se lo pagó con creces, y aun, según se cree, con gracias extraordinarias. Cuéntase entre ellas la de haber tenido revelación del día de su muerte. Dicese igualmente que en su última enfermedad se le apareció la Santísima Virgen, dicién-

dole que venía á asistirle agradecida en su tránsito de esta vida, por la tierna devoción que había profesado á su queridísimo Esposo.

Sea lo que fuere de todo ello, es lo cierto que después de una vida llena de virtudes, y de un tejido de las más claras pruebas de su filial amor al excelso Patriarca, el día de la fiesta y triunfo glorioso del Santo entregó plácidamente su alma al Criador, conforme á lo que había antes indicado que sucedería. ¡Así recompensa San José los obsequios que se le rinden en el paso por este destierro!





### CAPÍTULO III

#### PREDESTINACIÓN ETERNA DE SAN JOSÉ PARA COOPERADOR DE LA REDENCIÓN DIVINA

*Misericordia autem Domini ab aeterno*

Ps. cii, 17.



A Iglesia, nuestra bondadosa madre y maestra infalible de verdad, píntanos á la Virgen sin mancilla en la mente de Dios aún muy antes de la creación del universo. Pone en los labios de la divina Señora aquellas palabras de los Proverbios, viii, 23. *Ab aeterno ordinata sum*. «Desde toda la eternidad fui preordinada, y desde muy antiguo, antes que fuese criada la tierra. No existían todavía los abismos y estaba yo concebida ya; aún no habían brotado las fuentes de las aguas, aún no habían sido asentados los montes por su ingente mole, antes que los collados eternos salía yo á luz.» ¿Qué significan todas estas alabanzas, puestas por la eclesiástica liturgia en boca de la Reina de los cielos, sino su predestinación eterna á la dignidad de Madre de Dios y de Corredentora del humano linaje, oficios que debía ejercer al llegar la plenitud de los tiempos?

Para la debida inteligencia de tan inefables misterios debemos presuponer, como dice Santo Tomás, 3. p. q. 24. n. 1, que la predestinación es la eterna preordinación de las cosas, que con la gracia de Dios se

deben obrar en el tiempo. Al decretar, pues, el Padre de las misericordias la redención del mundo, perdido por la culpa, al disponer todos los acontecimientos, que debían verificarse para reparación de la desobediencia de nuestros primeros padres, todo lo previno y ordenó, con tanto mayor armonía y lucimiento que todas las maravillas que admiramos en el orden de la naturaleza, cuanto sobre éste se aventaja el orden sobrenatural y divino, que campea en el sublime y grandioso misterio de la Redención. Y ¿quién duda que en este cuadro bellissimo y arrebatador se destaca sobre todas las criaturas, al lado de la Reina de los cielos, nuestro glorioso Patriarca San José?

Vamos á contemplarlo con algún detenimiento, para gloria del Santo; examinando primero el lugar que ocupa en este gran misterio, después la semejanza de este misterio con la Iglesia triunfante, y por último la categoría á que pertenece nuestro Santo. ¡El gué nuestra pluma para inquirir tanta grandeza!

## I

## LUGAR QUE OCUPA SAN JOSÉ EN EL MISTERIO DE LA REDENCIÓN

Cuando el Eterno promulgó su misericordiosísimo decreto de la humana liberación, no sólo escogió en el tiempo todas las circunstancias que debían preceder acompañar y seguir á la ejecución de suceso tan suspirado, sino que también determinó con toda individualidad el oficio y orden de todos los que debían tomar parte en este portentoso divinísimo. Y que todo se realizara exactísimamente según los planes y disposiciones del Altísimo, nadie lo pondrá en tela de juicio con tener sana la razón y una chispa de fe cristiana.

Por lo que sucedió, pues, en el tiempo podemos inferir cuáles serían los decretos eternos de Dios.

Y ¿quién no admira á San José puesto siempre al lado de María en los diferentes lugares del Evangelio? Si registramos las veces que las sagradas Escrituras nombran al Santo Patriarca y á la Santísima Virgen mientras vivieron juntos en la tierra, hallaremos que los nombres de María y de José son como dos cuerdas armónicas de las que no puede vibrar la una sin resonar la otra.

¿Cuentan las divinas Letras que Jacob engendró á José? Al momento añaden que era Esposo de María. ¿Llaman á María madre del Redentor? Advierten al punto que estaba desposada con José. ¿Nos pintan á José dudoso y perplejo sobre el gran arcano de la Encarnación? Luego le ordena el ángel que no tema recibir á María su Esposa. «El arcángel San Gabriel fué enviado á una Virgen desposada con un varón llamado José, y la Virgen se llamaba María.» María encuentra á Jesús buscado en compañía de José. De este modo el Evangelio apenas nombra á María sin José, ni á José sin María. ¿No nos da, pues, toda la historia evangélica sobrado fundamento para considerar á María y á José predestinados á un mismo fin? ¿No es esto clara prueba de que la predestinación de José está íntimamente enlazada con la predestinación de María?

Por tanto, así como desde la eternidad escogió el Eterno entre todas las mujeres á una madre Virgen, así también eligió entre todos los mortales á un Padre angelical, que sirviera á Hijo y á Madre de custodia, sostén y defensa, uniendo á Virgen y Esposo en apretado lazo en sus consejos eternos. Dice el Padre Suarez, 3 p. d. I, sect. 3: *Beata virgo non fuit a Filio disjuncta etiam in electione divina.—La Virgen Maria no estuvo separada del Hijo ni aun en la divina elec-*

*ción.* Por donde María, después de Jesús, debió de estar inmediatamente comprendida en el decreto de la Encarnación del Verbo, y desde la eternidad predestinada á ser augustísima Reina y Madre del Hijo de Dios.

Mas como así para celar al mundo este misterio de amor hasta el tiempo marcado en los divinales designios, como para poner á la vez en salvo el honor de la Madre y el buen nombre del Hijo, era preciso que María fuera desposada con el varón más justo y humilde de la estirpe de David, por esto no se concibe ni puede concebirse concretamente la predestinación de la Virgen Santísima sin contemplar á su lado á su castísimo Esposo el glorioso Patriarca San José.

Y si es lícito apelar á comparaciones altísimas, diremos con algunos escritores: Así como la procesión del Verbo no puede creerse sin la fe en el Eterno Padre, del cual procede, así mismo la generación temporal del Hijo divino, que se verificó de Madre sin concursó de padre, no se puede conocer sin previo conocimiento de la Madre de Dios; así como tampoco se puede tener conocimiento de la Madre de Dios, tal como la predestinó el Altísimo, sin algún conocimiento de su castísimo Esposo. Por donde, según argumenta el Padre Morales: Así como el nombre de Jesús es el primero que *ab eterno* escribióse en el libro de los predestinados, como cabeza de todos ellos, y el segundo el sacratísimo nombre de María, como madre de Jesús, así, en su proporción relativa, debió de ocupar el tercer lugar el suavísimo nombre de San José, como Esposo de María y fiel guardián y sostén de Jesucristo.

¿Quién no se goza á la luz de este principio católico con el brillo de nuestro Santo sobre todas las criaturas inferiores á la Virgen sin mancilla? Si, confor-



me á la doctrina de Santo Tomás (3, p. q. 27, a. 5); tanto más participa uno del principio, cuanto más á él se avecina ¿quién estuvo después de María más cercano que José á la fuente de sólida grandeza Cristo Jesús; y por tanto, quién participó más que José de sus divinas influencias y carismas inopinables?

Con razón dice San Anselmo, citado por Juan Gerson: «que así como fué conveniente que la Virgen tuviera tanta pureza, que no se pudiera hallar otra mayor debajo de Dios, así también importó grandemente que San José gozara de tanta excelencia, que no hubiera otra más semejante á la de María.» Esta era también la doctrina de muchos Padres y doctores; pues no se puede prescindir de la gloria y nobleza del Santo Patriarca, que tan de lleno entró en los planes del Eterno al encumbrar á María á la dignidad de Madre del Salvador.

—Escribió San Bernardo que San José y solo San José, con preferencia á los más santos y distinguidos personajes del antiguo y nuevo Testamento, fué constituido por Dios en la tierra coadjutor, ó cooperador fidelísimo del gran Consejo, esto es, de la Encarnación maravillosa del Verbo increado. San Bernardino de Sena encomia á nuestro Patriarca por haber sido por el Eterno con generosa providencia elegido guarda y defensor de sus principales tesoros, Jesús y María. Juan Equio, debelador de Lutero, dice: «Así como la Virgen Santísima fué antes del tiempo predestinada á ser Madre del Hijo de Dios, así San José fué juntamente con ella escogido nutricio y custodio de Jesús y de María.» Natal Alejandro añade que «José fué por Dios destinado á servir á la economía de la Encarnación.»—*Huc Deus elegit ut Incarnationis economiam inseriret.*

—He aquí el origen y vena inagotable de las divinas

grandezas de San José: su predestinación eterna á ser cooperador del misterio más grande que adoraron los siglos. ¿Quién jamás, ni de los mayores justos de la tierra, ni de los espíritus celestiales, tuvo participación tan inmediata en las obras más excelsas é inenarrables del Omnipotente? ¿No demanda tal cooperación una santidad superior á la de los demás escogidos?

Ya que de los justos de la tierra no puede haber la menor duda, por haber sido José preferido á todos ellos, subamos con la consideración á las angélicas jerarquías, y tendremos que confesar con el doctísimo P. Vallejo que San José, por su predestinación divina á ser coadjutor de la obra del gran consejo, encumbróse sobre todos los soberanos espíritus. A los ángeles hace Dios ayos y guardianes de los hombres; á los arcángeles encomienda la defensa de príncipes y reyes, á los principados sujeta naciones é imperios; mas á ninguno ni de los más encumbrados serafines ni querubenes escogió para guarda y superior de su Hijo, por más que muchos le acompañaran como siervos y ministros. Solamente José, como canta la Iglesia, no solamente fué nombrado por el Todopoderoso ayó, defensor y custodio de Jesucristo, mas también *siervo fiel y prudente, constituido por el Señor cabeza de su familia, para que á su tiempo la sustentara*. ¿Puede imaginarse gloria mayor, cargo más divino debajo de la dignidad de Madre de Dios?

A San Rafael, siendo uno de los primeros príncipes de la corte celestial, designó el Omnipotente para compañero y guía del santo y joven Tobías en su viaje á la ciudad de Rajés; mas á San José le subió al altísimo cargo y ministerio de acompañar y defender al Hijo de Dios en sus caminos. San Gabriel tuvo á gran honra ser el mensajero de Dios para anunciar á María

el incomprensible misterio de la divina maternidad; mayor fué la de San José levantado á la dignidad incomparable de ser virginal Consorte y compañero inseparable de la misma divina Madre. Cifrase la más brillante gloria de San Miguel en ocupar el trono supremo en la milicia celestial, como príncipe de los coros angélicos; mas le aventaja, y con mucho, San José, pues fué príncipe y cabeza de la familia de Dios en la tierra, compuesta, no de purísimos espíritus, sino de la misma Reina de todos ellos y del supremo Gobernador del universo visible é invisible.

Este lugar ocupa el castísimo Esposo de María en la obra más excelente y grandiosa que salió de la mente divina. ¿Qué cargo, ministerio ni dignidad puede imaginarse entre los nacidos, salva la divina maternidad, mayor ni más divino que los conferidos por la Trinidad augustísima á nuestro glorioso Patriarca? Luego, si los dones han de ser proporcionados á la grandeza de la vocación, hemos de confesar que debajo de María no hubo jamás pura criatura más enriquecida de gracias que San José; las cuales le hicieron á los divinos ojos más grato que otra ninguna y más idóneo para la inefable dignidad que se le cometía.

## II

### SEMEJANZA DE LA IGLESIA TERRENAL CON LA CELESTE

Enseñan los doctores católicos que en habiendo llegado la plenitud de los tiempos, en que había de enviar el Señor á su Hijo divino al mundo, y dar cumplimiento á las profecías, que sobre su venida se habían escrito, le encomendó que fundara en la tierra, ó fuera ejecutor de sus planes, fundando una Iglesia parecida á la celestial. Esto es lo que vió San Juan, se-

gún cuenta en su Apocalipsis XXI, 10. *Et ostendit mihi civitatem sanctam Jerusalem descendentem de celo a Deo, habentem claritatem Dei et lumen ejus.*—«Móstróseme la ciudad santa de Jerusalén, descendiendo del cielo por obra del Todopoderoso, rodeada de la claridad y resplandor de Dios.»

Y ¿cuál es esta ciudad bajada del cielo, sino la Iglesia católica, fundada según el tipo y semejanza de la del cielo? De este sentir es San Gregorio, el cual nos enseña que el Omnipotente verificó por Jesucristo lo que no pudo hacer Job, á quien preguntaba: *Numquid nosti ordinem cæli, et ponas rationem ejus in terra?* Job. XXXVIII, 33.—«¿Por ventura conoces tú el orden del cielo, y establecerás su razón, ó economía en la tierra?» Solo el Verbo divino, sabiduría del eterno Padre, podía llevar á feliz remate esta obra verdaderamente divina.

Veamos, pues, cómo el Hijo de Dios al cubrirse con el sayo de nuestra carne, al momento de entrar en el mundo, cumpliendo lo prescrito por su Padre, echa los fundamentos de la terrestre Jerusalén. Ocupa la cumbre de la celestial la Trinidad augustísima é inefable, y Jesús instituye en el suelo una Trinidad terrena á imitación de la eternal; y así como en aquella hay tres personas distintas en una sola esencia, Padre, Verbo y Espíritu Santo; así en esta, con la conveniente proporción, hay tres personas diferentes, unidas con amor incomparable en un solo corazón, cumpliéndose en ellas con perfección indecible la oración de Jesús: *Ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint.* Joan. XVII, 21.—«Para que todos sean en nosotros una misma cosa, como tú, Padre, lo eres en mí, y yo en tí.»

Tres son los que dan testimonio en el cielo, dice San Juan, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y los

tres son uno solo; esta es la Trinidad celeste; y en sentido acomodaticio dice el P. Morales: Tres son los que dan testimonio en la tierra. Jesús, María y José, y los tres son una sola alma y un solo corazón. Y á la manera que en la gloria dan fe de la divinidad del Cordero inmaculado las tres divinas Personas, así de parecido modo predicau en la tierra la misma divinidad otras tres personas. Atestiguó desde el cielo la verdad de la persona divina en Cristo el Eterno Padre, cuando en el Jordán hizo oír su voz diciendo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias*. Luc. ix, 15. Atestiguó su propia divinidad el Verbo con inauditos milagros y cuando se transfiguró en el Tabor, brillando entre Moisés y Elías con resplandores divinos. Atestiguó lo mismo el Espíritu Santo, cuando después del bautismo descendió sobre Jesús en forma de paloma.

Salvos estos irrecusables testimonios de las tres divinas personas, ¿pueden concebirse otros más abonados que los de Jesús, María, y José? Con portentos patentísimos confirmó Jesucristo que era una misma naturaleza con el eterno Padre: *Ego et Pater unum sumus*, Jo. x, 3. Con la autoridad del arcángel San Gabriel confirmó la Virgen la divinidad y humanidad de Jesús, al descubrir que el Espíritu Santo había obrado en su purísimo seno el misterio de la Encarnación, cubriéndola con su sombra. Por último, confirmó San José no solo la divinidad y humanidad del Redentor, mas también la integridad y pureza virginal de María, cuando atestiguó que al disipar el ángel sus dudas, le aseguró en nombre de Dios que su Esposa había concebido por virtud divina y no humana. ¡O bendita duda, que nos mereció tal testimonio, mayor de toda excepción y digno de toda nuestra estima y de toda nuestra fe! El nacimiento eterno del Verbo

del seno del Eterno Padre, lo conocen y defienden los ángeles bienaventurados; su legítimo y temporal nacimiento del seno de una Virgen conociólo perfectamente San José, y de ello fué defensor y el más abonado testigo.

¿Puede caber mayor gloria para una criatura mortal? Por esto con otros doctores enseña nuestro Padre Morales que á fin de que San José pudiera atestiguar con brillantez digna de tan gran misterio verdad de tanta importancia, mereció ver en vida la divina esencia y el modo de su hipostática unión con la naturaleza humana; gracia, que el Padre Suarez vindica para la Virgen en el instante de la divina Encarnación.

Ved, pues, ahí la Trinidad terrena constituida para nuestra veneración á semejanza de la celestial. Y así como en la gloria hay su jerarquía, cuya cima ocupa la Trinidad beatísima, siendo los diferentes órdenes de millones y cuantos de espíritus celestiales tanto más perfectos y puros, cuanto más se acercan á Dios trino y uno.—*Quanto aliquis ordo est Deo propinquior, tanto est perfectior* (D. Th. I, q. 107, a. 6); así también hay su jerarquía en la Iglesia militante, cuya suma piedra angular es el Verbo encarnado.—*Ipsa summo angulari lapide Christo Jesu*, Eph. II, 20.

A esta jerarquía, según sus órdenes, pertenecen en el antiguo Testamento primeramente los patriarcas, cuya descendencia había Dios prometido bendecir con el Salvador del mundo: en segundo lugar los sacerdotes y levitas, preordinados á figurar con sus ceremonias el sacerdocio de Jesucristo; y en tercer lugar los profetas, á quienes tocaba señalar con sus pronósticos los principales hechos de Jesús y de su Iglesia. Los órdenes de la nueva ley los enumera San Pablo, diciendo: I Cor. XII, 28. «Así es que puso Dios en su Iglesia primero Apóstoles, después Profetas, luego

Doctores, en seguida á los que tienen gracia de curar, de socorrer al prójimo, don de gobierno, de hablar todo linaje de lenguas, de interpretar palabras.» Y lo mismo con mayor extensión repite en su carta á los Efesios iv, 10.

En esta escala jerárquica la orden de los Apóstoles, por ser la más cercana á Jesucristo, tiene, según Santo Tomás (In ep. ad. Eph. 18), mayor gracia que los demás Santos, y está destinada á predicar el Evangelio por toda la tierra; porque así como en el orden natural los animales superiores reúnen generalmente las principales perfecciones de los inferiores, hasta llegar al hombre, clave y rey del mundo visible; y así como entre los espíritus celestiales los de una jerarquía superior están adornados de todos los dones y gracias de los inferiores, perfeccionándose tanto más, cuanto más suben en categoría jerárquica; de la misma suerte en la Iglesia militante, fundada por Cristo según la pauta de la celestial, cada orden es tanto más santo y perfecto, cuanto más próximo está á la fuente de toda santidad y virtud, que es Jesús; el cual descuella sobre todos los órdenes así angélicos como humanos, colocado en la cúspide suprema, ó hipostática unión de la naturaleza divina con la humana por la persona del Verbo increado.

### III

#### TRONO QUE OCUPA SAN JOSÉ EN LA IGLESIA DIVINA.

Con estos preliminares vamos á la cuestión capital, origen y fundamento de las glorias inefables del Santo Patriarca. Pregunto, pues; ¿qué orden ó asiento en esta divina jerarquía ocupa nuestro glorioso Santo? El eximio doctor Padre Francisco Suarez (in 3. p. D.

Th. 2, t. 8, d. 1, sec.) después de haber asentado que hay ministerios pertenecientes al orden de la unión hipostática, que es de suyo más perfecto que los demás, y en el cual coloca á la Madre de Dios, añade: *In hoc ordine intelligo institutum esse ministerium Sancti Joseph, et esse velut in infimo gradu illius, et ex parte excedere reliqua tamquam in superiori ordine existens.* «Tengo entendido que á este orden pertenece el ministerio de San José, el cual, aunque ocupa su infimo grado, en parte sobresale sobre todos los demás como entronizado en orden superior.»

Y si por este motivo concede el angélico Doctor á la Reina inmaculada cierta perfección casi infinita, por ser su dignidad la más vecina á Jesús ¿negaremos á San José una santidad incomparable ó superior á la de los demás Santos, dado que fué el varón más íntimamente unido ó enlazado con Jesús y con María? Grande fué el Bautista, precursor de Cristo; profeta fué el mayor de los nacidos, predestinado á señalar con su dedo al Cordero de Dios que borra los pecados del mundo; grandes fueron los apóstoles, escogidos por el divino Maestro vasos de elección, dignos ministros y dispensadores de la gracia, mensajeros del cielo para llevar el nombre de Dios á todas las gentes; mas unos y otros, aunque cercanos á la cumbre de esta católica jerarquía, no ejercieron cargo ninguno inmediato á la persona de Jesucristo, al sostenimiento de la hipostática unión, sino que más bien fueron escogidos para auxiliares en la predicación de sus misericordias. Pero José y María, predestinados por el Altísimo á formar parte de esta Trinidad terrena, cuidando inmediatamente de la persona del Verbo encarnado, deben considerarse sublimados á un orden ó jerarquía superior á cuanto puede concebir nuestro corto entendimiento.

Si veneramos, pues, á María como reina de los ánge-



les y de los santos, porque concibió en sus purísimas entrañas á Jesús, y lo amamantó con la leche de sus virginales pechos. ¿no deberemos honrar á San José, como á príncipe de todos los justos, por haber alimentado á Jesús con el sudor de su rostro y haberle defendido de mil peligros á costa de tantas fatigas? Y si por lo primero se llama la Virgen Corredentora del humano linaje ¿no será justo que demos, con su debida proporción, á San José el glorioso título de cooperador de la redención humana? La sangre preciosísima que Jesucristo derramó en la cruz, y ofreció en holocausto para reparar la gloria de Dios y los estragos de la culpa ¿no se debía al sostenimiento, ganado con los sudores y desvelos del incomparable Patriarca? Luego contribuyó San José á conservar el tesoro, que debía ser el precio de nuestro rescate, y por lo tanto fué coadjutor glorioso de nuestra redención.

Así lo publica nuestro Padre Morales diciendo: «El Santísimo José fué llamado á ser auxiliar no sólo de la Madre de Dios, mas también del mismo Cristo Señor nuestro, puesto que el Omnipotente le preordinó á que fuese nutricio de su carne y coadjutor fidelísimo del gran consejo, á fin de que sirviera en todo á Jesús y á María, contribuyendo así á que la redención del hombre resultara perfecta é íntegramente copiosa y se rasgara en la cruz la escritura de nuestra condenación.»

Ilustremos esta gloria con un ejemplo, tomado de los sermones de San Vicente Ferrer, y aducido en esta materia por el docto dominico Padre Miechow en sus Letanías lauretanas. Habíase levantado en Constantinopla un templo con los donativos de los fieles; y en el día de la solemne dedicación vióse de repente brillar con letras de oro sobre la fachada principal esta inscripción: *Sofia me construyó*. Sorprendidos los católi-

cos con tal maravilla, buscaron por todas partes á la encomiada Sofía; y habiendo dado con una pobre mujer, conocida con este nombre, le preguntaron ¿en qué había contribuido para la construcción del templo?

Leed su instructiva respuesta. «Mientras los bueyes, dijo, cansados y hambrientos, transportaban arena, cal, ladrillos y otros materiales indispensables á la edificación de la iglesia, yo, no teniendo cosa que dar, por razón de mi pobreza, procuraba buscarles haces de forraje, á fin de que confortados pudieran conducir las materias con mayor brío y presteza y facilidad.»

Del mismo modo para la construcción del templo místico de su cuerpo, según expresión de San Juan, recibió Jesucristo los alimentos de María, ganados con el trabajo de San José; y á la manera que á Sofía se la llamó constructora del templo constantinopolitano, así con igual derecho merece San José ser tenido y honrado por arquitecto del Templo santo, que no es otro que el cuerpo sagrado de Jesús, por el cual fuimos redimidos. Por esto doctores, entusiastas de nuestro Santo, afirman que San José, después de María, excede á todos los santos y ángeles en gracia y santidad, colocándolo en el mismo lugar que ocupa en el Evangelio; de suerte que, así como San Mateo pone primero á Jesús, después á la Virgen y luego á José, así en el orden de la predestinación á la unión hipostática brilla entre la Trinidad terrena, ocupando, bien que en último lugar, la cúspide de todas las jerarquías.

Y á la manera que la humanidad de Jesús recibió toda la plenitud de la gracia, por ser la naturaleza humana de Cristo la más unida y junta al Verbo increado, y aunque en grado inferior, fué también llena de gracia la persona de María, por ser la más allegada al

Hijo divino; así en este orden de vida sobrenatural San José goza el tercer asiento, porque fué, después de la Virgen Santísima, el que más se aproximó á Jesús, y quien lo trató con mayor familiaridad y estuvo unido á él con unión más estrecha é íntima. De todo lo cual colige y concluye nuestro Doctor eximio diciendo, con esta notable ponderación: «Que no juzga temerario ni tampoco improbable, antes muy conforme á razón: creer que nuestro dignísimo Patriarca superó en la gracia y en la gloria á todos los otros Santos; sin que la Escritura ni los Padres opongan ningún aserto, que contradiga tales alabanzas.»

¡Qué gloria para San José! Si escuchamos los principales escritores que siguieron al insigne P. Suarez, Jesús, María y José guardan, respecto á su santidad y celestial nobleza, la misma proporción que les vemos guardar en el orden ó jerarquía de la unión hipostática; cuyos tres coros componen estas tres personas, cada una de las cuales vale por millones. En esta jerarquía, que es inmensamente superior á todas las jerarquías formadas por coros de puras criaturas angélicas ó humanas, dicho se está que Jesús, por ser uno con la persona del Verbo, ocupa el vértice; María la derecha, por estar unida con Dios por el más estrecho lazo que puede juntar la criatura con el Criador; y San José la izquierda, por ser verdadero Esposo de María y Padre virginal de Jesús. Por donde aseguran algunos que brillando nuestro Santo por su perfección y santidad sobre todos los hombres concebidos en culpa, si los demás justos se comparan á estrellas resplandeciendo en el cielo en perpétuas eternidades, San José debe parangonarse á un sol purísimo, no expuesto á eclipses ni menguantes.

Esta honra le tributa el célebre franciscano P. Juan Cartagena, el cual entre las muchas y doctas homilias

que escribió sobre los misterios de Jesús y de María, consagró trece á las glorias y alabanzas de San José. Este panegirista tan apreciado de Paulo V por su piedad y saber, después de haber hablado del orden apostólico, trata de la hipostática unión (l. 4 hom. 8 d. S. J.) y enseña que en esta jerarquía, por su género superior á aquel, destácanse en primer término la humanidad de Cristo, inmediatamente unida al Verbo; en segundo lugar María, que lo concibió y dió á luz cubierto con nuestra carne; y en último término San José, al cual encomendó el Eterno el cuidado, nunca jamás encomendado á otro alguno, de alimentar, educar y proteger al Hombre-Dios. ¿Es acaso pequeño honor que aquel, á quien sirven millones de bienaventurados en el cielo, haya venido á la tierra á ser servido por el Santo Patriarca? Y en verdad que nunca le sirvieron aquellos con tanta utilidad y provecho; porque el Verbo divino en la gloria no necesitó de los servicios de nadie, y quiso en el suelo necesitar de los servicios de San José. Necesitó de ellos como de pabellón sagrado, para encubrir los más altos y soberanos misterios. Húbolos menester para su defensa y para su corporal alimento. Necesarios, en fin, le fueron para su gloria; pues si fué levantado San José al orden altísimo de la unión hipostática como Esposo de María y Padre legal de Jesús, fué porque así lo exigía la gloria que al Verbo encarnado le había de resultar del perfecto cumplimiento de los benéficos planes de Dios en la redención del mundo.

Concluyamos, pues, diciendo con el P. Patrignani que, constituido el Santo Patriarca gefe y cabeza de la Sagrada Familia, pertenecía á la familia del Hombre-Dios, aventajando su dignidad á todos los demás Santos. ¿Crees tú, pregunta Fr. Bernardino de Bustos, que debiendo ser José custodio de la beatísima Virgen,

compañero y gobernador del niño Jesús, erró el Altísimo en su elección, ó permitió que le faltase algo para que fuera perfectísimo? En verdad que pensar solamente tal despropósito sería crasa temeridad y estupidez.

¡Gloria, pues, á San José, predestinado en los divinos consejos á ser levantado al orden más sublime, y á ser cooperador de Jesús y de María en la obra divínísima de la reparación humana!

#### EJEMPLO

##### *Beata Margarita del Castillo*

Según refieren Antonio de-la Peña en la vida de esta bienaventurada Virgen y Balinghem el 13 de Abril, Margarita del Castillo, de la orden de Santo Domingo, profesaba una tiernísima devoción al nacimiento del niño Jesús; misterio del cual meditaba muy á menudo y trataba con gran fervor en sus conversaciones. La continua consideración de las dulces escenas, acaecidas en la Santa Cueva de Belén, la llevaba como por la mano á ponderar los grandes servicios, que á la Virgen y al niño Dios prestó nuestro glorioso Patriarca; por los cuales le profesaba tiernísimo y filial amor.

Era, por tanto, para ella de consuelo inefable meditar sobre las virtudes y prerrogativas de San José; cuyo nombre, junto con los dulcísimos de Jesús y de María, invocaba en todas sus necesidades. Jesús, María y José: ésta era la Trinidad terrestre, por cuyo obsequio se desvivía y desvelaba; ésta la devoción, que procuraba infundir en cuantos la trataban; éste el tesoro preciosísimo, que guardaba en su corazón, y que le recabó del Señor gracias extraordinarias.

En los dulces transportes, con que manifestaba su

amor entrañable á estas tres personas, solía exclamar: «¡Oh! ¡Si supierais que tesoro tan rico tengo oculto en mi corazón!» Estas expresiones, tan á menudo repetidas, y dichas siempre con tan encendido afecto, movieron á los Superiores de la devota religiosa á que después de su edificante muerte abrieran su pecho y examinasen minuciosamente su corazón.

¡Oh maravilla de Dios! En él encontraron tres piedras preciosas, perfectamente cinceladas, en representación de lo que más quería la ferviente Dominicana. En la primera se veía la imagen de la Virgen Santísima, radiante de hermosura y coronada su frente con bellísima diadema de oro; en la segunda aparecía el niño Jesús, reclinado en el pesebre entre dos animales; en la tercera descubriáse á San José con dorado manto sobre uno de sus hombros, una paloma en la cabeza, y á sus piés arrodillada una religiosa dominica en ademán suplicante, parecida á la feliz difunta.

No hay que decir que la nueva de semejante maravilla se extendió con extraordinaria presteza por aquellos pueblos, publicándose en todas partes que tal portento era en paga de la tierna y sólida devoción, que Margarita tenía á la Santa Familia, y señaladamente á San José, ante cuyas plantas veíase prosternada. Estas tres ricas y maravillosas piedras venéranse aún en el convento de Dominicas de Castillo; y aunque hayan transcurrido tantos años, se conservan bellas y como recientes.





#### CAPÍTULO IV

SAN JOSÉ PREFIGURADO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

*Omnia in figura contingebant illis*

1 Cor. x, 11.



si como, por lo que aseguran San Justino mártir y otros Padres, San José, no menos en la apostura y belleza del cuerpo, que en las demás disposiciones naturales, fué muy parecido á Jesucristo, para que en la opinión común fuera tenido por su Padre, del mismo modo, conforme á lo que escriben sus panegiristas, á semejanza de Jesús y de María, fué profetizado y prefigurado en los más conspicuos personajes de la antigua ley. Dejando á un lado cuanto Leonardo Utino refiere de la Sibila Tiburtina, de la cual afirma que con palabras claras dijo que había de venir con el tiempo una doncella, llamada por los hebreos María, la cual tendria por esposo á un varón, de nombre José, y por virtud, no de hombre, sino del Espíritu Santo concebiria al Hijo de Dios, es lo cierto que la Iglesia en las lecciones de nuestro Santo nos pone por tipo de él al antiguo Patriarca José, y que Pío IX en el decreto, por el cual lo declaró Patrono de la Iglesia universal, dice precisa y expresamente que lo fué.

Figura y tipo de nuestro Santo dicen también que fué Noé; porque así como á éste le encomendó el Al-

tísimo un arca, en que debían salvarse del diluvio ocho personas, destinadas á repoblar la tierra, así á San José lo hizo custodió del arca santa, que, libre del diluvio de la culpa, había de guardar nueve meses al Reparador del mundo, perdido por el pecado. Figura y tipo de nuestro Santo fué Josué, preclaro caudillo y juez del pueblo de Dios; porque así como al imperio de su voz se pararon el sol y la luna, así á la menor indicación de nuestro Patriarca obedecían al instante Jesús verdadero sol de justicia, y María, luna tersa y sin mancha.

Mas, dejando para los devotos del Santo investigar en las divinas letras nuevos tipos y figuras, que nos demuestren las extraordinarias cualidades del Santo Patriarca, parémonos en el parangón de este con el antiguo José, ya que con su ejemplo á ello nos invita la Iglesia, nuestra Madre, y así lo hicieron primero San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Ambrosio y San Bernardo, después San Buenaventura, San Bernardino de Sena y otros, y por último los recientes Doctores San Francisco de Sales y San Alfonso María de Liguorio. Comparando, pues, al nuevo con el antiguo Patriarca José, no podemos menos de admirar con gozo cuántos puntos de semejanza tuvieron entrambos en el nombre, en sus glorias y en su benignidad. Bastará una ligera mirada para convencerse al punto de ello á honra de nuestro Santo.

## I

## EL ANTIGUO JOSÉ FIGURA DEL NUESTRO RESPECTO DEL NOMBRE

Uno y otro Patriarca antiguo y nuevo tuvieron por padres á varones ilustres, que llevaban el mismo nombre de Jacob; mas, viniendo al suavísimo nombre de



José, con que se distinguieron sus hijos en la tierra, si pesamos las razones de Alberto Magno, del cardenal Toledo y de varios otros, tendremos que convenir en que á nuestro José le fué impuesto por inspiración divina, y aun por revelación expresa del cielo; porque si fueron revelados á Abraham el nombre de Isaac, y á Zacarías é Isabel el nombre de Juan, ¿habría dejado de manifestar el Señor con anticipación el nombre de su Padre nutricio, que, á vueltas de aventajar á todos estos en dulzura y riqueza de sentido, fué de los primeros, si no el primero, que apenas balbucia, pronunció Jesús en la tierra, y el que con mayor afecto y confianza invocaba María después del divinísimo nombre de Jesús?

Y si miramos á la propiedad y significado del nombre ;con cuánto mayor fundamento debe aplicarse al nuevo que al antiguo Patriarca? El esclarecido doctor Alberto Magno, al interpretar aquel lugar del Génesis, xxx. 24: *El vocabit nomen ejus Joseph*, apropiándolo á nuestro José, dice: «la propiedad del nombre y su significado, que suena lo mismo que incremento, le cuadran perfectamente; pues por su buena disposición en cuanto á sí mismo, en cuanto al prójimo y en cuanto á Dios fué engrandecido con aumento de virtudes, celebridad de la fama, reverencia y estimación de los hombres, familiaridad de la Madre de Dios y paternidad divina, según comunmente se opinaba.»

Y con mayor copia el cardenal Toledo, aludiendo á la bendición de Jacob sobre su hijo, *Filius accrescens Joseph, filius accrescens*, Gen. XLIX, 22.—*Hijo que va en auge José, hijo que siempre va en auge y de bello aspecto*, dice: «Verdaderamente, ó José, creciste y recreciste, como tu nombre significa; porque sobresaliste y fuiste levantado á tan alta dignidad, que seas superior á tus hermanos; y como quiera que fuiste el penúlti-

mo en el nacer, eres el primero en el honor. Este mismo nombre, por divino acuerdo, logró el Esposo de la bienaventurada Virgen; de manera que podamos decir con mayor derecho y verdad: *Varón que crece, José, Varón que crece*, pues fué á tan excelente dignidad encumbrado, que mereció no solamente ser verdadero Esposo de la Madre de Dios, con la cual ni en santidad ni en nobleza se puede comparar ninguna pura criatura, mas también ser justamente llamado Padre del Hijo de Dios. ¿No creció José con tales privilegios sobre todos los patriarcas y profetas que antes de él existieron? A lo cual si juntas que á aquel, á quien los reyes desearon ver y no vieron, oír y no oyeron, él no solo vió y oyó, sino que también llevó repetidas veces en sus manos, y con frecuencia abrazó y besó, y por muchos años alimentó, vistió y sirvió con oficios de Padre, tendrás patente y claro con cuánto motivo y razón consiguió el glorioso nombre de José, ó acrecentado.»

Y más abajo, tratando del incremento espiritual del Santo para corresponder á su nombre, añade: «Mas si miras la virtud del alma, hallarásla no ya inferior ó igual á la del Patriarca, hijo del antiguo Jacob, sino incomparablemente superior al visorey de Egipto.» Y con efecto; porque, aun omitiendo las poderosas razones aducidas por el Emmo. Purpurado, ¿quién no sabe que nuestro Santo, enriquecido por el Señor con excelentes gracias ordinarias y extraordinarias, no dejó perder el menor quilate de ellas, aprovechándose y creciendo en todos los momentos delante de Dios y de los hombres?

Mejorado y acrecentado salió el patriarca José, figura del nuestro, cuando antes de morir le dijo su Padre: *Yo te doy de mejora sobre tus hermanos aquel pegajar, que conquisté del Amorreo con mi espada y mi*

*arco*. Pero mucho, muchísimo más acrecentado y mejorado resultó nuestro José al recibir por Esposa á María, defendida, para que no cayera en poder del Amorreo infernal, con la espada y arco de la divina Omnipotencia, y así conservada siempre inmune de la culpa original y actual.

Fué, además, acrecentado sobre todos los hijos de Adán, aun los más favorecidos, salva siempre María; porque ¿á quién como á San José mejoró el Todopoderoso con el trato familiar de su persona? A los que quiso distinguir con alguna gracia especial les permitió Jesús arrimarse con gran privilegio á alguna parte de su cuerpo: al Bautista le encomendó su cabeza en las aguas del Jordán; á Juan Evangelista le cedió su pecho en la cena del Cordero; á Tomás apóstol le permitió tocar sus llagas después de resucitado; á Magdalena le consintió besara sus piés, á San Pedro y á sus sucesores les entregó las llaves y el poder; más á San José le confió todo su cuerpo sacratisimo y el gobierno de su persona y familia por el trascurso de largos años.

De donde podemos inferir con cuánta mayor verdad y razón que el antiguo José puede gloriarse nuestro Santo de nombre tan correspondiente á su grandeza incomparable. «Acuérdate, dice San Bernardo, de aquel antiguo y gran patriarca vendido en Egipto: y sepas que éste no solamente alcanzó su nombre, sino también su castidad, inocencia y gracia: y si aquel llevó nombre tan preclaro, no solamente por los dones de que le acrecentó el Señor, mas aún por los grandes bienes de que acrecentó él á sus hermanos, con mayor derecho se ganó nuestro Santo tanta gloria por este doble acrecentamiento y mejora; porque, además de la abundancia de gracias y carismas, que indefinidamente acrecentó y perfeccionó en su alma,

procurónos á nosotros sus hijos y hermanos tales bienes y medios de salud eterna, y nos consigue del cielo tales beneficios, cada día crecientes á medida de nuestros obsequios, que bien le podemos llamar á boca llena José, ó mejorado y acrecentado sobre todos los nacidos.»

Ni se diga por alguno que según doctrina de los santos Padres el antiguo José fué tipo, ó figura del divino Redentor en el nombre y en los hechos, y por tanto que malamente lo pudo ser de nuestro Santo Patriarca; porque sabida cosa es que bien que el sentido literal de la Escritura sea uno solo, el místico, no menos inspirado por el Espíritu Santo, es múltiple y variado; de donde procede que una misma persona ú objeto bajo un aspecto es figura de una persona ó cosa; y bajo otro aspecto representa otras cosas ó personas.

Por ejemplo; Jerusalén en sentido literal era la capital del pueblo hebreo, donde se levantaba su templo augusto, una de las maravillas del universo; mas en sentido alegórico, como dicen los intérpretes, es la Iglesia, en sentido tropológico ó moral es el alma justa, y en sentido anagógico es el paraíso celestial. Por igual manera, sin duda que en algunos hechos de su vida fué San José el antiguo figura de Jesucristo, pero en otras circunstancias y acciones, y aun á veces en las mismas, representa también claramente al nuestro; y sería temeridad impía empeñarse en negarlo. Visto, pues, con cuánta razón lleva nuestro Santo Patriarca el nombre del virey de Egipto, sigamos el paralelismo ó semejanza, que entre ambos se descubre.

## II

LAS GLORIAS DEL ANTIGUO JOSÉ TIPO DE LAS  
DEL NUEVO

Al nacer el antiguo José principió el término de la servidumbre de su padre Jacob; y al venir nuestro José al mundo, despuató la aurora de aquel feliz día, en que debían romperse las cadenas de la esclavitud del pecado, y abrirse para los mortales las puertas del cielo, por tanto tiempo cerradas. Crecía en años el antiguo Patriarca, y era entre todos sus hermanos el más galán, el más cariñoso y amable, el más inocente y cándido; por lo cual era querido de su padre con predilección. *Amaba Israel á José,* dice el Génesis, *sobre todos sus hijos... y le hizo una túnica tejida de varios colores,* XXX. Así aventajaba el nuestro á todos los hijos de Dios en belleza, gracia y santidad; por lo cual formaba las complacencias del Eterno Padre, que lo había revestido con hábitos de inmensa variedad de virtudes y dones celestiales.

Soñó José, según refirió él mismo, que estando juntamente con sus hermanos atando gavillas en el campo, la suya se alzaba y tenía derecha, y las de los otros, puestas al rededor, la estaban adorando. Vió también otro sueño, que les contó diciendo: «He visto soñando como el sol y la luna y once estrellas bajaban á adorarme.» Estos sueños, bien que en sentido literal eran profecías del poder, que el virey de Egipto gozaría sobre sus hermanos, mas en sentido místico se aplican con toda propiedad al Esposo virginal de María; porque el campo, en que se halló José con sus hermanos es la Iglesia Santa, las gavillas las coronas de merecimientos de todos ellos, sobre las cuales se yergue la de José como más rica y gloriosa, tenien-

do todos los demás santos que venerarle como á Padre y ayo del Salvador y Custodio diligentísimo de la Virgen.

Pero donde más brilla la gloria de nuestro Santo es en la segunda visión, que al pié de la letra no se realizó en el Salvador de Egipto; porque, aunque fueron á adorarle sentado en trono real su padre y sus once hermanos, figurados en el sol y en las once estrellas, con todo no vió á sus plantas la luna, pues su madre había descendido ya al sepulcro. Con mayor verdad y exactitud se cumplió en nuestro Santo Patriarca durante los treinta años, que vivió en la tierra con Jesús y con María, y mayormente ahora se está cumpliendo en el cielo; dado que aquí en la tierra se vió encumbrado sobre las once tribus de Israel, y venerado por Jesús, sol indefectible de santidad, y por la luna clarísima la Virgen inmaculada, y allá en la gloria le obsequian los Santos, que resplandecen en aquel firmamento como estrellas en perpetuas eternidades, y le honran el sol, que sin noches ni eclipses todo lo ilumina, y la bellísima luna, que con sus reflejos aumenta el gozo de los bienaventurados.

Por semejantes cruces subieron entrambos á su trono; porque así como por la envidia de sus hermanos fué José el antiguo conducido esclavo á Egipto, así por la envidia y ambición del cruel Herodes vióse el nuevo en la precisión de buscar un asilo en aquellas tierras, para salvar á Jesús, prenda suya queridísima. Aquel pasó de la oscuridad y miserias de la cárcel al solio de Faraón, desposándose con Asenet, hija del monarca; el nuestro subió de la humildad y trabajos de un pobre taller al gobierno de la Familia Sagrada, tomando por esposa á la Virgen María, que desde la eternidad le tenía el Señor preparada.

Dice el doctísimo cardenal Toledo: «Del antiguo Jo-

sé alábase y se pondera la castidad; porque solicitado por la infeliz mujer de Putifar, á quien servía, no solo no condescendió con sus torpes deseos, sino que prefirió ser tenido por delincuente antes que mancillar su alma. ¡Heróica virtud fué ésta! Pero ¿quién no admira la castidad angelical de nuestro Santo, el cual cohabitó por muchos años con la Virgen más bella del universo, sin que jamás delinquiera en la menor palabra, ó imaginación, ni experimentara movimiento alguno interno ó externo poco adecuado á la más cabal pureza, de esos que por levisimos motivos suelen perturbar á los varones más santos? Así también, como escribe San Bernardo, semejantes premios recibieron entrambos por su acendrada virtud. Como al primero, en pago de su continencia, le concedió el Señor don de inteligencia para interpretar los sueños, así al segundo en sueños le envió ángeles, para que le descubrieran los más elevados y divinos misterios.

Y ¿quién no adora en el ensalzamiento del antiguo José en la corte de Egipto los encumbrados designios, para que á nuestro Patriarca escogió el Todopoderoso? Convencido Faraón del acierto de José en la interpretación de los sueños, no menos que de la prudencia y sabiduría de sus consejos exclamó: «¿Por ventura podremos hallar en todo Egipto un varón como éste, tan lleno del Espíritu de Dios?» Y dirigiéndose al mancebo, le dijo: «Ya que el Señor te ha manifestado lo que acabas de indicar ¿podré yo acaso encontrar otro más sabio, ó siquiera igual á tí? Tú tendrás, pues, el gobierno de mi casa, y al imperio de tu voz obedecerá el pueblo todo. No tendré yo sobre tí otra precedencia que la del solio real.» E insistiendo luego sobre lo mismo dijo Faraón á José: «Mira y advierte que te hago virey de toda la tierra de Egipto.» Quitóse después el anillo del dedo, se lo puso á José, y le vistió

una ropa talar de lino finísimo, y le colgó al rededor del cuello un collar de oro. ¡Cuánta gloria para José, y cuánta munificencia de parte de Faraón!

Y como si todas estas distinciones y muestras de aprecio no bastasen aún para la grandeza del Patriarca, lo hizo subir en su segunda carroza, precedido de un heraldo, que gritase al pueblo que todos hincasen ante José la rodilla, y supieran que estaba constituido gobernador de todo el imperio egipciaco. Y en esto, volviéndose el rey al Patriarca, clamó: «Yo soy Faraón; sin tu orden ninguno ha de mover pié ni mano en todos mis dominios.» Hasta aquí las glorias del antiguo José.

Comparémoslas con las del nuevo. También de nuestro Santo Patriarca diría el Rey supremo de cielos y tierra: ¿Por ventura se vió jamás en el mundo varón tan lleno de virtud y de verdadera sabiduría, para gobernar mi familia y defender mi Iglesia? Por esto, según canta esta misma: *Constituit eum dominum domus sue et principem omnis possessionis*. Ps. civ. 21. —Nombrólo Señor de su casa y príncipe de toda su herencia, diciéndole: Tu gobernarás mi casa, y al imperio de tu voz obedecerán todas las criaturas. ¡Herencia distinguida! Herencia tanto más grande, noble y poderosa, cuanto la casa de Nazareth y la Iglesia católica sobrepujan á la corte de Menfis y á todo el vasto imperio de Egipto en extensión, grandeza y poderío.

El anillo esponsalicio de nuestro Santo Patriarca de mayor gloria y autoridad fué que el anillo puesto por Faraón en el dedo de José el antiguo; y si á éste le cubrió el gran monarca con vestidura de lino finísimo, y le colgó collar de oro puro; á nuestro Santo le adornó el soberano Rey del empireo con hábito candidísimo de insigne virginidad y le inflamó el pecho con llamas de amor purísimo. Y á semejanza del vírey



de Egipto fué nuestro José levantado sobre todos los cortesanos del cielo, y sentado en magnífica carroza, mayormente en nuestros días, en que el supremo Heraldo del Rey celestial, el pregonero del Vaticano, el inmortal Pío IX, clamó á todo el universo: «Delante del excelso Patriarca San José doblen todos los fieles la rodilla, y sepan todos que ha puesto el Omnipotente bajo su tutela y patrocinio á toda la Iglesia católica.» ¡Misticamente tan parecidos son el tipo y el figurado por lo que dice á su grandeza y poderío! ¿Presentan igual semejanza tocante á su benignidad y dulzura? Vamos á examinarlo.

### III

#### EL ANTIGUO Y EL NUEVO JOSÉ PARECIDOS EN SU BENIGNIDAD

En tanto que duraron los años de abundancia, pronosticados en los sueños de Faraón, pocos pensaban en la sabiduría del antiguo José, antes algunos tal vez se burlaban de él por su diligente afán en acopiar trigo en años tan abundosos, ó bien le condenaban por la cuota, bien que exigua, que les exigía. Pero tan pronto como la carestía asombró con su negro manto aquellos pueblos, luego que el hambre principió á diezmar los mas necesitados, produciendo estragos terribles, al momento de todas partes corrieron las gentes á Egipto, implorando el auxilio de Faraón para hacer sus provisiones. Mas éste, que había confiado todo su gobierno á la discreción de José, á todos respondía: *Ite ad Joseph, et quidquid vobis dixerit facite.* —*Id á José, y haced cuanto él os diga.* Gen. XLI, 55. Y José, abriendo sus graneros repletos de trigo, á todos despedía alegres y satisfechos.

No hay que decir que aún mayor es la bondad de nuestro Santo en acoger benigno hasta aquellos que se olvidaron de obsequiarle en tiempo de prosperidad: y á la manera que el antiguo Patriarca tal copia de vituallas acumuló, que pudo con abundancia y hartura dar de comer á todos los hambrientos que á él acudían; así nuestro glorioso San José acaudaló tantas riquezas de merecimientos, que puede colmadamente socorrer á todos sus devotos. Parécenos verle sentado en majestuoso trono de gloria, y oír una voz del Eterno, que, por boca de su Vicario en la tierra, dice á todos los que le suplican gracias: *Id á José y haced cuanto él os diga*. ¿Quién ha acudido jamás á su patrocinio y amparo, que se haya tenido que salir con las manos vacías? Y ¿habrá quien perezca de hambre, ó lllore inconsolable sus infortunios, teniendo tal valedor en los cielos? Recordad la generosidad y amor con que el antiguo José pagó la ingratitud y crueldad de sus hermanos, y tendreis una pálida imagen de lo que hace nuestro Patriarca con sus clientes y devotos.

Donde no gobierna José, todo es hambre y consternación; y los pueblos, para no ser victimas de tan terrible azote, no hallan otro camino sino acogerse á José, virey bondadoso y compasivo. Entre los hambrientos que acudieron á Egipto, hallábanse los hermanos de José, que tan inicua é inhumanamente lo habían vendido por esclavo á unos ismaelitas. Y José, habiendo conocido á sus crueles vendedores, sin ser de ellos conocido, aunque aparentemente los trató con aspereza, con todo, les hizo llenar los costales de trigo, y devolver su precio, poniendo escondidamente el dinero en la boca de los sacos. Mayor todavía fué su benignidad, puesto que los proveyó de víveres para el camino, y les mandó que á su vuelta trajeran consigo á su hermano Benjamín, único á quien no conocía.

Efectivamente; á pesar de la gran pena de Jacob su padre, á la vuelta llevaron á Egipto á Benjamín inocente; y en viéndole José, sintióse tiernamente conmovido, de suerte que saliendo de su presencia, no pudo contener las lágrimas. Regalóles después con espléndido convite, disimulando la viva impresión de su alma; mas no pudiendo ya contenerse, prorumpiendo en sentido llanto, se descubrió á sus hermanos diciendo: «¡Yo soy José, á quien vendisteis! ¿Y vive todavía mi padre?» Viéndoles con esta nueva aterrados, añadió: «No temais, ni os desconsoléis; porque por vuestro bien dispuso Dios que viniera yo antes que vosotros á estas regiones. Dios fué quien dispuso fuera yo como padre de Faraón, y dueño de toda su casa y príncipe de toda la tierra de Egipto.» Con esto arrojándose sobre el cuello de cada uno de sus hermanos, empezando por Benjamín, echó de nuevo á llorar, y las lágrimas suyas se mezclaban con las de sus hermanos, suplicándoles le trajeran pronto á su padre, para colmarlos á todos de bienes. ¿Qué no alcanzaron todos ellos de Faraón, contando con las recomendaciones del benignísimo José?

¿Qué no conseguiremos nosotros, teniendo á nuestro favor el Santo Patriarca? No temamos, no; que á todos nos acogerá con paternal afecto, seamos inocentes como Benjamín, seamos reos como sus hermanos, por haber vendido con nuestras culpas á Jesús, que le es más querido que su propia vida. «Venid, no temáis, nos dice á todos. Dios fué quien me engrandeció para vuestro provecho y puso en mis manos vuestra salud eterna. Dios fué quien, haciéndome como Padre del divino Faraón y príncipe de toda su casa, me erigió en Patrono de su querida herencia, ó sea, de toda la Iglesia universal.» ¡Oh! sí, conforme predica San Bernardino de Sena: «no solo para los Egipcios

conservó nuestro José el Pan del cielo, que comunica vida de gracia, sino para todos los escogidos, para cuantos de verdad quieran salvarse.»

Una sola condición pone el celestial Monarca á sus regias munificencias, y es que hagamos cuanto nos diga José. Y ¿qué nos exige nuestro Patriarca para colmarnos de divinos tesoros, sino que aborreciendo nuestras culpas, por las que vendimos á Jesús, nos entreguemos de corazón al servicio de tan buen Monarca? Y esto lo exige para nuestro bien; para que así como el antiguo José puso á sus hermanos en posesión de la tierra de Gesén, la mejor del reino de Egipto, así pueda él ponernos cabe sí, é introducirnos en la posesión de la celeste Gesén cargados de méritos de eterna gloria. ¡Cuántos debieron su vida perdurable á la mediación de nuestro Santo Patriarca! ¡Cuántos estarían ya ardiendo en los infiernos, de no haberles conseguido José la gracia de la penitencia, en pago de ligeros obsequios! ¿Qué quiere él? ¿Qué desea? ¿Por qué suspira, sino porque seamos partícipes de las bendiciones, que tan colmadamente se derramaron en su alma?

Al morir Jacob, bendijo á su hijo el Patriarca José, rogando: «Las bendiciones, que te dé tu padre, subropujan las bendiciones de tus progenitores! ¡Hasta que venga el Deseado de los collados eternos, recaigan estas bendiciones sobre la cabeza de José, sobre la coronilla del Nazareno, escogido entre sus hermanos.» Gen. XLIX. 26.

Este complemento no se verificó en la persona del antiguo Patriarca, porque murió mucho antes que viera Jesús, el deseado de los collados eternos. Solo en nuestro Santo, en el Esposo vírginal de María tuvieron tales bendiciones su cabal cumplimiento: solamente nuestro Patriarca San José, más dichoso que

todos sus ascendientes, escogido entre sus hermanos, recibió la plenitud de las divinas bendiciones para ejercer con Jesús el ministerio de Padre y ser de María marido solícito y amante.

Ved ya con cuánta verdad el antiguo José fué en el nombre, en sus glorias y en su bondad tipo y representación de nuestro glorioso Patriarca. ¡Oh! ¡Grande, ilimitado es su poder! ¡Grande, inmensa es su bondad! Jesús y María nos incitan con su ejemplo á recurrir á su patrocinio. ¿No resuenan en vuestros oídos aquellas dulces palabras: *Id á José?* El nos recibirá como cariñoso Padre: con aquel mismo amor, con que cuidó á Cristo, mirará por nuestro bien y provecho. No lo podemos dudar. Desde que Pio IX declaró con augusta solemnidad que San José era Patrono de toda la Iglesia, de todos los fieles católicos, ¿no sería hacer traición á nuestra piedad y catolicismo poner en duda su poder sin lindes y su clemencia inefable? No lo dudemos: él nos asistirá en nuestras necesidades temporales siempre y cuando convenga para nuestro eterno bien; él nos ayudará en vida para imitar sus virtudes, y sobre todo en la hora de la muerte. ¡Oh! En aquellos momentos postrimeros, si somos sus verdaderos devotos, en aquellos instantes extremos nos hará participantes de los consuelos que recibió él, entregando su espíritu al Criador en brazos de Jesús y de María. Amen.

#### EJEMPLO

##### *El Padre Luis Lallemant.*

Este gran siervo de Dios, sumamente devoto de San José, distinguióse en tanto grado por su amor y exactitud en la observancia de la disciplina religiosa, que mereció se le considerase como una viva copia del es-

piritu de San Ignacio, de quien fué discípulo y fiel imitador. Amaba con delirio la vida interior y escondida; y para conseguirla se propuso por pauta y modelo al glorioso San José; cuyas virtudes con frecuencia meditaba, y á cuyo honor ofrecía todos los días cuatro ejercicios de piedad.

Entusiasta propagador de sus glorias, inspiraba á cuantos podía su devoción; y era tal la confianza y crédito de que gozaba con el Santo, que lograba cuando le pedía. He aquí una prueba patente de ello. Siendo rector del colegio de Bourges, reconoció en dos jóvenes maestros de clases inferiores un gran fondo de virtud. Al acercarse la fiesta de San José, los llamó, y prometió conseguirles para cada uno de ellos la gracia que desearan, con tal que exhortaran á sus discípulos á que fuesen sólidamente devotos del Santo Patriarca y celebraran con esplendor el día de su fiesta. Aceptaron los dos de buen grado la propuesta; y sus exhortaciones fueron tan eficaces, que las dos clases enteras cumplieron el día de San José en obsequio suyo.

El mismo día fueron ambos religiosos al cuarto del Padre Rector, y cada uno le manifestó en secreto el favor que deseaba conseguir. El primero, que era el célebre Padre Nouet, pidió la gracia de saber escribir y hablar dignamente de nuestro Señor. Ignórase qué beneficio suplicó el segundo, porque al referir el hecho, por humildad dejó de especificarlo, confesando, con todo, que había obtenido lo propuesto. En cuanto al P. Nouet por la mañana siguiente al día del Santo volvió al P. Rector, diciéndole que habiendo meditado mejor su demanda, había cambiado de pensar, y quería pedirle otro favor más conveniente á su propia perfección; á lo que contestó el Padre Lallemant que había llegado tarde, porque la súplica estaba ya despachada y concedida la gracia.

Y en efecto; los hechos vinieron en confirmación de la realidad de lo que aseguraba, como lo comprueban los numerosos sermones del Padre Nouet, sus fervientes escritos, y sobre todo lo que publicó sobre las excelencias de Jesucristo; en lo cual brillan luces celestiales y llamas de amor, capaces de inflamar á todos en el mismo fuego en que él ardía. ¿Quién no concluirá de todo esto que el Padre Lallemand fué uno de los principales amantes y amados del Santo Patriarca, cuando así disponía de sus tesoros? Y su muerte fué, como suele, el eco de la vida. Murió devoto y confiado en San José, suplicando que, como prenda de su devoción y confianza, se pusiera en el sepulcro con sus restos mortales una imagen del Santo.





## CAPÍTULO V

### MISTERIOSOS DESPOSORIOS DE SAN JOSÉ

*Cum esset desponsata Maria*

*Joseph. Matt. 1, 18.*



IEZ y seis razones, ó conveniencias aduce Alberto Magno, que nos descubren el soberano acuerdo y profundo consejo del Altísimo en disponer que la Madre de Jesús fuera casada y no soltera; de las cuales conducen unas al crédito del Salvador, otras al honor de María y algunas á nuestro bien y consuelo.

Y en verdad, queriendo el Señor acomodarse al estilo común de los mortales, y ocultar al demonio el misterio de la Encarnación, era conveniente y preciso que la Virgen fuera desposada. Éralo igualmente para que, por una parte, su Hijo no fuese tenido por ilegítimo, y como tal perseguido por los judíos, y por otra, María conservara su buena fama, y no fuese castigada por mala doncella; prefiriendo Jesús ser considerado como hijo de José á consentir que pudiera dudarse de la honestidad de su Madre.

Importaba también á nuestro provecho; primeramente, porque por el testimonio de San José se comprobaba haber nacido Cristo de Madre virgen, y después, porque habiendo sido María casada y viuda, sir-



viera de ejemplar y consuelo á todos los estados de la tierra.

Mas ¿á quién escogerá el Señor para dignidad tan sublime? ¿Qué mortal será el afortunado en dar la mano de esposo á la que debe ser juntamente Virgen y Madre de Dios? Cuentan algunos autores, fundados en libros apócrifos, admitidos por algún Padre, pero rechazados por los Bolandistas como indignos de fe, que reunidos en el templo los pretendientes de Maria, llevando cada uno su vara, según instrucciones del oráculo del propiciatorio, habiendo milagrosamente florecido la vara de José, como en otro tiempo la de Aarón, fué el Santo Patriarca por todos aclamado Esposo de la Reina de los cielos. Sea de esto lo que fuere, sin pretender mendigar para nuestro Santo glorias dudosas é infundadas, no se puede negar que José fué el único entre los mortales elegido por el Eterno para desposarse con la Virgen sin mancilla; y esto no en apariencia, ó por mera ceremonia, sino con verdadero lazo conyugal, tanto más fuerte y estrecho, cuanto más espiritual era el amor que los ayuntaba.

Porque, como declaran los cánones, fundados en los Concilios Florentino y Tridentino, y lo enseñan los teólogos, siguiendo á San Agustín, San Jerónimo y Santo Tomás, no es de esencia del matrimonio el ayuntamiento carnal, sino el consentimiento de los contrayentes. Y hemos de añadir en nuestro caso que la virginidad de los desposados no perjudicó en lo más mínimo el vínculo sagrado; porque, como enseña San Agustín, en estas bodas se cumplió el bien del matrimonio, que consiste en prole, fidelidad y sacramento. Por digna prole, tenemos á Jesús; por fidelidad, no haber habido adulterio; por sacramento, no haberse seguido divorcio.

Además ¿hubieran Maria y José cohabitado marital-

mente, como se desprende del Evangelio, á no existir entre ambos verdadero lazo conyugal? Pensarlo siquiera sería injurioso á tan santos y virginales Esposos. ¿Quién no confesará, pues, ante la innegable verdad de este misterioso matrimonio, que la santidad y perfección de José debió ser superior á la de los ángeles y santos? Si no nos ciega el amor, vemos claro como la luz que tal excelencia de santidad reclamau de consuno en el castisimo esposo de la Madre de Dios así los méritos de María, como el trato familiar de ésta con él y su noble agradecimiento. Examinémoslo desapasionadamente.

## I

PERFECCIONES QUE RECLAMAN EN SAN JOSÉ LOS  
MÉRITOS DE MARÍA

Al querer el Criador unir en matrimonio á nuestros primeros padres Adán y Eva, exclamó: *Faciamus ei adiutorium simile sibi.*—*Démosle por ayuda á una mujer semejante á él.* El primer matrimonio, pues, instituido por Dios, se realizó entre marido y muger, ambos parecidos en edad, nobleza, sentimientos y costumbres; porque la desemejanza, señaladamente de hábitos y pareceres, tiende á menoscabar la paz y armonía, necesarias no menos para el mutuo consuelo y auxilio de los contrayentes, que para la concorde y unánime cohabitación de los mismos, hasta que la muerte venga á cortar el nudo conyugal. Tiénese generalmente por infausto el enlace contraído entre novios excesivamente desiguales; porque si un infortunado toma una muger rica, ó que notablemente le aventaje en cualidades de mayor estima, tiene comúnmente en ella una soberana y no una esposa; y por el

contrario, si un varón acaudalado recibe por consorte á una doncella pobre, ordinariamente la trata como esclava, y no como dulce compañera. ¿No es esto lo que tristemente confirma la experiencia de todos los días?

Ahora bien; habiendo sido el castisimo enlace de José, no ajustado por simple capricho de la juventud, que por lo común se aconseja de la ciega y tornadiza pasión, sino *ab aeterno* concertado en el cielo por una providencia muy superior á la que dirigió el matrimonio de nuestros progenitores; habiendo sido el mismo Dios quien formó las capitulaciones de este angelical contrato, pues buscaba digno consorte de su Madre Santísima, ¿habíanse de omitir en estos desposorios misteriosos todas aquellas diligencias y condiciones, de que tanto aprecio se hizo en el paraíso? No cabe semejante juicio sobre el amor infinito del Hijo de Dios; antes claman la razón y el buen sentido que, habiendo sido el Señor quien escogió á San José para Esposo de su Madre queridísima, debió seguramente darle al más cabal y justo sujeto de entre todos los justos del cielo y de la tierra, para que, unidos entrambos á dos por semejanza de condición, amor y costumbres, tuvieran un solo corazón y una sola voluntad.

Iguales fueron María y José en la nobleza de su sangre; pues una y otro remontaban su cuna hasta el trono real de David, y de los reyes de Judá sus sucesores, en quienes puso el Señor por muchos siglos el cetro y corona de la más sana parte del pueblo escogido, hasta que después de la transmigración de Babilonia volvieron á juntarse bajo la autoridad suprema de la tribu de Judá los restos dispersos de todas las otras tribus. Esta providencial ventura fué para José no solo poderoso estímulo para fomentar en su corazón

los nobles y generosos pensamientos que le inspiraba la memoria de sus ilustres abuelos, sino también preciosísimo anillo de aquella celestial cadena que le ganó á María, la cual, según estilo de su nación, debía casarse con uno de los parientes más cercanos.

Y ¿quién sino el Omnipotente dispuso en sus eternos secretos que cabalmente nuestro Patriarca fuera en aquellas circunstancias el deudo más inmediato de la Santísima Virgen? Iguales fueron en condición; ya que uno y otra, aunque descendientes de los más potentados de Israel, habían venido en estado, si no miserable, por lo menos tan poco desahogado, que tenían que ganarse el sustento con el producto de su labor. Pero si iguales fueron en condición y linaje, no lo fueron por cierto en las prendas del alma, por haber sido la Virgen, concebida sin mancha, la más santa criatura, la más perfecta y agraciada entre todos los nacidos.

Mas ¿quién negará que, como asegura San Francisco de Sales, el glorioso San José, ya que no igual, fuera el más semejante á María, el que de todos los mortales más se acercó á su perfección y santidad? Añade el Santo Doctor que José y María eran como dos purísimos espejos, puesto el uno enfrente del otro, y que los rayos de santidad que el sol de justicia, Cristo Jesús, enviaba á María, María con perfecta reverberación los comunicaba á José; de suerte que las virtudes de José y de María parecían iguales y las mismas. Tan justo y natural le parecía al melifluo Prelado de Ginebra que el esposo destinado por Dios para doncella tan santa, si no emparejara con ella, debía por lo menos de serle sumamente parecido.

Por esto mismo varios intérpretes de la Sagrada Escritura aplican á San José aquellas palabras que de su hermana Górgonia dijo San Gregorio Nacianceno, al

hacer su oración fúnebre. Queriendo en ella manifestar la nobleza y prendas relevantes de su esposo, dijo esta sencilla, pero elocuente expresión: *Erat vir ejus.* — *Era esposo de Gorgonia.* ¿Qué más podemos decir para encarecer las gracias, privilegios y excelencias de nuestro incomparable Patriarca? Era esposo de María, Madre de Dios y Reina del Universo. He aquí una de las fuentes de las glorias y grandezas de San José. Así opinan Padres de la Iglesia y sabios teólogos con el eximio Padre Suárez.

— ¿Qué perfecciones, qué santidad, qué abismo de gracias no requería la dignidad de consorte de la que era templo y esposa del Espíritu Santo? Entrambos fueron esposos de María, según expresión de varones distinguidos por su virtud y saber: el Espíritu Paráclito desde toda la eternidad, para llenar y enriquecer su alma con dones y carismas dignos de la Madre de Dios; y San José en el tiempo, para ser guarda de su virginidad, defensor de su honor y su consuelo en las tribulaciones; el Espíritu Santo preparando aquel seno purísimo, para con su sombra formar en él la humanidad del Verbo eterno; y San José correspondiendo con sus desvelos y solitudes á los altos fines para que el Señor le había destinado. ¿Cabe, pues, en sano entendimiento que el Espíritu divino, dador de todo bien, dejara de engrandecer el alma de San José con todos los tesoros de gracia y de virtudes, que lo hicieran digno Esposo de María?

— Luego si es imposible presentar otra criatura más santa y más perfecta que la Madre de Dios, hemos de convenir en que jamás se podrá hallar otro Esposo más parecido á la Reina de los cielos que el justísimo San José; y que así como la dignidad de María es de una esfera tan sublime y elevada, que no pueden apearla ni los hombres ni los ángeles, de un modo

semejante las virtudes y grandeza del Esposo de María son tan relevantes, que no las alcanzará jamás en toda su amplitud no ya solo la comprensión humana, pero ni aun la misma comprensión angélica.

Pregunta San Bernardino de Sena: «¿Como podrá pensar el entendimiento discreto que había de unir el Espíritu Santo el alma soberana de la Virgen en unión tan estrecha de matrimonio á otra alma, que no fuese á ella muy semejante en la perfección de las virtudes? Por donde creo que San José fué límpidísimo en virginidad, profundísimo en humildad, ardentísimo en caridad, altísimo en contemplación, diligentísimo por la salud de todos, á semejanza de su Esposa; para que fuese *Adjutorium simile Virgini*, un auxiliar semejante á la Virgen.» ¿Pueden caber en tan pocas palabras mayores alabanzas?

Dice el Sabio en el libro de los Cantares que el Señor de entre todos los campos escogió *una sola Viña*, de todos los raudales *una Fuente*, de todos las aves *una Paloma*, de entre todas las flores *una Azucena*, de entre todos los huertos *un Jardín cerrado*. Con estas bellas semejanzas se pinta en aquel libro inspirado á María, la escogida del Señor. Y ¿quién fué el afortunado varón elegido por el Eterno para ser guardián de esta viña, el primero que bebiera de esta Fuente, que oyera los castísimos arrullos de esta Paloma, que se recreara con el suave perfume de tan bellísima Azucena, que custodiara este Jardín cerrado, donde tenía el Señor sus divinales complacencias, sino el felicísimo Patriarca San José? Y ¿admitiremos siquiera una imperfección insignificante, un tenue defecto en el alma de San José, que no empañe el brillo de la más santa criatura?

Digamos, pues, que sí María fué concebida sin mácula de pecado, y enriquecida desde su primer instan-

te con todo género de gracias, San José luego después de su concepción fué santificado en el seno de su madre y adornado con dones inefables del cielo; que si María por su angelical pureza fué proclamada Reina de las vírgenes, San José fué el primero de los hombres que con voto consagró al Señor su virginitad; que si la celestial belleza de María engendraba castidad en los que la miraban, San José con su ejemplar modestia inflamaba en amor de esta virtud; que si en el corazón de María no hubo nunca ni hálito de imperfección, el alma de San José no experimentó jamás el fómite de la concupiscencia; en una palabra, que si María fué más santa y perfecta que todos los ángeles y santos, San José fué justísimo, en grado inferior á María, pero superior á todos los demás justos.

Esto reclama con todo su peso aquella semejanza de cualidades y costumbres, que debe reinar entre buenos esposos. Así á entrambos concedió el Señor la gracia de ser los primeros en ver y adorar al Verbo revestido con la corteza de nuestra carne, y en gustar las dulzuras de este celestial maná. Entrambos oyeron los conciertos angelicales en el nacimiento del Niño Dios, y vieron cómo pastores y reyes les ofrecían sus homenajes y adoraciones. Entrambos sufrieron los mismos trabajos y amarguras del destierro, perseguidos por el cruel Herodes. Y entrambos á dos fueron los compañeros, guías y sustento de la infancia, de la adolescencia y de la juventud del Redentor. ¿No demuestra todo esto que en un mismo volcán de amor se abrasarían entrambos corazones? No hay que dudarlo.

## II

VIRTUDES QUE EXIGÍA EN SAN JOSÉ EL TRATO  
FAMILIAR DE MARÍA

Pero supongamos por un momento, sin que lo concedamos jamás, que nuestro Patriarca no hubiera sido favorecido por el cielo con tales dones, ni con tales quilates de virtud y de justicia, cuales parece demandar la inmensa dignidad de su Esposa. Demos que San José al contraer con María el misterioso enlace, que los juntó hasta su muerte, no hubiera salido de la órbita común de santidad en que se movieron los antiguos patriarcas, ¿era, por ventura, posible permanecer por largo tiempo en este nivel ordinario, cohabitando con María, tratando con María con la familiaridad de Esposo, comiendo con María en una misma mesa, y cobijándose bajo un mismo techo con María? ¡Imposible! Porque ¿quién ignora la fuerza mágica del buen ejemplo?

Pecadores ha habido, que, iluminados por la luz de algunos hechos virtuosos, movidos, casi sin advertirlo, por la conducta edificante de algún desconocido, abandonaron resueltamente el vicio, y se abrazaron con la mortificación y la penitencia. Si, pues, el castísimo Esposo hubiese tenido siquiera un corazón bien dispuesto, ¿habría podido persistir indiferente, viendo todos los días actos heroicos de la más subida perfección, con que María le incitaba á la virtud? ¿Es concebible que continuara frío ó helado al calor de aquel incendio abrasador, en que ardía el Corazón de la Virgen?

Aquellas máximas santas, que todos los días brotaban de los labios de María, aquellos celestiales y ardientes afectos, en que prorumpía con frecuencia y



espontaneidad, aquella divina perfección, con que hacía las obras más comunes, aquel fervor y recogimiento siempre crecientes, con que todos los días se entregaba á la oración, aquel trato amable y lleno de caridad, propio de un alma de todo en todo endiosada, incentivos eran capaces de prender llamas de amor divino en cualquiera, que no se obstinara en apagarlas con indigna correspondencia. Y ¿qué diremos, poniendo en esta fragua de inflamada caridad, como bien podemos llamar la casa de María, á un Esposo, no ya solo amante de la virtud y hambriento de santidad, sino verdadera y sólidamente justo y perfecto? ¿Quién podrá comprender el alto vuelo, á que se remontaría José con tales ejemplos y auxilios? ¿No es de creer que se levantaría á mayor cumbre de perfección y santidad que cualquiera otra pura criatura?

Porque, como con toda certidumbre nos enseña el Evangelio, al desposarse José con María Santísima era ya varón justo, es decir, como entiende San Juan Crisóstomo, adornado de todas las perfecciones; porque la justicia en este lugar es término colectivo, que debajo de una voz recoge todos los buenos hábitos y virtudes. *¡El Justo!* Este es el título con que se denomina á Jesús así en el antiguo como en el nuevo testamento. Al apellidar, pues, el Evangelio á San José varón justo, nos quiere decir un varón, á cuyos piés están abatidos todos los vicios, dominadas las pasiones, desvanecidas las culpas; un varón, en cuya alma campeen y brillen todas las buenas cualidades; en suma, un varón vaciado en todo y por todo según los troqueles del divino Corazón. En un varón, pues, enriquecido con tales gracias, tan bién apercebido para todo lo santo ¿no habían de influir los constantes ejemplos de María, modelo de la perfección más asombrosa? Con el acicate é influencia de tal Esposa ¿no

había de correr el justísimo José con pasos agigantados por la senda de la santidad más consumada?

Aseguran los maestros de la vida espiritual que uno de los medios más eficaces para progresar en la virtud es la contemplación de los hechos de la Virgen. Pues, si la simple consideración de las virtudes y heroicas acciones de la Reina de los cielos ha enardecido en todos tiempos á sus devotos, y los ha espoleado á correr en su seguimiento é imitación, ¿quién podría resistir al encanto que debía producir en las almas generosas presenciar de cerca la práctica de tan buenas obras y admirar con sus propios ojos la perfección, con que buscaba en todo el cumplimiento de la divina voluntad? Esta sola reflexión debiera bastar para conceder y atribuir á San José una santidad incomparable, superior á todo encarecimiento.

Si así no hubiera acontecido, si con todo esto San José no hubiera sido sino un hombre de bien, un justo semejante á los demás que le habían precedido, su matrimonio con la Virgen Santísima, con la mujer más santa entre todas las mujeres, habría ofrecido cierta disonancia moral repugnante, notaríanse manchas y sombras en el misterioso cuadro de la Familia santa, que desdejarían completamente de la perfección que brilla en todas las obras de Dios. Luego el trato íntimo y familiar con María debía por sí solo impulsar á su justísimo Consorte á una santidad superior á la de todos los santos.

Algunos Padres de la Iglesia no cesan de magnificar á Santa Isabel, madre del Bautista, por haber tenido la dicha de hospedar en su casa por espacio de tres meses á la Madre del amor hermoso, mereciendo de ella que le prodigase los más tiernos y solícitos cuidados. ¡Ah! Si esta es la medida de grandes consuelos y dichas, ¿cuánto no debemos admirar, y qué

parabienes no debemos dar al venturoso Patriarca, á quien esta misma Reina inmaculada se dignó servir, no por el término de unos meses, sino por el período de unos treinta años que vivió en su compañía? Y por cierto que no tendría la ferviente Santa Isabel ni mejores disposiciones para aprovecharse de las divinas enseñanzas y portentosos ejemplos de María, ni más fuertes incentivos ó acicates para volar tras el olor de sus virtudes. Con fundamento, pues, aseguran algunos santos y doctores que así como de los otros consortes se dice en las sagradas páginas: *Erunt duo in carne una*, así de estos santísimos y virginales cónyuges, José y María, se puede afirmar: *Erant duo in spiritu uno*, que tenían los dos un mismo espíritu y un solo corazón.

Y si por un instante hubiera la Santísima Virgen podido sospechar que su justísimo Esposo, ó no correspondía con toda plenitud á los impulsos de la gracia y amorosas finezas, con que el Todopoderoso lo había puesto al frente de aquella inimitable Familia, ó se apartaba un solo ápice de la encumbrada santidad que justísimamente conformaba con su divinal ministerio, ó no participaba de sus generosas é incessantes aspiraciones á la mayor gloria de Dios y santificación de las almas, ¿no habría sido esta imperfección agudo clavo, que hubiera atravesado continuamente el Corazón de María, tan celoso de las divinas alabanzas? Y ¿quién, sin horror, se atrevería á imaginar siquiera estos motivos de pesar en un matrimonio tan completamente ajustado á los planes perfectísimos del Eterno? ¿Había de disponer el Señor para su Madre queridísima, en vez de un compañero solícito y amable, un verdugo de su alma endiosada?

De todo lo cual, como razona Fr. José de Jesús, historiador de la Reforma carmelitana, podrá cualquiera

con fácil discurso y conjetura cierta inferir la santísima vida y altísimos ejercicios, con que estos amantes Esposos ilustraron el estado conyugal, y cuán con- corde y divinamente cumplían todas sus obligaciones, sin que las ocupaciones domésticas les fueran estorbo para volar por las cumbres de la perfección á la posesión de los bienes eternos! Y de tan milagrosa compañía quiso Dios sacar también efectos provechosos; porque así como la Virgen soberana había de ser ejemplar perfectísimo de casadas, así fuera modelo acabado de santos maridos el glorioso San José.

Hasta entonces no se tenía por caso posible que habitando un hombre con su esposa, se conservara entre ellos la hermosura de la pureza virginal; por cuanto decía Salomón: *¿Será posible que traiga un hombre fuego en el seno, sin quemarse el vestido, ó que se pasee por encima de brasas encendidas, sin ampollarse las plantas?* Prov. vi, 27. Vencida vemos esta dificultad y flaqueza en nuestro Santo Patriarca, que con estar casado con la misma belleza y hermosura, y habitando con tal Esposa en una misma casa, y comiendo en un mismo plato, y trabajando en un mismo taller, no solo no recibió menoscabo en su angelical virtud, sino que también vivió con tal limpieza de cuerpo y alma, que ni aun por asomo anidó en su pecho un pensamiento, que no fuera conforme al dignísimo Esposo de la Reina de los ángeles.

«¿Quieres saber, pregunta un autor, quién es José y cuál su excelencia? Es un retrato vivo de la Virgen, y ambos á dos azucenas purísimas y hermosísimas de los divinos vergeles; azucenas, cuya pureza y blancura es mucho más subida que todas las obras salidas de las manos del Criador.» ¡Ah! Y ¡cómo subía esta pureza y candor con su continua correspondencia á las divinas gracias! Con el trato íntimo y marital de

San José con la criatura más santa del Universo debían de infiltrarse en su corazón todos los afectos, deseos, sentimientos y aspiraciones de María en tal grado, que todas las virtudes y perfecciones de ella se reflejarían en su virginal Esposo, formando en él una como fotografía viva, limpidísima y acabada de su belleza y santidad, más encantadora que los ángeles del cielo.

De esta misma conformidad y semejanza de pensamientos y cualidades, promovida por los ejemplos de la Virgen, nació que nunca se perdiera la paz en aquella santa morada, ni se ofendiera el amor honesto, ni fuera la fidelidad agraviada, ni se pervirtieran los oficios del estado conyugal; sino que todo procediera con suma concordia, con orden nunca alterado, con grata correspondencia y amor purísimo. La Mujer veneraba y obedecía á su Marido; y contentándose con las tareas que le eran propias, no usurpaba las atribuciones ajenas; y el marido profesaba á su consorte finísimo cariño y reverencia, y con su consejo y prudente acuerdo disponia las cosas de la familia. Nunca entre ellos se notaron asomos de enojos ni de rencillas, ni la menor disonancia penetró jamás en aquella vivienda dichosísima. No se perdió en ninguno la satisfacción de la fidelidad del otro, ni las sospechas indiscretas quedaron vencedoras en aquellos pechos sagrados; por donde toda esta misteriosa Compañía fué un perfectísimo dechado de casados y de vírgenes, para que aquellos fueran más agradables á Dios que mejor les imitasen, y todos tuvieran en ellos socorro y patrocinio para sus trabajos, como tenían regla y modelo en sus virtudes.

## III

JUSTICIA QUE EN SAN JOSÉ RECLAMA EL  
AGRADECIMIENTO DE LA VIRGEN

Veamos por último lo que debió de ser San José, atendidos el amor y agradecimiento de María su angelical esposa. Como sea deber y perfección de una mujer casada servir y amar á su marido, y como fuera la Virgen en todos tiempos y circunstancias vigilante y fidelísima guardadora de la divina ley, injuria imperdonable le haría quien dudase que, después de Cristo nuestro bien, amase la Virgen tanto á ninguna criatura cuanto al Santo Patriarca. Esto pedía la ley y orden de la caridad.

Además de ser recíproca la ley del amor, que San Pablo recuerda á los maridos, por la cual dejan padre y madre y cuanto pueda enfriar el mutuo cariño, en su carta á Tito le encarga que predique á las jóvenes esposas, *Adolescentulas ut viros suos ament*. Ad Tit. XII, 4,—que amen á sus esposos. No hay duda que la Virgen cumplía perfectísimamente esta ley natural y divina; por lo cual el devoto Isolano pone en sus labios estas palabras: «¡Oh! ¡Qué culpable sería yo delante de Dios y de todos los ciudadanos de la celestial Jerusalén, si con entrañas de íntima caridad no amase á mi Esposo, concedido por divina elección! Si Rebeca en tanto grado amó á su marido, por quien, sin conocerlo, recorrió tan lejanas tierras, ¿cómo yo no amaré con amor santísimo, ardentísimo y justísimo á mi consorte que me deparó el mismo Dios?»

María, pues, como canal de todas las gracias, ya que el verdadero amor consiste en comunicarlás á la persona amada, debía con toda su influencia y valimiento procurarlas para San José con mayor abundancia

que para otro ninguno. ¡Oh! ¡Cómo lloverían del cielo sobre el alma del virginal Esposo torrentes de bendiciones inefables, conseguidas del Eterno por mediación de la Virgen María! Y si el número y quilates de estos celestiales tesoros se han de medir por el amor de la Reina Santísima para con su amantísimo Cónyuge, no cabe dudar que se vió favorecido con tales y tantos carismas, cuales no se concedieron jamás á ningún ángel del cielo ni criatura de la tierra. Porque ¿quién había de señalar lindes al amor de María en pedir, ni á la generosidad del Todopoderoso en otorgar?

¿Había de señalarlos el amor divino, único que señoreaba el corazón de la Virgen? Antes este divino amor, que era uno mismo con el amor que profesaba á San José, la aguijaba á interponer toda la eficacia de su valer, porque sabia perfectamente que la santidad de su Esposo cedía y redundaba en gloria de Dios, que le había escogido para cooperador de la sublime obra de la reparación humana. ¡O mar inmenso de la santidad de San José! ¿Quién podrá bojear sus riberas, ni sondear su fondo, siendo su caritativa Esposa la encargada de llenarlo del agua divina, que salta hasta la vida eterna?

¡Piérdese el entendimiento humano y la imaginación se abisma en pretendiendo penetrar tanta profundidad y medir tanta extensión! Puesto caso que los deseos de María siempre son aceptos á Dios y que sus plegarias siempre fueron favorablemente despachadas, síguese que el Santo Patriarca fué tan justo y perfecto, cuanto ella conocía y ansiaba que debía serlo á los ojos de Dios. Y esta tesorera de las gracias, esta riquísima dispensadora de los divinos dones ¿dejaría de ser dadivosa con su Marido, tan bien dispuesto á recibir? Si el amor nunca dice basta, ¿quién pondría coto á la generosidad de María para con San José?

Parécenos la Virgen, según sentir de San Bernardino de Sena, un profundo oceano, lleno de la plenitud del mismo Dios, que se derrama sin cesar en el corazón de San José, y lo colma de bendiciones á proporción de su capacidad. Y como el seno de su bellissimo espíritu se iba continuamente dilatando y ensanchando, *Filius accrescens Joseph*, con su cooperación incesante, así se acrecentaban las efusiones de Maria en el corazón de San José. *Credo quod beata Virgo totum thesaurum cordis sui, quod Joseph recipere poterat, ei liberalissime exhibuit.*—*Creo*, dice el Santo, *que la bienaventurada Virgen derramó generosamente en San José todo el tesoro de su corazón, en cuanto de él era capaz.*

Algunos comparan estas comunicaciones á las de la augustísima Trinidad. Así como el eterno Padre comunica por vía de generación al Hijo toda su esencia y todos sus atributos y perfecciones, y el Padre y el Hijo por vía de amor eterno comunican esta misma naturaleza infinita al Espíritu Santo; de un modo parecido en esta sagrada Familia Jesús derrama sus divinos tesoros y celestiales riquezas en su Madre María, y Jesús y María por aquel natural amor, que profesan á San José más que á todos los Santos, efunden en él sus bienes infinitos de gracia y de naturaleza. *O veneranda Trinitas, Jesu, Maria, Joseph!* exclama el devoto Gersón. ¡O Trinidad criada! ¡O Trinidad temporal y visible, cuadro animado, imagen viva de la Trinidad increada, eternal é invisible! ¿Pueden recordarse tales relaciones sin contemplar á María enriqueciendo á San José con todo el valimiento de su amor?

Súmense con estas gracias, que á San José había de granjear este amor, los grandes bienes que de la santidad de San José refluían en María, y se comprenderá el empeño que debía de tener María por la mayor perfección de San José. Es María paraíso de delicias,



adornado con las más bellas y galanas flores de virtudes eminentes, cuyo suavísimo perfume recrea á los mismos ángeles; paraíso misterioso, en el cual debía crecer el árbol de la vida, y de donde habían de brotar raudales inagotables de gracia. ¿Qué de tesoros recogería aquí San José!

Además, así como en el Edén terrenal había puesto Dios á Adán inocente para que lo guardase, y después del pecado á un querubín que con espada de fuego defendiera su entrada; así también convenia que este nuevo Jardín de la ley de gracia, donde el Señor puso sus complacencias, tuviera un custodio fiel, que velase por la conservación de sus aromáticas flores y exquisitos frutos de todas las virtudes, é impidiera cualquiera profanación, aunque levisima. Y ¿quién fué este varón escogido entre todos los mortales, este Querubín venturoso, que con tanta diligencia protegiera y amparase la pureza virginal de María y libertara de la sacrilega profanación de Herodes este paraíso intemerado y el árbol bendito de la vida, sino el incomparable y glorioso Patriarca San José?

Enseña el Doctor angélico y lo supone San Francisco de Sales que al contraer María con San José los castos desposorios, estaba ya divinamente instruida de que no peligraba su virginidad, por haber hecho su Marido igual voto que ella. *Fuit divinitus certificata quod Joseph in simili proposito erat.* (in 4. d. 30, q. 2, a. 1.) Lo mismo consta por las autorizadas revelaciones de Santa Brigida, en las cuales se lee que San José ligado ya con voto de virginidad, supo también con toda certidumbre el virginal propósito de María. «Ten por cierto y seguro, dijo la Virgen á la Santa, que San José, antes que se desposara conmigo, supo por inspiración del Espíritu Santo que yo le estaba consagrada con voto de virginidad.» Ya mucho antes

había escrito San Gregorio Niseno (or. de hum. Cti.) «No faltó el Espíritu divino, por cuya luz fué principalmente designado San José para cónyuge y guarda de la Virgen.»

Con tan soberanas ilustraciones de lo alto ¿podía menos de mirar á su Esposo como á su escudo y defensa aquella Reina tan agradecida?

Es Jesucristo asimilado á una ciudad fuerte: *Urbs fortitudinis nostræ Sion Salvator*. Isa. xxvi. ¿Cuál es el muro y antemural, que promete el Espíritu Santo, *puncta in ea murus et antemurale*, sino el casto matrimonio de María y de José? María es el muro, que guardó en su seno al Deseado de las naciones, y José el antemural; no porque su Esposa necesite defensa, que basta su solo nombre para poner en fuga á sus enemigos, sino porque, conforme á los divinos decretos, todos los tiros de contradicciones, todas las persecuciones y contrariedades habían de dar primero contra este reparo y herirlo con mayor fuerza, para guardar incólumes tan preciosas prendas confiadas á su cuidado.

Y los desvelos por tantos años empleados en obsequio de la Capitana del divino alcázar, los sudores vertidos por su bienestar y sustento, la providencia amorosa, con que promovía sus purísimas y santas aspiraciones, estímulos eran más que suficientes para esforzar la ley del agradecimiento, que en María fué inviolable, aun de servicios muy pequeños, cuánto más de estos, que eran grandísimos y merecían recompensa. Si, según divino acuerdo, debía la Reina de los cielos el correspondido amor con amor, desvelos con desvelos, sacrificios con sacrificios, habiendo José hecho por María cuanto alcanzaban sus fuerzas, ¿dejaría de interesarse tan benéfica y amante Señora por su amantísimo Esposo á medida de su inmenso poder y entender?

Ved aquí otra regla y pauta para aquilatar los dones de San José y otro argumento de su perfección incomparable sobre todos los siervos de tan excelsa Princesa; debiendo confesar que la honra, que de ella recibía nuestro Santo, era tan distinguida, que bien podía excitar la codicia y noble envidia de los mismos serafines. ¿En qué empresa se puso la Virgen, en que San José no fuera su aliento? ¿En qué trabajo se vió, que no recibiera de él alivio y consuelo? Y en justo agradecimiento la Virgen se desvivía por el consuelo y alivio de su amante Consorte. Ella le guisaba la comida, y con piadosos ruegos se la administraba, y en todos sus duelos y fatigas era su conhorto y descanso.

¿Quién jamás de entre todas las criaturas del cielo y de la tierra gozó de tanta dicha ó de tan feliz estado? ¿Quién recibió jamás de aquella celestial Princesa tan finas y sólidas pruebas de amor y de estima? ¿En quién se cumplió más colmadamente la excelente promesa del Espíritu Santo señalada por el Eclesiástico al varón justo? Allí se dice que al varón justo y temeroso de Dios se le dará en premio de sus buenas obras una mujer cumplida y virtuosa.—*Pars bona mulier bona in parte timentium Dominum dabitur viro pro factis bonis.* Eccl. xxvi. 3. Jamás hubo varón tan justo como San José, ni jamás hubo mortal, que tuviera Esposa tan perfecta, que con toda verdad fuera su corona. *Mulier diligens corona est viro suo.* Prov. xii. 4.

Concluyamos ya este largo capítulo con aquel hermoso pensamiento de San Basilio de Selencia. Este ferviente devoto de María, buscando ansioso y perplejo el modo de tejer una corona digna de las sienes de la Madre de Dios, á la cual veneraba como á su Reina y Señora soberana, oyó una voz interior, que le decía: *Vis coronam tanta Virgine dignam texeret Acci-*

*pe florem Jesse, collige liliun Campi; perfectum laudis diadema contexes paucis his verbis: MARIA, DE QUA NATUS EST JESUS. ¿Quieres tejer una corona digna de tan gran Virgen? No busques otras flores sino la flor de Jesé y el lirio de los campos, ni busques otras piedras que esta preciosa margarita. Formarás una bellísima diadema de gloria con estas pocas palabras: María de quien nació Jesús. ¡Esta es la única corona digna de tal Madre!*

Iguales ó parecidas flores podemos entrelazar para ceñir con digna diadema las sienes del glorioso Patriarca, *Joseph virum Mariæ. — ¡José Esposo de María! ¿Puede idearse alabanza más cumplida? ¿No basta esto solo para deducir que José, después de María, fué el más santo de todas las criaturas salidas de manos del Criador? ¡Gloria, pues, al Escojido del Señor para consorte de la Reina sin mancilla!*

## EJEMPLO

*Un moro convertido.*

En 1648 vivía en Nápoles un esclavo moro, tan obstinado en su torpe superstición, que no quería ni siquiera oír hablar de fe cristiana. Alentábale en su pertinacia otro moro, tan ciego como él, que no cesaba con mil embustes y marañas de prevenirle contra el Cristianismo, consiguiendo deshacer los esfuerzos que se hacían para ilustrarlo y arrancarlo de la inmunda secta de Mahoma. Una rareza se notaba en medio de tanta obstinación, y era que tenía la buena costumbre de encender todas las noches una lámpara delante de una imagen de María, pintada en la pared del jardín de su amo, y hacia esto reservando para ello una partecita del salario.

Advirtiéndolo su amo y le preguntó ¿por qué hacía aquello? «Es, le respondió, para ponerme bajo la protección de tan gran Señora, y porque me parece muy amable, á pesar de las tinieblas de la noche, que me ocultan su belleza.» En esto su Señor, ansioso de aprovechar ocasión tan favorable para la conversión del esclavo, mandó llamar á uno de los padres de la Compañía de Jesús, encargados de evangelizar á los esclavos, á fin de que lo catequizara. Mas con todos los esfuerzos de su celo no ganó otra cosa, sino burlas, insultos é improperios. No desmayó por esto; antes juntando á sus asíduas exhortaciones la oración, redobló sus visitas é hizo que otros muchos orasen por la conversión de aquel moro. La noche de la Asunción el esclavo, acostado en una cochera, dormía profundamente, cuando oyó una voz, que llamándole por su nombre, le decía: «¡Abel! ¡Abel! ¡Despierta y escúchame!»

Despertó, abrió los ojos, y se encontró con toda la cochera bañada de resplandeciente luz, y en medio de la luz á una señora de magestuoso aspecto, vestida de blanco, y acompañada de un venerable anciano, que llevaba en la mano un vaso de plata lleno de agua. Abel, penetrado de temor y de respeto á vista de espectáculo tan maravilloso, exclamó: «¡Señora! ¿quienes sois? ¿Cómo habéis penetrado aquí, estando las puertas cerradas?» Ella le contestó, «Yo soy María, cuya imagen tanto veneras en el jardín; y el que está á mi lado es mi querido Esposo San José. Quiero, pues, que te hagas cristiano, y tomes el nombre de José.» A esta propuesta rehusó el moro con obstinación someterse, y rogó á María que le mandase cualquiera otra cosa.

Entonces la Virgen, en vez de indignarse por contestación tan poco atenta, se acercó al esclavo y dán-

dole cariñosamente con la mano en el hombro, le dijo: «¡Vamos, Abel, vamos! no me resistas más; hazte cristiano.» A este blando golpe el corazón de Abel, antes tan duro, se rindió, y prometió abrazar la religión católica y llamarse José. «Pero, dijo el moro ¿cómo aprenderé las oraciones de los cristianos, siendo yo tan torpe é ignorante?»

«No temas, Abel, contestó María: yo misma te las enseñaré;» y tomando la derecha del catecúmeno, le hizo formar en la frente la señal de la cruz, y le indicó que todo lo demás lo aprendería fácilmente de boca del Padre, que ya tanto había trabajado con él. En esto María tomó el vaso que traía San José, derramó el agua sobre la cabeza de Abel, diciéndole: «Hé aquí, Abel, lo que hará el sacerdote para bautizarte, y en el acto tu alma quedará tan bella y tan blanca como mis vestidos.»

Hizo aquí la Virgen además de retirarse; Abel la quiso detener; pero fué todo inútil: partióse la Virgen, no sin haber antes prometido al moro que ella le consolaría en todas sus aficciones. Al día siguiente contó Abel á su amo cuanto le había ocurrido. Llamado el Padre para que concluyera la instrucción de Abel y de su compañero, dispuso á uno y á otro para el santo bautismo, que les fué solemnemente administrado á los dos. Abel trocó su nombre por el suavísimo de San José, como la Virgen le había mandado; y nunca ni en vida ni en muerte José ni Maria le dejaron sin consuelo en sus penas y adversidades.





## CAPÍTULO VI

### ALGUNAS CIRCUNSTANCIAS DE LOS DESPOSORIOS DE SAN JOSÉ

*Jacob autem genuit Joseph, virum Mariae*  
Matth. 1.



Los que escriben las glorias de nuestro Santo suelen tratar aquí varias cuestiones de mayor ó menor importancia sobre puntos opinables, y mayormente el parentesco, que había entre San José y la Virgen; examinan la edad que tenían una y otro al darse la mano de esposos; y escudriñan las ceremonias que se guardaran en este feliz contrato. Dejando nosotros á un lado la opinión, ó mejor ridiculez de aquellos, que nos pintan á San José como de unos ochenta años al desposarse con Maria, y omitiendo los sueños de escritores apócrifos, que, con menos reverencia que candidez, lo describieron viudo y con hijos, por ser entrambos pareceres absurdos, que desdicen de la santidad de los contratantes, y repugnan á los planes divinos sobre tan augusto matrimonio, nos ocuparemos ligeramente en las otras cuestiones, arriba apuntadas, por más que parezcan de mera curiosidad.

Hacémoslo así para no dejar en ayunas á los devo-

tos del Santo Patriarca en materias que tanto le tocan, y para más acrecentar la devoción del Santo, dando á conocer algunas circunstancias dignas de notarse, relacionadas con sus castos desposorios. Advierten en estos debates los Bolandistas que es táctica y economía del Espíritu divino mezclar las enseñanzas de nuestra santa fe con motivos aparentes de duda, á fin de que, penetrando nuestra credulidad á través de tupido velo, consiga con su esfuerzo señalada victoria. Y si esto por lo común acontece con casi todos los dogmas de nuestra religión divina, experimentase más ostensiblemente así por lo que concierne á la genealogía de Jesús, tan diversa según la refieren San Mateo y San Lucas, como, aunque en menor escala, por lo que toca á las otras circunstancias, que rodearon el contrato matrimonial de María y de José. Veamos, pues, las tres principales cuestiones al principio indicadas.

## I

## GENEALOGÍA DE JESÚS

En cuanto á lo primero todos convienen, y es de todo punto indudable y aun de fe, que José y María fueron entrambos descendientes de la progenie real de David y de una misma tribu y parentela, en tal grado, que constituya á Jesús heredero del trono de Israel, conforme á lo que claramente afirmaban las profecías; mas no todos concuerdan sobre el modo de armonizar las diferentes genealogías de Jesucristo, puesto caso que la descrita por San Mateo en línea descendente dice así: *Mathan engendró á Jacob, y Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesús*, y la trazada por San Lucas en línea ascendente



comienzo de este modo: *Tenia Jesús, al empezar su ministerio, obra de treinta años, hijo, según se creía, de José, que lo fué de Heli, que lo fué de Mathat.* ¿Cómo se explica, pues, que San Lucas nos ponga á Heli padre de José, y San Mateo lo consigne hijo de Jacob?

Todos están de acuerdo en que Jacob es padre verdadero y legítimo de José, y que Heli es tan solo padre legal ó de afinidad. Mas ¿á qué sacar á plaza al padre legal, habiendo ya San Mateo tejido su genealogía, principiando por el real y legítimo? Es indubitable que el Señor no revela cosas inútiles, ni sin un fin santo y nobilísimo, y que todo lo consignado en las sagradas Letras escrito está para nuestra enseñanza. Luego cuando el Espíritu Santo movió á San Lucas á trazar la genealogía de Jesús, empezando por Heli, padre legal de nuestro Patriarca, así lo hizo para su gloria y provecho de nuestras almas. Mas, adorando en esto los divinos designios, hemos de confesar, para nuestra confusión, que, sin apelar á la tradición y enseñanzas de los santos Padres, nos sería del todo imposible poner en consonancia los santos Evangelios. Y ¿qué nos dicen los doctores de la Iglesia para conseguir esta armonía en notas tan discordantes?

Muchos y muy variados son los pareceres excogitados por escritores católicos para este objeto; pero de entre todos ellos solo hay dos que se sigan en nuestros tiempos, y que vamos á exponer sencillamente. La primera opinión, ó sistema, sostenido por nuestro Cornelio á Lápide, por Melchor Cano y otros escriturarios modernos, supone que en tiempo del Salvador sería cosa de todos conocida que Heli no era otro, sino Joaquín, Padre de la Virgen María, y por tanto Suegro de San José. En cuanto á que Heli, Eliaquím y Joaquín sean sinónimos pruébanlo, primero, porque así

se desprende tanto del libro IV de los Reyes c. XXIII, como del segundo de los Paralipómenos c. XXXVI, y después, porque Filón Amiano, autoridad en esta materia, enseña que estos tres nombres, contracción el uno del otro, entre Sirios y Egipcios tenían el mismo significado.

Según estos, San Mateo describe la regia alcurnia de Jesús por parte de su abuelo paterno, y San Lucas por la línea de su abuelo materno; pudiendo haber escrito con toda verdad que *Jesús era hijo, según se creía, de José, pero que lo era de Heli*, según que los nietos se llaman hijos de sus abuelos, y aun los yernos hijos de sus suegros.

Añádese que esta opinión fué enseñada por San Agustín, ó por el autor de un sermón de la Natividad de María, que corre como obra de San Jerónimo, y por Benedicto XIII en sus sermones sobre la vida de la Santísima Virgen. De los patrocinadores de este modo de interpretar la genealogía de Jesús, unos, apoyados en testimonios antiguos, defienden que Heli y Jacob, padre de San José, fueron hermanos uterinos por parte de su común madre Etha ó Jesca, casada primero con Mathan, padre de Jacob, y muerto Mathan, con Mathat, padre de Heli; de modo que según esta opinión José y María fueron primos de parte de padre, y parientes más ó menos lejanos por vía de madre: otros, siguiendo á los Padres Menochio y Cornelio á Lápile, creen que Santa Ana, esposa de Joaquín, era hermana de Jacob, padre de José, y por tanto que José y María eran primos por razón de la madre de la Virgen y del padre de José.

La otra opinión ó sistema sostiene que nunca en hebreo se han confundido Heli y Joaquín; por lo cual, rechazando el método anteriormente expuesto, abraza el parecer de Sexto Julio africano, obispo de Nicópolis

ó de la ilustre Emaús, que asegura haberlo así aprendido por tradición, fresca todavía en su tiempo, de la familia de Jesús. Este ilustre Prelado, en carta escrita al sabio Aristides sobre la concordancia de ambas genealogías, carta felizmente descubierta en nuestros días por el Emmo. Cardenal Angel Mañ, dice textualmente: «Jacob y Helí tuvieron madre común, pero diferente padre. Murió sin hijos Helí, y de su viuda tuvo Jacob á José, el cual por su nacimiento era hijo de Jacob, pero según la ley de Moisés lo era de Helí; por donde José podía y debía llamarse hijo de los dos.»

En efecto; una ley del Deuteronomio xxv, 5-10; ordenaba: «Si vivieren juntos dos hermanos, y uno de ellos muriere sin hijos, la mujer del difunto no casará con otro sino con su cuñado ó hermano del marido, el cual la tomará por esposa y dará sucesión al difunto, y al primogénito del otro hermano le pondrá por nombre el del que murió, para que no quede borrado su nombre en Israel.»

Así lo explica nuestro Padre Maldonado, citando á su favor gran número de Padres; así lo defiende mi distinguido profesor el Rdo. Padre Fidel Fita, erudito y laboriosísimo académico de la Historia, en la Revista *La Ciudad de Dios*, donde, con gran copia de erudición, entre otras muchas citas aduce una segunda de Sexto Julio, de la que se desprende un dato muy importante. Dice el renombrado Obispo: «Jacob, habiéndose casado con la viuda de su hermano uterino Helí, tuvo de ella tres hijos, el último de los cuales fué José.» ¿Cómo se llamaron los otros dos? San Hegesipo, que escribió medio siglo antes que Julio Africano, llama al segundo Cleofás; y San Epifanio escribe: «José, hermano de Cleofás, fué hijo de Jacob, llamado por sobrenombre *Panther*.»

Ahora bien: el primero, según la ley de Moisés, de-

bía llevar el nombre de su padre legal ó Heli; de donde se sigue que los hermanos de San José fueron Cleofás y Heli. Además, como, según advierte el mismo Padre Fita, consta por San Juan Damasceno que San Joaquín, padre de la Virgen Maria, era *Barpanther* ó hijo de Panter ó sea de Jacob, despréndese claramente que los defensores de esta opinión deben admitir que en este concepto Heli es lo mismo que Joaquín y que San José era tío de su castísima Esposa.

Sale Passini, citado por los Bolandistas, en defensa de esta explicación, y escribe: «En verdad digo que por la atenta meditación de las sagradas Escrituras y de la antigua policía del pueblo judáico, me parece tener por cosa averiguada haber estado en uso entre los Hebreos cierto género de tutela legítima ó adopción conyugal, por la cual, en virtud de cierto deber basado en el común sentir, el tío se creía obligado á recoger en su casa á la sobrina huérfana por la muerte del padre, y desposarla consigo ó con su hijo, para celebrar las correspondientes bodas á su debido tiempo.» De esta costumbre, confirmada con algunos ejemplos desde Abrahán y su hermano Nacor, que por muerte de Arán adoptaron á Jesca, ó por otro nombre Sara, y Melca, sacan los autores de esta opinión que la Virgen Santísima, muertos sus padres, fué recogida por su tío José, con el cual se casó, en cumplimiento de aquella otra ley: *Cunctæ feminæ de eadem tribu maritos accipiant, ut hæreditas permaneat in familia*, Num. xxxvi, 8. Y esta es la explicación más obvia y natural, y recibida tanto en una como en otra opinión, para comprender este matrimonio castísimo, sin necesidad de fingir milagros que designasen al esposo afortunado.

## II

EDAD DE SAN JOSÉ Y DE MARÍA AL CONTRAER  
MATRIMONIO

Acerca de la edad en que se desposaron la Santísima Virgen y San José, también discuerdan las opiniones, y señaladamente sobre la del glorioso Patriarca. En cuanto á la Reina inmaculada dice Nicéforo Calixto que á los catorce años fué entregada por Esposa á San José; y entrada en los quince recibió la embajada del arcángel; el Abulense pretende que ya tenía los diez y seis cumplidos, cuando se dirigió á Belén para empadronarse. Alberto Magno discrepa notablemente de los dos; y arrimándose á cálculos humanos, sostiene que hasta los diez y ocho la mujer no es idónea para ser buena madre; por lo cual juzga con Cayetano que, debiendo suponer en la Virgen toda congruencia, así en la naturaleza como en la gracia, para ser digna Madre de Dios, estaría ya de lleno en los veinticinco años cuando se ligó con lazo conyugal. Con todo, á pesar de todas estas terrenas conveniencias, la opinión común, fundada en la tradición y en la costumbre de los judíos, que no solían deferir tanto tiempo las bodas de sus hijas, está en que María Santísima se casó de los catorce á los diez y seis años de edad.

De tales antecedentes y presupuestos ¿no procede como cosa natural y razonable que su esposo, escogido por el mismo Dios, que en todo lo demás quiso guardar los usos y prácticas de la nación judaica, tuviese una edad proporcionada á su Consorte? No obstante, algunos, y entre ellos San Epifanio, fundados en libros apócrifos, y como llenos de fábulas, reprobados por el buen sentido, escribieron que tenía ya

ochenta años; defendiéndolo así, ó para servir con esto á la veneración y reverencia de la pureza virginal, ó porque, como dice el Sabio, *la edad anciana es representación de immaculada vida*. Pero ¿quién no advierte que la notable desigualdad de los años suele ser tan gran inconveniente, que destruye la conformidad y amor que debe reinar entre los consortes? Y aunque la gracia pudiera sobradamente conservar este mútuo cariño, mas, como Dios disponga suavemente las cosas por los medios naturales, no se debe buscar por milagro lo que por camino trillado se puede alcanzar.

Dado, pues, que comunmente se guarda entre marido y mujer esta proporción en los años en todos los matrimonios, que se tienen por acertados y felices, y que por eso quiso Dios conservarla en el principio del mundo en aquel primer maridaje de personas tan iguales, como fueron Adán y Eva, ¿en qué mente cabe que dejara Dios de buscar semejante igualdad en desposorios, con tan divina providencia, y con tan profundo acuerdo concertados? Por esto nos place la opinión del fervoroso Fr. Bernardino de Bustos, el cual en un sermón sobre este sagrado enlace defiende resueltamente esta paridad en los años. «Por cosa verosímil, dice, y conveniente se ha de tener, dejado cualquiera parecer contrario, que San José, cuando se desposó con María, era mancebo y de gallarda y hermosa figura, para que fuese igual ó semejante á su Esposa, moza y hermosísima. Y así como ninguna mujer hubo tan bella como la sagrada Virgen, así ningún varón, después de Cristo nuestro Señor, fué tan bien parecido como San José; y lo mismo debe decirse de su nobleza, santidad, sabiduría y demás condiciones, virtudes y gracias, que conducen á la semejanza de Jesús, María y José, puesto que, según consejo y parecer prudente, el acertado concorde ma-

rimonio ha de contraerse entre personas iguales, ó parecidas en las cualidades y perfecciones: y aun allá dijo el Poeta latino:

*Quam male inæquales veniunt ad aratra iuveni,  
Tam premittur magno conjugæ nupta minor.*

Como dos bueyes desiguales unidos al arado se atormentan, así dos contrayentes, uno anciano y otro mozo, bajo el yugo del matrimonio. Por todo lo cual hemos de concluir que si joven era la Virgen al desposarse, no tendría nuestro Santo mucha más edad que su Esposa.

Fuera de estas razones de sentido común, podemos aducir otras, que persuaden lo mismo, fundados en los fines que se propuso el Todopoderoso en estos santos Desposorios. Y en primer lugar, habiéndose celebrado para que con la sombra de San José, creído Padre de Jesús, se conservara la fama y buen crédito de Maria, más idónea y á propósito que la vejez era para ello la juventud; la cual, sin duda, se tiene por mejor dispuesta para la crianza de hijos. Además, para sufrir las fatigas de tantos caminos y peregrinaciones tan largas, cuales fueron las que emprendió San José en compañía de la Virgen y de su Hijo, y para ganarles cómodamente el sustento con el trabajo de sus manos, como lo hizo por tantos años, menester eran fuerzas de robusta edad; pues la flaqueza y decrepitud de la vejez más hubiera servido de pesadumbre y embarazo que de alivio y socorro. Por lo cual dice muy acertadamente Viguerio: «No se excusara la Virgen de nota de infamia, si su Esposo fuera viejo, ni le fuera de consuelo y ayuda en sus trabajos, sino más bien de incomodidad y desagrado.»

Allégase á todo esto el sentido natural y óbvio de la

letra evangélica, que favorece también á nuestro intento, pues llama al Santo Patriarca Varón y no anciano; lo cual se aviene mejor con la robustez de la juventud, que no con la extenuación y debilidad de un hombre metido en años. Por último, según interpretación de Gersón, Lirano y otros, debe por lo menos en sentido acomodaticio entenderse de la Reina de los cielos y de su augusto Esposo aquella profecía de Isaías: *Habitabit enim juvenis cum virgine*. Isa. LXII, 5, que la Glosa interlineal traduce: «Vivirá José con María, ó morarán juntos un joven y una doncella.»

Oponen algunos á este parecer tan razonable y común en nuestros días algunos reparos de poca monta, como son ciertas pinturas antiguas, que figuran á San José anciano: á los cuales se responde que, á más de que los poetas y pintores no pocas veces se acomodan mejor á su inventiva que á la realidad, y fuera de que pudieran haberlo delineado viejo para representar su gravedad y madurez, muy propias de las canas, con todo, se pudieran mostrar lienzos igualmente antiguos que nos lo dibujan mozo. El P. Vallejo en su vida de San José cita dos miniaturas del siglo XIII y una del siglo IV, que lo retratan joven, y en el relieve del siglo IV, últimamente descubierto entre las ruinas de Cartago, tampoco está esculpido en edad avanzada.

Si nos preguntan pues ¿qué edad tendría San José al dar su mano de esposo á la Virgen María? Responderemos que no puede fijarse con entera certidumbre, mayormente si se atiende á la ley de los judíos, que obligaba á las doncellas, herederas de los bienes paternos, á casarse con parientes próximos; pero juzgamos que, aun admitiendo que el Santo Patriarca era tío de María, no pasaba de los treinta años al contraer matrimonio.



## III

## CEREMONIAS DEL MATRIMONIO DE MARÍA Y JOSÉ

Respecto de las ceremonias con que se celebraron aquellos divinos Desposorios, diremos con los más célebres escritores de estas materias, que se hicieron con una sencillez digna de los antiguos tiempos de Israel. Antes de concertar el contrato esponsalicio las doncellas judías ordinariamente no aparecían en público, por lo cual solían llamarse *Almah*, virgen encerrada ó escondida. Venían luego los esponsales, para los cuales el pretendiente, delante del tutor de la novia y de algunos testigos, le presentaba una moneda de plata, con un anillo de oro, y le decía: *Si consientes en ser mi esposa, recibe esta prenda, como prueba de mi amor*. Una corta bendición en alabanza del Señor, pronunciada por el padre ó tutor de la doncella, terminaba el acto; y los nombres de los contratantes quedaban inscritos, y señalado el día de la boda, que solía ser uno ó dos meses más tarde; después de los cuales era la esposa solemnemente conducida á casa del esposo. Entre tanto los novios podían verse y tratarse con el debido recato y modestia.

He aquí ahora cómo se solemnizaba entre los Hebreos la segunda ceremonia: siendo de notar que en ambos días, esto es, el de los esponsales y el de la boda eran para ellos días de fiesta. Llegado, pues, para San José y María Santísima el día convenido, dispusieronse al solemne compromiso. Era, según costumbre de aquel pueblo, el miércoles, y según cálculos probables el 23 de Enero del año 754 de Roma y 4000 del mundo, cuando los novios se reunieron en un salón, adornado con todo el esplendor que consentían los

haberles de los desposandos; y allí conforme al uso recibido, se colocaron debajo de un dosel, con la cabeza cubierta de un velo, que llamaban *Taled*. Las ceremonias que luego seguían eran estas: el presidente de la sinagoga, ó el más próximo pariente del esposo llenaba una copa de vino, y se la daba á beber al novio diciendo: *Bendito sea el Señor, que crió al hombre y á la mujer y ordenó el matrimonio.*

En esto el pretendiente libaba, y ponía el anillo en el dedo de su esposa, con estas palabras: *He aquí que eres ya mi esposa, según el rito de Moisés y de Israel.* A lo que contestaba la doncella, dándole la mano: *Yo te acepto por marido en nombre de Dios.* Y los presentes, mayormente los de mayor edad, decían en alta voz: *Nos testes sumus.*—Nosotros somos testigos.

Bueno es recordar aquí lo que en el libro de Tobías se dice del matrimonio de su hijo. Tomando Raguel la derecha de su hija la puso en la diestra del joven, diciendo: *Que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob sea con vosotros. Él os junte y derrame sobre los dos sus bendiciones.* Es de notar que todo esto se hacía fuera del templo, sin que para ello se ofreciera sacrificio, ni mediara sacerdote ninguno.

En tanto, en medio de músicas y cantares, volvíase á traer vino en un vaso; y después de haber dado á beber á los dos cónyuges, diciendo varias oraciones y haciendo á Dios gracias, se derramaba lo restante por el suelo, en señal de alegría. Mas, para recordar que este mundo es valle de quebranto, que la felicidad es muy quebradiza, y que tras los contentos y fiestas suelen seguir pesares y amarguras, el esposo, tomando de nuevo la copa, y arrojándola por tierra, hacía de ella trizas. Los convidados y asistentes felicitaban enseguida á los recién casados, deseándoles toda suerte de bienes, y se dirigían inmediatamente á la sala del

convite, donde recostados á la mesa, se les servía suntuosa comida, durante la cual se cantaban, con acompañamiento de instrumentos músicos, alabanzas al Señor.

Estas fiestas duraban por espacio de siete días, y se celebraban en casa de la desposada, ó de algún amigo. El último día de estos regocijos nupciales, á boca de noche, ataviada la novia con vestidos regalados por el novio, dejaba la casa paterna, al son de flautas y panderos y á la luz de lámparas y antorchas; diez doncellas, con sus luces encendidas, formaban su acompañamiento, precedidas por el paraninfo, ó padrino de la boda. El esposo, lleno de aceites olorosos y ceñido con corona de flores, salíale al encuentro, cortejado por diez mancebos, á cuya cabeza iba el amigo del pretendiente. Su vista y llegada, esperada por las vírgenes, era aplaudida con aquella exclamación jubilosa, señalada en el Evangelio: *Ecce Sponsus venit! Exite obviam ei!*— ¡Ya llega el esposo! ¡Salid! ¡Corramos á su encuentro!

En esto se juntaban los dos cortejos, y el padrino presentaba la esposa al marido; con lo cual quedaban terminadas las fiestas y ceremonias. Créese comunemente que el santo connubio de María y de José tuvo lugar en Nazareth; aunque no faltan quienes atribuyen esta gloria á Belén, y aun quien, con menos probabilidad, opine que se celebraron en el templo de Jerusalén.

El anillo nupcial de San José, descubierto en el siglo x, durante el pontificado de Gregorio V, se conservó en Chiusi de Toscana por espacio de ciento cincuenta y cuatro años; y de allí pasó á Perugia, donde se guarda con gran veneración en la magnífica catedral de San Lorenzo, de la cual por el periodo de algunos años fué obispo cardenal el celosísimo Pontífice

León XIII, que en medio de tantas amarguras felizmente gobierna la Iglesia. Una y otra ciudad se disputaron esta preciosísima joya con las armas en la mano, y no se apaciguaron sino con la mediación de Sixto IV y de Inocencio VIII. Los Bolandistas refieren algunos milagros, obrados por medio de esta prenda veneranda, comprobados por la sana crítica. Un escritor dice que está adornado de una amatista, pero, según Ballingham, en la composición de dicho anillo no entra metal ninguno, que le sirva de engaste, y está labrado del ónice, que es una clase de piedra ágata.

Baronio asegura también que en Roma se expone á la pública veneración otro anillo, que se cree haber igualmente pertenecido á la Virgen. Bien pudiera ser que, conforme á la costumbre de los judíos, hubiese tenido María Santísima varios anillos, ó que el uno fuera de los esponsales y el otro de las bodas. Y aquí ponemos fin á este capítulo, deseando que todo sirva para gloria de la Virgen y de su justísimo Esposo. Amen.

## EJEMPLO

*Un manto y collar de Santa Teresa de Jesús*

Es cosa de todos sabida la tierna y filial devoción que Santa Teresa de Jesús tenía por el glorioso Patriarca San José, y el piadoso celo con que procuraba prenderla en los corazones de cuantos conocía. Habíala aprendido de sus cristianos padres; y desde su infancia empezó á probar cuán generoso es el Santo para con sus verdaderos devotos. En su vida escrita por ella misma, capítulo sexto, refiere que después de tres años de enfermedades continuas y violentas, que

no le habían dejado ni reposo ni esperanza de remedio, acudió á San José; quien milagrosamente le restituyó la salud perdida.

Mas, pasando por alto éste y mil otros favores recibidos del Santo Esposo de María por esta su insigne panegirista, parémonos en uno de ellos, más digno de memoria eterna. Era la fiesta de la Asunción de nuestra Señora, cuando estando la Santa en profunda oración en la Iglesia de los Padres Dominicos, perdió el mundo de vista, y quedó dulcemente arrobada. En este plácido arrobamiento le pareció que la vestían con un manto de admirable blancura. Al principio no conocía ni notaba quiénes le dispensaban este singular favor; pero á poco rato, con gran contentamiento de su alma, distinguió á su derecha á la Virgen María y á su izquierda al Santo Patriarca José, que la cubrían con aquel rico vestido, indicándole que la blancura de aquel manto era símbolo de la limpieza de todo pecado, que adornaba ya su alma candorosa, purificada completamente de todas sus culpas.

Estando así ricamente ataviada, y con el corazón lleno de inefable alegría, vió y sintió que la Virgen inmaculada, con cariño maternal, la asia tiernamente de las dos manos, dándole las gracias por el empeño con que promovía en todas partes las glorias de San José, su castísimo Esposo, y manifestándole cuánto se complacía en que fuera tan sumamente devota y aficionada al Santo Patriarca. Dijole también que pidiese cuanto juzgara útil al bien del monasterio donde entonces vivía, que le sería puntualmente concedido; y en prenda de su promesa le entregó una piedra brillante y riquísima.

No terminaron aquí los obsequios de la bondadosa Reina, sino que al entregarle la piedra, colgaronle los Santos Esposos un rico collar en sus hombros, del

cual pendía una preciosa y bellísima cruz. Recibiólo la Santa con agradecimiento; advirtiendo luego que José y María se volvían al cielo, escoltados por ejércitos de espíritus angélicos; y quedando ella inundada de alegría, y, según después confesaba, con ardentísimos deseos de acabarse y consumirse de todo en todo en servicio de Dios.

Tal era la devoción nunca desmentida de Santa Teresa para con el glorioso San José, y tales las prendas de amor, con que le correspondían los dos angelicales Esposos.





## CAPÍTULO VII

### DUDAS Y ANGUSTIAS DE SAN JOSÉ AL VER QUE SU ESPOSA HABÍA CONCEBIDO

*Joseph fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam.*  
Matt. II, 20.

**C**ONTRAÍDOS los desposorios misteriosos entre la Virgen Santísima y el glorioso Patriarca, pusieron los Santos Consortes su vivienda en la pequeña ciudad de Nazareth, situada en la pendiente de una colina, á unas cuantas millas del monte Tabor. A pesar de su gran celebridad, el número de sus habitantes no pasa en nuestros días de cuatro mil, de los cuales solo mil dcientos son católicos latinos; é igual número de moradores contaba en tiempo de la Reina de los ángeles, según cálculos razonables.

Su clima, vivamente frío en invierno, es por lo común saludable y placentero; al contrario sus casas, como en casi todos los pueblos judíos, estaban construidas sin orden, comodidad, ni belleza; y tanto en lo exterior como en lo interior ofrecían un aspecto pobre y humilde. Contrastaban agradablemente con este montón informe de edificios los alrededores, llenos de vida y de hermosura. San Antonio mártir, que vivió en el siglo VI, nos dejó una descripción encantadora

de la fertilidad y lozania de aquella comarca, que por su embeleso, apacibilidad y deleite compara con los vergeles del paraíso; á pesar de que á la sazón estaba ya rota la fuente, que comunicaba verdor y regocijo á aquellos campos y jardines, y sus caños no daban sino agua turbia; pero las gracias y primores de sus hijas recordaban al Santo Mártir los angelicales y castos atractivos de la criatura más hermosa salida de las manos del Criador.

Esta pequeña ciudad encerraba la modesta casa, cuna y patrimonio de María, según unos, y herencia de San José, según otros, entre ellos San Juan Crisóstomo y Santo Tomás. Componiase esta vivienda de dos partes; formaba la una la *Santa Casa*, que, según tradición, fué por virtud angélica trasladada á Loreto; y constituía la segunda una cueva abierta en la roca, á la que se bajaba por una escalera de diez y siete peldaños. En esta pobre morada tenía el Señor sus complacencias, por contemplarla adornada de las flores de todas las virtudes. Si, pues, Nazareth se deriva de *Netszer*, que significa tallo, bien se puede llamar esta santa casa la flor de Nazareth, puesto que en ella brotó el tallo, que había de producir el fruto de salud eterna.

Según sentir de algunos escritores, en la cueva fué donde Gabriel se apareció á María y el Verbo divino se cubrió de nuestra carne; y en la cueva y en la santa casa, convertidas hoy día en capillas, donde estando San José de vuelta de casa de Zacarías su primo, á la que había ido en compañía de su esposa, al reflexionar que ésta había concebido por virtud del Espíritu Santo, sintióse acosado de aquellas angustiosas dudas, que le sumían en un mar de tristeza. ¿Cuál fué el motivo de esta grande amargura? A nuestro entender, conforme á la doctrina de gravísimos doctores, no fué otro sino su profundísima humildad, que le hizo



tenerse por indigno de ejercer derechos de esposo sobre tan excelsa Señora y de hacer oficios de padre para con el Hijo divino que había de dar á luz; y esto vamos á examinar en este capítulo, fundados en la exégesis, ó interpretación de las palabras evangélicas, y en la autoridad de los santos Padres.

## I

EL EVANGELIO NOS INDUCE Á FUNDAR LAS DUDAS DE  
SAN JOSÉ EN SU PROFUNDA HUMILDAD

El relato evangélico de esta historia, según San Mateo, es como sigue:

«El nacimiento ó generación de Jesús fué de esta manera; estando desposada su madre Maria con José, antes que se juntasen, se halló que había ella concebido por obra del Espíritu Santo.—*Inventa est in utero habens de Spiritu Sancto.* Pero José su esposo, siendo como era justo, y no queriendo denunciarla, pensó en dejarla secretamente. Mas he aquí que andando él en tales pensamientos, el ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas recibir á Maria tu esposa, porque lo que ha concebido en su seno es fruto del Espíritu Santo. Así que dará á luz un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús, pues él mismo salvará á su pueblo de sus pecados de ellos.» Hasta aquí el sagrado Evangelio. Matth. 1, 18-21.

Como notará cualquiera, en las palabras evangélicas se indica que San José advirtió no solamente que Maria había concebido, sino también que había concebido por obra del Espíritu Santo—*habens de Spiritu Sancto*; porque lo primero quien quiera lo podía descubrir, mas lo segundo nadie lo podía barruntar mejor que el glorioso Patriarca, pues, como dicen

Orígenes hom. 39, y San Jerónimo in cap. I Matth.: *Non ab alio inventa est, nisi a Joseph; qui, pene licentia maritali, futura uxoris omnia noverat.* ¿Quién, fuera de San José, viendo á María en cinta, podía imaginar siquiera, sin especial revelación de Dios, como la que tuvo Santa Isabel su prima, que hubiera concebido por obra del Espíritu Santo? Pero San José perfectamente sabía no solo el voto de virginidad, que así él como su Esposa habían perpetuamente prometido al Altísimo, mas también el celo, recato y diligencia, con que lo habían ambos guardado, viviendo como ángeles en carne mortal.

Los que, como nuestro Padre Barradas, indican haber reparado San José que la Virgen se hallaba en cinta, ignorando ó no sospechando la causa, separan los dos conceptos que une la sagrada Escritura, como si se leyera: *se halló que María habia concebido; pero el fruto era obra del Espíritu Santo.* Mas ¿por qué es menester separarlos? Que, ¿por ventura, el glorioso Patriarca no podía conocer, sin especial revelación, el gran misterio obrado en las entrañas purísimas de María?

Sabida cosa es, y confesada por todos, como se desprende de la conversación de Jesucristo con la Samaritana, que en aquellos tiempos se consideraba como próxima la venida del Mesías, hasta por los menos instruidos del pueblo de Israel. ¿Cómo la ignoraría, pues, nuestro Santo, uno de los varones más instruidos en las sagradas Letras sobre los principales misterios de nuestra Redención? ¿Cómo la ignoraría San José, adornado, según publica San Francisco de Sales, de mayor sabiduría que Salomón, sobre todo en la ciencia de los santos, constando por las profecías que aquel tan suspirado acontecimiento se había de verificar en su propia familia?

Y en verdad, cualquiera medianamente versado en la meditación de las promesas hechas por el Omnipotente al pueblo de Israel, debía saber que se habían concluido ya las semanas de Daniel, que había desaparecido el cetro de Judá de manos de sus legítimos herederos, y por tanto, que había llegado ya la plenitud de los tiempos señalados para el nacimiento del Deseado de las naciones. Y ¿es posible que con estos conocimientos y preparativos José, heredero del trono de David, no estuviera esperando las bendiciones del Dios de las misericordias sobre su pueblo y sobre su casa?

Acertadamente á este propósito dice San Remigio, citado por el Doctor angélico en su cadena aurea c. 1. Matth. «Veía, pues, San José á su Esposa en cinta, y le constaba que era castísima; y porque había leído: Nacerá una flor de la raíz de Jesé, de la cual sabía que María había brotado; y porque había leído también: *Ecce Virgo concipiet—he aquí que una Virgen será madre*, por esto no desconfiaba que esta profecía se había de cumplir en su virginal consorte.» Más expresamente lo confiesa San Juan Crisóstomo en su homilia IV in Matth., donde dice: «Cosa manifiesta es que si San José conoció el preñado de su Esposa, supiera también de cierto que era obra del Espíritu Santo, pues de lo contrario ni la tuviera dentro de su casa, ni la sustentara en ella.» ¿Puede defenderse con mayor claridad nuestro sentir en materia de tanta gloria para el Santo Patriarca?

Y no sin razón; porque ¿cómo podemos pensar que San José dudase ni por un momento de la fidelidad de María, según suponen algunos contrarios? Todo cuanto en ella había visto, todo cuanto de ella había oído, todo cuanto en ella había observado, todo respiraba la más consumada santidad, la modestia más recatada,

la pureza más angelical. ¿Qué fundamento tenía, pues, para dejar penetrar en su corazón la más leve sospecha? Y el Omnipotente, que, como enseñan todos los Padres, dispuso que su Madre se desposara con San José, para que nadie ni remotamente pudiera desconfiar de su íntegra y casta vida ¿había de permitir que el primero y el único que recelase fuera el escogido para Custodio de la angelical virtud en la Reina de las vírgenes?

Dicen otros que jamás sospechó el Santo Patriarca ni la más ligera culpa, ni la menor infidelidad en Esposa tan santa; pero que temía no hubiera sido víctima de algún atentado. Mas si hubiese ocurrido semejante imaginación á la mente de San José, ¿por ventura hubiera podido Varón tan justo y prudente darle entrada, sin nota de temeridad? Porque, además de constarle por experiencia la singularísima providencia con que el Señor protegía á la Santísima Virgen, además de conocer que la modestia de María era tan celestial y divina, que había de apagar el fuego de la pasión más desapoderada, no podía hallar motivo ninguno razonable, en que fundar juicio tan siniestro. Para cohonestarlo debiera de haber examinado ¿dónde? ¿cuándo? ¿por quién se pudo perpetrar tan horrendo crimen? ¿En el templo, donde había morado con otras doncellas? No: pues allí admiraba á todas por su recato y porte angelical; ni era creible que tal cosa allí sucediera, ya por la santidad del lugar, ya por el encerramiento en que vivía. ¿Sucedería en la casa, donde contrajo esponsales con el Santo Patriarca? Imposible; porque, fiel guardadora la Virgen de las buenas costumbres de su pueblo, huía la vista y trato de todo varón. ¿Sería en la casa de Zacarías y de Isabel, donde se obraron tan extraordinarios portentos? Mucho menos; pues ni la celestial alegría, ni la santidad de sus

moradores le consentían á José imaginar tal cosa; sobre todo, si tomamos en cuenta que allí había tenido María por compañero á su castísimo Esposo.

Y he aquí otro argumento, que nos confirma en la opinión de que San José creyó antes de la visita del ángel que María había concebido por virtud del Espíritu Santo. Porque, habiendo ido con su castísima Esposa á casa de su prima Santa Isabel, aunque no presenciara, como se puede suponer, aunque también podría suponerse lo contrario, y quedaría la cuestión concluida, aunque no presenciase, decíamos, el encuentro y entusiastas saluciones de entrambas primas, ¿cómo es posible que en aquella feliz vivienda, teatro de tantas maravillas, no se trasluciera ni un pálido reflejo de los prodigios de gracia allí obrados á la sola presencia de María y del fruto bendito que llevaba en su seno, con que se pudiera conjeturar la dignidad altísima de Madre de Dios, que el cielo por su profunda humildad y angelical pureza le había conferido? Por más que Isabel procurase ocultar en el silencio los favores recibidos del Señor por medio de María, ¿podría disimular su reverencia y finas atenciones á la que saludó Madre del Redentor? ¿Cómo no había de admirar San José el porqué de la mudez obrada en Zacarías y su prometida curación? ¿Cómo no había de participar del gozo pronosticado para el nacimiento de San Juan, no por otra cosa, sino porque había de preparar los ánimos para recibir al Mesías? Y si éste había de nacer de Madre Virgen ¿de quién mejor que de María? Motivos tenía, pues, San José más que fundados para comprender que algo de extraordinario y verdaderamente divino pasaba á su queridísima Consorte, que ella ocultaba por su profundísima humildad.

Que San José guiara á Hebrón á su amadísima Es-

posa no lo negará quien, sobre ponderar que así lo exigían tanto la honestidad, decencia y recato de María, como el amor, solicitud y oficio de San José, reflexione que así lo defienden no menos San Bernardino de Sena en el sermón de San José y San Buenaventura en la vida de Cristo, que otros varios escritores, entre los cuales ocupan lugar distinguido nuestros padres, el Beato Pedro Canisio, Salmerón, y el doctísimo Suárez. El suavísimo doctor San Francisco de Sales en sus cartas espirituales, libro VI, carta 46, escribiendo de este viaje de María, exclama: «¡O solicitud, que no se turba en nada, y se apresura sin precipitación! Los ángeles se disponían á convoyar á su Reina, y José á conducir de buen grado á su Esposa. Quisiera yo de muy buena gana saber alguna de aquellas cosas que en sus conversaciones tratarían estas dos almas grandes, que con gusto os contaría yo, y vosotros escucharíais con no menor placer. Pero me figuro que la Virgen no se entretenía sino en aquello de que estaba lleno su corazón; y como ella no respiraba sino por lo que tocaba al Salvador, y de un modo parecido á lo mismo aspiraba San José, seguramente tratarían del Redentor; el cual sin disputa por ilustraciones secretas inflamaba el corazón del Santo en afectos extraordinarios. Y á la manera que el vino encerrado en la candiota, sin darse uno cuenta, huele al aroma de la vid florida, así el corazón de este gran Patriarca percibía, sin saber cómo, la fragancia, la virtud y la fuerza del divino infante, que florido había en el terruño de su viña... ¡O Dios! ¡Qué peregrinación tan bella! ¡El Señor les servía de bordon, de alimento y de bebida!»

De estas bellas expresiones de San Francisco de Sales ¿no se desprende ya que la virtud del Verbo humanado trascendía del claustro virginal de María, y con secretos rayos de luz impelia al angelical Esposo

á formar de su Esposa el razonable concepto de que su preñez era por obra y virtud del Espíritu Santo? Y ¿qué decir, si á esto añadimos todo lo sucedido en casa de Zacarías y que San José no pudo dejar de saber?

## II

PROSIGUE LA MISMA MATERIA Y SE RESPONDE  
A CIERTOS REPAROS

Un fuerte reparo se puede oponer á semejante interpretación. Expongámoslo sin atenuaciones. ¿Cómo se puede hermanar que creyera San José haber María concebido por virtud divina, y que pudiera pensar en denunciarla, para evitar lo cual resolviera dejarla secretamente?

San Bernardino de Sena nos enseña sobre este asunto tres opiniones, todas ellas patrocinadas por gente grave y docta. La primera es de San Agustín, el cual sostiene haber San José sospechado adulterio en la Virgen, y que por esto quería abandonarla. La otra es de Orígenes y otros, que defienden haber San José barruntado que María era la Madre de Dios vaticinada por los profetas, y que por reverencia y humildad quería secretamente retirarse de su compañía; y la tercera, patrocinada por San Bernardino, enseña que dudoso San José y perplejo entre una y otra opinión, pensó cortar el nudo de sus dificultades huyendo de su Esposa.

Agrádanos la segunda sentencia como más conforme á razón, y más gloriosa tanto para María como para el Santo Patriarca. Y para que se comprenda con cuánta naturalidad en nuestro sentir se expone el texto sagrado, débese presuponer que en las palabras *no-let eam traducere* la dicción *traducere*, que vertimos

denunciar, según el texto griego *παράδειγμα* puede tomarse en bueno y en mal sentido, puede significar infamar, denunciar, divulgar ó propalar; y así lo toman el Abulense, y nuestros PP. Salmerón, Morales y otros, como si dijera: no queriendo difamarla, entregándola ó devolviéndola á sus parientes, prefirió marcharse él, dejándola ocultamente. Los contrarios lo vierten diciendo: no queriendo entregarla ó denunciarla á los tribunales, prefirió abandonarla secretamente.

Mas ¿quién no distingue á primera vista que esta última interpretación, además de ser poco favorable para los virginales Esposos, no se aviene con el contexto del Evangelio? ¿Cómo, si no, cómo concuerda la justicia de San José, por la cual es aquí alabado, con la obligación de acusar á su Esposa, de que pretende eximirse huyendo? Porque, según razona San Jerónimo in cap. I, Matth, si estaba mandado en la ley que así los reos como los sabedores ó encubridores del crimen vivían sujetos á culpa, ¿con qué ley, ocultando San José el crimen de su Esposa, se llamaría justo? Luego si el Santo Patriarca hubiera sospechado infidelidad, aunque involuntaria, en la Virgen, no tenía en su arbitrio retenerla ó abandonarla, sino que estaba estrechamente obligado á denunciarla, ya que no á los jueces, por lo menos á los sacerdotes, conforme estaba prescrito y ordenado. Num. v, 12, Deut. xxii, 20. Por donde, constando como consta que San José era celoso guardador de los divinos preceptos aun en este caso, y que no pensó jamás en acusarla, claro es y manifiesto como la luz que estaba perfectamente convencido de la completa inocencia y de la pureza virginal de su Esposa.

Por tanto, al afirmar el sagrado Evangelio que San José no quiso difamarla ó denunciarla, no habla de una difamación ó denuncia judicial presentándola á



los tribunales, ni de una entrega ó difamación arbitral, llevándola á los Sacerdotes por causa de celos ó sospechas, sino de una denuncia ó difamación prudencial, ó de la que provenia por apartarse públicamente de ella, como, tomándolo de Leoncio obispo, enseña nuestro Padre Salmerón. «En efecto, dice, conociendo San José que su Esposa habia concebido por obra del Espíritu Santo, determinó separarse de su compañía, dejándola ocultamente.»

Y en realidad de verdad esto parece indicar la sagrada Escritura, cuando afirma que siendo San José justo como era, resolvió abandonarla en secreto. Dado caso que, si era justo, como la humildad sea parte muy principal de la justicia, juzgaba muy propio del bajo concepto que de sí mismo tenia no cohabitar con Virgen tan santa y de Dios tan enaltecida. Así como Jesús, varón el más humilde entre todos los mortales, al ejercer en su bautismo un acto profundísimo de humildad, dijo al Bautista: *sic nos decet implere omnem justitiam*, entendiendo por justicia su inefable humildad; así las divinas Letras al señalar el motivo, por que San José quería huir de su Esposa, sacan á relucir la justicia ó humildad profunda del Santo.

La misma interpretación parece reclamar la orden del ángel, que luego se añade, el cual no le reprendió diciendo: *noli suspicari*—no sospeches mal de tu Consorte, sino que antes bien le dirige palabras de aliento y le dice: *noli timere accipere Mariam conjugem tuam*.—No tengas temor de recibir á Maria tu Esposa. Y con el fin de que depusiera su temor y cobrara esfuerzo, dejando su excesiva reverencia, lo llama *Hijo de David*.—*Joseph, fili David*. Y ¿por qué le recuerda aquí su noble alcurnia? En verdad es digno de notarse que habiéndose aparecido varias veces el celeste mensajero al Santo Patriarca, solo esta vez lo llame con nom-

bre tan glorioso, Hijo de David. Hasta un tilde merece en las divinas Escrituras toda nuestra consideración. ¿A qué viene, pues, que en otras ocasiones lo llame simplemente José, y lo apellide aquí con nombre símbolo de su pasada grandeza? A nuestro entender encierra esta expresión dos motivos muy poderosos para levantar el ánimo del casto Esposo de María, decaído por su profunda humildad, y alentarlo á no abandonar á María madre de Dios.

Es el primero el que menciona San Juan Crisóstomo en su homilia IV. «Lo llama, dice, hijo de David, porque sabía San José que Jesucristo había de nacer de la estirpe de aquel rey, y nombrando á David, le recordaba la promesa que había hecho Dios al pueblo judío.» Que es como si hubiera dicho: «José, hijo escogido de David, para que se cumplieran en tí mis juramentos; no quieras por tu reverencia desamparar á María, que es la Virgen prometida, y frustrar los planes misericordiosos del Señor.» Brillantemente habla á nuestro propósito San Pedro Crisólogo en su primer sermón sobre la generación de Cristo.

«Advertid, dice, hermanos, cómo en San José se cita la descendencia del tronco davidico: José hijo de David... Nacido en la trigésima octava generación, ¿Cómo se dice hijo de David, sino porque se descubre el arcano del linaje, se cumple la fe de la promesa, y se marca en la carne virginal la superior concepción del parto celestial? Al nombre de David se hizo la promesa de Dios Padre, cuando dijo Ps. CXXXI, 11: *Juró el señor á David esta promesa, que no retractará: Colocaré á tus hijos sobre tu trono.* Y con razón se dice de tus hijos, del fruto de tus entrañas, de tu vientre; porque el celeste huésped, el morador supremo así descendió al claustro virginal, que no quedará encerrado en el cuerpo, y así salió de las entrañas puri-

simas sin que se abriera la puerta inviolada, cumpliéndose aquello del Cantar de los cantares: *Huerto cerrado es mi hermana, mi esposa, huerto cerrado, fuente sellada.*»

«Sin dudá ninguna la promesa sobre la Encarnación del Verbo divino, hecha á David, se cumplió real y verdaderamente por virtud del Espíritu Santo en la Virgen, y con su modo y medida en San José, por razón de su castísimo enlace.»

Fundamento, pues, tenemos para asentar que con llamar el Señor al Santo Patriarca hijo de David, le comunicaba virtud y aliento para no abandonar á María, ya que con el recuerdo de su ilustre progenitor le traía á la memoria que por María, unida con él por lazos indisolubles, se habian de llenar las esperanzas de la regeneración humana.

Otro de los fuertes motivos para levantar de su abatimiento humildísimo á San José y animarle á perseverar con María, aunque bendita entre todas las mujeres, era sin disputa ponerle ante los ojos su noble alcurnia, llamándole hijo de David, y por tanto sucesor y heredero de su reino. Las palabras, pues, del celestial heraldo capaces eran de infundirle resolución y esfuerzo, cual si le hubiera dicho: «No te acobardes, José, ni te juzgues indigno de servir á la excelsa Madre de Dios, pues tu humildad no desagradó al Señor, que se complace en levantar y enaltecer á los humildes. ¿Por qué te envileces en tanto grado? ¿No eres tú por ventura hijo de reyes y de lo más escogido del pueblo de Israel? ¿Acaso no descienes en línea recta de la casa y familia de David? ¿Por qué temes, pues morar, en compañía de la escogida del Eterno para Madre de su Hijo? Así como la escogió á ella por ser humildísima entre las mujeres, así te eligió á ti para custodio y defensa de Hijo y de Madre, por verte humildísimo entre los hijos de David.»

Bien dice el Beato Padre Orozco de la orden de San Agustín: «Qué atormenta tu ánimo, ó José... No hay otro esposo digno de tal Virgen, ni por altísimo consejo fué ella destinada á otro varón, sino á tí. Reconoce en David el autor de tu alcurnia, á la cual se prometió en otro tiempo lo que ahora se comienza á manifestar.» ¿Todas estas alabanzas encerradas en el nombre de Hijo de David, no eran por sí solas bastantes á infundir valor al espíritu amilanado del Esposo de María, para moverle á continuar cohabitando con su virginal Consorte y á ejercitar con ella y con el fruto bendito de su seno los oficios que Dios le imponía?

Replicarán, con todo, los adversarios diciendo que todo este razonamiento cae por su base, con solo advertir á la razón que alega el celeste mensajero para retener á San José en compañía de la Virgen. *No temas, le dice, vivir con María, porque el fruto de sus entrañas es obra del Espíritu Santo.* Luego San José no pensaba que su Esposa hubiera concebido sin menoscabo de su virginidad, cuando fué menester para aquietarle que el ángel le instruyera sobre tan gran misterio.

A esto se responde interpretando en nuestro sentido la letra evangélica, como sin violencia lo permite. Lo que la Vulgata dice: *Quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est,* puede correctamente traducirse: *Porque de verdad, como tu piensas, lo que ha concebido María es fruto del Espíritu Santo.* Como si le hubiese afirmado: «Ciertamente es obra del divino Espíritu lo que ha fructificado en el purísimo seno de María; y por esto mismo no debes temer cohabitar con ella, pues eres tú hijo de David y ella no deja de ser tu Esposa, á quien debes asistir y guardar.» Hemos dicho que admite semejante sentido la letra del Evangelio, porque la partí-

cula *enim* latina, lo mismo que la  $\tau\alpha\theta$  correspondiente del texto griego, sirven muchas veces para confirmar un juicio emitido ó supuesto, y significa *efectivamente, de seguro, en hecho de verdad*. Así lo entendería San Juan Crisóstomo, citado por Santo Tomás en la Cadena de Oro, cuando dijo: «Y al oír José de parte del ángel lo mismo que dentro de sí había pensado, lo tuvo por señal indubitable de que su pensamiento venía de Dios, cuyo es conocer los secretos del corazón.» Lo mismo sostiene nuestro Padre Salmerón, y aduce en su apoyo el códice hebraico, ó mejor sirocaldaico, que vertido á la letra dice: *No temas recibir á tu Esposa porque el fruto de sus entrañas sea obra del Espíritu Santo; antes reconoce en ello, que es necesaria tu cooperación, para que ejerzas con tal Hijo oficio de Padre.*

Y á renglón seguido le certifica que este hijo será el deseado de los collados eternos, el prometido por los profetas, aquel, por cuyo advenimiento San José mismo tanto había clamado. «Dará á luz un hijo, le dice, á quien, con el derecho que Dios te confiere, queriendo que seas su padre legal, pondrás por nombre Jesús, porque es el mismo que ha de salvar al mundo de sus pecados.» Y San José, dócil á la voluntad divina manifestada por el ángel, cumplió con prontitud lo que se le mandaba. *Et fecit sicut præcepit ei angelus.*

Confesemos, pues, para gloria de tal Hijo, de su Virgen Madre y del Santo Patriarca, que creyendo éste que María había concebido al Redentor del mundo, y teniéndose por su extraordinaria humildad por indigno de servir á la Madre de Dios, y de pasar á los ojos de las gentes por padre del Verbo encarnado y de ejercer sobre él derechos de tal, lleno de temor y de profunda reverencia, confuso y perplejo no sabía qué partido tomar, si quedarse con tan gran Señora, aun-

que indigno, ó huir á un rincón del mundo á ocultarse de la vista de los hombres, dejándolo todo en las manos de Dios. Venciendo, por fin, su inefable humildad, resolvió esconderse, huyendo secretamente de compañía tan santa y tan superior á lo que él se prometia de las divinas misericordias; hasta que el ángel le aseguró de sus temores, diciéndole en sustancia que la voluntad del Padre celestial era que lo representara como verdadero Esposo de María y como Padre legal de Jesús. Y este es el parecer de gran número de Padres, doctores de la Iglesia y expositores de la Sagrada Escritura, entre los cuales ocupa en nuestros días, lugar distinguidísimo el Padre Cornely de la Compañía de Jesús.

### III

APÓYASE CON LA AUTORIDAD DE LOS PADRES QUE SAN JOSÉ QUISO POR REVERENCIA DEJAR Á MARÍA

Bellas son las expresiones de algunos Padres, que, aunque de un modo velado, escriben en pro de nuestra sentencia para gloria del virginal Esposo de María. Léase á San Pedro Crisólogo en el sermón ya citado, y hallaremos que dice con no menos verdad que elegancia: «Ardía el ánimo santo herido por la novedad del hecho: hallábase la Esposa grávida, pero virgen; hallábase llena de su prenda, pero no vacía de pudor; hallábase solícita por su fruto, pero segura de su integridad. ¿Qué habia de hacer el Esposo en vista de todo esto? ¿Acusarla de crimen? ¡Pero si él mismo era testigo de su inocencia! ¿Descubrir la culpa de ella? ¡Pero si él mismo era guardián de su recato! ¿Crear en ella adulterio? ¡Pero si él mismo era fiador de su virginidad! ¿Qué hacer, pues, en vista de todo

esto? Piensa en dejarla, porque ni podía publicar, ni encerrar dentro de sí el portento que pasaba. Piensa en dejarla, y descansar confiado en las manos de Dios, porque le parecía asunto no comunicable á persona humana.» ¿Pueden eslabonarse mayores elogios de San José en materia tan divina? ¿Se puede tejer tan brillante corona, sin fundamento para creer que el justísimo Esposo de la Madre de Dios había vislumbrado y creído el gran misterio de la Encarnación obrado en ella?

Oigamos ahora á San Juan Crisóstomo, que en presencia de lo mismo exclama: «¡O cosa verdaderamente admirable! ¡O suceso singular y sin ejemplo! No solo no quiso José condenar á María, pero ni siquiera divulgar el caso. ¿Visteis jamás á Varón filosofando con tal sublimidad, y tan immune de la tiránica pasión de los celos? Lo conocisteis, en efecto, lo conocisteis; y nosotros conocemos también á muchos, que prefirieron morir antes que caer en el tormento de afección semejante, y aun antes que caer en sospecha de tales; pero sobre todos José se hallaba tan libre de pasión parecida, que ni en lo más mínimo quería causar á la Virgen pesadumbre, y aun viviendo bajo la ley filosofaba sobre toda ley.» Y más abajo, atribuyendo esta divina filosofía, no á las fuerzas de la naturaleza, sino á la gracia de Dios, que trascendía del Verbo humanado en el vientre purísimo de María, añade: «Y en hecho de verdad que en habiendo ya llegado la gracia, convenía que brillasen muchos documentos de ciencia más sublime; puesto que como el sol, aun antes de enviarnos directamente sus rayos, con su lejano resplandor ilumina ya gran parte del horizonte; así Jesucristo, estando ya próximo á salir del seno de la Virgen, aun antes que naciera, brilló ya para el mundo universo. Luego por esto hizo también

San José demostración de su gran filosofía, no denunciando á su Esposa, ni menos reprobando el clarísimo fruto de su vientre. Verdaderamente fué José varón justo é hijo de David.»

¿Quién no diría con esto que San Juan Crisóstomo estaba persuadido de que San José, aun antes del aviso del ángel, conoció por celestial filosofía que el Verbo divino, el Sol de justicia se había encarnado en las virginales entrañas de María, para redención del humano linaje?

Concuerda con estos ilustres Padres San Buenaventura, cuando escribe en su *Espejo de vírgenes*, c. XV. «¡O loa inefable de María! ¡Más creía San José á la castidad de su Esposa, que al vientre de ella; más á la gracia que á la naturaleza! Tenía por más probable que una mujer concibiera sin obra de varón, que no que María podía pecar. ¡Tal era el concepto que San José había formado de su virginal cónyuge!»

Pero vengamos ya á los Padres, que claramente confiesan y defienden las glorias de nuestro Santo Patriarca. Y empezando por San Bernardo, Padre y Doctor de la Santa Iglesia, pesemos todas sus palabras, que son dignas de consideración. En su homilía II *super Missus* pregunta el melifluo Maestro: «¿Por qué motivo quiso San José abandonar á María?» Y contesta con estas expresivas palabras: *Accipe et in hoc non meam, sed Patrum sententiam.*—*Acata en esto también, no la mía, sino la sentencia de los Padres.* Por lo mismo quiso dejar San José á María, por lo cual quiso también San Pedro repeler de sí al divino Maestro, diciendo: *¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!* Por aquello mismo, por lo cual el Centurión alejaba igualmente de su casa á Jesús, cuando decía: *Señor yo no soy digno de que entres en mi morada.* Así pues, de un modo parecido San José,



reputándose indigno y pecador, decía dentro de sí que no era para él cosa decente vivir ya más en familiar consorcio con tal y tan excelsa Señora, cuya superior y admirable dignidad le imponía. Observábala con sagrado pavor revestida de una clarísima señal de la divina presencia, y porque no podía comprender el misterio, por esto quería dejarla.»

«Espantóse San Pedro de la grandeza del divino poder, espantóse el Centurión de la majestad de la divina presencia; aterróse San José, como hombre, con la novedad de tan gran milagro y con la profundidad de tal misterio, y por esto quería secretamente dejarla. ¿Te admiras tú de que San José se tenga por indigno de cohabitar con María su esposa ya grávida, cuando sabes que Santa Isabel no pudo sufrir la presencia de la misma, sino con cierto temblor y reverencia, dado caso que ante ella exclamó: *¿Y de dónde á mi que venga á visitarme la Madre de mi Señor?* Pues por esto mismo seguramente quiso San José huir ocultamente de la compañía de su Esposa.» Admiráse en todo este discurso de San Bernardo ya el aplomo con que asegura ser ésta su doctrina, doctrina general de los Padres, ya la belleza con que se repiten los conceptos de San Pedro Crisólogo y de San Juan Crisóstomo.

Antes que el Doctor melifluo defendieron la gloria del Santo Patriarca San Basilio en su homilia sobre la humana generación de Cristo, y San Hilario comentando á San Mateo: «San José, dice este Padre, conoció el misterio de la Encarnación por un rayo de divina luz que brillaba en María, tan presto como hubo ella concebido en sus entrañas al Dios y hombre verdadero.»

Defendieronla Orígenes en su homilia sobre diversos lugares del Evangelio, y San Jerónimo cuando dice: «Abonado testimonio á favor de María es que

conociendo San José la castidad de su Esposa y admirando lo acontecido, encubre con el silencio el misterio de aquella, á quien no conocia.»

Defendióronla San Remigio, citado por el Doctor de Aquino en su Cadena de oro, y el Autor de las obras imperfectas, que prorrumpa en las alabanzas repetidas por San Buenaventura. De los doctores de la Iglesia sale á la defensa de nuestro Santo Patriarca un Santo Tomás, el cual, además de los textos de la cadena aurea ya citados, dice terminantemente: «Por humildad y reverencia quiso huir San José de la familiar cohabitación de mujer tan Santa.» Nuestro P. Salmerón en su libro III, cap. XXX, expone trece razones en confirmación y apoyo de esta doctrina, sustentada por casi todos los panegiristas de San José y muy en especial por el glorioso doctor San Francisco de Sales.

«Su humildad, dice, conforme lo explica San Bernardo, fué la causa de querer San José abandonar á nuestra Señora, cuando notó su preñez. Porque, discurrendo consigo mismo, se dijo: ¿Qué es eso? Yo sé que ella es virgen, porque juntos hicimos voto de virginidad y pureza, al cual segurísimamente no ha querido ella faltar, más por otra parte veo que ha concebido y es madre. ¿Cómo se pueden juntar en una la virginidad y la maternidad? ¿Cómo se concibe que ser virgen no estorbe á ser madre? ¡O Dios! exclamaba para sí mismo. ¡O Dios! Bien puede ser que esta gloriosa Virgen sea aquella, de la cual aseguran los profetas que concebirá y será Madre del Mesías. ¡Si ella es, no quiera Dios que habite yo en su compañía, siendo tan indigno como soy! Mejor será que ocultamente la deje, pues tan marcada es mi indignidad, que no debo de cohabitar ya más con ella.»

«Sentimiento de humildad admirable, de que nos dió San Pedro ejemplo brillante cuando estaba en la

navecilla con nuestro Señor. En viendo la pesca milagrosa, que consiguió con solo echar las redes al paraje indicado por Jesús, admirando la divina omnipotencia manifestada en tal suceso. «¡O Señor! exclamó, absorto y movido por un afecto de humildad, parecido al de San José: ¡Oh! ¡Señor; apartaos de mí, que soy un pobre pecador!» Concluyamos ya con la Iglesia en el himno que canta á gloria de nuestro Santo.

*Almo dum tumidam germine conjugem*

*Admiras, dubio tangeris anxius;*

*Afflatu superi Flamini angelus*

*Conceptum puerum docet.*

«Admirando tú, ó José, á tu Esposa llena de *virginal fruto*, ansioso recelas, y el ángel te dice que ella había concebido por virtud del Espíritu Santo.»

La misma doctrina se lee en las tan alabadas revelaciones de Santa Brígida, lib. VII, cap. 15, según las cuales dijole la Virgen: «Después que di mi consentimiento á la embajada del ángel, José reparando que por virtud divina habia crecido mi seno, quedó grandemente asombrado, sin concebir por esto contra mi siniestra sospecha; antes bien, recordando los dichos de los profetas, que predijeron que el Hijo de Dios habia de nacer de Madre Virgen, reputábase indigno de servirme, hasta que por sueños le mandó el ángel de pusiera su temor y con caridad me sirviera.»

De todo lo cual se infiere claramente ser opinión probabilísima, y la más conforme, si no á la corteza de la letra, por lo menos al contexto y al espíritu del Evangelio, aquella que enseña y defiende que San José, no por temor, ni sospecha de adulterio, sino por temor reverencial, fruto de su profundísima humildad, por entender que María habia concebido al Re-

dentor del mundo, quiso con gran amargura de su corazón separarse de su edificante y para él dulcísima compañía.

## EJEMPLO

*Un lobo convertido en cordero*

Léese en el Mes de Marzo para uso de las parroquias que había en una familia honrada y cristiana un joven de caracter díscolo é intratable, que rebelde á las órdenes y consejos de su padre, lo tenía sumido en grande amargura y á la familia entera en sumo desconsuelo. Era orgulloso y desobediente contra sus mayores, impetuoso y cruel contra sus hermanos, impaciente de todo freno, sin que se viera remedio para su libertinaje, ni modo de volverlo á buen camino. Un día, en que aquel infeliz se había dejado arrebatado de su furiosa ira y depravados instintos, llegó á la familia un buen sacerdote, que había siempre manifestado sumo interés por aquel hijo rebelde, y sintió entonces suma aflicción al oír de los labios de los apesadumbrados padres el mal comportamiento que tenía.

¿Qué hizo aquel celoso ministro del Señor para corregir al delincuente extraviado? Mandó que rogasen con gran confianza á San José, y él rogó con instancia por el joven infeliz, encomendándolo de todo corazón al Santo Patriarca, y poniendo en sus manos el remedio suspirado. Con esto llamó el sacerdote á parte al mancebo y le dijo con paternal dulzura. ¿Y es verdad, hijo mío, que te portas tan malamente con tu padre, que lo tienes desesperado y sumido en un mar de amargura, sin saber qué partido tomar para tu enmienda? Mira que Dios espera, y no para siempre. ¿No comprendes que con tal conducta te haces desgraciado á tí mismo y desgraciados á todos los de tu familia?

¡Ea! Es necesario que te reportes y en adelante seas más humano y cariñoso con los tuyos.

—Señor Cura; ¡no puedo! Este es mi natural y no me puedo vencer!—La pasión te engaña hijo: puedes y debes vencerte y ser otro del todo. ¿Y antes? ¡Bien te conducías como buen hijo!

—¡Pues ahora no puedo!

—¡Oh! ¡oh! ¿No puedo? Dí mejor: no quiero, y dirás verdad. Con que, ¿quieres continuar siendo un bribón, abreviar la vida de tu padre, y traspasar á tu madre con cuchillo de dolor? ¿Así quieres tener tu alma sumida en la muerte del pecado mortal, ofendiendo al Señor con tanto descaro?

El joven enterneci6se con estas palabras y prorrumpió en llanto. Y el sacerdote, prometiéndose victoria, le dijo: «Hijo mío muy querido, suplicote me prometas que harás violencia á tu natural arrebatado, y estoy seguro que volverás á ser bueno, sumiso y cariñoso con todos los que te rodean y tanto te quieren.»

Accedió el joven á su demanda; y el ministro de Dios se salió lleno de satisfacción y con los ojos arrasados en lágrimas. Sus fervientes ruegos á San José habían obtenido feliz resultado, y el lobo se había convertido en manso cordero; como lo demostró en adelante, siendo consuelo de su familia y ejemplar de jóvenes cristianos.





## CAPÍTULO VIII

### INCOMPARABLE DIGNIDAD DE SAN JOSÉ EN LOS DERECHOS Y NOMBRE DE PADRE DE JESÚS

*Putabatur Filius Joseph.*

Luc. III, 23.



si como la Virgen Santísima al dar al ángel el suspirado consentimiento quedó constituida verdadera Madre de Dios, así el glorioso San José al tomar por orden del mismo ángel bajo su guarda y defensa el fruto divino de María fué levantado á la dignidad de Padre de Jesús. Este es á no dudarlo el título más insigne y divino entre los títulos y atributos del Santo Patriarca. Con este nombre preclaro le honraron tres Evangelistas: la misma Reina de los cielos y Madre de Dios le dió este nombre divino. ¡Qué campo de grandezas se presenta á nuestros ojos para gloria de nuestro Santo! Así hablaron la Virgen María y los tres Evangelistas por inspiración de Dios, y Dios no inspira ni vanos títulos, ni nombres vacíos de sentido, sino al contrario, cuando confiere un título, concede juntamente cuanto el título supone, ó de él se deriva.

Al ponderar San Pablo su nombre de Apóstol, dice: *Idoneos nos fecit ministros novi testamenti.* II Cor. III, 6.—*Hízonos Dios idóneos ministros de la nueva alianza.* ¿Y por qué idóneos ó capaces, sino porque á cada

uno comunica Dios la santidad y gracia, proporcionadas al cargo que le confía? ¿Quién podrá, pues, con dignas palabras expresar la gloria de San José, llamado por el Espíritu Santo Padre de Jesús?

Grandes, inefables, divinos debieron ser los dones con que le enriqueció el Todopoderoso, al constituirlo, como dice San Pedro Crisólogo, ser. 145 de gen. Cti. *Ipsé innocentie testis, ipse custos pudoris, ipse virginitalis assertor.* — *Testigo de la inocencia de María, guardián de su pudor, sostenedor de su virginidad;* mas, salva la dignidad de Madre de Dios, el titulo y renombre de Padre de Jesús supera con mucho todo cuanto se puede pensar; y por tanto, es motivo poderosísimo para que pregonemos en alta voz que San José fué adornado por el Eterno con dones y carismas correspondientes á tan encumbrado ministerio.

Vamos, pues, á inquirir para gloria del Santo Patriarca: 1.º que títulos tuvo para llamarse con nombre tan esclarecido, 2.º qué grandeza supone tan divino ministerio, y 3.º qué cúmulo de gracias debióle de grangear su ejercicio.

## I

TÍTULOS QUE COMUNICAN Á SAN JOSÉ LA DIGNIDAD DE  
PADRE DE JESÚS

Para fundamento y justa inteligencia de este preclarísimo nombre débese advertir con San Agustín que aunque esta opinión de Padre távola San José tan solamente con aquellos, que ignoraban la divinidad de Cristo y su concepción milagrosa; pero gozó de tal nombre no solo con aquellos que no le conocían, mas también, según queda indicado, con los Apóstoles y

con la Virgen María, que así públicamente le llamaban: *Pater tuus et ego dolentes querebamus te.*—*Hijo, tu Padre y yo llenos de dolor te estábamos buscando.* Luc. II, 48. Así habló la Virgen Santísima. Luego hemos de confesar que San José recibió este glorioso nombre del mismo Espíritu divino, que habla en el Evangelio; y con mucha razón y verdad, porque San José, aunque no concurrió carnalmente á la generación del Verbo humanado, con todo, adquirió sobre Jesús verdaderos derechos y obligaciones de Padre.

Dice San Agustín ser. 51, n. 26: Así como permaneciendo virgen fué María verdadera esposa de José y Madre de Jesús, así de un modo parecido fué San José Padre.—*Sicut enim caste conjux illa, sic ille caste Pater.* Y lo propio repite sustancialmente en el sermón XXIV de Navidad, donde exclama: «O José, sea María madre de Cristo guardando intacta la virginidad; pero seas tu también Padre de Cristo por el cuidado de la castidad y la honra de la virginidad.» Y más abajo añade: «Gratúlate por tanto, José, y en extremo congratúlate por la virginidad de María, porque tu solo mereciste gozar del efecto virginal del matrimonio, puesto que por el mérito de la virginidad, de tal suerte viviste separado del ayuntamiento de tu Esposa, que no te impidiera llamarte Padre del Salvador.»

Así se expresaba aquel gran Doctor de la Iglesia; lo que seguramente no hiciera en la persuasión de que el nombre de Padre fuera para San José de puro honor, hueco ó vacío de sentido. Distinguía perfectamente al doctísimo Prelado de Hipona doble maternidad en María, lo que le hacía decir que fué ella más feliz al concebir á Jesús en su espíritu que al comunicarle nuestra carne mortal en su seno. Así el bienaventurado Patriarca por su profunda humildad mereció ser espiritualmente Padre de Jesús, y por su an-



gelical virginidad disfrutar sobre Jesús derechos reales de Padre.

¿Y á quién debió María ser virgen y madre sino al consentimiento de San José? Porque como el ser madre de Dios dependía de su virginidad, y la virginidad de María en el matrimonio del consentimiento de San José, luego del consentimiento de San José dependió la generación temporal del Verbo en las entrañas de María. Por esto afirma San Agustín: *Eo modo Pater Christi dicitur Joseph quo et vir Mariæ. — Por la misma razón se llama José Padre de Cristo, por la cual se dice también Esposo de María.* Luego habiendo sido real y verdadero Consorte de la Virgen, no se puede negar que gozó sobre Jesús de los derechos de verdadero Padre; y estos derechos, como añade el mismo Doctor, brotaron sin ayuntamiento de carne, por el concierto conyugal, con lazo mucho más estrecho que si por otra vía hubiera Jesús sido adoptado. — *Sine carnis commixtione, ipsa copulatione conjugii; multo videlicet conjunctius quam si esset aliunde adoptatus.* ¿Se puede aseverar con mayor lucidez que San José tuvo nombre y derechos de Padre para con Jesús?

Extractemos lo que este santo Doctor bellísimamente predica sobre la inefable paternidad de San José en el sermón LI de Concord. Atended y ponderad sus palabras. «Aunque diga la Escritura que Jesús fué concebido por obra del Espíritu Santo, no por esto niega á San José la paterna autoridad, por cuanto se le manda imponer al Niño el nombre de Jesús. Además la misma Virgen, que no ignoraba haber concebido á Cristo sin concúbito carnal de José, con todo lo llama su Padre: que no es el placer lo que hace la esposa, sino el amor conyugal.»

«Si aquellos antiguos y santos Patriarcas hubieran podido tener hijos sin comercio carnal, ¿no habrían

recibido tal beneficio con gozo y agradecimiento inefables? ¿No los habrían abrazado con grande y paternal alegría? ¿Diremos, pues, que San José no fué Padre de Jesús, porque lo tuvo sin concupiscencia de la carne? No quiera Dios que piense la castidad cristiana lo que no sintió la judaica. Tan presto como nació el Rey de las naciones, brilló la dignidad virginal, empezando por la Madre de Dios, que mereció tener un hijo sin padecer corrupción. Por tanto, así como aquel matrimonio fué matrimonio verdadero sin corrupción alguna; así ¿porqué no había de recibir castamente el marido el fruto que castamente le dió la Esposa? Luego así como ella fué castisimamente Esposa, así él fué castisimamente marido; y así como ella fué Madre virginal, así él fué Padre virginal. Quien diga, pues, que no debe llamarse Padre, porque no engendró carnalmente al Hijo, este tal busca más el placer en la crianza de los hijos que no el afecto de la caridad. Por tanto, San José no solo debió de ser tenido por Padre, *sed maxime debuit* sino que debió de ser tenido por tal con mucha mayor razón.»

«No debemos, pues, extrañar, que se forme la genealogía de Cristo por San José, y no por María; porque así como ella fué Madre sin concupiscencia carnal, así él sin carnal ayuntamiento fué Padre. Lejos, pues, de nosotros separarlo de los derechos y obligaciones de Padre, porque no hubo concúbite de carne, antes su mayor pureza le da mayor derecho á la paternidad—*máior puritas confirmat paternitatem*. Y no nos reprenda la misma Santa María, puesto que ella no se quiso anteponer á su Marido, sino que respetándole dijo: *Tu Padre y yo*. No hagan, pues, perversos detractores lo que no hizo su castísima Consorte: incluyamos á San José, porque así como fué castamente marido, así también fué castamente padre.»

«Y en caso de excluirlo de la genealogía de Jesús, ¿no podría con justicia preguntarnos: porqué me separais? ¿Por ventura le diríamos porque no concurriste por obra de tu carne á la generación de Jesús? Pero nos respondería ¿acaso lo parió ella por obra de su carne? Lo que en ella obró el Espíritu Santo, para ambos á dos lo obró.»

«Siendo José, dijo, hombre justo. Justo, pues, fué el Varón y justa la Esposa, y el Espíritu Santo, descansando en la justicia de entrambos, á los dos dió un Hijo; pero quiso que al Marido le naciera el fruto de bendición por aquel sexo que lo había de producir. Por esto á uno y á otra encarga el ángel la imposición del nombre, para que brille en ello la autoridad paterna de los dos.»

«Y se dice allí: *Et peperit ei Filium—y para él dió á luz al Hijo*: en donde con verdad se tiene por Padre, no por la carne, sino por el amor. Luego rectamente obraron los Evangelistas en cimentar en San José la genealogía de Jesús. ¿Y porqué? Porque fué en realidad su Padre. ¿Y porqué Padre? *Quia tanto firminus Pater, quanto castius Pater.—Porque fué Padre con derecho tanto más firme, cuanto más castamente mereció el nombre de Padre*. No nació Jesús en verdad de la sangre de San José, aunque así se creyera, pero con todo, le nació para su piedad y amor un Hijo de la Virgen María, el mismo que era Hijo de Dios.» Hasta aquí el santo Doctor. ¿Pueden vindicarse con mayor brillo los derechos de Padre que San José gozó en Jesús?

Y en hecho de verdad Jesucristo, fruto bendito de María, no fué como quiera hijo de María, sino de María verdadera Esposa del Santo Patriarca. Bien pudiera el Omnipotente haber querido que Cristo naciese de la Virgen enteramente libre del lazo conyugal, y en-

tonces ninguna criatura habría tenido ni derechos ni deberes de Padre para con el Redentor: pero habiendo sabiamente dispuesto que fuera Hijo de María, Esposa del glorioso San José, hemos de convenir en que nació bajo la sombra y amparo paternal del afortunado Patriarca, de quien recibió la calidad y amor de Hijo legítimo, no en cuanto Dios, pero sí en cuanto hombre con sujeción á San José, como á Padre legítimo y virginal.

Además nuestro Santo, como verdadero Esposo de la Virgen inmaculada por el solemne y misterioso conubio entre ambos contraído, quedó cuasi dueño y señor del cuerpo virginal de María, según aquello del Apóstol: *El cuerpo de la mujer no le pertenece á ella, sino al marido*. I Cor. VII, 14; y por lo tanto, señor y dueño fué de los frutos, que pudieran recogerse de aquel huerto cerrado y jardín florido. Así como la flor que nace en un vergel, el fruto que produce un árbol, la fuente que brota en un bosque, el metal que se encuentra en una mina, pertenecen al propietario del vergel, árbol, bosque ó mina; así el Hijo de María, como nacido en los dominios del Santo Patriarca, debe de considerarse sujeto á su gobierno y dirección.

Algunos citan á este propósito aquel principio de derecho: *Quod in solo nascitur, vel edificatur, sub illius dominium cadit, cujus est solum*. Lo que nace ó se edifica en una finca, es propiedad del dueño de la finca. Con toda propiedad, pues, y razón podía San José mirar á Jesús como á Hijo suyo; porque la humanidad, ó aquel riquísimo palacio donde mora corporalmente la divinidad del Verbo, fué edificado en suelo que le pertenecía. Oíd cómo lo explica San Francisco de Sales: «Yo suelo decir que si una paloma llevara en su pico un dátil y lo dejase caer en un jardín, la palma que el dátil produjera, pertenecería al dueño del jardín:

siendo esto así, ¿quién podrá dudar que habiendo el Espíritu Santo, como divina paloma, dejado caer este divino dátíl dentro del jardín firme y cerrado de la Santísima Virgen, jardín sellado y rodeado por todas partes del seto ó voto santo de virginidad inmaculada, jardín, que pertenecía á San José, como la mujer al marido, quién podrá dudar, ó quién podrá decir que esta divina palma, que lleva los frutos de inmortalidad, no pertenecía completamente á nuestro gran Patriarca?»

Ni vale decir que Jesús fué concebido en el seno virginal de María por obra del Espíritu Santo de una manera sobrenatural y milagrosa; porque al modo que la planta que germina en el campo, por más que allí hubiere caído la semilla por camino desconocido ó portentoso, por más que hubiere sido llevada por alguna ave misteriosa, sería siempre propiedad del señor del campo; así también por derecho de matrimonio Jesús estuvo sujeto á nuestro Santo, por más que hubiere sido engendrado milagrosamente; antes bien, como dice San Agustín, debe Jesús considerarse como hijo, no natural, sino portentoso del glorioso San José, por haber querido el Señor premiar su virginidad, guardada con tanta vigilancia en el matrimonio, dándole fruto divino de su enlace. Admirablemente nos explica este misterio el mismo San Francisco con el símbolo de la palma, de que hay, dice, dos variedades: la una fecunda, que produce fruto á su tiempo, y la otra estéril; pero aquella sería igualmente infructuosa, si no estuviera vecina á esta ó á su sombra. De un modo parecido la vecindad de San José fué, por disposición divina, como condición indispensable para que la maternidad virginal de María, en llegando la plenitud de los tiempos, diera el anhelado fruto de bendición. Así lo explica el Santo Doctor.

El eximio Padre Suárez aduce otra razón poderosa.

Q. XXIX. El marido y la mujer, dice, unidos por el santo vínculo conyugal, forman una sola cosa, una persona civil; por lo cual tienen todos los bienes comunes, incluso los hijos legítimamente nacidos. Luego podemos decir que Jesús pertenecía á entrambos, y así, que competía á San José la gloria de la paternidad para con Jesucristo; y este título de Padre le correspondía con mucho mayor motivo y derecho que á un padre adoptante la dirección y gobierno del hijo adoptado, por cuanto este siempre deberá considerarse, como es en realidad, extraño y advenedizo á la familia, cuando Jesús fué con toda verdad fruto genuino y propio de la Sagrada, y por ende San José padre matrimonial del divino Infante. Así lo reconoció el mismo Redentor, que, correspondiendo al cariño y solicitud del amante Patriarca, siempre le amó, honró y obedeció como á Padre. *Et erat subditus illis.* Luc. II, 51.

No puede tampoco negarse que Jesús pertenecía á la familia Sagrada, de la cual era presidente nato y superior por derecho divino nuestro insigne Santo. Cántalo así la Iglesia, rindiéndole el tributo de esta gloria, cuando en el oficio litúrgico le aplica aquellas palabras de la Escritura: *Constituyóle cabeza de su casa y príncipe de todos sus dominios.* Era, pues, el Salvador súbdito de San José; y como el superior de la sociedad doméstica se llama con justo motivo y razón padre; así nuestro Patriarca era en la familia de Jesús el Padre, y el Hijo el divino Infante.

Además tócale á San José el incomparable título de Padre por donación, que le hicieron el Padre eterno, la Virgen Santísima y el mismo Jesús. El Padre eterno lo hizo partícipe de su paternidad, escogiéndolo y asociándosele respecto á su Hijo en las funciones y oficio de Padre; nombre que no se dió jamás á otro,

ni al mismo Espíritu Santo, por más que fuera autor de la concepción de Jesús en el seno de María. La Virgen Santísima hizo á su Esposo particionero de la sobreabundancia de su derecho sobre Jesús, ya que sin virtud de varón había sido éste concebido en sus entrañas. Y Jesús mismo con su palabra eficaz y criadora, con llamarle tantas veces con el nombre dulcísimo de Padre, le comunicó cualidades de tal, y al contrario de lo que sucede en el mundo, en que los hijos son los adoptados, tomó á San José por Padre adoptivo y nutricio suyo. Por esto le pertenece también este glorioso nombre por título de adquisición, por cuanto con sus continuos y paternales desvelos y sudores alimentó á aquel, de quien reciben alimento todas las criaturas.

Por último, le pertenece el renombre de Padre por título de hallazgo. Es cosa recibida que cuando alguno encuentra un tesoro en alguna posesión suya, se hace dueño del tesoro encontrado. El mismo Evangelio sale en abono de esta ley cuando nos describe al que, lleno de gozo, vendió todo lo suyo para comprar un campo donde había un tesoro escondido. Y ¿quién fué el primero que halló en María, en aquel huerto cerrado, al que contiene en sí maravillosamente escondidos todos los tesoros de la divinidad, sino el feliz Patriarca San José, al conocer que su Esposa había concebido por virtud divina? ¿Quién fué el primero que cogió en sus brazos este celestial tesoro en la mina de Belén, sino el Esposo virginal de María?

Estos y otros parecidos son los argumentos con que vindican para San José la honra de Padre de Jesús Padres distinguidos, como San Juan Crisóstomo, San Pedro Crisólogo, San Agustín, San Bernardo; teólogos ilustres, como Suárez, Toledo, Belarmino, Canisio, Barradas y otros muchos; oradores elocuentes,

como Cartagena, Bossuet, Séñeri, Texier y otros varios. ¿Puede imaginarse gloria mayor para una pura criatura? Pero dejemos ya títulos tan valiosos, y examinemos la grande, la inmensa santidad que tal ministerio supone; y prorrumpamos en himnos de admiración y de alabanza al incomparable, preclarísimo y santísimo José, Padre virginal de Jesús.

## II

GRANDEZA QUE SUPONE EN SAN JOSÉ EL MINISTERIO  
PATERNAL SOBRE JESUCRISTO

A cuánta perfección y santidad fuera levantado nuestro Santó glorioso bastantemente lo significó el eterno Padre, cuando con suma sabiduría y providencia inefable le comunicó, según pondera San Bernardo, su propio nombre, y con él la semejanza del primado que ejerció sobre su Hijo en la tierra, y el amor paterno proporcionado á las divinas excelencias que demandaba tan insigne cargo; porque, si dicen los Santos y doctores que cuando Jesucristo llamó desde el árbol santo de la cruz á San Juan evangelista hijo de María su madre, no le dió solo el nombre á secas, sino que en alguna medida le constituyó en su lugar, comunicándole gracia para tratarla con verdadero amor y solícito cuidado de un hijo para con tal madre, también se ha de conceder igual transformación ó parecidas disposiciones en el corazón de San José al constituirle el eterno Padre su lugarteniente para con Jesús y al llamarle éste, no una, sino tantísimas veces con el dulcísimo nombre de Padre; y esto con tanto mayor ley y razón, cuanto mayor es la excelencia de Padre de Jesús que la de hijo de María, no solo porque el



nombre de padre trae consigo mayor autoridad y desvelo que el nombre de hijo, mas también porque la dignidad de Cristo excede y aventaja infinitamente á la dignidad de María, aunque tan grande.

De lo cual se sigue que nuestro Patriarca á vueltas de participar del gloriosísimo nombre de Padre del Redentor, recibió también, quitado el concurso carnal, todas las propiedades y atributos de tal, y en tan subido grado, cuanto de ellos puede participar una simple criatura. Dícele San Juan Crisóstomo: *Hoc tibi da, quod, salva virginitate, paternum esse potest.*—*Salvos los fueros de la virginidad, ó José, puedes apropiarte todo lo que es propio de un padre.* Por tanto, sería temerario negar que aquel que da á cada uno su corazón.—*Qui finxit sigillatim corda hominum,* otorgó á San José un corazón digno del Padre del Salvador, Y así, adornado de estas celestes cualidades, San José no temía mandar á Jesús, y Jesús obedecía gozoso á San José.

¿De dónde á una pobre criatura, divinamente ilustrada sobre la divinidad de Jesús, el valor de gobernarlo sin recelo? ¡Ah! Es que el verdadero Padre del Verbo encarnado, aquel que desde la eternidad lo engendró en los esplendores de los Santos, habiendo escogido á San José para que le sustituyera en tiempo de su anonadamiento, dejó penetrar en el alma del Santo un rayo, una centellica de su amor infinito para con su Hijo, en quien tenía todas sus complacencias, transformando divinamente su corazón y comunicándole un amor correspondiente al que debía ejercer sus veces en la tierra.

Y ¿no es esto haber subido San José en este suelo á una perfección más sublime, más inefable que la de todos los ángeles del cielo? Y en verdad, siendo la caridad ó amor de Dios la verdadera medida de la san-

tividad, ¿quién, salva la Virgen Santísima, podrá gloriarse de haber amado en tan alto grado á Dios, y por tanto, de haber subido á tan encumbrada santidad como San José? Además, si, como no hay duda, es bueno el razonamiento de San Pablo, cuando prueba la supereminencia de Jesús sobre todos los ángeles por la nobleza de su nombre: *Tanto melior angelis effectus, quanto præ illis diferentius nomen hæreditavit*. Hebr. 1, 4, ¿qué concepto y estima no debemos formar de San José, qué loas serán proporcionadas á su alteza incomparable, cuando con toda propiedad lleva el nombre de Padre de un Dios, y, asociado al Eterno en el gobierno de Jesús, pudo decir, hablando con el mismo Hijo divino: *Ego ero illi in patrem, et ipse mihi erit in filium*. Hebr. 1, 5.—*Yo le serviré de Padre y él me obedecerá como Hijo?*

¿Cuál de los más encumbrados espíritus celestiales pudo jamás preciarse de haber tenido nombre ni amor de Padre respecto al Deseado de los collados eternos? Estas glorias y gracias venerólas tan solamente Jesús en su eterno Padre, y después de su eterno Padre, en San José, digno legado, sustituto y lugarteniente del Altísimo. Refiérese en el sagrado Evangelio como gracia singular de aquellos ángeles del cielo que servirán alguna vez la comida al Redentor; pero ¿qué gloria es esta, comparada con la de su Padre nutricio? Era cosa ordinaria en el Santo Patriarca servir á Jesús y ser de Jesús servido, comer con él en una misma mesa y mojar el pan en un mismo plato. ¡Tanto se gozaba el Señor en humillarse y en exaltar á su feliz Custodio! ¡Cuántas veces, como dicen los Santos Basilio, Justino mártir y Bernardino de Sena, el Hijo de de Dios administraba familiarmente á San José, ayudándole en las cosas manuales de su oficio! ¡Cuántas veces se ponía al trabajo junto con su venerado Maes-

tro y Padre, dándole el escoplo, el formón y otras herramientas, que el Santo necesitaba!

Y lo que pone admiración y asombro á los ángeles, y deja absortos á los entendimientos criados es que las sacrosantas manos, que fabricaron la grandísima y artificiosa mole del orbe, no se dedignaran servirle aun en cosas mucho más humildes. Y ¿se concibe todo esto por un entendimiento noble y generoso, sin pregonar á San José adornado y enriquecido por su Hijo divino con todo linaje de celestiales dones? Preciso es que confesemos con el Padre Binet que todo aquello que tuvieron de grande y de perfecto y de singular todós los escogidos de Dios, lo alcanzó con ventaja San José, Padre virginal de Jesús.

Y si volvemos á parangonarlo con el Príncipe de los Apóstoles, á quien hizo el Mesías Vicario suyo en la tierra, y llavero de la celestial Jerusalén. ¿no hallaremos á San José digno de mayores alabanzas? A Pedro encomendó el cargo de apacentar las ovejas y corderos de la divina grey, oficio verdaderamente grande y divinísimo, como clama San Dionisio Areopagita. No obstante, proclamaremos con todas nuestras fuerzas, para que nos oigan todos, que de orden mucho más levantado y divino fué la encomienda de San José; porque, fuera de que las llaves suelen muchas veces confiarse á los siervos, á San José encargó el Altísimo la custodia de las puertas del cielo, que son Jesús y María. Y si á la solicitud y vigilancia de San Pedro deben los corderos y ovejas el pasto espiritual de sus almas, por los desvelos y fatigas de San José comieron y bebieron la divina Pastora y aquel Cordero divino, que borra los pecados del mundo. Si al príncipe de los Apóstoles incumbe dirigir el gobernalle de la Iglesia santa, el glorioso Patriarca gobernaba al Señor de la Iglesia y cabeza invisible de la misma. Si el Vicario

de Cristo manifestó su entrañable amor á Jesús como á su Dios y Maestro supremo, San José lo abrazó con paternal cariño como á su Hijo divino y discípulo soberano. ¿Qué gloria humana ó angélica, salva la de María, no queda eclipsada con el brillo de tanta grandeza?

Si, como escribe Santo Tomás, á los ministros de los reyes y de los príncipes terrenos se les suelen conceder pensiones más ricas y más honoríficas distinciones, ¿qué gracias y preeminencias de las concedidas á otros Santos, no serán mezquinas para San José, levantado por el monarca de los cielos á las funciones más dignas, á los cargos más relevantes que se pueden concebir después de los de María, cuales son los de guía, defensor, y por decirlo así, de ángel custodio visible de Jesucristo? ¡Qué madurez de juicio! ¡Qué prudencia tan admirable! ¡Qué sabiduría tan divina había de ser la de un Varón, escogido por la Eterna Verdad para la gestión de los más importantes negocios, que se trataron jamás en el universo! Y sobre todo ¡qué corazón tan grande! ¡Qué amor tan fecundo y abrasado comunicaría el Omnipotente al destinado á ser altar vivo, en que descansara y ardiera el fuego del amor de Dios en la persona de Jesucristo!

Otra medida de la santidad y perfección de San José es el amor filial de Jesús. Si estuviera en poder de algún buen hijo escoger padre á proporción de su gusto, ¡qué padre tan acabado y cumplido sería el suyo! ¿Habría en su entendimiento y poder noble cualidad que no le comunicara, gracia relevante que no le confriera, tesoro precioso de que no le enriqueciera, don ninguno con que no le adornara? Y esto, que no puede caber en ninguna mortal criatura, tuvo lugar en Jesús, Dios eterno, el cual predestinó á San José, deputándole desde toda la eternidad para Padre suyo

adoptivo y Cooperador del gran misterio de la reparación humana. Y ¿habrá quien suponga que fué Jesucristo menos generoso con su Padre amantísimo de lo que habría sido con el suyo cualquiera hijo bien nacido? Mas ¿á qué cansarnos en sondear las disposiciones y atributos convenientes á tan encumbrada Paternidad, cuando nos faltarían humanas expresiones con que manifestar su divinal grandeza?

Los doctores de la Iglesia no saben cómo encarecer y magnificar la nobleza y dignidad de los arcángeles más renombrados en las sagradas letras, ponderando la sublimidad de los dones y gracias con que los embelleció el Altísimo, por los elevados ministerios á que los destinara. Pero ¿qué son todos estos cargos parangonados con los de nuestro Patriarca? Sabemos que San Miguel ciñe real diadema, por el valor con que defendió la gloria del Verbo increado, y los derechos de la divinidad, que quiso usurpar el orgulloso y desatentado Luzbel; pero sabemos también que San José, con noble prontitud, exponiéndose á los azares de largo y penoso viaje, arrostrando los peligros y desamparo en que se había de hallar entre idólatras y extranjeros, libró á Jesús recién nacido de otro demonio cruel, cual fué Herodes, que pretendía quitarle la vida.

No ignoramos que Gabriel se hizo digno de todos los encomios, por el gozo y diligencia con que anunció á la Virgen la misteriosa Encarnación, trayendo al mundo la nueva de nuestra cercana libertad; pero tampoco desconocemos el placer y sacrificios con que San José ponía sus primeras atenciones en cuidar al Verbo humanado, abriéndonos con sus paternos sudores la senda de nuestras futuras felicidades. Constanos la gloria que ganó San Rafael en sus desvelos por el justo y caritativo Tobías... Mas ¿qué repetimos?

Dejémonos ya de comparaciones y semejanzas; no sea que igualándolo con otros, aunque príncipes de la milicia celestial, agraviemos al que por su dignidad es incomparable; y prosiguiendo nuestro propósito, tratemos de rastrear, según nuestra cortedad, la elevación de espíritu que debió de adquirir nuestro Santo por los treinta años continuos que cursó en la escuela de la Eterna Sabiduría, ó el cúmulo de gracias inmenso que debió de acaudalar con el ejercicio de paternidad tan inefable.

## III

GRACIAS QUE GRANJEÓ Á SAN JOSÉ EL MINISTERIO  
DE PADRE DE JESÚS

¿Quién podrá de una manera digna encarecer los progresos que hacia San José en la ciencia de los Santos bajo el magisterio de Jesús, con la luz brillantísima de tan edificantes ejemplos? San Zenón de Verona decía que la conversación y trato de Abrahán era ley animada, capaz de instruir y sacar de las tinieblas del gentilismo á los mismos idólatras.—*Conversatio illius lex fuit: fuerunt illis rationales animalaque leges ipsius exempla.* ¿Cuál sería, pues, la conversación del niño Dios, apenas empezara á balbucir? Y aún tierno Infante ¿cuánto diría con sus miradas, con sus lágrimas y sonrisas, con sus dulces gestos al corazón y entendimiento del Santo Patriarca? Reclinado todavía en el pesebre, ó descansando en el regazo del Padre virginal, ó pendiente de los virginales pechos de María ¿no despediría de sí divina virtud, que los instruyera en la vanidad de las cosas del siglo, en los grandes tesoros de la santa pobreza, en la nobleza de la humildad y en el inmenso peso de gloria

con que se paga todo lo que desestima y aborrece la carne?

Fué San Pablo arrebatado en espíritu al tercer cielo, y en unos momentos que allí estuvo, descendió con el entendimiento tan lleno de celestes ilustraciones, que, deslumbrado con tanto resplandor, le parecía estar ciego en medio de un océano de luz. ¿Qué pasaría con San José, gozando en la tierra, ya que no de la visión beatífica, por no compadecerse con el estado de destierro, por lo menos de la presencia corporal de Cristo, que alegra á los bienaventurados del cielo, y esto con conocimiento claro, altísimo y sobrenatural de su dignidad y excelencia, por el cual fácilmente se levantaba de la naturaleza visible, que en la persona de Jesús se descubría, á la divina, que, aunque oculta, trascendía á sus ojos? Y ¿todo esto, no por momentos, como el Apóstol de las gentes, sino por días, meses y años? Y ¿todo esto, no con el corazón lleno de cicatrices de culpas, como San Pablo, sino con el alma inocentísima, purísima y enamorada del divino Infante? Bien podemos asegurar que aunque el divino Maestro no hubiese llegado á desplegar sus labios, sola su vista y ejemplos habrían bastado para levantar á San José á una sabiduría superior á la de Salomón.

Y ¿qué deberemos decir, si á esto juntamos que Jesús, amando á San José con amor más tierno y comunicativo que los hijos más bien nacidos á sus amantes padres, le descubriría familiarmente los divinos tesoros de sabiduría encerrados en su alma? No era, por cierto, San José menos que David modelado según el corazón de Dios, y á David le abría por esto los más secretos arcanos de su inmenso saber. De ello se gloriaba el mismo profeta diciendo: *Incerta et occulta sapientie tue manifestati mihi*. Ps. l. 8. ¿Negaría, pues, esta familiar comunicación á su Padre amantísimo? Repugna á su filial amor.

Que semejante comunicación é íntimo comercio sea clarísima prueba de amor, expresa y terminantemente lo dijo el mismo Salvador á los apóstoles, como leemos en San Juan: xv, 15. *Vos autem dixi amicos, quia omnia, que audivi a Patre meo, nota feci vobis.* ¡Oh! ¡Con qué luces tan divinas alumbraría Jesús á su Padre nutricio en sus familiares conversaciones! ¡Con qué torrentes de saber le descubriría los más elevados y recónditos misterios de santidad! ¿Hay ángel, querubín, ni serafín que, en estado de viador, pueda con razón alabarse de parecidas comunicaciones con la fuente inagotable de toda verdad?

Por esto pregunta con admiración justísima el elocuente Padre Osorio: «¿A dónde, te ruego, llegaría el justo San José con el continuado trato y conversación de Jesús y de María? En hecho de verdad que si nuestro Santo hubiera sido trasportado al cielo y por treinta años hubiera estado metido entre los coros de los ángeles, y hubiera escuchado aquellos celestes cantares de divinas alabanzas, no habría conseguido ni adelantado tanto, como oyendo y observando á Jesús y á María, en cuya comparación todos los espíritus celestiales son ignorancia y frialdad. Verdaderamente, ó José, tú fuiste como el árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, que rinde á su tiempo fruto copioso. Ps. 1, 3. ¡Qué raudales de gracia recibiría el que tan vecino estaba á la fuente de la vida! ¡Cómo se abrasaría de amor quien tan próximo vivía al fuego de caridad!»

Lo mismo siente nuestro eximio Doctor (Q. XXIX, 8.) «Claro está, dice, que después del nacimiento de Jesús fueron mucho más crecidos en San José los aumentos de santidad; ya porque conociendo perfectamente á Jesucristo, con su frecuente conversación y continua presencia se sentía impelido á multiplica-



dos y ardentísimos actos de caridad, ya también porque con los coloquios y ejemplos del Salvador debía de inflamarse con mayor intensidad en el fuego divino. No es lícito dudar que San José en todo aquel tiempo fué prevenido con gracias y auxilios singulares; ya porque así lo exigían las circunstancias que le rodeaban, ya porque, si promete Jesús no dejar sin premio al que da en su nombre un vaso de agua fría, ¿cómo había de despedir sin paga al que tantos sudores vertía y tantas obras de caridad hacía no tan solo en su nombre, pero también en provecho de su persona? ¿Y con qué amor tan fino, tan fuerte é inefable? ¿Quién podrá con humanas palabras debidamente expresarlo?»

Todos los Padres hablan con gran ponderación de la felicidad y dulzura que inundó el corazón de San Juan Evangelista, cuando en la última cena recibió el consuelo de reclinar por breve tiempo su cabeza en el seno de Jesús. De este piélago sacó y bebió aquella celestial y sublime doctrina, que con admiración de todos declaró en su Evangelio. ¡Oh! Y ¿qué es esto? ¡Cuántas veces tuvo San José á su Hijo divino adormecido en sus brazos! ¡Cuántas veces latió aquel divino Corazón pegado al Corazón de San José! ¡Cuántas veces el divino Infante le acarició, le abrazó, le besó con amor filial, como á su amante Padre! ¿Hay hombre, ni serafín que tenga expresiones para describir los incendios, los éxtasis de amor, que experimentaría el Santo Patriarca? Si las miradas de Jesús derretían en caridad los helados corazones, si una sola señal de Jesús arrancó de San Pedro lágrimas de arrepentimiento, ¿qué maravillas obrarían los divinales ojos en el alma de San José, tan pura, tan amante y tan divinamente apercebida? ¿No llegaría solamente con esto su caridad á una cumbre inimaginable? Verdaderamente no se puede negar que con este continuo trato de

San José con Jesucristo, el entrañable amor del Santo no solo pudiera causar envidia á los mismos serafines, sino que tomaría en cada instante tales creces, despediría tales llamaradas, que solo se pueden comparar con las que brotarían del Corazón de su endiosada Esposa.

Grande, inopinable es el placer que siente un buen padre, cuando contempla al hijo de su amor, le habla dulcemente, y le asiste en sus necesidades. ¡Oh! ¡Y qué santas llamas! ¡qué suaves emociones! ¡qué incendios de caridad prenderían en el ánimo de San José, cuando le oiría embelesado á Jesús razonar de las maravillas del cielo, cuando le expondría sus finezas de amor para con los hombres! Aquellos discípulos, que, sin conocerlo, toparon con Jesús resucitado cuando tristes iban en busca de solaz á Emaús, no sabían después cómo explicar el ardor que las divinas palabras imprimían en sus almas. *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur nobis in via et aperiret nobis Scripturas?* Con mayor intimidad trataba el divino Maestro con su Padre nutricio: con más fina confianza le descubría sus eternos secretos: con más clara sencillez é ingenuidad le exponía las Escrituras.

No se comprende, pues, ni se puede concebir que haya quien admire todos estos privilegios, y no confiese á San José hecho una ascua de amor divino y colmado de todo género de gracias y bendiciones. ¡Qué espíritu, qué fervor de devoción no experimentaría su alma, sea cuando contemplase á su hijo divino prosternado en oración ante su Eterno Padre, ó con los ojos fijos en el cielo y el rostro inflamado, sea cuando lo contemplara como humilde aprendiz trabajando en su taller, sea cuando escucharía de sus divinos labios la doctrina que nos traía del cielo! Mas ¡pecadores de nosotros! ¿Qué intentamos? Renunciemos á sondear

tales misterios, dejando estos extremos de amor á la consideración piadosa de los lectores.

Lo que si no podemos dejar de repetir y clamar, porque nos parece claro como el sol, es lo que enseña el eximio y devoto doctor P. Suárez, conviene á saber, que después de Jesús y de María obtuvo San José sobre todos los justos el primer lugar en la abundancia de la gracia y en el brillo de la gloria; porque después de María fué el más allegado á Cristo, el que más familiarmente lo trató, el que gozó con él de unión más estrecha y singular, desempeñando inmediatamente con la persona del Verbo encarnado los ministerios más elevados que confió el Eterno á criatura ninguna, salva siempre la Madre de Dios.

¡Gloria y alabanza á San José, desde la eternidad escogido para Padre legal y nutricio del Hijo de Dios en la tierra! ¡Gloria y alabanza eterna al Omnipotente, que engrandeció á su Siervo sobre todas las criaturas! Amen.

#### EJEMPLO

##### *Un gran favor tenido por desgracia*

Si aconteciera que acudiendo al amparo de San José, abogado tan poderoso y amante, no fueran algunos escuchados según sus deseos, no lo atribuyan á desamor ó desvío; antes se persuadan que el Santo, enderezando sus peticiones, les conseguirá favores de mayor importancia para el bien de sus almas. Confirma esta paternal providencia el hecho siguiente.

Un caballero, muy devoto de San José, tenía la costumbre laudable de celebrar todos los años su fiesta con mucha solemnidad, á expensas suyas. Un año, el mismo día de la fiesta, de tres hijos que tenía se le

murió uno. Al año siguiente se le murió el segundo en la propia solemnidad. Esta doble pérdida, y en día para él tan señalado, afligió mucho al buen padre, hasta el extremo de estar para tomar la resolución de no celebrar ya la festividad del Santo, por temor de perder á su tercero y último hijo.

Andando en estos pensamientos, con ánimo de disipar sus congojas y tristezas, emprendió un largo viaje. Caminaba inquieto y pensativo, cuando, levantando una vez los ojos, vió delante de sí á dos jóvenes colgados de un árbol. Estando contemplando confuso y afligido aquel triste espectáculo, se le apareció un ángel y le dijo: «¿Ves á estos dos mancebos? Pues sepas que tus dos hijos, que tanto lloras, si hubieran vivido, habrían tenido el mismo fin: mas porque eres devoto de San José, este poderoso Santo te alcanzó de Dios que murieran en su infancia para librar á tu casa de tanta infamia y á ellos de muerte eterna.»

«Ve, pues, á celebrar la fiesta de tu poderoso abogado; y no temas, porque el hijo, que te queda tendrá larga vida y será obispo.» Volvió, en efecto, el devoto de San José á celebrar con todo esplendor la fiesta de su Patrono; y todo se verificó según las predicciones del ángel.





## CAPÍTULO IX

### PENAS Y CONSUELOS DE SAN JOSÉ EN BELÉN

*Exurgens autem Joseph à somno fecit sicut praecepit ei angelus.*  
Matt. 1, 24.



COSTUMBRADOS los judíos á las bendiciones temporales con que el Altísimo solía premiarlos por la guarda de los divinos preceptos, esperaban ver cumplidas las profecías que anunciaban un Redentor, con acontecimientos ruidosos y de brillante porvenir para su pueblo. Y no falta quien diga que todas las imágenes poéticas de los antiguos vaticinios, que les prometían, al parecer, la libertad del odioso yugo romano, la victoria de los enemigos exteriores, un reino floreciente y respetado, con prosperidades y riquezas sin igual, no carecían de fundamento en las sagradas Letras; pero que todos estos bienes y triunfos deslumbradores los había prometido el Omnipotente bajo la condición de que el divino Libertador fuera recibido por aquella nación impía y desgraciada con el agradecimiento y correspondencia que demandaba tan soberano beneficio.

Mas, como es sabido y notorio, pagáronle, para su ignominia y desdicha, con ingratitud cruelísima; por

lo cual, cambiado el divino plan según las previsiones y designios eternos, todos los anuncios de aquella felicidad temporal y gloria caduca se trocaron en símbolos y figuras de libertad más encumbrada y de dicha más sólida y verdadera.

Con todo, enseñan otros, con mejor fundamento, que, pretendiendo el Altísimo con vida pobre y humilde, y aun con la divina sangre derramada en la cruz, remediar todos nuestros males, que tienen su fuente y origen en Adán, y que como diluvio inundaron desde aquella primera caída toda la tierra, encaminó ya desde entonces todas las profecias á preparar el mundo para el mayor acontecimiento que ha tenido lugar en todos los siglos, cual fué la muerte del Redentor. A un fin de tan divina generosidad y misericordia correspondieron los principios de una vida santísima, viniendo Jesús á este suelo con gran desabrigo y pobreza, para curar nuestra vanidad y orgullo. Coadyuvaban también á estos ejemplos los castísimos esposos María y José, teniendo muy buena parte en esta primera salida ó nacimiento de nuestro Monarca y generoso Libertador. Vamos, pues, á ver las penas y consuelos que cupieron á nuestro Santo Patriarca en todos los acontecimientos de la Cueva de Belén.

## I

## NACIMIENTO DEL SALVADOR

Grandes y edificantes fueron los ejemplos de humildad y de obediencia que nos legaron los santísimos Esposos en Belén, á donde fueron por dar cumplimiento á una orden de César Augusto. Había resuelto este emperador formar el censo ó padrón de todos sus

dominios; para lo cual mandó que todos sus vasallos y aliados se presentaran en el pueblo ó lugar de su origen á inscribir sus nombres en la lista correspondiente. Por lo menos así pasaba entre los judíos; los cuales estaban organizados por tribus y familias, y por tanto, según estilo de aquel pueblo, debía el empadronamiento hacerse yendo cada uno al punto donde radicaba el tronco de su familia. Por este motivo, como San José y la Virgen eran oriundos de Belén, para cumplimentar la voluntad de Augusto tenían que emprender un viaje tan largo como penoso.

¿Qué harán, pues, los dos inocentes Esposos? ¿Obedecerán á un monarca gentil é intruso en las críticas circunstancias en que se encontraba la Virgen María? Sea por no dar escándalo, desobedeciendo á un príncipe, que, aunque usurpador de la realeza de José, nada mandaba contra la ley divina; sea porque así lo disponía la providencia, dirigiendo aquellos sucesos al logro de sus fines amorosos y á la realización de las profecías, es lo cierto que aquellos obedientísimos súbditos, acatando el mandato del emperador, se apresuraron á ponerse en camino.

Verificóse el censo, que iban á cumplir, bajo las órdenes y dirección de Sulpicio Cirino, enviado con poderes extraordinarios á Siria, de donde fué presidente algunos años después. El año en que se hizo fué, según los cómputos más probables, el 4000 de la creación del mundo y el 747 ó 749 de la fundación de Roma. Nazareth distaba de Belén más de treinta leguas de mal camino, en que solían emplearse cinco jornadas no ligeras. Cómo hiciera la Virgen este viaje, si á pié ó montada en algún jumentillo, se ignora. Según algunos, fundados en la autoridad de San Juan Crisóstomo, lo hizo á pié, sin siervo ni criada ninguna que le sirviera: según otros hizolo montada en un pollino,

que San José había sacado de su casa, junto con la ternera festival, que dicen quería matar y repartir entre los pobres, para celebrar el fausto acontecimiento que esperaban. Sea como fuere, no podemos dudar que aquellas dos lumbreras salieron de su retiro gozosas de cumplir la voluntad del Altísimo, y que, conforme á una piadosa tradición, confirmada por San Jerónimo, San Gregorio Nacianceno, San Cirilo, San Gregorio Niseno, Prudencio y otros, lo mismo que por pinturas y esculturas del siglo iv, en el establo de Belén se encontraron, dando calor al recién nacido Jesús, un pollino y un buey.

Hablando San Fulgencio de este viaje, nos dice: «Iba la Virgen sin fatiga, porque la luz que dentro de sí traía, no podía ser pesada; antes le comunicaba fuerza y vigor para el camino. Y si este era largo, fragoso y cruzado de montañas, se lo hacía suave y llevadero ya la cariñosa solicitud de San José en aliviarle la carga, ya sobre todo la esperanza del próximo nacimiento del Cordero de Dios, que venía á darnos libertad y vida.» ¿Y qué diremos del inefable contento que sentiría el dichoso Patriarca en aquel viaje?

— Cuando considerase que aquel milagro de milagros que Dios quería obrar en el mundo, que aquel sagrado misterio, tan deseado de los patriarcas, tan ponderado de los profetas, tan suspirado por todo Israel, lo había el Todopoderoso puesto en sus manos, disponiendo que naciera de su querida Esposa el Deseado de los collados eternos, en grandeza y poderío igual al mismo Eterno Padre, ¿con qué humildad, reverencia y cariño miraría aquella Arca Santa, que encerraba en sí el Maná divino, causador de salud eterna, aquella Virgen Madre, santuario divino y oficina prodigiosa de tantas maravillas? ¿Qué entendimiento criado podrá explicar las pláticas y celestiales coloquios



que estos dos abrasados Serafines tendrían durante esta larga jornada? Como traían consigo al Rey de los siglos, que venía á pegar á la tierra el fuego del divino amor, y como se habla comunmente de lo que cautiva el corazón, sin duda ninguna platicarían de este soberano misterio, que todos sus afectos embargaba.

Conferirían entre sí los sucesos presentes con las profecías pasadas, que de ellos hablaban; y de los beneficios recibidos sacarían en claro los portentos de amor, que el Señor obraría á favor del mundo, perdido por la culpa. Y ¿quién podrá decir, ni con palabras significar el júbilo y celestial alegría que inundaría aquellos dos corazones, tan puros y amantes de la divina gloria? Iría San José abismado en admiración profundísima, oyendo contar á su Esposa la embajada del ángel, llevada á efecto con tan admirables resplandores, como sobresalto propio, al recibir salutación tan desusada. Referiríale la Santísima Virgen ya los prodigios obrados en casa de su prima Isabel, ya las inefables y misteriosas gracias derramadas en su alma desde la Encarnación del Verbo; que de todo es creíble le daría cuenta como á Varón fidelísimo, escogido por Dios para la comunicación de sus secretos, mayormente si se pondera que en descubrirle todas estas glorias no buscaba ella sus alabanzas, sino las divinas, no la manifestación de sus excelencias, sino el conocimiento de las amorosas finezas del Eterno.

¡Qué breve se le haría viaje tan prolijo, pero tan santamente aprovechado! Era el día 24 de Diciembre por la tarde cuando los santísimos Viajeros llegaron á Belén. Su primer cuidado fué dirigirse al ministro imperial y cumplir con la obediencia, pagando el tributo é inscribiendo su nombre en el registro. Paulo Orosio y San Ligorio piensan que volvió San José otra vez al ministro, para que se apuntara el nombre

del divino Infante; por lo cual dijo Orosio: «Cristo luego en naciendo se inscribió en el imperio romano, y el cristiano tan presto como renace por el bautismo se inscribe hijo de la Iglesia Católica. Cristo se hizo soldado de Roma por el tributo; y el cristiano se alista soldado de la Iglesia romana por la fe y la obediencia. Nace Cristo debajo del reinado de Augusto César, y el cristiano renace debajo del Vicario de Cristo, mucho más poderoso por la profesión de la fe que los emperadores por las armas.»

Cumplido el objeto de su viaje, trataron los dichos Consortes de buscar albergue para la noche. Tenían allí muchos deudos, algunos de ellos ricos y acomodados. Fué San José á llamar á sus casas, suplicando les dieran asilo; y halló todas las puertas cerradas, sin que ni uno quisiera recibirlos. *In propria venit, et sui eum non receperunt.* Jo. i. 11. En viéndole tan pobre, todos lo rechazaron, tal vez descomedidos con el Santo Patriarca. Sentíase este anegado en amargura, más que por el desamparo en que se veía, por el desprecio y desabrigo en que contemplaba á su queridísima Esposa. Advirtiéndole, pues, que la noche se le venía encima, y que el tiempo era áspero y frío, corrió en busca de la posada; pero tampoco halló en ella ni un rinconcito donde guarecerse. *Non erat eis locus in diversorio.* Luc. ii. 7. ¡Para los grandes del siglo, para los acaudalados en bienes caducos había bien amueblados aposentos, blanda cama, riquísima mesa; para la augustísima Señora y Madre del Rey de los cielos no había donde reclinar su cabeza! En tan apurado lance aquellos resignados cónyugues, siendo en su patria tratados como viles extraños, salieron de la ciudad en busca de algún rincón, donde resguardarse.

Está Belén, según describe San Beda, en un cerro alto y angosto, y extiéndese á lo largo de oriente á

occidente. Cerca del muro, en la parte oriental, hay una cueva oscura, que, como dice San Jerónimo, era un lugar como público y acogimiento común, donde acostumbraban recogerse los pobres peregrinos y pastores. Aquí se entraron aquellos santos viajeros, determinados á poner allí su morada; íntimamente persuadidos de que todo aquello se gobernaba por disposición de Dios, en cuya voluntad y providencia estaban de todo en todo resignados.

Tal vez, después de reparadas sus fuerzas con frugal alimento, que llevarían prevenido, se acomodaron buenamente como pudieron; y estando San José, ó absorto en oración, ó retirado de la cueva, ó preso de dulce sueño, sintió María, no los dolores del parto como las demás mujeres, sino, con transportes de alegría, los prenuncios de la hora felicísima; y haciendo templo magnífico del establo humilde, disponiéndose para recibir en sus brazos al Rey eterno más decentemente que en el rico lecho de Salomón; quedó arrebatada con la fuerza de contemplación altísima. En esta coyuntura vino al mundo el Deseado de las naciones, saliendo del claustro virginal de María como un rayo refulgente de luz sale de cristal clarísimo, como salió el mismo Salvador del sepulcro, sin abrir, ni quebrantar la puerta, en virtud del don de sutileza.

Santa Brígida, después de haber descrito el milagroso parto, según se lo reveló la misma Santísima Virgen añade: «Inclinó luego María la cabeza, y juntando las manos con gran honestidad y reverencia, adoró al Niño, diciendo: ¡Bien venido seáis al mundo, Dios mio, Señor mio, é Hijo mio! Entonces el Niño, llorando y casi tiritando de frío, se movía y extendía sus manecitas, como pidiendo el refrigerio de su Madre; la cual, tomándolo en sus manos, lo apretó amorosamente á su pecho, y con él y su mejilla con gran ternura lo ca-

lentaba. Sentóse luego en tierra, y puso al Hijo en su regazo, y comenzó á envolverle diligentemente, primero con pañales de lino, y después con mantillas de lana, apretándole el cuerpecito, y las piernas y los brazos con fajas, y cubriéndole la cabeza con dos gorritos de lino, que para esto traía preparados.»

«Esto hecho, entró San José, que era el hombre que había yo visto fuera de la cueva, y cayendo de rodillas adoró al Niño, prosternándose en tierra y derramando muchas lágrimas de gozo... Levantóse entonces la Virgen, teniendo al Hijo en sus brazos; y ayudándole San José, lo puso en el pesebre: é hincados ambos á dos de rodillas, le adoraron, con gozo inmenso y celestial alegría.» Hasta aquí Santa Brígida.

De muchos, bellísimos y sublimes arranques de entusiasmo hicieron demostración santos escritores, al publicar el regocijo y consuelo que experimentó María al adorar á Jesús recién nacido; mas ¿qué diremos nosotros al apuntar el placer y alegría que inundó el alma de San José, en descubriendo al Niño Dios reclinado en el pesebre? Dice San Juan Crisóstomo: «En viendo San José al Redentor ya nacido, sentía que su corazón le saltaba de júbilo y no le cabía en el pecho.» ¡Cuántas ideas se agolparían en su mente con la contemplación de tan sublime espectáculo!

Parécenos que, fuera de sí á fuerza de su contento, recordaría aquello de Isaías lx: «Levántate, Jerusalén, recibe la luz, porque ha venido ya tu lumbrera y la gloria del Señor ha nacido sobre tí. He aquí que las tinieblas y la oscuridad de las naciones cubrirán la tierra, pero sobre tí nacerá el Señor, y en tí brillará su gloria. A tu luz caminarán las gentes y los reyes al resplandor de tu nacimiento. Tiende tu vista al rededor y mira: todos esos se han congregado y vinieron á tí; de lejos llegarán tus hijos, y tus hijas acudirán á

tí de todos lados. Entonces verás y abundarás: se asombrará tu corazón y se ensanchará, cuando veas llegar á tí de allende los mares muchedumbre de naciones, y acudir á tí pueblos poderosos.»

Y al penetrar en esta profecía la indefectible grandeza del reino de Jesucristo, y contemplar tan humillado al divino Infante, que cual monarca debía obrar estas maravillas y engrandecimientos, no sabía qué pensar ni qué decir, lleno de inefable dulcedumbre. El aspecto del Niño Dios le hechizaba y suspendía; mas al verlo sobre frías pajas, en vil pesebre, temblando de frío, y soltando de sus ojos alguna lagrimilla sentía su alma herida de pesar y amargura. Pero oigamos lo que sobre los afectos que en estas circunstancias embargaban al Padre adoptivo de Jesús, escribe Fr. José de Jesús María en la Vida de la Santísima Virgen.

«Entre los consuelos celestiales de la Virgen está convidando á nuestra consideración el que San José tendría, mirando aquella Joya divina, que le había encomendado el Eterno Padre, y viéndose enriquecido con tan altos títulos, como Dios le había comunicado acerca la persona de su Hijo, repartiendo con él la dignidad real, y haciéndole, no solo guarda y camarero mayor del Rey de la gloria, más también Padre legal, por haberle adoptado el Hijo, como dicen el Padre Suárez y otros autores, y Padre creído, por ser hijo de su Esposa.»

«Auséntase de su esfera la consideración diciendo esto, y codiciosa de los tesoros que este día se reparten en aquella Cueva real, más enriquecida que los palacios del rey Asuero, se quiere hallar presente para tener parte en ellos, mirando cómo el Santo José, por gozar de las preeminencias de su oficio y de los bienes gananciales de su Esposa, le toma de los brazos la dulce

prenda, en que está toda la omnipotencia del Eterno Padre, y regalándose con ella, le ofrece juntamente el corazón por sacrificio y por cuna los fieles brazos; y admirado de los secretos incomprensibles, como se le representaban en aquel cuerpecito tierno, y hablando con él como con Sabiduría divina, le dice, derramando lágrimas de gozo: ¡Cuán diferente se hubo, Niño Santo y Dios mío, el Padre eterno en vuestro nacimiento que los reyes de la tierra con el de sus hijos! Porque estos procuran para ellos grandes coronas y soberbios cetros, palacios suntuosos, lechos ricos, y colgaduras preciosas; pero vuestro Padre, aunque es Rey de los reyes, de nada de estas cosas hizo caudal para vuestro adorno.»

«Pero no es maravilla, porque no es este el aparato conveniente á su grandeza y vuestra; pues aquellos reyes, como tan pobres de las verdaderas riquezas, ponen su estima en las aparentes, que están fuera de ellos; pero Vos, que sois Rey del cielo, dentro de Vos traéis la grandeza y excelencia, y así no había menester exterior ornato quien dentro de sí trae toda la grandeza y hermosura divina. Ni por esta pequeñez temporal y humana, de que quisisteis vestiros para obrar nuestro remedio más convenientemente, fué disminuida la grandeza de vuestra divinidad, ni apocada vuestra gloria, sino más engrandecida; pues nos da mayores muestras de vuestra bondad y magnificencia, para más amarnos.»

Estas y otras expresiones diría el Santo José al Niño-Dios que tenía en sus brazos, todo lleno de inefable alegría de verse colgada al cuello tan rica prenda, y hecho guardián de tal tesoro, y participante de sus dulzuras, para gozar de él á todas horas. Por bien pagado se tendría de la aflicción con que veía al Divino Infante y á su Madre; y sintiendo mil deli-

quios de amor, después de haber repetido al Niño miles de fiestas y agasajos con celestial reverencia, se lo entregaría á María, diciéndole con Eusebio Emiseno: «Alégrate, Madre de la salud humana, que mereciste ser la primera que recibiese en el mundo la gloria del Señor por tantos siglos prometida. Hecha eres palacio de la Majestad inmensa, y lo que por singular privilegio poseiste á tus solas por espacio de nueve meses, está ya en tus brazos, para que todos goce- mos la esperanza de los siglos.» ¡Dichosa pobreza, que tal tesoro mereció tener por suyo! ¡Desabrigo feliz, á quien se dió por Hijo al Monarca universal de cielos y tierra! ¡Humildad engrandecida, que se granjeó poder ejercitar los derechos de Madre para con el Criador del orbe! ¡Goza por años mil sin cuento la dichosa joya, que nos ha dado el cielo! ¡Goza por siglos y eternidades sin fin de sus favores!

Pero, ¿qué decimos? ¿Hay, por ventura, lengua criada capaz de describir las glorias, los trasportes de alegría, de que estaba colmada el alma de San José? Aquí fué donde recibió el santo Patriarca el título de Padre de la Iglesia universal, confirmado en nuestros días por Pío IX de santa memoria, porque aquí tuvo su cuna la Iglesia de Jesucristo: aquí fué completada aquella sagrada familia, y San José constituido Señor de su casa y príncipe de sus dominios. Encomio es del justísimo Padre de Jesús lo que San Atanasio dijo en una de sus homilias: (in Cens. B. M.) «Importantísimo es contemplar á San José confirmado por la fe, lo mismo que la morada donde nació Jesús, prefigurando la Iglesia, en la cual el altar es el pesebre, San José el Vicario, los pastores los ministros, los ángeles los sacerdotes, y el sumo sacerdote el mismo Señor, y el trono la bienaventurada Virgen.» ¡Qué gloria para el feliz Patriarca, Vicario del Eterno!

Padre de Jesús por la solicitud, por el afecto, y por la autoridad, como dice el Beato Canisio, viendo que por la ley debía el tierno Infante permanecer allí con su Madre por espacio de cuarenta días, se dió maña para disminuir las incomodidades que rodeaban al Niño y á la Virgen. Para ello, una de las primeras y principales diligencias que se apresuró á practicar, fué la construcción de una cuna, con que sustituir el pesebre. Fuera, pues, que hubiera traído José algunas herramientas, para trabajar en caso de sobrevenir el parto suspirado, fuera que las pidiese prestadas para este fin, tiénese por cosa cierta y averiguada que, tomando unas tablas de abeto, fabricó la cuna, en que descansó el Redentor del mundo; y que se venera en la basílica Liberiana de Roma, á donde sé trajo de Palestina por los cuidados del papa Teodoro el año 642, con ánimo de sustraerla con tiempo á la profanación de los mahometanos y á la furia de los herejes monotelitas.

Mas hora es ya de que pasemos á otra de las glorias y alegrías que inundaron el corazón de San José en la Santa Cueva.

## II

## ADORACIÓN DE LOS ANGELES, PASTORES Y MAGOS

Apenas la Reina Santísima y su virginal Esposo hubieron adorado á su Dios y á su Hijo, como dice nuestro Padre Salmerón, convertida aquella noche en clarísimo día, aparecieron ejércitos de ángeles, que descendían del cielo á la cueva de Belén á rendir pleito homenaje á su Rey divino. Así lo enseña Orígenes, y dice que habiendo San Gabriel anunciado á los ciudadanos de la celeste Jerusalén las maravillas obradas



en el pesebre, toda aquella corte regocijada, después de haber dado al Eterno las gracias por sus finezas de amor, bajaron todos con gran presteza por sus órdenes á ver la cara de Dios hecho hombre; y haciendo de aquella feliz cueva un nuevo cielo, adoraron á su Señor, engrandeciendo con nuevos cantares las excelencias del recién nacido, y las glorias de María y de José. Entonces se cumplió lo que predicaba San Pablo Hebr. I, 6 á saber: *que al introducir el Eterno á su Primogénito en el mundo, clamó: Et adorent eum omnes angeli Dei—que le adoren todos los ángeles de Dios*, según estaba ya predicho por el Salmista. Ps. xcvi, 7.

Y ¿quién duda que aquellas voces angélicas bañarían como suavísimo bálsamo los corazones de María y de José, que no sólo se complacían en la inmensa gloria de Jesús, reconocido solemnemente por Rey y Señor de los ángeles, sino que también, como criaturas de perfectísima voluntad, se consideraban participes de aquellos triunfos inenarrables? El exceso de tan celestial gozo les haría olvidar las pasadas amarguras. ¿Cómo no habían de sufrir Padres tan amantes al tener que albergar al divino Infante, no en alcázares reales, defendidos por guardas y porteros, sino en desportillado establo? Mas cuando vieran la cueva convertida en morada de serafines, más regalada que paraíso de deleites, no podrían menos de unir sus voces á las del cielo, y bendecir al Eterno, que así endulzaba sus pesares. ¡Oh! Y ¡cómo se recrecería esta dicha y satisfacción tan maciza en viendo entrar por la puerta tropas de pastores, que venían á postrarse reverentes ante el Niño Dios!

El que tiene sus delicias en comunicarse con los sencillos y humildes de corazón, apresuróse al venir al mundo en enviar un ángel fulgurante de luz celestial á dar la buena nueva á los pastores, que es-

taban velando en la guarda de sus ganados. Al notar ellos todo el lugar resplandeciente con divina claridad, y la tenebrosa noche trocada en alegre y clarísimo día, quedaron sobrecogidos de gran pavor: mas serenóles el celeste mensajero, que en opinión de algunos era el mismo San Gabriel, diciéndoles: «*No temais, pues vengo á anunciaros un grandísimo gozo para todo el pueblo, porque os ha nacido hoy el Salvador en la ciudad de David; y para que lo conozcais, estas señas os doy: Hallaréis al Niño envuelto en pañales y puesto en el pesebre.*» Dicho esto, juntóse de repente con el ángel una multitud de la milicia celeste, á manera de ejército, repitiendo con angelical armonía: *¡Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!*

Allá habían ido, pues, los pastores, que unos á otros se invitaban, á ver el Verbo, que se había hecho carne. ¡Con qué regocijo y contento entraron en la Cueva, hallando en ella aquellos dos Serafines incomparables María y José, y junto á ellos al Niño-Dios, reclinado sobre podres pajas! *Et invenerunt Mariam et Joseph et Infantem positum in præsepio.* Luc. II, 16. Recibiríalos el Santo Patriarca, dándoles la paz y el tesoro de sus almas; y ellos postrados en tierra, sin escandalizarse de la pobreza del Reciennacido, le adoraron por su Dios, y como á su Rey le ofrecieron tributo de gratitud y de reconocimiento. Extasiados quedarían con la majestad del divino Infante, aunque puesto en tan pobre y humilde relicario. No brillaban allí las perlas ni el oro, que admiraban en el templo de Salomón, no resplandecían los querubines del propiciatorio, no cautivaban sus miradas ni ricas vajillas, ni doradas paredes, ni artesonados techos, ni atrios amplísimos, ni sacrificios solemnes, ni respetados ministros; pero lo consagraba y enriquecía personalmente

la misma santidad; y aquel establo y pesebre les parecían un cielo, que los avasallaba. Así lo confesarían los agraciados pastores, contando á María y á José sus dulces y embelesadoras impresiones; y sus sencillos relatos y divinales afectos quedaban grabados en los corazones de José y de María, que con gran consuelo conferían entre sí y rumiaban atentamente todas estas cosas, para conhorto y alimento de sus almas. ¡Qué inefable satisfacción para los moradores de la Santa Cueva!

Llegada la hora de partir, volverían los pastores á postrarse para adorar al divino Niño; y San José saldría á despedirlos, con tanta alegría como amabilidad, dejándolos á todos satisfechos. Partían ellos magnificando á Jesús, ponderando sus dones, gracias y atractivos, sin saber hablar de otra cosa con cuantos encontraban por el camino. ¡Oh! ¡qué pajas, les dirían, que pajas tan preciosas hallaréis en aquel pesebre! ¡Mucho más bellas son que todas las rosas y azucenas de ricos vergeles! Mucho más fragantes que las flores del Edén! ¡Saetas son, que pegan en el alma el fuego del amor divino! Fuego de pajas dan, no momentáneo, como aquí se estila, sino perdurable, comunicado por el mismo Dios. ¡Id, y veréis la gran maravilla!

Los mismos y más ardorosos afectos inflamaban á los dos amantísimos consortes, que velaban en torno del pesebre. Entre tanto, construida ya la benditísima cuna por el feliz carpintero de Nazareth, dispusieronla lo mejor que se pudo; y sacando al Dios niño del pesebre, lo acostaron en aquella arca santa, como en nuevo trono erigido por el Santo Patriarca. Más ¡pobrecitos! ¿qué abrigo pondrán en ella para resguardar tan rica prenda de los rigores del frío? Créese piadosamente que, quitándose el Santo José su amarillo manto, cubrió gozoso con él al divino Infante. ¡Qué dicha!

¡Qué amor! El que viste á los pajarillos de ricas y vistosas plumas, el que engalana los lirios del campo con mayor belleza que cuanta lucía Salamón en los días de mayor gala, se hizo por nosotros tan pobre, que necesitó le abrigase nuestro Santo para defenderlo de las inclemencias del tiempo.

Otra visita tuvieron los santos moradores de la Cueva, que los inundó de júbilo. Apareció en el firmamento un nuevo astro, predicho por el profeta Balaam como señal del nacimiento del Redentor, y los Magos, reyezuelos dados al estudio y observación de las estrellas, movidos por el brillo y significación de la nueva, y sobre todo inspirados por el divino Espiritu, hollando fútiles temores y humanos respetos, emprendieron el camino de Israel á la luz del astro misterioso. Estaba ya pronosticado que los reyes de Arabia y de Sabá irían á prestar feudo y adoración al Rey de los siglos, y que los dromedarios de Madián y de Efa llegarían allí cargados de oro y de incienso. Estas profecias y la tradición, transmitida por Tertuliano y por los Santos Justino, Cipriano y Jerónimo, nos aseguran que los Magos salieron de Arabia, porque sabían que para el nacimiento del Redentor había de brillar en el firmamento la estrella de Balaam. Núm. xxiv, 57.

Ibálos guiando en su viaje el astro profetizado, hasta que, metiéndose los peregrinos en Jerusalén, lo perdieron de vista. Entonces, sin acobardarse, ni cejar en su noble empeño, acudieron á los medios humanos, deseosos de conocer el lugar del nacimiento de Jesús. Para esto se presentaron á Herodes y le preguntaron ¿dónde está el que es nacido Rey de los judíos? Con esta pregunta turbáronse Herodes y todo Jerusalén: mas para satisfacer los deseos de los príncipes extranjeros, reunióse una junta de los sacerdotes

y escribas; los cuales, habiendo consultado las Escrituras, respondieron que según las profecías, el Rey deseado de las naciones había de nacer en Belén de Judá. Comunicó Herodes á los Reyes magos esta respuesta, y enviándolos á Belén, les encargó, con refinada malicia, que preguntaran diligentemente por el niño que buscaban, y que habiéndolo encontrado, se lo hicieran saber para ir él también á adorarlo.

Allá dirigieron su rumbo los Magos, y al instante se les volvió á aparecer la estrella, con indecible gozo de sus almas, y no cesó de iluminarlos hasta que se posó con nuevos resplandores y centelleos sobre la Cueva santa, para señalarles el tesoro que con tanto afán iban buscando.

Habían llegado ya al término suspirado; y allí entraron los piadosos astrónomos, y sin curarse de la pobreza del lugar, prosternándose ante Jesús, lo adoraron y ofrecieron oro, incienso y mirra como á Dios, como á Rey y como á hombre. No dice el Evangelio cuántos fueron los reyes que visitaron al Niño-Dios, pero la tradición enseña que fueron tres, y asegura Dextro que se llamaron Gaspar, Melchor y Baltasar. Averiguan igualmente los intérpretes ¿por qué en tan ruidosa y soberana visita no nombra la Sagrada Escritura para nada á San José, contentándose con decir que hallaron los Magos al Infante con María su madre?

A esto responden sus devotos que muchas cosas se calla el Evangelio, que nos indica el sentido común. ¿En qué cabeza cabe imaginar que San José no presenciara esta embajada, una de las principales escenas ocurridas en la Cueva de Belén? ¿Cómo se quiere que dejara en momentos tan críticos á su Esposa el que había sido constituido su auxilio, guarda y consuelo por el mismo Dios? Bien puede ser que al llegar

los Magos estuviera el Santo ausente, y tal vez trabajando para sostén de la familia, por más que gozaran en aquellos días de alguna abundancia por la generosidad de los pastores; pero es indudable que, si no estuvo allí cuando llegaron los reyes, se presentaría al instante para instruirlos y agasajarlos.

Así lo confirman todos los lienzos y esculturas de los primeros siglos de la Iglesia, que nos representan la adoración de los Magos: así lo predicaba San Juan Crisóstomo en su homilía VIII sobre este misterio: así lo dejó escrito San Jerónimo en sus comentarios sobre San Mateo. Y en verdad ¿cómo había de privar el Señor á su fiel Siervo de tanta honra y consuelo? ¿Cómo se puede suponer, sin injuria de la Virgen, que no hubiera inmediatamente mandado aviso á su Esposo, indicándole la visita de los Santos Reyes? Sin disputa ninguna fué nuestro Santo el que, como cabeza de la sagrada Familia, recibió de los Magos los soberanos dones. Y aun á San José atribuye San Jerónimo que no volvieran los santos peregrinos á su patria por el camino que habían traído.

Cosa es natural y obvia que refirieran los regios astrónomos la aparición de la estrella, y todas las peripecias del viaje, y muy en especial las consultas y conversaciones habidas con Herodes en Jerusalén. Y como éste, por su ambición desmedida y sanguinaria crueldad, tenía mala fama en aquel pueblo, no es de extrañar que alguien sabiendo el encargo encomendado á los Reyes, pusiera en duda las buenas intenciones del tirano en ir también á adorar al Niño, como había prometido. Por esto, tal vez, aconsejaron á los visitantes que no volvieran por la capital; y vacilando ellos en sus resoluciones, suplicarían á la Virgen y á San José que consultaran el negocio con el Altísimo. Que hubiera consulta hecha al Señor parece indicar-

lo el mismo Evangelio, cuando nos dice: *responsó accepto in somnis*—que recibieron en sueños la respuesta. Y ¿quién lo habría preguntado, sino los dos castísimos Esposos, puestos para ello en oración?

Hace con esto grata consonancia lo que sobre el mismo punto escribe San Jerónimo: «Recibieron, dice, los santos Reyes la respuesta, no por medio de un ángel, sino por el mismo San José, á fin de que se conocieran los quilates de sus merecimientos.» Y ¿en qué se pudo conocer el privilegio del Santo, tan alabado por el santo Doctor é intérprete de la Escritura? Descifranos el enigma el celebrado Padre Cartagena diciendo: «San José desempeñó perfectamente el oficio de arcángel, cuando comunicó á los tres Reyes magos el oráculo que en sueños había recibido de Dios, por el cual se les avisaba que, sin ir á saludar á Herodes, emprendieran por otra senda la vuelta de su país.»

Todos estos portentos y visitas incentivos serían y dulce cebo para el Santo Ayo de Jesús, que avivarian su clarísima fe en la providencia con que el Señor promovía la gloria de su divino Infante. ¿Cómo, de otra suerte, se podría explicar San José la adoración de los Magos? Porque, como dice San Juan Crisóstomo tan bellamente: «¿Qué pompa real vieron estos, por la que se persuadieran que era aquel el Niño rey que ellos buscaban? ¿Dónde estaban allí las compañías armadas de la guardia real? ¿Dónde los escuadrones de caballos? ¿Dónde el ruido de carrozas, y todo lo demás que la desvanecida opulencia usurpa para soberbia ostentación de su grandeza? Porque allí no vieron sino una cueva humilde, un pesebre y unas pajas.»

¿No veía también todo esto la penetración de San José? De lo cual deduciría seguramente que además de la estrella, que con los ojos exteriores habían contemplado los augustos visitantes, otra luz más clara

les fué dada por Dios, la cual, ilustrando sus entendimientos con resplandores divinos, infundió en ellos virtud más esforzada y los trajo al conocimiento de ciencia más perfecta; porque como lo que allí miraban era vil y pobre, si no les incitara esta luz interior, nunca dieran tanta honra como dieron al pequeñuelo Jesús reclinado en el pesebre.

Con dulce placer nos entretendríamos en estas consideraciones, si la importancia de la materia que vamos tratando no nos llamara á otro punto de mucha mayor gloria para nuestro Santo, á otro hecho acaecido en la cueva de Belén, mucho antes que se verificara la visita de los Santos Magos, y es la

### III

#### CIRCUNCISIÓN DEL DIVINO INFANTE

Narra San Lucas II, 21 que llegado el octavo día, en que debía el Niño ser circuncidado, le fué puesto por nombre Jesús. Era la circuncisión á manera de un sacramento de la ley vieja, dado por Dios á Abraham para remedio del pecado original, y en señal distintiva del pueblo de Dios, por la cual los hombres fuesen dedicados al divino culto y unidos en confederación de amistad. Como fácilmente se comprende no estaba el Salvador sujeto á esta observancia ignominiosa, así por razón de su divinidad, como por su limpieza esencialmente inmaculada; y no obstante, quiso le circuncidaran para nuestra edificación y ejemplo de profundísima humildad.

Quien fuera el ministro de aquella depresiva ceremonia no consta del texto sagrado, pero puede asegurarse para gloria del Santo Patriarca que él fué quien



derramó aquella sangre divina, la primera que vertió Jesús para remedio del humano linaje. Con todo, describen algunos este acto tan solemne, pintándonos al Redentor del mundo en el templo de Jerusalén, y puesto en manos del sumo sacerdote, que ofrece al Eterno las primicias de la sangre divina; pero, si examinamos, aunque superficialmente, la verdad del hecho, tendremos que confesar que semejantes pinturas no son otra cosa, sino fruto de la imaginación del artista, ajena de toda verdad; porque ni la circuncisión se verificaba en el templo, ni eran los sacerdotes sus ministros. San Epifanio, *Hæres. XX.* dice terminantemente que Jesús fué circuncidado en la Cueva de Belén; siendo además cosa bien sabida que no tenían los niños entrada en el templo hasta la purificación de las madres, que no se verificaba hasta cumplidos los cuarenta días del parto; ni se registra en las sagradas Letras que ninguno de los hijos de Israel hubiera sido circuncidado en aquel sagrado recinto.

Hemos dicho también que el ministro de esta ceremonia para con el divino Niño fué San José; porque, en primer lugar, es cosa admitida que era propio de los cabezas de familia desempeñar este oficio; y si alguna vez, como en Séfora, mujer de Moisés, ó entre los Macabeos, fueron las madres las que ejecutaron este acto con sus hijos, esto fué una excepción, motivada por impedimento ó ausencia de aquellos á quienes competía. Y luego, descendiendo á nuestro caso, tenemos á San Efreñ siro, autor antiguo y autorizadísimo en las patria-tradiciones, que fundado en nuestra sentencia, prueba la verdad de la Encarnación del Verbo, diciendo: «Si Jesucristo no tuvo verdadera carne ¿qué circuncidó entonces nuestro San José?» ¡Tan convencido estaba de que San José fué el ministro de tan gran misterio! Y además, si el ministro de

la circuncisión era el mismo que imponía el nombre al circuncidado, ya no cabe dudar que el Ayo del divino Niño fué quien practicó este acto en la Cueva de Belén.

Cónstanos que no falta quien atribuya este acto á la misma Reina de los cielos; pero no es probable quisiera excepciones la humildísima Madre de aquel, que venía á cumplir la ley y no á destruirla; mayormente en objeto tan poco acomodado al recato y modestia propios de la Virgen de las vírgenes. El único estorbo que se podía oponer al Santo era el temor de ver sufrir á la prenda queridísima de su alma. Pero ¿qué había en la tierra capaz de apartarle ni un ápice del cumplimiento de sus deberes? Mucho más heroico que Abrahán, se dispuso á cumplir la voluntad divina.

Al mandar el Señor al Padre de los creyentes sacrificar á su hijo Isaac, contentóse con su generoso ofrecimiento; mas con nuestro Patriarca quiso el Omnipotente que, sobreponiéndose á su amor inconmensurable, aplicara el cuchillo de pedernal al cuerpo inmaculado del Niño, derramando con sus propias manos la sangre del divino Cordero; y así lo ejecutó. ¡Cuánto mayor sacrificio fué menester para esta ceremonia que para el de Abrahán, aunque tan costoso! Abrahán al ofrecer en holocausto á su primogénito, lo ennoblecía sin comparación, puesto que lo encumbraba á ser uno de los tipos más expresivos del divino Libertador del universo; San José circuncidando á su hijo Jesús, verdadero Dios, lo humillaba, rebajándolo al nivel de pecador; en tal grado, que, ponderando San Pablo esta humillación ignominiosa, dice del Señor que se anonadó. Abrahán al alzar su cuchilla contra su hijo Isaac, con toda firmeza y seguridad contaba con que su descendencia había de superar en número

á las arenas de la mar; San José no podía prometerse otro hijo semejante, y veía en aquel triste rito una certera señal de que tan querida prenda había de morir en afrentosa cruz. Abrahán ofrecía aquella víctima inocente en el monte Moria, sin otros testigos que aquellos riscos y peñas solitarios: San José arrancaba la sangre del divino Infante en el portal de Belén, delante de su misma esposa María, cuyo acerbísimo dolor acrecentaba incomparablemente el suyo.

¿No son todas estas, acaso, circunstancias agravantes, capaces de sumir el corazón de tan cariñoso Padre en un piélago de amarguras? Ciertó que se vió con usura recompensado con imponer al divino Niño el dulcísimo nombre de Jesús. Y ¿habrá alguno que se atreva á negar que fuera José el encargado de oficio tan nobilísimo y quien lo desempeñó con dulzura inefable? Porque así nos lo enseñan tanto el Evangelio como los santos Padres. En cuanto al primero, sabemos que cuando se apareció el ángel á nuestro Santo, para disipar las dudas que como peso insoportable apesgabán su ánimo, díjole terminante y expresamente. *María dará á luz un Hijo, al cual impondrás el nombre de Jesús;* nombre inefable, incomparable, dulcísimo, nombre, á cuyo eco se postran reverentes las potestades del cielo, de la tierra y de los abismos. Y añade la Escritura santa: *Fecit sicut praecepit ei Angelus.—Cumplió con las prescripciones del ángel;* y como si aún no constara con toda claridad y certeza el exacto cumplimiento del encargo angelical, nos lo asegura, diciendo. *Et vocavit nomen ejus Jesum.—Y le puso por nombre Jesús.* Matt. i. 25.

Es verdad que San Lucas escribe haber recibido también la Santísima Virgen el mismo aviso de parte del arcángel San Gabriel, como consta del capítulo I verso 31; pero cuando en el siguiente nos habla de la

ejecución de tal encomienda, nos advierte: *Et vocatum est nomen ejus Jesus.*—Y se le impuso el nombre de Jesús. Luc. II, 21. Como si para otro se hubiera dejado ministerio de tanta gloria. Concuérdalos Isidoro de la Isla, diciéndonos que fueron cuatro los que concurrieron á acto tan solemnísimo, conviene á saber: Dios, el ángel, María y José; Dios obrando lo significado por el nombre, el ángel prediciéndolo, María disponiéndolo, y José ejecutándolo.

Siempre fué considerado como atribución paterna el oficio de poner nombre á los hijos; y no era esta costumbre privativa de los judíos, que también reinaba en otros pueblos, como los atenienses, de quienes escriben los autores que después del nacimiento, á los diez días, convocaban los padres á sus amigos y parientes, ofrecían sacrificios y ponían nombre al niño. Igual fiesta se celebraba entre los romanos, los cuales imponían nombre el noveno día á los niños y á las niñas el octavo.

Por lo cual San Juan Crisóstomo introduce al ángel hablando con San José de parte del Eterno Padre, y diciéndole: «No porque este Niño sea concebido por obra del Espíritu Santo, te juzgues extraño de dispensación tan alta, porque, aunque no tengas cosa común en su generación, con todo eso, lo que es propio del Padre y no daña á la dignidad de la Madre, te lo concedo sin contradicción; y así, por más que no sea tu hijo, tendrás para con él cuidado y solicitud de Padre, y por esto te confiero la autoridad de ponerle nombre y te hago continuo del Reciénnacido.» Hom. IV, in Matt. Por parecidas palabras lo mismo dice San Agustín: «Clara señal es de que no se quitó á San José la autoridad paterna, cuando se le manda poner nombre al Niño Dios.» Y San Bernardo y nuestros Padres Salmerón, Suárez y otros, siguiendo á estos Padres, sos-

tienen que San José fué el ministro de la circuncisión y quien impuso al Infante el nombre divino de Jesús.

¿Quién con lengua criada engrandecerá el consuelo que en esto recibiría el Santo Patriarca? Porque ¿qué cargo podía conferirle Dios ni más glorioso, ni más grato á su paterno corazón? Gloria es de nuestro primer padre Adán haber sido enriquecido por el Criador con tal sabiduría, que pudiera poner á los animales de la tierra nombres que expresaran su íntima naturaleza y propiedades; mas esta gloria, bien que grande y propia del hombre antes de la prevaricación, queda eclipsada por la gloria de San José, quien, con pleno conocimiento de lo que hacía, impuso al Verbo humanado un nombre digno del Criador de cielos y tierra y del Libertador del hombre, perdido por la culpa. Alaba la Escritura á Enoc, por haber sido el primero que empezó á invocar de un modo reverente el altísimo nombre de Dios; pero ¿cuánto más digno de loa es nuestro glorioso Patriarca, por haber sido el primero en invocar el inenarrable, dignísimo y divinísimo nombre de Jesús, consuelo, alivio, y esperanza de los mortales?

Si acá en la tierra se tiene por honra y dignidad inapreciable apadrinar al heredero de un gran monarca en el sacramento del bautismo, é imponerle un nombre digno de su realeza, de modo que aun de un simple mortal diga San Juan Damasceno: *nomen imponere majestatis et dominii est*, de fid. orth. l. II, c. 3; ¿qué gloria podrá igualar á la que cupo al incomparable San José, no solo por haber sido escogido ministro idóneo de la circuncisión del divino Infante, mas también por haber gozado la honra y la dicha de poner á un Dios-hombre el nombre que más decía y mejor cuadraba á su grandeza infinita? ¡Oh! ¡Qué dulcedumbre tan divina inundaría su alma en acto tan

solemne como deleitoso! Porque, si los santos tanto consuelo y alegría recibían con solo pronunciar el misterioso nombre de Jesús, ¿qué contento y placer anegaría el alma de San José, más justo que todos ellos, al proferir este nombre celestial, recibiendo las primicias de su divina eficacia?

De San Francisco de Asís escribe San Buenaventura que cuando con la boca decía *Jesús*, se relamía de gusto los labios, como si hubiera paladeado celestial ambrosía; y que siempre que oía á otros exclamar *Jesús*, sentía su corazón lleno de suavísimo júbilo, como si escuchase angelical melodía. San Bernardo escribía de sí mismo: «Árido me parece todo manjar del alma si en él no percibo el óleo de este nombre; insípido, si no está condimentado con esta sal. Si escribes, no hallo gusto en no leyendo allí Jesús; si disputas ó confieres, no me agrada, si no suena Jesús á mis oídos. Jesús es miel en los labios, sinfonía en el oído, júbilo en el corazón.»

Pero ¿qué misterios podían hallar estos justos en el incomprendible nombre de Jesús, que no penetrara y comprendiese inmensamente mejor el justísimo Patriarca? ¿Aquellos santos encontraban en Jesús incentivos que inflamaban sus almas, por tener en Jesús á su Dios, su Señor y su Redentor? Pues San José veía en él todos los motivos que puedan consumir en llamas de amor el pecho de un padre, de un hijo, de un vasallo, de un redimido; porque Jesús era para él Hijo queridísimo, padre amante, dueño adorado y libertador supremo. Es la invocación del nombre de Jesús, como tuvimos la dicha de aprender de nuestros cristianos padres, devotísimos de este nombre, fuente de vida, causadora de gracia, auxilio del débil, consuelo del afligido, medicina de la culpa, terror de los demonios, alegría de los ángeles, luz de los ciegos, victo-

ria de los tentados, refugio de los perseguidos, puerto de los náufragos, paz de los agonizantes, gozo de los bienaventurados. ¡Qué efectos produciría, pues, este nombre divinísimo en el alma de San José, al invocarlo por primera vez entre los mortales? Si grande, si inefable fué su contento al adorar á Jesús recién nacido, si no cabía en sí de júbilo al verlo visitado y adorado por los sencillos pastores, venerado y agasajado por los Reyes magos, confesemos que falta el discurso y queda muda la lengua en queriendo declarar los efectos que este nombre divinísimo produciría en el alma del santo, virginal y amantísimo Padre de Jesús.

## EJEMPLO

*Un sobresaliente por la medalla de San José.*

En el libro de la Devoción de San José por F. P. se refiere un hecho, que nos prueba con cuanta benignidad escucha San José los ruegos de sus devotos. Vivía un joven militar, capitán de infantería, el cual deseaba vivamente obtener el grado de subintendente. Mas para ello era preciso sufrir un serio y riguroso examen. Cuando se creyó suficientemente preparado y con sólidas esperanzas de feliz éxito, se presentó á los examinadores. Pero ¡cuál no fué su pena y desencanto, cuando vió que solamente había obtenido el número quince entre los aprobados, siendo tan solo seis los que debían ser admitidos! Profundamente humillado por tan infeliz éxito, y descorazonado por completo, había resuelto no presentarse más. Para dicha suya tenía una hermana religiosa de gran virtud, perteneciente á un Instituto de mucha observancia. Sabedora ella del acobardamiento de su hermano, le escribió una cartita, incluyendo una medalla de San José, y animándole á poner en él toda su confian-

za, y á que volviera á tentar el vado, esperando del angelical Esposo de María el resultado apetecido.

Herido el buen militar por la exhortación de su hermana, á quien mucho quería, se colgó al cuello la medalla del Santo Patriarca, y se dispuso á nuevo examen. Sus esperanzas salieron satisfechas, pues no sólo fué admitido, sino que también tuvo la honra y consuelo de sacar la primera nota entre todos los candidatos. ¡Cuántos otros pudiéramos citar, que debieron á su devoción por San José análogos triunfos!

#### LA CUNA DEL NIÑO JESÚS

Según queda ya indicado, y confiesa el venerable Bernardino de Bustos, San José, luego de haber adorado al Niño-Dios, le construyó una cuna; que se venera hoy día en Roma en Santa María la mayor, llamada por esto Santa María *ad presepe*—junto al pesebre. Esta preciosa joya, venerada y custodiada por tanto tiempo por San Jerónimo fué trasladada, junto con sus mortales despojos, de Palestina á Roma el año 642, en tiempo y por las diligencias de Teodoro, papa. Baronio, el 9 de Mayo, en las notas del martirologio, Benedicto XIV en su tratado de la Canonización de los Santos, lib. IV, p. 2, c. 31, y Liverani sobre las reliquias conservadas en la basilica Liberiana, hablan de este precioso tesoro, en que descansó por cuarenta días el niño Jesús, y que es la única obra ó artefacto que nos queda del glorioso Carpintero de Nazareth.

Después de muchos contratiempos y desastres, consérvanse de ella en nuestros días solas seis tablas, al parecer de abeto, de las cuales cinco miden obra de cuatro palmos, y la sexta no llega á un palmo. En la más larga léense todavía algunas letras griegas del siglo VII de la Iglesia. Fué siempre tenida en tal apre-



cio y veneración, que el insigne cardenal Colonna la encerró el año 1289 en una preciosa urna de plata; mas, por desgracia, en 1527, cuando el saco tristemente célebre del condestable de Borbón, entre otras muchas alhajas, perdonadas por los godos y los vándalos, fué profanada y robada la santa cuna por aquellos herejes fanáticos, entre los cuales la blasfemia y el sacrilegio eran expresivo anuncio de sus errores. Sus restos fueron después recogidos con gran veneración y colocados decentemente en una caja de madera dorada.

Más tarde, el año 1585 Sixto V mandó edificar en Santa María la mayor una magnífica capilla, del nombre del papa llamada Sixtina, en la cual se guardaba la preciada cuna, y por la noche de Navidad se exponía á la pública veneración, con increíble concurso de fieles que acudían á venerarla. En el año del Señor 1606 la espléndida y devota doña Margarita de Austria, Reina de las Españas, mandó construir á sus expensas otra urna de plata para conservar tan preciosa reliquia; pero desgraciadamente volvió á ser robada por los franceses en 1801. Tornó á reparar esta pérdida la piedad española, puesto que al año siguiente 1802 la generosa doña Manuela, duquesa de Villahermosa, mandó labrar la tercera urna de plata, en la que Pío VII el 23 de Diciembre colocó con sus propias manos la santa reliquia.

Durante la república de 1849 la sagrada urna volvió á correr peligro de caer en manos de impíos y ladrones; pero, por la misericordia de Dios, se selló y escondió; habiéndose conservado como por prodigio. Pío IX en su vuelta á la ciudad pontificia, reconoció los sellos, y volvió á poner á la pública veneración la Santa Cuna, suntuosamente guardada. ¡Quiera el Señor que sea ella prenda segura del Patrocinio de San José sobre la Iglesia santa, y de su triunfo sobre los enemigos de su independencia y santa libertad! Amén.



## CAPÍTULO X

### OTROS SINSABORES Y CONSUELOS DE SAN JOSÉ

*Postquam impleti sunt dies purgationis  
ejus secundum legem Moisis, tulerunt illum  
in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.*

Luc. II, 22.



REFIENDEN los intérpretes de la Sagrada Escritura que no sólo las ceremonias de la Circuncisión, sino también la adoración de los Magos tuvieron lugar dentro de los cuarenta días en que la Santísima Virgen, fiel guardadora de los divinos preceptos, permaneció en la Santa Cueva de Belén. Mas, cumplido el plazo marcado por los ritos judaicos, al momento se dispusieron los Santos Esposos á emprender el camino de Jerusalén, donde se debía celebrar la purificación de María y el ofrecimiento del Niño Dios al Todopoderoso.

Tres leyes se cumplían en esta jornada. La primera mandaba que la mujer que diera un hijo á luz, fuese tenida por inmunda los siete primeros días, y como tal excluida de la comunicación del pueblo, hasta que fuese circuncidado el niño al día octavo. Entonces era admitida al comercio popular, pero no en el templo ni en tocar cosa santa, hasta pasados otros treinta y tres días en su retiro, que junto con los siete anteriores

suman cuarenta. Si el fruto de la madre era niña, se doblaba el tiempo.

La segunda ley era la presentación del hijo al templo, donde debían ofrecer el corderillo de un año, ó en caso de ser los padres de cortos haberes, un par de tórtolas, ó dos palominos, que se debían ofrecer en sacrificio.

La tercera ley obligaba á los primogénitos: los cuales, en conmemoración de haber Dios dado muerte á todos los primogénitos de Egipto, para libertar á su pueblo de la dura servidumbre de los Faraones, debían ser ofrecidos á Dios en el templo; y si eran hijos de levitas se quedaban allí al servicio del culto, y si no lo eran, debían ser rescatados por el precio de cinco ciclos, que en nuestra moneda valen unos veinte reales. Todas estas leyes, aunque no obligaban á María ni por razón del parto, ni por motivo de ser madre, ni por la cualidad de su Hijo, ni por la letra de la ley, ni por el misterio que ésta significaba, cumpliólas, sin embargo, la Virgen, para darnos ejemplo de humilde sujeción y cortar toda ocasión de escándalo. Así estaba profetizado ya que sucedería.

Como Zorobabel reedificara el templo de Dios, destruido por los Babilonios, dijo el Señor al profeta Ageo, c. II: «¿Quién quedó de vosotros que viera esta casa en su primera gloria y esplendor? Pues yo os digo que no tardará mucho en venir el Deseado de las gentes, y llenará de gloria esta casa, y será mayor la gloria de esta última que la de la primera;» es decir, la edificada por Salomón.

Según enseñanzas católicas cumpliósese esta profecía el día de la Purificación de la Reina sin manchilla y de la Presentación del Niño Dios en el templo. Y como en estos misterios, lo mismo que en la huida á Egipto y en el hallazgo de Jesús en el templo, cubierto otra

vez de gloria con la presencia del Mesías prometido, tomó tan honrosa parte nuestro Santo, vamos á exponer en este capítulo primeramente la Presentación del divino Infante al Señor, segundo su huida á Egipto, y tercero su pérdida y hallazgo en el templo de Jerusalén.

PURIFICACIÓN DE MARÍA Y PRESENTACIÓN DE JESÚS  
EN EL TEMPLO

Llegado el día cuarenta del nacimiento de Jesucristo, María y José, recogidos sus fardales y tomando en brazos al divino Niño, se pusieron en camino para Jerusalén, distante de allí obra de dos á tres leguas. «¿Quién será capaz, pregunta el P. Morales, ni aun de los celestes espíritus, de formarse una idea del júbilo y abundancia de divinas ilustraciones de que iban llenos los dos Consortes, llevando en sus brazos ora la Virgen ora San José al divino Cordero?» Convertido cada uno de ellos en carroza real y conductor del Monarca soberano de cielos y tierra, veíanse acompañados de ejércitos de ángeles, que los seguían, cantando nuevos himnos al Redentor, y admirando absortos la profundísima humildad de aquella Trinidad terrena, que se dirigía al templo de Salomón para un fin á primera vista tan humillante.

Bien podemos exclamar aquí con San Ambrosio dirigiéndonos á entrambos Esposos: «¿Quién es ese, que traéis tan regocijados? ¡O qué pequeño! ¡O qué grande! Pequeño en la humanidad, grande en la divinidad, pequeño en el reino de Israel, grande en el imperio de las gentes. ¿Quién pudiera, ó Virgen, descubrirnos el afecto de tu corazón al contemplarlo aquí tan peque-

ñito, nacido de tu seno, y considerarlo allí Dios inmenso? ¿Quién pudiera, ó José, penetrar los trasportes de tu alma, cuando viste en tus palmas, ó llevado en tus brazos á aquel Niño aquí criado, allí Criador; aquí alimentado, allí alimentador; aquí siervo, allí Señor; aquí sin habla, allí Maestro de los ángeles?» ¡Con qué gusto recordarían los consuelos que habían recibido con los cánticos de gloria entonados por la celestial milicia en la visita de los pastores y en la adoración de los Magos!

Con estos dulces y santos recuerdos y conversaciones llegarían á Jerusalén, encaminándose luego al templo del Señor á ofrecer su amada Prenda. Refiere San Lucas, II, 25, que había á la sazón en Jerusalén un anciano justo y temeroso de Dios, llamado Simeón, el cual esperaba con ardientes ansias la consolación de Israel ó la venida del Mesías; y el Espíritu Santo, que moraba en él, le había prometido que no bajaría al sepulcro antes que viera al Cristo, ó Ungido del Señor. Inquieren aquí algunos quién era este dichoso anciano, y no concuerdan en sus opiniones.

Unos dicen que era sacerdote, por lo cual pudo bendecir á José y á María, y aun erradamente añaden que fué uno de los setenta intérpretes, que vertieron del hebreo al griego las Sagradas Escrituras; otros, entre los cuales se cuenta nuestro P. Maldonado, niegan una y otra cosa, ni conceden siquiera que fuese levita. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto, como asegura el Evangelio, que, inspirado Simeón por el Espíritu divino, acertó á venir al templo en el mismo tiempo en que acababa de llegar la Sagrada Familia. Después de Simeón entró Santa Ana, la profetisa, igualmente guiada por inspiración del cielo. «¡Oh! exclama aquí San Bernardo: ¡Qué procesión penetra hoy en el sagrado recinto! La Virgen Madre introduce al Señor

del templo en el templo del Señor! San José presenta también al Eterno, no al suyo, sino al amado Hijo de aquel en quien halló gracia santa. El justo reconoce á aquel á quien esperaba: Santa Ana con fe viva igualmente le confiesa. Por estos cuatro empezó entonces la procesión, que más tarde se había de celebrar con gran júbilo del universo en todo lugar y por todas las generaciones.»

Simeón tomó al Niño en sus brazos, y, con los ojos arrasados en lágrimas de consuelo, bendijo al Señor y exclamó: «¡Despacha ya, Señor, á tu siervo de esta vida en paz según tu promesa, porque vieron ya mis ojos al Salvador, al cual destinaste á la vista de todos los pueblos á ser luz brillante que ilumine á los gentiles, y á ser la gloria del pueblo de Israel.» Ana igualmente alababa al Señor, y hablaba de él á todos los que esperaban la redención de su patria.

En tanto José y María escuchaban las maravillas que de Jesús se decían llenos de admiración; no porque fueran de ellos desconocidas, sino por la inefable armonía que notaban entre sus conocimientos y los que revelaba el Señor á sus escogidos. ¡Qué gozo el de aquellos santos ancianos al descubrir entre aquellos pobres pañales al Esperado de los collados eternos! Mucho se alegró Noé, cuando entre las aguas del diluvio vió á la paloma dirigiéndose al arca con el ramo de olivo en el pico, en prueba de que era ya pasada la tempestad; pero mayor fué la alegría de Simeón y de Ana, cuando vieron la paloma plateada y pura, María, que traía en sus brazos no ya el ramo de misericordia, sino el árbol todo de paz, anunciando el fin de otro diluvio mucho más durable y destructor que el noémico. ¡Oh! ¡Qué envidia santa tendrían á los castísimos Esposos en poder gozar á todas horas y estrechar con sus dichosos brazos toda la gloria del cielo!

En medio de tanta satisfacción y contentamiento volvióse el Santo Viejo á los felicísimos Padres del Niño, y los bendijo á entrambos. Decía la ley en el Levítico que al purificarse la madre: *orabit pro ea sacerdos, et sic mundabitur—rogará por ella el sacerdote, y así quedará limpia.* ¿Era esta por ventura la bendición que dirigió el venerable Anciano á los virginales conyuges, como ministro del Altísimo? Algunos opinan que sí, y en esto fundan su principal argumento para defender que Simeón era sacerdote. Pero se debe observar que la oración purificativa se dirigía solamente á la madre; y la de Simeón no fué plegaria, sino bendición, que abrazó á José y á María; á María como reconocida en la casa de Dios y aclamada tan gloriosamente por Madre del Mesías; y á José, padre adoptivo de Jesús, que en esta feria riquísima de su cargo halló tan ciertos y bien situados juros, no al quitar, sino perpetuos y de tanta gloria. Estas bendiciones, pues, fueron para una y otro de inefable contento; mas, dirigiéndose luego Simeón á la Virgen María, le dijo:

«Mira; este Niño está destinado para ruina y resurrección de muchos en Israel; será el blanco de contradicción de los hombres, y una espada de dolor atravesará tu alma.—*Et tuam ipsius animam pertransibit gladius.*» Luc. II, 35. ¡Grande, profunda fué la pena en que se sintió anegado el Corazón de María, viendo en estas palabras una profecía de la pasión de Jesucristo! «Fué tan grande, según San Bernardino de Sena, que si se repartiera entre todas las criaturas, todas ellas perecieran súbitamente de pesar.» Y ¿qué diremos del acerbísimo dolor que amargaría el pecho de San José?

Fué para él una espada de dos filos, capaz de darle la muerte, si el Señor no lo tuviera reservado para otras penas mayores. Atormentóle el vaticinio del

Santo Anciano por el finísimo amor que tenía á Jesús, recordando que sin remedio se cumplirían en su amantísimo Hijo todos los pronósticos de tormentos, agonía y cruento sacrificio consignados en los Libros santos respecto al divino Redentor. Aparecióse el Santo el día de su fiesta á la venerable Marina de Escobar (lib. IV, c. 9), y le dijo: «el Señor me dió conocimiento de las divinas Escrituras, y entendí cuánto había de padecer mi Redentor. La cruz, con que se abrazó Jesucristo desde su Encarnación, estaba clavada en mi alma, y ella me la traspasaba de suerte, que, teniendo al Santísimo Niño en mis brazos, y considerando los tormentos de que debía él de ser víctima, no podía contener las lágrimas que manaban hilo á hilo de mis ojos, hasta mojar los vestidos del divino Infante.» ¿Cuál sería, pues, la mortal agonía de San José al recobrar María al Niño Dios de los brazos de Simeón en los suyos maternales?

Parécenos contemplarlo anegado en llanto, imprimiendo tiernos ósculos en aquellos piés y manos, que debían ser enclavados, adorando aquel divino Corazón, que había de ser herido por la lanza. ¡Oh! ¡Con qué viveza recordaría entonces los tristes acontecimientos, en que, según los profetas, tanto había de sufrir aquella víctima inocente! Aquí oía á Jeremías, que se lamentaba ya de que debiera ser abofeteado y abrevado de oprobios: *Dabit percutienti se maxillam, satiabitur opprobiiis*. Thren. III, 30. Allí se le representaba Isaiás, llorando por verlo ignominiosamente confundido con los malhechores: *Et cum sceleratis reputatus est*. Isa. LIII, 12. Escuchaba luego á Zacarías, describiéndolo vilmente enclavado en infamante madero: *Et aspicient ad me, quem confixerunt*. Zac. XII, 10. Todas estas y otras circunstancias, que sin duda conocía el Padre virginal de Jesús ¿no sumirían su alma en un mar sin fondo de amargura?



Atormentóle también al Santo Patriarca la triste profecía de Simeón por el tierno amor que tenía á su Esposa. Si la pena del amante por los males del amado es proporcionada al amor que le profesa, ¿quién podrá alcanzar la tristeza de San José por los dolores de María? Porque jamás marido alguno amó á su esposa como San José amó á María. Amóla en realidad con amor purísimo, seráfico, divino; pero con amor tanto más intenso y subido, cuanto va de lo espiritual á lo carnal, de lo celestial á lo terreno; de modo que podemos decir, imitando á San Francisco de Sales, que María y José eran como dos espejos tersísimos, colocados el uno enfrente del otro; y que así como en el corazón de María se reflejaban perfectísimamente los dolores y agonía de Jesús, así en el pecho de San José reverberaban á su vez las penas y amarguras de Jesús y de María; de arte que parecían los mismos ó semejantes rayos de dolor. ¡Ay! Y si los dolores de María fueron continuados hasta que murió, ¿no debemos confesar que fueron también incesantes las angustias y tristezas de San José?

Reveló la Virgen á Santa Brígida que la espada de dolor, predicha por Simeón, no cesó un momento de desgarrar su alma hasta su Asunción á los cielos. Si tales comunicaciones tuvo María gloriosa con los pobres desterrados hijos de Eva, ¿qué no descubriría durante su carrera mortal al Secretario y conhorto de sus penas, á su amante y amadísimo Esposo el Santo Patriarca? ¡Cuántas veces platicarían sobre los encantos del divino Niño, y con el recuerdo de las futuras penas del Redentor, al brotar un raudal de lágrimas de los ojos de María, sentiría San José atravesada su alma con los filos de la misma espada que hería á la Virgen? Bien podemos, pues, y con sobrado fundamento, aseverar de tan santo Marido lo que San Bernardo publi-

có de la Reina de los dolores; y es que desde la profecía de Simeón vivió muriendo en cada instante, dado que en cada instante, asediado por el triste recuerdo de la muerte de Jesús y de los acerbísimos dolores de María, sentíase atormentado con mayor fuerza que con la muerte más cruel y sensible. *Moriebatur vivens, ferens dolorem morte crudeliorem.*

Mas ¡oh dolor! una circunstancia se encuentra en la profecía simeónica, que debía cancerar con insólita violencia las heridas de San José, circunstancia que no podía pasar inadvertida al clarísimo y perspicaz entendimiento del Santo; y es que Simeón, el cual, al notar á los Padres de Jesús llenos de admiración por sus alabanzas, los bendijo á entrambos, *benedixit illis*, en hablando de los tristes acontecimientos en que debía sucumbir víctima el divino Cordero, solo se dirigió á María: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius*; como si ella sola hubiera de presenciar la terrible catástrofe.

«¿Cómo? se preguntaría más de una vez el amante Esposo. ¿Cómo? ¿No podré ser yo en tan amargo lance, como por la gracia de Dios he sido hasta ahora, no podré ser ya el alivio y consuelo de mi Consorte? ¿La espada de dolor que atraviere su alma, no habrá de traspasar primero la mía?» Parécenos que una voz interior le respondería, como única consecuencia y solución de sus dudas: «¡Habrás ya bajado al sepulcro de tus mayores!» ¡Qué flecha había de ser ésta para su corazón de Padre y de Esposo! Mirad á un Padre amante y sólicito, á quien negocios urgentes arrancan del lado del lecho, donde sufre grave dolencia un hijo querido, asistido solamente de su madre atribulada. ¡Qué angustias laceran su angustiado corazón! «¿Morirá mi hijo durante mi ausencia? se pregunta el afligido padre. ¡Oh! Si tal hubiera de acontecer, todos

los negocios é intereses del mundo sacrificaría, antes que privarme del consuelo de cerrar á mi hijo los ojos y aliviar á mi desolada mujer.» Este era el amargo trago que entristecía á San José.

Sacaba de la profecía de Simeón esta verdad aflictiva: «¡Bajarás al sepulcro, sin acompañar á Maria en su doloroso quebranto, ni consolarla en su triste soledad! ¡Bajarás al sepulcro, perdiendo la compañía de los que han de formar las delicias del empiro!» Todas estas y otras parecidas ideas, á cual más aflictivas, ¿no harían pedazos el corazón de tal Padre y tal Esposo? No se puede negar, con todo, que tanta tristeza quedó notablemente endulzada con las esperanzas formuladas en el mismo vaticinio del Santo Anciano.

Quando nuestro Patriarca, lleno de celo por la divina gloria, oyera que Jesús, que su amadísimo Jesús había de ser luz fulgentísima, que iluminase á las naciones y fuera gloria de su pueblo de Israel; que con sus penas y su muerte había de atraer á sí, no ya á una pequeña nación cual la judía, como la ley de Moisés, sino á los pueblos todos del universo; y que al resplandor de sus enseñanzas, disipándose las tinieblas de la ignorancia y de la idolatría, que todo lo tenían avasallado, habíanse de convertir al divino servicio las naciones gentílicas, sumidas hasta entonces en las sombras de la muerte, ¿no se creería colmadamente retribuido por sus desvelos y sacrificios? Contento y resignado recibiría en sus brazos al divino Infante, cuando se lo entregase Maria, para postrarse devota á los pies del sacerdote y recibir su bendición.

Mas, concluida la plegaria sacerdotal y purificada la Virgen sin mancha, presentaría José al ministro del Señor aquella Hostia pura, santa é inmaculada, para recobrarla redimida por los cinco ciclos prescri-

tos por la ley. Con mayor generosidad se había conducido respecto á la ofrenda de la Purificación; porque, si hemos de dar crédito á lo que se representa en muchos cuadros antiquísimos, nuestro Santo ofreció no simplemente un par de tórtolas ó dos palominos, como prescribía la ley, sino los dos pares á la vez, para mayor culto y servicio de Dios; ofrenda y rescate, por el cual los Santos Doctores dan al Santo Patriarca el título de Redentor de Cristo. Terminadas ya con gran fervor y devoción aquellas religiosas ceremonias, algo temerosos estarían en Jerusalén aquellos santos Cónyuges, recelándose de la ira y envidia de Herodes, que aguardaba todavía á los Magos, vueltos á su país por otra senda. Por esto trataron de salir cuanto antes de la ciudad santa y tornarse á Belén, para desde allí emprender el camino de Nazareth y descansar en el retiro de su casa.

## II

## HUIDA Á EGIPTO

Llegó la Sagrada Familia tranquila á Belén, dispuesta á tomar la vuelta de su patria, cuando Herodes, excitado tal vez ó por los portentos que de Jesús se contaban en la misma capital, con ocasión de los encomios del Santo Anciano y de Ana, ó porque los Reyes habían burlado sus esperanzas inicuas, montado en cólera juró perder al Niño, heredero del trono de Israel. ¿Qué no maquinan la ira y envidia desapoderadas? Para que no se escapara de sus crueles tramas el divino Infante, mandó el tirano quitar la vida á todos los menores de dos años en Belén y en su comarca. Pero ¿qué puede la malicia de los grandes y poderosos del mundo contra la providencia del Señor? No había

llegado aún la hora del sacrificio ni el poder de las tinieblas; por tanto, Jesús saldrá incólume de todas las diabólicas asechanzas.

«*Herodes, ¿qué temes?* pregunta la Iglesia. *Non eripit mortalia qui regna dat caelestia.—No viene á quitar reinos caducos quien reparte los eternos.*» Con todo, Herodes manda ejecutar sus órdenes sanguinarias, con ánimo de matar á Jesús. ¡O locura! ¡Como si Dios no velara por los suyos! ¡Como si pudiera caer un cabello de nuestras cabezas sin divina ordenación! Estaba, con todo, profetizado y entraba en los planes eternos que se celebrara el advenimiento del que por todos debía morir en cruz con el triunfo de inocentes mártires; los primeros en confesar á Jesús, no con sus lenguas, sino con sus infantiles vidas.

Y ¿cómo se librará de semejante tiranía el que era nacido Rey de Israel? Ved aquí que de noche, cuando San José descansaba tranquilamente, se le aparece en sueños el ángel de Dios y le dice: *Levántate, toma al Niño y á la Madre, y huye á Egipto; pues Herodes busca al Infantito para matarle.* No es menester ponderar el sobresalto que recibió San José al oír del celestial heraldo los sanguinarios propósitos del tirano. Sus entrañas de cariñoso Padre y de amante Esposo se conmovieron tristemente, con sólo pensar en la pérdida posible de Jesús y en el dolor indudable de María. ¡Qué presto empezaba á realizarse la profecía de Simeón! Por esto el glorioso Patriarca, solícito y obediente, trata de salvar al instante las prendas de su alma, huyendo aquella misma noche de las insidias de Herodes. Mas ¡cuántos pensamientos penetrarían su corazón como dardos envenenados!

Para llegar á Egipto era preciso un viaje largo, de unas diez y seis á veinte jornadas; el camino era escabroso, desconocido, á trechos lleno de bosques, á

trechos interrumpido por pesadísimos arenales; el tiempo, como de invierno, desagradable é inseguro; sin guías, sin vituallas, sin suficientes alivios para conllevar las inclemencias de la estación y los sustos inevitables en riesgo tan inminente. Además ¿á donde irá el justo Patriarca con el Niño, que no puede dar un paso, con la Virgen Santísima de unos diez y seis años de edad, tan joven como delicada, sin estar hecha á tales fatigas? ¿Qué tribulación mayor podía sobreenir á un Padre y Esposo como San José?

¡Qué dolor! Y debe huir de su patria á un país extraño, de entre fieles adoradores de Dios al medio de ciegos idólatras esclavos del diablo, de la compañía de amigos y paisanos de un mismo idioma al trato de gente sospechosa y de lengua desconocida. ¿Puede imaginarse mayor sacrificio? «Pero; ¡Señor! exclama aquí San Pedro Crisólogo: ¿cómo lo harán estos dos pobres Consortes? ¡No tienen sirviente ni criada, solitos por aquellos andurriales! ¿De qué comerán los cuitados, á no ser de la pobreza que lleve el santo Patriarca, ó de lo que recojan de limosna? ¿Dónde se acogerán ú hospedarán durante la noche, señaladamente al atravesar las cien millas de arenoso desierto, en cuyo trayecto no alienta persona humana?»

¡Oh! ¡Qué angustias serían las de San José! ¡Qué tristes pensamientos ahogarían su alma! ¡Pobrecitos! Tendrían que dormir al sereno, en la fría arena ó debajo de algún árbol; se verían expuestos á las injurias del tiempo, y correrían riesgo de caer en manos de ladrones, ó en las garras de fieras indómitas, tan numerosas entonces en aquellas incultas tierras. Pero ¿qué importa todo esto para el ánimo valeroso, bien que acongojado del Santo José? ¿No merece todos estos sinsabores y fatigas la salvación del Niño-Dios y de su Madre Santísima?

Por ellos lo arrostra todo, y pone en cumplimiento con toda prontitud, sumisión y diligencia la voluntad de Dios manifestada por el ángel. Levántase José de noche, y sin pretextos, rodeos, ni excusas toma á Jesús y á María, y pone en salvo sus vidas huyendo á Egipto.—*Qui consurgens, accepit puerum et matrem ejus, et secessit in Ægyptum.* Matt. II, 14. No importa que la empresa sea tan penosa como ardua y difícil. Huyen en la oscuridad de la noche, que si bien ayuda á la seguridad de no ser vistos ni descubiertos, entorpece, con todo, la marcha y acrecienta los temores de que, extraviándose del sendero, en vez de esquivar, busquen, sin conocerlo, el peligro. Pero esta es la voluntad de Dios; y de noche viajan, fiados en que la divina Providencia, que así lo dispone, no los abandonará.

«Pero, Señor, pudiera exclamar alguno; ¿por ventura no bastara un ligero milagro para librarlos de las sangrientas redes de Herodes?» Sin duda; y aun sin milagros, ni necesidad de huir á Egipto, pudiera el Señor ponerlos en seguro; pero en esto no piensan los expatriados, pues no quieren tentar á Dios, cuyos inexcrutables juicios adoran; y sin importunas investigaciones: con rendimiento admirable cumplen el divino mandato. «Mas, Señor, replicará otro: los esclavos del mundo, cuyas almas venís á salvar ¿no se escandalizarán, teniendo semejante retirada por indigna de Dios, por sobra de temor y exceso de cobardía?» Así podrán, sin fundamento, pensar los incrédulos; pero los verdaderos discípulos de Jesús, los imitadores de José y de María venerarán tales disposiciones, sacando de ellas saludables enseñanzas.

¡Con qué paz y tranquilidad santa viajaron los santos Peregrinos! El niño Jesús, colgado con sus bracitos al cuello ya de José, ya de María, pagaba colma-

damente sus amarguras. No se puede negar, sin embargo, que muy especialmente por la noche al ruido de las ramas, al murmullo de las aguas, al ladrido de algún perro, llenos de recelo santo por la crueldad de Herodes, se pondrían inmediatamente en guardia para evitar emboscadas; pero, tomadas las providencias que les dictaba su amor prudentísimo, descansaban satisfechos en manos de Dios con seguridad tal, cual si hubieran viajado libres de todo temor entre gente amiga. Y motivos tenían para tan inalterable confianza; porque aquel que á los Hebreos envió de día una blanca nube y una columna de fuego por la noche para señalarles el camino, aquel que dió á Tobias un ángel de compañero y guía para conducirlo á Rajés, y alumbró á los Magos con una nueva estrella para llevarlos á Belén, ¿había de abandonar al azar y á la ventura á la sacratísima Familia en un viaje no menos largo que peligroso? De seguro que no.

Con esta providencia, pues, tan singular llegaron los cuitados viajeros á Egipto; y según una piadosa tradición, admitida por San Anselmo, fijaron su vivienda en Heliópolis, patria de Aseneth, esposa del antiguo José; y allí residieron durante su destierro, sin otros recursos que los del trabajo y los suministrados por la caridad de algunos judíos, allí establecidos. Habíanse, en efecto, acogido allí muchos Israelitas fugitivos en tiempo de la persecución de Antíoco Epifanes; los cuales, no sólo recibieron refugio por parte del rey egipcio Tolomeo Filometor, sino que también fueron honrados con la libertad de poder erigir una sinagoga para las ceremonias de su culto. ¡Grande sería el consuelo, que con esto recibirían María y José al poner su morada en Heliópolis; pero fué mayor aún el que les proporcionó la nueva llegada á sus oídos en su entrada en aquel país!



Es tradición constante, autenticada por la autoridad de muchos Padres y Doctores, como sostiene el Abulense, que á la llegada de San José en compañía de Jesús y de su Madre Santísima cayeron derrocados por el suelo los ídolos venerados en Egipto; asegurándose que solamente los que se adoraban en el templo del sol, del cual tomaba la ciudad el nombre de Heliópolis, subían á la suma de trescientos cincuenta y cinco. El P. Séñeri y el P. Cartagena predicán que no hubo altar en todas aquellas provincias, del cual no fueran los dioses arrojados. ¿No llenarían estas nuevas de santo júbilo el corazón de José y de María?

Ni era esto para ellos caso imprevisto; porque, según varios expositores, estaba ya profetizado por Isaías semejante derrumbamiento, cuando dijo: *Ecce Dominus ascendet super nubem levem et ingreditur in Ægyptum, et commovebuntur simulacra Ægypti a facie ejus*, Isa. XIX, 1. *He aquí que subirá el Señor sobre ligera nube, y entrará en Egipto, y á su entrada las estatuas de los dioses caerán derribadas.* Y ¿cuál es esta nube ligera si no los brazos de José y de María, los cuales llevaron al Niño-Dios á aquellas regiones? Como al salir de Egipto el pueblo de Israel, no hubo una sola casa donde los primogénitos idólatras no perecieran heridos por el ángel exterminador, y como en otro tiempo se derrumbó y quedó hecho pedazos el ídolo de Dagón en presencia del Arca del Testamento, así á la entrada de estos justísimos Peregrinos no hubo estatua en los templos egipcíacos, que no cayera de su trono hecha añicos.

De aquí tomaría pie el Santo Patriarca para hablar con aquellos infelices, que yacían en las sombras de la muerte, ya de lo absurdo de sus degradantes supersticiones, ya de los tesoros de la verdadera religión, que venía Jesús á difundir por el universo. No

podemos, por tanto, dudar que con su trato no menos humilde que suave, con su caridad tan inflamada como prudente, aprovechando los celosos Consortes las ocasiones de hablar sobre los negocios del alma, harían entre aquellas gentes numerosos prosélitos, á quienes abrirían las puertas de la eterna vida. Así lo supone al parecer San Agustín, cuando admirado escribe: «En otro tiempo cubrió Moisés de tinieblas palpables todo Egipto; y ved ahí que penetra Jesús en esas mismas regiones, iluminando con insólita luz á los que estaban sentados en la oscuridad de la muerte.» ¿Cómo no habían de coadyuvar José y María á esta difusión de la luz divina?

¿El ejemplo de su paciencia heroica no bastaba para trocar los más duros corazones? Su pobreza inefable y su inagotable generosidad ¿no predicaban desprecio de todo lo caduco y amor de lo eterno? ¡Qué conformidad en medio de sus miserias y privaciones! El jornal de San José y lo poco que la Virgen ganaba con la aguja, el huso y la lanzadera eran casi los únicos medios, con que contaban para la subsistencia. Y asegúranos Landulfo de Sajonia que, á pesar de su asiduo trabajo, llegó á tanto la indigencia de la pobre casa gobernada por San José, que apenas empezó á balbucir el Santísimo Infante, cuando, acosado más de una vez por el hambre, pedía de comer, y no tenían un mendrugo de pan para satisfacerle. ¡Qué tragos para un pobre padre! Y María y José lo sufrían todo santamente resignados, y allí permanecieron sin quejas, murmuraciones ni exigencias hasta que, conforme á las instrucciones recibidas, avisara de nuevo el ángel para volver á Israel. ¡Qué ejemplos tan brillantes de sumisión y de paciencia!

A su imitación huyeron también muchos fieles de los lazos que les tendían nuevos Herodes, y se retira-

ron á las soledades de Egipto. Innumerables fueron los que con el tiempo, movidos de este espíritu, excitados por la voz de inspiración angélica, abandonando comodidades, riquezas y sus propias familias, llenaron los desiertos de la Tebaida y las orillas del Nilo; y miles de miles de religiosos vivían retirados, como la Sagrada Familia, entregados al trabajo, á la meditación y al canto de himnos sagrados. San Juan Crisóstomo escribe que aquello parecía un cielo, con inmensa variedad de estrellas, que publicaban la gloria del Redentor. Solo en la ciudad de Oxinorinco se contaban diez mil monjes y veinte mil vírgenes; muchos de los cuales se habían acogido al desierto, huyendo de las persecuciones de los tiranos, para no agraviar ni simuladamente á Dios. ¡Tal fuerza comunicaban los ejemplos de Jesús María y José en su destierro de Egipto!

### III

#### VUELTA DE LA SANTA FAMILIA Á ISRAEL

#### Y PÉRDIDA DE JESÚS

Según opinión de San Buenaventura y otros, habíanse cumplido ya siete años que la Sagrada Familia vivía en el destierro, cuando se supo la muerte de Herodes, acaecida en castigo de sus crímenes y crueldades; pues murió devorado por hambre canina, martirizado por agudos dolores y roído de gusanos. ¿Qué detenía ahora á los ilustres expatriados lejos del hogar y privados de las augustas ceremonias del templo de Jerusalén? La obediencia, y solamente la obediencia. Había dicho el ángel al Santo Patriarca: *Esto ibi usque dum dicam tibi.*—*Permanece allí hasta nuevo*

*aviso*. Matt. II, 13: y allí se quedó en paz y sosiego, cumpliendo la voluntad de Dios.

Pero hé aquí que cuando eran ya queridos y honrados de sus convecinos, y conocidos por sus extraordinarias virtudes para bien de muchas almas, cuando podían vivir en el destierro más holgados que en su patria, felices según Dios y el mundo, entonces se apareció en sueños á José el ángel y le dijo: *Levántate; toma al Niño y á su Madre y vuelve á tierra de Israel, pues murieron ya los que lo buscaban para matarlo*. Es de notar que en las sagradas Páginas no se nombran siquiera ni Herodes, ni tampoco los que por adulación le auxiliaron en sus horrendas maldades. Pero ¡cómo velaba el Señor para conservación de la vida de los que formaban aquella Trinidad terrena, tan querida de la celestial!

Atalía, madre de Ococías, se alzó con el mando de Judá, y muerto su hijo, intentó matar á todos los de real prosapia, con el fin de que nadie le disputase la corona. Pero Josaba, hija del rey Joram, sacó á Joás de entre los demás hijos del rey, llevólo del comedor junto con su ama de leche, y escondiéndolo para librarlo de la furia de Atalía, no paró hasta que después de siete años lo vió sentado en su trono, ceñidas las sienes con diadema real. Mejor que Josaba salvó nuestro Patriarca al niño Jesús, que con tanto amor criaba María, guardando á los dos de la rabia del sanguinario Herodes, hasta que después de siete años pudo volverle sano y salvo á Israel, donde había de empezar su reinado sobre todos los corazones. Allí la voz del sumo sacerdote Joyada manifestó que había llegado el tiempo de sacar á Joás del encierro; aquí la voz del ángel indicó á José que ya era tiempo de tornar á su patria: y José, sin excusarse ni con las dificultades del camino, ni en la buena acogida de que

gozaban en Egipto para mucha gloria de Dios, cumplió al instante el aviso del celeste mensajero.

Habiéndose, pues, despedido de sus buenos amigos y bienhechores con verdadero afecto, tomó San José al Niño y á su Madre, y emprendió la vuelta de Israel. No le había el ángel determinado el lugar, donde pudiera vivir seguro con sus dos preciosísimas joyas, sino que había dejado á su discreción y prudencia escoger el punto que más le pluguiera. Por tanto, sea, como dice San Agustín, porque San José pretendía poner su morada en Jérusalén, por ser aquella ciudad cabeza del reino, asiento del templo y escuela de los profetas, sea, conforme opina Jansenio, porque deseara ir á ofrecer sacrificio en hacimiento de gracias por su regreso á la patria, allá dirigió sus pasos, según opinión común. Mas hé aquí que después de algunas jornadas, internado ya en aquel reino, llegó á su noticia que reinaba en Judea Arquelao por Herodes su difunto padre. ¡Qué sobresalto! ¡Qué angustia se apoderó del Padre virginal de Jesús con nueva tan aterradora!

Porque Arquelao era hombre cruel, sanguinario y ambicioso como su padre. Cuentan los historiadores judíos que por temor de que lo despojasen del gobierno, había quitado la vida á tres mil ciudadanos de los más conspicuos entre sus vasallos. ¿Qué no debía recelar José de aquel nuevo monstruo de iniquidad? Si por fútiles pretextos con tanta fiereza se había conducido con gente honrada ¿qué hubiera hecho en llegando á su conocimiento que tenía en sus dominios al que había nacido rey de Israel, á aquel mismo á quien había su padre intentado matar? Amargura sería para San José, y amargura acerbísima oír de labios autorizados las arbitrarias crueldades y tiranías con que Arquelao había pretendido afianzar su

trono. Con su imaginación viva y su clarísimo entendimiento ponderaría nuestro Santo la injusticia con que había vertido el déspota la sangre de tan nobles patricios, y en esta sangre vería comprometida la vida de su adorado Hijo y tesoro de su alma. Las quejas de los injustamente oprimidos, los ayes de viudas y huérfanos sacrificados, los nuevos fieros y amenazas de los opresores le harían ver el peligro en que se metía con proseguir su camino, y le traerían á la memoria los obsequios y dulce trato que recibían en Egipto, la grata paz y tranquilidad de que gozaban en tierra extraña. ¿Qué hace José en tan apurado trance?

No ignora que aquel que no acelera la hora de Dios, es comunmente quien acierta; por lo cual, sin impacencias, ni precipitaciones, ora y trabaja, clama al cielo por el remedio oportuno, y toma diligente las medidas que le dicta su prudencia iluminada. En efecto; no se hizo de esperar la luz ó amparo apetecido, puesto que estando San José sosegadamente dormido, se le apareció el ángel, diciéndole que pasara á Galilea, donde viviría seguro. Y en verdad reinaba allí Herodes Antipas tetrarca, hombre mucho más humano y benigno que su hermano Arquelao; y José pudo, sin riesgo ninguno, poner su residencia en Nazareth, de tan dulces recuerdos para su alma. ¡Así templó el altísimo con los bienes los males, con las esperanzas los temores, con las alegrías las tristezas!

¡Qué gozo inundaría el corazón de San José con poder besar de nuevo aquellas paredes visitadas por el ángel, venerar aquella morada donde el Verbo se había hecho carne, habitar sin zozobras aquella santa casa, de donde había vivido por tanto tiempo alejado! Allí gozaría del trato familiar de Jesús, que si en todas edades y tiempos fué dulcísimo, sería lo muy particularmente en la niñez, que de suyo es edad muy

más tierna y amorosa. En este suavísimo trato hallaban José y María un manantial inagotable de sólida ventura; y en ella se deleitaban viendo crecer al Niño en edad, y que con la edad aquella sabiduría y virtud divina, que tenía encerrada en su corazón, iba redundando y trascendiendo fuera, con edificante admiración de cuantos le conocían.

A su sombra iban también creciendo en santidad sus amantísimos Padres, entregados á la oración, al trabajo y al cumplimiento de todos sus deberes. Tenían, con todo, preferencia en su ánimo los deberes para con Dios, y por ello los alababa San Lucas, en especial por su observancia ejemplar de la divina ley; observancia digna de ser imitada de todos los cristianos. Estaba prescrito en el Deuteronomio que todos los varones visitaran tres veces al año el templo de Jerusalén, para ofrecer al Señor adoraciones y sacrificios. Eran los días señalados: primero, la solemnidad de los ácidos en Pascua, después la fiesta de las hebdomadas en Pentecostés, y por último la festividad de los Tabernáculos. Aunque las mujeres no estaban obligadas á semejantes leyes, y podían, sin ofensa de Dios, permanecer en sus casas; con todo, la Santísima Virgen, por su gran empeño en promover la gloria de Dios, como quiera que mediara entre Nazareth y Jerusalén el largo trecho de unas cuatro jornadas, acompañaba todos los años á su ferviente y obedientísimo Esposo en estas festivas peregrinaciones. Así nos lo enseña el Evangelio: *Et ibant parentes ejus per omnes annos in Jerusalem in die solemni Paschæ.* Luc. II, 41.

Al llegar Jesús á los doce años, como ya tan grandecito, no debía quedar en casa; y así por la fiesta de Pascua partió á Jerusalén junto con sus Padres, siendo por el camino la admiración y consuelo de todos.

Para el cumplimiento del divino precepto hubiera bastado á la Sagrada Familia permanecer un solo día en la santa ciudad; pero lo que era suficiente para su deber, no bastaba á su fervor, y así, como espejo perfectísimo de fervorosos fieles, pasaron allí toda la semana de los ácidos, «sirviendo todavía á las sombras y figuras, como dice Eusebio Emiseno, gozando ellos ya de la verdad.» Hom. infr. oct. Epiph.

En estas solemnes reuniones había la costumbre laudabilísima de estar los hombres separados de las mujeres, según dice el ven. Beda; pudiendo los niños agregarse á los unos ó á las otras, como mejor les agradase. Llegado, pues, el día de partir, arreglado todo y á punto de ponerse en camino, fueron los peregrinos al templo, para dar gracias á Dios y suplicarle les concediera feliz viaje. Satisfecha ya su devoción, saliéronse cada uno por su puerta; y juzgando que su prenda adorada estaría en la comitiva del otro, siguiéron los dos santísimos Esposos una jornada, sin notar la ausencia de Jesús, que secretamente se había quedado en la ciudad. *Remansit puer Jesus in Jerusalem, et non cognoverunt parentes ejus, existimantes illum esse in comitatu.* Luc. II, 43.

Solo por una providencia especial se puede concebir que tan amantes y solícitos Padres no advirtieran en tanto tiempo la ausencia de su Hijo amado; y así lo quería Jesús, porque tenía resuelto principiar su magisterio dando al mundo desengaños, y descubriendo como un rayo de su divino resplandor, para desde entonces apereibir los ánimos á su celestial doctrina. Escriben algunos que Machmas, ciudad populosa, llamada hoy día El-Bir, era donde solian juntarse los peregrinos, hombres y mujeres, al volver de las fiestas de Jerusalén hácia Samaría ó Galilea. Fuera, pues, que alcanzando San José á la comitiva en que iba la



Virgen, y no hallando al querido de su alma, siguieron entrambos hasta hallar la caravana de los peregrinos en busca del Hijo perdido, como al parecer lo indica el sagrado Evangelio al decir *venerunt iter diei*; fuera que llegara el uno separado del otro hasta Machmas, y notaran allí la pérdida de su amada prenda, es lo cierto que al cabo de la jornada, inquiriendo entre parientes y conocidos, no dieron con la joya suspirada.

¡Juicios de Dios inescrutables! ¿Quién adivinará los fines altísimos del Señor en afligir así á sus amadísimos Padres? Sea que pretendiera acrisolar su amor y humildad profundísima, sea para hacer ostensión de su divina independencia, sea por otros motivos de la divina gloria, Jesús se hizo perdidizo, y se quedó oculto en Jerusalén; sin dar el menor aviso á ninguno de los peregrinos. ¡Qué pena anegaría los corazones de María y de José al verse sin el consuelo de su vida! Sin pérdida de tiempo fueron preguntando por Jesús á todos los de la caravana, y como nadie les supiera dar razón, es indecible la tristeza en que se vieron sumergidos.

Aquella noche, aunque cansados del camino del día, no pudieron cerrar los ojos, ni dar reposo á sus fatigados miembros; sino que entonces mismo, ó según opinan otros, al despuntar del alba, tomaron la vuelta de Jerusalén para correr en busca de su codiciado tesoro. ¡Con qué cuidado irían preguntando á todos los transeuntes por aquel Lucero hermoso, que se les había escondido, por la Flor bellísima de toda gracia y virtud, en quien se deleitaban las miradas del Eterno! Pero todo en vano; nadie les daba ni el más ligero indicio del imán de sus amores. Común era aquí la desgracia, común el dolor entre José y María; toda dolor y amor era María, todo amor y dolor era José,

dice el Padre Cartagena; pero si cabe alguna diferencia, y prescindimos de la inmensidad del amor y del dolor de María, más acerba nos parece en algún modo la amargura del Santo Patriarca, ya porque además de sentir entrañablemente la privación y ausencia de su amado Jesús, además de temer las incomodidades que sufriría aquellos días Niño tan tierno y delicado, no podía menos de experimentar pena increíble al contemplar á su amadísima Esposa sumida en tan triste soledad, ya, sobre todo, porque en su profundísima humildad se atribuía á sí propio toda la culpa de aquella tan inconsolable pérdida.

¡Triste de mí! diría en su interior. Y ¿porqué ni un sólo instante le dejé partir de mi lado? ¿No era más propio que un Niño tan crecido fuera con los hombres y no con las mujeres? ¡Qué mal cumplí con el oficio de custodio que el Eterno me tenía encomendado! ¡Gozo de mi vida, prenda de mi corazón, que mal te guardé, pues tan desgraciadamente te perdí! Y ¿cómo podremos ni tu madre ni yo sin tí vivir?»

Cuando la Madre de Tobías, cansada de tanto esperar la vuelta de su hijo, volvía á su casa sin consuelo, lloraba amargamente y exclamaba. «¡Ay de mí! ¡Ay hijo mío, lumbrera de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra posteridad; teniendo en tí solo juntas todas las cosas, no debíamos haber permitido te alejaras de nosotros!» Tob. x. 4, 5. ¿Qué diría y qué sentiría la Virgen Santísima no encontrando á Jesús?... El Padre del joven Tobías, atravesado de agudísimo dolor con los tristes ayes de su esposa, le decía. «Cállate mujer; no te inquietes, que nuestro hijo lo pasa bien...» ¡Oh! Nuestro Patriarca, herido vivamente por la pérdida de tan rica prenda, ¿no haría esfuerzos de flaqueza para ocultar su tristeza y consolar á su afligidísima Esposa?

Si Rubén, cuando no halló á su hermanito José, rasgando de pena sus vestidos, decía á sus hermanos: *Puer non comparet, et ego quo ibo?*—*¿No comparece el niño, y á donde iré yo?* ¿Qué exclamaría nuestro Santo en viendo que después de tanto inquirir, de tanto andar y de tanto correr no hallaba al Niño de su alma? ¿Qué de discursos y cuán tristes harían los dos Consortes en tan lamentable percance! Y como es propio de santos pensar culpa donde no la hay, tal vez atribuiría el Padre virginal de Jesús á su falta de diligencia y de reverencia pérdida tan sensible, aumentando con estos pensamientos su doloroso quebranto. Por lo demás, bien se puede dar por seguro que ni José ni María prorrumpirían jamás en palabra ninguna reprehensible ni menos edificante, por intenso que fuera su dolor; porque además de la santa conformidad en las divinas disposiciones que los distinguía, tenían todos sus afectos sumamente sujetos y templados. Y en hecho de verdad, incomparable sería su tristeza; por cuanto nadie como ellos comprendía la inmensidad de su pérdida, y aunque con la debida moderación y sosiego, nadie como ellos la sentía, ni podía sentir con tanta viveza y ternura.

Como se puede fácilmente presumir, en llegando los santos Consortes á Jerusalén, inmediatamente se pusieron á buscar á su Hijo queridísimo dentro y fuera de la ciudad, empezando por la posada, donde habían comido aquellos días. Mas pasaron el segundo día, sin poder adquirir ni rastro del paradero de Jesús. ¿Qué noche fué aquella! ¿Con cuánta mayor verdad que David podían exclamar: *Mis lágrimas sirviéronme de pan día y noche oyendo á todas horas preguntarme: ¿Dónde está tu Dios?*—*Ubi est Deus tuus?* Ps. XLI. 4. ¡Oh! ¿Con qué amargura en medio de aquellos apuros traerían á la memoria el vaticinio de Si-

meón, temerosos de que no hubiese principiado ya su cumplimiento! ¡Qué perezosas correrían para ellos las horas de aquella noche, afanosos de volver de nuevo en busca del Cordero divino!

¡Oh Señor! exclama aquí la devoción; ¿cómo no os compadeceis del triste desamparo de vuestros amantísimos Padres? ¿Cómo no enviáis á José un ángel, que le descubra vuestros santos designios, y le diga dónde se esconde, dónde sesteá su amado. Era preciso que padeciera San José, apurando el cáliz de amargura por espacio de tres días, tipo y figura de los otros tres, en que María, puesta en tristesísima soledad, había de llorar muerto al fruto bendito de sus entrañas. En efecto; llegado el tercero día, sin que aquellos afligidísimos Esposos hubiesen tomado alimento ni descanso, embargados entrambos por el dolor, sin otras ansias que de llorar y de orar, buscando en las lágrimas lenitivo de sus penas, resolvieron ir al templo, para con sus preces mover al Señor á piedad de sus almas desoladas.

¡Oh, qué dicha! Allí, allí con indescriptible júbilo, con purísimo é inmenso contentamiento de sus corazones, encontraron á Jesús, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y arguyendo con ellos, preguntando y respondiendo con sabiduría celestial. ¿Quién será capaz de formarse una idea, siquiera tenue, de los extremados afectos que se agolparían en los ánimos de José y de María con encuentro tan inesperado? El amor y la satisfacción los hubiera impelido á romper por entre los doctores y abrazar con transportes de alegría la prenda de su corazón; pero dueños de sus ímpetus, supieron templar su ardor santo, quedando como extáticos ante aquel espectáculo gratisimo, y participando de los sentimientos de los espectadores, que salían estupefactos por la sabiduría y celestial

prudencia de las respuestas que daba el divino Manco. — *Stupebant autem omnes super prudentia et responsis ejus.* Luc. II, 47.

San José, lleno de admiración extraordinaria, suspensa por el gozo con que veía á Jesús glorificado por los doctores de la ley, no profirió ni una palabra al encontrar á su divino Tesoro; mas la Virgen, no menos contenta y transportada que su justísimo Esposo, pero más dueña de sí, dirigiéndose á Jesús, le dijo: *Hijo ¿cómo te portaste así con nosotros? Mira, tu Padre y yo llenos de dolor te andábamos buscando.* Que este glorioso nombre de Padre de Cristo daba María á San José, ya para honrarle como cabeza de su casa, ya porque nombrándole de otra manera, pudieran los judíos juzgarlo mal, con agravio del Hijo y de la Madre, ya también porque, como dice San Bernardino de Sena, en el sentimiento de su pérdida había demostrado afecto de verdadero Padre.

A las sentidas palabras de María respondió el divino Infante: *¿Por qué me ibais buscando? ¿Ignorabais, por ventura, que me conviene tratar de las cosas tocantes á mí Padre?* Y añade la Escritura que por entonces no comprendieron ellos el sentido de estas palabras, por los grandes misterios que en sí encerraban. Mas ¡qué alegría tan grande fué la de aquellos antes desconsolados Consortes! Mejor que David podían exclamar cada uno de ellos: *Convertisti planctum meum in gaudium mihi.* — Trocásteme, Señor, mi llanto en gozo; gozo y alegría tanto más intenso y grato, cuanto más acerba había sido la tristeza y desolación. Con tan riquísimo y jubiloso hallazgo volviéronse los Santos Esposos á Nazareth, donde Jesús en todo les estaba sujeto, *et erat subditus illis*, y donde disfrutaron por algunos años de una especie de paraiso anticipado. ¡Qué gloria la de San José en gobernar tan celestial y

santa Familia! ¡Cómo paga el Señor las penas y sacrificios sufridos por su gloria!

Es verdaderamente este mundo un valle de lágrimas, donde por do quiera tenemos que pisar espinas; y si algún consuelo sólido se disfruta, este lo goza el verdadero cristiano, que sabe perfectamente que mientras los mundanos ríen y se divierten y gozan, los justos sufren y padecen, pero con la segura esperanza de que nuestra tristeza se ha de convertir en eterno gozo, cuando hallemos á Jesús en la celeste Jerusalén para contemplarlo cara á cara eternamente.

## EJEMPLO

*Las gracias se alcanzan con penas*

La bienaventurada Verónica de Binasco, religiosa conversa de San Agustín en Milán, vivía una vida verdaderamente angelical, entregada con gran gozo de su alma á los oficios de María y de Marta. Émula de la pobreza de la Virgen y del glorioso Patriarca, que apelaron á la mendicidad cuando no les bastaron para la subsistencia los frutos de su trabajo, Verónica, siempre que lo reclamaba la indigencia de sus hermanas, salía por las calles de la ciudad y por las aldeas de la comarca, pidiendo de puerta en puerta una limosna por amor de Dios.

Con el recuerdo de lo que San José había padecido al buscar albergue en Belén y en la huida á Egipto, al considerar los desprecios y desaires que los Santos Esposos habían recibido de parte de sus parientes y conocidos, se le hacían dulces y preciosos los insultos é improperios que tenía ella tal vez que pasar en ejercicio tan humilde y caritativo. Además, pagábaselos el Señor colmada y extraordinariamente á su regreso

en la meditación de las penas de Jesús y de los ejemplos de José y de María. Favorecida con don de lágrimas y con otros carismas celestiales, parecía poco todo cuanto padecía por amor de Jesús. Visitábanla á veces las tres personas de la Trinidad terrena y otros santos, que con sus visitas la alentaban á proseguir en su vida edificante.

Refiere San Lígorio que habiendo acompañado en espíritu á José y á María con su infante Jesús en su huida á Egipto, la divina Señora le dijo estas consoladoras palabras: «Hija mía, tu has visto con cuánta pena José y yo llegamos al término de nuestro viaje; sepas y no olvides que no hay gracia, que no cueste padecimientos.» Bien grabado lo tuvo en su corazón la bienaventurada Virgen de Binasco; pues en los seis meses de penosa enfermedad, con que se dispuso á una santa muerte, siempre se complació en copiar en su alma la imagen de Jesús crucificado. Murió á los cincuenta y dos años de edad y treinta de religión, llena de religiosas virtudes. Empezó á ser venerada por bula del Papa León X, y Benedicto XIV la inscribió en el martirologio romano.





## CAPÍTULO XI

### OFICIO QUE TUVO SAN JOSÉ

*Nonne hic est Fabri filius?*  
Matt. XIII, 55.



¿S cosa cierta que vuelto San José con Jesucristo á Nazareth, consagróse allí al trabajo de su oficio, santificándose en él como varón justísimo. Pero ¿qué oficio ejerció? Cuestión es esta, en que no concuerdan los escritores; de los cuales le aplican unos, y son los más, á un arte humilde y oscuro á los ojos del mundo, y otros le atribuyen una profesión brillante y lustrosa según las máximas del siglo: como si el divino Maestro, que quiso ejercer el mismo oficio que San José, no hubiese venido á hollar las vanas preocupaciones y mundanales respetos. En la balanza del santuario solo de suyo es grande la virtud y despreciable la culpa, por ligera que sea: todo lo demás es grande ó pequeño, digno de alabanza ó de vituperio á medida de la gracia, que lo informa, y de la perfección con que se practica. La gloria de un poderoso monarca, por legítima que sea, es bien efímera y estéril, si en su elevado cargo no busca sino el aura de humanos aplausos; y al contrario, la honra de un barrendero es muy sólida, duradera y fecunda, si en el desempeño de su oficio se complace en el cumplimiento de la divina voluntad.



El primero muere con las manos vacías, y el otro se va al cielo con grandes merecimientos de felicidad perdurable.

Tal vez por esto plugo al Todopoderoso que el heredero del trono de David viniera en miseria y se viera en la precisión de ejercer oficio de pobre artesano y de ganar el sustento con el sudor de su frente; á fin de que tuviéramos una prueba palpable y un claro ejemplo de que también en ocupaciones humildes podemos ser santos y grandes santos, ya que tareas humildes escogió el Modelo de todos los predestinados. Pero repitamos ¿qué oficio ejerció Jesús, para que pueda ser dechado de todos los artesanos? La sagrada Escritura llama á Jesús *Faber* y *filius fabri*.—*Artésano é hijo del artesano*; de suerte que tuvo el mismo oficio que su Padre adoptivo San José. Mas volvamos á preguntar: ¿Qué arte, qué profesión ilustró con sus manos el glorioso Patriarca? De fijo no consta, y andan sobre ello en discordancia las opiniones; pero es creencia común y parecer probabilísimo que ejerció con gran edificación el oficio de carpintero; y esto es la que á gloria del Santo vamos á examinar en este capítulo.

## I

## SAN JOSÉ TUVO EL OFICIO DE CARPINTERO

La razón de la divergencia de sentir sobre este punto en la historia de San José es porque el nombre *Faber*, de que usa la Vulgata latina, y *τίκτων* de que se vale el texto griego, significan lo mismo que artesano, sea herrero ó carpintero, sea platero y aun arquitecto; por lo cual tienen sus defensores todos estos oficios. Nuestros Santos Padres Leandro é Isidoro, con

San Hilario, Beda y otros opinan que fué herrero; diciendo que el nombre *Faber*, sin otro aditamento, no tiene otro significado, y en su abono y confirmación aducen aquel texto de Isaías LIV, 16. *Ecce ego creavi fabrum sufflantem in igne prunas.*—Yo fui quien crié al oficial, que con el soplo aviva el fuego de las brasas.

San Ambrosio, siguiendo á Teófilo Antioqueno, defiende que San José fué albañil, ó mejor arquitecto; y á su parecer esto da á entender la palabra griega *τίκτων*, la cual, aunque sirve para denotar cualquiera oficial ó artesano, aplícase más comúnmente al maestro albañil ó ingeniero, que dirige la fábrica de alguna casa ó edificio; y en apoyo de este parecer alegan la autoridad de San Agustín, que dice: «José, artesano en la tierra, fué creído Padre del Redentor; ni se excluye Dios de esta obra, el cual es verdaderamente Padre de Jesucristo, puesto que él mismo es también oficial, por cuanto construyó la gran fábrica del mundo con poder tan admirable como inefable.» Ni faltan modernos entusiastas de este pensar, que nos pintan á San José brillando como el primero, por su talento arquitectónico, entre diez mil artistas en la reedificación del templo de Jerusalén, intentada por Herodes diez y nueve años antes del nacimiento de Jesús. Parécenos toda esta invención más bien á poesía, poco ajustada al Evangelio, que verdadera historia.

El cardenal Ugo, doctísimo expositor de las sagradas Escrituras, comentando el capítulo sexto del Evangelio según San Marcos, es de parecer que San José sobresalió en el arte de platero, alegando en su favor la profecía de Malaquías, en la cual se dice del Mesías que había de venir: *Sedebit conflans et emundans argentum.*—Estará sentado labrando y limpiando la plata. Mal. III, 3. Agradó esta opinión al pontífice Benedicto XIII, el cual la consignó en un sermón á gloria de María.

De todo esto se infiere y desprende, como dice el Padre Suárez, que hasta ahora ninguno ha demostrado con pruebas convincentes ó documentos irrecusables cuál fuese la profesión del Santo Patriarca. Con todo, hemos de confesar que ha prevalecido ya, y es opinión comúnmente recibida que San José fué carpintero; y sostener lo contrario sería temerario y mal sonante, y no sin grave fundamento. Porque los que patrocinan este sentir, tienen primeramente á su favor varios Padres de la Iglesia, que clara y explícitamente lo confiesan. San Justino martir, filósofo insigne, que escribió en el siglo segundo de la Iglesia, cuando, por decirlo así, estaba todavía fresca y reciente la tradición apostólica, lo consigna así sin dudas, ni rodeos: *Cum ad Joannem venisset Jesus, et Josephi FABRILIGNARIUM filius haberetur*; donde se llama á San José en términos expresos *Fabrilignarii—Carpintero*; y para que se comprenda que este y no otro es el sentido que reclama el texto, se añade luego que construía yugos y arados.

Otra autoridad de gran peso y valer en pro de esta sentencia es la de San Juan Crisóstomo, el cual, exponiendo el Evangelio de San Mateo, aduce la razón por que fué carpintero el Santo Patriarca, diciendo: *Ideo Fabrolignario Maria desponsata est.*—«Por esto se casó María con un carpintero, porque Cristo, esposo de la Iglesia, por el madero santo de la Cruz había de labrar toda salud en bien de los hombres.» San Basilio enseñó lo mismo en su homilia sobre la humanidad de Cristo; lo mismo enseña San Buenaventura en la meditación de la vida de Cristo, y lo mismo sostiene San Jerónimo con estas palabras: *Joseph faberlignarius nullatenus otiosus pane victitabat.*—«José, oficial carpintero, de ningún modo comió ocioso el pan.»

En los libros de los coptos y de otros orientales cis-

máticos se encuentra la misma tradición antigua, leyéndose terminantemente que el Padre de Jesús ejerció la carpintería: y algunos escritos apócrifos, titulados el *Protoevangelio de Santiago* y el *Evangelio de la Infancia de Jesús*, consignan la misma tradición; los cuales, como quiera que están llenos de fábulas y herejías, para vender como de buena ley sus necias invenciones, con todo, no pusieran tal oficio, si fuera conocidamente contrario á lo que por entonces públicamente se decía. Concuerdan igualmente con esta general tradición no sólo antiquísimas pinturas, en las cuales se representa á san José trabajando de carpintero en compañía de su divino Aprendiz, sino también la opinión común de los que escribieron con gran encomio sobre los hechos de San José, como fueron Gersón, Isidoro de la Isla, Bernardino de Sena, Bernardino de Bustos, el Padre Gracián carmelita, nuestro Padre Morales y otros muchos.

¿Qué diremos, pues, de los otros pareceres, sostenidos por varones tan conspicuos como los mencionados? Creemos que el Santo Patriarca, dotado de excelente ingenio y habilidad para todos los referidos oficios, aunque tenía por principal el de carpintero, esto no obstante, cada y cuando era conveniente ejercitaba también los demás. Así vemos hoy que pasa en oficiales habilidosos, que se dedican á trabajos de su peculiar profesión en reducidos pueblos del campo: lo mismo componen un yugo que una mesa; tan pronto echan boca á una reja, como remiendan un arado, así montan un reloj como levantan una tapia.

Teniendo, pues, las citadas opiniones el peso de tales autoridades, juzgamos que San José, establecido en la pequeña ciudad de Nazareth, trabajaba principalmente en madera cuanto se le presentaba, y en hierro en circunstancias precisas, y casi por favorecer

á sus parroquianos; mas no tenemos por conforme al común sentir ni que fuera platero, ni mucho menos arquitecto, que luciera su ingenio en la reconstrucción del templo de Jerusalén. El Señor, que venia á curar nuestro orgullo, escogió Padres humildes, que se distinguieran por su oficio humilde y menospreciable á juicio del mundo, á fin de enseñarnos santo desprecio por la vanidad y lustre mundanos.

Para los planes benéficos del Criador y satisfacción de las necesidades humanas tanto sirven el sastre y el zapatero, como el albañil y labrador; y mucho mejor que el platero, que más sirve al lujo que á la necesidad. Pero si hemos de pesar las cosas por lo que valen y no por lo que parecen, hemos de confesar que lo que hace al hombre grande ó chico en el juicio infalible de Dios, no es el oficio bajo ó brillante, sino la menor ó mayor santidad y virtud con que se practica; y en esto fué nuestro Santo modelo perfectísimo de todos los artesanos.

## II

### PERFECCIÓN, CON QUE SAN JOSÉ PRACTICÓ SU OFICIO

¿Quién no admira la obediencia, pureza de intención, espíritu de caridad y celo de la divina gloria con que San José todos los días laborables se entregaba al trabajo? Porque sabiendo que el Señor condena la ociosidad como madre de todos los vicios, *multam enim malitiam docuit otiositas*. Eccl. XXXII, 29; que es voluntad de Dios que cada uno en su profesión trabaje según sus fuerzas, pues nos dice por Job. v, 7. *Homo nascitur ad laborem et avis ad volatum*; y que como descendientes de Adán estamos condenados á

comer el pan mojado en sudor de la frente, el Santo Patriarca, adorando lleno de suavísima paz los divinos designios, empleaba todo su nervio y vigor en cumplir en todas sus obras el divino agrado. ¡Con qué gozo se afanaba, sin perder un momento de tiempo, íntimamente persuadido de que el Todopoderoso se complacía en sus fatigas, y de que los sudores, vertidos por obediencia, se habían de convertir primero en cebo de amor divino, y después en perlas, que adornarían su eterna corona!

Si algún cansancio sufría en sus labores, si alguna molestia tenía que sobrellevar, fuera de parte de otros oficiales, fuera por genialidades de algún señor, besaba en todo la mano de la Providencia, que así lo disponía para mayor provecho de su alma, porque no ignoraba el Santo Carpintero que nada sucede sin beneplácito y disposición del Altísimo, que aun los pecados y faltas de los réprobos encamina al bien de sus escogidos, y que si las lágrimas son patrimonio de los justos oprimidos á veces por desafueros de los poderosos, estas se han de trocar en júbilo, siendo venero de eterna dicha. Así era que, callando y bendiciendo al Todopoderoso por todo cuanto de adverso le acontecía, proseguía en su trabajo siempre diligente y contento, procurando aquilatar sus merecimientos con la intención purísima de agradar á Dios.

Sabida cosa es y digna de toda ponderación que fuera de la gracia de Dios, sin la cual son estériles y vacías todas nuestras obras, por grandes y santas que parezcan, es preciso para ganar con ellas méritos de vida perdurable, que las hagamos con intención santa y las desempeñemos con la perfección conveniente. Por esto San José, que en todas sus acciones y empresas no pretendía sino el beneplácito del Señor, jamás ponía su mano en herramienta ninguna, ni daba prin-

cipio á ninguna labor, que no lo ofreciera á gloria, y á mayor gloria del Altísimo, continuando sin divagaciones, ni vanas intermitencias en tan encendidos afectos. ¡Dichoso, feliz artesano, que tan bellamente sabía hermanar el trabajo con la oración, de suerte que ni el ansia de trabajar estorbaba su abrasada unión con Dios, ni su dulcísima unión con Dios le amenguaba un punto su ansia de trabajar!

Y no es maravilla; porque ¿qué incentivos no hallaba en su propio taller, encaminados á sostener y fomentar esta unión tan santa? A un lado contemplaba á su celestial Esposa, enemiga del ocio, siempre ocupada ya en coser, hilar ó tejer, ya en asear la casa y preparar la comida, sin que perdiera un momento la más alta contemplación: al otro lado veía á Jesús ejerciendo bajo su magisterio el aprendizaje, acepillando, aserrando ó desbastando la madera con la mayor humildad y diligencia. ¿A quién, que tenga una chispa de fe, no dejara absorto y endiosado cuadro tan divino y encantador? Y ¿es posible que San José, penetrado como estaba de la divinidad de su Aprendiz, no apareciera á la vista de todos suspendido y arrobado? Así debiera sin duda acontecer, si miramos á lo que pasa comunmente con los demás santos. Mas como á imitación de María, vivía José fuera de esta esfera común de santidad, y como el afán de ganar el sustento para la familia, y su vivo deseo de procurarles algún desahogo en su pobreza, igualaban en él su admiración profunda por lo que tenía ante los ojos, exteriormente trataba de parecerse á los demás oficiales, pero allá en sus adentros esmaltaba y embellecía todas sus obras con la más elevada contemplación.

¡Qué cúmulo de merecimientos acaudalaría en medio de sus ordinarias faenas! ¡Qué consuelos inundarían su alma en sus diarias ocupaciones! Porque si

para cualquier alma fiel fuera cosa dulce y en extremo consoladora ver por unos momentos aquel divino Sol, en quien desean mirar los ángeles ¿qué gozo y alegría tan del cielo bañaría el corazón de San José en trabajar todos los días con Jesús, y en escuchar todos los días sus divinos razonamientos? Cebo son, con que se alimenta el placer del alma santa, el amor y conocimiento de Cristo. Y ¿quién, fuera de la Virgen Santísima, igualó en este conocimiento y amor al Santo José, que amaba á Jesús con amor de Padre muy tierno, y amor ilustradísimo, y tenía de él tan gran conocimiento intelectual y afectuoso? Por donde, aunque veía á Jesús afanado en su ayuda, trabajando en su taller como simple artesano, miraba en él no sólo aquella hermosura exterior, embellecida con los brillantes de los filiales sudores, con que enamoraba los castos corazones de sus Padres, más también los esplendores de la divinidad, que en él moraba y trascendía á los ojos de la fe.

Por lo cual el contento y suavidad que percibía San José en medio de sus tareas, trabajando y conversando con su Aprendiz divino, eran para su alma tanto más dulces, cuanto más afectuosamente le amaba y más íntimamente le conocía. Y este amor tiernísimo y este claro conocimiento despertaban en su corazón nuevos incendios, que más y más se acrecentaban en viendo que le trataba con tanto cariño y le honraba con tanta sumisión y obediencia el mismo, á quien sirven y veneran los coros angélicos y de quien tiemblan las potestades de los abismos. Porque como Jesús se agrada tanto de corazones puros á inocentes, y ama con centuplicado amor á quien de veras le ama, no cabe duda que, complacido en la inocencia y pureza de su Padre virginal, y penetrando tan al descubierto aquel su enamorado corazón, abrasado en vivas lla-



más de caridad, le pagaría con amor correspondiente y de hijo cariñoso y agradecido. ¡Este sí que era un taller convertido por la virtud de sus obreros en antecámara del Paraíso!

Cuenta San Clemente Papa que cuando San Pedro se acordaba de la conversación dulcísima del divino Maestro, y de aquellos celestiales coloquios que con él había tenido, no podía contener las lágrimas que brotaban espontáneamente de sus ojos y corrían hilo á hilo por sus mejillas. Pues si era cosa tan embelesadora oír á Cristo cuando hablaba con los Apóstoles, entonces gente ruda y poco dispuesta, ¿qué dulcedumbre y devoción manarían de los divinos labios, cuando en su oficina se comunicaba con almas tan bien apercebidas y despiertas, cual era la de San José? Y es probable y muy creíble que el Santo, perfectamente sabedor de que en su Hijo estaban encerrados todos los tesoros de la humana y de la divina sabiduría, le preguntaría muchas veces cosas escondidas á nuestro tosco entendimiento, y Jesús, benigno y complaciente, sacando del archivo de su divinidad secretos profundísimos y misteriosos conocimientos, los descubriría á su Padre nutricio, enriqueciendo su alma con innumerables tesoros de virtud y de saber sobrehumanos.

Y lo que aquí en este taller modelo es más de admirar y digno de ser imitado por todos los que aspiran á santificarse en el trabajo, es que, á pesar de tan santa y maravillosa contemplación, no suspendiera el Santo ni un momento su labor, ni dejara sus artefactos imperfectos; porque, como sabía que aborrece el Señor la menor imperfección voluntaria en las obras que se consagran á su gloria, por esto ponía todos sus sentidos y potencias en que las piezas por él labradas saliesen bien acabadas y primorosas. Procuraba, ade-

más, no faltar ni levisimamente á la justicia; y así, en caso de llamarle para alguna obra particular, concertando de antemano el precio de su jornal, tomábala con tal cuidado, solicitud y empeño, cual era menester para no defraudar ni un instante del tiempo señalado.

Y con todo permitía el Señor que á pesar de su habilidad y de su merecida fama de justo y hábil carpintero, se viera algunos días sin trabajo y sin jornal, para que nos sirviera de modelo de resignación y paciencia en estos casos apurados. Preguntan aquí algunos: Y ¿no hacía Jesús en tan aflictivo trance ningún milagro para sustento de sus queridos Padres? A esto respondió la Santísima Virgen en sus revelaciones á Santa Brígida, diciendo: «Siempre y cuando nos velamos en aprietos, dificultades y pobreza, sin darnos Jesús oro ni plata, exhortábanos á la paciencia, y nos guardaba maravillosamente de ambicionar felicidades de otros. Las cosas necesarias nos venían á veces por manos de personas piadosas, y otras del trabajo de las nuestras; de manera que tuviéramos lo necesario para el sustento, y no para cosas superfluas.» Esta es la providencia, con que les miró el Señor respecto á lo temporal.

Mas por lo que respecta á bienes espirituales, por lo que dice á tesoros de virtud ¿quién duda que se mostró sumamente generoso y agradecido el divino Aprendiz por los continuos desvelos de su incansable Maestro? Por Jesús sudaba José, por él trabajaba y se desvivía, á fin de procurarle pan y vestido. ¡Oh! ¡Qué gloria la de nuestro Patriarca! Todos sus trabajos y obras á Dios los ofrecía, no por intermedios terrenos ni celestiales, sino pasándolos inmediatamente de sus manos á las del Criador. Repitamos, pues, aquí lo que ya queda indicado, conviene á saber, que si el antiguo

José, porque con su industria y diligencia procuró y conservó en Egipto trigo para tiempo de hambre, mereció el renombre de salvador del mundo, *Vocavit eum Pharaon salvatorem mundi*, Gen. xli, 45; ¡con cuánto mayor motivo ganó título tan honroso nuestro José, que guardó en el Egipto de este destierro al verdadero y divino pan, Cristo Jesús, para eterna vida y salud del universo! Y es de notar que aquel lo almacenó sin trabajo, habiéndole bastado para ello imponer sus órdenes soberanas; mas al nuestro le costó fatigas y sudores, que para tan alto fin vertía con gran generosidad y consuelo.

¡Así se conducía el Santo Carpintero de Nazareth, maestro del Rey de la gloria! ¡Oh! ¡Qué paz reinaría en todos los pueblos y familias, si los artesanos y jornaleros se miraran en este espejo de perfección y santidad, y procurasen ajustar su conducta á ejemplos de tanta edificación! Lejos de fomentar envidias, atizar discordias y alimentar rencores, que tantos estragos causan en la sociedad, serian el consuelo de sus padres, la tranquilidad de sus familias y la esperanza del porvenir. ¡Quiera el Santo infundir su espíritu en todos los corazones! Amen.

#### EJEMPLO

##### *La venerable Margarita del Santísimo Sacramento*

Refiérese en la vida de esta sierva de Dios que era por su candor tan amada del niño Jesús, que varias veces recibió sus visitas, y en una de ellas mereció que la llamase con el título de Esposa de la divina infancia. Jesús, María y José formaban el objeto continuo de su contemplación y de su amor. Así, por ser

San José cabeza de la Sagrada Familia, la humilde Esposa de Jesús tomó muy á pechos promover su devoción, y sobre todo, honrarle é imitarle como al modelo más perfecto de virtud después de Jesús y de María; por lo cual siempre que meditaba sobre alguno de los misterios del divino Niño, no solo se complacía en contemplar en ellos la solicitud y amor de San José, sino que también procuraba juntar con los del Santo sus afectos y aspiraciones, para que fueran más aceptos y agradables al Altísimo.

Estos bellos hábitos de devoción y de humildad habíalos contraído la Sierva de Dios desde sus años juveniles, edad de sencillez y de candor, á la cual se comunica el Señor con particular complacencia. Su aya creyendo sin duda que el Altísimo la ilustraba con luces extraordinarias, proponíale á veces cuestiones sobre las inefables glorias de San José; y Margarita la satisfacía con respuestas muy atinadas y profundas, y tanto más admirables cuanto que estaban en todo conformes con lo que escriben del Santo los más distinguidos teólogos.

Una de las más bellas y provechosas prácticas de la venerable es la que ella misma expone en carta á una religiosa de toda su confianza. «Yo me regocijo, le dice, de verla á V. en el oficio, que le han confiado. La conjuro á V. á que se una á nuestro querido y amado niño Jesús, que en el taller de Nazareth no era superior, sino solamente auxiliar de San José. Junte V. sus tareas á las del divino Niño: acostúmbrese V. á mirar á la hermana, en cuya compañía y oficina está, con los mismos ojos con que Jesús miraba á San José. Yo también ayudo y sirvo á otra de nuestras hermanas, y haré todo lo que esté de mi parte para ser fiel al santo ejercicio que recomiendo á V.» ¡Tal era la gloria que daba al Santo Patriarca!



## CAPÍTULO XII

AMOR INEFABLE QUE Á SAN JOSÉ TUVO LA SANTÍSIMA TRINIDAD, Y PERFECCIÓN CON QUE CORRESPONDIÓ EL SANTO

*Ego diligentes me diligo*  
Prov. VIII, 17.



UESTRO distinguido Padre Osorio, predicando las glorias del Santo Patriarca, decía en su primer sermón: «A la manera que en el cielo hay la incomprendible y adorable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, así en la tierra hay otra trinidad consignada por San Mateo, Jesús María y José; conviniendo María con el Eterno Padre por haber-engendrado uno y otra al mismo Hijo, el Hijo divino consigo mismo, concebido allá en los esplendores de los santos, y acá en el seno de la Virgen, y San José con el Espíritu Santo por ser entrambos esposos de la misma Reina de los cielos.» Pero así como á María, aunque en esta Trinidad terrena represente al Eterno Padre, con todo, respecto á la celestial se la honra con la invocación de Hija del Eterno Padre, Madre del Verbo divino y Esposa del Espíritu Santo; así al glorioso San José, como quiera que respecto á Jesús y á María corresponda en la tierra al Espíritu Santo, con relación á las tres divinas perso-

nas puede magnificársele con los timbres de Vicario del Eterno Padre, Padre del Hijo humanado, y Sustituto del Espíritu Santo. ¿Qué gracias, pues, no derramarían en el corazón del justísimo Patriarca las tres divinas personas, á fin de que pudiera desempeñar con lustre los cargos que le imponían títulos tan honoríficos?

Para medirlas, ó vislumbrarlas siquiera, sería preciso comprender el amor con que las divinas personas se aman mutuamente y distinguen con su benevolencia á la Virgen sin mancha. No obstante, después de haber tocado los hechos más gloriosos en que, según el Evangelio, tomó gran parte nuestro Santo, para reforzar más los títulos de su inefable grandeza y amplificar sus principales glorias, tratemos de rastrear estas gracias y examinar la fina diligencia con que el Santo Patriarca correspondió á ellas.

## I

DONES QUE ADORNARÍAN Á SAN JOSÉ POR SUS RELACIONES CON LAS TRES PERSONAS DE LA AUGUSTÍSIMA TRINIDAD

Para formarse alguna idea de los tesoros de bendición que depositó el Padre eterno en el alma de San José, basta tomar en cuenta y consideración el decreto por el cual fué predestinado desde la eternidad entre todos los mortales á ser su lugarteniente en la sagrada Familia, el Ayo de su Hijo infinitamente querido, y el Esposo de su Hija predilecta. Cuando el Señor levantó á Salomón al solio de Israel, dotóle generosamente de un corazón admirablemente grande, y le comunicó tal sabiduría, que por ella quedó embelesada y absorta la reina Sabá con admirar un solo día el

orden y majestad de su palacio. ¿Qué riquezas de saber y de prudencia concedería el Altísimo á aquel, á quien ponía al frente, no de un reino dilatado y poderoso, sino de una familia más estimada del eterno Padre que todos los imperios del mundo?

— ¿Qué no hemos de pensar de este Padre de bondad y de clemencia? El es centro de toda virtud, cúmulo simplicísimo de todas las perfecciones, fuente inagotable de todo bien, del cual dimana toda paternidad en los cielos y en la tierra. *Ex quo omnis paternitas in cælis et in terra.* Eph. III, 15. Y este Padre increado, aunque haya comunicado á otros gracias inefables, dones exquisitos y otras prerrogativas suyas, incluso su propia esencia y naturaleza, sin embargo, el ser ó nombre de Padre de un Dios verdadero á nadie lo comunicó jamás, sino al glorioso patriarca San José; por manera que, aunque en la generación eterna del Verbo y en la eterna aspiración del Espíritu Santo transmite á estas dos personas divinas todo su ser y perfecciones absolutas, pero la paternidad, aquella razón de Padre del Hijo eterno é increado, á ninguno lo transfunde ni comunica, sino tan solo, en cuanto pudo ser, á San José, prodigio de su amor y milagro de sus finezas. ¡Con qué generosidad, pues, y con que amor le haría también participe de su caridad y de todos aquellos dones que suele comunicar á sus criaturas? Negar esta verdad de sentido común y cristiano sería injurioso al eterno Padre.

— Hablando San Francisco de Sales de los divinos dones de San José, pregunta á nuestro propósito. «¿Qué sabiduría no tuvo, pues Dios le dió el cargo de su Hijo gloriosísimo y le escogió para que le gobernase? Si los príncipes de la tierra ponen tanto cuidado, como que se trata de cosa importantísima, en dar un ayo de los más capaces y cumplidos á sus hijos, pues Dios podía

hacer que el Ayo de su Hijo fuera el hombre más cabal del mundo en toda suerte de perfecciones, según la dignidad y excelencia de la cosa gobernada, que no era otro sino su Hijo gloriosísimo, Príncipe universal de cielos y tierra, ¿cómo podía ser que habiendo podido, no hubiese querido y no lo hubiera hecho? No hay, pues, duda alguna de que San José estuvo dotado de todas las gracias y de todos los dones que merecía el cargo, que el Padre eterno le quería cometer, de la economía temporal y doméstica de nuestro Señor y del gobierno de su Familia.» Así argumentaba aquel Santo Doctor de la Iglesia.

Luego hemos de confesar que cuando quiso Dios honrar á San José con dignidad tan sublime y oficio tan divino de Padre de Jesús, nombre y ministerio que por altas y justísimas razones no quiso se diera á ninguna otra criatura ni humana ni angélica, ni aun, como queda indicado, al mismo divino Espíritu, no negaría, por cierto, á su Vicario en la tierra otras gracias de menos valer y estimación. Mirad, además, qué cuidado y qué miramiento tienen los padres avisados cuando quieren dar á su hija, mayormente si es única y por extremo rica y agraciada, un esposo digno de su corazón. ¿Eligen, por ventura, á uno de cualidades menos conspicuas, cuando tienen en su mano á otro de prendas muy relevantes? Deducid, pues, de aquí cuáles serían las virtudes y brillantes condiciones que engalanarían á San José, ya que el eterno Padre lo escogió para consorte de su Hija predilecta, con preferencia á los varones más distinguidos, nobles, granados y santos del pueblo de Israel, y qué quilates de perfección añadiría en arras al que tan buen dote traía para su Hija muy amada.

Cuando David tiraba las líneas fundamentales de aquel templo que intentaba levantar á gloria del Cria-



dor, creyendo toda humana grandeza pobre y mezquina para honrar con la debida magnificencia la majestad de Dios. se explicó con estas palabras propias de su generoso y magnánimo corazón: «*La empresa es grande, porque no se trata de disponer habitación para un hombre, sino para Dios.* I. Paral. XXIX, 1. Yo por mi parte, añadió, tengo preparados todos los materiales para los utensilios: oro, plata, bronce, hierro, piedras de onique de varios colores, mármol de Paros en abundancia y toda suerte de piedras preciosas: item más, tres mil talentos de oro de Ofir y siete mil de plata finísima, para cubrir con ricos metales las paredes del templo.» Y como si todo esto le pareciera miseria para la inmensidad de Dios, apeló á la liberalidad de sus vasallos, á fin de que ayudaran á llevar á cabo el templo, según el diseño y plan que habia concebido y encomendado á su hijo Salomón.

Si estos eran los altos pensamientos que el Omnipotente inspiraba á David para construirle un templo material, que, aunque maravilla del universo, habia de caer derrocado á impulsos de los siglos, ¿cuáles serían los designios de aquel Señor, que, teniendo á su arbitrio todas las grandezas y tesoros de gracia y de naturaleza, preparó digno Padre temporal á su Hijo eterno, y digno Esposo de María, templo inmortal y augustísimo, en cuyo seno debía descansar con todo agrado la Majestad de Dios?

No es menester buscar comparaciones peregrinas para describir las incomparables y relevantes cualidades del Padre adoptivo del Hijo del Eterno Padre. La misma grandeza de este Hijo, mirada á la luz del sentido común y de la recta razón, hace exclamar á nuestro Padre Vallejo que «á excepción de la Concepción inmaculada, con que el Omnipotente quiso honrar y distinguir entre los hijos del primer hombre á la que

tenía escogida por su madre, las otras preeminencias son comunes á esta Madre de Dios y al Padre adoptivo de Jesús, de tal manera, que se puede decir que quien puso los ojos en María, ya vió el verdadero retrato de San José.» Por tanto, pensar del Representante del Padre eterno para con el Verbo humanado cosas que no cuadren á la infinita grandeza y munificencia del representado sería en agravio de la conducta del Señor, que no tiene semejante en sus obras. Si aun allá del emperador Teodosio se dijo que era sacrilegio disputarle los talentos y voluntad para escoger príncipe apto á los empleos que confería ¿habrá quien niegue al Altísimo tal acierto en la elección de San José?

Pero si grande, si incomparable fué el amor que manifestó el eterno Padre á su Lugarteniente, al glorioso San José, no sería menos generoso y fino el que le mostró el Verbo increado, al ponerlo en la tierra para ser su dulce custodio y Padre amantísimo. Escogió el Hijo divino á nuestro Santo para tan incomprendible dignidad, á fin de que, en tomando él mismo la humana naturaleza, á vista de todos los que ignorasen el gran misterio, pasara y fuese creído hijo natural de José. ¿Y cómo hubiera conseguido su objeto el Altísimo, y no hubiera dado pié á siniestras sospechas, apartándose de lo que comunmente sucede entre los hombres, conviene á saber, que el hijo es imagen de sus padres, como retrato de su original? Así lo significó también el Eclesiástico hablando de la buena educación del hijo, y diciendo: *Muerto es su padre, y como si no fuera muerto, porque dejó después de sí su semejante*, Ecl. xxx, 4. De donde se sigue que San José debió de parecerse á Jesús en su forma, condiciones y costumbres, en que está la más noble semejanza. Y si de las disposiciones corporales tratamos, no sólo fué su imagen en la figura general del cuer-

po, mas también en todos los miembros y facciones, en la complexión, en el color y en las demás perfecciones; de modo que las buenas cualidades y excelentísimas condiciones corporales que tuvo Jesús, las tuvo también San José su virginal Padre. Y pues sabemos indubitablemente que Cristo nuestro Señor tuvo la suma perfección en todo lo natural, así hemos de decir que, después de la Virgen, fué San José sumo y perfectísimo en la hermosura corporal. Y en verdad, hijo tan bello, nacido de la más bella entre todas las mujeres, ¿no había de escoger un Padre que conformase con la belleza de tal Hijo y tal Esposa?

Lo mismo, con su medida, hemos de confesar de las preeminencias y buenas cualidades del alma; de suerte que, después de María, no hubo criatura humana que se pareciera tanto á Jesús en la claridad y perspicacia de su entendimiento, en las nobles inclinaciones de su voluntad y en las demás excelentes dotes naturales. Por esto dice el tantas veces alabado San Francisco de Sales que San José fué más valiente que David, y tuvo mayor sabiduría que Salomón. Y ¿qué diremos de los carismas y gracias sobrenaturales con que adornó al escogido entre todos los mortales para su Padre? Medid, si podeis, el amor que Jesús profesó á San José, y con esta medida calculad las prendas, los dones y la gloria de nuestro feliz Patriarca.

¿Quién no descubre con sólo esto que las perfecciones, que ennoblecieron al Padre nutricio de Jesús, fueron de una esfera superior á las de los otros escogidos? Parécenos á nosotros que así como el Señor por el santo bautismo nos comunica su gracia, por la cual nos llamamos y somos verdaderamente hijos de Dios, así por su eterna predestinación infundiría en San José tales dones y prerogativas, tal conjunto de cualidades y atributos, por los cuales se llamase y fuese Pa-

dre del Deseado de las naciones. Y no podemos dudar que si Jesús, como Dios, le amó con el amor de su eterno Padre, como verdadero Hombre le dió inequívocas pruebas de aquel otro amor entrañable y cordialísimo, que forma las delicias, regalo y encanto de los mortales, y es el cariño de un buen hijo para con su padre.

¿Qué no concedería el Señor á San José? Si como enseñan las Sagradas Escrituras: *Filius sapiens doctrina patris—el hijo sabio llena de saber al padre*, Prov. XIII, 1, y constituye su más sólida alegría.—*Latificat patrem* ibid., ¿qué doctrina, qué cúmulo de conocimientos y de virtudes infundiría en el mejor entre todos los padres un Hijo sin igual entre todos los hijos? Es afrenta del hijo un padre sin el brillo de la honra correspondiente. *Dedecus filii pater sine honore*, Eccl. III, 13. Por tanto, la dicha mayor en esta vida para un hijo de levantado corazón es tener un padre tal, que pueda con gloria sentarse á su lado. ¿Y habrá quien se atreva á afirmar que quien dictó tales máximas, se privó de tanta felicidad, no queriendo gozar de honra tan propia de buenos y generosos hijos? Tales absurdos y dislates se desprenden con suponer á San José sin el esplendor de aquellas brillantísimas condiciones, que reclama la inefable dignidad de Padre que desempeñó con Jesucristo.

Además de esto, debiendo aquella santa Familia ser la pauta y ejemplar de todas las familias escogidas del Eterno, era de suma importancia y convenía muy mucho que el padre fuera en ella el más amable entre todos los padres, el más digno, el más acreedor á toda la ternura y cariño, á aquella suavísima dulzura que los hijos más afectuosos y amantes usan con sus padres, y que tan excelente hijo pudiera justísimamente preciarse de tal padre, regalarse en sus condiciones, y

depositar en él todo su corazón, su confianza y afecto. Jesús, pues, que, como verdadero Hombre, reunió y santificó en sí todas las humanas virtudes é inocentes inclinaciones, no pudo menos de brillar en la principal de todas ellas, que es la piedad filial de un hijo para con su padre. Luego Jesús amó más á José que á ningún otro hombre. Luego si alguno engrandeció y colmó de gracias á su padre en la tierra, si alguno fué prodigo de sus tesoros para enaltecer á aquel á quien prestaba homenaje de obediencia, sumisión y cariño filial, este fué, sin dudarle, Jesús, el hijo más amable y amante entre los hijos de los hombres, que no perdonó medio para poderse sentar con honra sólida y verdadera al lado de su Padre adoptivo San José.

Y ¿qué diremos del amor con que á San José distinguió el Espíritu Santo? Quien lo medite detenidamente y con afecto imparcial lo juzgue, no podrá menos de convenir con el Padre Vallejo en que este divino Espíritu, el cual es todo amor y purísimo amor, se comunicó con tanta copia de celestiales dones y gracias, y derramó tal abundancia de luces sobrenaturales en el corazón del Santo Patriarca, que, después de María su castísima Esposa, no hubo jamás criatura tan favorecida de sus carismas y divinas ilustraciones. ¿Qué límites había de señalar á su generosidad infinita el Consolador supremo, confiando á San José la que era su querida Esposa, escogiéndolo para cabeza de aquella arca deífera, custodio de aquella puerta del cielo, por donde entró el mismo Espíritu para llevar á feliz remate la redención del mundo? Encomendamos solamente á los más íntimos y de toda nuestra confianza las prendas más queridas de nuestro corazón, y cuando estas prendas son de un mérito excepcional, buscamos para su encomienda personas de ex-

cepcional estima. ¿Cuál sería, pues, la intimidad con el Espíritu Santo, cuál la estimación en que le tendría el Dador de todo bien, cuando á San José y no á otro fué confiada la guarda de la criatura más perfecta, de la Reina de cielos y tierra, de la purísima Esposa, á quien aquel divino Espíritu había dispensado mayor estimación y amor que á todos los escogidos juntos?

— Pero ¿qué linaje de encomienda fué esta de nuestro Santo? Nada menos que la de sustituto y vicerrente del Esposo de las almas puras. En realidad de verdad María, concebida sin mancha de pecado, escogida desde la eternidad para Madre de Dios, estaba unida con el Espíritu Santo con lazo indisoluble y misterioso; por el cual se llama éste su divino Esposo, y según la eclesiástica liturgia, la requebraba ya en el libro de los Cantares con las expresiones más dulces y cariñosas. Pero ¿qué? ¿Hemos de decir que José no fué verdadero Esposo de María? ¡Lejos de nosotros tan herética pravedad! Antes muy al contrario; porque así como la Iglesia de Dios tiene por cabeza invisible á Cristo y por visible á Pedro, ó á su sucesor, así la Virgen Santísima tuvo por Esposo místico é invisible al Espíritu Santo y á San José por esposo real y visible: por donde debemos decir que el Espíritu divino escogió para su digno representante y vicario al Santo Patriarca, con nombre y derechos de verdadero Esposo de María.

— Entusiasmado por esta gloria de San José el célebre Padre Capuchino Fray Bignoni exclama: «¡O gloriosísimo San José! Enmudezcan los mismos ángeles y cedan la palabra para ponderar tus excelencias á lengua casi divina; porque de verdad ninguna otra es capaz de celebrar ministerio tan alto y tan digno, puesto que el eterno Padre y el Espíritu Santo no con-

sintieron que Jesús fuera concebido en las entrañas de María antes que tú desposado con ella fueras sustituido en lugar de entrambos, y pudieras por divina elección ejercer tu señorío sobre el parto celestial y el divinísimo nacimiento, en tal grado, que por aquella subrogación que te puso en lugar del eterno Padre y del Espíritu Santo, te levantaron en cierto modo por participación á una condición celestial. Qué lengua, pues, á no ser divina, se atreverá á cantar tus alabanzas?» (Elog. 6. 1 Jos.)

Por consiguiente, destinado San José *ab æterno* para desempeñar las veces del Espíritu divino con el Redentor del mundo y su divina Madre, escogido para ser custodio del Arca Santa, donde se debía conservar el verdadero maná del cielo ¿no recibiría toda la fuerza de las divinas influencias, todos los dones sobrenaturales, que conducían á cumplir brillantemente con tan divino ministerio? Si el Espíritu Paráclito hubiese deputado á uno de los más encumbrados miembros de las celestiales jerarquías para cargo tan importantísimo, como deputó á Moisés para sacar al pueblo hebreo de la servidumbre de Egipto, y guiarlo por el desierto, hasta ponerlo á la entrada de la tierra de promisión, ya no indagaríamos otro motivo ni argumento para magnificar, cual se mereciera, la grandeza y dignidad inopinables del escogido; ¿y no nos bastará para aplaudir á San José, levantándolo sobre todos los ángeles y santos, haber el Espíritu Santo cometido á su cuidado la guarda y gobierno de la Familia más santa que concebirse puede, y haberla puesto en todo y por todo bajo su esmerada dirección?

Por último, es doctrina de San Pablo y de San Juan y de toda la Iglesia que la obra más excelsa del Altísimo, en que la justicia y la misericordia se dieron ósculo de paz, la obra maestra del divino poder é in-

mensa bondad, la obra divina, en cuya ejecución echó el resto la Trinidad augustísima, es sin duda ninguna la Encarnación del Verbo en las entrañas de María, para la reparación humana. Mas ¿cómo pudiéramos afirmar que brilló en ella con todo su esplendor la divina munificencia, si pudiéramos decir que José, el varón que tomó parte más inmediata en esta obra, el varón más allegado al Redentor no había sido el más grato al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, á pesar de los elevados ministerios á que lo destinaron? Y ¿qué diremos, si tomamos en la debida consideración los esfuerzos con que correspondió á tan inefabes finezas, y el amor con que pagó amor tan sin lindes?

## II

## CORRESPONDENCIA DE SAN JOSÉ Á LAS FINEZAS DE LAS DIVINAS PERSONAS

Poco nos cuenta de San José la sagrada Escritura; pero aun fundados en esto poco, son tales las alabanzas que podemos tributarle, que con toda razón y derecho merece un lugar preferente en los corazones de todos los fieles. Dícenos que San José era justísimo, y que Jesús, pendiente en todo de sus órdenes, perfectamente obediente las cumplía. Mas ¿cómo hubiera ganado el nombre de justo en el desempeño de dignidad tan eminente si no hubiera tributado al Señor la gloria que le pertenecía, reconociendo su nativa pequeñez y la grandeza de aquel divino Niño que le había confiado el eterno Padre? Sobre lo cual discurrendo San Francisco de Sales en su décimonono Entretenimiento, admira la profundísima humildad del Santo, diciendo: «San José no por esto, es á saber, no por sus



cargos eminentes se envanece, antes por ellos se abaja y humilla. Pero ¿qué humildad más perfecta se puede imaginar que la de San José? Tenía él grandísima parte en el tesoro divino que guardaba en su casa, y no era menos que nuestro Señor y Maestro; y con todo eso se miraba tan abatido y humillado como si no tuviera parte en él, siendo así que siempre le perteneció, después de la Santísima Virgen, más que á otro ninguno... ¡O Dios! ¡Cómo daban bien á entender su abatimiento la reverencia y respeto con que trataba así al Hijo como á la Madre! Que, aunque quiso dejar á esta, no conociendo aún de todo punto su dignidad, en qué admiración y profundo aniquilamiento vivió después, cuando se vió tan honrado no menos de Jesús que de María, que obedientes en todo á su voluntad no hacian cosa alguna sin su venia ó consentimiento!» Hasta aquí el Santo Doctor de Ginebra. Esta justísima humildad de San José en tributar al Padre toda la gloria y á sí el más profundo anonadamiento ¿no excede toda ponderación y alabanza?

Cualquiera comprenderá que convencido San José de su natural nulidad para tan superior ministerio, sabiendo que todo bien descende de lo alto á fuerza de oraciones, suplicaría de continuo con fervientes ruegos al Eterno Padre luz abundante para penetrar la Alteza de sus deberes sagrados y virtud copiosa para cumplirlos como correspondía al Vicegerente de Dios sobre la tierra. A no dudarlo llegarían al cielo estas humildes plegarias; las cuales, convertidas en celestial rocío, llenarían el alma de San José con raudales de sobrenaturales conocimientos, no solo de la majestad de su Hijo adorable y de sus divinos y soberanos atributos, mas también de los misericordiosos secretos de su bondad, que le obligara á tomar nuestra frágil naturaleza. Y ¿quién tendrá expresiones para

publicar los incendios de amor, los trasportes de agradecimiento, con que, inundado de tales luces, pagaría San José al Padre de las misericordias tan incomprensibles beneficios? Si naturalmente tenía San José un corazón tierno, compasivo y angelical, engrandecido con nuevas y poderosas gracias, amaría á Jesús como á su Dios, con corazón purísimo, tiernísimo, todo dretido en amor más ardiente que el amor del más encendido Serafin.

Y entablada en el ejercicio de su cargo aquella inefable competencia del Padre eterno en comunicar, y de San José en corresponder, sin perder punto de las divinas comunicaciones, del Padre en magnificar á su Siervo bueno y fiel, y de San José en sumirse en lo más profundo de la humildad, del Padre en infundir nuevos volcanes de amor en el pecho de su Representante, y de San José en ensanchar los senos de su alma para no perder ni una centellica de tal caridad, compréndese sin dificultades que San José debió de ser en santidad y en justicia el milagro de todos los siglos; porque si aquel Padre de misericordias por nadie se deja vencer en liberalidad ¿qué torrentes de amor derramaría en el alma del Santo Patriarca, que tan generoso le correspondía? Y es de ponderar que el amor de Dios no es, como el nuestro, que muchas veces se encierra en simples afectos y puros deseos, sino que es de su naturaleza efectivo y comunicativo de sus tesoros. En Dios amar es dar: así por cada uno de los actos que San José haría en obsequio suyo ó de su Unigénito, los cuales no fueron pocos ni baladies, aquel Señor, que es todo caridad, lo henchiría del fuego de su amor, hasta un punto que supera toda humana comprensión y encarecimiento.

Es también notorio é indubitable que si el Eterno Padre colmó á nuestro Santo de tan soberanos dones,

fué para conseguir los altos fines, á que le había destinado y que pretendía con voluntad eficaz, fué para disponerlo á que amase á su Hijo divino con un amor paternal tan fino y acendrado, cual tocaba á su elevado ministerio. Luego sería error suponer que San José faltara en lo más mínimo al carácter de Padre de tal Hijo, ó no apreciase aquel tesoro, que habian puesto á su cuidado, con toda la estimación de que es capaz una pura criatura. ¿Dónde podrá, pues, criado entendimiento encontrar dicciones ó semejanzas para encomiar como es justo las glorias de San José?

Júntese á todo esto que para desempeñar San José cabalmente sus oficios, era menester que tuviese claro conocimiento del Padre que le recomendaba y del Hijo que le era recomendado. Y ¿quién no ve en esto una semejanza del Paraíso? Con razón lo canta la Iglesia:

*Post mortem reliquos mors pia consecrat  
 Palmamque emeritis gloria suscipit:  
 Tu vivens, superis par, frueris Deo,  
 Mira sorte beatiór.*

«A los demás justos la piadosa muerte les asegura una eterna vida de gloria, donde cada uno recibe la palma debida á sus merecimientos; pero tú, ó José, igual á los bienaventurados, gozas de Dios en vida, por suerte admirable más dichoso que ellos.» ¿Qué dicha sería la del Santo, si no hubiera conocido el gran tesoro encomendado á su custodia? ¡O Dios! Y si esta es vida eterna, conocer al Padre y á Jesucristo que él nos envió ¿quién como José, después de María, conoció al Redentor! ¿Quién como él bebió á grandes sorbos el agua misteriosa que salta hasta la vida eterna? Verdaderamente se cumplió en él la promesa del Pro-

feta. Ps. xxxv, 9. *Dejólo Dios embriagado en la abundancia de su casa y le hizo beber en el torrente de sus delicias; porque en él está la fuente de la vida y en su luz contempló la luz.* Y si al conocimiento bien ordenado corresponde proporcionado amor, ¿qué diremos para describir el amor que San José tuvo á Jesús?

¿Diremos que si los ángeles en el cielo, por el amor que á Dios profesan, cumplen gustosos su voluntad, ardiendo al pié de su trono, San José se desvivía en Nazareth con igual amor por el bienestar de Jesús, adivinando sus deseos para efectuarlos? Nos quedaríamos cortos; porque tal amor, aunque grande, no nos daría una idea del amor que, como Padre, José debía á Jesús. ¿Diremos que si todos los justos de la antigua ley y los santos de la nueva amaron á Dios como siervos diligentes ó fidelísimos amigos, San José los excedió en diligencia y fidelidad en el servicio de Jesús? Tampoco semejantes desvelos nos darían á conocer el amor que debió de inflamar el corazón de San José, Padre de Jesús, que como el nombre mismo pregona, es superior al de siervo y aun al de amigo. Y esto es lo grande, lo sublime, lo incomparable; porque, si es cosa indudable que siendo Jesús verdadero Dios, y por tanto digno de amor infinito, no puede ser amado cual se merece por ninguna criatura, inclusa la Reina de los cielos, todavía debe juzgarse por cierto que San José le amó como correspondía á un Padre generoso y apasionado de tal Hijo, y que si fuera posible que criatura le amase tanto cuanto debe ser amado, San José, salva la Virgen Santísima, no cedería á ninguna otra, por cuanto el amor de Padre más cordial es y más fuerte que otro amor ninguno. Y con efecto, hemos de confesar que, después del amor de esta celestial Señora, no hay amor que haya subido á tanta perfección y altura como el de San José, siendo el que

más cercano rayó al sublime amor de María. Y al llegar aquí justo es venerar con religioso silencio tanto portento de amor.

No podemos, con todo, poner fin á este capítulo sin decir algo de la fina correspondencia con que San José se condujo con respecto al Espíritu Santo. ¡Con qué fidelidad y presteza cumplía todas sus disposiciones, á la menor indicación de sus enviados! Siempre se pudo decir de él: *fecit sicut præcepit ei angelus*. Así, admiramos el aplomo singular, la tranquilidad imperturbable con que se portaba el Santo en empresas repentinas y llenas de escabrosidades, sin que se le notase duda ni perplejidad, á no parecer evidente peligro para su Hijo adorado. Varios fueron los avisos que recibió del ángel, mensajero del divino Espíritu, y otros muchos recibiría de que no convino hacer mención en el Evangelio; y en el cumplimiento de todos ellos dió pruebas inequívocas de su prudencia, discreción y alto discernimiento, portándose como digno Representante de aquel Espíritu de amor.

Así, vemos con gran consuelo que todos los oficios que del Espíritu paráclito canta la Iglesia, inspirada por él mismo, los practicó San José con Jesús y María con admirable acierto. ¿Llama la Iglesia al Espíritu divino *Pater pauperum*.—*Padre de los pobres*? Pues á nadie mejor que á San José cuadra este dulce dictado. Pobres eran Jesús y María; y ¿quién hacia para con ellos oficio de verdadero Padre, quitándose para su mantenimiento el pan de la boca, sino el glorioso Patriarca? A nadie mejor que á San José pueden aplicarse aquellas palabras del Salmo; *Tibi derelictus est pauper, orphano tu eris adjutor*. Ps. x, 14. Verdad es que á Jesús no le falta en el cielo un Padre riquísimo y poderoso; pero se ve por él abandonado á la pobreza y á los padecimientos, y es realmente un pobre pu-

pilo, que no goza de otro alivio ni consuelo que de los que le puede prestar su virgen Madre, necesitada igualmente de consuelo y alivio. ¿Quién auxiliará, pues, á entrambos en sus angustiosos apuros y necesidades? El que es Padre de los desvalidos y dador de todo bien, el Espíritu Santo, sustituyendo en su lugar al afanoso Patriarca. ¡Ved cómo con su jornal y sudores incesantes viste y alimenta á su Dios y á la Madre Santísima! El es el dador de todos sus tesoros, la luz y alegría de sus corazones, amparándolos con paternal solicitud, y regalándolos cariñosamente con el fruto de sus desvelos.

¿Llámase el divino Espíritu *Consolator optime—optimo Consolador*? Pues San Bernardo alaba á San José porque fué el siervo bueno y fiel, á quien nombró el Altísimo consuelo de su divina Madre y nutricio de su carne. Y de verdad ¿no era él quien la consolaba en sus persecuciones y amarguras? ¿Quién le procuraba grato hospedaje en los caminos? ¿Quién la defendía del rigor y crudeza de las estaciones? ¿Quién aliviaba las incomodidades de su pobreza? A esto dirigía San José todas sus fatigas: en esto invertía todos los recursos de su asiduo trabajo; por lo cual bien merece que lo llamemos como al divino Espíritu *Dulcis hospes animæ, dulce refrigerium*. — *Dulce huesped del alma, dulce refrigerio* de las dos prendas más queridas de Dios.

Dícese, por último, del Espíritu Santo que es *In labore requies, in æstu temperies, in fletu solatium*—*descansa en el trabajo; en el calor templanza, solaz en el dolor*. San José con su caritativa laboriosidad era quien descansaba á Jesús y á María en sus fatigas, quien enjugaba sus lágrimas, quien llevaba la carga en sus viajes, quien los libraba del frío y del calor.

¿Qué prontitud manifestaba en todo á la voz del Es-

píritu divino! No bien penetraba su inspiración en cualquiera negocio, cuando al punto se lanzaba á su cometido, sin que le detuvieran dudas, ni le retardaran dificultades, ni le arredraran preocupaciones, ni respeto alguno humano le empeciera. Y ¿de dónde le nacía toda esta madurez y acuerdo, si no de las luces con que ilustraba su mente el divino Espíritu, y de las dulces mociones con que gobernaba su corazón?

Estas eran las que lo circundaban de una atmósfera inefable, en que, rodeado de celestes resplandores, medía toda la extensión de sus deberes de Esposo de María y Padre adoptivo de Jesús, y los recorría prácticamente con toda felicidad y esmero. Por donde, como los beneficios son imanes que prenden el corazón, y centellas que pegan el fuego del amor, reconociendo San José en esta misma correspondencia nuevos favores y gracias del divino Paráclito, abrasado en nuevos incendios de caridad, se deshacía en agradecimiento y alabanzas del Bienhechor soberano. Así es que amaba al divino Espíritu como á Dios, fuente de todos los bienes, consolador y bálsamo de sus penas y heridas, director de sus obras, guía de sus empresas, sostén de sus aspiraciones: amábalo como á Maestro de sus pasos, luz clarísima de sus conocimientos, faro brillante de sus dudas: amábalo como á soberana é infinita Bondad, puerto de imperturbable bonanza, centro de sus dichas sólidas y verdaderas.

¿Qué podemos ya decir, en conclusión, de la inmensa perfección y sublimísima santidad de nuestro Patriarca? Hijo predilecto del eterno Padre, Padre amantísimo del Hijo divino, Sustituto virginal del Espíritu santo, templo augustó de la Santísima Trinidad, que tenía en él sus amorosas complacencias, debió de estar adornado de todos los dones, gracias, carismas, ilustraciones, excelencias y prerrogativas, con que el Om-

nipotente haya favorecido á los demás santos; de manera que, después de María, su cónyuge santísima, lo hicieran más agraciado, justo y agradable á Dios que todos los mayores santos y amigos del Altísimo, habiendo por un portentoso de la gracia correspondido cual ninguno al amor ilimitado que le prodigaron las tres divinas personas.

## EJEMPLO

*Beato Gaspar de Bono*

Este ejemplar y devotísimo religioso de los Menores distinguíase por su tierna, filial y sólida devoción para con el Santo Esposo de María. Después del Salvador y de su Madre Santísima, era José el Santo de quien hablaba con mayor estima y por quien trabajaba con mayor afecto. Este afecto extraordinario se manifestaba en la invocación de su nombre suavísimo, que siempre juntaba á los inefables de María y de Jesús.

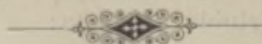
En toda su vida, así como en la hora de su muerte esta fué su peculiar divisa, este su santo y seña contra los enemigos de su alma, este su consuelo, Jesús, María y José; de suerte, que nunca hablaba, nunca escribía, nunca emprendía cosa ninguna si no en nombre y con el auxilio de Jesús, María y José. Estaba intimamente convencido de que todo su bien se hallaba encerrado en esta Trinidad terrenal, y de que todos los tesoros de gracia le habían de venir de Jesús como de su fuente, por María como canal, y de José como de caño, por el cual llegarían á su alma. Estos nombres augustos eran tales para él, cuales dijo un devoto de esta Trinidad humana:



*Hæc tria nomina  
Bona sunt omnia,  
Et mundi lumina  
Et cæli limina.*

Eran su dulce consuelo, nombres de buen agüero, faros del mundo y umbrales del cielo. Tan grabados los tenía en su alma, que á cada instante brotaban de sus labios, invocándolos con gran afecto y devoción. ¿Tenía que salir de casa y pedir al portero que le abriese la puerta? Al encontrarle exclamaba: ¡Jesús, María, José! Hermano mío, ¿me hará la caridad de abrirme la puerta? ¿Se encontraba por la calle con algún conocido que lo detuviera? Al instante decía: ¡Jesús, María, José! ¿Qué se le ofrece á V., mi buen amigo? ¿Llegaba de otra casa á su convento algún religioso? Su saludo era: ¡Jesús, María, José! Mi Padre, ¡que sea V. bien venido! Y en todas ocasiones y por cualquiera motivo prorrumplía con gran dulzura en esta invocación: ¡Jesús, María, José!

Y como vivió, así deseó morir: de manera que en su última enfermedad suplicó con vivas instancias á los que le cuidaban que cuando lo vieran en la agonía próximo á espirar, no le sugiriesen otra jaculatoria sino su favorita *Jesús, María, José*; como si todos sus afectos y esperanzas se comprendiesen y encerraran en estos tres nombres y en ellos cifrara su consuelo al entregar su espíritu al Señor: y el Señor satisfizo sus ardientes deseos, dado que sus últimas palabras, después de haber exclamado: *Bone Jesu. miserere mei!* — *Mi buen Jesús, tened compasión de mí!* fueron *Jesús María y José*. ¡Dios nos conceda á todos tan santa ó parecida muerte!





CAPÍTULO XII

MUERTE GLORIOSA DE SAN JOSÉ Y SU TRIUNFAL  
DESCENDIMIENTO AL LIMBO

*Vita et mors a Deo sunt.*

Eccl. xi, 14.



o hay error que no haya tenido sus entusiasmas patrocinadores: así no es extraño que no constando con certeza por la Escritura ni por la tradición la edad y circunstancias en que murió San José, haya habido autores, ajenos de toda razón y buen discurso, y amigos de fábulas extravagantes, los cuales defendieron que el Santo Patriarca pasó al otro mundo después de la pasión de Jesucristo, y aun después de haberse divorciado de su castísima Esposa. Delirio, despropósito impío, como lo llama con toda justicia el piadoso Gersón: ya que primero, ningún motivo se ofrece para que el virginal Consorte, alabado por el Espíritu Santo como varón justo, diera á la Esposa más amable y amante libelo de repudio; y luego, como nos asegura San Agustín, siendo la fidelidad uno de los bienes del matrimonio, no faltó este lustre al matrimonio más santo que hubo jamás en la tierra, cual fué el de José y María.

Y en cuanto á la longevidad del Santo, hemos de

oponer que si viviera en tiempo de la pasión de Jesucristo, ni faltara al pié de la cruz para confortar á su amadísima Esposa, ni Jesús encomendara su Madre Santísima á San Juan, con desdoro de su virginal Consorte, ni dejaran de hacer memoria de él los santos evangelistas en tantos lugares de la historia evangélica, donde se mencionan la Virgen y sus parientes. Ni se diga que Jesús recomendó á San Juan su afligida Madre, porque siendo el Santo ya tan anciano y decrepito, más estaba para ser cuidado que para cuidar de otros; puesto que en semejante caso habría recomendado el Redentor á la solicitud del discípulo amado la tutela no solo de María sino también de José como igualmente necesitados.

Además de esto, la piedad y sentido común rechazan y reprueban, como indigna de cristianos, la fábula de los que fingen á San José agonizando solo y abandonado á los ciento y once años de su edad, y después de la muerte del Salvador del mundo. Descartados estos absurdos, conviene investigar: ¿cuando murió nuestro Santo y qué muerte tuvo? Esto es lo que vamos á examinar, sacando en conclusión que con muerte santa y envidiable espiró en brazos de Jesús y de María, poco antes de la vida pública del Salvador, yendo su alma á llevar la buena nueva al limbo de los Padres, que aguardaban ansiosos el advenimiento del Mesías prometido.

## I

## EDAD EN QUE MURIÓ SAN JOSÉ

Eliminada ya la opinión absurda y extravagante relativa á la longevidad extraordinaria de San José, quedan aún otros pareceres encontrados sobre el tiempo

de su dichosa muerte. Unos dicen que murió poco tiempo después del hallazgo del niño Jesús en el templo de Jerusalén; mas esto, además de repugnar á los benéficos planes de la Providencia acerca de los desposorios del Santo, como muy acertadamente advierten varios Padres de la Iglesia, se opone también á la interpretación natural y obvia de aquel dogma que nos dice que Jesús, después de hallado por sus Padres en el templo, volvió á Nazareth y allí en todo les estaba sujeto y obedecía.—*Et erat subditus illis.* Luc. II, 51. Lo cual nos indica claramente que el Santo Patriarca vivió algún tiempo más de lo que suponen estos autores.

Y esfuérase más este juicio con aquella relación de San Juan, el cual escribe en el capítulo VI de su Evangelio que admirados los judíos de la sabiduría de Cristo manifestada en sus pláticas, preguntaban: *Nonne hic est Jesus, filius Joseph, cujus nos novimus patrem et matrem?* Jo. VI, 42.—*¿No es este por ventura Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocimos nosotros?* De donde se colige y desprende que cuando predicaba Jesucristo, con no haber vivido San José de asiento en Jerusalén, aún estaba fresca su memoria entre el vulgo de aquella ciudad. ¿Hubieran hablado en tales términos, si hubiera el Santo Patriarca desaparecido muchos años antes, muriendo durante la niñez del divino Maestro? Nadie lo admitirá como probable.

Tampoco se acomoda á este sentir de muerte tan temprana lo que dice San Lucas en su capítulo tercero, y es que *entrando Cristo en los treinta años, era tenido por hijo de José.*—*Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, et putabatur filius Joseph.* Lucas III, 23. De suerte que á la edad de treinta años de Jesús la común opinión le daba á José por Padre, y así por tal era conocido en aquellos pueblos; lo cual

no tendría fácil explicación, si admitiéramos que hacía ya muchos años que José había concluido su mortal carrera.

Por este motivo otros lo suponen vivo cuando San Juan fué degollado por Herodes, y aun aseguran que después de haber sido bautizado en compañía de su Esposa la virgen María, fué á visitarlo en la cárcel, y que poco tiempo después de la degollación espiró; lo cual, además de escribirse gratuitamente, sin dato ninguno sólido que lo abone, tampoco cuadra bien con otro relato evangélico, por el cual consta que la Madre de Dios asistió á las bodas de Caná, celebradas aquel año; á las que no habría seguramente asistido, estando de luto por la muerte de su querido y virginal Esposo.

Por lo tanto, la opinión que hace más bella consonancia con las palabras de la Sagrada Escritura y con las razones de prudente conveniencia es la que siguen el Padre Suárez, el Beato Canisio, y casi todos nuestros autores, apoyados en San Jerónimo, San Bernardino, San Buenaventura y otros graves escritores, que dicen haber muerto San José á los veinte y nueve años de Cristo, poco más, poco menos, llegándose ya la predicación del divino Maestro, y teniendo el Santo Patriarca, según nuestros cálculos, obra de sesenta años de edad.

Era conveniente á los divinos designios del Redentor que, deseando dar á conocer al mundo que su Padre real y verdadero no era José, como todos creían, sino el Eterno, que lo había engendrado en esplendores de gloria, desapareciera el temporal y adoptivo de la escena de este siglo y bajase al sepulcro de sus mayores; lo que fué para él título de gloria y motivo de no pequeño sacrificio. Gloria suya fué, y grande gloria que mientras Cristo nuestro Señor tuvo á bien via-

jar de incógnito por este destierro, ocultando á los hombres su divinidad, quisiera honrar á San José con su continua obediencia, y gozar en todo este tiempo de su compañía, y de la regalada sombra que á un hijo amante hace un Padre solícito y cariñoso.

Gloria suya, y prueba del cariño de Jesús fué que antes que sus ojos pudieran ver los trabajos, improprios, é ignominias que habia de sufrir el Señor en su pasión afrentosa, antes que pudiera presenciar el odio, envidia y crueldad con que le habia de tratar aquel pueblo infiel é ingrato, burlándose de sus enseñanzas y persiguiéndole con la mayor injusticia, quisiera Jesús ponerlo en salvo, y excusarle con muerte anticipada el increíble dolor que con esto habia de recibir, y los continuos sobresaltos y sustos que hubiera experimentado durante la predicación y prendimiento de su amado Hijo. Era, pues, oportuno, y esta fué la voluntad del Eterno, que San José muriese y dejara expedito el camino á la predicación de Jesucristo, ofreciendo á Dios en sacrificio su propia vida para el buen logro de los amorosos planes del Salvador.

## II

## CIRCUNSTANCIAS DE LA MUERTE DE SAN JOSÉ

¡Oh! Y ¿quién podrá aquí dignamente encarecer la conformidad del Santo y los amorosos afectos, con que se despidió para tan larga ausencia de Jesús y de María? En primer lugar no es lícito poner en duda que en el tránsito de San José el Redentor y su divina Madre se hallaron presentes. Así en los himnos de las glorias de San José lo canta la Iglesia, diciendo:

*O nimis felix, nimis o beatus,  
Cujus extremam vigiles ad horam  
Christus et Virgo simul astiterunt  
Ore sereno!*

«¡Feliz sin par y sin igual dichoso, á cuya muerte se encontraron juntos Cristo y la Virgen, recogiendo ufanos tu último aliento!»

Así lo asegura también San Bernardino de Sena, escribiendo *Pie credendum est—debese piadosamente creer* que en la muerte del Santo Patriarca se hallaron presentes Jesús benignísimo y su amantísima Esposa. Así lo sienten casi todos los pintores católicos que dibujaron el tránsito dichoso del Padre adoptivo de Jesús. ¿Cómo habrían de dejar de pagar tantas penas sufridas por su temporal consuelo, tantos sudores vertidos en obsequio suyo, aquel que tiene en sus manos las llaves de la vida y de la muerte, y la que es medicina de los enfermos, consuelo de los afligidos, estrella de los naufragos, puerta de los moribundos? ¿Abandonarían en aquel trance al feliz Patriarca, á quien María, después de Jesús, y Jesús, después de María, profesaron mayor amor en este mísero destierro? ¡Imposible! Tan amargo desvío no lo habrían consentido sus amantes y agradecidos corazones. Allí estuvieron, pues, al lado del Santo Anciano, comunicándole ánimo y paz para el supremo sacrificio.

Pregúntase también si San José murió de aguda y penosa enfermedad, ó espiró víctima de su amor. No ignoramos que se aducen revelaciones, y de una célebre religiosa española, para sostener que el Padre queridísimo de Jesús se consumió á fuerza de los achaques y dolores que habrían acrisolado su paciencia en los últimos años de su vida; pero si hemos de decir lo

que sentimos, diremos que semejantes revelaciones las tenemos por fruto de imaginaciones calenturientas. No creería semejante cosa el célebre artista que pintó el bello cuadro del tránsito de San José que se venera en el antiguo santuario del Santo cerca de Belmonte en Aragón, por cuanto nos lo describe, aunque medio incorporado en el lecho, al lado de Jesús y de María, rodeado de ángeles que vienen á contemplar su ventura, y á otro lado una mesita con un par de huevos y una redoma de vino generoso.

Agrádanos, por tanto, mucho más, y nos parece más conforme á los generosos afectos del amante Corazón de Jesús la sentencia, que se atribuye á Santa Teresa, y patrocina el Padre Vallejo, es á saber, que San José murió de puro amor de Dios. Dícelo así terminantemente San Francisco de Sales en su tratado del amor de Dios, lib. 5, c. 13 con estas palabras: «Un Santo, que tanto había amado durante su vida, no podía morir sino de amor; por donde sucedió que no pudiendo su alma amar á Jesús entre las distracciones de la vida con toda la intensidad y fuerza apetecible, y habiendo cumplido ya con el oficio á que había sido destinado, no le faltaba sino decir al Eterno Padre: *Opus consummavi, quod dedisti mihi ut faciam*. Job. xvii, 4. — *Cumpli, Señor, con la obra encomendada*. Esta fué á mi parecer, y creo no equivocarme, la muerte de este gran Patriarca.» Así hablaba el Santo Obispo de Ginebra: y el Santo Doctor Alfonso M. de Liguorio, autorizando con su prestigio y autoridad semejante doctrina, dice, sin ambages ni rodeos: «Tengo por muy razonable el juicio de San Francisco de Sales sobre los últimos momentos de San José.»

Ya el ferviente Isidoro de la Isla, recogiendo las tradiciones orientales sobre las glorias de nuestro Santo, había consignado como doctrina corriente: «Enveje-



ció San José y adelantó en años sin que se debilitaran las fuerzas de su cuerpo, ni se le oscureciese la claridad de sus ojos, ni se le pudriese ningún diente de su boca, ni menguara en nada la perspicacia de su entendimiento, sino que en tan avanzada edad se hallaba robusto, en todo su vigor, y fuerte en todos sus miembros, como en la flor de su juventud. Acercáronse los días en que debía morir José, y el ángel encargado de su custodia se le apareció, notificándole que había llegado la hora de partir de este siglo y pasar á reunirse con sus padres.» Hasta aquí el Isolano. ¿Qué es, pues, lo que cortó el hilo de aquella vida tan inquebrantable y preciosísima? No otra espada ni otro dardo, sino la violencia del amor. Así lo creen sus más entusiastas devotos.

¿Cuántas veces habría perecido ya por la intensidad del amor divino, á no haberlo conservado casi por milagro la divina Providencia! Sabemos que San Antonio de Padua y nuestro angélico joven San Estanislao de Kostka, con haber puesto María al Niño Jesús en sus brazos, sentían en su pecho tal volcán de amor, que no podían alentar de puro gozo. ¿Qué sentiría José, cuyo amor era muchísimo más acendrado, con tantos años de trato familiar é íntimo con Jesús? Y ¿qué diremos, si á esto juntamos los favores extraordinarios, con que el Señor cebaba estos divinos incendios? El venerable Bernardino de Bustos afirma como verdad indudable: *Josepho non semel sed sæpius se benedictus Jesus transfiguratum in corpore glorioso ostendit. — Que Jesucristo no una sino muchas veces se apareció gloriosamente transfigurado á San José.* Si San Pedro, con estar por entonces tan lleno de defectos, al ver en la transfiguración del Tabor el rostro de Jesús resplandeciente como un sol, y sus vestidos blancos como el ampo de la nieve, no cabía en sí de amor y de contento, ¿qué

experimentaría San José, teniendo un corazón tan puro é inflamado en este fuego divino de amor? La fuerza é intensidad de esta llama lo derretirian y llevarian al sepulcro.

Parécenos que en uno de estos éxtasis de amor le manifestaría Jesús no solamente los excesos de amor que había de obrar en Jerusalén para la redención del mundo, sino también la suma conveniencia de que acercándose la hora de predicar al orbe la doctrina de salud eterna, feneciera el Santo Anciano, desapareciendo de este miserable destierro. ¡Oh! Mirad al dichoso Patriarca en medio de Jesús y de María al despertar de aquel deliquio amoroso. ¡Qué golpe tan terrible para su amante Corazón! ¡Qué sacrificio tan doloroso pidió el Señor de aquella alma generosa! ¡Qué tiernas serían aquellas últimas palabras, con que se despediría de Cristo y de su Madre, para no verse ya más en carne mortal! ¿Qué duda hay que dirigiéndose José á Cristo podía exclamar en aquel trance? «¿Y te he de dejar, Hijo de mi alma? ¿Y no podré oír ya más de tus dulces labios aquella celestial doctrina que embelesaba mi corazón, ni ser tu compañero en las penas y amarguras? ¡Oh! ¿Quién me diera compartir contigo el amargo cáliz de la pasión cruelísima? ¡Quién me diera morir contigo en la cruz! Y ya que esto no sea posible; fuéralo por lo menos continuar al lado de tu Madre, siendo su consuelo y alivio! En aquellas tristes horas, cuando te veas en poder de tus verdugos inhumanos ¿quién confortará su afligido corazón? ¿Quién la asistirá en su viudez y orfandad?» Estas ó parecidas quejas brotarían de aquella alma herida mortalmente de amor.

Pero ¡qué consoladoras razones darian Jesús á su Ayo amadísimo y María á su queridísimo Esposo, para endulzar aquel cáliz amarguisimo de separación

tan prolija! ¡Con qué lucidez y dulcedumbre le demostrarían lo preciosa que era su muerte para gloria de Dios y provecho de las almas! ¡Con qué esperanzas tan llenas del altísimo conocimiento de su porvenir glorioso lo dispondrían para que hiciera satisfecho aquella jornada inestimable! Mas ¡ay, que su conformidad entera con los divinos planes, la generosidad con que ofrecería su vida en obsequio del Criador, no disminuirían en nada la acerbidad de su martirio! Porque, si no se deja sin dolor lo que se posee con amor, ¿qué dolor se puede comparar al dolor de San José al tenerse que separar de prendas tan queridas de su corazón? Todos los tormentos de los mártires no fueron tan acerbos cuanto lo fué la pena que laceraría aquel pecho amoroso, por cuanto su amor á Jesús y á María fué más acendrado y puro que el de todos los santos. ¿A donde llegaría, pues, su dolor?

Además, casi todo lo que servía de consuelo, y en aquel trance terrible acrecentaba su valor á los confesores de la fe, contribuía poderosamente á cancerar la herida de nuestro Mártir. Consuela grandemente á aquellos héroes en sus tormentos el pensamiento de que la muerte es para ellos puerta de eterna vida, y vínculo que los ha de juntar eternamente con Jesús y con María. Mas para San José la muerte venía á secarle la fuente de su dicha, sumiendo su alma en la oscuridad del limbo, y arrancándola del lado de las dos perlas Cristo y la Virgen, más amadas que su propia vida. Y aquí podemos con todo fundamento imitar aquellas expresiones de San Bernardo sobre los dolores de María Santísima.

¿No sabía por ventura el Santo que prestó volvería á ver á Jesucristo? Indudablemente. ¿No esperaba resucitar glorioso con el triunfador de la muerte? Muy de seguro. Y ¿con todo lloraba perder su compañía?

Acerbisimamente. O tú, que esto preguntas, dime ¿no podía sentir el Padre nutricio lo que por tan corto tiempo de separación sintió María en su triste soledad? ¿No podía amargar el corazón de San José lo que tanto acibaró el bienaventurado Corazón de Jesucristo?» Ved ahí las circunstancias excepcionales de la muerte del Santo Patriarca! ¡Ved ya la grandeza del sacrificio en que se ofreció generoso á la voluntad del Altísimo!

Parécenos que alentándole Jesús á tan gloriosa muerte le diría: «Id, Padre mío queridísimo; id al limbo á declarar á los santos Padres cuán cercana está su Redención, y cuán presto los sacaré de aquel lúgubre encierro, para llevarlos á la gloria, á la posesión de la luz soberana.» José, tranquilo y resignado en medio de su quebranto acerbisimo, tal vez le respondería: «Jesús de mi vida; aunque no tuviera otro placer que el de cumplir la voluntad divina, me abrazaría gustoso con la muerte; pero antes de partir, dame tus brazos. Hijo amado; y bien que es oficio de Padre dar la bendición en este doloroso paso, yo pido la tuya, para que amparado con ella muera satisfecho. Mucho siento ausentarme de tí, venero de verdadera vida; pero voy-me contento, por dejar al mundo el tesoro infinito con que deben ser pagadas sus deudas, y la culpa del primer hombre redimida. En aquellas antiguas tinieblas esperaré la luz de tu gloria, y daré entre tanto alegres nuevas á los que con ansias allí te aguardan, pues ordenas que vaya delante.»

Y dirigiéndose luego á la Virgen, exclamaría con voz ahogada por el impulso del amor: «quédate con Dios, Esposa muy amada y espejo de virginal pureza; que yo me voy para no verte más hasta el triunfo de nuestro Hijo querido. Mucho es lo que te debo, pues de todas mis dichas y glorias tu fuiste la fuente; y así

grande será mi satisfacción y contento cuando te vea en el cielo coronada. Aunque vas á perder mi apoyo y compañía, quedas muy bien acompañada y dulcemente asistida, pues quedas con el divino Jesús, que no te dejará sin amparo.»

El devoto Gersón nos pinta el despido de la Virgen con estas palabras:

*Fidi custodis amatrix  
Procumbit lecto, complexans membra pudicis  
Oscula dat labris: mi vir, proclamant, abisne?  
Velle tamen Domini fiat! Dilecte, valetio!  
Ne timeas; Dominus placida te sede locabit.*

Pero ¿quién podrá con su mente alcanzar las expresiones de celestial ternura con que en agradecida respuesta bendecirían al Santo Anciano Jesús y María? San Bernardino de Sena, al considerar este paso, exclama: «¡Oh! ¡cuántas exhortaciones, consuelos, promesas, ilustraciones, incendios, conocimientos de bienes eternos recibió en su tránsito San José de su Santísima Esposa y del dulcísimo Hijo de Dios, Jesús! Mejor que se dice, se deja á la contemplación y reflexión del alma devota.»

Pues ¿qué diremos nosotros viles gusanos de la tierra, si tan gran Santo con la grandeza y sublimidad del objeto sentía enmudecer su lengua? Sólo nos resta exclamar: ¡Dichoso fin, que prometía ya principio tan glorioso! ¡Qué cortés y comedida llegaría la muerte á herir al que tenía presente y tan de su mano al Señor de la vida! Arrebatado José con nuevo ímpetu de amor, no pudiendo resistir tan viva fuerza, fijaría sus ojos moribundos ya en Jesús ya en María, y apretando cariñosamente las manos de entrambos y besándolas afectuosamente, sentiríase morir, sin poder decir

palabra. En esto, haciendo un extremo esfuerzo, exclamó: «¡O mi dulce Jesús!... ¡O mi dulce María!... ¡Qué contento muero, muriendo en vuestros brazos!... ¡Padre eterno, mi vida os entrego! ¡En vuestras manos encomiendo mi espíritu!...»

Y con esto cerró dulcemente los ojos y espiró. ¡O muerte verdaderamente preciosa en la presencia de Dios! ¡O muerte, dechado de muertes justas!... Murió San José, según parece á críticos distinguidos, en Jerusalén, á donde había ido, como todos los años, á celebrar la Pascua; y murió en la fiesta de los ácidos, el diez y nueve de Marzo. Así nos lo asegura la Iglesia en este día, cuando canta:

*Iste, quem læti colimus fideles,  
Cujus excelsos canimus triumphos.  
Hac die Joseph meruit perennis  
Gaudia vitæ.*

«Hoy voló al cielo con placer eterno el varón justo cuyos triunfos claros cantan los fieles respirando todos santa alegría.»

Es en verdad para todo fiel cristiano motivo de gozo y de esperanza muerte tan santa y ejemplar.

### III

#### ENTIERRO DEL CADÁVER DE SAN JOSÉ Y DESCENDIMIENTO DE SU ALMA AL LIMBO

Dice el Padre Patrignani, citando á Gersón, que muerto el Santo Patriarca, Jesús se dignó preparar su cuerpo sagrado y virginal, ungiéndolo con esencias y aromas para el sepulcro, y que luego le puso las

manos sobre el pecho, y que por último lo bendijo, para que no fuera presa de la corrupción. No hay que dudar que el Salvador haría con José todo lo que los mejores hijos solían hacer con el cadáver de su padre; y en tanto que se disponían los funerales que la piedad y la costumbre habían introducido en aquel pueblo de Dios, Jesús y María, vestidos con las insignias de luto y de tristeza, recibían los pésames por la muerte de prenda tan amada, y trataban llorosos de su enterramiento.

Porque si Cristo lloró en viendo llorar á la Magdalena y de ver á Lázaro muerto ¿no será cosa piadosa creer que lloraría también la muerte de San José, acompañando con sus lágrimas las que por tal pérdida derramaría la Virgen en su viudez? ¡Oh! ¡Qué gloria la de nuestro Patriarca! ¿Qué monarca, ni poderoso de la tierra, ni acaudalado del mundo tuvieron jamás la honra de gozar tales padrinos á la cabecera, que les ayudasen á bien morir, ni de que fueran por su dichoso fin los enlutados los que formaban toda la gloria del cielo?

Fundado en antiguas tradiciones, dice Isidoro de la Isla que el cortejo fúnebre que en seguimiento de Jesús y de María, los cuales presidían el duelo, acompañó el cadáver de San José fué numerosísimo. Con gravedad edificante, entonando tristes cánticos, según los usos de Israel, condujeron por entre las calles de Jerusalén los venerandos despojos á la última morada. Llegados allí, pusieron el sagrado cuerpo en el sepulcro de sus mayores, mas antes Jesús, derramando dulces y afectuosas lágrimas, levantaría sus ojos al cielo, y rogando al eterno Padre por la glorificación del que fué para con él su sustituto en la tierra, volvería á bendecirle, dándole el último á Dios. También se despediría conformada y llorosa su aman-

tísima Consorte, cubriendo al punto su rostro con velo de dolor.

Los amigos de José acomodarian con gran reverencia los restos mortales del Santo, arrojarían sobre el sagrado cadáver flores y aromáticos unguentos, y por último cerrarian la puerta del monumento, para volverse á la ciudad con la fúnebre comitiva.

Según escribe San Jerónimo y opinan los Bolandos el Santo Patriarca fué enterrado en el valle donde estaban el sepulcro de Josafat y el huerto de Jetsemaní, entre los montes Sión y Olivete, en el mismo lugar en que descansaban las cenizas de sus ascendientes, y donde más tarde fué depositado el cuerpo de su Santísima Esposa. Pero sacando de aquí al devoto contemplativo, llamemos ya su consideración hacia el seno de Abrahán y hacia el recibimiento que hicieron al alma de San José aquellos benditos Padres.

Cuenta el sagrado Evangelio que muerto Lázaro el mendigo, fué llevada su alma por los ángeles al seno de Abrahán, para gozar allí el premio de sus virtudes. ¡Qué de ejércitos de celestiales espíritus acompañarian al alma de San José á aquellas mansiones! Constituido por el Redentor divino embajador y mensajero de la gran nueva para con los moradores del Limbo, revestido de claridad y sutileza, penetraría en aquellas tristes cavernas, derramando torrentes de luz y difundiendo consuelo y paz entre aquellos justos.

Imitando aquí, aunque para objeto más humilde, al Venerable Padre Granada, pudiéramos exclamar: «¡O luz hermosa; que brillando con fulgores allí nunca vistos, vestiste de súbito resplandor aquellas tinieblas y sombras de muerte! Porque en el punto que aquella alma bendita allí bajó, luego aquella lúgubre noche se disipó, y aquella cárcel resplandeció como con antorcha incandescente; y el concierto de angélicos can-



tares resonó en aquellos antros con insólita armonía. Y todos, en medio de mares de luz y al concierto de celestes músicas, comenzaron á preguntar y decir:

«¿Quién es este tan bello, grande y majestuoso, cuya entrada se celebra con tanta fiesta? ¡Nunca tal hombre se vió en este seno! ¡Nunca el mundo á estas cuevas tales varones nos envió! ¿Habrà, por ventura, llegado el tiempo de nuestra libertad? ¿Se abrieron ya para nosotros las puertas eternas?» Al punto corrió la nueva, esparcida por los ángeles, de quién era el Santo Patriarca. Presto conocieron que en la tierra había desempeñado el oficio de Padre del Salvador, y que había sido digno Esposo de la Madre de Dios. ¡Oh! ¡Qué fiestas le hicieron entonces todos aquellos patriarcas, sacerdotes, reyes y profetas! ¡Como le rodearon todos! ¡Con qué veneración y cortesía le trataron!

¡Con qué entusiasmo le dirían: «¡O alma venturosa de tan dichoso cuerpo, cuyos ojos merecieron gozar de lo que nosotros tanto tiempo ha esperábamos! ¡Dá-nos nuevas, alma felicísima; dínos algo del Libertador tan suspirado! ¡Cuéntanos sus excelencias y perfecciones! Sácanos de dudas: ¿está ya cercano el fin de tan largo destierro? ¿Recibirá pronto el cielo la anhelada paga de nuestras antiguas deudas? ¿Tardará mucho en abrírnos sus puertas eternas?»

Los primeros en reconocer al Santo Patriarca serían sin duda sus afortunados Padres, y los más afortunados aún de María. Reconociéronle presto Isabel y Zacarías... Vendrían después Adán, Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés, David... y á todos expondría los misterios de la Encarnación, la Infancia y vida oculta de Jesucristo; á todos daría noticias ciertas de la futura muerte del Salvador y de la próxima libertad y bienaventuranza de todos ellos. Al instante el nombre de José resonó en aquellos antros entre aclamaciones de júbi-

lo y de segura esperanza. No fué tan dulce y halagüeño el consuelo que recibieron con la presencia y santas máximas del antiguo José los encarcelados en las mazmorras de Egipto, no fué tan sólida y envidiable la paz que con sus visitas y amonestaciones de salud infundió en los cautivos el anciano Tobías, cuanto el regocijo y contento que inundó aquellas almas del Limbo con la santa embajada del Padre virginal de Jesús.

¿Quién con mayor puntualidad y exactitud les podía referir los benéficos designios del Mesías? Mucho mejor que San Juan Evangelista podía repetir este nuncio felicísimo: *Quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod perspeximus et manus nostræ contrectaverunt de Verbo vitæ testamur et annuntiamus vobis.* Jo. ep. 1. 1.—*Lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que examinamos y tocaron nuestras manos, esto os atestiguamos y comunicamos del Verbo de la vida.*

Pero ¿qué pretendemos? ¿Qué decimos? ¿Qué lengua humana, ni angélico entendimiento podría explicar lo que aquellas almas sintieron viendo tan cercano el fin de su cautiverio, y enteradas ya de las victorias que se preparaba á conseguir sobre el infierno, la muerte y el pecado el que debía descerrajar las puertas de la Jerusalén celestial? No se puede con palabras declarar la alegría de aquellos desterrados hijos de Eva: pero sin comparación mayor, mucho mayor era la del Santo Patriarca al percibir el gozo que con sus nuevas había traído á todos ellos.

Preciosísima fué en hecho de verdad su santa muerte, dichoso su heroico tránsito; no solamente porque, como en los demás justos, fué remate y término de sus trabajos, corona de sus virtudes, puerta de la eterna vida, y comienzo de su venturosa seguridad, mas

aun por la grata y solidísima paz que trajo al Limbo y la ciertísima esperanza que infundió en aquellas almas de pronto y eficaz remedio á la nostalgia que padecían, privadas de ver á Dios.

¡Gloria, pues, y perdurables alabanzas al que supo sacrificar su vida correspondiendo y cooperando á los divinos intentos del Criador! ¡Gloria y bendición al Apóstol de tan buenas nuevas en aquellas tristes moradas del seno de Abrahán! ¡Gloria inacabable al venturoso San José!

#### EJEMPLO

##### *Quien da limosna presta á Dios*

Refiere San Vicente Ferrer un hecho edificante, digno de nuestra imitación. Dice que un paisano suyo de Valencia en España, comerciante piadoso, tenía la santa costumbre de obsequiar cada año por la fiesta de Navidad á la Sagrada Familia, y entre otras prácticas laudables en honor de Jesús, María y José, solía invitar á su mesa á tres pobres: un anciano, una mujer y un niño. Guiado por la fe, sabía que el bien que se hace á los pobres por amor de Dios, Dios lo apunta en el libro de la vida como si á él mismo se hubiera hecho; por lo cual, recibiendo y agasajando á aquellos tres menesterosos, creía tener en su casa y alimentar en su mesa á Jesús, María y José.

Esta fe viva, que nunca engaña, le sirvió de gran consuelo en los trabajos de la vida y de faro luminoso en la hora de la muerte. En confirmación de esta verdad apareció después de muerto el alma del caritativo comerciante á varias personas que rogaban por él y les dijo que ya gozaba de eterna gloria, y añadió que en el momento último de su vida descendieron á

su tránsito Jesús, María y José, dirigiéndole estas dulces palabras: «puesto que durante tu vida nos recibiste á los tres en tu casa, hoy venimos los tres para recibirte á ti y llevar tu alma á nuestra eterna morada.» Y concluyó diciéndoles que tan luego como hubo espirado condujeron su espíritu con gran acompañamiento al festín de la gloria.

¡Feliz comerciante, que supo hacer tan ventajoso tráfico con los bienes caducos, colocando sus fondos en aquel banco eterno, que nunca quiebra, y que tan buenos réditos produce en vida y en muerte. Los agentes más asegurados del Banquero celestial son los pobres; y así, quien dá á los pobres, presta á Dios.





### CAPÍTULO XIII

#### GLORIOSA RESURRECCIÓN DEL PATRIARCA SAN JOSÉ

*Multa corpora sanctorum, qui dormierant surrexerunt.*

Matt. xxxvii, 22.



E tres maneras honró el Todopoderoso, según Viguero, al Padre virginal de Jesús, conviene á saber, en vida, en muerte y después de muerto. Honrólo en vida encargándole los ministerios más aventajados de que pueda gloriarse ningún simple mortal, cuales fueron el de Esposo de María y el de Ayo y Padre nutricio del Hijo de Dios. Honrólo en muerte hallándose Jesús en su cabecera, consolándole dulcemente en su tránsito, y asistiéndole con amor singular, ya con la preservación de los dolores de la muerte en premio de su incomparable pureza, porque así como vivió ajeno de la corrupción de la carne, así se viera también exento de las angustias de la agonía, ya por las celestiales palabras con que le dispuso á salir de este triste destierro, recomendando al Padre Eterno con la mayor suavidad su alma, y enviándola con gran acompañamiento de ángeles al seno de Abrahán, ya por último, cerrándole los ojos con sus propias manos, y celebrando junto con María con filiales lágrimas su entierro, hasta dar

sepultura á sus mortales despojos en el sepulcro de sus antepasados. «¡O funeral alegrísimo! exclama justamente Gersón. ¡O funeral dignísimo, celebrado por el mismo gozo del universo; por cuanto Cristo y la Virgen siguieron el féretro hasta la mansión postrimera!»

Y si tal fué la honra con que ilustró Jesús á su Padre adoptivo en vida y en muerte. ¿qué distinción ni gloria le negaría más allá del sepulcro? Por esto creemos piadosamente: primero, que allá en el Limbo lo distinguió con esplendor de prerrogativas singulares; segundo, que lo resucitó consigo en el día de su triunfo; y tercero, que en su ascensión admirable á los cielos se lo llevó allá en cuerpo y alma. Brillante es la gloria que de todo esto resulta para nuestro Patriarca, como poderosas son las razones que nos mueven á abrazar tan piadosas creencias. Un ligero examen nos demostrará que si la doctrina que á honra y gloria de San José defiende estas tres cosas no debe recibirse todavía como cierta é indubitable, por lo menos tampoco se la puede rechazar como improbable y poco piadosa.

## I

## GLORIA DE QUE GOZÓ SAN JOSÉ EN EL LIMBO

No terminaron del todo los festejos de San José con su triunfal descendimiento al limbo, ni tampoco terminó con su muerte toda comunicación con Jesús y con María. Es doctrina corriente y común entre teólogos y doctores sagrados que los ángeles del Señor bajan al Purgatorio para consolar aquellas almas amigas y esposas de Jesucristo; las cuales están allí pagando sus deudas más ó menos graves y purificándose

en aquellas llamas terribilísimas. Los Santos Buena-ventura y Bernardino de Sena se alargan todavía más y enseñan que no sólo aquellos celestes espíritus, sino que también otros bienaventurados llevan á dicha cárcel del Purgatorio alegres nuevas para sus devotos. Si, pues, en fuerza y virtud del dogma de la comunión de los santos, se concede á tales almas allí encerradas por sus culpas semejante comercio y trato con los moradores del cielo, ¿quién se atreverá á negar igual y aún más noble y excelente comunicación y consuelo para los justos, que, ó bien por haber satisfecho completamente á la divina justicia en el fuego purificante, ó bien por haber muerto sin deuda ninguna, limpios de todo débito y mancha, esperaban en el seno de Abrahán la libertad bienaventurada, que había de ganarles el divino Redentor?

El Doctor séráfico defiende las visitas al Purgatorio, apoyado en el común sentir de los fieles y en la autoridad de muchos santos, que recibieron sobre esta materia revelaciones especiales. Y ¿no podremos nosotros con sobrado fundamento asegurar que, si alguno en aquel encierro del Limbo de los Santos Padres gozó de regalados obsequios y consoladoras embajadas, este fué sin controversia nuestro invicto y angelical Patriarca?

El singular amor que le profesaban el Señor y la Virgen Santísima no habría sufrido dejar en aquel destierro en completo abandono y desolación á la persona más santa que allí había descendido, á la más allegada y querida de sus almas que había existido en el mundo; de modo que bien se puede creer que aquellos ángeles que le acompañaron en triunfo hasta el Limbo, y aun San Miguel y San Gabriel, que según el Isolano le asistieron en su muerte, y en vida le dieron avisos de lo alto, descenderían con frecuencia á

tratar familiarmente con el Santo, llevándole dulces nuevas de parte de Jesús y de María Santísima.

Además, parece fuera de toda duda, y así lo indica el distinguido teólogo valenciano Siuri, que las almas del Limbo, triunfadoras del mundo, demonio y carne y libres ya de toda deuda, pero privadas, con todo, de la visión beatífica, hasta que les abriese las puertas del cielo el Vencedor de la muerte, gozarían en aquellos antros de toda aquella dicha, satisfacción y felicidad de que eran capaces, fuera de la suspirada visión, y aun, ya que de Dios se debe juzgar benignamente, hemos de creer, como del contento de Lázaro se desprende, que Dios compensaría de algún modo tan lamentable y tristísima privación. ¿Cómo hemos pues, de suponer á San José privado de aquellas nuevas, por las que, como buen Padre, estaría naturalmente solícito y ansioso? Dado caso que había sido en vida secretario del Salvador, y su cooperador fidelísimo en el gran misterio de la Redención humana; ya que conocía los principios y progresos de tan sublime Epopeya, por haber tomado él mismo no ligera parte en muchos sucesos de ella, parece justo y muy puesto en razón que satisficiera el Señor su natural deseo, dándole cabal noticia de sus adelantos y de su fin, por medio de sus celestes mensajeros.

Otra razón nos ocurre en apoyo de esta tan gloriosa sentencia para nuestro Patriarca. Si, como enseñan muchos Padres, Adán y Eva, viadores aún, gozaban en el paraíso terrenal de este familiar trato y comunicación con los ángeles de Dios, ¿con qué motivo se lo negaremos á los moradores del Limbo, terminada ya felizmente su carrera, y confirmados irrevocablemente en la gracia y amistad divina? Y sobre todo ¿cómo se lo negaremos á San José, varón justísimo, lleno de inefables merecimientos, títulos y prerrogativas?



Por tanto, allí efectivamente le visitaban los ángeles bienaventurados, llevándole circunstanciadas nuevas de cuanto Jesús obraba para la salvación del mundo, y de todo aquello en que intervenía la celestial Corredentora; y allí de verdad lleno de santo júbilo y sobre todo de ardentísima caridad, hacía luego participantes á aquellos justos de nuevas tan consoladoras. ¡Qué gozo bañaría su espíritu en llegando á su noticia ya los inauditos milagros con que confirmaba el divino Maestro su doctrina salvadora, ya los inmensos concursos que, abandonando sus viviendas, iban en seguimiento del Señor, ávidos de escuchar la divina palabra! Así irían pasando aquellos tres años tan prolijos, haciéndosele con tales comunicaciones llevadera y dulce tan amarga separación. Pero ¿qué decimos? ¿No puede igualmente aseverarse que, aunque corporalmente separado de la compañía del Mesías y de María, porque así convino á la gloria del Señor, presenciaria no pocas veces en espíritu sus más gloriosos portentos?

Es también doctrina católica, y negarlo sería impiedad, que se aparecen á veces almas de la otra vida, para consolar ó avisar á los que navegamos aún en el mar proceloso de la presente: y viniendo en particular á las almas que descansaban en el Limbo, sabemos que el alma de Samuel, no por conjuros de la hechicera, sino por divina ordenación, se apareció á Saul, Eccl. XLVI, 23; que las almas del profeta Jeremías y del Sacerdote Onías se presentaron á Judas Macabeo para incitarle á salir en defensa del pueblo de Dios, II Mach. xv, 12; que Moisés y Elías á la vista de los apóstoles San Pedro, San Juan y Santiago se ofrecieron hablando con Jesús transfigurado, Matt. xvii, 3. Y constando estas apariciones con tanta certidumbre, para enseñanza y consuelo de los mortales, ¿porqué no

admitiremos que, para satisfacción del Santo Patriarca y en premio del heroico sacrificio de su vida, le sería concedido tratar repetidas veces con su querida Viuda y con el Redentor?

San Jerónimo, hablando de la visión de Elías y Moisés, no en fantasmagoría, que decir esto sería impío, según doctrina del Padre Suárez, sino en hecho de verdad, dice que el Señor les concedió esta gracia por haber los dos ayunado como Jesús por espacio de cuarenta días. ¿Y privaría el Señor de parecidos consuelos á San José, que ayunó, trabajó, sudó y oró por espacio de treinta años en compañía del divino Maestro? Si, como enseñan los PP. Binet, Vallejo y otros muchos, no podemos negar á José las gracias concedidas á otros santos, ¿juzgaremos que el Salvador lo tuvo por tres años en el Limbo, sin tratar nunca con él de los excesos de amor que había de obrar en su pasión santísima? Tenemos, pues, por digno de ser piadosamente creído que nuestro glorioso Desterrado se halló en espíritu presente y se complació no poco en los hechos más tiernos y culminantes de la vida pública de Jesucristo.

Salen en abono de esta doctrina Santo Tomás y San Jerónimo. En los escritos de este Santo Doctor contra Vigilancio se lee que los apóstoles y los mártires se presentan donde, cuando y á quien quieren. *Animas apostolorum et martyrum posse, ubi voluerint, esse presentes.* El angélico Maestro (in sup. 3 p. q. 63 a. 3.) otorga la facultad de aparecerse á todos los bienaventurados. *Hoc interest inter sanctos et damnatos quod sancti, cum voluerint, apparere possunt viventibus, non autem damnati.* ¿Quién rehusará, pues, atribuir tan merecida prerrogativa al castísimo Esposo de la Reina de los cielos, mayormente considerando que, justísimamente merecedor de la eterna bienaventuran-

za, no disfrutaba todavía de la vista clara de Dios? ¿Veneraríamos á Santo tan esclarecido como superior en merecimientos á los apóstoles y á los mismos ángeles, y lo reputaremos privado de tan dulce solaz y contento en aquella lóbrega noche del Limbo?

No queremos juzgar tan mezquinamente de la generosidad infinita del Altísimo para con el Padre virginal de Jesús. Cuando contemplamos, pues, á Jesús ante el sepulcro de Lázaro, para volverlo á la vida con el imperio de su palabra, allí nos parece descubrir á San José, lleno de santo júbilo por tales triunfos, acompañando el alma del resucitando. Cuando consideramos á Cristo transfigurado en el Tabor, resplandeciendo como un sol entre Moisés y Elías, allí nos imaginamos á San José, gozando invisiblemente de aquel destello del paraíso. Cuando nos trasladamos á la última cena, y vemos que, después de tantos ejemplos de humildad, instituye el divino Salvador el augustísimo Sacramento, allí nos figuramos á San José lleno de justo estupor, contemplando las inauditas pruebas de caridad inventadas por el amor divino.

Tal vez no acertemos del todo al concretar algunos hechos; pero tenemos por cosa probable y piadosamente creible que, parte por las visitas angélicas, parte por sus propias visiones, supo San José cuanto de más importante acontecía á las prendas amadas de su corazón. Así muy probablemente conoció la agonía, prendimiento, y pasión de su Hijo adorado. Así llegaron á su noticia una por una todas las penas y amarguras de su Viuda desolada; dando cuenta de todo á sus compañeros en el seno de Abrahán. Por ventura, mientras en el viernes santo partiría con ellos el solícito Patriarca sobre tales excesos de amor, y en tanto que todos esperarían atónitos el desenlace de la crucifixión de Jesús, la tierra retembló, palideció la luz, re-

tumbaron con grande y tristísimo estruendo aquellas cavernas, y en medio del asombro y estupor de aquellos habitantes oyóse una voz lúgubre, que clamaba: «¡Murió Jesús! ¡Murió Jesús!» Los Padres del Limbo al oír tan triste nueva, transidos de pena y de dolor, se dirían unos á otros: «¡Oh! ¡Cuánto costaron nuestras culpas al Hijo de Dios!»

Y en tanto que con semejantes expresiones y sentidos lamentos daban salida á sus afectos de pesar aquellos santos moradores, ved ahí que el alma de Cristo, investida ya con todos los divinos esplendores de gloria penetra en aquellas mazmorras, y dándoles á todos la paz, las convierte en verdadero Paraíso. Al momento los ayes de tristeza se convirtieron en cánticos de alegría, los gritos de amargura en himnos de alabanza al Vencedor de la muerte; el cual, descubriéndoles la clarísima faz de su divinidad, los levantó á todos á la visión beatífica y sólida bienaventuranza. Así nos lo asegura el Doctor angélico, 3 p. q. 52, ar. 4. *In ipso inferno eos luce glorie illustrando.—En el mismo Limbo comunicó á todos la luz de la gloria.*

¡Qué cantares de regocijo resonarian en aquellos antes tristes antros, trocados entonces por la divina luz en cielo fulgurante! Todos rodearian al Mesías suspirado y le rendirian mil votos de gracias y tributos mil de alabanzas. Mas quien sobre todos se gozaria en aquel triunfo, quien, si en la sólida dicha caben comparaciones, andaria más ébrio de contento en aquel piélago de felicidad, sería sin duda ninguna nuestro amoroso Patriarca.

¡Al fin había llegado para todos el día de santa libertad! ¡Al fin, rotas ya las ominosas cadenas, había despuntado el feliz día de la Resurrección de Jesucristo! Dice el sagrado Evangelio que en aquella faustísima mañana en que el Redentor pasó á vida venturosa,

resucitaron también con él muchos santos. — *Multa corpora sanctorum, qui dormierant, surrexerunt*: Matth. xxvii, 52. ¿Y quiénes fueron estos afortunados, que, vueltos á la vida, y vida celestial, salieron de los sepulcros, fueron á la ciudad santa y se aparecieron á muchos? Esto no lo determinan los Libros santos; pero es voz unánime entre los católicos doctores que, si de alguno se puede asegurar haber recibido esta gracia privilegiada, es sin contradicción del glorioso Patriarca San José.

## II

## RESURRECCIÓN DE SAN JOSÉ

El venerable Bernardino de Bustos refiere que estando San Bernardino de Sena predicando esta verdad en una iglesia de Padua, como si el cielo hubiera querido confirmar con un milagro tal doctrina, vieron los oyentes sobre la cabeza del Santo Predicador una cruz como de oro refulgente, despidiendo embelesadores rayos de luz. ¿Qué decía el Santo Panegirista al piadoso auditorio para merecer semejante demostración? Helo aquí traducido á nuestra lengua: «Devotamente se debe creer, pero no afirmar como de fe, que el benignísimo Jesús, Hijo de Dios vivo, con igual privilegio adornó á su Padre adoptivo que á su Madre Santísima: y que así como cuando murió la santísima Virgen se la llevó al cielo en cuerpo y alma, así también el día que resucitó, llevóse consigo al justísimo Patriarca San José con la gloria de la resurrección: á fin de que así como aquella santa familia, es á saber, Cristo, María y José, vivieron juntos en la tierra en vida trabajosa y en conforme gracia, así con amorosa gloria reinen en el cielo en cuerpo y alma.» Hasta

aquí el Predicador seráfico, cuya doctrina siguen todos los que después de él escribieron sobre estas materias.

Dispútase entre los teólogos si los que resucitaron con Jesucristo pasaron á vida bienaventurada para no volver á morir; y aunque algunos pocos opinan que aquellas resurrecciones fueron como la de Lázaro, quedando los favorecidos sujetos á nueva muerte, no obstante, gran número de antiguos, siguiendo á Orígenes, á San Epifanio y á San Ambrosio, y casi todos los modernos sostienen con Santo Tomás y el Padre Suárez que *mors illis ultra non dominabitur*, que á semejanza del Redentor volvieron á la vida para nunca más morir. Y si examinamos los argumentos en que se apoyan, encontraremos que la mayor parte militan en pró de la resurrección de nuestro incomparable Patriarca.

Dice Santo Tomás que habiendo ellos resucitado para que fuesen testigos abonados de la resurrección gloriosa de Cristo nuestro bien en cuerpo inmortal, convenía que resucitaran también á estado glorioso é imperecedero, para de esta manera testificar en sí mismos con toda propiedad y ostentación la resurrección del Salvador del universo. Y ¿quién para este fin podía ser testigo más conocido y acreditado entre los judíos y discípulos del Señor que aquel, á quien ellos mismos tenían por Padre del mismo Cristo, viéndole resucitado después de unos cuatro años que estaba muerto?

Enseñan los doctores que asegurando Jesús que tiene sus delicias en vivir con los hijos de los hombres, hace con tales deseos agradable consonancia que tenga de ellos algunos compañeros de su gloria en cuerpo y alma; porque así como para demostración de su justicia, ya muy antes de la resurrección universal

# ABRIL

107-1924-25

Sol: 5,38 a 18,52.—Luna: pas. mer. 22,1  
Luna llena el 19

# 16

*Un minuto de Filosofía.*—Hoy vendió Judas a Cristo por 30 pesetas. ¿Pertenece tú a este comercio?

# MIÉRCOLES

Santo.

Ss: Calixto, Cariso, mrs.; Toribio de Liebana, Fructuoso, obs.; Benito José Labre; Engracia, vg., Cayo, Cremescio.

Ayuno.

## EL SANTO ROSTRO

---

Guarda Jaén cubierta de esplendores  
una joya ideal, joya admirada,  
el paño augusto de la Faz sagrada,  
paño de sus dulcísimos amores.  
Y lo mismo que al cáliz de las flores  
vuela sutil la brisa perfumada,  
a la hermosa Reliquia venerada  
va el incienso inmortal de los fervores.  
Sirve a esta Faz de cofre y relicario  
un templo catedral, gloria del Arte,  
que es más grande a la luz del Santuario,  
El pueblo de Jaén es su sagrario...;  
y de allí al Santo Rostro el alma parte,  
como al Cielo el olor del incensario.

*M. Ramos Luque.*

## CANTAR

---

Mucho ofreces, nada das;  
Mucho hablas, nada es cierto;  
Mucho debes, nada pagas,  
¡Eres todo un caballero!

*León del Arroyal.*



arrojó algunos hombres al infierno en cuerpo y alma, como, según parecer de algunos, hizo con Datán y Abirón, así llevaría mucho antes del juicio algunos resucitados al cielo, para ostensión de sus divinas misericordias.

Y habiendo concedido este singular favor á algunos, no es creible que dejara de concederlo á su Padre nutricio; tanto más que si los agraciados fueron, según dichos autores conjeturan, de los que más florecieron en santidad ó campearon por su virginidad y pureza, nadie entre todos aquellos justos de la antigua ley fué ni más perfecto ni más ilustrado por su angelical castidad que San José.

Fuera de esto ¿qué hijo bien nacido y de hidalgos sentimientos pudiendo libertar á su Padre del cautiverio, no lo haría gustoso, sobre todo al dar libertad á otros extraños, detenidos por la misma ó más grave causa? Y ¿osaremos suponer, ni aun imaginar que Jesús, habiendo resucitado á tantos otros, dejara en la oscuridad del sepulcro el cuerpo venerable de su Protector y custodio, que tantos sudores había derramado por su alivio y sustento? ¿Y había Cristo de dejar los despojos de su Padre nutricio bajo el imperio de la muerte, que había venido á destruir, pudiendo con tanta facilidad devolverle la vida en día de tanta fiesta y regocijo? Rechaza semejante despropósito la devota piedad.

Imaginámonos, pues, que en compañía de Jesús, ó tal vez con anticipación, como precursor mensajero, se presentaría San José resucitado á la Virgen desolada. Brillaba hermoso como el lucero de la mañana, resplandeciente como el sol del día, y venia bañado en luz de gloria, para serenar aquel cielo oscurecido, descubrir aquella luna eclipsada, y deshacer aquellas espesas tinieblas de su alma entristecida. ¡Oh! ¡Qué

gozo colmaría el corazón de la Virgen felicísima! Verdaderamente su consuelo fué á proporción y medida de su pasado sentimiento y dolor.

Y ved aquí otro argumento para vindicar la piadosa creencia en la resurrección del Santo Patriarca. Defienden los doctores católicos que, por más que no conste por la Sagrada Escritura, dicta, con todo, el sentido cristiano que la primera aparición de Cristo resucitado se hiciera á su Madre inmaculada; porque así como había sido la que más había participado de sus penas y tormentos, así fuera también la primera y la que mayor parte tuviera en sus alegrías. Y ¿acaso no merecía igual ó parecida distinción su Padre adoptivo, que tanto le amó y con tanta solícitud y generosidad y á costa de tantos sacrificios la había servido y amparado? Y si el gozo de María no había de ser á medias, sino completo, ¿qué otra cosa podía contribuir mejor á completar el consuelo y satisfacción de tan santa Consorte que la resurrección de su amadísimo Compañero de penas y fatigas?

Pruébese igualmente esta prerrogativa y singular privilegio de San José por la gloria de su sepulcro, pero vacío. Cuenta Martorelli en su obra de la Tierra Santa que todavía se venera la tumba donde descansaron los restos mortales del Esposo de María. Y ¿cómo había de consentir el Señor, el cual se complace en glorificar las cenizas de los santos, que en ningún rincón del mundo se diera culto á los venerandos despojos de su Padre virginal, si no fuera porque, resucitado gloriosamente con él, vive ya en la gloria en cuerpo y alma? Consta que por revelaciones especiales del cielo se descubrieron las reliquias del cuerpo de San Juan Bautista, de Santa Ana, de algunos apóstoles y de varios otros santos; ¿y habría dejado el Altísimo en la oscuridad y sin veneración las de aquel, á

quien tantísimo honró en vida y en muerte? Creemos, pues, fundadamente que San José, asiduo compañero de Jesús en los trabajos, fué también compañero de Jesús en su resurrección gloriosa.

Así también lo aseguraba San Francisco de Sales en el entretenimiento tantas veces citado. Leamos sus palabras: «¿Qué nos queda ya que decir, escribe, sino que no debemos dudar ni un punto que este glorioso Santo tenga gran valimiento con aquel, que le magnificó hasta llevárselo consigo en cuerpo y alma al cielo? Esto es tanto más proplable cuanto que no tenemos en esta baja tierra ninguna reliquia suya; y me parece que nadie podrá poner en tela de juicio la verdad de su resurrección, porque ¿cómo habría podido negar esta gracia á San José aquel, que tan obediente le había sido en todo el tiempo de su vida?»

«Sin duda que cuando Cristo nuestro Señor descendió al Limbo, le habló San José de esta manera: Señor mío, acordaos, si sois servido, que cuando vinisteis del cielo á la tierra, yo os recibí en mi casa y en mi familia, y que después que nacisteis, yo os llevé en mis brazos; ahora, pues, que vais á subir al cielo, llevadme con vos. Puesto que yo os recibí en mi familia recibidme ahora vos en la vuestra, ya que á ella os vais; y dado que os traje en mis brazos, tomadme ahora en los vuestros; y así como tuve cuidado de alimentaros y guiaros durante el curso de vuestra vida mortal, así tomadme vos á vuestro cargo y conducidme á la vida eterna.

»Si es verdad lo que debemos creer que en virtud del Santísimo Sacramento que recibimos en nuestros corazones, nuestros cuerpos resucitarán en el día del juicio, ¿cómo podemos dudar que nuestro Señor haría subir consigo al cielo en cuerpo y alma al glorioso San José, que mereció la honra y la gracia de llevar

con tanta frecuencia en sus benditos brazos á Jesús, que en ellos tanto se complacía? ¡Oh! ¡Cuántos besos le dió tiernísimamente con su boca bendita, para recompensar en algún modo sus trabajos! Luego sin duda ninguna está San José en el cielo en cuerpo y alma.» Hasta aquí la doctrina de este Santo Doctor, cuyas enseñanzas declaró sanas y católicas la Iglesia al hourarle con la aureola del doctorado.

Concuerdá con este Santo, modelo de mansedumbre, el seráfico campeón de la fe, San Bernardo de Porto Mauricio, el cual, haciendo el elogio de San José, repetía: «Decid que San José al morir fué trasportado al Empíreo en cuerpo y alma, por privilegio particular anotado en los Proverbios: *Omnes domestici ejus vestiti sunt duplicibus.*—*Todos los de su casa van vestidos con doble estola.* Prov. XXXI, 21. Es decir los de la familia de la mujer fuerte, ó de la Virgen María, llevan doble estola, entendiendo los sagrados intérpretes por doble estola la glorificación del alma y del cuerpo.»

Terminemos, pues, este párrafo con la bella sentencia del piadoso y doctísimo Padre Nouet: «San José entró en el mundo perfectamente brillante por su inocencia como la aurora, y vino al ocaso fulgurante como un sol, subiendo al cielo en cuerpo y alma, para acompañar el triunfo de Jesucristo y preceder el de María.»

### III

#### VISITAS DE SAN JOSÉ Y SU TRIUNFAL SUBIDA Á LOS CIELOS

Asentada con tan fuertes razones y autoridades la verdad de la resurrección del Santo Patriarca, ¿qué lengua podrá decir, ó qué entendimiento comprender

el gozo que sus visitas infundirían ya en el alma de su queridísima Viuda, ya en las de otros allegados, á quienes se aparecería radiante de luz y de hermosura durante los cuarenta días que mediaron hasta la Ascensión de Jesucristo á los cielos? ¡Cuántas veces estaría la Santísima Virgen orando y gozándose interiormente con la gloria inefable de su Hijo y en la vuelta inefable á la vida de su castísimo Esposo, cuando se le ponía delante el rejuvenecido Consorte, dándole la paz, y llenando su aposento de célicos resplandores! Y en aquellos suavísimos coloquios se regocijarían entrambos en los desvelos tomados por Jesús, que tales frutos de bendición habían ya dado; en las penas y trabajos pasados, convertidos ya en torrentes de dulzura, en los desprecios é ignominias sobrellevadas con tanta paciencia, y entonces ya trocadas en aureolas de gloria imperecedera.

Permitasenos aquí aplicar á estas comunicaciones lo que para otro objeto parecido decía el venerable Padre Luís de Granada. «No podemos entender las cosas, que exceden nuestra capacidad sino por otras más bajas, haciendo como escalera de lo bajo á lo alto, y conjeturando las unas por las otras. Pues para sentir alguna cosa de la dulce alegría que recibiría la Virgen no solo con la aparición de Jesús, sino también con las visitas de San José glorioso y resucitado, considere lo que sintió el santo patriarca Jacob cuando, después de haber llorado con tantas lágrimas por muerto á José su amado hijo, le dijeron que era vivo y gobernador de toda la tierra de Egipto.

Dice la sagrada Escritura que cuando le dieron estas nuevas, fué tan grande su espanto y alegría, que, como quien despierta de un profundo sueño, así no acababa de entrar en sí, ni creer que estaba despierto y que no soñaba, y que era verdad lo que sus hijos le

afirmaban. Cuando ya lo creyó, dicen las divinas Letras que su espíritu volvió á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: «Si José mi hijo es vivo, solo este bien me basta: Iré y verle he antes que muera.» Decidme ahora: si el que tenía consigo otros once hijos, tanta alegría recibió de saber que uno solo, que tenía por muerto, y de cuya muerte estaba ya consolado, era vivo, ¿cuál sería la alegría de la Santísima Virgen, que puesta en triste viudez no tenía más que uno, y este tal y tan querido, cuando, después de cuatro años de perdido el Esposo, y después de tres días de ver el Hijo muerto tan cruelmente, se viese de una vez al Esposo y al Hijo resucitados y gloriosos, y á éste Señor absoluto de cielos y tierra? ¿Hay entendimiento que pueda medir tan intenso consuelo?»

Y si el gozo y contento de las personas amadas refluyen en mayor gozo y contento de las personas amantes, ¿cómo se recrecerían la alegría y el júbilo del Santo Patriarca en estas regaladas visitas! Es de creer que por aquellos cuarenta días en que Jesús permaneció en la tierra, apareciéndose repetidas veces á sus discípulos para hablarles del reino de Dios, nuestro Santo se encontraría en algunas de aquellas apacibles reuniones, participando, por lo menos de una manera invisible, de los alegres trasportes de los agraciados. Mas acercándose el tiempo en que el Redentor debía volver al cielo á la diestra del eterno Padre, San José se apresuraría á despedirse de la Reina inmaculada, para acompañar el triunfo de Jesús dejando satisfecha á su Viuda queridísima.

«Señora y amada mía, le diría, llegóse ya la hora de partir y separarnos hasta que nos veamos en la patria. No dudo que en alas del amor quisieras también tú salir de este destierro é irte con tu Hijo adorado y prenda mía querida. Pero no es razón que en un pun-

to queden los hijos huérfanos de Padre y de Madre. Contigo y con ellos queda Jesús en el Sacramento del altar, donde con tu fe vivísima y ardentísimo amor podrás gozarle á todas horas. Sin tí, ¿qué harían sus pobres discípulos é hijos tuyos? ¿Quién los ilustraría en sus dudas? ¿Quién sería su consuelo y amparo en la tribulación? Quédate, pues, en paz; que esta es la voluntad del eterno Padre y de tu divino Hijo. Ea, Señora, que se llegó ya el momento y te aguardan en el cenáculo ansiosos todos tus hijos...»

Allí, en efecto, se reunió María con los discípulos del Señor para despedirse del divino Maestro. Asegúralo así San Buenaventura: *Quadragesimo die a resurrectione venit ad discipulos, qui erant in cenaculo cum Matre ejus.* ¿Quién podrá describir la tierna escena que tuvo lugar en el momento que se les presentó Jesucristo? ¡Qué señales tan inequívocas de amor y de sentimiento dieron todos al Tesoro más apreciado de sus almas! De allí los sacó Jesús á fuera hácia Betania, y congregados en el monte Olivete en número de más de quinientos, hizoles los últimos encargos y dióles á todos el último á Dios.

Levantó sus manos aquel Sacerdote eterno según el orden de Melquisedech, y habiéndolos bendecido á todos, comenzó majestuosamente á subir aquel cuerpo glorioso á lo alto por su propia virtud. Íbase subiendo y tras sí se llevaba los ojos y los corazones de los suyos. ¡Qué vista tan encantadora! ¡Qué impresión de ojos en ojos, de corazón en corazones! Así permanecieron atónitos y suspensos, sin darse cuenta de lo que les pasaba, hasta que una nube les interceptó tan halagüeño espectáculo, y á la voz y amonestaciones de unos ángeles se retiraron á Jerusalén para disponerse á la venida del Espíritu Santo.

¡Oh! ¡Quién se hallara allí en aquella hora para pis-

tar la gloria que en tan bello acontecimiento cupo á nuestro santo Patriarca! Gloriosa fué la entrada de Jacob en la tierra de Egipto, introducido allí por su amado hijo José, que lo recibió como en triunfo. Pero ¿qué significan todas aquellas glorias y alegrías comparadas con las de nuestro Patriarca en su entrada triunfal en el cielo?

Parécenos que descenderian del Empíreo los ejércitos todos angélicos, que, juntos en ordenados escuadrones con los ejércitos de patriarcas, profetas, sacerdotes y caudillos de Israel, formaron como en gran parada desde la cumbre del Olivete hasta las puertas eternas. Subiría por entre las filas lleno de gloria y majestad el Redentor del mundo, vitoreado con celestial alegría, obsequiado con músicas y cantares delicadísimos, y acompañado como de su estado mayor de los varones más grandes y santos del pueblo escogido. «Allí, como dice el Padre Granada, iba el inocente Abel, el justo Noé, el obediente Abrahán, y el casto Isaac, el fuerte Jacob y el prudente José, el manso Moisés, el santo Ezequías, el elegante Isaías y el afligido Jeremías y el pacientísimo Job.»

Pero quien sobre todos brillaba en cuerpo y alma como estrella de primera magnitud, quien entre todos los concurrentes más aumentaba el regocijo de la fiesta, era nuestro glorioso Patriarca, colocado á la diestra del Libertador de Judá. Tras de tan esplendente comitiva replegaríanse aquellos celestes escuadrones, para entrar juntos en la ciudad bienaventurada y entonar todos himnos de gloria al Vencedor del infierno. ¡Qué cánticos! ¡Qué armonías! ¡Qué conciertos! ¡qué alabanzas resonaban en obsequio del divino Triunfador! ¡qué consuelo! ¡qué dicha! ¡qué bienaventuranza para nuestro Héroe distinguido, por la parte tan inmediata que había tenido en la liberación del género humano!



¡Gloria, pues, al glorioso Patriarca! ¡Oh! ¡qué trueque tan dichoso! ¡Quién os vió y quien os ve ahora! ¡Antes tan escondido y humillado, y ahora uno de los principales continuos del Rey del cielo! ¡Antes apurando el cáliz de amargura, y ahora gloriosamente sentado al lado del Salvador! ¡Bendita sea la divina misericordia, que se goza en exaltar á los humildes y humillar al orgulloso, que al pobre llena de tesoros y al rico lo despide vacío! ¡Bendito sea el Señor, que á tanta gloria sublimó á nuestro humildísimo Patriarca!

## EJEMPLO

*Muerte bajo el amparo de San José*

El Padre Jacquinot refiere que fué testigo ocular de la muerte muy edificante de un magistrado llamado M. de la Béne, muy devoto de San José. Los últimos momentos de su vida, dice, fueron felicísimos según Dios y llenos de santa unción. En su larga y penosa enfermedad, que duró unos dos años, aunque padecía mucho y sentía irselé disminuyendo las fuerzas y acercársele su fin, nunca prorrumpió en quejas ni lamentos, que indicaran falta de conformidad con la voluntad divina; antes sumamente resignado, miraba todas sus penas como venidas de la bondadosa mano del Señor. En sus penas y amarguras acudía siempre á San José, á quien llamaba su amante Padre; y San José le bendecía.

Viendo ya próxima su partida de este destierro, llamó á su confesor; y como este le advirtiera que se acercaba ya la fiesta de su Santo Patrón, y que confiaba que San José lo conservaría hasta aquél día, contestó el buen anciano: «¡Oh, Padre mío; que se haga la voluntad de Dios y no la mía, ni la de mi familia!

Hace ya tiempo que estoy pensando en tan bella fiesta y tan dulce para mí: he suplicado al Señor que en aquel día muera ó sane, según su beneplácito; pero que si he de morir, tenga la dicha de comulgar por última vez en el mismo día, y que muera á sazón que se puedan celebrar algunas misas por el eterno descanso de mi alma.»

Humanamente hablando, sin un prodigio, no podía alimentar semejante confianza; porque estaba muy grave y corría á la muerte precipitadamente, siendo así que la fiesta de San José distaba aún el espacio de nueve días. Con todo, fué bendecida su inquebrantable esperanza con gran admiración de los médicos. Después de haber aprovechado todo aquel tiempo para apercibirse á una muerte santa, la víspera de la fiesta llamó á toda su familia en torno de su lecho, y prostrados allí todos de rodillas, les dió su paternal bendición con grandes sentimientos de piedad. El día de la fiesta de San José á las dos de la noche tuvo el dulce consuelo de comulgar con cristiana edificación: sobre las nueve de la mañana, habiendo conservado hasta entonces todas sus facultades mentales, entró en breve y dulce agonía, y durmió luego tranquilamente el sueño de los justos; dejando á los circunstantes cristianamente edificados y llenos de una santa confianza en su poderoso abogado San José. Apenas hubo espirado, celebráronse varias misas por su eterno refrigerio, habiéndose puntualmente cumplido todos los deseos, cuya realización había suplicado al Santo Patriarca. ¿Quién no lo encuentra propicio en aquella hora postrimera, si en vida procura fomentar en su alma su verdadera devoción?





## CAPÍTULO XIV

GLORIA DE QUE GOZA SAN JOSÉ EN EL CIELO SOBRE  
LOS DEMÁS SANTOS

*Ubi sum ego, illic et minister meus erit*

Jo. XII, 26.



L predicar el Padre Osorio las glorias de que goza nuestro Santo en la celestial Jerusalén, nos pinta á la Santísima Trinidad reunida en consejo para deliberar sobre el premio que darian al justísimo Patriarca; á semejanza de lo que hizo el anciano Tobías cuando trató de pagar al compañero de su hijo, San Rafael. «¿Qué podemos dar á este varón que vino contigo?» pregunta el viejo al joven Tobías. Y respondiendo éste, le dijo: «Padre mío, ¿qué merced podremos darle, ó qué podremos hallar digno de sus grandes beneficios? Sacóme y me volvió sano y salvo; él cobró los dineros de mano de Gabelo, él buscóme tan buena esposa, y ahuyentó de ella el demonio; él mismo fué quien procuró indecible gozo para mis padres, y á mí me libró de ser devorado por un pez, á vos os hizo ver de nuevo la luz del cielo, y por él hemos sido colmados de todos los bienes. ¿Qué podremos, pues, darle que corresponda á bienes tantos?»

¿Qué diría Jesucristo al Eterno Padre, tratándose de retribuir á San José con paga digna de sus merecimientos? ¿No podía con razón abogar por él como el joven Tobías por el Arcángel? Podía con verdad decir: «Él me recibió desde el pesebre y me acompañó solícito y amante desde Belén á Nazareth, de Nazareth á Jerusalén y de Jerusalén á Egipto. El me volvió sano y salvo del destierro á la Patria, alimentándome con incesantes sudores: él me libro de ser devorado por el sanguinario Herodes, y me conservó siempre ileso á costa de grandes sacrificios.»

Entrambos Tobías, padre é hijo, llamando á parte á Rafael, le ofrecieron en recompensa de sus fatigas y en agradecimiento de sus beneficios la mitad de los tesoros que habían traído de Rajés; creyendo que aún así quedaban insolventes por lo que no tenía paga digna en la tierra.

Es innegable que en San José pagaba la Trinidad augustísima las gracias extraordinarias con que le había favorecido, y que le pagaba con premio dignísimo, por cuanto era inmenso; pero si tomamos en cuenta y consideración las mismas reglas con que medimos la gloria de los demás santos, ¿no tendremos que convenir en que San José goza en el cielo de bienaventuranza superior á la de todos ellos, siendo, después de la Virgen María, el más cercano á Jesucristo en gloria y majestad? Así lo creemos y así pensamos hacerlo patente, sea que examinemos su gloria sustancial, sea que se miren sus diferentes aureolas. ¡El Santo dirija nuestra pluma para edificación y consuelo de sus devotos!

## I

## GLORIA SUSTANCIAL DE SAN JOSÉ EN EL CIELO

El piadoso Juan Gersón, tan docto como entusiasta de las glorias del Santo Patriarca, resueltamente asegura que San José en el cielo: «fué colocado á la diestra de Jesús, es decir, en posesión de sus bienes principales; porque, como dijo el Señor, donde yo esté, allí estará mi ministro; y aquel parece que se ha de colocar más cerca de Jesús en la gloria del cielo, que en el ministerio de la tierra le fué más allegado y conjunto, más diligente y fiel después de la Virgen su Esposa.» Esfuérase el valor de este argumento, si juntamos las razones de San Bernardino de Sena, citadas por casi todos los que escribieron posteriormente sobre estas materias.

Colocan estos á la Virgen soberana en el cielo sentada en una cuarta jerarquía, puesta debajo del trono de la divinidad y sobre las otras tres de los bienaventurados; distinguiendo en ella dos órdenes, uno superior, en el cual está entronizada la Reina de los cielos, y otro inferior, que ocupa el incomparable San José su Esposo; siendo ambos á dos glorificados en cuerpo y alma. Porque así como la dignidad de Maria, por ser Madre de Dios, es incomunicable á otra criatura, y como á tal le pertenece en la celeste Jerusalén un asiento superior á todos los ángeles y santos; así la dignidad de San José, como Esposo de la Virgen, y por haber sido honrado con el nombre de Padre de Cristo, no menos en la opinión de los hombres que en la predestinación divina, no se puede comunicar á otro santo ninguno. ¿Cómo era, pues, dable que la Virgen amabilísima tuviera junto á sí á otro superior

á su Esposo, del cual recibiera Jesús el título de legítimo y los derechos hereditarios al trono de Israel, por cuanto brilló ante los hombres con el dictado y obligaciones de Padre?

Mayormente que, como queda dicho en otro capítulo, cuando el eterno Padre transmitió su nombre y autoridad al Santo Patriarca, no se contentó con darle á solas este timbre de gloria, sino que también le infundió aquella santidad, solicitud y amor paternal, que era conveniente que tuviese el escogido para Padre del Verbo humanado; y este amor y nombre así entendidos son incomunicables á toda otra criatura. De donde se colige que así como la Virgen por su dignidad incomunicable disfruta en los cielos entre los ángeles y santos del lugar supremo y más aproximado á Cristo; así por motivos parecidos el insigne Patriarca, teniendo mayores y más fuertes lazos de amor con Jesús y con María, debe de estar más vecino de la Virgen, y después de ella, más cercano al Rey de la gloria que todos los demás órdenes y jerarquías celestiales.

Y si, como enseña San Agustín, en las obras de Dios basta buscar lo que fué justo hacer, para concluir que es cierto esto haber hecho Dios, ¿qué cosa más justa y puesta en su lugar puede imaginarse que el que San José y María Santísima, los cuales tan juntos y santamente unidos vivieron en vida trabajosa y en amorosa gracia durante su peregrinación por este valle de quebrantos, gocen ahora en la patria bienaventurada juntamente de feliz ventura, y reinen en cuerpo y alma eternamente unidos? ¿Habían de estar por gran distancia separados en los cielos aquellos á quienes Dios para fines tan altos juntó en la tierra, y que tan concordés cohabitaron en dulce paz y amor castísimo?

Agréguese á esto la doctrina de San Antonino sobre

las jerarquías celestiales, y tendremos que confesar que tales razones no admiten réplica. Dice este Santo que en el empíreo todos los bienaventurados ocupan sus órdenes respectivos, de manera que ninguno de ellos esté solitario. Luego la Reina inmaculada no debe de estar sola en su elevada jerarquía. Y ¿á quién colocaremos al lado de Señora tan augusta? ¿Á Jesús? No: porque por razón de la unión hipostática de la humanidad con el Verbo increado tiene su silla en el trono de la divinidad á la diestra del Eterno Padre. ¿Á otro de los bienaventurados? Tampoco: por mediar inmensa distancia entre ellos y María. A José, pues, y solo á José, como á Esposo de la Madre de Dios y á Padre adoptivo del Redentor, compete semejante gloria entre los ángeles y santos; á ninguno de los cuales es comunicable su paternal dignidad, si no igual, muy parecida y próxima á la de María.

Y si tal jerarquía no consiguiera nuestro Patriarca, ¿no tendríamos que confesar que al coronarlo con diadema inmortal siguió el eterno Remunerador con su Padre nutricio una ley diferente que con los demás moradores de aquella santa ciudad? Allí gozan los santos incomparablemente levantados y perfeccionados todos los dones de gracia y de naturaleza, á que santamente correspondieron en su milicia sobre la tierra. Y ¿San José, con haberlos aprovechado en todos sus quilates, sin perder jamás un punto de perfección, los vería en el cielo menguados y casi perdidos? Por que ¿dónde estaría su premio por aquella autoridad, principado y gobierno que en el mundo ejerció tan cumplidamente sobre la Sagrada Familia? No dejará, pues, de sobresalir en lugar eminentísimo respecto á las honras y goces del cielo quien tal dignidad y tales prerrogativas alcanzó entre las miserias de este suelo.

Lo propio infiere el Padre Osorio de otra máxima y

principio del Santo Evangelio. Léese en San Mateo x, 41. *Qui recipit prophetam in nomine prophetae, mercedem prophetae accipiet.*—El que recibe á un profeta en nombre de profeta, recibirá la paga de profeta; el que recibe á un justo en nombre de justo, recibirá la paga de justo. ¿Qué será, por tanto, del que como San José, reciba á Dios en nombre de Dios, del que alimente á Jesús, Dios y hombre verdadero, á fuerza de grandes sacrificios? ¿No será razonable, justo y debido que reciba paga de Jesucristo rey, ó sea coronado con real diadema? Y aunque no sea venerado como Dios, que esto repugna para una pura criatura, por cuanto ejerció con Cristo el oficio y ministerio de Padre con solicitud singular, ¿no deberá ser por lo menos con honra singular galardonado como tal, y como tal gozar en la gloria del premio que tan encumbrada y divina dignidad reclama?

Lo cual aparecerá más claramente si ponderamos como se merecen aquellas palabras del mismo Señor: *Quicumque potum dederit uni ex minimis istis calicem aquae frigidae tantum in nomine discipuli, amen dico vobis, non perdet mercedem suam.*—Quienquiera que diere á beber á uno de mis pequeñuelos siquiera un vaso de agua fria en nombre de un discipulo, á fe mía os digo que no perderá su paga. Matt. x, 42. ¡Oh! ¿Queréis, Señor, ser espléndido y generoso con los que presten el menor servicio á vuestros pequeñuelos, aunque sea en nombre de uno de vuestros discipulos, y seriais corto y mezquino con el que os alimentó siendo Vos parvulito, con el que fué vuestro inseparable y fiel compañero en esta triste peregrinación, con el que mientras le duró la vida practicó con Vos y con vuestra Madre todas las obras de misericordia, que pudo, con el solo fin de agradaros?

Justo es, pues, y justísimo que quien fué el prime-



ro que os adoró después de María recién nacido en el pesebre, sea también el segundo en la gloria. Justo es y justísimo que quién os vistió desnudo y tierno Infante después de María, sea después de vuestra Madre revestido de singular bienaventuranza. Justo es y justísimo que quien tantas veces se quitó el pan de la boca para vuestro sustento y de María, ocupe también en la gloria un trono el más cercano y parecido al de María. Justo es y justísimo que quien en los arenales de Egipto padeció sed para dar de beber á María, que había de alimentaros á Vos con su virginal leche, goce en el cielo junto á ella y á Vos, fuente inagotable de felicidad eterna.

Por fin, cosa sabida es que la medida de la caridad de cada uno será lo medida de su eterna bienaventuranza. Luego se puede asegurar que en el cielo ocupa el Santo Patriarca el primer lugar en los premios, después de María, por cuanto después de ella fué quien más amó á Jesucristo con amor natural, adquirido y sobrehumano, y quien con este triple amor fué de Jesús constantemente amado, en grado superior al en que amaron y fueron amados aun aquellos que recibieron las primicias del Espíritu Santo; pues, como prueba el doctísimo y piadoso Padre Suárez, son tan singulares los títulos y timbres de San José, y de orden tan aventajado sobre los demás santos, que, como en sujetos tan diversos, no cabe entre él y ellos comparación ni semejanza.

Ni obsta tampoco á esta creencia en la gloria sobreeminente de San José haber los Evangelistas dicho tan poco de las glorias y excelencias del Santo Patriarca; pues las cifraron todas alta y eminentemente en solas tres palabras, llamándole *Justo, Esposo de María y Padre de Jesús*: en la cual denominación se hubieron los sagrados Escritores como si hablaran de

la jerarquía angélica, en la cual cualquiera de los espíritus celestiales se denomina por la mayor de sus excelencias, y en ella se incluyen en modo aventajado las demás de los otros espíritus inferiores; por lo cual, con decir inspirados por Dios que el justísimo José era Esposo de la Virgen y tenido por Padre del Mesías, dieron á entender no solo que reunía en sí todas las perfecciones y prerrogativas de los demás santos como pertenecientes á inferior categoría, sino también que gozaba de otras tan singulares, que le hacían acreedor al encumbrado ministerio á que le destinó el Altísimo.

Pongamos ya por remate y conclusión de tan sólidos argumentos el elogio de la Iglesia santa y del V. Bernardino de Bustos. Llámalo la Maestra infalible de la verdad *calitum decus*—gloria y ornamento de los bienaventurados. ¿A qué doctor, arcángel ni santo, por grande que sea, ha tributado jamás parecido encomio? Ciertamente no hablara de esta suerte si no estuviera persuadida que San José brilla sobre todos los Santos en el paraíso; que es lo que dice el venerable Bustos. «Ningún santo, fuera de la Virgen, goza en el cielo trono tan elevado, ni está colmado de tanta dicha como el castísimo Esposo de María.» Quedará solidada con mayor fuerza esta verdad exponiendo sencillamente la gloria accidental de que disfruta, ó las

## II

## AUREOLAS DE SAN JOSÉ EN EL CIELO

Dice Santo Tomás, d. 49, a. 4, q. 2, «que la aureola tiene su asiento en la mente, pues no es otra cosa sino el gozo de aquellas cosas, por las cuales se merece tal distinción: pero á la manera que del gozo del pre-

mio esencial, llamado corona áurea, redunda ó trasciende cierto esplendor en el cuerpo, cuya gloria es; así también del gozo de la aureola resulta ó proviene mayor brillo en el cuerpo, de suerte que por más que resida ella principalmente en el alma, por cierta redundancia resplandece bellamente al exterior en la carne.» Sobre lo cual, para mayor abundamiento y mejor inteligencia, oigamos lo que dice nuestro Padre Jerónimo Plati en su preciosísima obra del *Bien del estado religioso.*»

«La aureola, dice, es un gozo accidental añadido al premio esencial, gozo que se manifiesta en el esplendor del mismo cuerpo, y se consigue por algún hecho principal é insigne. Lo mismo se observa en cualquiera república bien ordenada; porque, como todos se gobiernan por esperanza del premio ó temor de la pena, así, á vueltas de las recompensas generales con que se remuneran los hechos virtuosos, hay galardones peculiares para las obras heroicas ó brillantes. Así, al modo como antiguamente no se daba solamente á los soldados el estipendio común y ordinario, sino que á los que se distinguían por alguna singular hazaña se les concedían también otras coronas, ya cívicas, ya murales, ya los honores del triunfo; de la misma manera en el cielo, fuera del premio sustancial debido á la virtud de los que mueren en gracia de Dios, hay igualmente honores extraordinarios, singulares y distinguidas coronas, como de vírgenes, de mártires y de doctores, por las reñidas batallas que libraron y victorias que consiguieron contra la carne, la muerte y Satanás.»

Y estas tres aureolas de virgen, mártir y doctor son las que adornan con brillo refulgente á nuestro glorioso Patriarca. La aureola de la virginidad sin contradicción ninguna circunda las sienes del castísimo

Esposo de María; de manera que, si en aquel concierto celestial de vírgenes que siguen al Cordero donde quiera que va, y cantan un cántico que no se permite á otros cantar, la Reina inmaculada capitanea á las castas Esposas de Jesucristo, que crucificaron su carne con todas sus concupiscencias; San José acaudilla detrás de Jesús á todos los varones, que vencedores de sí mismos no mancillaron jamás el lirio de la pureza virginal. Es probable que mucho antes de sus desposorios con la Virgen sin mancha había San José ofrecido con voto al Señor esta virtud angelical; y es cosa cierta y recibida por los sagrados doctores que, limpio de cuerpo y alma, después de su matrimonio prometió junto con María perpétua virginidad al Señor de toda pureza.

Y este hecho es tanto más laudable y meritorio, cuanto que no sólo fué el primero de los mortales que se consagró á Dios con este lazo indisoluble, sino que también tuvo para ello que remar contra la impetuosa corriente y sentimientos de su pueblo, cuyos hijos, ambicionando formar parte de la prosapia del Libertador de Israel pronosticado por los profetas, juzgaban deshonor é ignominia bajar sin prole al sepulcro; San José, pues, guiado por luz superior y divina, conociendo cuán grato era al Eterno el perfume de la virginidad, y cuanto era más meritorio y glorioso renunciar irrevocablemente todos los placeres de la carne, no titubeó un punto en hollar las preocupaciones de su nación, haciendo voto perpetuo de conservar indemne su castidad virginal. ¿Quién le disputará, pues, la primera línea, la más brillante corona entre los varones bienaventurados que ciñen aureola de virginidad tras el divino Cordero?

También resplandece San José con la aureola y palma de invicto mártir. Dice San Agustín: *Martyrem*

*facit non pœna, sed causa.*—No es la pena, sino el motivo de ella lo que hace mártires. Así vemos á San Juan Evangelista, á nuestra patrona Santa Tecla, á San Martín papa, á San Eusebio obispo, á San Silverio y á otros, los cuales, aunque por un portento de Dios no murieron en los tormentos, son por la Iglesia venerados como mártires, porque en testimonio de su fe arrostraron tormentos capaces de quitarles la vida. Hay también mártires de caridad, mártires de deseo, como el Serafin de Asís, hay mártires de corazón como nuestro Santo Patriarca.

¿No merece con efecto San José que le honremos como uno de los principales mártires del Señor, ya que por la fe que tuvo en la divinidad de Jesucristo, sufrió amarguras suficientes para dar á cualquiera la muerte? Seguramente no fué la espada del verdugo, sino agudísimos dardos de amor y de dolor los que traspasaron el alma del Santo Patriarca. Si paramos mientes en el amor incomparable que San José profesó á Jesús; á quien quería ya como á su Dios y Criador, digno de amor infinito, ya como á Hijo, inmensamente amable por su hermosura, sabiduría, bondad y por todos los atractivos que aprisionan el corazón. ¿no confesaremos que al oír de los labios de Simeón la triste profecía sufriría un martirio y pesar tan vivo, que solo Dios, que sondea los corazones, pudo perfectamente medir? ¿Y qué diremos, si pesamos el consentimiento que entonces le pidió el Eterno en la muerte de Jesús decretada en los divinos consejos?

Y ¿esta espada de dolor, clavada en lo más íntimo de su corazón, la llevó atravesada por espacio de treinta años, recrudeciéndose la herida, que nunca se cicatrizó, con la fuga y destierro á Egipto y con los demás trabajos y penalidades del resto de su vida, soportados todos por Jesús su Dios y Señor, y únicamente

por Jesús! Orígenes escribe que solamente por la huida á Egipto padeció San José más que todos los mártires. ¿Diremos que no derramó por Jesús ni una gota de sangre? Tampoco derramó María su sangre por la fe; y sin embargo, por la amargura y pena con que inundó su alma el pronóstico de Simeón, la veneramos todos los fieles como á Reina de los martires. Y ¿negaremos á San José la gloria del martirio, cuando en las mismas circunstancias sintió su corazón anegado en un mar de angustias?

Bellamente razona San Antonino de esta suerte: «Aquel que da la vida por Dios merece la aureola del martirio; y por tanto, al que da por el mismo Señor una vida más querida y preciosa que la suya propia, se le deberá una aureola tanto más brillante, cuanto más querida es la vida sacrificada. Ahora bien, consintiendo San José en la muerte de Jesús, á quien amaba más que su propia vida y que mil vidas, si las tuviese, daba en obsequio del Eterno una vida más preciosa y estimada que todas las vidas. Luego corresponde á San José, después de María, la más esplendente aureola de mártir.» Y ¡qué rayos tan deslumbradores esparrama esta aureola, si la contemplamos adornada con las flores y virtudes que la esmaltan!

Consiguió San José con su pronta obediencia y heroica fortaleza señalada victoria de los tiranos que perseguían á Jesucristo. ¿Qué clavo atravesaría su corazón en diciéndole el ángel que corría peligro, y peligro inminente la vida de su amado Jesús, y que era preciso apelar cuanto antes á la fuga para salvarlo! Luego al punto, de noche, resuelto á defender aun á costa de su sangre prenda tan preciosa, buscó precipitadamente un asilo entre idólatras y bárbaros. ¿No podemos aquí exclamar á gloria de San José lo mismo que exclamó la Iglesia en honor del obispo San Mar-

tin? *¡O santísima vida, que aunque perdonada por la espada de la persecución, no perdió, sin embargo, la palma del martirio! ¡Y qué martirio!*

Los tormentos de los otros mártires terminaron con la muerte; pero el alma de San José estuvo en perpetuo dolor por toda su larga vida y aun más allá del sepulcro. Iluminado por Dios y por la luz de las santas Escrituras conocía perfectamente la pasión de Jesús, y su recuerdo continuo era para su alma una espada penetrante. La vista de su amado y amantísimo Hijo era para él incentivo de amor y despertador de su martirio. Cuando en su infancia le daba calor en su seno, cuando lo llevaba en sus brazos, cuando le imprimía dulces ósculos, cuando dirigía sus tiernos pasos, siempre le parecía estarlo viendo morir por los pecadores, en medio de tormentos indescriptibles. ¿Hubo jamás martirio más acerbo, con escepción del de María?

Pero, como dejamos dicho, la espada que más hondamente le penetró en el alma, fué tenerse que separar de Jesús y de María en su muerte prematura. Porque prematura fué su muerte, aunque en edad avanzada, por tener que privarse por tan prolijos años de su dicha y consuelo, Jesús y María, que constituyen la gloria y felicidad de todos los bienaventurados: prematura, porque lo arrancó del lado de la Virgen, á quien hubiera querido acompañar en sus dolores y acerbísima soledad. ¿Qué martirio puede concebirse ni más heroico ni más amargo para un corazón tan amante como el de José? Y no obstante, no bien conoció el noble Mártir ser esta voluntad del Altísimo, cuando al momento, para gloria y confesión de la divinidad de Jesucristo, inclinó su cuello á la mortal guadaña, exhalando su espíritu en brazos de sus prendas más amadas. Martirio nuevo fué este á semejanza

del de María; pero martirio superior á todos los imaginables, y por lo tanto dignísimo de brillantísima palma.

Por último, conquistó igualmente nuestro Santo la aureola de doctor. Para merecer ser colocado en el catálogo de aquellos hombres ilustres que la Iglesia reconoce como doctores y maestros, es necesario poseer gran fondo de doctrina acerca de los misterios de la fe y haber extirpado con la lengua ó con la pluma algún error, ó bien haber descubierto algún dogma oculto en el depósito de las divinas enseñanzas. En cuanto á fondo de doctrina ¿quién podrá parangonarse con nuestro Patriarca, ya sea en conocer profundamente los misterios de la religión, ya sea en verse favorecido con luces y revelaciones del cielo acerca de las verdades dogmáticas? ¿Quién como él pudo gloriarse, salva siempre la Virgen Santísima, de haber frecuentado por treinta años seguidos la escuela de la divina Sabiduría? Pudo, pues, con suma facilidad y lustre ganarse la aureola de doctor. Pero, preguntamos ahora ¿fué tal su lucimiento en esta ciencia, que mereciera con toda justicia este timbre de gloria?

Dícese de Jesucristo, maestro supremo de los doctores, que para conducirse como pauta y modelo de todos ellos, empezó á obrar y enseñar.—*cepit facere et docere*, Act. 1, 1. Si nos es permitido comparar el cedro con el arbusto, lo grande con lo pequeño, lo infinito con lo criado, ¿no podremos decir algo parecido, ya que no otro tanto, de nuestro Doctor insigne? Más con hechos que con palabras predicó á Jesucristo en Belén, en Egipto, en Nazareth para edificación del mundo; y á su ejemplo hoy día mismo siguen muchos la pobreza, humildad y mansedumbre que predicó el divino Maestro. Y aun, aprovechando las ocasiones que le deparó la Providencia, ¡cuántas veces lleno San



José de ardoroso celo ganó para Dios con sus enseñanzas á muchos, que yacían en el error y en las sombras de la muerte?

Nadie negará que durante los años que permaneció en Egipto, compadecido de la ceguedad y abyección de aquellos idólatras les persuadiría no solo de la falsedad de sus dioses y vanas supersticiones, no solo de la malicia del pecado y del premio y dulzura de la virtud, mas también de que habían llegado ya los tiempos en que se cumplirían las promesas que tenía hechas el Altísimo á los hijos de Israel, y en que se manifestaría el Mesías deseado de las naciones, estableciendo en la tierra un reinado de verdadera caridad, y en que el Eterno en todas partes recibiría el debido culto, siendo adorado en espíritu y en verdad. ¡Cuántos y cuántos, admirados por sus edificantes ejemplos y atraídos por el claro esplendor de sus divinas enseñanzas, renegarían de sus falsas deidades y abominables cultos, y se abrazarían con la verdadera luz, emprendiendo la única senda de salud perdurable! San Anselmo in cap. II Matt. dice que San José prefiguró á los predicadores que acrecientan la grey del Señor.

Con no menor celo y caridad trabajaría entre sus paisanos para bien de las almas tan presto como vuelto de Egipto estuvo de asiento en su patria. ¡A cuántos haría comprender la vanidad de los bienes caducos y terrenos, y la suma solidez de los impercederos y celestiales con su fervor cada día creciente, con sus conversaciones tan prudentes y santas! Sembrador de paz, corregía con dulzura al que erraba, y ponía en amistad y concordia á los desavenidos.

«¡Oh! exclama el devoto Isidoro de la Isla. ¡Cuántas veces á los más íntimos y amigos exhortaba á que fijaran sus miradas en el semblante de Jesús, á que observasen las palabras y costumbres de Jesús! Creía

el Santo que para los demás despediría también aquella carne el perfume de divinidad que él percibía: y tengo para mí que así como en la Iglesia muchos se salvan con la presencia de Jesucristo y por la virtud de los sacramentos, así por aquellos tiempos en Nazareth muchos se pusieron en camino de salvación así con la conversación de Jesús y los ejemplos de la bienaventurada Virgen, como también por los méritos y trato de San José.» Hasta aquí el Isolano.

Por esto algunos Padres y teólogos no solo conceden á San José tan brillante aureola, sino también las prerrogativas del ministerio apostólico y aun el título de primer evangelista. San Hilario de Poitiers, in Matt. II, dice que nuestro Patriarca fué imagen de los Apóstoles, cuyo cargo es llevar á Cristo por todas partes. Y el cardenal Camaracense predicaba: «El ángel evangelizó á los pastores, San José á todos pública y solemnemente: por donde con toda razón podemos llamarle evangelista y aun el primero que mereció este nombre.» Y en hecho de verdad ¿no fué San José quien evangelizó al mundo el dogma de la divina maternidad de María?

De todo lo cual se colige que la gloria de San José en la celestial Jerusalén excede á todo lo que lengua humana puede explicar. Si, como dice San Pablo, ni ojo vió, ni oído oyó, ni entendimiento de hombre puede alcanzar lo que el Todopoderoso tiene preparado para los que le temen, ¿qué palabras ni aun angélicas podrán darnos una ligera idea del trono majestuoso á que levantaría á su Padre nutricio, al digno Esposo de su querida Madre, al Mayordomo de su casa el Hijo de Dios? ¿Hay en el emperio asiento más rico y encumbrado, salvo el de la Virgen María? ¿Hay astro en aquel firmamento dichoso que brille con más divinos resplandores?

¡Oh! ¡Qué felicidad será contemplar reinando á la diestra de Dios á María, y al lado de María á su virginal Esposo, rodeado de gloria y lleno de majestad! Y penetrando los sentimientos de júbilo regocijadisimo que bañan sus almas, no podemos menos de exclamar: ¡Oh cuán bien recompensados se juzgan por todas sus fatigas, todos sus sinsabores y todas sus lágrimas! ¡O dichosas molestias, á las que siguió tan feliz descanso! ¡O benditos ayunos, que granjearon tanta hartura! ¡O bienhadados trabajos, que merecieron tales consuelos!

Clamemos, pues, confiados con San Bernardino de Sena: «¡O bienaventurado José, acordaos de nosotros, é interceded por nosotros con el sufragio de vuestra oración para con vuestro Hijo divino! Y después de este destierro presentadnos á vuestra Virgen Esposa, para que se digne mostrarnos á Jesús fruto bendito de su vientre.» Amen!

## EJEMPLO

*San Francisco de Sales*

Aunque no nos constan las gracias extraordinarias que se cree que el Santo Doctor de Ginebra recibió de San José, con todo, importa dejar consignado el afectuoso amor que le profesaba este distinguido Maestro de la vida espiritual y ejemplar perfecto de santos preladados. Siempre que este mansísimo Pastor habla en sus escritos del Padre nutricio de Jesús, hácelo con todo el aprecio y con toda la efusión de su alma, siendo buena prueba de ello no solo el décimo nono de sus entretenimientos espirituales, consagrado todo á publicar las glorias del Santo, mas también el *Trata-*

*do del amor de Dios*, que dedicó al Santo Patriarca como á su protector y querido maestro.

Invitado por el Padre Bernaud, rector de la casa profesa de Lión, á que predicará en nuestra Iglesia las glorias josefinas en el día de la fiesta del Santo, respondióle con su acostumbrada mansedumbre y suavidad: «Padre mio, llegó Vuestra Reverencia tarde, porque estoy ya comprometido, y rara vez he podido felicitarle de haber predicado dos veces en un día; sin embargo, acepto su ofrecimiento en obsequio de mi gran Patrono, y consiento en predicar hoy una segunda vez.»

El mismo San Francisco quiso que esta riquísima devoción, que había llenado de suave perfume su corazón y su boca de dulcedumbre, fuese como la leche para criar en sólida piedad á las primeras hijas de la Visitación; orden que acababa de fundar para mucha gloria del Altísimo. Dióles al Santo Patriarca por guía y patrono, y la primera iglesia que para ellas levantó en Annecy, la consagró al castísimo Esposo de María, dándole por titular al mismo San José.

En fin, deseoso de perpetuar en aquel religioso instituto una prueba siempre viva de su filial y tierna devoción al santo Jefe de la Sagrada Familia, entre otras reglas que dió para los novicios una fué aquella en que les recomienda con especial encarecimiento que consideren y amen á San José como á su maestro y su guía en los senderos de la vida interior y en todos los oficios, así de María como de Marta, á que sean llamadas como esposas de Jesucristo.

En la víspera de su santa muerte estaba el mencionado Padre Pedro Bernaud velando al Santo Prelado en su grave dolencia, y habiendo tomado el breviario del enfermo para rezar horas, no encontró en él otra estampa que una imagen de San José. Por último, te-

niendo el mismo Padre que partir á nuestra casa de San José en Li6n, fué á despedirse del Santo Obispo, y le dijo que le ofrecía todos los servicios y obsequios de todos los Padres de la casa profesa: á lo que contestó el devoto moribundo con su angelical dulzura y con acento lleno de piedad: «O Padre mío! ¿No sabe Vuestra Reverencia que soy todo enteramente de San José?» Estos fueron siempre sus afectos, y con ellos espiró santamente en la paz del Señor.





CAPÍTULO XV

PATROCINIO DEL GLORIOSO SAN JOSÉ

*Itē ad Joseph; et quicquid vobis dixerit, facite.*  
Gen. xli, 55.



ENTADOS en trono imperial reinan juntos en el cielo José y María, y juntos miran con purísimo amor y paternal empeño por el bien y provecho de sus hijos redimidos con la sangre del Redentor. Así parece reconocerlo la Iglesia nuestra bondadosa madre mucho tiempo ha; porque si por un lado, guiada por el Espíritu Santo, nos excita á mirar en María á nuestra cariñosa Madre, instituyendo la fiesta de su patrocinio, también por otro nos mueve á recurrir con filial confianza á la protección de San José, celebrando con igual solemnidad el patrocinio del Santo Patriarca.

Está en el corazón de todos los buenos católicos esta fe y confianza ilimitada en el valimiento de María; por donde debemos confesar de común consentimiento de todos los santos y doctores de la Iglesia que la Virgen Santísima puede, sabe y quiere remediar las necesidades de los que imploran su auxilio. «O Virgen bendita, exclama San Bernardo, ¿quién podrá investigar ó medir lo largo, lo ancho, lo sublime y lo profundo de tu misericordia? Porque como su longitud

se extiende hasta el día del juicio, ayudando á todos los que la invocan, y su anchura abraza todo el orbe de la tierra, que está lleno de sus bondades, así por su admirable sublimidad llegó á restaurar la ciudad celestial, y por su profundidad obtuvo la redención de los que yacían en las tinieblas y sombras de la muerte.» ¿Qué poder se puede concebir mayor fuera del poder divino?

Tal es el prestigio soberano de esta Virgen ante el trono del Omnipotente, que sí, por un imposible, pudiera acontecer que así como un ángel resistió á los planes de otro, según se refiere en el libro de Daniel, así todos los santos y ejércitos de espíritus bienaventurados se opusieran con todo su valer á la intercesión de la Reina inmaculada, pesaría mucho más en la balanza de Dios el solo voto de María que los demás de todos los moradores de la corte celestial. ¿Quién no pondrá, pues, toda su confianza en tan poderosa valedora? Tal es su majestad y grandeza, que hasta los ciudadanos de la celeste Jerusalén reciben nueva gloria y nuevo placer en la contemplación de su belleza y bondad inefable. Y si tan alto sube el valer de María, como unánimes confiesan todos los católicos, ¿podríamos, por ventura, proclamar que el glorioso Patriarca merece de los fieles parecida confianza? No cabe duda. San José, si atendemos á su dignidad, á lo que de él predicán los santos y á la práctica misma de la Iglesia, es digno de que pongamos una confianza sin lindes en su glorioso Patrocinio.

## I

PODER INMENSO DE QUE GOZA SAN JOSÉ POR RAZÓN  
DE SU DIGNIDAD

Que el glorioso Patriarca San José goce ante Dios de poderoso valimiento, que después de la Virgen Santísima ninguno de los ángeles ni de los santos, no decimos le aventaje, pero ni siquiera le iguale en esta parte, cosa es que se desprende por natural y obvia consecuencia de cuanto llevamos dicho, y sobre todo de su incomparable santidad. Indicannos el recto sentido y sana razón y nos enseñan los santos que Dios nuestro Señor, el cual penetra lo más secreto y recóndito de los corazones, sin pagarse de apariencias, sino de la solidez y verdad de las virtudes de cada uno, por ellas los galardona conforme á los méritos de sus obras. En el cielo, pues, aunque á todos comunica el Altísimo la eterna bienaventuranza, descubriéndoles claramente su divina faz, y aunque á todos benignamente oye, según aquello del Salmo xxx, 16. *Oculi Domini super justos et aures ejus in preces eorum.*—*A los justos atiende el Señor, y escucha benignamente sus preces,* con todo, así como les comunica diferente brillo, según los quilates de sus virtudes, así mira de una manera especial por los que más se distinguieron en su servicio.

Y ¿qué ángel y qué santo hay, no ya que llegue á la justicia y perfección del Padre virginal de Jesús, pero que no se confiese inmensamente inferior á su pasmosa grandeza? Por donde, así como por confesión de todos los que tratan de sus merecimientos fué San José el más parecido por sus gracias y perfecta correspondencia á la Reina de los cielos, así lo debemos en-



salzar por el más poderoso abogado y eficaz intercesor, á quien en todas nuestras necesidades podamos acudir después de María. El mismo soberano Pontífice Benedicto XIV, no menos distinguido por su saber que por su celo de la pureza de la doctrina católica, confesaba llanamente que San José había recibido gracias y prerrogativas tan grandes, excelsas, indubitables y peculiares, que jamás se habían comunicado á ningún otro santo. Luego ningún otro santo, ni entre los más encumbrados espíritus, tiene para con Dios tan superior empeño é influencia.

Pero suponiendo por un instante que no hubiera sido tan sobresaliente en santidad como armaba á los inefables misterios confiados al Santo Patriarca, ¿no bastarían estos mismos títulos con que lo distinguió el Altísimo, para con razón atribuirle un poder ó ascendiente ilimitado para con el Corazón divino? Si, como enseña la docta teología, la gracia en este mundo no destruye, sino que perfecciona la naturaleza, ¿cuánto más levantará y mejorará los dones así naturales como sobrehumanos la gracia consumada, que adorna á los comprensores de la gloria? Y si la caridad que prendió en esta vida no se apaga, sino que se inflama más y más en la patria de los justos ¿cuánto más difusiva debe de ser en el cielo la del Corazón de Jesús, modelo, ejemplar y centro de todos los predestinados? Aquellos lazos, pues, con que ató naturaleza y estrechó la gracia en este suelo á Jesús, María y José, lejos de haberse relajado en la gloria, débense de haber apretado mucho más con fuerza celestial y sobrehumana. Ahora bien; si tanto amó Jesús en este valle de quebrantos á San José, que siempre cumplió dócil y sumiso sus más ténues insinuaciones, ¿dejaría en el cielo de atender á sus deseos, ruegos y propuestas, por más que su santidad no se hubiera aventaja-

do, como se aventajó, á la de todos los justos? De ningún modo.

Con toda razón, pues, enseña Fray José de Jesús, carmelita, que: «No solo se diferencia San José de los otros santos en la preexcelencia de los premios de gloria y goces accidentales de aquella patria, más también en cierta autoridad real, de que es ilustrado en aquella córte bienaventurada, semejante á la dignidad de la Emperatriz de los cielos, en cuanto puede otra criatura tener con ella semejanza: ya que por suma dignación del Hijo de Dios, entrambos ejercitaron con él acciones paternas en cuanto hombre y á entrambos veneraba y obedecía.»

Y aunque el vínculo conyugal, como con todos los mortales acontece, se desató ó rompió con la muerte del uno, todavía es cierto que algún carácter ó representación honorífica de haber sido San José Padre virginal de Jesús permanece en la celestial ciudad, y que no menos el Hijo que la Madre de Dios lo miran y lo tratan con cierta dignación honrosa, acatando en él la dignidad con que le distinguió en la tierra la Trinidad augustísima. ¿Hay en el cielo ningún ángel ni santo, por levantado que sea, que pueda gloriarse de tal obsequio y veneración? ¿Qué diremos, pues, de su poder y valimiento? Aun dado caso, pero no concedido, que su santidad no hubiera eminentemente superado la de todos los justos, ¿no bastarían estos respetos ó relaciones para decir y aseverar que todo lo que puede Jesús por naturaleza, y María por gracia que no conoce límites, lo puede San José por respeto á su elevadísima dignidad? Es, por tanto, á semejanza de María todopoderoso en el cielo. Allí todas sus insinuaciones y plegarias son atendidas y favorablemente despachadas.

¿Quién no acudirá, pues, á tan gran Santo en todos

sus apuros? ¡Bellísima y segura subida es por la escala de José ir á María, de María á Jesús, y de Jesús al eterno Padre, para conseguir cuanto bien se pida! Basta suplicar á José que muestre á la Virgen sus callos y sudores, y á la Virgen que muestre á Jesús su pecho y sus lágrimas, y á Jesús que muestre al Padre eterno sus cardenales y heridas, para lograr feliz resultado en nuestros ruegos. Con todo derecho el dulcísimo Patriarca intercediendo por sus devotos pudiera recordar á Cristo y á María las fatigas y amargas sufridas con tanta generosidad para buscarles un pedazo de pan, diciéndoles aquello de Isaías XLIX, 16. *Mirad: en mis manos os grabé y vuestros muros tuve siempre delante de mis ojos.* Porque, ¿por quién respiró, por quién se desveló, por quién se despulsó y se pereció el Santo Patriarca en el período de treinta años, sino por Jesús y María, para proveer de lo necesario aquella santa casa?

Enséñanos San Juan XIV, 6, que por Cristo nos llegamos al Padre. Dice Jesús: *«Nadie viene al Padre sino por mí.* Por la Virgen, canal de todas las gracias, llegamos á Jesús su Hijo; y por San José, consuelo de afligidos, llegamos á la Virgen, para llegar por sus grados á conseguir cuanto necesitamos. «Ea, pues, pecador, diremos con San Bernardo: si no te atreves á presentarte al Hijo de Dios, acógete á tu Padre San José, y descúbrelle tus crímenes y miserias; y él manifestará por tí á la Virgen, su Esposa y Madre de los pobrecitos delincuentes, sus callos y sudores; y ella mostrará por tí á su Hijo sus pechos y sus lágrimas; y éste descubrirá por tí á su Padre eterno sus cardenales y heridas; y el Padre recibirá al Hijo mediando, y el Hijo escuchará á la Madre intercediendo, y la Madre atenderá al Esposo suplicando.» Estas son las gradas por que hemos de subir en todas nuestras necesidades.

Prorrumpe el Beato Padre Pedro Canisio en estas expresiones: «Bello encomio de San José nos hace San Mateo, al tejer la genealogía de Jesucristo; puesto que á manera de la escala que vió Jacob en sueños, y cuya punta llegaba hasta el cielo, alcanza hasta Dios, y así nos alienta á subir de José á Jesucristo; ya que Jesucristo mismo, Señor de todos, descansa en San José, como en el supremo peldaño de la mística escalera. ¿No estaba, por ventura, sostenido Jesús por el bienaventurado Patriarca, cuando tierno pupilo en este siglo, esto es, cuando nacido sin Padre carnal, tenía en San José su consuelo, calor, y sustento junto con su Madre Santísima? ¿Y qué podrá negar el Hijo al que en este misero destierro lo cuidó como amoroso Padre? ¿No le autoriza todo esto á influir ante Dios con mayor valimiento que todos los moradores del cielo?

Porque todos los demás ciudadanos de aquella patria, como siervos, vasallos, y á lo más amigos ó hijos del Rey eterno pueden interceder por nosotros interponiendo sus méritos por via de suplicación, á fin de que el Señor nos oiga; pero San José, tan emparentado con Jesús, hasta constituirlo en línea recta heredero del trono de Israel, no solo tiene en el reino de los cielos la dignidad real, como la gozan comúnmente los que reinan con Jesucristo, más también está revestido de otra cualidad en alguna manera autoritativa, por la cual como Ayo, custodio y Padre virginal del Redentor consigue infaliblemente cuanto se propone.

¡Qué gloria! ¡Qué poder el de nuestro Patriarca! ¡Quién osará poner límites á su valimiento, cuando el mismo Rey de los cielos quiso vivir sujeto á sus órdenes? Pregonemos, pues, por todos los confines de la tierra que nuestro Santo está revestido de tal influjo y poder, que ninguna de sus propuestas ha sido jamás rechazada, y que goza de privilegiada autoridad

para presentarlas al Señor no temerosa y perplejamente como los otros siervos, sino con noble prerrogativa de que por el honor paternal, por el cual es allí glorificado, ha de conseguir con seguridad todo lo que pida.

Así nos lo asegura también San Bernardino de Sena, diciendo: «De ningún modo se ha de pensar que Jesucristo en los cielos no otorgue á San José, como Hijo á su Padre, la familiaridad, reverencia y dignidad sublimísima, que le concedió en la tierra; antes bien debe confesarse que allí las completó y consumó.» Y ¿de dónde nace la fuente de esta eminencia soberana sobre todos los demás santos, incluso los Apóstoles y el mismo Bautista? Nos lo dice San Agustín: porque el oficio de los Apóstoles y de San Juan se dirigía y encaminaba al cuerpo místico de Jesús, ó á la santa Iglesia; y el oficio y ministerio de San José se ordenaba directamente al cuerpo real de Cristo Hombre Dios, ó expresándonos con las palabras del santo Doctor, *Ministerium apostolicum est sub Christo et propter Christum, ministerium autem Joseph est propter Christum et supra Christum.*—*El ministerio apostólico es bajo Jesús y por Jesús, mas el ministerio de San José es por Jesús y sobre Jesús.* ¿Quién admira con este fundamento los grandes elogios que hacen sus devotos del poder ilimitado del Santo Patriarca?

Para encarecer este valimiento universal é indefectible dicen algunos que negó el divino Maestro á los hijos de Zebedeo los dos primeros asientos en el reino de la gloria, porque desde toda la eternidad con decreto inmutable estaban reservados por el Omnipotente para María y su virginal Esposo; y otros añaden que teniendo el divino Monarca dos llaves, símbolo de su poder, entregó la una á la Virgen y la otra á su Padre nutricio, no solo con el fin de que abriesen las arcas

de los celestiales tesoros á medida de su agrado, más también las puertas mismas de la eternal Jerusalén. ¡Qué mucho es todo esto cuando la Iglesia, maestra infalible de verdad, para ponderar el poder de nuestro Santo, le aplica aquellas palabras que dijo Faraón al antiguo José: *Tu eris super domum meam, et ad tui oris imperium cunctus populus obediet*. Gen. XLI, 40.—*Tu gobernarás mi casa, y al imperio de tu voz estará sujeto todo el pueblo*. Interminables nos haríamos si pretendiéramos tejer una guirnalda de dichos encomiásticos sobre las prerrogativas y poder de nuestro Santo.

¶ Pero preguntará alguno: ¿será para nosotros tan propicia su voluntad, como ilimitado y seguro es su valimiento? Sin duda ninguna; porque no es José como los orgullosos del siglo, que cuando se ven en la prosperidad y grandeza se olvidan de los humildes y pobres pequeñuelos. No: no ha cambiado de condición benigna en su encumbrado trono de gloria; antes bien, si cupiera parangón entre su poder y misericordia, diríamos que esta sobresaie con mucho sobre aquel, de suerte que ahora más que en su vida; aunque tan benigno, podemos aplicar á San José aquellas palabras de la Escritura: *Dedit ei Deus latitudinem cordis sicut arenam, quæ est in littore maris*. III, Reg. IV, 23.—*Dióle el Señor un corazón más ancho que las playas que ocupan las arenas de la mar*. ¿Cómo no ha de querer escuchar y despachar favorablemente nuestras súplicas, si nos ama con el mismo amor con que ama á Jesús? ¿Cómo no nos ha de atender, si busca nuestro bien y aprovechamiento con aquel mismo afán con que cuidaba del consuelo y bienestar de Jesús y de María? Pero ¿qué decimos? Si no miráramos más que á la corteza de las cosas, mayor podría parecernos el amor que nos profesa á nosotros, mayor la solícitud con que mira por nuestra felicidad, ya que por nues-

tra salud eterna consintió en los dolores de María y en la muerte de Jesús, de esos dos seres que le eran mil veces más queridos que su propia vida: bien que todo para mayor mérito de la Virgen y para mayor gloria del mismo Jesús. ¿Quién puede dudar, pues, de la bondad de nuestro Santo Patriarca? Quien nos dió lo más cuando Simeón profetizó la muerte acerbísima del Redentor, ¿nos negará, por acaso, lo menos ahora que goza ya de tanta gloria en el cielo?

A más de que tal parecer se puede muy bien decir que el agradecimiento reclama su ilimitada caridad para con los miserables hijos de Adán. ¿Para qué le colmó Dios de dones y carismas tan señalados? ¿Por qué lo encumbró á la dignidad de Padre de Jesús y Esposo de María, sino porque nuestros ingentes males movieron al Señor misericordioso á buscarnos remedio eficaz, tomando nuestra flaca naturaleza? Con verdad nadie mejor que San José puede exclamar con la Iglesia: *O felix Adæ culpa.*—*¡O feliz culpa de Adán,* que, habiendo necesitado tal y tan grande Redentor, me abrió la senda á la soberana y asombrosa gloria en que me veo! ¿No piden, pues, las esclarecidas gracias que recibió y el trono en que está sublimado que mire diligente por el provecho y santidad de aquellos, por cuya redención tomó el Altísimo nuestra carne?

Por último, siendo el fin de la encarnación del Verbo nuestra santificación, no se puede negar que redunde en gloria de Jesús el remedio de nuestros males y la restauración del humano linaje. Y ¿quién, después de la Virgen, ha deseado jamás con mayor ardor y procurado con mayor empeño el triunfo y gloria de Jesucristo que nuestro glorioso Patriarca? Luego es indubitable que San José quiere, y quiere de veras, y quiere eficazmente el provecho espiritual de sus devotos, y quiere también el bien temporal de los mis-

mos, de convenirles así para utilidad de sus almas. Por esto la Iglesia le canta: *Certa spes vite, columen-que mundi—segura esperanza de la vida y sostén del mundo*; y más abajo lo llama: *ministerium salutis—ministro de nuestra salud*. ¿Puede decirnos más para avivar nuestra confianza? Tenemos, por consiguiente, que San José quiere y puede auxiliarnos en todas nuestras tribulaciones. ¿Qué resta, pues, para animarnos á confiar del todo en el Patrocinio de San José? Solo nuestra sólida devoción. Así lo juzgaron siempre sus más doctos y esclarecidos devotos.

## II

ELOGIOS QUE HACEN LOS SANTOS DEL VALIMIENTO DE  
SAN JOSÉ

Y empezando por el ángel de las escuelas, Santo Tomás de Aquino, el cual aquilata sus enseñanzas con gran peso de razón y sumo rigor teológico, después de haber asentado como doctrina corriente que á ciertos santos les concede el Señor agenciar algunas causas especiales y dar remedios para ciertos males, defiende luego que á San José le concedió poder para auxiliar en todas las necesidades y negocios, y prosperar y amar con afecto paterno á todos los que á él se acogen piadosamente. Transcribamos aquí sus palabras, ya que es tanta su autoridad: *At sanctissimo Josepho in omni necessitate et negotio concessum est opitulari, et omnes ad se pie confugientes defendere, fovere et paterno affectu prosequi*. D. 45, g. 5. Doctrina sólida, con universal asentimiento admitida por todos los santos y doctores que han tratado de estas materias. Y aquí de paso conviene advertir que



Santo Tomás llama á San José no santo, sino santísimo, para manifestarnos el gran concepto que de él tenía.

El acérrimo defensor de la fe Juan Echio, debelador de los luteranos, escribe: «Aquella mutua conversacion y trato de San José con nuestro Señor Jesucristo y la Virgen María, claramente arguye su inmensa excelencia y santidad; por donde justo es esperar que todo lo que San José ruegue á su Hijo Jesús, ó bien á su queridísima Esposa María, le sea concedido, sin sufrir jamás repulsa ni desvío. Por tanto vosotros, carísimos, no os olvidéis de Varón tan santo; antes invocadlo con afecto piadoso y constante, y nunca os veréis abandonados en la necesidad.»

El doctísimo arzobispo Capdefont en su libro *de la perpetua virginidad de María y de José* se explica en estos términos: «Mirad cuánto hacen los hijos de reyes por sus ayos y aun por sus amas de leche, y cuánto consiguen éstos á favor de sus amigos. No creáis, pues, que jamás olvide Cristo cuanto José por él se fatigó, cuanto bien le hizo; por lo cual muchas cosas obró en otro tiempo por el Santo, y muchas está dispuesto á obrar por respecto de él en pro de sus devotos hasta la eternidad. Compárase Jesucristo á un león por su generosidad y nobleza de ánimo; y al león nada le es de más agrado, ni está más grabado en su memoria que pagar con gran diligencia y gratitud el beneficio recibido.»

Tales son los conceptos que de este León de Judá y de su ayo y tutor San José estampó este defensor de la virginidad del Santo Patriarca, y luego exclama: «¡O bienaventurado Varón, á quien fué concedido ser nutricio y llamarse Padre de tal Hijo! Bienaventurados aquellos á quien este Santo tiene en alguna estima y toma bajo su protección; por que el Hijo

de María, ó mejor el Hijo de Dios le honra no negándole nada!» Y añade el piadoso señor Arzobispo: «No tememos asegurar que es cosa al Señor muy grata que imploremos devotamente la protección de San José. ¿Qué negará á San José el Hijo de Dios, que siempre le amó con entrañas de caridad? ¿Qué hijo, de no ser un ingrato, echa en olvido eterno los beneficios del padre? ¿Y lo haría el Hijo de Dios, que lleno de bondad hace nacer el sol para los mismos malos? Por tanto, siempre que acudamos á San José á implorar sufragios, no vayamos; ¡por Dios! perplejos y temerosos; antes creamos con fe constante que nuestros votos serán gratisimos así al Eterno, como á la Reina de los cielos.»

Por donde añade Bernardino de Bustos: «El que suspire por alcanzar cualquiera gracia del Altísimo, tome por abogado á San José ante la Virgen su bendita Esposa, y ante nuestro Señor Jesucristo; y todo lo conseguirá del Padre celestial.»

Y concluye el piadoso Isolano con esta alabanza del Santo Patriarca, al probar su poder inmenso: «Fue San José por su ministerio tan familiar al Señor, que todos los ángeles juntos no sirvieron jamás con tanta familiaridad á Dios, como solo su Padre nutricio; El mismo tuvo por huésped al Hijo de Dios; desnudo, lo cubrió con pañales; hambriento, lo alimentó; enfermo, ó yaciendo en su infancia, lo visitó; en el calor, lo refrescó con baños, ya por su propia determinación, ya para satisfacer los deseos de su Madre; en el frío, le dió calor, abrigándole con su propio manto. Por donde el día del extremo juicio podrá decir con santo atrevimiento:—Yo, Dios inmortal, no solo dí de comer á los pequeñuelos hambrientos, sino que á ti mismo te alimenté; sediento, te dí de beber; desnudo, te cubrí; enfermo, te visité.»

De donde concluye que el más poderoso abogado que podemos escoger en todos nuestros pleitos y apuros, es sin disputa ninguna, después de María, el benignísimo Patriarca San José. Lo mismo predicó siempre, lo mismo escribió el gran panegirista de nuestro Santo el docto y ferviente Gersón.

Ocioso sería copiar aquí los muchos y bellísimos textos de los dos nuevos y santos doctores de la Iglesia, San Francisco de Sales y San Alfonso María de Ligorio; los cuales á una voz enseñaron y predicaron la ilimitada confianza que hemos de poner en el valimiento del Santo, y la universalidad de protección que le ha concedido el Omnipotente.

Tenemos, además, á la misma Iglesia santa, que, primero en la fiesta del Patrocinio de San José, le aplica aquellas consoladoras palabras de la Escritura: *In quacumque tribulatione clamavit ad me, exaudiam eos, et ero protector eorum semper.*—*En cualquiera tribulación en que clamaren á mi, los atenderé y seré siempre su protector.* V. p. ep. miss. Patr. 17. Y después en una plegaria, enriquecida con indulgencias, le ruega en estos términos: *O Dios, admirable en tus santos; más admirable en el bienaventurado San José, á quien nombraste dispensador de los bienes celestiales.* De modo que esta bondadosa madre nos viene á decir que San José es el limosnero real del Monarca eterno, y que como tal tiene á su cargo remediar todas las necesidades de los que acuden á él.

En vista, pues, de este concierto universal de alabanzas, ¿quién temerá proclamar á la faz del mundo que es común sentir de los doctores y de los fieles, de la Iglesia enseñante y de la Iglesia enseñada, haber sido puesto San José para remediar de los que en todos sus apuros y tribulaciones se acojan confiados á su omnipotente protección?

La que más alto proclamó siempre esta consoladora doctrina es sin controversia alguna Santa Teresa de Jesús. Leamos sus entusiastas expresiones: «Tomé, dice, por abogado y señor al glorioso San José y me encomendé mucho á él: vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida del alma, este Padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medió de este bienaventurado Santo, de los peligros de qué me ha librado, así de alma como de cuerpo: que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; de este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de Padre siendo ayo le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide.»

«Esto han visto también otras algunas personas, á quien yo decía se encomendasen á él: y de nuevo he experimentado esta verdad... Quisiera yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea aprovechada en virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan.»

«Páreceme ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío. Si yo fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo á mí y á otras personas..... Solamente pido, por

amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca y tenerle devoción: en especial personas de oración siempre le han sido aficionadas. Que no se cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que le ayudó.

«Quien no hallare maestro que le enseñe oración, que tome este glorioso Santo por maestro, y no errará el camino.» Hasta aquí la seráfica M. Santa Teresa.

¿Puede haber encomio más cumplido y acabado del omnipotente valimiento de nuestro Santo para con aquellos que ponen en él toda su confianza? Y como si todo lo que dijo y escribió durante su vida en alabanza del Santo Patriarca fuera todavía poco, aparecióse después de su muerte para hacer entender á todos sus religiosos y á todas sus monjas que San José debía ser siempre su padre, su guía y su principal abogado. Estos son los sentimientos de casi todos los santos que han florecido en estos últimos siglos.

### III

LA PRÁCTICA DE LA IGLESIA NOS PREDICA QUE  
TENGAMOS EN SAN JOSÉ UNA CONFIANZA ILIMITADA

¿No nos recomienda, por ventura, lo mismo con sus ejemplos el universo católico, acudiendo al amparo de San José en todos sus grandes apuros y necesidades? Ahí tenemos al gran canciller de la famosa universidad de París, el cual en aquel gran cisma que perturbó por tantos años la paz pública de la cristiandad,

abogó con todo su poder y saber para que se decretasen solemnes cultos á San José, reconociéndolo por Padre y Patrón de la Iglesia universal, con el fin de conseguir la unión tan suspirada. Con efecto, habiendo ido en 1414 al Concilio de Constanza como embajador de su rey Carlos VI, no dejó piedra por mover para recabar su laudable intento. Allí, según cuenta Benedicto XIV, peroró delante de los Padres congregados para que levantasen á San José á los honores de Patrón de la Iglesia, si querían extinguir el funesto cisma que estaba desgarrando la túnica inconsútil del Salvador, ó sea su obra maestra la Iglesia santa; y el consejo entusiasta de Gersón agradó al Concilio; y en hecho de verdad cesó el cisma de los tres Papas que se disputaban la tiara, y el 11 de Noviembre de 1417, se recobró la tranquilidad pública con la elección de un nuevo Pontífice, que se llamó Martino V.

Un siglo después, cuando el formidable Otomano, invadiendo la Europa, amenazaba arrojarse sobre Italia, y cuando, para colmo de infelicidad, el sacrilego Lutero principiaba en Sajonia á esparcir el veneno de sus deletéreos errores, el piadoso y celosísimo dominicano Isidoro de la Isla dedicaba su obra sobre los dones de San José al Papa Adriano VI, suplicándole con grande encarecimiento que para la paz de Italia y prosperidad de toda la Iglesia decretara que todos los fieles celebrasen todos los años con gran pompa y esplendor fiestas en obsequio del Santo Patriarca. «Por estos honores, decía, el imperio de la Iglesia militante recibirá gran virtud de lo alto; y restituida la tranquilidad á la Iglesia, la gracia del Santo Bautismo se difundirá entre bárbaras naciones, y el nombre de Cristo será anunciado á los gentiles. Porque, en fin, el Señor para sí y para su gloria suscitó á San José como Patrono del imperio militante de la Iglesia.»

Una de las naciones que mayor confianza tenía en este poderoso Abogado, y que á él acudía en todos sus contratiempos y necesidades era Alemania. Así fué que cuando en 1683 se vió con gran ímpetu y arrojó atacada por los turcos, amparóse á la sombra de San José con tan feliz acierto, que, conseguida en 12 de Diciembre de aquel mismo año una señalada victoria contra los fieros y orgullosos musulmanes, Bohemia proclamó al Santo Patriarca CONSERVADOR DE LA PAZ, y todo el imperio germánico, lleno de profundo agradecimiento y ganoso de tenerlo siempre afecto y propicio, solicitó y obtuvo de la Santa Sede que en todos los reinos de Alemania, además de la fiesta de San José, se celebraran solemnemente sus santos Desposorios en conmemoración de tan grande beneficio.

Al recrudecerse las persecuciones de la Iglesia por enemigos embozados ó descubiertos, recurriase de nuevo al amparo del Santo Patriarca, cuyo valimiento nunca se había implorado en vano. Con esta confianza maciza, cuando por la revolución francesa Pio VII se vió inicuamente despojado de sus dominios, acudió en su destierro al abrigo y protección de San José, y pronto recibió el socorro suspirado; porque viendo Napoleón I, el coloso del siglo, que sus glorias empezaban á eclipsarse, y reconociendo en sus derrotas é infortunios el dedo de Dios, vengador de sus ultrajes, decretó que fuesen devueltas al Papa las provincias de Roma y del Trasimeno. Digno es de particular atención y memoria, para gloria del Santo, que el decreto firmado el 10 de Marzo, cuando en Roma y en todo el orbe cristiano se empieza la novena de San José, llegó á Savona á manos del Pontífice el día 19 del mismo mes, fiesta del glorioso Protector de la Iglesia.

Amaestrados los fieles con tantos beneficios no ce-

saban de instar á sus prelados, obispos y arzobispos, suplicándoles que interpusieran su influencia para con el Vicario de Jesucristo, á fin de que solemnemente declarase á San José Patrono de la Iglesia universal; por lo cual reunidos en el gran concilio Vaticano, interpretando los fervientes votos de sus feligreses, rogaron con vivas instancias á Pío IX la gracia tan anhelada. Y este gran Pontífice, que junto con las glorias de María había celado también con afecto filial las glorias del Santo Patriarca, movido por el espíritu de Dios no tardó en satisfacer las aspiraciones del mundo católico, por cuanto en el año funesto de 1870, después de invadida tiránicamente la ciudad eterna por las armas sacrilegas del Piamonte, y encarcelado el Papa en su propia morada por aquellos liberales usurpadores, proclamó á San José Patrón de toda la Iglesia, y quiso que su decreto soberano fuese promulgado por la Congregación de Ritos el 8 de Diciembre, fiesta y aniversario de la declaración dogmática de la Concepción inmaculada de María.

Con esta manifestación del oráculo de Dios tan solemne ¿quién no se acogerá bajo las alas del Santo Patriarca en todas sus amarguras y contrariedades? ¿Quién dejará de obsequiarlo como á su más poderoso protector y abogado ante Jesús y María? No olvidemos aquellos dulces afectos de San Francisco de Sales, en que se compendia y cifra todo este discurso, para encender en nuestras almas acendrado amor, devoción y confianza ilimitada en San José.

«¡Oh! ¡Cuán felices seremos, si podemos tener alguna partecita en su santa intercesión. Porque nada le será negado ni de parte de su Esposa, ni de parte del Hijo gloriosísimo. Si ponemos en él nuestra confianza, él nos conseguirá un santo acrecentamiento en todas las virtudes, y muy especialmente en aquellas que po-



seyó él en grado más alto que los demás, cuales son pureza santa de cuerpo y alma, la virtud amabilísima de la humildad, la constancia, la fortaleza, la perseverancia; virtudes, por las cuales saldremos vencedores de nuestros enemigos en esta vida, y que nos obtendrán la gracia de llegar á la eterna.»

Vamos á poner término á este capítulo transcribiendo traducido al pié de la letra el

#### DECRETO

*Urbi et orbi*—PARA ROMA Y TODO EL MUNDO SOBRE  
EL PATRONAZGO DE SAN JOSÉ

Como Dios había constituido al antiguo José, hijo del Patriarca Jacob, presidente de toda la tierra de Egipto, á fin de guardar el trigo para el pueblo; así llegando la plenitud de los tiempos, cuando iba á mandar á su Hijo unigénito Salvador del mundo, escogió á otro José, del cual era el primero tipo y figura, y lo constituyó príncipe de su casa y de su posesión, y lo eligió guardián de sus principales tesoros; por cuanto tuvo por Esposa á la Inmaculada Virgen María, de la cual por obra del Espíritu Santo nació Jesús, que entre los hombres fué tenido por hijo de José y estúvole sujeto.

Y este José no solo vió á quien tantos reyes y profetas desearon ver, mas también conversó con él y con afecto paternal le abrazó y besó; y hasta con diligente cuidado nutrió á quien el pueblo fiel debía recibir, para obtener la eterna vida, como pan bajado del cielo. Por esta sublime dignidad, que Dios confirió á este Siervo fidelísimo, siempre la Iglesia honró  
CON SUMOS HONORES Y ALABANZAS al bienaventurado

San José después de la Virgen Madre de Dios, su Esposa, é imploró su mediación en casos angustiosos.

Viéndose, pues, en estos tristísimos tiempos la misma Iglesia por todas partes perseguida de sus enemigos, y oprimida de tan graves calamidades, que hombres impíos pudieron sospechar haber al fin prevalecido contra ella las puertas del infierno, por esto los venerables Prelados de todo el orbe católico presentaron sus preces y las de los fieles de Cristo encomendados á su cuidado al Sumo Pontífice, pidiendo que se dignara instituir á San José Patrono de la Iglesia católica.

Habiéndose después renovado ahincadamente las mismas súplicas y votos en el sagrado ecuménico Concilio del Vaticano, nuestro santísimo Señor Papa Pío IX movido por la recentísima y luctuosa condición de las cosas, quiso satisfacer los votos de los sagrados Pastores, y encomendándose á sí y á los fieles todos al poderosísimo Patrocinio del Santo Patriarca José, lo declaró Patrono de la Iglesia católica, y mandó que su fiesta, que tiene lugar el 19 de Marzo, se celebre en adelante con rito doble de primera clase, aunque sin octava, por razón de la Cuaresma. Dispuso además que semejante declaración se promulgara por el presente decreto de la Congregación de sagrados ritos en este día consagrado á la Madre de Dios, Virgen inmaculada y Esposa del castísimo José.

Día 8 de Diciembre de 1870.

CONSTANTINO, *obispo de Ostia y Veletri*.

CARDENAL PAPRIZZI, *Pref. de la Sagrada Congregación de Ritos*.

En lugar de sello,

D. Bartolini, Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos.

— Publicado este Decreto fué recibido con públicos aplausos y regocijos por todos los fieles del orbe católico, que ansiaban tal gloria para el glorioso Padre de Jesús y Esposo queridísimo de María. ¡Quiera Dios que este devoto entusiasmo, lejos de menguar, tome cada día nuevas creces para gloria del Señor, honra del Santo y provecho de las Almas! Amen.

## EJEMPLO

*Entrada triunfal de San José en el cielo*

En la vida que de la venerable Madre Catalina de San Agustín escribió Pablo Reguenerón se lee una visión sumamente honrosa á San José. Esta venerable religiosa, á quien Dios llamó al Canadá para ejercer el cargo de enfermera en el hospital de Quebec, siempre fué muy devota del glorioso Patriarca, hasta el punto que al recibir el sacramento de la confirmación se hizo cambiar el nombre, y llamar María, Catalina, Josefina, por su gran amor á María y á José.

El día de la Ascensión de Jesús á los cielos, dice su vida, arrebatada la venerable Sierva en espíritu vió una bellissima procesión de Santos, que acompañaban en triunfo al cielo al Rey de la gloria. En este cortejo glorioso ocupaba San José la cabeza de todos, y era el que estaba más próximo á las puertas eternas. Tan presto como hubieron entrado todos ellos y Jesucristo se hubo sentado en el trono que le estaba preparado á la diestra del eterno Padre, San José dirigió la palabra á la Augustísima Trinidad y en especial al Padre diciéndole: «Padre inmortal, ahí está el talento que me confiásteis sobre la tierra: os lo devuelvo, y os lo devuelvo acrecentado y multiplicado en esta multitud de almas, que os presentó junto con el ta-

lento que me entregasteis: ellas son la ganancia conseguida.» Y el Padre eterno contestó á San José en estos términos: «Siervo bueno y fiel; así como fuisteis en la tierra el administrador de mi casa, así quiero que en el cielo seais no un simple servidor, sino un Señor, á quien me place otorgar un poder extraordinario.»

El Verbo divino mismo, coronado ya Rey de la gloria, manifestó la honra grande en que tenía al Santo Patriarca. En esto la venerable Josefina se volvió á San José y le dijo: «Admirable Patriarca, pedid por mí al Rey inmortal que no permita jamás que pierda yo su amor, pues nada os puede negar.» Su plegaria fué despachada favorablemente, con la condición de que no faltara á su resolución firmísima de buscar siempre el cumplimiento de la divina voluntad; y se le mostró el asiento que ocuparía en la gloria, para gozar sin fin de la dulce y bienaventurada compañía de Jesús, María y José. Hasta aquí la vida.

Procuremos nosotros cumplir y buscar en todo el divino agrado, y en todos nuestros combates encontraremos propicio á nuestro todopoderoso protector, el glorioso Patriarca San José.





## CAPÍTULO XVI

### ¿QUÉ CULTO MERECE DE LOS FIELES EL PATRIARCA SAN JOSÉ?

*Qui custos est Domini sui glorificabitur*  
Prov. XXVII, 18.

**E**L sagrado Concilio de Trento, siguiendo las huellas del Niceno II, lanzó rayo de anatema contra todos los que reprueban la veneración de los santos y el culto de sus imágenes y reliquias. Y con toda justicia y razón, porque fueron y son los santos amigos de Dios, promotores y defensores de su gloria; por lo cual la honra que se tributa á ellos cede y redundá en mayor gloria de Dios. ¿Qué veneramos los católicos en los bienaventurados sino las heroicas virtudes en que florecieron, ó sea los dones con que el Altísimo se dignó enriquecer sus almas? ¿Y qué cosa más fundada y puesta en razón puede haber que pensar que el Señor se complace en ver honrados y obsequiados á sus hijos predilectos, á aquellos que más se distinguieron en su divino servicio?

Si un buen padre pone en lugar preferente y condecorado el retrato del hijo que más ennobleció su casa con hechos ilustres y virtuosos, si promueve con gusto la relación de sus gloriosas obras y hazañas, ¿no

debe alegrarse nuestra querida madre la Iglesia en celebrar las proezas de sus hijos más conspicuos en santidad, de aquellos que con sus heroicos ejemplos más trabajaron en difundir sus divinas y benéficas enseñanzas? Ignoran lo que se dicen cuantos impíos y herejes condenan á los católicos de idolatría, porque nos prosternamos ante las estatuas y restos mortales de los santos. ¿Ha creído jamás ninguno de los cristianos adorar á un Dios al arrodillarse ante alguna imágen sagrada? Saben todos perfectamente que veneran á siervos de Dios para gloria de Dios mismo.

Por esto distinguimos, según las enseñanzas de la Iglesia, el culto de *latría*, con que se adora únicamente á Dios, soberano Señor de cielos y tierra, de quien procede todo bien, y el culto de *dulia*, que se tributa á los santos como á siervos de Dios é imágenes brillantes de sus divinas perfecciones. Aun el culto que se da á los santos es diferente según sus diversas categorías. A la Virgen Maria, como de orden más alto que todos los santos y más santa que todos ellos, se la venera con culto de hiperdulía nombre griego, *ὑπερδουλεία*, que quiere decir sobre toda servidumbre, por ser ella superior á todos los siervos de Dios y universal Señora de cielos y tierra; y á los demás santos se los honra con culto de simple dulía, *δουλεία*, ó servidumbre, si bien en distintos grados.

Preguntamos ahora: ¿merece San José un culto superior al que se tributa á los demás santos, aunque inferior al que se dá á Maria? La respuesta nos la darán el examen de lo que dicen los panegiristas del Santo y los principios que nos mueven á entablar tal pregunta.

## I

## VINDÍCASE PARA SAN JOSÉ EL CULTO DE PROTODULIA

En cuanto á lo primero ya casi todos convienen hoy con el P. Cornelio á Lápide en decir que San José se debe honrar y venerar con culto *Summa dulia*, ó, como quieren otros *protodulia*, culto superior al tributado á los demás santos, aunque de la misma especie que el tributado á ellos. Dice aquel doctísimo intérprete de la Sagrada Escritura. «Jesús pertenecía á la familia de San José, porque con toda propiedad formaba parte de la familia de María su madre, y María era propiamente miembro de la familia de San José, como Esposa suya verdadera.» Y añade: «Esta es la familia más digna de la tierra, ó por mejor decir, una familia del todo celestial y divina; en la cual el Padre de familia ó superior es San José, la madre de familia es María y el hijo de familia es Jesús. De estas tres sublimísimas personas, las más excelentes de todo el universo, era la primera Jesús, el cual es Dios y hombre verdadero; la segunda es María, la cual es divina y natural Madre de Jesús; y la tercera San José, que era verdadero Esposo de María y como Padre legal de Jesús. Y por eso, á Cristo como á Dios se le debe adoración de *latria*, á María como á Madre de Dios veneración de *hiperdulia*, y á San José como que era cual Padre del Hijo de Dios culto de *SUMA DULIA* ó, *protodulia*.

El Padre José Antonio Patrignani, tan alabado de Benedicto XIV junto con Juan Gersón y el célebre Isidoro de la Isla, se expresa en estos términos: «Ciertamente es cosa imposible encontrar entre toda la infinita muchedumbre de santos otro más grande que San José, como es también imposible concebir auto-

ridad, no digo superior, pero ni siquiera igual á la suya.» ¿No quiere decirnos con esto que siendo San José tan grande y querido de Dios en grado mayor que todos los ángeles y santos merece de todos los fieles ser después de María venerado con mayor esplendor y solemnidad que todos los escogidos del Altísimo? A esto da pié y fundamento el mismo San Gregorio Niceno, cuando nos enseña: *In Joseph omnium sanctorum lumina collocavit.*—*En San José, como en su foco, reunió el Señor las luces ó rayos de luz de todos los santos.*

Pero quien se excede á sí mismo en las alabanzas del Santo Patriarca, y pone la cuestión en su punto es el devoto y elocuente franciscano Fr. Juan de Cartagena. Dícenos en una parte: «Así como estos sagrados Cónyuges en su dignidad y oficio paternos para con Jesús, y en su mutuo amor como esposos fueron allegadísimos mientras vivieron en la tierra, así trasladados á la eterna felicidad deben de estar muy juntos en gloria y bienaventuranza.» En otra parte añade: «De todo lo cual infero, con más visos de verdad que de atrevimiento, que, salva la Virgen bienaventurada, San José así como aventajó en santidad á todos los santos de la Iglesia militante, así los excede en gloria en la triunfante *largo intervallo*—con excesiva distancia.» En otro lugar enseña: «A los ruegos y obsequios citados del Hijo á favor de San José juzgo que le respondería el Eterno Padre: En esta nuestra curia celestial dos lugares hay de mayor honra, uno á la derecha y otro á la izquierda; y tú sabes bien que desde la eternidad fueron preparados para tu Madre natural y para tu Padre legal ó adoptivo. Reciba, pues, la Madre el trono primero y el Padre el segundo.»

¿Qué significan todos estos argumentos encomiásticos de San José, sino que en el cielo como quiera que



la Virgen Santísima ocupe lugar preferente, debido á su mayor santidad y á su íntima y natural unión con el Verbo humanado, brilla con todo San José muy próximamente á su Esposa, bien que en asiento menos digno y elevado? Y si las glorias y alabanzas que se les rinden en la tierra deben ser eco sonoro de las glorias y alabanzas que reciben en el cielo, claro está como el sol que á San José le toca un culto solo inferior al que consagramos á María, ó un culto de *protodulia*, como queda indicado.

El nuevo doctor de la Iglesia, el preclarísimo San Francisco de Sales, después de haber tejido una bella corona de elogios á nuestro Santo, pregunta todo satisfecho: «¿Ha habido jamás pura criatura tan digna de ser amada de Dios y que de hecho lo haya sido más tanto de nuestra Señora como de Jesús?» A lo cual, en caso de no haber llegado el Santo Patriarca á un trono más distinguido y glorioso que los ocupados por los ángeles y demás bienaventurados, pudiéramos fácil y motivadamente contestar, diciendo que por lo menos fué tan amado de Jesús y de María el que hubiera subido á una santidad tan encumbrada y gloriosa como la de nuestro Santo. De donde se colige y deduce que tan lejos estaba semejante respuesta de la mente de San Francisco, que la consideraba poco menos que absurda é imposible.

Concuerdá grandemente en este bellísimo concierto de elogios lo que dice Juan Gersón en su panegírico de la Natividad de María, del cual no podemos resistir al ansia de copiar aquellas armónicas exclamaciones en que prorrumpe diciendo: «¡O sublimidad la tuya, ó José, verdaderamente admirable! ¡O incomparable dignidad! ¡Qué la Madre de Dios, la Reina del cielo, la Señora del mundo no se consideró rebajada con llamarte á tí su Señor! Yo no sé, ó padres ortodoxos, cuál sería

más admirable si la humildad en María ó la sublimidad en José.» Por donde se ve que, según este piadoso Doctor, la humildad de María, regla y medida de su alteza inefable, corría parejas con la sublimidad y grandeza del glorioso Patriarca San José.

Lo mismo podemos razonar de lo que dice el Padre Patrignani de nuestro Santo. «¿Qué hace, pues, pregunta, que hace San José los diez y ocho años que vivió con Jesús en Nazareth? Helo aquí en dos palabras: ¡mandaba á Jesús! Y á la verdad estaba en su derecho, porque en cualidad de Jefe de la familia, á él pertenecía gobernarle. No hay duda que la Virgen Santísima en calidad de Madre podía también mandar; pero como el marido goza de la principal autoridad sobre los hijos, por esto Jesús, que reconocía á José revestido de estas atribuciones, le profesaba muy particular obediencia.» Así se expresan también dos brillantes lumbreras en la sagrada teología, conviene á saber, Santo Tomás de Aquino y Pedro de Ailly, arzobispo de Cambrai.

Si aquí pudiéramos entablar conversación con los bienaventurados espíritus, «¿cuántas veces, les preguntaríamos, os visteis arrobados por la admiración y la sorpresa, en observando que Jesús vuestro Rey y soberano, jamás se permitía dar un paso, ni tomar alimento, ni buscar descanso sin obtener primeramente la venia de San José? Contestad, pues, espíritus celestiales: ¿Qué os producía con mayor ímpetu tales éxtasis y arrobamientos? ¿Era acaso la humillación de Jesús obedeciendo al Santo Patriarca, ó la elevación del Santo Patriarca mandando á Jesucristo?»

Cuando el justo Noé descubrió el arca descansando sobre las cumbres de las montañas de Armenia, ya no tuvo necesidad de otra medida para juzgar de la prodigiosa altura, á que habían llegado las aguas del di-

lvió. «De semejante modo, discurre Gersón, el teólogo parisiense, en el profundo abatimiento del Salvador, obedeciendo á su Padre adoptivo San José, se encuentra la justa medida de la grandeza y altura á que debió subir nuestro glorioso Santo.» Según pensar, pues, del gran Canciller de la Sorbona elevóse San José á proporción que Jesús descendía; por manera que si la dócil sujeción de Jesucristo manifiesta su profundísima humildad, por otro lado nos patentiza con no menor lucidez la incomparable alteza y dignidad del Santo Patriarca.

¿Qué prueba todo este bellissimo razonamiento, si no demuestra que siendo inefable, sublimísima, divina la grandeza del Santo Esposo de María, es digna de un culto inefable, sublimísimo, espléndido, culto justamente llamado por el Padre á Lápid de *summa dulia*, y que con más claridad aún ha sido recientemente llamado de *protodulia*? Así parece entenderlo el doctor San Alfonso de Ligorio en la hermosa exhortación que hizo para mover á los fieles á ser devotísimos de San José: «El solo ejemplo de Jesucristo, dice, que tanto quiso en la tierra honrar á San José, debiera inflamarnos á todos á ser aficionadísimos de este gran Santo. Desde que el eterno Padre destinó á San José para ejercer sus veces en este mundo para con su Hijo divino, siempre lo miró este como á su Padre, y como á Padre le obedeció y respetó por espacio de treinta años. Dice la divina Escritura *Et erat subditus illis—y les estaba sujeto*, es decir, á José y á María; lo cual significa que en todos aquellos años la única ocupación del Redentor fué obedecer á María y á José.»

Si hemos, pues, de imitar á nuestro divino Maestro en la honra que rendía á su Padre nutricio, debe de ser esta superior á la que se tributa á los ángeles y

santos, debe de ser, ya que no igual ni de un mismo orden, la más cercana por lo menos á la que se presta por todos los fieles á la Reina de los cielos; por cuanto á ningún ángel ni santo reverenció Jesucristo como á San José y á su Madre Santísima.

Y basta ya de autoridades de ilustres doctores, porque nos haríamos pesados y molestos en demasía, si pretendiéramos transcribir una por una las alabanzas que tejen los santos á gloria de nuestro Patriarca, alabanzas, de las cuales se infiere con esplendorosa claridad que San José es digno de veneración suma, digno de culto esplendidísimo, superior al que se da á los otros justos, culto, en fin, levantado al grado de *suma dulia* ó de *protodulia*.

Pone el sello y corona á todas estas loas la doctrina enseñada por Pío IX en el decreto de la sagrada Congregación de Ritos de 1870, donde claramente se dice: *Ob sublimem hanc dignitatem, quam Deus fidelissimo huic Servo suo contulit, semper Beatissimum Josephum post Deiparam Virginem ejus sponsam Ecclesia SUMMO HONORE ET LAUDIBUS prosecuta est.* Que en romance quiere decir: *Por esta sublime dignidad, que Dios confirió á este su fidelísimo Siervo, siempre la Iglesia veneró al bienaventurado San José, después de la Virgen Deipara su Esposa, CON HONOR SUMO y alabanzas, ó interpretándolo como el contexto reclama, con honores de suma dulia ó protodulia, que es honor que se sigue al de hiperdulia, debido á la Reina inmaculada.*

## II

## PRINCIPIOS EN QUE SE FUNDA EL MAYOR CULTO QUE SE DEBE TRIBUTAR Á SAN JOSÉ

Asentada ya la doctrina católica, la doctrina enseñada por Pío IX de santa memoria en el nombrado decreto, si examinamos imparcialmente lo que ella importa y las razones en que se funda, hallaremos que si no significa en latin *Summa dulia* lo mismo que en griego hiperdulía, como para gloria de San José malamente pretende alguno, ya que hiperdulía es un culto superior al de dulía, solamente tributado y aun tributable á la Madre de Dios, por lo menos hemos de conceder que reconociendo varios grados en el culto de dulía, que es el que tributamos á los ángeles y á los santos, viene San José ocupando en este género de culto el primero ó sumo lugar. Y esto no es nuevo en la Iglesia de Dios, sino que, como dice Pío IX en el faustísimo decreto: *Semper Beatissimum Josephum, post Deiparam Virginem ejus Sponsam, SUMMO HONORE et laudibus prosecuta est.*—«Siempre, ó en todos tiempos la Iglesia veneró con sumo honor y alabanzas al bienaventurado San José, después de la Deipara Virgen su Esposa.»

Decimos, pues, que la Virgen Santísima de tal modo sobresale en la cumbre del bienaventurado escalafón de Siervos del Altísimo, que aun sin salir de la esfera de sierva, ya que ella misma tenía á mucha gloria poderse apellidar con este dictado, y cuando el ángel le vino á proponer el gran misterio de misericordia, al dar ella su tan suspirado consentimiento, dijo: *Ecce ancilla Domini.*—«Hé aquí la esclava del Señor, merece, sin embargo, por su maternidad divina un

culto del todo especial y superior en su género al tributado á toda otra pura criatura. Por tanto, cuando aseveramos que á la Reina sin mancilla le compete el culto de hiperdulia, entiéndese que como Sierva levantada á la inefable dignidad de Madre de Dios, y por consiguiente más santa y perfecta y mucho más unida con el divino Verbo, hecho hombre, que todos los bienaventurados del cielo juntos, debe ser venerada con culto á parte, con culto tan superior al que se dá á los demás santos, cuanto es superior á la de ellos su divina dignidad.

*Honore summo*, pues, que dice Pío IX. ó *summa dulia*—con suprema servidumbre, como dice la escuela, significase, cuando se trata del culto que se debe á San José, el sumo, mayor ó más eminente honor de dulia, debido al siervo mayor entre los meros siervos de Dios; porque tanto un hombre es más siervo de Dios, ó en otras palabras, es tanto más de Dios, cuanto mayores y más excelentes son los dones que ha recibido de las divinas manos. De donde como á medida de la perfección y santidad de cada uno, debe ser la honra ó culto con que se venere: así por ser San José, después de María, que junto con ser sierva, es también realmente Madre de Dios, el siervo más justo y distinguido de los siervos de Dios, debe también de ser el más honrado y venerado de todos ellos.

Dos reparos se ponen á esta doctrina: los unos, como si vindicando para nuestro Patriarca el culto de suma dulia ó protodulia, se pretendiese igualar á San José con María, replican que es innegable y está en el sentido común de los fieles y es doctrina de todos los doctores católicos que la Madre de Dios es mucho más santa que San José; porque, á vueltas de haber sido concebida sin mancilla de pecado, como en su seno había de tomar carne el Hijo de Dios, debía ella desde

el primer instante de su Concepción estar adornada de tal pureza y santidad, que sobresaliera en bondad y perfección á toda humana criatura.

A lo que se contesta que no negamos que aventajó María y con mucho en justicia y dones divinos al Santo Patriarca, pues sería error crasísimo, y aun, según el Padre Valencia, herejía opuesta á las enseñanzas del Concilio Tridentino, suponer, como lo hacía un anónimo en Bernardino de Bustos, que San José fué concebido sin pecado original; y por esto y por la unión íntima, intrínseca y como natural de María con el Verbo hecho carne ponemos la distinción específica entre el culto de hiperdulía debido á la Virgen y el de protodulía concedido á San José.

Oponen otros diciendo, que no cabe tal distinción específica entre el culto de la Virgen y el de San José, ya que uno y otro culto deben ser de un mismo orden y categoría; porque, así como los demás santos por estar comprendidos en una misma esfera, bien que el uno sea mucho más santo que el otro, y por más que este haya sido santificado en las entrañas maternas y aquel no, con todo, unos y otros son honrados simplemente con el culto de dulía; de un modo parecido, aunque San José sea inferior en santidad á la Virgen inmaculada, perteneciendo con ella á una misma jerarquía, ó como dice el Padre Suárez y prueban otros autores, al orden de la unión hipostática, parece que debe de ser obsequiado con un mismo género de culto; mayormente si tomamos en cuenta y consideración que si María gozó sobre José de más eminente santidad y pureza, en cambio San José supera á la Reina de los cielos en autoridad y representación dentro y fuera de la Sagrada Familia. Por donde, correspondiendo á esta supremacía de potestad doméstica sus gracias y especiales dones de parte de la Trinidad

augustísima, no se puede negar que bajo este respecto nuestro Santo fué superior á la Princesa del Empíreo y merece por ello ser reverenciado y honrado con especiales alabanzas y sumos honores, ó sea con el mismo culto de hiperdulía que su santísima Esposa.

A pesar de todo confesamos que, sin nuevas luces y testimonios de la Iglesia, parece temerario vindicar para San José, que solamente de una manera extrínseca pertenece al orden de la unión hipostática, el culto de hiperdulía; sobre todo si pesamos en la balanza del santuario que todas las gracias y prerrogativas del Santo Patriarca mediata ó inmediatamente le fueron concedidas por causa de María; y que siendo verdad lo que dicen los filósofos: *Propter quod unumquodque est, et illud magis*—que la razón de ser de alguna cosa es superior á la misma, por esto la Virgen, como inmensamente superior en dignidad á San José, debe ser reverenciada con culto específicamente superior al de su virginal Esposo. Basta para gloria del Santo que por motivo de la unión hipostática, de este orden ó jerarquía superior, á que fué levantada María por su divina maternidad, y agregado por causa de ella y de Jesús su justísimo Consorte, orden el más sublime y excelso en la escala de la gracia y en la institución de la Iglesia, merezcan entrambos un culto superior al de todos los demás santos; aunque, ocupando María el primer lugar en este orden, después de Jesús, y San José el segundo, deba la Madre de Dios ser venerada sobre su mismo santo Esposo con culto de hiperdulía, y después de la Virgen deba el Santo Patriarca de ser honrado sobre todos los ángeles y santos *summo honore*—con el supremo grado de dulía; esto es, deba por nuestra parte de ser venerado con humilde servidumbre, sincera devoción y espléndida magnificencia.

Porque si la honra y obsequios que se han de tribu-



tar á cada santo, han de ser en razón de sus merecimientos y dignidad delante del Altísimo, es cosa evidente que aunque le glorifiquemos con todo el esplendor á que puede llegar nuestra pobreza, siempre nos quedaremos cortos y escasos. Solo la Virgen y Jesús lo pueden honrar con superabundancia, como él se merece. Viendo, pues, que tanto el Hijo como la Madre inmaculada se deshicieron en obsequios para con San José, ¿quién temerá excederse en los homenajes que le rinda? Dice el Padre Patrignani: «Es verdad que María sabía perfectamente haberle dado el Espíritu Santo un Esposo lleno de todas las virtudes, lo cual fué para ella poderoso motivo para honrarlo: pero cuando luego vió al Hijo de Dios y suyo que le respetaba como á su Padre, que le servía como á su Señor, y que le escuchaba como á su Maestro, ¿quién podrá con expresiones humanas encarecer cuánto aumentaron en ella la estima, la veneración y el amor hacia su queridísimo Esposo?»

«Hubiera ella querido competir con Jesús en los testimonios de honor y de respecto con que distinguía el Hijo de Dios al Santo Patriarca; pero no pudiendo llegar á humildad tan profunda, porque era la humildad de un Dios, encontraba en su impotencia motivos para confundirse: y esta confusión del todo santa la ofrecía á San José como indemnización ó recompensa de lo mucho que hubiera deseado hacer, no solo como Esposa, mas también como sierva á imitación de su Hijo divino.»

Tal era el afán y santa competencia con que Jesús y María veneraban al Escogido del Señor. ¿Qué culto, pues, por espléndido que sea, podemos nosotros tributarle que se parezca al de estos santísimos modelos de piedad santamente maciza? Si una hora siquiera que hubieran pasado Cristo y su Madre sujetos á las órde-

nes y dirección de San José habría sido más que bastante para que Santo tan engrandecido fuese honrado y acatado sobre todos los demás santos, ¿cuánto mayor será su dignidad, y por tanto con cuanta mayor razón merecerá nuestros cultos de veneración y respeto, si atendemos á que los más perfectos tipos de todos los predestinados rindieron á San José, como á su Jefe, homenaje de la más respetuosa obediencia, y se complacieron en depender por completo de su paternal gobierno por el largo período de treinta años? Y no les bastaron estos obsequios para inflamarnos á pagarle tributo de suprema dulía, sino que ahora mismo, desde el trono de gloria en que brillan en lo más alto del cielo, se abaten todavía para proseguir en alguna manera sus homenajes de amor y veneración, invitando á algunos fieles más preclaros á que se declaren públicamente siervos sumisos y fervientes devotos del Patriarca San José.

En una de las regaladas apariciones con que Jesucristo estimulaba, como con fuerte acicate, á la penitencia á la arrepentida Santa Margarita de Cortona, entre otras recomendaciones que ahincadamente le hizo, una fué que no pasara día ninguno en que no reverenciase con algún especial obsequio á San José, á quien él se reconocía deudor por haberle sustentado por tan largo tiempo con sumo celo y afecto. *Rogo te quod omni die specialem facias reverentiam Santo Josepho, devotissimo nutritio meo.* Ap. Bol. d. 22 Febr. En la Santa casa de Nazareth, trasportada, como se sabe, á Loreto, se apareció la Virgen Santísima al Venerable Padre Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, mandándole y recomendándole que tomase á San José por su muy especial Patrono y guía.

Según se cuenta en la vida de Santa Teresa de Jesús, la misma Virgen María descendió de los cielos

viniéndole á ofrecer un presente inestimable y á manifestarle su gratitud por el encendido celo y afán con que había promovido la devoción del Santo Patriarca. Y en fin, la propia Reina soberana, abriendo los cielos, descubrió á los ojos de Santa Gertrudis el incomparable y refulgente trono, donde lleno de gloria y de majestad está sentado su Consorte; haciéndole notar que cada vez que se repetía el nombre suavísimo de San José, á su eco solamente todos los santos de aquella corte celestial inclinaban dulce y reverentemente la cabeza en obsequio suyo.

¿De qué otro morador de aquella ciudad santa se refieren parecidos encomios, fuera de Jesús y de María? Y con los ejemplos tan patentes del Hijo de Dios y de su Madre, con los deseos de ellos tan claramente manifestados con esplendísimo culto de suma dulzura ¿qué cristiano se considerará dispensado de profesarle tiernísima devoción? ¿Quién podrá gloriarse de amar y honrar á Jesús y á María como es debido, si no ama y reverencia igualmente á quien ellos honraron y obsequiaron con tan fino amor y en tan alto grado?

Todas estas razones tan especiosas, dirá alguno, caen por tierra con solo aducir el juicio de la sagrada Congregación de Ritos, la cual con fecha de 2 de Julio de 1869 contestó *negative* á la petición de muchos ilustres Prelados y devotos fieles, que suplicaban se decretasen para el Patriarca San José los honores del culto de protodulia.

A este reparo, uno de los principales que se pueden oponer, debemos decir primero, que no hubo tal respuesta; que lo único que se publicó en el *Analecta Juris Pontificii* de los meses de Julio y Agosto de 1881 fué el voto particular de un consultor, que aconsejaba la negativa, voto que se habría presentado en 2 de Julio de 1869; y segundo, que la Sagrada Congregación

no satisfecha con este voto, encargó á otros dos consultores que dieran *ex officio* su parecer, y se sabe que uno de ellos, el célebre consultor Luis Marchesi, lo dió en sentido afirmativo. El sentido en que lo diera el tercer consultor no se ha hecho público. Por lo demás, de la Sagrada Congregación es el decreto del año 1870, en que se dice que la Iglesia siempre veneró á San José *summo honore*; lo cual, ó no significa nada, ó significa que le dió honor de protodulia. Y para gloria de nuestro Santo queremos poner aquí la ocasión é historia de la respuesta del Rmo. Sr. D. Luis Marchesi, tenido en materias litúrgicas por el más docto y erudito de su tiempo, como dice la *Civillá católica*. En 1866 presentó el Rdo. P. Huguet al Padre Santo una súplica de 150,000 individuos pidiendo para San José un culto superior y manifestando sus deseos de que el nombre del Santo se pusiera en las Letanias inmediatamente después de el de María y se invocase en el *confiteor* y en el *canon* de la santa Misa. El mismo postulado presentaron durante el Concilio Vaticano 532 prelados, entre los cuales había 38 Emms. Cardenales y 54 arzobispos y los restantes obispos *ex omnibus gentibus et tritibus et linguis*. Apoc. II. 9.

A primera vista el doctísimo consultor juzgó que la petición del Padre Huguet era descabellada y que se debía de todo punto rechazar; mas estudiada profundamente la cuestión para emitir dignamente su voto, pesadas las razones en que se fundaba la súplica, ya no trató de que prevaleciera la negativa, como antes había descado, sino que dándose por vencido y convencido apoyó la petición ante el Sumo Pontífice Pío IX. Tal fué el resultado de esta célebre consulta.

Concluiremos este capítulo, haciendo nuestras las palabras del Padre Patrignani: «En cuanto á mi, dice, ó Jesús y María, yo quiero seguir vuestro ejemplo;

yo quiero servir al que vosotros servisteis; quiero con todo mi corazón honrar al que vosotros honrasteis y honrais: quiero amar con toda mi alma, al que amasteis y amais, el uno en cualidad de Hijo cariñoso y la otra con afecto de amante Esposa. En fin, ó mis amores Jesús y María, por esa profunda humildad y sumisión amabilísima con que seguisteis las menores indicaciones de San José, rendida y ahincadamente os suplico concedais á este vuestro indigno siervo consagrarse desde este instante para siempre al servicio y honra de este gran Santo, tan honrado y querido de vuestros corazones. Haced que con todas mis fuerzas promueva siempre y en todas partes su devoción dulcísima á mayor gloria vuestra, obsequio suyo y bien de mi alma.» Amen.

## EJEMPLO

*Dos apuros de Santa Teresa de Jesús*

Fué el uno la necesidad extrema en que se encontraba la Santa Fundadora cuando, siéndole preciso emprender obras en un convento, no tenía dineros para pagar el jornal de los trabajadores, y á cualquiera parte, á donde volvía los ojos, encontrábase con las puertas cerradas, sin divisar medio para salir de su aflicción. ¿Qué hizo en este apurado lance? Acudir al que era todo su consuelo y alivio en todas sus amarguras. Pudiérale decir: «Si vos no me ayudais en este aprieto, tendré que desdecirme de las merecidas alabanzas que siempre hice de vuestro gran poder y valer.» Pero al instante se le apareció el Santo; y le prometió que en su árdua empresa no sólo sería su fiador, sino también su tesorero, empeñándole palabra de que jamás le faltaría dinero para la fábrica, é indu-

ciéndola á buscar cuanto antes operarios para comenzar la obra.

La santa no disponía ni de un céntimo para ello, y con todo, fiando en la protección de San José, principió animosamente la obra, y el fiel Tesorero del banco celestial proporcionó á su sierva tantos caudales y por caminos tan extraordinarios, que nunca le faltó lo necesario, con gran gozo de su alma y no ligera admiración de cuantos sabían la escasez de la casa.

Otro de los grandes apuros de la Santa fué cuando iba á Beas para fundar un convento, que debía llevar el nombre de San José. La Santa emprendió el camino, junto con las monjas que habían de dar principio á la fundación, yendo todas montadas en un carro-mato que debía llevarlas á su término. Como el camino era poco frecuentado por el postillón y había en su trayecto algunos parajes difíciles, á lo mejor se extravió el vehículo, y los caballos llevaron el carruaje hacia un precipicio.

Asustáronse todas en vista del riesgo que corrían, y la misma Santa, viéndose en el borde del abismo á que iban á precipitarse, dijo á sus compañeras penetradas de terror: «Hijas mías, queridas hermanas, el solo medio de escapar de la muerte es recurrir á nuestro buen Padre San José, é implorar su asistencia.»

Así lo hicieron ellas, y al punto oyeron salir del fondo del abismo una voz, que clamaba: «¡Deteneos! ¡Deteneos! ¡Si dais un paso más, pereceis todos!» A esta orden se pararon los caballos, y las religiosas preguntaron á qué lado debían volverse. La voz les indicó un paraje, que parecía no menos peligroso que aquel en donde estaban. Sin embargo, obedecieron; y al instante se vieron fuera de peligro.

Entonces el postillón y los guías quisieron buscar, aunque fuera en el precipicio, al sujeto que los había

salvado. para manifestarle su gratitud; pero no encontraron hombre, ni vestigio humano.

Por otra parte Santa Teresa, que había reconocido la voz de su amoroso Patrono, no pudo guardar secreto, y dijo toda satisfecha: «Hijas mías; en vano los cocheros buscan al hombre que nos ha salvado de la muerte: nuestro salvador no ha sido otro sino mi buen Padre San José.» Ya en otro viaje, habiendo la Santa sido arrojada violentamente del coche por un golpe de la rueda, por auxilio del Santo Patriarca no recibió daño ninguno.





# GLORIAS DE SAN JOSÉ

## PARTE SEGUNDA

### CAPÍTULO PRIMERO

#### IMITACIÓN DE LAS HEROICAS VIRTUDES DE SAN JOSÉ



UESTRA devoción al Santo Patriarca no sería sólida y provechosa, ni mehos agradable al Santo, si, contentándonos con admirar la grandeza de sus dones y excelencias, no nos propusiéramos imitar fielmente sus virtudes. Dice muy bien San Juan Crisóstomo: «El que con religiosa piedad admira los méritos de los santos y con repetidas alabanzas trata de sus glorias, imite también sus loables costumbres y su justicia, porque cuando agrada el merecimiento de algún Santo, debe igualmente agradar para su culto el servicio de Dios. Por lo cual ó debe imitarlos si los alaba, ó no debe alabarlos si no los imita. Para que aquel que admira los hechos eminentes de los justos lo haga de verdad y sin ficción,



procure también el mismo hacerse admirar con la santidad de su vida.»

¿Qué justicia sería esta, venerar á los santos y encomiar sus triunfos, y no querer seguir sus huellas, despreciando para sí sus virtudes? Por tanto, el obsequio más grato que les podemos rendir, es sin disputa ninguna copiar en nuestras almas los ejemplos de perfección que nos legaron. «Estos, dice San Agustín, son los vestigios que nos dejaron los varones ilustres por su santidad al volver á la patria, á fin de que siguiéndolos nosotros, lleguemos como ellos á los goces eternos. Esta es la fuerza y virtud de la verdadera devoción, impulsarnos á seguir las huellas de los santos á quienes amamos, por cuanto el amor ó nos supone iguales, ó nos hace tales.—*Amor aut patres invenit, aut facit.* Así nos lo asegura el adagio.»

Aun San Pablo, anhelando el provecho espiritual de aquellos hijos en Jesús, que tanto le costaban y á quienes tanto amaba, deciales con toda su alma: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi.*—*Sed imitatores míos, como yo lo soy de Cristo.* I. Cor. iv, 16. ¡Con cuánto mayor razón nos lo puede inculcar el glorioso Patriarca, cuyas virtudes celebra el sagrado Evangelio, dándole el dictado de *Justo*? Esta palabra, según se ha dicho, con que se califica muchas veces á Jesucristo, fuente de justicia y de santidad, significa en las sagradas Letras la perfecta posesión de todas las virtudes y en grado heroico. Bien podemos, pues, aplicar aquí lo que de la Virgen dice el Doctor angélico: «Cada cual de los demás santos ha sido excelente en alguna peculiar virtud; uno fué casto, otro humilde, aquel misericordioso; pero San José, á semejanza de María, es dechado clarísimo de todas las virtudes, y en todas y en cada una de ellas lo podemos seguir é imitar con gran provecho de nuestras almas.»

Por tanto, si queremos tener propicio á tan poderoso Abogado, preciso es que vea en nosotros decidido empeño en hacernos semejantes á él. «Hermanos míos queridísimos, si deseamos llegar al feliz consorcio de los santos Mártires, seriamente pensemos en su imitación: deben reconocer en nosotros algo de sus virtudes, para que se dignen interceder por nosotros ante el trono del Señor. Y si no podemos sufrir los tormentos, que con tanta fortaleza ellos sobrellevaron, por lo menos con su intercesión hagamos cruda guerra y sin cuartel á las malas pasiones.» Así se explicaba San Agustín.

No cejemos, pues, un punto en la imitación del Santo Patriarca: y si nuestras débiles fuerzas no llegan á la sublimidad de sus virtudes, esforcémonos por lo menos en copiar en nuestras almas cuanto podamos de ellas con los auxilios de la divina gracia y su poderoso valimiento. Aquí estudiaremos solamente nueve virtudes de las principales de San José, que nos puedan servir como novenario para disponernos cual conviene á alguna de sus fiestas; mas siguiendo las pisadas de ilustres escritores, los cuales antes de narrar los hechos edificantes de sus héroes cristianos, expusieron las íntimas cualidades de sus buenos hábitos, para que mejor se conociera la altura de perfección á que llegaron; así para enseñanza y aliento de los devotos de San José, antes de recorrer sus virtuosos y admirables ejemplos, explicaremos la naturaleza y grados de cada una de las virtudes que en él estudiemos. Vamos, pues, á dar principio, empezando por el fundamento de todas ellas.





## CAPÍTULO II

### HUMILDAD DE SAN JOSÉ

*Discite a me, quia mitis sum et humilis corde*  
Matth. xi, 29.

**U**ICE San Bernardo que la humildad es el fundamento y la guarda de todas las virtudes, y que sin la humildad no hay ninguna de ellas que sea maciza ni verdadera. Por esto cuando Dios nuestro Señor quiere levantar una alma á encumbrada santidad, dispónela primero cavando en ella un fundamento de humildad perfecta y profundísima, para edificar luego una fábrica de santidad tanto más rica y admirable, cuanto más hondos se abrieron los fundamentos de humildad. A la manera que las corrientes de las lluvias se precipitan con mayor ímpetu cuanto más bajos son los valles; y como cuanto estos son más profundos con tanta mayor abundancia recogen las avenidas de las aguas; así cuanto un corazón fuere más humilde, tanto mayor copia de gracias recibe de lo alto, porque escrito está que *á los soberbios resiste Dios y á los humildes les da su gracia.*—*Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.* I Petr. v, 5.

Infiérese ya de aquí cuán profunda sería la humildad de San José, dado caso que el Señor lo quiso enaltecer sobre todos los justos y enriquecer con gracias y vir-

tudes correspondientes á la grandeza de sus cargos. Para provecho é instrucción nuestra vamos á examinar en qué consiste tan preciosa virtud, y la perfección con que la practicó nuestro Santo Patriarca.

## I

## NATURALEZA Y CUALIDADES DE LA HUMILDAD

La humildad, según la define San Bernardo, es una virtud por la cual el hombre con verdadero conocimiento de su nada se desprecia á sí mismo; ó con otras palabras, una virtud que nos inclina á reconocer interior y exteriormente nuestra propia miseria y vileza. San Agustín en pocas pero enérgicas palabras nos dice: *humilitas est amor Dei usque ad contemptum sui—es la humildad el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo*, como el orgullo es el amor de sí mismo hasta el menosprecio de Dios. Por donde se ve con cuánto acuerdo escribía Santa Teresa que la humildad consiste en la verdad, reconociendo lo que uno es de sí, y aborreciendo ser tenido en más de lo que vale de su propia cuenta y cosecha.

Por lo tanto, conociendo el verdadero humilde, como según el Padre Lesio conoce con toda evidencia, que de sí mismo no tiene sino miseria y pecado, no sólo no se estima en nada, confesándose indigno de los divinos dones, inepto é incapaz de hacer cosa de provecho, sino que también, movido por el amor de la verdad, aunque agradecido no desconoce sus prendas de naturaleza y de gracia, huye con todo, los honores y alabanzas que no le son debidas, y lo atribuye todo al Señor, de cuyas bondadosas manos lo ha recibido.

Así como, si fuesen capaces de pensamiento, necias

serían cualquiera estatua y cualquiera pintura, por acabadas y perfectas que fueran, en gloriarse de su mérito y belleza artísticos, porque no es la pintura sino el pintor, no la estatua sino el escultor, quienes merecen gloria y alabanza; antes reconociendo en sí los obstáculos y dificultades que han opuesto al artista, más bien se avergonzarían de su pobreza y resistencia; así el varón humilde, penetrado intimamente de que todo lo que tiene en sí de bueno es pura dádiva del Altísimo, siente recibir elogios y se goza en los desprecios, justamente merecidos por sus culpas. Además, como es propio y nativo del verdadero humilde tener ojos de lince para conocer sus faltas y miserias y vista de topo para notar las ajenas, y al revés mirar los méritos y buenas cualidades con el anteojito de su alma dispuesto de arte que abulta los del prójimo y achica los propios, por esto se conocerá siempre por más vil y despreciable que los demás, á quienes contempla revestidos de los dones brillantes con que los embelleció el Señor.

Cuán difícil cosa sea conseguir esta virtud tan preciosa y necesaria para la vida cristiana, quien quiera lo comprenderá fácilmente, si considera que tiene por enemigo principal el amor propio, tan astuto y refinado para encubrir nuestros defectos y pintar con falsos colores las perfecciones naturales y sobrenaturales, recibidas del cielo. Mas con la gracia de Dios todo lo podemos, ya que el divino Maestro, en cuya escuela tanto aprendió el Santo Patriarca, nos exhorta á todos, diciendo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*. Debemos, además, advertir y considerar que la humildad sólida, que es fruto de fe, no reside solo en el entendimiento, demostrándonos nuestra nonada y propia miseria, sino también y mayormente en el corazón, regulando nuestros afectos y aspiraciones.

Por esto dice San Bernardo: «Hay una humildad que en nosotros engendra la verdad, pero no tiene calor, y hay otra humildad á la cual forma é inflama la caridad: esta consiste en el afecto y la otra en el pensamiento. La primera se puede llamar humildad de entendimiento y la segunda de corazón. Por la primera conocemos que nada somos y esto lo aprendemos de nosotros mismos y de nuestra propia enfermedad; por la otra hollamos la gloria del mundo, y esto lo aprendemos de aquel, que se anonadó á sí mismo, tomando la forma de esclavo, de aquel que buscado para el reino, huyó, y buscado para tantos insultos y para el ignominioso suplicio de cruz, se ofreció espontáneamente á sí mismo.»

Varios son los escalones ó grados por donde se sube á la cumbre de esta virtud. Santo Tomás pone quince, nuestro Padre Lohner doce, San Anselmo siete, San Buenaventura cuatro; nosotros, siguiendo á Ricardo de San Victor, pondremos tres: *Humilis est qui se ipsum apud semetipsum veraciter contemnit.*—*Es humilde el que se desprecia verdaderamente á sí mismo: humilior autem, qui se contemni ab aliis non refugit—pero más humilde el que no rehuye ser despreciado de los demás; humillimus vero qui contemptum suum non solum non contemnit sed admodum concupiscit*—y en fin es humildísimo el que no solo no rehuye los desprecios, si no que en gran modo los desea.»

Consiste pues, el primer grado en convencernos íntimamente de que somos justamente dignos de menosprecio, y en amar nuestra abyección, deseando que todos se persuadan que si algo bueno hay en nosotros, no es fruto de nuestra cosecha, sino dádiva gratuita de Dios, á quien se debe toda la gloria. De donde se colige que no es contrario á la humildad reconocer en sí los dones de gracia y de naturaleza de que

se dignó el Señor colmar el alma, antes bien el humilde procura estimarlos en sus debidos quilates y rendir por ellos á Dios el tributo de gracias que le corresponde. Así lo hizo la Virgen Santísima cuando, alabada por su prima Santa Isabel, entonó aquel precioso cántico, en que grandemente magnifica al Señor, dador de todo bien.

Por el segundo grado de humildad, además del menosprecio de si mismo, desea el sujeto con todas veras que los demás participen acerca de su persona de los mismos abyectos sentimientos que á él le animan, y formen de él el mismo bajo juicio que de si tiene formado. Merece citarse aquí lo que sobre esta materia advierte Alberto Magno, según el cual «el corazón humilde se desprecia á si propio, no solo con respecto al estado presente del alma, mas también por lo que dice á las circunstancias en que se encontraría, si la poderosa mano del Señor dejara de protegerlo contra los peligros que le rodean, ó retirase los auxilios con que lo sostiene de continuo en la virtud.» De esta suerte se explica que algunos santos, bien que agradecidos á los distinguidos carismas con que los había honrado el Altísimo, sin embargo se tenían por los mayores pecadores del mundo, y por los más execrables monstruos de ingratitud, en atención á que no habían cooperado á la gracia con la intensidad que tal vez reclamaba don tan divino.

Por último, el tercer grado de humildad nos lleva á que vivamente anhelemos porque todos los que interiormente nos desprecian según merecemos, nos traten exteriormente conforme á lo que sienten y juzgan. El que con verdad ha llegado á este no menos precioso que sublime grado de humildad, no solo recibe con resignación y paciencia los oprobios y ultrajes, sino que también, cuando puede hacerlo sin menoscabo de

su conciencia, los busca con el mismo afán y empeño con que los mundanos corren tras los honores y distinciones terrenales. De seguro que nada se hallará más difícil á nuestra frágil naturaleza, nada que se oponga tan abiertamente á nuestro orgullo, y á nuestras perversas inclinaciones, que nos llevan á alzarnos con la gloria que no nos pertenece; pero tampoco nada hay que haga mejor consonancia con nuestra fe, y armonice más con las luces de la gracia, que nos proponen nuestra humillación como conducente á la gloria de Dios y al provecho de nuestras almas.

«Persuadámonos de una vez, dice el experimentado San Bernardo, que pretenderemos en vano ser humildes, si queremos llegar por otro sendero que por el de la humillación.» Este es el camino que siguieron los santos y el camino seguro; y si no tenemos bastante virtud y ánimo para buscar la humillación siempre que lícita y prudentemente se pueda, tengamos por lo menos suficiente resolución y entendimiento para recibirla y abrazarla sin murmuraciones ni quejas siempre que ella nos busque. Sin esta resignación nunca llegaremos ni siquiera al primer peldaño de la humildad. Veamos ahora cómo con sus ejemplos nos la enseña San José, y en grado heroico.

## II

## EJEMPLOS DE HUMILDAD DE SAN JOSÉ

Convencido nuestro Santo Patriarca de que todos los tesoros naturales y sobrenaturales con que el Todopoderoso colmadamente lo había enriquecido, eran don gratuito de la divina munificencia, se anonadaba en la presencia de Dios con la consideración de que por toda la eternidad anterior á su existencia había



sido siempre nada y de que en la nada se habría quedado, si Dios no lo hubiera sacado de ella con preferencia á muchos otros, que tal vez hubieran correspondido mejor que él á la divina gracia, y á quienes no sacaré jamás de aquel abismo. ¿Quién aborreció jamás con mayor inquina el orgullo que nuestro Santo?

Si el orgullo nos lleva tras las alabanzas mundanas, José las huía con empeño; si el orgullo detesta las injurias y desprecios, José los recibía con amor y agradecimiento; si el orgullo nos incita á gloriarnos de dones que no son nuestros, San José los ocultaba bajo el velo de una vida escondida; si el orgullo nos empuja en pos de novedades vanas, José se gozaba en la modestia y en el retiro; si el orgullo enseña á encubrir vicios reales con el manto de virtudes aparentes, José entregándose á virtudes sólidas, no deseaba otro testigo que á Dios; si el orgullo engendra envidia y desobediencia, José se gozaba en la sumisión y en la prosperidad del prójimo. ¡O humildad! podemos exclamar con San Agustín. ¡O santa humildad! ¡Cuán desemejante eres del orgullo! La soberbia precipitó á Lucifer del cielo á los infiernos, y la humildad levantó á José del polvo á Padre del Rey de los cielos. La soberbia convirtió en bestia á Nabucodonosor, y la humildad hizo á José príncipe de la Familia sagrada. *Superbia Nabuchodonosor in bestiam transmavit, sed humilitas Joseph principem Israel constituit.*» Serm. XII. ad Er.

¿Quién le vió jamás vano ni jactancioso por los inopinables méritos que su virtud acaudalaba, ni por los aumentos de gracia que conseguía con su fiel y constante correspondencia á las divinas inspiraciones? ¡O portento de humildad! Que un gran pecador, convertido á Dios del cieno de abominables culpas y conducido por un encadenamiento de poderosas gracias á la

cumbre de la santidad, nunca presume de sí y atribuya á honra de Dios la honra de sus victorias, es virtud poco común, pero que se comprende; mas que un varón como José levantado por su ministerio sobre los coros de los ángeles, no piense jamás en su dignidad si no para más abajarse, sin por ello sentirse herido por los dardos de la vanidad ó de la jactancia, es un prodigio de humildad rarísimo y harto difícil de comprenderse. Y así lo hacía el justísimo Padre de Jesús, aprovechando todas las ocasiones que se le ofrecían para confesar su nada y la inmensa liberalidad del Omnipotente.

Entre todos los tiros con que la vanidad y orgullo ataca y hiere con particular viveza y seguridad al corazón humano, ninguno más certero y común que la estimación de la nobleza de sangre, no menos que del prestigio que traen consigo la penetración y agudeza de ingenio; y son bien contados los que no se rindan á estos dos afectos, gloriándose vanamente de estos timbres de honra mundana. Pues nuestro Santo, bien que notablemente favorecido por la divina Providencia en ambos á dos objetos, brilló con todo, en ellos por su profundísima humildad. Hijo de sangre ilustrísima, descendiente de lo más granado entre los profetas, patriarcas y reyes de Israel, heredero legítimo del trono de Judá, y tras esto joven gallardo, de varonil continente y de gentil hermosura, que suele ser otra yesca prontísima y eficaz de altivez humana, vino á parar en condición humilde y miserable, viendo desvanecidos los títulos de su grandeza, roto y por los suelos el cetro de sus ascendientes, sin que jamás, no decimos se quejase de las divinas disposiciones, pero ni tampoco hiciera vana ostentación de su fenecida nobleza; poniendo solamente su gloria en los quilates de gracia, caudal tan rico y precioso, como poco estimado de los ciegos mundanos.

En cuanto á su talento perspicaz y superior ingenio dicen sus panegiristas no solo que fué tan privilegiado cuanto correspondía al que debía desempeñar de una manera idónea el cargo de Padre y de Maestro de la increada Sabiduría, mas también que penetraba con tal sutileza los más complicados y difíciles lugares de la sagrada Escritura y se aventajaba en ello hasta tal grado por sus conocimientos naturales é infusos, que hubiera podido dar lecciones á los más sabios escribas de aquel pueblo. Con todo eso escondió hasta tal punto la claridad de su talento y las ilustraciones del Altísimo, que nadie le vió salir jamás de la humilde esfera de solícito carpintero, ni manifestar jamás otros conocimientos que los que su oficio requería. Por esto cuando Jesús empezó á predicar su portentosa y celestial doctrina, los pueblos, que habían conocido y tratado al virginal Esposo de María, preguntaban admirados y como en desprecio del Santo Patriarca: *Nonne hic est Fabri filius?* Matt. xiii, 55. ¿De dónde tanta sabiduría? No es este por ventura el hijo del carpintero?

¡Cuánto no hizo por ocultar sus virtudes! Según San Francisco de Sales, «porque era vigilantísimo en guardar sus brillantes prendas debajo de la llave de su profundísima humildad, por esto tenía particularísimo cuidado en esconder la preciosa perla de su voto virginal; y por lo mismo consintió en casarse, con el fin de que persona ninguna pudiese admirarla, y de que debajo del santo velo del matrimonio pudiera vivir escondido á las mundanas alabanzas.»

Y ¿qué diremos de sus complacencias en los desprecios é ignominias? Cuando en compañía de su virgen Esposa fué á empadronarse en Belén, obedeciendo humilde y sumiso las órdenes de Augusto César, habiéndose dirigido primero á casa de sus parientes y des-

pués á la posada en busca de un rinconcito donde guarecerse por la noche, fué por todos desechado con tanta falta de caridad como sobra de menosprecio, y aun tal vez despedido con escarnio y rechifla. Y en caso tan humillante no salió de los labios del humildísimo San José la más ligera queja, ni brotó de su corazón el más leve resentimiento; antes satisfecho y gozoso de poder ofrecer aquel pequeño sacrificio en obsequio del Señor, que todo lo dispone para bien de sus escogidos, disculparía caritativamente á los desatentos y bendeciría al Altísimo, que tales finezas de amor le hacía.

Es también propio de almas humildes tratar familiarmente con pobres y alegrarse con la compañía de gente de baja condición. Mirad cómo se congratula San José con la visita de los sencillos y pobres pastores cuando fueron á ver y adorar á Jesús recién nacido. Allí lo encontraron, como advierte San Lucas, y conversando el Santo dulce y familiarmente con ellos, les preguntaba curioso ya sobre la aparición de los ángeles, ya sobre su anuncio y bellos cantares, y á imitación de María grababa en su corazón sus verídicos y sencillos relatos para rumiarlos á su tiempo; pero cuando llegaron los Magos, gente, bien que santa, brillante y distinguida según el mundo, no dice el sagrado Evangelio que estuviera en la cueva San José cual si rehuyera el trato de los grandes del siglo. Y á unos y á otros ¡con qué estudio les ocultaba aquellos talentos y favores que le pudieran granjear gloria y alabanza!

Apareciósele un ángel en sueños y le descubrió la realización de uno de los más grandes misterios, extremadamente deseado de todas las naciones: bastaba publicarlo entre los hijos de Israel para conquistar la mayor gloria humana que se puede ambicionar en la

tierra, por cuanto con su manifestación habría sido de muchos honrado como Ayo del Redentor, y Esposo dignísimo de la Reina de los cielos: mas José lo sepultó enteramente todo en el sagrario del silencio, prefiriendo vivir desconocido á los hombres, para que todos glorificasen tan solamente á Dios, autor de tan divinas finezas.

Y ¿cómo no había de ser profundamente humilde quien tenía constantemente ante sus ojos aquellas dos lumbreras de humildad, Jesús y María? ¡Jesús, que fabricó la aurora y el sol sujeto á sus órdenes! ¡Jesús en cuanto Dios engendrado en los esplendores de los santos, sumiso á la voz de una pobre Tejedora! *Subditus Feminae textrinae*, como dice Gersón con San Jeronimo. Con los admirables ejemplos de sus dos humilísimas joyas San José no se enorgullecía por su incomparable grandeza, antes, según San Francisco de Sales, cuanto más encumbrado se sentía tanto más profundamente se humillaba. ¡O Dios! ¡Cuánto era de ver la reverencia y respeto con que trataba al Hijo y á la Madre! ¡Qué admiración y extremado anonadamiento experimentaba en verse tan honrado!

Hacían dulce y edificante armonía la humilde y pronta sujeción de Cristo en obedecer y la reverente y suavísima autoridad de San José en mandar. Sabía perfectamente el Santo Patriarca que Jesús, encubriendo su divinidad bajo la corteza de nuestra carne, era el verdadero Hijo de Dios, tan grande, tan sabio, tan inmenso como el eterno Padre; y sentíase por ello tan encogido y con tal respeto, que á no haber oído en su interior la voz de que así convenía cumplir toda justicia, y á no haber sido confortado por la dulzura de las palabras, atractivo del rostro, y amabilidad del trato de Jesús, lejos de atreverse á indicarle siquiera su voluntad, se habría con profundísima humildad

derribado continuamente á sus plantas para adorarle y servirle con gran confusión y reverencia.

Esto no quita que San José reconociera en sí carismas y dones extraordinarios y superiores á los recibidos por los demás santos, puesto que, según queda dicho, la humildad verdadera mueve á los favorecidos á magnificar y bendecir al supremo Autor de tales gracias; y la humildad del Padre adoptivo de Jesús, en cuanto procedía de su propio conocimiento, tuvo en él más levantado y noble objeto que la de otros justos; porque en estos brota no solo de la dependencia que de Dios tienen en todo lo bueno, sino también de sus inclinaciones pecaminosas, y de las culpas y miserias en que se vieron encenagados: pero en San José, trascendiendo á toda humildad de este mísero destierro, se revistió de las brillantes cualidades de la patria, donde cada uno de aquellos felices moradores tanto es más humilde cuanto se halla más sublimado, no porque el superior se juzgue menos excelente que el inferior, sino porque con tanto más rendimiento y sumisión se sujeta al Todopoderoso, cuanto con mayor claridad conoce la majestad inmensa del Criador y su propia condición y absoluta dependencia.

De esta manera y razón, á semejanza de Jesús y de María, gozoso San José por las inefables gracias de que se hallaba embellecido, sobresalía en humildad no menos á todos los hombres que á todos los ángeles, cumpliéndose en él la verdad de aquel principio: *Qui se humiliat exaltabitur.*—*El que se humilla será ensalzado:* Luc. XIV, 11; dado que en previsión de su futura humildad fué nuestro Santo Patriarca levantado á la incomprensible gloria en que le admiramos.

Empapados en estos principios y estimulados por tales ejemplos, ¿quién de nosotros se quejará de verse despreciado, arrinconado y puesto en ludibrio, ma-

yormente si pondera los ultrajes que debiera recibir en el infierno en castigo de sus culpas? Y si se reconociere rico de divinos tesoros, considere que ninguno pone las cosas preciosas, principalmente los unguentos aromáticos al aire libre, porque además de exhalar los olores, vendrían las moscas á consumirlos é hiciéranles perder su estima. «Así las almas justas, dice San Francisco de Sales, temiendo perder el precio y valor de sus buenas obras, las guardan ordinariamente en cajas, pero no en vaso común; que los unguentos preciosos en bujeta de alabastro se ponen.»

Esta bujeta es la humildad, en que á imitación de San José debemos encerrar nuestras virtudes, contentándonos con agradar á Dios y quedarnos debajo del velo sagrado del abatimiento. ¿No exigen este cuidado nuestras culpas y continuos desengaños? Y por más que alguno se hubiera conservado inocente, al ver al Padre virginal de Jesús pobre, menospreciado, compelido á ganarse el pan con el sudor de su rostro, viviendo por espacio de treinta y más años una vida escondida y abyecta, ¿no se podría con razón preguntarle, si fuese vanidoso: *Quid superbis, terra et cinis?—Polvo y ceniza, ¿de qué te enorgulleces?* Eccl. x, 9. ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si nada de cuanto posees, pertenece á tu cosecha, sino que es don gratuito del cielo, ¿porqué te glorias de ello, cual si fuera cosa enteramente tuya? San José nos alcance á todos verdadera humildad de corazón, para tributar á Dios la gloria de todo lo bueno y á nosotros confusión y vergüenza por nuestras faltas y miserias. Amen.

## EJEMPLO

*Lo que pudo un hilo del vestido de San José*

Sor María Teresa Nicolasa, religiosa de Santa María de la Oración en Malamocco de Italia vióse atacada de tales y tan complicadas enfermedades, que no cesaron de atormentarla por espacio de diez años consecutivos. Empezó su dolencia por un ataque violento de apoplejía, después tuvo otro de gota coral, y al fin se juntaron á estos males otros dolores de nervios tan agudos, que la privaban de todo movimiento y hasta del uso de los sentidos durante muchas horas. A este cúmulo de tormentos allegáronse otros dolores acerbísimos en diferentes regiones del cuerpo, palpitaciones de corazón, fiebres malignas y una parálisis universal, que la ponian al borde del sepulcro y hacían de ella un verdadero retablo de calamidades, que causaba tierna compasión á todos los que la visitaban.

Después de varios años de no interrumpido martirio encogiósele una pierna por contracción de músculos; y dispuso el Señor que llegase á sus oídos una curación milagrosa, obrada por San José en Venecia, distante unas cuatro leguas del convento. Entonces resolvió recurrir á este poderoso Valedor y hacer junto con otras compañeras los siete miércoles consagrados al Santo. El primero, que fué el 26 Marzo de 1710, después de haber comulgado tuvo un ataque terrible, que le quitó el habla, el movimiento, y el sentido, dejándola como muerta por obra de un cuarto de hora.

Vuelta en sí del paroxismo, las hermanas la exhortaron á que implorase con viva fe los auxilios del Santo Patriarca, lo que hizo con todo el fervor de su alma. Pidió después tres hilos del vestido de la estatua de



San José, que se venera en la Iglesia de Venecia; y habiéndoselos tragado, le pareció que una mano invisible le iba estirando la pierna contraída, y se la ponía en su estado natural. Sintiendo con esto que le tornaban las fuerzas perdidas, levantóse por sí misma del asiento, y se puso á correr transportada de alegría, dando gracias á Dios y á San José por beneficio tan portentoso. Al mismo tiempo desaparecieron como por encanto todas las demás molestias y la enferma de tanta gravedad quedó completamente sana. Como es de suponer la devota de San José no cesaba de glorificarle refiriendo á todos los que lo querían oír el milagro del Santo, obrado por tres hilos de su vestido. Gloria sea al Taumaturgo de la Iglesia.





### CAPÍTULO III

#### DE LA FE DEL GLORIOSO PATRIARCA

*Justitia Dei in eo revelatur ex fide.*

Rom. 1, 17.



ENTRE las virtudes teologales, que se dirigen inmediatamente á Dios, y tienen por motivo inmediato ú objeto formal alguno de sus atributos, ocupa el primer lugar la fe, por la cual hace al Señor el hombre sacrificio de su entendimiento. La fe, dice el Concilio Tridentino, es el principio de la humana salud, la raíz y fundamento de toda justificación; por donde siendo esta virtud la que comunica verdadera vida sobrenatural á la misma humildad, parecia puesto en orden y razón que antes que de ninguna otra se tratase de la virtud de la fe. Mas ya porque la humildad se tiene justamente por los doctores místicos como base de la perfección cristiana, pues subyuga y destruye la soberbia, raíz de todo pecado y principal tropiezo en la vía espiritual, ya porque la humildad acompaña á la misma fe ayudándola á sujetar la altivez de la razón á las verdades reveladas que superan nuestras luces, por esto convenia que tratáramos primero de la humildad del glorioso Patriarca y examinásemos después los quilates de su fe.

Defínese la fe un acto sobrenatural, por el cual el hombre cree firmísimamente las verdades reveladas, movido por la autoridad de Dios, sumamente veraz, que las reveló. Por lo común acostumbra el Señor servirse del magisterio infalible de la Iglesia para manifestar cuáles son las verdades reveladas: pero en algunos casos peculiares, como aconteció á San José, Dios es quien por sí ó por algún ángel ó delegado descubre estas verdades, sin dejar motivo prudente de dudar del hecho, como de cosa que comunica Dios. Tanto en la firmeza de la fe, como en la vida de fe podemos y debemos imitar al Santo Patriarca con no pequeño fruto de nuestras almas. Esto nos proponemos dilucidar en este capítulo; pero antes digamos algo de la

## I

## NATURALEZA Y NECESIDAD DE LA FE

Creer una cosa palabra de Dios, como revelada por Dios, sin justo motivo ni razón suficiente, tan lejos está de ser acto de virtud, que más bien es enorme iniquidad, pecado de superstición, en que miserablemente caían los infieles engañados por sus oráculos, y en que se precipitan por desgracia en nuestro días no pocos entregados al espiritismo y á las fascinaciones del hipnotismo. Para que el acto de fe sea obsequio razonable, grato á Dios nuestro Señor, es preciso y necesario que tenga el hombre tales motivos de credibilidad, que excluyan todo motivo prudente de dudar sobre el hecho de la divina revelación. Pero una vez establecida y patente la verdad de que Dios ha hablado, sea que conste por la autoridad de la Iglesia ó del Romano Pontífice vicario infalible de Jesucris-

to, sea que se descubra por otras razones ó adminículos particulares dignos de respeto, surge la estrecha obligación de la fe, ó de dar asenso firme á las enseñanzas propuestas por Dios mediata ó inmediatamente.

Ni debe pasar desatendido que la fe actual ó habitual es de absoluta necesidad para salvarse. *Sine fide impossibile est placere Deo.*—*Sin fe es imposible agradecer á Dios.* Hebr. XI, 6. ¡Cuánto más salvarse! Así lo predicaba S. Pablo. El mismo divino Maestro, cuando después de su resurrección encargó á los Apóstoles que fueran á predicar el Evangelio á todas las criaturas, les dijo resueltamente: *Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit; qui vero non crediderit, condemnabitur.*—*El que creyere y fuere bautizado, será salvado; mas el que no creyere, se condenará.* Marc. X, 16.

Dános Santo Tomás en su libro primero contra los gentiles algunas razones de esta necesidad y son: primero, porque así lo demanda la gloria de Dios, puesto que siendo el Señor de majestad inmensa y de nobleza incomprensible, no podía ser dignamente conocido por las escasas fuerzas de nuestro entendimiento, y por tanto importaba al honor divino darnos de sus atributos y perfecciones un conocimiento más cabal, acompañado de certidumbre más firme que la comunicada por la simple luz de la razón. Cede, con efecto, á honra del Altísimo que el hombre se humille, confesando su debilidad é impotencia para llegar á conocer con la debida perfección la divina grandeza, y sacrifique su entendimiento en aras de la santa fe.

Era, en segundo lugar, conveniente y necesaria la luz indefectible de la fe á la naturaleza y perfeccionamiento del hombre, porque á la manera que la voluntad, á fin de que sea justa y buena, es menester que se gobierne por la obediencia, así para que el entendi-

miento flaco y deleznable no yerre, preciso es que se dirija por la infalible luz de la fe católica. ¡Con cuánta mayor facilidad y certidumbre se llega por este camino á la posesión segura de la verdad, especialmente en todo cuanto dice relación á las divinas perfecciones!

Por último, como enseña el Doctor angélico (a. 22, q. 2, n. 5): los medios deben ser proporcionados al fin. Siendo, pues, sobrenatural el fin, á que por la misericordia de Dios fué levantado el hombre, fin, que consiste en la clara visión de la divina esencia, y es, por tanto, superior á las fuerzas naturales de la inteligencia humana, sobrenaturales deben de ser también los medios, y por ende conocidos por divina revelación. Y en realidad de verdad ¿cómo la flaca razón pudiera alcanzar lo que Dios exige como precio de aquella eterna bienaventuranza, si por su infinita bondad no se hubiese dignado él mismo señalarlo? Luego sin la fe es al hombre imposible conocer el sendero de la eterna gloria y mucho más conseguirla.

Pero amén de esta necesidad absoluta, que nos recomienda la importancia suma de la fe, hay otros motivos que nos la hacen por extremo preciosa. Así como por la fe principia nuestra vida divina y sobrenatural, así también por la misma fe se nutre, promueve y perfecciona. Dice el Espíritu Santo: *Justus ex fide vivit.*—*El justo vive de fe.* Rom. 1, 17. Porque no solamente preside la fe á todas las obras y virtudes cristianas, dándoles aquella luz que produce en el alma la moción divina, indispensable para todo acto sobrenatural, sino que también forma la base práctica de las virtudes. Por donde uno de los ejercicios más provechosos para todo cristiano es repetir muy á menudo actos de esta virtud, ya asintiendo á su objeto material y formal con toda la fuerza de su entendimiento,

ya tomando sus enseñanzas por motivo de nuestras acciones cotidianas; con lo cual reciben estas un valor y precio superior á cuanto se puede pensar ni decir. Esto es lo que consigue con la vida de fe el que pretende progresar en la perfección cristiana.

Porque así como el alma ejercita su energía vital ya con los actos mentales, ya comunicando movimiento al cuerpo que anima; así la fe desarrolla su virtud ya con los actos interiores que le son propios, ya también dando vida á las obras exteriores que se hacen por su motivo. Y á la manera que el alma con sus fuerzas vegetativas conduce la sangre por todas las arterias del cuerpo, la cual deja en su trayecto principios nutritivos, que aumentan las fuerzas corporales; de un modo parecido la fe hace circular el espíritu de Jesucristo en todos nuestros pensamientos, palabras y obras, imprimiéndoles un modo de ser sobrenatural y divino.

Por esto con razón puede exclamar el justo: *Vivo yo, mas no yo; sino que es Cristo quien vive en mí!* Gal. II, 20. Jesucristo vive en el corazón empapado en sus máximas y afectos. Sin esta influencia, sin esta vida de fe todas nuestras obras, por grandes que parezcan, son cuerpo sin alma, son obras muertas, un cadáver.

Vivir, pues, vida de fe, que es la vida propia del justo, es mirar todos los objetos naturales y sobrenaturales á la luz de las divinas enseñanzas, y gobernarnos enteramente por ellas en todos nuestros afectos, aspiraciones y empresas. Así he de apreciar las riquezas, honores y placeres, no por lo que juzga la pálida luz de la razón, ni por lo que pregonan los pareceres del mundo, sino por lo que me enseña y predica la fe de Cristo, que no puede jamás engañarse ni engañarnos.

¡La fe! He aquí la balanza del santuario en que he de pesar una por una todas las cosas, antes que las juzgue dignas de estimación ó desprecio: hé aquí el único estímulo que me ha de mover á tomar ó dejar cualquiera objeto, por abyecto ó precioso que lo crean los mundanos: hé aquí la única luz por la cual me he de guiar en el mar proceloso de la vida. *Lucernæ lucenti in caliginoso loco, donec dies elucescat.* II Petr. 1. 19. Este es el faro que nos alumbrá en este caliginoso destierro, hasta que amanezca el clarísimo día de la eternidad, en que iluminados por el Cordero divino contemplemos la cara de Dios sin velos ni sombras.

¿Qué hay, pues, que se pueda comparar en utilidad é importancia á la vida de fe para el aprovechamiento de las almas? En ella brillaron los santos, los cuales no tenían otra pauta ni norma de conducta sino la lumbre de la fe; y en ella sobresalió nuestro glorioso Patriarca con admirables y edificantes ejemplos; y en ella hemos de crecer nosotros, si queremos atesorar riquezas de eterna gloria.

## II

CIRCUNSTANCIAS EXCEPCIONALES DE LA FE DE  
SAN JOSÉ

Ilustrado nuestro Patrono con la luz de la fe desde que, según doctrina de varios autores, fué santificado en el seno de su madre, jamás dejó entrar en su corazón ni el más ligero movimiento de duda sobre las divinas enseñanzas. Y como quien conocía de una manera infusa los tesoros encerrados en la fe, apenas se pudo entregar á la lección de los libros santos, arsenal de celestiales documentos, cuando los tomó para

su alimento del alma ordinario y materia de sus consideraciones. En esta meditación cotidiana no solo penetraba verdades á la mayoría de sus paisanos escondidas, sino que también formaba de ellas el manjar casi continuo de su espíritu. ¿Quién le igualó con esto en el conocimiento de los misterios del Mesías? Y en cuanto á la docilidad y firmeza de la fe ¿no aventajó nuestro Santo á los más ilustres mártires del Señor?

El misterio más asombroso de los siglos, el misterio más sublime, que se presentó jamás á la fe de los fieles, salvo al augustísimo de la Trinidad, es sin disputa el misterio de la Encarnación del Verbo increado en el seno de María. Y San José lo creyó firmísimamente en las circunstancias mas excepcionales.

Observaba el Santo Patriarca que su castísima Esposa había concebido, sin que tuviera él la más leve parte, ni aviso celestial todavía de lo que se había obrado en ella. Turbado el Santo por la consideración de las consecuencias de tal acontecimiento, rastreando que María era la Virgen profetizada por Isaías, la cual debía dar á luz al Deseado de los collados eternos sin menoscabo de su integridad virginal. Heno de perplejidades sobre lo que había de hacer, oye en sueños una voz, que le dice: *Quod in ea natum est, de Spiritu Sancto est.*—*De verdad lo que se ha engendrado en ella obra es del Espíritu Santo;* y al instante sacrifica totalmente su razón en aras de la fe, creyendo con toda firmeza tan alto misterio; pues era tal la moción de Dios que experimentaba el Santo Patriarca, que no podía dudar prudentemente ser aquella voz del cielo que le hablaba.

¡Cuántos argumentos, ó mejor dicho, cuántas argucias se habrían ofrecido en contrario á otro cualquiera revestido de menos fe! La misma Reina de los cielos,



compelida por su altísimo amor de la virginidad, al oír el anuncio del mismo divinal misterio, aunque no del modo cómo se había de obrar, exclamó: *Quodmodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* ¿No es, pues, digno de soberano encomio que propuesto y confiado arcano tan sublime á la fe incomparable del Esposo de María, al momento encontrara cabida en su ánimo ilustrado con los rayos de tan preciosa virtud? No importa que para verificarse tan inaudito acontecimiento se tenga que obrar uno de los mayores milagros por la diestra del Omnipotente; no importa que todas las circunstancias que lo acompañan estén en contradicción abierta con las más hondas preocupaciones del pueblo judío; San José, penetrado profundamente de la luz de la fe, que le enseñaba que una doncella había de ser juntamente virgen y madre, conociendo con toda claridad que la bondad y poder de Dios no tiene límites, y sobreponiéndose á todas las vanas esperanzas de su pueblo supersticioso, cree y cree con toda la certeza de su alma que María había concebido por obra del Espíritu Santo y que á su tiempo daría un Hijo á luz, el cual redimiría el mundo de la esclavitud del pecado.

Y ¿qué diremos de la fe que manifestó en el nacimiento y demás misterios de la infancia y vida escondida de Jesucristo? Vedlo prosternado ante el Niño Dios reclinado en el pesebre, adorándole con la fe más profunda y edificante como á su Dios y absoluto soberano. ¡Jesús! Y ¿es este Niño el deseado de las naciones y tan alabado por los profetas? Todo el pueblo escogido, aunque con sólido fundamento esperaba al Redentor del mundo prometido desde principio de los siglos, con todo, mezclando la revelación con las invenciones y sueños de sus escribas y doctores, pensaba que el Mesías tan esperado había de ser un gran

Señor, cuyo poder fuera irresistible, cuyas riquezas fuesen inagotables, y cuyos ejércitos, llevando sus armas victoriosas á todos los confines de la tierra, sujetaran bajo su yugo á todas las naciones y enseñoreasen á todos los monarcas del universo. Esta era la mal fundada esperanza de aquella nación egoísta y carnal.

No obstante, San José adora por su Rey y su Dios al tierno Niño, exteriormente débil y desprovisto por completo de grandeza y poderío. Contéplalo sobre un pobre establo y lo cree Hijo del Eterno y supremo Gobernador de los cielos: admíralo tiritando de frío, oye sus vagidos y ve correr las lágrimas por sus tiernas mejillas, y lo confiesa por fuente de sólida paz, cabal alegría de los ángeles, y autor de la misma eterna bienaventuranza: descúbrelo fajado, envuelto en pobres pañales, sin poderse mover por sus piececitos, y lo reconoce por Todopoderoso y monarca soberano de todos los imperios. ¿Hay fe que sobresalga en perfección y firmeza á la fe del justísimo Esposo de María?

¡Qué contrastes no advierte en torno del divino Infante! Obsérvalo hoy venerado por pastores y magos, que de léjas tierras vienen á adorarlo, y á ofrecerle pleito homenaje; y mañana se ve precisado á llevarlo con precipitada fuga á país extranjero, para sustraerlo á las furias de Herodes, que intenta despojarle de la vida. Pero ¿no es este infante el mismo Señor, á cuyo imperio se abrió la tierra y se tragó á Datán y Abirón? ¿No es este el monarca del Empíreo, cuyos mandatos obedecen con pronta sumisión las potestades del cielo y del abismo? Pues ¿cómo tiene hoy que apelar á la huída para librarse de la muerte? ¡Ah! No son estas las cuestiones que promueve San José, sino que acata reverente las disposiciones ddivinas, y no vacila ni un

instante en creer que aquel Infantecito es el Dios de las batallas y árbitro soberano de todos los acontecimientos.

Llóralo en la Circuncisión con las marcas y señales de pecador; y sabe y cree por la fe que es el Justo por excelencia, y el Santo de los santos, revestido de perfección infinita. Miralo y admíralo en su taller joven humilde, afanoso, ocupado en trabajos poco nobles según el mundo, solícito en ayudarle á ganar el pan con el sudor de su frente, y á pesar de todo esto lo cree Dios infinitamente pródigo, que sin fatiga abre su mano y colma de bienes á todos los vivientes, y reparte generoso á sus tiempos el alimento indispensable á los que padecen necesidad. ¡Oh! No hay duda que con tales contrastes se avivaría la fe de nuestro Santo, y cada día más firme y robusta tomaría nuevas creces para gloria del Eterno.

¡Cuántas veces traería á su memoria los oráculos de los profetas para actuarse más y más en esta preciosísima virtud! Ora recordaría la justicia y abundancia de paz, que por las máximas del divino Maestro había de florecer en la tierra, ora mediría con la consideración el extenso reinado de Jesucristo, dilatado por su gracia de mar á mar, y desde Jerusalén hasta los extremos del orbe de la tierra, ora encarecería los triunfos de la divina doctrina, por la cual habían de ser iluminadas todas las naciones, y le habían de rendir vasallaje, libertando del poderoso al pobre y desvalido, y levantando de su abyección y miseria al desamparado.

¡Oh! ¡Qué gozo! ¡Qué consuelo produciría en su ánimo la fe! En contemplando por las profecías bendecidos en Jesús todos los pueblos de la tierra, en viéndole glorificado por todas las naciones, y publicadas por doquiera sus obras magníficas y portentosas, no po-

dria menos de prorrumpir en abrasados afectos de alabanza al obrador de tales maravillas. ¡Oh! exclamaría: «¡Bendito sea el Señor Dios de Israel, que visitó y redimió á su plebe! ¡Bendito el omnipotente, que nos enriqueció con el cuerno de salud en la casa de David su siervo; pues á él solo se deben tales portentos, y él solo los pudo llevar á feliz remate! ¡Bendito el nombre de su majestad eternamente! ¡Llenaráse la tierra de su gloria; porque no cabe tan gran nombre en el universo, y es angosta la tierra para su inmensa majestad!»

Esta era la vida de fe del Varón justo. En todas las circunstancias, en todos los momentos de su existencia procuraba acrecentar los tesoros de su alma, siempre puesta en ejercicio constante de su fe, ofreciéndolo siempre todo para complacer á Dios sin apartarse un punto de la divina presencia. Y si la fe de Abrahán fué tan alabada por el divino Espíritu, porque, fuera de creer que Sara su esposa, aunque estéril, concebiría en su vejez, procuró en todas sus obras andar delante de Dios, y si aquel antiguo Patriarca mereció por su fe el título y renombre de padre de los creyentes y la solemne promesa de que nacería de su tronco el Mesías esperado, ¿qué hemos de decir de la fe viva y profunda de San José, que tanto sobrepujó á la de Abrahán cuánto vá de ser madre anciana á ser madre y virgen y cuanto dista andar á veces en la divina presencia de no apartarse ni un momento de ella?

Contemplaba San José continuamente á Dios personalmente presente en su adorado Jesús, y en todo y por todo se gobernaba por las máximas de fe, haciendo de ellas su ordinario y espiritual alimento. Atendida, pues, la vivísima fe de nuestro Patriarca, podemos con toda razón y derecho llamarle con el Evangelio Varón justo; porque si al obediente Abrahán se le re-

putó la fe por justicia ó santidad—*Reputata est ei fides ad iustitiam*. Rom. IV. 9. ¿á qué cumbres de santidad y justicia levantaría la fe á nuestro Santo, espejo y dechado de varones fidelísimos? Era para él la fe nivel exactísimo, con que regulaba todas sus acciones, acicate penetrante, que le excitaba á correr por el sendero de la perfección, bálsamo suavísimo, que le dulcificaba todas sus penas, manjar nutritivo, que daba virtud y mérito á todas sus obras.

«El justo vive de fe,» dice el Espíritu Santo; y sin esta vida son muertas todas nuestras obras, por heroicas que parezcan; y ¿nosotros la dejaremos ociosa, sin aplicación ninguna, sin animarnos á seguir las huellas de nuestro Santo? ¿De qué nos servirán las luces de la fe, si no trabajamos para que informe nuestros afectos y acciones? Solo de torcedor de nuestra conciencia, que condene nuestra ingratitud y desidia: solo de padrón de iguominia en el tribunal de Dios, en que debemos ser juzgados. ¡Haga Dios que á imitación del Santo Patriarca nos esforcemos todos en tomar la fe por faro indefectible de todos nuestros pasos y regla segura de toda nuestra vida! Amen.

## EJEMPLO

*Confianza rayana de temeridad*

Un hecho edificante y triste acaba de suceder en casa de las Hermanitas de los Pobres de la ciudad de Tarragona, donde esto se escribe, que prueba claramente que no en vano se llama San José abogado de las causas desesperadas. Podemos por esto decir que si el demonio tiene gran imperio sobre los infelices que se dejan esclavizar por las pasiones, el valimiento y asistencia de San José basta para triunfar de todos

los esfuerzos del infierno. En este mes de Marzo de 1889 vivía asilada en dicha casa una anciana francesa, largos años hacia casi por completo separada de las prácticas religiosas. A primeros del mes cayó gravemente enferma, sin esperanza de muchos días de vida; y las Hermanitas aprovechando la ocasión, le manifestaron que se le debían administrar los sacramentos. Rehusólos ella resueltamente, diciendo que no estaba para ello, y que á lo más lo haría después de la fiesta de San José, en quien tenía puesta toda su confianza.

La enfermedad se iba agravando y los médicos temían un próximo desenlace. Instaban las Hermanas, pero inútilmente; y la caridad cristiana, que había sabido suavizar las asperezas de su tristísimo estado, no había podido reblandecer la dureza de aquella alma obstinada en rehusar todos los auxilios espirituales. Por efecto de los malos hábitos y criminal indiferencia parecía la infeliz haber llegado al abismo de que nos habla el profeta. ¡En tanto grado, sin señales del menor remordimiento, despreciaba todas las gracias, con que el Señor la llamaba á penitencia!

En vano las Hermanitas con la caridad más tierna y abrasada le pintaban las terribles é irreparables consecuencias de su loca temeridad: á todo contestaba la moribunda con la más glacial indiferencia y desprecio verdaderamente diabólico; presumiendo de que San José no la dejaría perecer eternamente. Allá fué repetidas veces el celoso Padre Palau de nuestra Compañía; allá fueron varios otros sacerdotes llenos de santo celo, tratando todos de arrancar de la perdición aquella alma; y todos tenían que partir desconsolados, sin esperanza de triunfo.

Espantadas las Hermanitas de tanta terquedad y obstinación, amén de redoblar sus plegarias al Santo

Patriarca en pro de aquella infeliz empeñada en condenarse, apelaron á varios ardides de caridad para reducirla á mejor acuerdo; mas habiendo salido todos infructuosos, recurrieron á uno extremo. Tres días antes de la fiesta de San José la buena Superiora mandó llamar á una hija de la moribunda, y llevándola ante su madre, dijo á la obstinada: «Mire V. madama; aquí tiene V. á su hija, y si no trata V. de confesarse, puede V. marchar con ella á su casa, que ya la mandaré llevar con una camilla: no quiero que mueran en casa condenadas.» Con esta amenaza rindióse la enferma, y llamado el Padre Palau, se confesó con él con señales de verdadero arrepentimiento. ¡O fuerza de la fe! ¡O poder de la oración! ¡O misericordia del Santo Patriarca! A su intercesión atribuyeron todos aquel cambio, que llenó de consuelo toda la casa.

Por la mañana del 19, recibidos el Santo Viático y la Unción, espiró la penitente afortunada, para ir á recibir la paga de los obreros que á última hora se presentan en la viña del Señor. Si hubiera aguardado á después de la fiesta de San José, como ella decía, habría llegado tarde tal vez para su eterna ruina. Al ir á componer su cadáver, encontraron que llevaba tres medallitas del Santo Patriarca.






## CAPÍTULO IV

### ESPERANZA DE SAN JOSÉ

*Beatus vir, cujus est nomen Domini spes ejus.*  
Ps XXXIX, 5.

OMO con la consecución del cielo finaliza la esperanza, porque aquellos comprensores llegaron felizmente á la posesión de los eternos bienes que esperaban; así pudiera parecer á alguno que, poseyendo San José en la tierra el riquísimo tesoro que forma la dicha de la gloria, gozando ya en vida, como canta la Iglesia, el bien sumo que los demás santos alcanzaron después de su muerte,

*Post mortem reliquos mors pia consecrat.  
Palmasque emeritos gloria suscipit:  
Tu vivens. Superis par, frueris Deo.  
Mira sorte beatior,*

no debía de tener la virtud de la esperanza. Además, como con razón decía el Apostol: *Spes autem que videtur, non est spes.*—La esperanza de lo que se ve, no es esperanza. Rom. VIII, 24, porque esta virtud tiene su ejercicio y merecimiento en objetos ausentes ó futuros; por donde San José, favorecido, según algunos durante su vida con la visión clara de Dios en Jesús,



alcanzó tan alto conocimiento de los bienes celestiales que bien se puede llamar su vida un cielo anticipado. Pues, ¿qué mayor felicidad que contemplar y poseer al Hombre Dios en su propia casa, estrecharlo en sus brazos, llenar de amorosos ósculos el divino rostro?

Con todo, es cierto y ciertísimo que tuvo San José la virtud de la esperanza en grado perfectísimo, digno de ser imitado por todo sus devotos y fieles; porque, aunque de verdad hubiera sido agraciado con la visión de la divina esencia, no recibió esta gracia por modo permanente como los bienaventurados, sino de paso como viador, y así fué ilustrado por la fe, que según San Pablo es *Sperandarum substantia rerum; argumentum non apparentium*.—*El fundamento de las cosas que se esperan y conocimiento de las que no se ven*; sobresaliendo á proporción de su fe en la preciosísima y necesaria virtud de la esperanza. Veamos, pues, para nuestra edificación y ejemplo en qué consiste virtud tan importante, y la perfección con que la practicó el virginal Esposo de María.

## I

## CUALIDADES Y NECESIDAD DE LA ESPERANZA

Es la esperanza una virtud sobrenatural y divina, por la cual el hombre, contando con los auxilios de Dios y sus buenas obras, se promete firmemente conseguir la eterna bienaventuranza. Como fácilmente se comprende es esta virtud teologal, que como la fe tiene su término inmediato en Dios y su objeto material en todo aquello que confiamos lograr con el socorro de la divina gracia, conviene á saber, primero al mismo Dios poseído por la visión clara y beatífica de

la divina Esencia, y secundariamente todos los medios necesarios y convenientes para su consecución.

El motivo formal de esta virtud colócanlo unos en la bondad de Dios, otros en su poder ilimitado y la mayor parte en su fidelidad en cumplir las promesas que nos ha hecho, incluyendo en ellas así la beatífica visión de Dios, cual fin sobrenatural de nuestros deseos y aspiraciones, ó nuestro sumo bien y felicidad, como los auxilios divinos, de que reciben nuestras obras valor proporcionado á nuestro fin sobrenatural, y con que nos hacemos superiores á todos los contratiempos y dificultades, contando siempre con la benignidad y misericordia del Señor, que nos aseguró quería salvarnos á todos.

Para que la esperanza sea sólida y maciza debe ser firme é inquebrantable, es decir, que sin recelos ni vacilaciones debemos prometernos de la fidelidad, del poder y misericordia de Dios todos los socorros indispensables para conseguir la eterna bienaventuranza. Así nos lo enseña Santiago hablando de la oración: *Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídasela á Dios, que á todos dá copiosamente... pero pídale con fe, sin sombra de duda ó desconfianza; pues quien anda dudando es como la ola del mar, que es traída de acá para allí alboratada por el viento.* Jac. 1, 5, 6. El que así vacila no tiene que pensar conseguir poco ni mucho de la diestra del Altísimo.

Escribiendo San Pablo á los Hebreos vi, 18, pondera esta firmeza diciendo que «á vista de estas dos cosas, promesa y juramento, en que no es posible menta Dios, ó falte á ellas, tengamos poderoso consuelo los que consideramos nuestro refugio, y ponemos la mira en alcanzar los bienes que nos propone la esperanza; la cual sirve á nuestra alma como de áncora fuerte y segura, y penetra hasta el santuario de lo

encubierto con velo misterioso.» La esperanza, pues, que no estuviera revestida de esta firmeza, sería vana y sin fruto.

Sin embargo, sería error gravísimo creer que la esperanza excluye todo temor é incertidumbre de la salud eterna; porque, aunque fuera culpa mortal desconfiar de las divinas promesas; no obstante, como para que los auxilios celestiales tengan su efecto, es necesaria nuestra cooperación, por esto, sin que Dios nos falte jamás, podemos nosotros faltar á la divina gracia. Por donde, considerando nuestra flaqueza y perversidad, con razón podemos y debemos temer que la esperanza no degenerere en vana seguridad ó presunción. Débese, con todo, advertir que tal miedo ó temor sea moderado, teniendo por cierto y seguro que cuanto más levantada y perfecta sea la esperanza, tanto más descrecerá la duda y zozobra, pudiéndose decir de esta virtud lo que San Juan dice de la caridad, *foras mittit timorem.—que echa fuera el temor*; Jo. iv, 18; por manera que la sólida y completa esperanza produce en el ánimo cierta moral certidumbre de que nos concederá el Señor abundancia de gracias, con que usemos bien de los divinos favores, y continuando hasta el fin en santas obras, perseveremos siempre en gracia y amistad de Dios.

Y aun conforme á la doctrina católica, por un favor especial de la divina bondad puede tal confianza desterrar del alma todo temor servil y todo recelo de condenarse, infundiendo en el corazón tal paz y seguridad, que sea un remedo de la del cielo. Santo Tomás, que concede esta dulcísima certeza á la perfecta esperanza, enseña que difiere ella de la fe en que la certidumbre de esta virtud es indefectible por estar únicamente fundada en la divina verdad, al paso que la certeza de la esperanza puede flaquear por razón de

la inestabilidad del hombre, el cual mientras navega por el mar borrascoso de esta vida, puede naufragar, poniendo estorbo á su dicha verdadera.

Es la virtud de la esperanza de absoluta necesidad ya para adquirir la justificación, ya para conservar ilesa la gracia santificante. El que se llega á Dios, dice San Pablo, debe creer que Dios existe y que es remunerador de los que le buscan. — *Credere enim oportet accedentem ad Deum quia est et inquirentibus se remunerator sit.* Hebr. xi. 6. Y San Juan en su carta primera, capítulo tercero y verso tercero, añade que el que tiene tal esperanza se santifica á sí mismo.

Por último, dejando á un lado la cuestión que se ventila entre los teólogos sobre si es posible al hombre caminar á su fin supremo con la sola caridad, sin que antes ó á la vez lo busque con verdadero deseo de su bienaventuranza, es cosa cierta y admitida que no se puede concebir semejante inclinación ó tendencia á su fin por la caridad, sin una voluntad firme y resuelta de guardar los mandamientos. Ahora bien; ¿cómo se puede admitir esta voluntad sin contar con los auxilios divinos? Y ¿cómo pueden conseguirse esos auxilios sin la oración? Y ¿cómo se puede tener verdadera oración sin verdadera esperanza? Así nos lo enseña Santiago en las palabras ya citadas. Luego de todos modos es menester la esperanza para caminar á la gloria.

En los que huellan gravemente los divinos preceptos es la esperanza de salvarse una vana presunción y aun criminal seguridad, si no la acompañan de una resolución firme de salir cuanto antes de tan infeliz estado. Mas en los que guardan fielmente la divina ley es virtud meritoria, que se acrecienta con la abundancia é incremento de las luces é inspiraciones, con que el Señor alienta, y por los auxilios especiales, con que favorece á sus escogidos. Estas ilustraciones y

socorros comunican á los siervos de Dios tal seguridad aun en medio de los graves peligros, de que sin culpa se ven rodeados, que viven tan tranquilos y sosegados cual si tuvieran revelación de su final perseverancia. Saben que *Spes autem non confundit*. Rom. v. 5, y viven en la completa seguridad de que no saldrán confundidos en su esperanza.

Tal es lo que se llama sólida confianza; la cual, aunque, según el Ángel de las escuelas, no es virtud distinta de la esperanza, le añade tal firmeza, que calma y disipa todos los temores que pudieran surgir por efecto de la humana miseria; porque á la vez que uno cuenta con la misericordia inmensa del supremo Hacedor y con sus abundantes socorros, se funda también en la experiencia de la pasada vida, gastada principalmente en santas obras de la gloria de Dios y provecho de las almas. Con el hábito constante de fiar en la divina Providencia, descansando tranquilamente en sus brazos, engéndrase con gozo espiritual en el alma esta dulce seguridad, la cual prende sus hondas raíces en la práctica constante de las otras virtudes, meditación asidua de la infinita Bondad y profundo conocimiento de las cosas celestiales.

## II

## SAN JOSÉ MODELO DE ESPERANZA

Con esta ligera idea de la virtud de la esperanza, que acabamos de exponer, ¿no podemos ya barruntar cuán alta sería esta virtud en nuestro Santo, prevenido del Altísimo con tantos dones y carismas tan señalados? ¿Cuál sería, pues, la solidez de la confianza, que animaba á San José, tan ejercitado en todo linaje

de virtudes, tan esclarecido con luces extraordinarias sobre los divinos atributos y misterios de la misericordia ilimitada del Redentor? Bien quisiéramos ensalzarla como se merece; pero tendremos que contentarnos con lo que se desprende de su vida, tan poco del mundo conocida.

Con toda propiedad podemos aplicar al Esposo virginal de María lo que de la Virgen razona Fray José de Jesús. «El alma, pues, de José practicó perfectísimamente la virtud de la esperanza; porque, por más que con divina luz y tan celestial conocimiento estaba clarificada sobre las perfecciones del Niño Dios, hasta el grado de asemejarla en cierto modo á las bienaventuradas, no obstante, como viadora detenida en este destierro sufría penalidades y molestias procedentes del peso y miseria de la carne, y tenía que tolerar muchas y graves contradicciones y fatigas, que andan anejas al estado de la presente vida, sobre todo si se atiende al arduo ministerio puesto á cargo del dichoso Patriarca; y por tanto, sentíase precisada á recurrir á Dios en demanda de luces y auxilios para el perfecto desempeño de tan elevadas funciones. Y aunque se le conceda haber de paso gozado en esta peregrinación de la visión clara de la divina Esencia, ¿quién duda que este mismo conocimiento le aguijaba el ansia de verse libre de tales adversidades de este destierro y sentir su alma sumergida en aquel Océano de paz y de ventura disfrutando de los infinitos bienes de la patria.»

Y además, según enseña en muchos lugares el divino Espíritu, como sea la esperanza tan gran bien, fuente y raíz de bienes tan sólidos, que ya nos asegura *será bienaventurado el varón que espera en el Señor*, Ps. LXXXIII, 13; ya nos predica que *por la esperanza somos hechos salvos*, Rom. VIII, 24; ya nos promete

que con la sabiduría ó santidad gozaremos en las postrimerías de dulce esperanza y de esperanza que no saldrá frustrada, Prov. XXIV, 14; ya nos exhorta á ser en la tribulación sufridos con la esperanza del premio, Rom. XII, 12; no hay duda que después de María alcanzaría San José todos estos tesoros más perfectamente que otro viador ninguno.

Y si de los Apóstoles se dice que no solo tenían esperanza informada de la caridad, mas también que, por haber recibido las primicias del Espíritu Santo, fueron certificados de que perseverarían en la divina amistad; ¿con cuánto mayor motivo debe atribuirse semejante privilegio á San José, Padre virginal de Jesucristo? Porque con todo fundamento podemos conjeturar que, ó tratandó intimamente con Jesús sobre su tránsito de esta vida, ó por especialísima revelación sabría de labios del mismo Salvador que después de María era el escogido de Dios para mayor gracia y gloria que ninguna otra criatura.

Por lo cual la certeza de su esperanza no fué condicional ó probable como la de otros Santos, sino indubitable y segurísima, y á la vez sumamente pacífica y consoladora; ya que sabía que la gloria que le esperaba, bien que inferior á la de su Esposa, sería superior á la de todos los bienaventurados; pudiendo con particular agradecimiento exclamar con San Pablo, Rom. v, 2: *Gloriamonos esperando la gloria de los hijos de Dios*. Y si, como queda indicado, procede la esperanza de la gracia de Dios, de los merecimientos propios, y de las divinas ilustraciones, con todo lo cual se acrecienta la seguridad, habiendo tan copiosamente abundado el virginal Patriarca en todas estas soberanas riquezas, así debía de gozar de certidumbre indubitable, no solo acerca del feliz estado de su alma íntimamente unida con Dios mediante su divi-

na gracia, sino también de que dichosamente había de perseverar en ella hasta el último aliento de su vida.

¿Puede imaginarse esperanza más sólidamente cimentada y más divinamente segura? Y si aumentan y esfuerzan tan dulce confianza tanto la familiaridad con Dios como el conocimiento de su ilimitada bondad y la comunicación de sus beneficios, ¿quién rayó más alto que San José en todos estos bienes causadores de unión inefable? Por lo cual pudo muy bien gloriarse de haber hermanado en su corazón una esperanza perfectísima junto con reverencia suma, de modo que su mucha familiaridad con Dios nunca disminuyó su religiosísimo respeto, ni su acatamiento reverencial amenguó su paterna familiaridad, antes su trato familiar y continuo comunicaba en él nuevas creces al amor y veneración de aquella Majestad y Piedad inmensa, que con tanta humildad con él se familiarizaba, imprimiendo nueva fuerza á la solidez de su confianza incomparable.

Y ahora bajando á hechos particulares, fruto de la esperanza de San José; ¿quién no admira su perfección altísima? Por inspiración divina consagra con voto su virginal pureza en obsequio del Altísimo, y con todo, admite los Desposorios con la Reina inmaculada, confiando con toda seguridad que cohabitando con la más bella y agraciada doncella, que le deparaba el mismo Señor, lejos de recibir detrimento ni menoscabo la flor de su virginidad, recibiría con dichos Desposorios candor inopinable, y despediría más grato y celestial aroma. ¿No es este acto heroico de esperanza?

Advierte nuestro Santo que su castísima Esposa ha concebido sin participación ni conocimiento suyo. Cree que su preñez es obra sobrenatural, obra divina.



Pero ¿será bien que él se quede en compañía de tan excelsa Señora? ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar en tales apuros y perplejidades? Lleno de santa esperanza en Dios, ora, clama al cielo, discurre tranquilo, resuelto á tomar la senda que á su parecer más agrade al Todopoderoso. No salió fallida su confianza; porque, no pudiendo por vías comunes venir en conocimiento claro de lo que había de hacer en caso tan extraordinario, cuando ya se disponía por su profunda humildad á alejarse de su virginal y santísima Esposa, recibió la visita de un ángel, que desvaneció sus temores reverenciales, y endulzó sus angustiosos pesares, mandándole quedarse con ella y ejercer oficio de Padre con el Hijo divino que dará á luz.

Las pruebas y tribulaciones á que le somete bondadoso el Eterno, afirman y consolidan más y más su inquebrantable confianza en la divina Providencia; de modo que se puede predicar de San José lo mismo que se escribió del Padre de los creyentes, el cual esperó contra toda esperanza.—*Contra spem in spem credidit*, Rom. iv, 18. Tenía su corazón tan levantado sobre todos los bienes codiciados del mundo, que ponía en su pobreza uno de sus más preciados tesoros y la fuente segura de su venturoso porvenir. Con todo, una de las más penosas y sensibles pruebas que experimentó su corazón magnánimo fué ver á sus dos queridas prendas, Jesús y María, sujetas á la miseria é incomodidades del pesebre. Abandonado de todos por su pobreza, rechazado así de los mesones como de los hogares de sus deudos, no desconfió ni un momento de que el Señor le procuraría el lugar más conveniente y acomodado á sus divinales designios. Pero como es propio de los que descansan confiados en Dios no despreciar de su parte los esfuerzos todos posibles para salir airosos de sus apuros, y re-

mitir el suceso á la voluntad divina, seguros de que el Señor dispondrá lo que más cuadre á su gloria; así nuestro Patriarca, después de haber buscado solícito por Belén un rinconcito donde albergar á la Reina de los cielos, contento y satisfecho de las divinas disposiciones, se cobijó en pobrísimo portal, abierto á todas las inclemencias del tiempo. ¿Quién no reconoce, pues, colmada la esperanza de San José en la fría cueva de Belén?

- Y ¿en qué circunstancia de la vida del Santo no resplandece esta brillante virtud? Cuando el ángel le mandó partir á Egipto para poner en salvo sus dos preciosas joyas, tan confiado estuvo en Dios, que no se cuidó de preguntar ni quién les serviría de guía en tan largo viaje, ni quién les suministraría en país idólatra medios para ganar la subsistencia, ni siquiera cuánto tiempo había de durar su destierro. Bastábale saber que así lo quería Dios, y con entera confianza de que Dios sería su virtud y auxilio, tomó el camino de extranjero suelo para cumplir allí el divino beneplácito. ¡O santísima esperanza, virtud de las almas grandes, qué consuelos derramas en el atribulado corazón! Con tu fuerza todo lo pueden los justos; ni el martirio los amedrenta, ni hay dificultad que á tu impulso no se allane.

Fiado en su poder exclamó San Pablo: *Omnia possum in eo, qui me confortat.*—*Todo lo puedo en aquel que me fortalece.* Phil. iv, 13. Admirado San Bernardo de esta divina virtud, decía: «Nada honra tanto á la divina Providencia como hacer omnipotentes á los que confían en Dios.» Por lo mismo aplicaba San Lorenzo Justiniano á la esperanza lo que del Espíritu Santo canta la Iglesia, escribiendo que «los justos tienen en ella descanso en la fatiga, templanza en el calor, y en el llanto consuelo.—*Ipsa est in labore requies,*

*in æstu temperies, in fletu solatium.* » ¿No eran estos los frutos que cosechaba San José de su heroica esperanza?

A buen seguro que no esperaba el Santo Patriarca ventajas terrenas, ni bienes caducos, persuadido de que todos ellos, por grandes que sean, no son sino vanidad de vanidades y aflicción de espíritu; mas lo que deseaba, esperaba y pedía con vivas instancias eran las virtudes sólidas y tesoros eternos, que nunca se pierden, ni se llenan de herrumbre. Lo que esperaba y pedía en su mocedad era primero, que viniera cuanto antes al mundo el Deseado de los collados eternos, y después de la tan anhelada venida, que, cumplido el vaticinio de Simeón, se estableciera sobre todos los corazones el reinado de Jesús y se extendiera á todos los confines del orbe. Así lo esperaba y se lo prometía en las prosperidades y en la adversidad; así lo esperaba en los tres días que lloró perdido al Imán de sus amores; y así se lo prometía, sin linaje de dudas ni vacilaciones, aun al salir de este miserable destierro. ¡Oh! ¡Cuántas veces hablaría con su Hijo queridísimo de estas dulces esperanzas, y merecería oír de los divinos labios los triunfos de la santa Fe, y el brillante porvenir de la Iglesia, las guerras y combates, y las gloriosas victorias de sus discípulos!

— Mas hora es de que entremos un poquito dentro de nosotros mismos. Alentados con esta misma esperanza, ¿no nos animaremos á la lucha contra los capitales enemigos del alma? Confiados en las promesas del Altísimo, vacilaremos en arrostrar todas las dificultades que se opongan á nuestras empresas de la divina gloria? No cejemos un punto en la demanda; prosigamos con firmeza en la senda comenzada, que con Dios todo lo podemos. Acudamos con reiteradas instancias y súplicas incesantes al Patrono de la Iglesia uniyer-

sal, para que confunda á los enemigos del Papado, que son enemigos de Jesús, y venga cuanto antes el suspirado triunfo del catolicismo. Es verdad que la palabra de Dios está empeñada y no puede dejar de venir el reinado social de Jesucristo; pero la oración puede abreviar el tiempo de prueba y acelerar la hora tan deseada, y este ha de ser el objeto de nuestras súplicas constantes, como lo fué de las de San José. Amen.

## EJEMPLO

*Esperanzas cumplidas*

Nadie ignora que los institutos religiosos fueron siempre el blanco de los odios á iras revolucionarias, y por ende objeto de arbitrarios y duros atropellos donde quiera que la revolución levantó sus negros pabellones. No es Italia la nación que menos ha tenido que sufrir de parte de los esclavos de tan subversivas ideas ó monstruos de Satanás. Por efecto del espíritu de robo y destrucción que señorea entre ellos, durante el año 1855 un convento de aquel país se hallaba en lamentables apuros. La caja de la Hermana procuradora estaba casi del todo vacía, sin que á la vista de la cuitada se le presentase ni un rinconcito á donde volverse para llenarla; y lo peor del caso es que adeudaba dos mil pesetas, y se venía encima el plazo en que se debían pagar. ¿Qué podían hacer para salir de tan angustiosos aprietos?

No divisaron otro recurso sino acudir con suplicante confianza al Tesorero de la Sagrada Familia, al Padre nutricio del Salvador, para que las socorriera en necesidad tan apremiante. Nueve días faltaban apenas para que se cumpliera el temido plazo del pago; por lo

cual resolvieron aprovecharlos, haciendo al Santo una fervorosa novena para moverlo á compasión y misericordia, á fin de que no experimentasen el bochorno de que se hiciera el embargo de los muebles del convento. Cualquiera puede figurarse la devoción y confianza con que las buenas religiosas imploraban el favor del Santo Patriarca. Y como el acreedor se presentase al convento el último día de la novena para cobrar la cantidad, la procuradora, que ignoraba todavía de dónde habían de salir los dineros para su pago, le suplicó que tuviera la bondad de volver por la tarde á la hora misma en que finalizaba la novena.

No desoyó San José sus humildes ruegos, ni dejó de premiar tanta confianza. Un desconocido se presentó antes de dicha hora en la portería del convento, y habiendo llamado á la Hermana procuradora, le entregó la suma cabal, que dentro de algunos minutos debía pagar al acreedor. Con este beneficio tan providencial y señalado creció la devoción y confianza de aquella comunidad en el Santo Patriarca, al cual siempre encontraron propicio en todas sus tribulaciones. Así lo refiere el Padre Huguet en las grandezas de San José.





## CAPÍTULO V

### CARIDAD DE SAN JOSÉ

*Qui manet in charitate, in Deo manet et Deus in eo*  
Jo. IV, 16.



Es cosa de todos sabida que el primero y principal de los preceptos divinos es amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo por amor de Dios. El amor ó caridad, que aquí se ordena, es amor de benevolencia ó de amistad; no de concupiscencia, que mejor mereciera el dictado de amor propio que el nombre de amor ajeno ó del prójimo, pues principalmente mira á la propia utilidad. Pero ocurre preguntar: ¿es posible el amor de amistad para con Dios, habiendo entre Dios y la criatura una distancia inmensa? No hay duda que la verdadera amistad supone cierta igualdad, de que carece el hombre por su nativa miseria: pero aquí es donde brilla la bondad infinita del Criador, por la cual se dignó levantarnos al orden de la gracia, para que levantados por ella á la participación de su divina naturaleza, le pudiéramos amar como á verdadero Amigo. Lo que nos negó, pues, naturaleza nos concedió la incomprendible generosidad de Dios.

Varios son los afectos con que ejercitamos la cari-

dad, conviene á saber (Santo Thom. q. 27, a. 2): la *complacencia*, con que el amante se goza en los bienes y perfecciones del amado, y la *benevolencia*, con que el amante desea y procura al amado los bienes de que éste carece. Esta benevolencia propiamente dicha tampoco puede practicarse respecto á Dios, pues como decía David: *Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges*;—infinito en todo linaje de bienes, no necesita Dios, ni puede necesitar bienes de nadie. Solo respecto á su gloria exterior podemos en cierto modo manifestar nuestra benevolencia, procurando difundir el conocimiento y amor de su divina bondad. Y en efecto, esta gloria exterior exige el Señor de sus criaturas; y el verdadero amante de Dios debe probar el amor que le profesa, promoviendo con todas sus fuerzas el amor y alabanza de las divinas grandezas.

No sucede así con el amor del prójimo á este podemos y debemos amarlo con afecto de complacencia y de benevolencia, dispensándole los bienes temporales y espirituales que necesita para la consecución del fin para que fué criado. Cuánto sobresalió San José en el ejercicio de la caridad para con Dios y para con el prójimo es imposible con humanas palabras explicarlo; pues habiendo sido escogido para Padre virginal y Ayo de la misma caridad Cristo Jesús, no podía menos de participar de su divina influencia, como tan próximo y allegado á la fuente inagotable de tan celestial virtud. Dejando, pues, todo preliminar sobre la naturaleza y cualidades de perla tan preciosa, como de todos conocida, veamos para nuestra enseñanza y edificación cómo la aquilató nuestro Santo, y animémonos á seguir sus huellas en materia de tanta trascendencia.

## I

## CARIDAD DE SAN JOSÉ PARA CON DIOS

Dice San Bernardo que la medida con que hemos de amar á Dios, es amarle sin medida; porque, no teniendo medida su infinita bondad, nunca será suficientemente amado como se merece, por grande, intensa, y activa que sea nuestra caridad para con él, ni aunque por él nos derritiéramos de amor purísimo. Con todo, ¿quién podrá medir el amor que á Jesús, Dios y hombre verdadero, profesó nuestro Patriarca? Si consideramos tanto su amor natural como el adquirido, y mayormente el sobrenatural é infuso, no hallaremos expresiones con que dignamente encarecerlo. Mas no se crea que al hablar del amor natural de San José, lo tomemos separado de la divina gracia, antes bien, superando en el objeto de los amores de José lo divino á lo terreno, queremos se dé por supuesto que siendo la gracia más fuerte que la naturaleza, ella era la que junto con el amor divino gobernaba y dirigía el amor natural del Santo bendito.

Y ¿quién podrá rastrear siquiera los abrasados incentivos que este hallaba en corazón tan bien dispuesto como el del Ayo de Jesús? Queda ya indicado y no se puede dudar que el Eterno, al predestinarlo para cargo tan distinguido y superior á toda grandeza criada, le había comunicado un corazón de Padre, digno del Hijo que le confiaba. Y si este cariño natural toma tanto mayor incremento é intensidad cuanto mejor se ajustan los hijos á las nobles aspiraciones de los padres y más se desviven por su consuelo, ¿cuánto se acrecentaría en el amoroso pecho de San José, que nunca halló en las condiciones y conducta del divino



Infante sino motivos de satisfacción y de complacencia, que superaban con mucho á todo cuanto podía desear y esperar de su filial correspondencia? Dicen que la semejanza engendra amor, y este era un nuevo cebo en que se inflamaba San José: porque habiendo sido el más parecido, después de María, en compleción y costumbres á Jesús, sumario y dechado de toda perfección, debía de amarlo con tanto mayor fuerza cuanto con más estrecho lazo conspiraban á lo mismo la naturaleza y la gracia con que el Señor le favorecía.

Encienden más y más el amor paterno así las buenas inclinaciones y excelentes cualidades de los hijos, como las brillantes prendas de sabiduría, hermosura y santidad que los adornan. Al contemplar San José á Jesucristo, no ya irrepreensible, que esto, aunque laudable, sería poco digno de su grandeza, sino, además de perfecto y edificantisimo en todo género de virtudes, adornado también con divinos rayos de todas las perfecciones, como que era la fuente de toda justicia, saber y belleza, ¿podría con tales incentivos poner lindes á las llamas de su abrasado pecho? ¿No era esto más que suficiente para derretirle en este fuego sagrado? Añádanse á esto la ternura y la vehemencia del amor que producía la unión admirable del amor natural y del amor divino, que se juntaban en su corazón, viendo con los ojos del cuerpo al mismo á quien contemplaba con los ojos del alma, y apretando tan familiarmente entre sus brazos como á Hijo al que con los afectos interiores adoraba como á Dios; admirando en aquel cuerpo deificado clarísimos destellos, vivos resplandores de la hermosura, grandeza, sabiduría y bondad infinita del supremo Hacedor; considerando, en fin, como absorto y embebecido las perfecciones de entrambas naturalezas, con tanta mayor

atención y diligencia cuanto mayores eran las prendas de amor que brillaban en sus obras.

¿Qué sentiría su alma cuando penetrara con tanta claridad que aquel Señor á quien tenía delante, ya envuelto con fajas como niño, ya sudando en el taller como pobre oficial, era de tan incomprensible y tan inmensa majestad, que la inconmensurable anchura de los cielos era para él angosta, que al imperio de su palabra omnipotente se habían fabricado todos los orbes y seres del universo? ¿Qué sentiría su alma cuando, pesando la grandeza ilimitada del Redentor, ponderase la benignidad con que le había distinguido, escogiéndole entre todos los mortales para su Padre virginal, compañero inseparable y fidelísimo secretario de sus más inexcrutables misterios? Aquí la lengua enmudece, confesándose vencida é incapaz de publicar el amor purísimo y ardentísimo en que se consumía el corazón del Santo Patriarca.

Si para cualquiera alma bien dispuesta fuera hoguera de amorosas llamas gozar con ojos corporales siquiera una hora de la vista de Cristo, ó de un ángel en figura suya, con aquella hermosura y agrado con que trataba á sus amigos animados de viva fe, ¿qué fuego no prendería en el pecho de su amante Padre disfrutar de esta ventura por gran parte de la vida, conversando por tantos años tan íntimamente con él, comunicándole tan llana y dulcemente sus afectos y secretos, sirviéndole con no menos humildad que complacencia, y viéndose de Jesús tan humildemente y tan cariñosamente servido? Poned los ojos en la dignación y amores del Salvador, recostado en los brazos de aquel á quien llama su Padre, regalándose con él tan familiar y amorosamente; y luego penetrad con la consideración en el corazón agradecido del Patriarca incomparable, y hallareis en él encendida una fragua

de amor, acrecentado como con ascuas vivas de aquellos dulces besos y estrechos abrazos que del niño Jesús recibía San José, y de los retornos generosos con que San José pagaba estos divinos favores. ¿Pueden concebirse mayores finezas de amor y más amorosa correspondencia?

Y ¿qué diremos, si á estos como naturales estímulos de amor juntamos los carismas sobrenaturales, las gracias extraordinarias, las luces superiores con que el Señor cebaba esta llama divina? «Calle, dice Isídoro de la Isla, calle la lengua, que pretenda hablar dignamente del amor de San José para con Dios; y fijese la mente en las costumbres y vida del Santo, porque fué el divino José ángel por su vida, arcángel por su oficio, príncipe por sus victorias, potestad por sus operaciones sobrenaturales, virtud por su perfección deiforme, trono en cuyos brazos sentóse el Altísimo, dominación por su gobierno soberano, querubín por el conocimiento de los divinos secretos, serafín por su extremado amor de Dios.»

Y si según la medida de la gracia es el peso de la caridad que el Señor infunde en el alma, ¿á dónde llegaría el fuego de la caridad de San José, favorecido por el Eterno con tales quilates de gracia cuales no concedió jamás á ninguno de los demás Santos ni ángeles del cielo, salva siempre su queridísima Esposa? ¡Cuán engolfada quedaría su alma con amoroso reconocimiento en este inmenso mar de divinos beneficios! Y esta gracia y caridad crecían en él en todos los instantes, porque cuando dormía su corazón velaba, y no pasó ni un momento en que no correspondiera con toda su alma á las finezas del amor divino. ¿Quién podrá, pues, alcanzar hasta dónde llegarían las llamas de su incomprensible caridad? Si un riachuelo, por pequeño que sea en su origen, después que en su

trayecto le rindieron el tributo de sus aguas numerosos y crecidos raudales, semeja un anchoroso mar, ¿cuál sería el volcán de amor que abrasaría el corazón del Santo Patriarca, si se atiende que se acrecentaba continuamente su intensidad por actos no interrumpidos de virtud, por frecuentes visitas del cielo, y por increíble abundancia de sobrenaturales dones, á los cuales añadía nuevo cebo su fervor siempre creciente?

Allégase á todo esto la pureza de intención del Santo, por la cual jamás se buscó á si mismo, ni á otra cosa humana ni terrena en todos sus pensamientos, palabras y obras, sino á solo Dios y á su mayor gloria; por donde con mayor propiedad que el Salmista pudo exclamar: *Señor ¿qué cosa hay para mí en el cielo fuera de tí, ó que otra cosa busqué sobre la tierra?* Ps. LXXII. Y mejor que San Agustín diría nuestro Patriarca: «Mi alma de tí solo es devota, de tu amor está suspensa, por tí solo suspira, tras tí solo anhela, en tí solo considera, ninguna cosa halla dulce fuera de tí, ninguna suave sino hablar de tí, oír de tí, y revolver frecuentemente en su interior tu honor y tu memoria.» Y con mayor ponderación que San Pablo podía asegurar: *Cierto soy que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente ni lo venidero, ni lo alto ni lo profundo, ni otra criatura me podrá apartar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús.* Rom. VIII, 38.

El amor de Dios era el único inspirador de sus acciones, el único móvil de su corazón, el único anhelo de su alma. Si hablaba, si comía, si trabajaba, si oraba, si leía, era solo por amor de Dios, y para acrecentar este amor. En medio de sus tareas todo embebido estaba en Dios, y cuando el sudor bañaba su frente y sus miembros fatigados pedían descanso, no pensaba sino en Dios; y solo el recuerdo de que trabajaba por Dios le comunicaba bríos y fuerzas, hallando en el divino amor su verdadero reposo.

¡Cuántas veces inflamado de este fuégó divino exclamaba: «Señor, todo, todo sea por vuestro amor! ¡Muera yo, Señor, de amor en el cumplimiento de vuestra santísima voluntad!» ¡Oh! Si tales eran los incendios de amor divino durante su mortal carrera ¿qué volcán de amor sería su alma al término de su vida? Nada tiene de extraño que con tanta aseveración asegure San Francisco de Sales que la vehemencia del amor quitó la vida á nuestro Santo.

## II

## AMOR DE SAN JOSÉ PARA CON EL PRÓJIMO

Dice San Agustín que una misma es la caridad con que amamos á Dios, y aquella con que amamos al prójimo: una y otra son como dos ramas, que salen de un mismo tronco y de una misma raíz; pues al prójimo lo amamos por Dios, y amarlo por otro motivo no es caridad, sino á lo más moneda falsa de la caridad. Por esto dice San Juan, I ep. iv, 12: «Si nos amamos unos á otros por amor de Dios, Dios habita en nosotros, y su caridad es en nosotros consumada:» y al fin del mismo capítulo concluye diciendo: «si alguno dice yo amo á Dios, al paso que aborrece á su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama á su hermano á quien ve, ¿cómo podrá amar á Dios á quien no ve? Y sobre todo, tenemos este mandamiento de Dios, por el cual el que ama de verdad á Dios, debe amar también á su prójimo.» De la cual doctrina se colige y desprende que aquel que tiene á Dios suma caridad tiene igualmente sumo amor al prójimo; por cuanto si ama al prójimo por amor de Dios, tanto más amará al prójimo cuanto amare más á Dios.

Ya, pues, que el amor de Dios de que estaba inflamado el corazón de San José fué siempre tan subido y acendrado, acendrado y subido sería también su amor al prójimo. Aseguran sus devotos panegiristas que ya desde jovencito era tal la compasión que sentía por las miserias corporales y espirituales de sus hermanos, que no podía ver lástimas que no remediase á medida de sus facultades. Y si tanto madrugó el Señor para inundarlo de su gracia, santificándolo como muchos piensan, en el seno de su madre, no fué por cierto para que la dejara en el ocio, sino para que sin pérdida de tiempo la negociase, abrasado en el fuego de la caridad. En tanto que vivieron sus padres tuvo que contener en su interior sus ardientes ansias de caridad superiores á sus obras, y sujetarlas á la norma de la obediencia; mas tan pronto como pudo romper la valla que las represaba, dando rienda suelta á las inspiraciones del amor, repartió cuanto le fué posible entre los pobres, á quienes con toda razón reconocía por representantes del Banquero celestial en este mundo. Y si desde sus primeros años no distribuyó su herencia entre los menesterosos, fué porque la ley antigua ponía su veto á semejantes enajenaciones: pero, aunque conservara el dominio de su corto pegujal, es lo cierto que repartió siempre con la mayor liberalidad y compasión no menos los frutos de sus bienes que lo sobrante de su jornal, ó sueldo de su trabajo, á que se entregaba con ejemplar desvelo.

Era cosa prodigiosa ver á un joven de tan pocos haberes remediar caritativo á tantos infelices, y en tan cortos años ser ya padre amante de los indigentes. Bien se puede predicar de San José lo que de sí mismo dijo el paciente Job: «Desde la infancia creció conmigo la misericordia, que conmigo saqué del vientre de mi madre... Nunca negué á los pobrecitos cuanto me pe-

dían, ni burlé jamás la esperanza de la viuda. Nunca comí solo mi bocado, sino que conmigo comió también el huérfano; ni abandoné jamás al que iba á perecer de frío por falta de ropa; antes cubrí al pobre desnudo.» ¿Cómo no los había de socorrer el bondadoso Patriarca, sabiendo como sabía tan perfectamente que los pobres fueron siempre los queriditos de Dios? ¡Ah! Si lo pensarán bien los ricos y adinerados, y meditarán en las grandes promesas hechas á los limosneros, ¿tendrían tanto miedo de venir á pobreza por su generosidad con los menesterosos? Y lo peor es que muchos que predicán caridad, no la enseñan con el ejemplo, prefiriendo ajustarse á las máximas del mundo codicioso, con menosprecio de las divinas enseñanzas; y que los que debieran promoverla con exhortaciones atajen sus progresos, y pongan estorbo en los que acatan su influencia de ellos: como si á corazones caritativos pudiese faltarles lo necesario para esta vida miserable. Si tienen corazón grande y confiado en Dios nunca se verán sin algo que repartir; porque tiene la caridad invenciones peregrinas, y á veces y aun muchas veces milagrosas. Pruébanlo con toda evidencia las historias de los santos. Todo lo tiene por suyo la caridad, y sus héroes han dispuesto del poder de lo alto, cuando el brazo de la naturaleza se había rendido impotente. ¿Qué proezas y heroicidades no obraría con ella y por ella nuestro Santo?

Si empezó tan temprano su carrera, ¿qué no haría después que el Espíritu Santo le confió su immaculada Esposa? Tiénese por cierto que tan presto como el Señor los juntó con lazo indisoluble, de mutuo consentimiento repartieron sus bienes entre los pobres, sin reservarse otra finca sino la casita de Nazareth, resueltos á atender con el trabajo á su manutención y al socorro de los miserables. No rezan las historias si José

y María multiplicaron con milagros lo poco que llegaba á sus manos para obras de caridad; pero si que nos refieren, como sabidos por tradición, varios arranques de su generosidad.

Opina el Padre Fray José de Jesús que á la manera que Abrahán agasajó á los tres peregrinos con espléndido convite, y el Padre del hijo pródigo celebró con rica comida y música el retorno del hijo perdido, así el glorioso Patriarca, deseoso de solemnizar con gran fiesta el nacimiento de Jesús, mató como aquellos una buena ternera, que había traído á Belén, á fin de repartir sus carnes entre los pobres en celebración de tan grato acontecimiento. Aseguran otros que por más que veían á Jesús recién nacido en tanto desabrigo y pobreza, con todo, dieron José y María pronto destino en manos de los indigentes al oro recibido de los Magos; de suerte que de allí á poco, al presentar en el templo al divino Infante, no tuvieron caudal para comprar otra ofrenda, sino un par de tórtolas y dos pichones, que era ofrenda de pobres. Así empleó San José lo restante de su vida, trabajando solícito para alimentar y vestir á Jesús y á María, y socorrer con limosnas á los necesitados.

Y si este espíritu de caridad bebió el Santo en la misma fuente del Corazón divino respecto á las miserias corporales, ¿qué sentiría su alma por las espirituales, que son las verdaderas y dignas de toda compasión? Desde que la luz de la fe iluminó su alma, instruido perfectamente sobre la necesidad del advenimiento del Mesías para la redención del género humano, no cesaba de unir sus ardientes votos y suplicantes voces á los de los Patriarcas, que suspiraban fervorosos por la pronta llegada del divino Libertador: *Rorate cæli desuper, et nubes pluant justum*: Isa. XLV, 8. Y si estas eran sus ansias, esté su abrasa-



do celo por la salvación del mundo antes de la venida del Redentor, acelerando tal vez con sus plegarias el día venturoso, ¿qué fuego inflamaría su corazón después de haber visto con sus ojos las profundas humillaciones á que se sujetaba el Omnipotente para remedio del humano linaje?

¡Qué pensamientos tan altos, qué deseos tan vivos no engendrarían en aquella alma generosa los ejemplos admirables de Jesús! ¡Qué divino entusiasmo arrebataría su espíritu al dar una mirada sobre el universo y contemplar la grandísima perdición en que estaba lamentablemente sumido! Y en reconociendo que todo el remedio de tamaños males lo tenía en su propia casa, ¿no se consumiría en inflamado celo de que se llegasen ya el tiempo y hora de aplicarlo al mundo? Y entre tanto ¡cómo aprovecharía las ocasiones de levantar al caído, de corregir al que iba errado, de enseñar al ignorante y de alentar á todos al divino servicio! Instruido en la escuela de Jesús, ¿no aventajaría en ansias de la salvación del mundo á un San Pablo, que deseaba ser anatema por el bien espiritual de sus hermanos? San Juan Crisostomo aseguraba que sacrificaría con alegría sin igual sus dos ojos por ganar almas para Dios: San Buenaventura declaró que consentiría gustoso en morir tantas veces como pecadores hay en el mundo, á fin de salvarlos á todos: San Ignacio de Loyola publicaba que daría por bien empleados todos los trabajos de su vida porque dejara de cometerse un solo pecado. ¿No se derretiría San José en estas afanosas ansias del provecho de las almas con los ejemplos del celestial Maestro?

Oh ¡con qué amor y solicitud cuidaría al divino Infante, sabiendo tan claramente que había venido á la tierra para salvarnos á todos, enseñarnos el camino de la verdad, y apartar del error á todos los que yacían

en sus sombras! Y aun en todas las circunstancias en que por modos extraordinarios se manifestó el Señor á los hombres con algunos rayos de divina luz, como en Belén, en el templo y en Egipto, ¿quién podrá persuadirse que fuera nuestro Santo Patriarca mero espectador de tales sucesos? Anhelando él con tanto afán la gloria de Jesucristo, penetrando con tanta claridad aquellos altísimos misterios, ¿es posible que no se adelantara al Divino Maestro, dándole á conocer á los hombres por único remedio de eterna vida? ¡Con qué caridad explicaría á los Pastores, á los Magos, á los egipcios, y á todos aquellos con quién trataba familiarmente las grandezas inefables y divinas de su amado Jesús! Así ejercitaba sin duda su caridad en las necesidades espirituales de sus prójimos. Y cuando otra cosa no podía, por no haber llegado la plenitud de los tiempos señalada en los eternos consejos, entonces levantaba sus manos suplicantes al cielo, clamando pronto alivio para males tan grandes y aflictivos.

Una de las pruebas más finas de caridad espiritual y temporal es perdonar al enemigo, hacer bien á los que nos aborrecen y rogar por los que nos persiguen. San Juan Crisóstomo dice que nada nos asemeja tanto á Dios como esta caridad heroica. Diónos de ella San José brillantísimo ejemplo en la huida á Egipto. Para un corazón tan amante de Jesús como el de nuestro Santo no podía haber mayor enemigo que aquel que atentara contra la vida de su prenda adorada. Y ¿quién se vió jamás perseguido con mayor odio, injusticia y encarnizamiento que Jesucristo por el cruel y sanguinario Herodes? Y el santo Patriarca, solícito Custodio de la divina Perla, sálvala huyendo de noche al destierro, sin dejar penetrar en su alma el más leve soplo de venganza, antes ruega ferviente

al Señor que ilumine en su densa ceguedad al desampoderado enemigo. ¡Oh! Si el infeliz tirano hubiese aprovechado las gracias que con sus ruegos le consiguió el caritativo San José, ¡con qué dolor hubiera llorado su crimen horrendo!

¡Dichosos nosotros, si nos esforzamos en copiar tan perfecto dechado de caridad! A su imitación hemos de trabajar en bien de nuestros hermanos, asistiéndoles según nuestras fuerzas en todas sus necesidades. ¿Veríamos tantas lástimas, miserias y desamparo, si todos cumpliéramos con los dulces deberes de la caridad? ¿Habría indigencia que no se viera cumplidamente socorrida, lágrimas que no se enjugaran, si los acaudalados se considerasen, no como dueños absolutos, sino como simples administradores de los bienes que les concedió el Criador? ¡San José glorioso los ilustre á todos con un rayo de su edificante caridad y nos conceda á todos entrañas de compasión para consuelo de los pobres de Jesucristo! Amen.

#### EJEMPLO

##### *Un limosnero como Dios manda*

Después de algunos años de una vida nada edificante, acosada por los remordimientos de conciencia, que no le daban tregua, cierta señora se había reconciliado con Dios, y roto los lazos criminales que la tenían esclavizada. Convertida sinceramente al Señor vivía del trabajo de sus manos, con sus hijas menores de edad, y por medio de una vida ejemplarmente cristiana reparaba sus pasados extravíos. Mas la pobrecita, á causa de su salud delicada y de la escasez de labor, y de sus crecientes apuros, hubo de contraer algunas deudas, llegando un momento horrible, en que, mo-

lestada por los acreedores, falta de recursos, se encontró en un atolladero sin salida. Los satélites del infierno, que como fieras atisbaban su presa, aprovecharon coyuntura tan propicia para reconquistar aquella alma afligida, y presentando á su firma un documento infame, se le hizo la diabólica oferta de asegurar su bienestar, librándole al punto una suma crecida.

¡Qué terrible combate para aquel pobre corazón!... Diósele tiempo para responder, é iba á espirar el plazo para la contestación. Tocaba también á su término la novena hecha á San José por consejo de una persona no menos piadosa que ilustrada, á quien había comunicado sus apuros y perplejidades; y todos los corazones habían permanecido insensibles, todas las bolsas cerradas á su gran infortunio, á pesar de haber agotado la conmovedora elocuencia de la desgracia. «¡Ah! Castísimo Esposo de María, esclama la cuitada; ¿y permitiréis que mi pobre alma caiga de nuevo en las garras de Satanás? ¡No: Santo mío, no! ¡Esto no puede ser! ¡Valedme!»

Eran las diez de la mañana, y el escrito debía firmarse á las dos de la tarde. La menor de sus hijas, consternada por el llanto de madre, lloraba también, y serenándose un tanto, «mamá, le dijo, no llore V., que San José nos ayudará. Mire, si escribiera V. á mi padrino, que me regaló aquella muñeca tan linda, ¡es tan rico y tan bueno! quizá nos consolaría, prestándole á V. el dinero que necesita. Y en caso de que se lo envíe ¿no es verdad, mamá, que me comprará un escapulario?»

A pesar de abrigar el temor y casi convicción de que no habian de ser menos infructuosas sus diligencias, quiso, con todo, escuchar el consejo sugerido por la inocencia, y sin demora se fué á exponer tímida-

mente y con desconfianza su desgarradora situación al padrino de la niña. Este, después de un momento de reflexión, pone en manos de la acongojada madre la cantidad de dos mil reales, y al entregárselos le dice: *Esto no es un préstamo, es una limosna ó regalo.* Cualquiera de los lectores adivinará fácilmente los trasportes de alegría y los sentimientos de gratitud de aquella pobre señora. Corre sin detenerse á los piés de San José: viste con sus hijas el santo escapulario; y al besarlo la niña dijo á su madre: Mire, mamá, lo que hay escrito en este; *Hija mía, no olvides tus buenos propósitos.—No, hija mía, no:* respondió la mujer agradecida, *nunca dejaremos de cumplirlos fielmente.* He aquí los dulces consuelos que produce la caridad.





## CAPÍTULO VI

### PUREZA VIRGINAL DE SAN JOSÉ

*Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videntur*

Matt. v, 8.

**L**UNA de las ocho bienaventuranzas que nos predicó Jesucristo, fué la pureza de corazón. «Ser puro de corazón, dice San Agustín, de serm. dom. l. 1, n. 6, es tener el corazón sencillo, esto es, sin mezcla que lo mancille; sencillo ó simple como la luz, trasparente como el cristal, claro como el agua que lora la vid, ó gotea del peñasco.» Esta pureza no solo repele la mancha del pecado nefando, sino que también excluye la de toda culpa; porque cualquiera defecto moral nos afea á los ojos de Dios, cualquiera falta empaña el brillo de la gracia. Cuando un espejo es bien bruñido, terso y cristalino, refleja con toda lucidez cualquier objeto que se le ponga delante, sin que se pierda la menor de sus bellezas; mas cualquiera mezcla ó mancha que tenga basta para absorber ó apagar los rayos luminosos que caigan sobre ella, quitando la nitidez y la hermosura del objeto reflejado. Así el alma limpia y pura de toda falta es un terso y clarísimo espejo, en que se reproducen las divinas perfecciones, siendo por la gra-

cia imagen viva y brillante del mismo Dios; pero cualquier pecado, aunque leve, deslustra y amortigua la brillantez celestial del divino retrato.

Y si bien es verdad que toda culpa grave, y algunas de ellas con mayor vehemencia que el pecado nefando, destruye por completo la belleza del alma, quitándole la vida de la gracia; con todo, la culpa carnal es la que más la materializa y embrutece, haciéndola semejante á inmundos animales. Por esto la Iglesia de Dios, maestra infalible de la verdad, guía segura de la perfección cristiana, ha tenido siempre la virtud angelical en altísimo aprecio; la cual debe ser igualmente estimada de quien quiera que desee conservar perfectamente limpio y puro el corazón.

Esto supuesto, ¿quién no confesará que nuestro Santo fué modelo brillante de esta celestial virtud? ¿Quién como él vió y contempló más de cerca á su Dios? Luego fué limpio de corazón. Para que admiremos el lustre y candor de su virginal pureza, examinemos primero la naturaleza de esta flor, y veremos luego con qué claros resplandores la cultivó nuestro santo y esclarecido Patriarca.

#### BRILLO CLARÍSIMO DE LA VIRGINIDAD

Es la castidad una virtud moral y cristiana que templa y reprime los deseos desordenados de la carne. En todos los estados, sea de solteros, sea de casados, ó de viudos se deben guardar las leyes de esta virtud, dado que á todos se dirigia San Pablo, cuando escribía: *La fornicación y toda especie de impureza ni aun se nombra entre vosotros... Porque, tenedlo bien entendido: ningún fornicario ó impúdico... será heredero en el rei-*

*no de Cristo y de Dios.* Ephes. v. 3, 4, 5. Y hablando con los solteros y viudos, enseña que están en el deber de abstenerse de todo placer voluptuoso; y aun exhorta á que perseveren castos toda la vida. *A la verdad,* les dice, *me alegraría que todos fueseis tales como yo mismo,* es á saber, célibes: *mas cada uno tiene de Dios su propio don, quien de una manera quien de otra: pero si que digo á las personas no casadas ó viudas: Bueno es que perseveren como están.*

Y aquí esparce su perfume la flor de esta virtud, que solamente puede brotar entre solteros, ó casados que siempre hubieren vivido en pureza angelical, es decir, la virginidad, la cual consiste en una firme é inquebrantable renunciación de todos los placeres carnales. Distinguen los doctores dos linajes de virginidad: una material, que florece con cierta física integridad, belleza y lozanía, nunca mancillada con ningún deleite voluptuoso; y otra moral, que brota de la firmísima y voluntaria privación de todo goce sensual: aquella se pierde y marchita con cualquiera violación, aunque involuntaria; ésta solo muere con falta culpable. Si la culpa es solo mental, recóbrase con la penitencia la angelical virtud; pero si la culpa es exterior ó corporal, aunque por la penitencia se perdona el pecado, no se repara por ella la virginidad.

Y Por esto, hablando Santo Tomás de la virginidad moralmente entendida, enseña que una doncella puede ser virgen y madre á la vez, como sucedería en una que perdiera inculpablemente la integridad virginal. Por esto Santa Lucía, después de haber confesado que los que viven piadosa y castamente son templo del Espíritu Santo, amenazada por Pascasio el tirano de que la llevaría á un lupanar, donde con la honra perdiera al divino Huésped, contestó impávida: *Si invitam jusseris violari, castitas mihi duplicabitur*

*habiendo al ser invitado el la T*



*ad coronam.*—*Si contra mi voluntad mandares violentarme, mi castidad conseguirá doble corona:* no porque la castidad tenga doble aureola, sino porque á la corona de virgen juntaría la de martir por la injuria violentamente recibida.

Era este grato aroma de la virginidad casi desconocido de los antiguos, puesto que, por más que por algunos pueblos fué la castidad tenida en grandísima estimación, y aun entre los judíos, según se dice, Elías y Eliseo permanecieron vírgenes toda su vida, no obstante, en ninguno, mayormente entre casados, se conoció ligada con voto esta voluntaria, resuelta y perpétua abdicación de todos los placeres sensuales, hasta María y José. Reservada estaba esta gloria para la ley evangélica. Esta nos enseñó que el hombre criado á imágen y semejanza de Dios, tiene un cuerpo, bien que de carne, destinado á ser por la gracia templo del divino Espíritu, á resucitar glorioso y adornado con dones angelicales, y á sentarse en el trono perdido por el ángel prevaricador.

Por esto mismo en su carta primera á los de Corinto, capítulo sexto, después de haber dicho el Apóstol San Pablo que ni los fornicarios, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas... poseerían el reino de Dios, añade: «¿No sabeis, por ventura, que vuestros cuerpos son miembros de Cristo, nuestra cabeza? ¿Y he de abusar yo de los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¡No lo permita Dios!... Huid de la fornicación. Cualquiera otro pecado que cometa el hombre, está fuera del cuerpo; pero el que fornicá contra su cuerpo peca. ¿Acaso no sabeis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros?» Tal es el razonamiento del Apóstol; por el cual nos descubre la nobleza de nuestro cuerpo, muy poco y mal conocida de los antiguos. Tal la gloria de la castidad.

A la castidad parece haber vinculado Jesucristo lo más grande y augusto de nuestra Santa Religión; porque donde más limpia y pura se conserva la Iglesia católica, ó sea en el occidente, no solo determinó y prescribió por medio de sus Vicarios y de sus Concilios que los administradores de los sacramentos, los sacerdotes todos, que debían ofrecer la Hostia pura, santa é inmaculada, se ligasen perpétuamente con la obligación de guardar castidad, sino que también dispuso con providencia soberana que las obras más admirables de caridad se llevaran á cabo por sus queridas esposas, ó vírgenes consagradas á su culto. En vano la irreligión y la masonería han querido sustituir esos ángeles de la caridad, esos maestros y maestras célibes en las escuelas, asilos y hospitales por otros ministros del error y de la lascivia. En todas partes los vergeles, cultivados por vírgenes con tanta belleza como esplendor, se convirtieron después por obra de los laicos en eriazos secos y estériles y pestilentes, sin que todos los esfuerzos del vicio hayan bastado á comunicarles verdor y lozanía. ¡A cuántos pueblos precipitó el vicio abominable á su ruina! Al contrario, ¡á cuántos ganó para Dios la castidad! ¿No prueba esto con la evidencia de los hechos la fecundidad de tan balsámica y angelical virtud?

Nada, pues, tiene de admirable que la Iglesia santa haya lanzado el rayo de anatema contra los que ponen el matrimonio sobre el estado de virginidad: y con razón, porque el matrimonio, aunque grande y santo en Cristo, se acomoda al hombre según su parte inferior en la cual se asemeja á los brutos; y la virginidad le cuadra según la parte superior, en que se parece á los ángeles: el matrimonio tiene su esfera y su término en la tierra; la virginidad tiene su aspiración y asiento en el cielo. Por donde bellamente dice San Bernar-

do: *Nuptiæ terram replent, virginitas paradysum.*--  
*Las bodas pueblan la tierra, la virginidad llena el pa-  
 raíso.*

No fenecen aquí las glorias de esta olorosa flor: es en el cielo la virtud privilegiada, porque los que concluyeron su carrera mortal sin marchitar esta bella azucena, siguen allí al divino Cordero donde quiera que va, y cantan un cantar como nuevo, que no es permitido á los demás ciudadanos de la celestial Jerusalén; ciñen allí gloriosa y peculiar aureola, más candidos que la nieve, más nítidos que la leche, más rubicundos que el marfil antiguo, más bellos que el zafiro. ¿Quién no amará virtud del Altísimo tan querida y privilegiada?

San Casimiro, rey de Polonia, prefirió la muerte antes que permitir se le ajara el brillo de su virginidad. Como los médicos le instasen á que alargara su vida sacrificando su amor de la bella virtud, contestóles resueltamente: *No compro á tanta costa mi vivir; eligo virgo mori*—prefiero morir virgen.

Y con todo, para conservar lozana esta delicada flor, si atendemos á la fuerza con que la combaten los enemigos que nos rodean, necesitase una muerte continuada, y estar siempre con las armas en la mano. La vigilancia, la fuga, la oración son armas poderosas para defenderla. Si no desconfiamos de nosotros mismos, si no acudimos amenudo al amparo de Jesús, María y José, si no confortamos con frecuencia nuestras almas con el pan de los ángeles, no salvaremos la pureza de la virginidad. «La casta virginidad, dice Tertuliano, es siempre tímida, huye de las miradas, pone en su rostro un velo, como fuerte armadura contra los golpes de las tentaciones, los dardos de los escándalos y los tiros de sospechas y habladurías.»

Decía San Gregorio Nacianceno: *Virgo sis oculis,*

*sis ore, atque auribus ipsis.*—Sé virgen con los ojos, con la lengua y con los oídos mismos; porque por la puerta de todos los sentidos entra el enemigo para robarnos este preciosísimo tesoro. Ejemplo nos dieron de ello Jesús y María, primero por la grande estima en que lo tuvieron, y luego por el recato con que lo guardaron, aun sin tener el menor peligro de perderlo. Estima tuvieron y grande de esta virtud, ya que Jesús quiso nacer de madre virgen y permanecer virgen toda su vida, y María hubiera preferido dejar de ser madre de Dios antes que empañar el brillo de su virginidad. Siendo, pues, esta virtud de tanto precio, y habiendo Dios asegurado en ella sus obras más encumbradas; ¿dejaría de adornar con ella á su Padre nutricio? ¡Imposible!

## II

## BRILLANTEZ DE LA VIRGINIDAD EN SAN JOSÉ

Doctores hubo que, deslumbrados por los escritos de algunos Padres, adulterados por los herejes, negaron la perpétua virginidad de San José; mas, por la misericordia de Dios, lo contrario es ya doctrina corriente en nuestros días, y sería escandalosa temeridad defender opinión tan deshonrosa para nuestro Santo. San Agustín en el sermón catorce de Navidad lo da varias veces por seguro y asentado. *Guarda, pues, ó José, le dice, guarda con María, tu esposa, la común virginidad del cuerpo, porque de virginales miembros nace la virtud de los ángeles. Sea María madre de Cristo, por haber conservado la virginidad en su carne; pero seas también tu Padre de Cristo, por el cuidado de la castidad y aplauso de la virginidad.* Y San Beda pu-

blica lo mismo diciendo: *Nosotros, hermanos queridos, debemos saber y confesar, sin temor de cuestión alguna, no solo que la bienaventurada Madre de Dios, sino también que el justísimo San José, testigo y custodio de su castidad, permanecieron enteramente inmutables de todo acto conyugal.*

Pruébese igualmente la misma verdad con el argumento de San Jerónimo y San Agustín, aducido por Santo Tomás y el Padre Toledo: «Si al morir Jesús, encomendó la virgen su Madre á su discípulo virgen, por respeto y atención de su virginidad, como pondera San Epifanio, con mayor razón y motivo debió de confiar el Eterno la Virgen Santísima á un Esposo virgen; porque á San Juan se le concedió como Madre, cuyo título quita toda sospecha de deshonestidad, cuando á San José se la dió por Esposa, cualidad que hubiera podido ofrecer pretexto de dudar, mayormente si se atiende y mira que al desposarse Maria era doncella hermosísima, y al ser encomendada á San Juan era ya matrona gravísima por su avanzada edad.» No cabe, pues, la menor duda en que San José fué perpetuamente virgen, y no como quiera, sino con gran excelencia sobre todos los demás santos que lo fueron; pues, como enseña el Padre Salmerón, fué preservado por el Señor de todo estímulo de concupiscencia, según convenia al que debía ser compañero inseparable de la Reina de las vírgenes.

Por esto escriben los doctores y devotos del Santo que ya mucho antes de sus Desposorios, habiendo conocido por divina inspiración que el Eterno se complacía extremadamente en el aroma de la virginidad, hizo voto de guardarla absoluto é incondicional, voto que después de contraído el matrimonio, sabedor del mismo deseo y propósito de Maria, renovó con ella, haciendo de sí al Señor completa ofrenda; y aun como

dice Alberto Magno, sup. Miss. 38, al concertarse entre ambos las bodas, tuvo cada uno de ellos revelación de que el otro quería permanecer virgen; y por esto consintieron ambos á dos en la cohabitación marital.

Prueba clarísima de la castidad angelical del Santo Patriarca es el alto concepto que de ella tenía María, la cual trataba y conversaba con él con tanta seguridad y paz, como lo hacía con los ángeles y serafines; y aun con mayor si cabe, porque al anunciarle el arcángel Gabriel el misterio de la Encarnación, turbóse la Virgen con su presencia, y no se lee haberse turbado jamás por la compañía de San José, con haber vivido familiarmente con él por espacio de tantos años. ¿No se infiere y desprende de todo esto que San José, fué un ángel, y mucho más que un ángel en carne mortal? Con razón se admiraba y preguntaba San Bernardo: «¿Es posible que fuera solo virgen aquel que con tanta edificación fué continuo compañero y conviviente de su Virgen Esposa? ¿Aquél que la condujo de Nazareth á Egipto y de Egipto á Nazareth, viajando solo con sola por caminos tan largos y solitarios? ¿Quién no ve aquí una virginidad superior á todo humano encarecimiento, una virginidad más que angelical?»

No ignoramos que la virginidad de los ángeles es por naturaleza más excelente que la virginidad humana; pero esto no quita que la humana pueda por la gracia aventajarse á la angelical en la preeminencia y fineza de sus quilates; porque como la gracia sea un resplandor purísimo y fulgentísimo de la divina pureza y hermosura, donde hubiere mayor participación de gracia, allí brillará mayor semejanza con la primera y suma pureza, que es Dios: y así una criatura humana puede por gracia sobresalir en pureza á los án-

geles, aunque les sea inferior en naturaleza. Una comparación nos lo aclarará.

Así como un objeto de suyo tosco y opaco, metido dentro de ciertos líquidos ó gases, adquiere transparencia y claridad más bella que la de otras sustancias transparentes por naturaleza, y á la manera que algunos gases incoloros de suyo, atravesados por una corriente eléctrica, reciben colores más hermosos y vibrantes que otros cuerpos colorados; así también á nuestro propósito, aunque la naturaleza angélica sea de suyo más pura y trasparente que la humana, con todo, embestida esta de lleno por los rayos de la divina gracia, que nos hace participantes de la naturaleza de Dios mismo — *divinæ consortes naturæ*, puédesse aventajar sobremanera á la angelical en nitidez y pureza. De esta suerte San José, más favorecido que los ángeles con esplendores de gracia, fué más semejante que ellos á la luz divina é increada, y brilló muy más que ellos por los quilates de su virginidad.

En cuatro excelencias sobresalió particularmente respecto de su pureza. Fué la primera por la duplicidad de esta virtud, ya que la virginidad de los ángeles es sencilla ó de solo espíritu, y la de San José es doblada, ó de alma y de cuerpo, y en ambas partes eminentísima. La segunda por su nobleza, dado que la virginidad de los ángeles proviene de su misma naturaleza y la de San José tiene por principio la gracia, por lo cual cuanto más noble y excelente es esta que aquella, tanto más resplandeció la virginidad de nuestro Santo que la de aquellos espíritus celestiales. Convencido de esta verdad exclamaba San Bernardo: *Buen Jesús, huélgome más de ser preferido á los ángeles por gracia que de ser ángeles por naturaleza*. La tercera por más fructuosa y meritoria, porque la virginidad de los ángeles se mantiene sin lucha ni victoria, y la de San

José, aunque no tuvo que pelear contra los estímulos de la carne, fué con todo victoriosísima, por haber triunfado de las preocupaciones de su pueblo, y así fué más gloriosa y meritoria.

La cuarta por más loable y calificada; puesto que los ángeles, como puros espíritus son incapaces de gozar deleites corporales, y por tanto son vírgenes por fuerza ó necesidad de su naturaleza, cuando el castísimo Esposo de María guardó toda su vida fresco y lozano el lirio cándido de la pureza no por necesidad, sino por elección y voluntad propia, habiendo renunciado con propósito firme é inviolable todos los placeres del mundo y de la carne para más agradar á Dios y por el amor acendrado que tuvo á esta celestial virtud.

Luego San José por su pureza fué más bien ángel que hombre, y aun más que ángel, pues mereció ser por ella digno Esposo y Guardian de la Reina de los ángeles. Tenía Dios determinado en sus altísimos consejos que Jesús naciera bajo la sombra del virginal enlace de María y de José, porque, según sentencia de San Francisco de Sales, solo de un matrimonio del todo y por todo incomparable por su angelical pureza podría nacer el que por su esencia es purísimo; y eran José y María las dos cándidas y escogidas azucenas, entre las cuales se debía apacentar el Cordero sin mancha, que borra los pecados del mundo.

Por donde, como enseña el Padre Morales, si en el cielo los que ciñen aureola de virgen siguen siempre al Cordero divino cantando como un nuevo cántico, los dos castísimos Consortes José y María por la eminencia de su virginidad cantan un cantar del todo nuevo, juntándose á los mismos el Cordero de Dios con gozo extremado. ¿Hay gloria superior ni igual á la de nuestro Santo, salva la gloria de María?



Y lo que es más admirable y digno de nuestra imitación es que el glorioso Patriarca casto y purísimo como un ángel, prevenido con tantas gracias, que no solo no sintió jamás el fómite de la carne, sino que también de la vista de ajena hermosura sacaba mayor amor á la virginidad, sin embargo, vivió tan recatado y modesto, huyó con tanta diligencia de todos los lugares y tratos en que suele sufrir menoscabo la virtud angelical, como si hubiera sido el hombre más frágil y deleznable de la tierra. A imitación de Job tenía hecho pacto con sus ojos para no pensar en cosa que pudiera empañar su virginal candor, y su compostura era tal, que su vista apagaba el fuego de carnales afectos, despertaba sentimientos de pureza, é infundía en los hombres metidos en el mundo desprecio de terrenales deleites. ¡Oh! Si nos animáramos todos á seguir sus huellas; ¡cuántas caídas se evitarían! ¡cómo florecería en todas partes la virtud angelical! En nuestros inevitables combates acudamos al amparo del castísimo Patriarca: él nos asistirá en la refriega y nos obtendrá victoria. Amen.

## EJEMPLO

*Una digna sobrina de San Juan Berchmans*

En un libro flamenco de principios del siglo xviii se leen algunas noticias biográficas de la sierva de Dios Juana de Roek, hija de un procurador del gran Consejo de Malinas y sobrina de nuestro Santo Juan Berchmans, cuyas virtudes imitaba. Profesó una devoción extraordinaria á San José y era de su culto celosa propagandista, mereciendo del Santo favores especiales. Referiremos aquí la conservación de su virginidad en circunstancias muy críticas, debida á la protección de nuestro Patriarca.

Entre los dones naturales del cielo habia recibido Juana una belleza extremada, prenda á menudo más funesta que codiciada de la juventud vanidosa. Para desgracia de la sierva de Dios sus gracias exteriores no se habian escapado á las miradas apasionadas de un miserable, á quien la cualidad de empleado en la casa de la doncella debiera haber contenido en su deber civil y cristiano. Mas abusando de una confianza, otorgada quizás sobrado ciegameute, se dejó encerrar una noche en el despacho del procurador, con la esperanza de realizar criminales aspiraciones. El día siguiente era día de fiesta, y toda la familia concurrió según costumbre á los divinos oficios, no dejando para guardar la casa sino á la pobre Juana, en la sazón de diez y siete á diez y ocho años de edad. Por desgracia, ó mejor por divina Providencia, que una vez más quería glorificar al Padre virginal de Jesús, apenas los padres de Juana habian salido, y ella, abriendo la puerta del despacho, se disponía á entrar en él, cuando vió lanzarse hacia ella al miserable seductor, á quien todo parecía salir según sus infames designios.

¿Quién podrá describir el asombro, miedo y espanto de la casta doncella? De una sola mirada sondeó el abismo que se abría á sus piés, sin humano socorro que la librase de las garras de aquella fiera. Trastornada, é impotente para la fuga, no pudo sino arrojar este grito de alarma: «¡San José, valedme! ¡Socorredme, virgen Patriarca!» ¡O poder y bondad de San José! En el mismo instante el desdichado, que contaba con éxito seguro, sintió que se le envaraban todos sus miembros, quedando sus piés clavados en el suelo, sus brazos caídos sin movimiento, y su cuerpo todo encadenado por una especie de parálisis repentina. «¡Ah, bruja! exclamó lleno de rabia y despecho, ¿qué pretendes hacer de mí?»

Juana después de unos momentos, vuelta en sí de su primer estupor, ya no pensó sino en el deplorable estado de aquella alma desventurada. Viéndose bajo el manto de San José al abrigo de todo riesgo, supo encontrar en su celo expresiones piadosas y persuasivas para hacer comprender al traidor su crimen horrendo y hacerle volver á su acuerdo cristiano. Por otra parte, segura de la completa conversión del culpable, jamás habló á su padre de la infame alevosía, de que estuvo á punto de ser víctima inocente. Pero espantada de los peligros de que está sembrado el mundo, resolvió acojerse al puerto seguro de la religión, ingresando en el beaterio de su ciudad natal, donde se creía del todo segura. No fué así con todo, y más de una vez vió su virtud expuesta á rudas pruebas; de las cuales, gracias á Dios y á la protección de San José, salió siempre victoriosa.

Entre favores extraordinarios de éxtasis y arrobamientos tuvo la dicha de contemplar al Santo Patriarca, á quien ella llamaba su padre y protector, y amaba cada día con mayor fervor y confianza. Elegida maestra de novicias no solo inspiraba esta dulce devoción á sus jóvenes novicias, sino que procuraba hacer de cada una de ellas otras tantas panegiristas de las Glorias de San José. Murió santamente el 9 de Febrero de 1686 á la edad de 59 años. Antes de su muerte predijo que con el tiempo la Iglesia colocaría la fiesta de San José en el número de las más solemnes del año. Así lo escribió el Padre Vanderspecten de la Compañía de Jesús.





## CAPÍTULO VII

### ORACIÓN DEL PATRIARCA SAN JOSÉ

*Oportet semper orare, et non deficere.*

Luc. XVIII, 1.



DISPUTAN los autores sobre si nuestros primeros padres allá en el paraíso, antes de caer miserablemente en la culpa, tenían necesidad de orar; porque como no sufrían carencia ni miseria ninguna, y todo lo gozaban en abundancia á medida de sus razonables deseos, parece que venturosamente no los comprimía la precisión de pedir ú orar, ya que la Providencia cuidaba solícita de su bienestar y regalo, sin que les faltase cosa alguna. No obstante, si por oración se entiende la manifestación de nuestra omnimoda dependencia del gobierno y poder del Criador, y aun si tomamos la oración por un trato íntimo de la criatura racional con el Criador, ya contemplando las divinas perfecciones, ya suplicando mayor virtud y gracia para crecer en santidad, no hay duda que nuestros progenitores vivían en la obligación de orar, y que este era uno de los deberes principales de los moradores del Edén, si querían cumplir con el fin para el cual habían sido criados.

Pero aun suponiendo que tranquilamente descan-

sando en los brazos de la Providencia, no sentían otra necesidad sino la de alabar y bendecir al Todopoderoso en agradecimiento de sus incomparables beneficios, no es esto bastante para nosotros desterrados hijos de Eva, condenados á gemir y llorar en este valle de lágrimas, rodeados de mil necesidades y peligros, acosados por enemigos poderosos, que por divina permisión pretenden robarnos el tesoro de la gracia. Nosotros, pues, estamos en la dulcísima necesidad de orar, como, á vueltas de nuestras miserias, nos lo enseñaron con su ejemplo los santos, sin excepción de aquellos que, por las extraordinarias gracias y celestiales favores de que habían sido enriquecidos, podían contar con una providencia de Dios tan señalada como la del estado de inocencia y justicia original. Así nos lo probará la conducta de nuestro glorioso Santo, después de haber examinado nosotros cuán necesario nos sea á todos orar con fervor y perseverancia.

## I

## NECESIDAD DE LA ORACIÓN

Orar, dice el catecismo, no es otra cosa sino levantar el corazón á Dios y pedirle mercedes. Y ¿quién hay que en todas las circunstancias de su vida no necesite de los auxilios de Dios para servirle cual conviene? Es dogma de fe que sin la divina gracia no podemos ni siquiera invocar el nombre dulcísimo de Jesús de una manera meritoria de vida eterna. Es esto tan cierto é indubitable, que la Iglesia, maestra infalible de verdad, por el Concilio de Trento lanzó rayo de anatema al que osadamente pretendiera enseñar lo contrario. Y ¿á quién concede el Señor sus favores y auxilios abundantes, sino á los que se lo ruegan humildemente? El

nos dice: *Petite et accipietis; pulsate et aperietur vobis; querite et invenietis.*—*Pedid y recibireis; llamad y se os abrirá; buscad y encontrareis.* Matt. VII, 7, 8. Son ordenanzas de Jesús que debemos observar, si queremos alcanzar los divinos favores.

¡Oh! ¿Qué sería de nosotros sin este auxilio, atacados por enemigos astutos y poderosos, agitados por tentaciones intestinas, que nos provocan al mal? ¿A dónde iríamos á parar debilitados por la culpa, con el entendimiento cegado por la pasión y la voluntad seducida con engañosos halagos? ¡Ay, que sin las divinas luces y paternales socorros pereceríamos miserablemente sin remedio! ¿Cómo, pues, nos será dado llegar á puerto de paz, navegando por este mar proceloso de la vida? No tenemos otro remedio sino la oración. A esto nos exhorta Santiago, diciéndonos: «Si alguno necesita de sabiduría, que la pida al Señor, el cual á todos la da en abundancia.» Y dado que á todas horas y en todas partes y en todas las circunstancias nos persiguen nuestros adversarios, y en todas las circunstancias y en todas partes y á todas horas llevamos con nosotros mismos nuestra indigencia, flaqueza y perversas inclinaciones, á todas horas y en todas partes y en todas las circunstancias debemos orar con humildad é insistencia infatigable.

Por esto predicaba el divino Maestro: *Oportet semper orare et non deficere.*—*Convience orar siempre sin desfallecer.* Y su Apóstol clamaba: *Sine intermissione orate.*—*Orad sin intermisión.* 1.<sup>a</sup> Tess. v, 17. ¿Qué quiere decir orad sin intermisión, sino orad siempre y en todas las circunstancias? Pero no se crea que esta oración continuada y no interrumpida consiste en una incesante contensión del espíritu, clamando al Señor sin interrupción, ó fijando sin cesar ni solución de continuidad nuestro entendimiento en la considera-

ción de alguna verdad eterna, sino en recojer de nuestros ratos de oración, á que debemos entregarnos á sus debidos tiempos, recojer, decimos, algún ramillete de afectos ó de máximas que saborear en medio de nuestras ordinarias ocupaciones; consiste, sobre todo, en hacer todas nuestras obras con la pura intención de agradar á Dios y de procurar su gloria en el cumplimiento de la divina voluntad.

Entonces, así como la tierra árida parece que con la boca de sus grietas y hendiduras clama por lluvia, así el alma con los labios de sus obras hechas á gloria del Señor, ó con los afectos del corazón expone á Dios sus necesidades y ora de verdad: entonces puesta el alma en la divina presencia, sin decir una palabra, silenciosamente clama: *Anima mea sicut terra sine aqua tibi.*—*Mi alma, Señor, es en vuestra presencia como tierra sediente sin agua.* Ps. CXLII, 6. ¡O dichosa necesidad, que nos obliga á estar en continua comunicación con el Rey de la gloria!

Asombrábase San Agustín de que Dios Nuestro Señor nos hubiera impuesto el regalado precepto de amarle. «¿Qué es esto, Señor? exclama: ¿No es acaso dignación incomparable que os dejéis amar de la criatura? ¿Puede haber para nosotros mayor dignidad? ¿Cómo mandais, pues, que os amemos?» Otro tanto pudiéramos exclamar respecto de la oración. ¡Cuánta es, Señor, vuestra misericordia, que, no contento de permitirnos con suma bondad que acudamos á vuestro acatamiento en demanda de favores, nos mandáis que sin cesar vayamos á Vos, y os indignais contra los que rehusan obsequio tan soberano! Los reyes y grandes del mundo no abren sus puertas sino á los magnates, y aun esto con medida; y se tiene por merced singularísima poderlos ver y hablar alguna vez durante la vida; y Vos, Señor, á todos nos quereis

ante vuestro trono, á todos nos escuchais benigno, y á todas horas estais dispuesto á despachar favorablemente nuestras preces.

«Pedid, y recibireis,» nos asegurais con bondad infinita. ¿Haría más el Altísimo con tener su bienaventuranza en el trato con las criaturas? Hasta esto llegó á decir él mismo para excitarnos á todos á acudir á él con toda confianza: *Deliciæ meæ esse cum filiis hominum.* Prov. VIII, 31. ¿Quién no se asombra de tanta caridad? Pero ¡Jesús! ¿qué le importan al Señor nuestros votos y plegarias? ¿Qué fruto saca de nuestras súplicas, que juzgue por crimen, y crimen capital, dejar de acudir á su amparo á pedirle mercedes? Seguramente que ninguna necesidad tiene de nosotros, ni de nuestras preces: pero ¿hay cosa más justa que reconocer nuestra total dependencia de Dios, suplicando una limosnita, y confesando nuestra extremada pobreza y su riqueza sin lindes? La oración es una noble y santa mendicidad, por la cual atraemos sobre nosotros las divinas misericordias.

Oh! ¡Qué locura la de aquellos que en sus empresas y negocios ponen toda su esperanza en los medios humanos, olvidándose casi por completo de Dios, que todo lo dirige y gobierna con providencia inefable! ¿De qué les aprovechan todas sus industrias terrenales? ¡Ay, que todo bien que se busca fuera de Dios, no sirve sino para agrandar el vacío del corazón humano! ¡Toda luz que no brota de aquel Sol increado, es luz fatua, y no hace sino deslumbrar en medio de los precipicios que nos rodean, con peligro de caer derrocados en el abismo! Todo bien sólido y toda luz verdadera descienden del Padre de las luces, y se comunican á los que ruegan con humildad. Por esto aquel divino Espíritu que forma los santos, clama en ellos con gemidos inenarrables, y los enseña á orar



cual conviene. Y ¡qué de tesoros no recojen de la oración!

A los humildes confía el Señor sus secretos: con ellos tiene sus intimidades: á ellos hace participantes de su divina sabiduría: para ellos parece que guarda su poder ilimitado. ¡Cuántas almas piadosas, sin saber una letra, sin el menor estudio, aventajaron en la ciencia de los santos, en el conocimiento de los misterios divinos y de las cosas del cielo á los más esclarecidos filósofos y sabios del mundo! ¡Y estas almas, tan ilustradas según Dios, no frecuentaron otra escuela que la oración! ¡Cuántas se hicieron como señores de los divinos tesoros, disponiendo con irresistible imperio así de las leyes de la naturaleza, como de las gracias del Empíreo! Para todas sus maravillas no contaban con otra llave sino con la oración. Y ¡qué diremos de los consuelos divinos que con la oración les comunicaba tan generosamente el Altísimo?

Siguiendo las huellas del divino Maestro, y retirándose á orar con él, más de una vez, engolfados en el Tabor, exclamaron con San Pedro: *Domine, bonum est nos hic esse!* ¡Bueno es, Señor, quedarnos aquí! Iluminado su entendimiento con luces superiores, inflamado su corazón en el fuego de la caridad, arrebatados y abismados en la contemplación de las divinas grandezas, no cabían en sí de puro y celestial gozo; de suerte que, perdiendo á veces el uso de los sentidos, quedaban arrobados de mil peregrinas maneras.

Léese de algunos santos que, no pudiendo sufrir en su pecho el abrasado y vehemente incendio del divino amor, unos, como San Ignacio de Loyola, salían fuera de sí, levantándose como en volandas por el aire; otros, como San Felipe Neri, sentían dilatárseles el corazón hasta rompérseles alguna costilla; estos, como San Estanislao de Kostka, se ahogaban asfixiados del

amor, viéndose en la precisión de refrigerar su pecho con agua helada; y todos á impulsos de este amor, se abrazaban gustosos con las amarguras de la cruz.

Ya sabemos que estos regalos no se deben desear y que el Señor los concede á quien bien le place; mas ¿quién no se animará á orar con humildad, confianza y perseverancia, esperando bienes todavía mayores, cuales son los tesoros de gracia en esta vida y de gloria eterna en la otra? ¿Quién huirá de la oración, sabiendo que Dios desea, quiere y manda que oremos? Si queremos, pues, ser verdaderos devotos del Santo Patriarca, le hemos de imitar en obra tan santa, porque nos dejó de ello relevantes ejemplos.

## II

## DON SUBLIME DE ORACIÓN EN SAN JOSÉ

Habiendo San José brillado por su justicia y caridad, como de lo dicho se desprende, puédesse asegurar sin temor ninguno que proporcionalmente se aventajó también en la virtud de la religión, y por tanto en la práctica de orar, meditar y contemplar, y en otros actos propios de un varón sólidamente religioso. Embebido en las máximas eternas con la oración empezaba el día, con la oración lo proseguía, y al ir á tomar un ligero descanso, con la oración lo terminaba. Y si David podía gloriarse de levantar siete veces al día su corazón á Dios para decirle alabanzas *septies in die laudes dixi tibi*. Ps. cxviii. 164, lícito serános afirmar que San José, aunque ocupado en faenas exteriores, no desistía de su oración interior, ni de alabar á Dios con afectos devotos del alma, sacados de la contemplación divina.

Dice el Padre Morales, tomándolo de San Jerónimo,

que nuestro Santo Patriarca se levantaba todos los días á media noche para vacar á la oración. En todos sus apuros y tribulaciones era la oración su paño de lágrimas: en todas sus persecuciones y aprietos hallaba en la oración bálsamo suavísimo, que endulzaba sus penas: en todas sus empresas y dificultades servíale la oración de luz segura, que le guiaba á feliz término. A la oración acudió, cuando lleno de dudas y perplejidades pensó en dejar á su queridísima Esposa, y por la oración mereció ser avisado por el celeste mensajero de que no abandonase tan rica prenda. Y ¿quién le igualó en el cumplimiento de la divina ley respecto de las demás observancias religiosas?

Era puntualísimo en asistir á la Sinagoga para escuchar la lectura de los libros santos, que todos los sábados se leían—*quæ per omne sabbatum leguntur*. Act. XIII, 27. Todos los años por las solemnidades prescritas iba en peregrinación á Jerusalén, siendo exactísimo en la guarda de todas las ceremonias. ¡Con qué amargura comería allí nuestro Santo el cordero pascual, reconociendo en él, como perfectamente sabía, la figura de Jesús crucificado, Cordero de Dios, que por nuestras culpas debía morir, sin despedir un balido al ser asado vivo en el ara de la cruz! Prueba de su abstracción y recogimiento en la consideración de aquellos ritos sagrados fué que pudiera prescindir de la presencia de su Hijo querido hasta llegar á perderlo. Y ¿á dónde acudiría en el desamparo de aquellos tres días, que lo estuvieron buscando con tanto dolor, sino al retiro de la oración, puerto de refugio en todas sus tempestades?

Y ¿qué raudales de divino saber afluirían á su alma de su trato continuo con la sabiduría increada? De San José debe también entenderse lo que de María dice San Lucas, es á saber, que conservaba con gran

diligencia en su memoria todo cuanto oía sobre Jesús y sobre el cumplimiento de las profecías. Grabados tenía en su mente los relatos así de los Pastores y Magos que lo adoraron en Belén, como de Simeón y de Ana que lo magnificaron en el templo. ¡Con cuánto mayor empeño y fruición conferiría en su alma, haciendo de ellas su espiritual alimento, las palabras que brotarían de los corazones y de los labios de Jesús y de María! Y claro está que con esta continuación de oír los secretos divinos y con la ordinaria conferencia y consideración de ellos, aprovecharía incomparablemente en la inteligencia de las santas Escrituras, ayudándole no poco para ello parte la sutilidad natural de su ingenio, parte la lumbre superior de la gracia, parte los hábitos infusos y adquiridos de sabiduría, y sobre todo la frecuente comunicación y enseñanza del Verbo increado.

Y ¿cómo era posible vivir continuamente con Jesús y con María, estar metido, por decirlo así, en aquellos mares de fuego y de luz divinal, sin percibir los ardores é ilustraciones que difundían? Si, como dice San Buanaventura, el acto de sabiduría consiste en contemplar á Dios, no de cualquiera manera, sino por amor, con cierta suavidad experimental, ¿con qué dulcedumbre gustaría San José de las divinas influencias, tratando tan de cerca con la fuente de las aguas que saltan hasta la vida eterna? ¿Hubo jamás en la tierra mortal que después de María gozara, como José, de tan bellas circunstancias para subir á la más encumbrada cima de la contemplación?

Porque si esta se funda en amor de Dios y despego de las cosas terrenas, si cuanto uno con mayor afecto le ama y más desasido está de lo que el mundo estima, tanto más estrechamente se une con el Señor y más copiosamente se ve iluminado, ya que con la cari-

dad el entendimiento criado se junta á su Criador y recibe por ella luz y fuerzas para contemplarlo, es innegable que nuestro Patriarca tuvo más alta y clara contemplación que otro santo alguno, pues tuvo mayor caridad y amor que todos ellos, y estuvo más que todos ellos desprendido y libre de cuidados terrenos. Dicen los doctores místicos que por esta encumbrada ilustración es el hombre iluminado con tan superior conocimiento de las cosas divinas, que viene desde esta peregrinación á ser consejero y secretario del Altísimo, como sabedor de sus secretos y confidente en sus inefables designios. Puesto, pues, que según enseñanza de los santos fué San José con mayor perfección y eminencia que los demás contemplativos secretario de los divinos consejos y ejecutor de órdenes elevadísimas, con toda razón se puede aseverar que por revelación y contemplación divina conoció más arcanos y ocultos misterios y con mayor perspicuidad que los más consumados místicos, pudiendo con verdad gloriarse sobre todos ellos con el Profeta: *Incerta et occulta sapientie tue manifestasti mihi.*—*Manifestásteme, Señor, las cosas escondidas y ocultas de tu sabiduría.*

Enseñan así mismo dichos doctores que la pureza de corazón es disposición principalísima para llegar á la contemplación; porque el alma ocupada en placeres terrenos, no está dispuesta para gozar los celestiales, ni el entendimiento oscurecido con los vapores de la tierra es apto á mirar la luz del cielo. Por tanto, así como el glorioso Patriarca después de María se distinguió sobre todos los Santos y ángeles por su virginal pureza, del mismo modo se levantó más que todos ellos en las cumbres de la contemplación; mayormente si se considera que, no habiendo sentido el fómite de la concupiscencia ni el desorden de la ima-

ginación, que suelen abatir el alma al lodo vil, no sufriría el estorbo de afectos desordenados ni de impertinentes distracciones, que le apartasen de la luz de la contemplación, puesto que hasta las ocupaciones exteriores, que á otros suelen ser impedimento, tomadas por fin tan santo cual tenía San José, ayudábanle para levantarse á Dios y unirse más estrechamente con él; en lo cual está la cifra de la contemplación más perfecta y acabada.

Pero ¡con qué diferencia y gloria sobre los demás Santos! Al llegar estas almas á tales eminencias y alturas, arrebatado el espíritu en Dios, prevenido eficazmente por el divino Paráclito, como si estuviera dormida su propia voluntad, no por deliberación suya, sino por iluminación, inflamación y atracción del que es Todopoderoso, de tal manera está fijo en Dios, y suspenso en su amor y admiración, que de todas las demás cosas se olvida, y meditando en aquella oscuridad dulcísima y luminosa de la divina claridad, ó noche oscura, convertida para él en claro día, contempla la gloria divina con faz descubierta de velos, siendo transformado en la misma imagen de esta gloria, y subiendo de claridad en claridad como atraído del celeste Espíritu. Mas estos grados altísimos, que suelen arrebatarse con admiración á los justos y enajenarlos del uso de los sentidos, dejando el cuerpo inmóvil, y como exánime y destituido de sus operaciones, y á veces levantándolo en el alto, obraron en San José muy diferentemente, sin producirle éxtasis ni arrobos visibles.

Puédese decir que en esta parte, á semejanza de María, recobró San José lo perdido por la culpa. Enseña Santo Tomás que, «según la Escritura hizo Dios al hombre recto; y que esta rectitud sobrenatural, concedida al hombre en el estado de inocencia, importaba

no solo que la parte inferior estuviera sujeta á la superior, sino también que las potencias superiores no fuesen impedidas por las inferiores; de donde provenía que el primer hombre no hallara estorbo por motivo de los objetos exteriores en la contemplación firme é ilustrada de la luz divina, que por iluminación de la primera Verdad recibía en la parte superior de su alma.» Esto dice Santo Tomás 1. p. q. 94, a. 1, y tratando *de veritate* q. 18, a. 3, enseña también: «Por perfección de la gracia tenía el hombre en el estado de inocencia que conocía á Dios por inspiración interior, emanada de la ilustración de la divina sabiduría; sin que tuviese necesidad para este conocimiento de Dios de las criaturas visibles, porque le conocía por cierta semejanza espiritual.» Lo mismo enseña San Agustín *super. — Genes., ad litt.*, l. 9, c. 27.

Y si esto concedió á Adán desde su creación, y según San Gregorio y otros otorgó también á varios Santos, ¿quién duda que Dios en su infinita bondad hizo partícipe de tanto bien á su Padre nutricio en el paraíso de Nazareth? ¿Cómo de otra suerte hubiera podido trabajar con Jesús, conversar con Jesús tan familiarmente, morar con Jesús continuamente, penetrando con vivísima fe la grandeza de sus divinas perfecciones, sin padecer continuos éxtasis y arrobamientos? Así puede creerse que, adornado San José de un entendimiento más noble y deiforme que los otros hombres, y enriquecida su mente á la manera de los ángeles antes de su glorificación con especies más levantadas é independientes de fantasmas ó figuras, tenía como connatural, sin quedar suspendidos los sentidos, lo que por la flaqueza é imperfección nacida de la culpa no pueden los demás santos recibir sin deliquios y arrobamientos.

De esta manera, pudiendo nuestro Santo por medio

de especies infusas gozar de contemplación tan perfecta, que nunca desistiera de la contemplación actual de las cosas divinas, fácilmente hermanaba la oración con el trabajo, la vida activa con la contemplativa, sin impedimento, ni cansancio; dado que el cuerpo no se fatiga en la contemplación sino por la cooperación de la fantasía. Con este privilegio, tan propio de la generosidad de tal Hijo para con tal Padre, no cesó San José durante su vida en el actual conocimiento y amor de Dios, privilegio concedido á los ángeles aun mientras fueron viadores.

Hacen también algunos participante á San José del privilegio que muchos doctores conceden á María, conviene á saber, que no se interrumpía su contemplación durante el sueño; ya que se lee en las historias de algunos santos que varias veces por gracia especial, durmiendo el cuerpo, seguían con el alma desvelada y ocupada en cosas celestiales. ¿No sabemos, por ventura, de nuestro Patriarca con toda certidumbre que mientras dormía estuvo conversando con los ángeles sobre materias de su gobierno, con tal lucidez como si estuviera en vigilia? Así aplican á la Virgen Santísima aquellas palabras de los Cantares v. 2. *Ego dormio et cor meum vigilat*, entendiéndolas no solo por aquel fervor con que se repiten entre sueños los afectos y discursos en que con amorosa intensidad nos ocupamos durante la vigilia, sino también por la vela continuada de las facultades superiores, de suerte que, aunque duerma el cuerpo descansando de todo movimiento y sensación, el entendimiento y voluntad obran como perfectamente desvelados. Así lo explica San Bernardino de Sena tom. II. serm. 51. *Somnus, qui abyssat et sepelit in nobis rationis et liberi arbitrii actus, et per consequens actum merendi, non credo talia in Virgine fuerit operatus; sed*



*anima ejus libero ac meritorio actu tunc tendebat in Deum, unde illo tempore erat perfectior contemplatrix quam nunquam fuerit aliquis dum vigilavit.—El sueño, que á nosotros nos abisma, y sepulta los actos de la razón y libre albedrío, y por tanto el acto de merecer; no creo que obrará tales efectos en la Virgen, sino que su alma aun entonces tendía libre y meritoriamente á Dios; por lo cual aun en sueños contemplaba con mayor perfección que otro alguno en tiempo de vigilia.*

Así lo explican también Alberto Magno y otros, á quienes cita el Padre Suárez 2 p. 9, 33, a. 4 y lo prueba porque fué concedido á Adán y Eva, según enseña San Agustín contra Juliano l. 1, c. 19, concluyendo con estas bellas palabras: *Tam felicia erant somnia dormientium quam vita vigilantium.* Y si esto se otorgó también á otros justos ¿por qué lo negaremos á San José, varón justísimo según el corazón de Dios, mayormente si atendemos que en este privilegio tenía el Padre adoptivo de Jesús un medio facilísimo para acrecentar su santidad y merecimientos?

Sabemos muy bien que San Jerónimo, varón experimentado en achaques humanos, enseña que, aunque el tesoro que Dios encerró en el hombre sea muy grande y aquilatado, como hemos visto en nuestros días en nuestro Reverendo Padre José Bertrán, á quien cada tres días le bastaba dormir unas cuantas horas, con todo, al fin se ha de conocer que se guarda en vaso quebradizo; por lo que nadie pudo perseverar en la oración sin interrumpirla: no obstante, bien que por regla general sea esto verdad, y acaso por nuestra flaqueza más de lo que convendría, eslo también que siendo nuestro Patriarca de los más privilegiados entre los mortales bien merece ser contado como una excepción de la regla.

No cabe dudar que para orar, meditar y contemplar

es menester apartar la mente de los objetos y especies que nos rodean, fijando la atención en los hechos, verdades y sucesos que hemos de considerar; pero sea por debilidad y miseria propias, sea por falta de preparación y exceso de disipación, es lo cierto que se nos escapa la imaginación, como loca de casa, y se distraen las potencias y se rinden el vigor y las fuerzas corporales. Mas á nuestro Santo aun sin contar los indicados privilegios, bastábale mirar en torno suyo, y sin esfuerzo ninguno encontraba objetos dignísimos, que cautivaban su atención y sus afectos. ¿Hallóse jamás mortal ninguno en ocasiones tan propicias?

Decía Jesús á sus discípulos: «¡Dichosos ojos, que ven lo que vosotros veis! ¡Cuántos reyes, patriarcas y profetas lo desearon, y no les fué concedido! Abrahán deseó verlo también, viólo en espíritu y se alegró.» ¿No se alegraría sobre todo San José, más feliz que los Apostóles y más venturoso que Abrahán, no solo por haber visto con sus propios ojos al Redentor, mas también por haber gozado de su conversación y de su compañía por espacio de tantos años? No es, pues, de maravillar que viviera continuamente en ferventísima oración: lo portentoso é inexplicable sería que, amaestrado en tan acreditada escuela, con instructor tan hábil y aventajado, no hubiera subido á mayor altura que los santos más distinguidos por su elevada contemplación.

¡O santa casa de Nazareth, templo de la más santa Familia, qué portentos de fervor ocultaste dentro tus muros! ¡Qué perfume tan del cielo se respiraría siempre en tí! ¿Y no trabajaremos nosotros para imitar con todas nuestras fuerzas á tan devoto y ferviente Patriarca? Sin el alimento de la oración descaece el vigor del alma, siéntese el corazón sin brios para la

virtud, y camina sin tiento á la muerte. El Santo Patriarca nos consiga el don preciosísimo de orar con empeño y sin desfallecimiento.—Amen.

## EJEMPLO

*El Padre Antonio Natali*

— Tenía este insigne misionero de la Compañía de Jesús un grande y porfiado afán por la vida interior; para cuya consecución creyó de grande importancia profesar una tierna y filial devoción al Padre nutricio de Jesús, y no perder ocasión de honrarlo según la medida de sus fuerzas. Así lo hizo en toda su vida apostólica; y en uno de los opúsculos que publicó estimula encarecidamente á todos los cristianos á venerar de un modo especial al Santo Patriarca. Proponíase, además, publicar otro sobre las virtudes y prerrogativas del Santo, pero desgraciadamente la muerte vino á impedir tan piadoso proyecto.

En sus correrías apostólicas por los pueblos de Sicilia, y en todas sus misiones, á vueltas de recomendar con toda su alma á los oyentes la devoción de San José, procuraba poner todos sus trabajos y los pueblos regados con sus ardientes sudores bajo la protección del Santo, á fin de que fuera el fruto más copioso y duradero.

A lo mismo excitaba con su ejemplo, pues no pasaba día que no le ofreciera algún obsequio. Entre otros que no dejaba jamás, se hace mención de un rosario de oraciones que él mismo se había compuesto. Servíase para ello de una sarta de cuentas, que aunque fueran de una materia muy común, eran por él consideradas por cosa muy preciosa, porque, como decía

él, eran el rosario de San José. Manifestó esta su gran estima cuando cierto día perdiólo por casualidad, pues sintiólo como un avaro la pérdida de su tesoro. ¿Qué no hizo para su hallazgo? Todo lo registró é indagó diligentemente, y convencido de que eran inútiles sus pasos, recorrió á su venerado Patrono: y no fué vana su oración, porque una mañana, mientras con gran recogimiento estaba dando gracias después de la santa misa, se le acercó un niño lleno de candor y de belleza, y con ademán de tener al Padre muy conocido, le entregó alegre su rosario y desapareció. ¿Quién sabe si sería el Niño Jesús, que en premio de la veneración del Padre por su virginal Custodio, le mostaría tan dulce agrado?





## CAPÍTULO VIII

### PORREZA Y LABORIOSIDAD DE SAN JOSÉ

*Nonne elegit Deus pauperes in hoc mundo divites in fide?*

Jac. II, 5.



REDICA San Bernardino de Sena que San José, descendiente de estirpe patriarcal, ducal y real y de abuelos preclarísimos, comunicó en cierto modo su nobleza temporal á Dios en nuestro Señor Jesucristo: mas no según los juicios y medida del mundo estólido, que solo tiene por grandes á los que al brillo de su alcornia juntan cuantiosas riquezas, sino conforme á la regla y sentir cristiano, que, guiándose por principios inmutables, nos enseña á no acatar otra nobleza sino la que ilustra la virtud. Escribe San Jerónimo en carta á Demetria: «Aquel es esclarecido, aquel sublime, aquel noble, aquel juzgue conservar íntegra su alteza, que se avergüence de servir á los vicios y de ser por ellos vencido.» Y en otra epístola á Letancia la exhorta: «A nadie te prefieras tratándose de nobleza de linaje, ni tengas por inferiores á tí ni aun á los más oscuros y humildes por el lugar de su nacimiento: no admite nuestra Religión aceptación de personas, ni condiciones humanas, sino que atiende á los ánimos de cada

uno y decláralo siervo ó noble según las costumbres en que se distingue.» En Dios solamente es libertad no servir á pecados, y es suma nobleza sobresalir en virtudes.

Por esto el divino Maestro, que venía á enseñarnos con ejemplos y palabras el camino de salud y de nobleza maciza, al escoger Padres según su divino Corazón, no prefirió á los ricos y conspicuos según el mundo, sino que eligió una rama caída del antiguo y real tronco de Israel, y tomó Padres que engrandecieron su pobreza con la practica de las más heroicas virtudes. Habíanos de predicar desprendimiento de todo lo caduco, y amor de la pobreza evangélica; y por esto quiso que su Ayo y Padre nutricio se distinguiera en esta preciosísima virtud. Examinemos su grandeza, y veamos la heroicidad con que la practicó nuestro Santo.

## I

## NOBLEZA DE LA POBREZA EVANGÉLICA

Aquel es verdaderamente pobre á quien falta lo preciso para comer y vestir; pero este, si en vez de conformarse con la voluntad divina, se queja de ella y codicia riquezas para llevar una vida cómoda y regalada, podrá ser pobre de solemnidad, mas no pobre de espíritu, que merezca la bienaventuranza prometida á los tales. El Profeta, al enumerar las felicidades del hombre virtuoso que teme á Dios, pone en primer lugar la de aquel que se gana el sustento con el trabajo de sus manos. *Labores manuum tuarum quia manducabis, beatus es et bene tibi erit.* Ps. CXXVII, 2. San Francisco de Sales dice que este es el colmo y la flor de la pobreza evan-

gética, tener que vivir según Dios impuso á nuestros primeros padres, esto es, ganar el pan con el sudor del rostro y estar alegremente sujeto á las incomodidades consiguientes por amor de Dios. San Pablo, bien que, como él dice, podía vivir con todo derecho de las subvenciones de los fieles á quienes evangelizaba, prefirió siempre atender á la propia subsistencia con la industria, ó fruto de su trabajo.

Debe, con todo, observarse que si alguno, entregado á negocios honestos, aspirase á tener bienes en abundancia, bien que se propusiera en ello un fin noble y santo, tendría tal vez la virtud de la magnificencia ó de la caridad, mas no la virtud de la pobreza voluntaria: pero si contento con su suerte, sin pretender otros bienes que los puramente necesarios, se gozara en su condición, sufriendo en paz las privaciones de semejante vida, sin pensar en mejorarla, este tal merecería el glorioso nombre de pobre de espíritu según los consejos del Espíritu Santo.

«La verdadera y perfecta pobreza, dice Alberto Magno, consiste en renunciar voluntariamente por Dios todas las cosas temporales, contentándose con lo preciso, y aun privándose alguna vez de ello por el mismo Dios; por cuanto donde se halla cumplidamente todo lo necesario, allí no se experimentan efectos de la santa pobreza, y el que no quisiera sufrir falta de ninguna clase, no pudiera llamarse amador de tan rica virtud.» Así se explica aquel insigne escritor en su *Paraiso del alma*. No obstante, si nos atenemos á la doctrina de los doctores católicos, será pobre voluntario el que renunciando por Dios todo lo que tiene, se pone en términos de no poder usar de nada como de cosa propia, por más que viva en tales circunstancias en las cuales se vea provisto de todo con abundancia. Tal es la vida de algunos religiosos, que per-

teneciendo á comunidades ricas, no pueden particularmente disponer á su arbitrio ni de un céntimo, como de cosa suya.

¿Quién no descubre que este tal cumpliría con el consejo que dió Jesucristo al rico mancebo del Evangelio, cuando le dijo: *Vete, vende cuanto tienes, dalo á los pobres y sígueme?* Mar. x, 21. Pero puesto que la virtud de la pobreza, así como todas las virtudes cristianas, tenga diferentes grados, aquel que por su elección y por amor de Dios se ponga en estado de mayores privaciones ó incomodidades, este será más pobre y perfecto según la ley evangélica; y al contrario, aquel que habiéndose abrazado con la pobreza, manifestara sentimiento y prorrumpiera en quejas por falta de alguna cosa, por más que tuviese hábito y profesión de pobre, no sería por ello verdadero y fino amator de la pobreza; pues, como dice San Basilio, los sinceros pobres de espíritu son los que por su voluntad y de buen grado se hacen pobres y necesitados por amor de Jesucristo. Pobres fueron, pero no de espíritu, Sócrates y Antístenes, despojándose de todo, no por Dios, sino por vanidad y orgullo.

A los que no quieren desprenderse de las riquezas y de otros bienes caducos, manda el Señor: *Divitiæ si affluent, nolite cor oponere.—Si tenetis copia de riquezas, no dejeis pegar á ellas vuestro corazón.* Ps. LXI. 11. Por más riquezas que tengais, tened vuestro corazón completamente desprendido de ellas; y participareis en cierto modo de la pobreza voluntaria, y sereis hasta cierto grado pobres de espíritu. Este desapego y desprendimiento exige no solo que no se amen desordenadamente los mundanales tesoros, mas aún que se tengan en lo que son, por viles y despreciables, ya que no tienen más bondad que la de los fines á que se dirigen, y por sí no hacen al hombre más agradable



á los ojos de Dios, y Dios suele concederlos también á los réprobos, destinados por sus culpas á ser tizonas del infierno.

Por varias sendas llegamos á conocer si nuestro amor á las riquezas es ordenado y recto. Si por una parte no nos valemos de ningún medio ilícito, ni para adquirirlas, ni para conservarlas, y de otra, si las empleamos generosamente, no para fomento de vanidad, ni cebo de vicios ó humanas superfluidades, sino para cubrir nuestras necesidades, y subvenir las ajenas y de la gloria de Dios; si, por fin, en los contratiempos y reveses de fortuna, en vez de perder la paz y sosiego del alma, nos resignamos con la voluntad divina, señales son todas estas de un amor honesto y cristiano á los bienes de la tierra. Así se condujo siempre el santo Job, modelo de acaudalados en la prosperidad y en la desgracia, en las ganancias y en los reveses de fortuna.

Debe también distinguirse la indigencia de la pobreza: aquella suele ser forzada, y en ella se hallan muchos menesterosos, descontentos de su suerte y carcomidos de la envidia; esta es virtud voluntaria, por lo cual va siempre acompañada de santa resignación y conformidad. Cuando la indigencia se junta con la pobreza, ó es voluntariamente aceptada por amor de Dios, es lo más subido de esta virtud. Aceptóla santamente resignado Lázaro del Evangelio, el cual vino á tanta miseria, que ni siquiera se le concedían de limosna las migajas que caían de la opípara mesa del rico. Pero también en premio de su heroica paciencia, después de su muerte fué trasportado por manos de ángeles al seno de Abrahán, al mismo tiempo que el alma del acaudalado, por su falta de compasión y misericordia, fué arrojada á las eternas llamas del infierno.

Estos pobres forzados ó indigentes por lo común deben según la medida de sus fuerzas trabajar honestamente para salir de su miseria. A este objeto decía San Pablo 2 Tess. III, 10: *si quis non vult operari, nec manducet.*—*Si alguien no quiere trabajar, que no coma.* Mas si prosperamos con nuestros negocios ó industria honesta, no dejemos avasallarnos por la codicia, como enseña el mismo. *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti simus.*—*Contentémonos con los alimentos y vestidos necesarios.* I Tim. VI, 8. Y en este caso, si aceptamos gustosos las consecuencias de nuestro estado y hacemos participantes del fruto de nuestros desvelos á los menesterosos, entonces seremos verdaderos pobres de espíritu y perfectos imitadores del glorioso Patriarca, que así pasó su vida.

Y ¿quién podrá encarecer dignamente las inefables promesas hechas por Dios á estos pobres voluntarios? San Atanasio en la vida de San Antonio Abad dice que los demonios braman de rabia en viendo que alguno se abraza voluntariamente con la pobreza; la cual es, en efecto, tan grata á Dios y tan provechosa al hombre, que con ella se hace este señor de los bienes de la tierra, de los bienes de la gracia y de los bienes de la gloria. De los primeros, porque al renunciarlos todos recibe de Dios un pagaré del cuando-blado en esta vida, por lo menos en equivalente de tesoros espirituales. *Centuplum accipiet.* «Señor, decía San Pedro, *todo lo hemos dejado ¿qué paga nos darás?*» Matt. XIX, 27, cual si hubiera tenido bajo su dominio todas las riquezas y grandezas del mundo quién no disponia sino de unas redes remendadas y una mugrienta barquichuela: y con todo, el Señor le prometió al instante el ciento por uno, pagadero á voluntad del pobre por elección.

Además, por el Salmista Ps. IX, 2, se compromete

el Señor, en paga de este sacrificio, á ser el amparo del pobre, socorriéndole oportunamente en la tribulación, á escuchar propicio sus ruegos y á colmarlo de gracias; al paso que á los adinerados del siglo amenaza despedirlos vacíos. Con los pobres tiene el Altísimo sus confabulaciones, ellos son sus privados y favoritos, de ellos se sirve para confundir á los orgullosos, para ellos guarda sus más ricos dones, á ellos hace herederos de su reino: *Et vitam æternam possidebit.*

Y ¿para los ricos qué reserva? ¡Oh! ¡A cuántos perdieron las riquezas temporales! Ellas son pábulo de vicios, cebo de vanidad y de orgullo, tropiezo de mil crímenes, y piedra de perdición de muchas almas. Asegura el Eclesiástico que á muchos perdieron el oro y la plata, Ecl. VIII, 3. San Felipe Neri asevera que el que ama la hacienda, nunca será santo. Y Santa Teresa de Jesús, haciendo coro con la sagrada Escritura, enseña: «Justamente se sigue que el que va tras las cosas perdidas, se pierda él también.» Por último, dignas son de notarse y ponderarse aquellas exclamaciones de Jesucristo, en que prorrumpió en el sermón del monte, después de predicadas las bienaventuranzas.

«¡Ay de vosotros los ricos, decía, porque teneis vuestro consuelo en este mundo! ¡Ay de vosotros los que andais hartos, porque sufrireis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque día vendrá en que llorareis y os lamentareis!» En tal alternativa, en vista de las promesas aseguradas á los pobres de espíritu, y de de las terribles amenazas hechas á los ricos, esclavos del oro, ¿no es mil veces preferible seguir la pobreza voluntaria, padeciendo un poco en este valle de llanto, para gozar por siempre de la eterna vida?

## II

EDIFICANTE CONFORMIDAD Y ACTIVIDAD DE SAN JOSÉ  
EN SU POBREZA

El sendero de la pobreza evangélica fué el escogido por San José; y así parecía conveniente, es decir que, apartándose de la común regla guardada por los antiguos patriarcas, que fueron en su mayor parte opulentos y acaudalados, se abrazara con la pobreza, que con su ejemplo y enseñanza había de santificar el divino Maestro. Según opinan algunos escritores, el glorioso Patriarca con la herencia de sus padres hubiera podido llevar una vida, si no rodeada de comodidades, por lo menos pasadera y desahogada; pero, conociendo ya desde los albores de su juventud cuánto agradase á Dios la pobreza voluntaria, se abrazó interiormente con ella, esperando tiempo y sazón para desprenderse de todo y repartirlo á los pobres. Como de varón alabado de justo por el Espíritu Santo, se había de poder afirmar: *Dispersit dedit pauperibus: justitia ejus manet in sæculum sæculi.*—*Derramó á manos llenas entre los pobres, y su justicia permanece eternamente.*

Cuando, siguiendo los designios del Eterno, contra-jo matrimonio con la Reina de los cielos, presto dió feliz cumplimiento á sus propósitos de pobreza; pues en compañía de su Esposa y con su consentimiento y acuerdo se despojó de todos sus bienes, distribuyéndolos generosa y caritativamente entre los menesterosos, contento de ganar el pan con el sudor de su frente. De esta suerte bien se puede asegurar que San José por su propia elección y con gran contento

de su alma se hizo pobre, vivió pobre y murió pobre; pues nada tuvo que legar en su tránsito ni á Jesús ni á su queridísima Esposa, si no fueron las herramientas de su oficio. Pero su pobreza tan santa y sublime, no fué perezosa ni holgazana, sino sumamente activa y diligente; de manera que trabajando con solícito afán, no solo atendía á las propias necesidades y á las de la familia, mas también, como estas eran cortas é insignificantes, socorria igualmente con lo sobrante á los pobres del Señor.

— ¡Con qué brillo se manifestó esta edificante pobreza en su viaje á Belén! Por verle tan pobre lo rechazaron sus parientes y despidieron las posadas, hasta obligarle á hospedarse en una cueva, refugio de pastores errantes, y abierta á todas las inclemencias del tiempo; y allí sufriendo los rigores de la pobreza, vió recién nacido al Redentor del mundo, reclinado en un pesebre y envuelto en pobres pañales; permaneciendo pobremente allí por espacio de cuarenta días. Mucho sentía San José contemplar á las prendas más queridas de su alma rodeadas de tanta miseria, sin ni siquiera poder gozar de una pobre camilla de paja para tomar un ligero descanso, pero ¿qué podía hacer sino resignarse con la divina Providencia? ¿Puede imaginarse pobreza más santa y levantada, pobreza semejante á la de la cueva de Belén? José no se queja, sino que adora contento y agradecido los designios del Eterno; saborea humildemente los efectos de la santa Pobreza, y prendado de aquella pobrísima morada, no la hubiera por su parte trocado con los más suntuosos y espléndidos palacios del universo.

— ¡Con qué gozo y veneración bendecía y alababa las disposiciones del Altísimo en preparar para su Hijo eterno alojamiento tan miserable! ¡Cómo se imprimían en su corazón aquellas lecciones que con su

ejemplo soberano nos daba el Señor desde su entrada en el mundo! Estas serían también las lecciones que, aprovechando la ocasión, daría José á los pobres y sencillos pastores, excitándolos al desprecio de las riquezas y comodidades del siglo y á vivir alegres y resignados con su penosa y humilde suerte. No tardó mucho en confirmarlas con sus propios hechos, porque la ofrenda que presentó en el templo después de los cuarenta días del nacimiento de Jesús, no fué la peculiar de los ricos, como parecía reclamarlo el oro recibido en don de los Magos, sino la propia de los pobres, consistente en un par de palominos señalados por la ley. ¿Querria tal vez el solícito Esposo reservarlo para regalo de la Virgen Maria? Seguramente que no: porque con ser y todo muy grande y generoso el amor que le profesaba, no obstante conocia perfectamente por un lado cuánto aborrecia la Reina de las Vírgenes todos los gustos terrenales, y por otro cuánto se agradaba en ofrecer al Todopoderoso lo mejor de su casa. Por tanto, si el glorioso Patriarca no llevó al palacio del Señor pingüe y bellísimo cordero al estilo de los grandes, fué porque no alcanzaban á ello sus haberes, á causa de haber repartido entre los pobres todo el oro de los Magos, conforme enseña San Buenaventura.

Esto es propio y característico de los verdaderos pobres, de buena voluntad privarse de los propios regalos y comodidades para subvenir necesidades ajenas; y así lo practicaba el Santo Patriarca. Pero donde dió pruebas más brillantes de esta virtud, donde tuvo que experimentar los gratos efectos, aunque amargos de su voluntaria pobreza, fué sin duda en su huida á Egipto. No bien había cubierto los gastos de la Purificación, cuando se le ofreció la necesidad de hacer nuevas expensas, sin contar con los

ahorros convenientes. Preparándose estaba para tomar la vuelta de Nazareth, después de la Presentación del divino Infante, cuando un ángel se le apareció en sueños y le dijo: *Toma al Niño y su Madre y huye à Egipto, pues Herodes busca al Recien nacido para matarle.*

Al instante se levantó José, y con la fuga puso en salvo á sus queridísimas joyas; siendo en esto de admirar no menos por la prontitud de su obediencia que por el ejercicio edificante de su pobreza, ¿Qué alhajas, qué prendas, que provisiones podía reunir en tan pocas horas, y de noche, para emprender un viaje de unas setenta leguas por lo menos, cincuenta de las cuales debían hacerse por despoblado y árido desierto? Por otra parte su pobreza y las circunstancias en que se hallaba, no le permitían tomar prestado, ni menos preparar líos, llenar mundos y disponer un convoy, con el fin de ir bien apercebido y provisto para tan penosa jornada, ó de poner en buen logro sus intereses. Por lo cual, descuidado de todas las cosas terrenas, en una sola andaba sobre aviso, de una sola trataba con gran empeño, y era dar pronta ejecución al divino mandato, sin dudar de la providencia de Dios, en la cual tenía librados todos los censos con que sus necesidades habían de ser bastantemente socorridas.

Mas ¡á qué indigencia tan extremada le había de reducir esta Providencia, ya por el trayecto de camino tan largo y trabajoso, ya durante su estancia en aquel destierro! Bien podemos con todo fundamento creer no solo que muchas noches las pasaría desabrigado, sin dormir ni caminar en ellas, pero también que atravesando aquel seco y peligroso desierto, padecería sed y hambre, reservando lo poco que llevaba para sustento de la que á sus pechos amamantaba al Cria-

dor del orbe. Y allí en aquellos arenales interminables, con la mayor miseria presente, recordaría la corta abundancia y abrigo de Belén, y con el temor fundado de fieras y ladrones, pasaría los días con sudor y cansancio y las noches en sustos y vigiliás. Estos eran los frutos que de su voluntaria pobreza cosechaba San José con gran consuelo de su corazón.

Y ¡qué afectos tan encontrados solicitaban en ello su alma! Por un lado sentía las espinas de la pobreza, movido á compasión por el tierno Niño, tan presto perseguido y necesitado, así como por la piadosa Madre, apesarada por el evidente riesgo y la triste miseria de su riquísima perla, y por otro experimentaba gran colmo de ventura en hacer de sus brazos dulce cuna para reposo del divino Infante, y de su cuello sostén del Rey del universo. Y en la mezcla de estos pesares y consuelos no le ocurrió jamás suplicar al Señor ni que los alimentara como á los Israelitas con maná enviado del cielo, ni que obrara para su guarda y sustento alguna de sus acostumbradas maravillas; antes se complacía enteramente en depender de la voluntad del Señor, el cual prefirió que sus amadísimos Padres sufrieran todas las consecuencias de la pobreza, para que tuviéramos en aquella santísima Familia un modelo de resignación y de paciencia en nuestras privaciones y amarguras.

Y ¿quién será capaz de pintar con los debidos colores lo que en Egipto sufrieron? Es verdad que al llegar al Cairo ó Heliópolis se encontraron con numerosos paisanos, que según Filón vivían allí en gran número, y como queda dicho y confirma San Jerónimo tenían un templo, donde se adoraba por los judíos el verdadero Dios; pero ¡cuánto les costaría encontrar trabajo entre desconocidos y de costumbres tan diferentes y casi gentílicas! No es, pues, extraño que tuvieran



que apelar á la mendicidad, hasta que aquellos moradores, enamorados del dulce Peregrino y de la amable Forastera, les suministrarían medios para que San José con la industria de su oficio y la Virgen con sus habilidades pudieran ganarse la subsistencia para sí y para el Señor, que sustenta todas las cosas.

Y para que se vea cuánto se goza el Omnipotente en el perfume de la santa pobreza, importa notar y advertir que cuando ya nada faltaba á los dos laboriosos Consortes, cuando se habían ya granjeado entre los egipcios las simpatías y estimación de todos, entonces presentóse de nuevo el ángel á San José, avisándole en sueños que volviera otra vez á Israel, donde después de los afanes de fatigoso camino, se vieron en el agobio de buscarse con nuevos apuros nuevos parroquianos para remedio de su pobreza.

Aquí bajo el magisterio de San José empezó el divino Mancebo su aprendizaje, para enseñarnos con sus obras amor al trabajo y odio irreconciliable á la ociosidad y haraganería. Era de ver con qué empeño y santa solicitud se trabajaba en aquel modesto taller, dechado de santas familias. Mientras San José en compañía del celeste aprendiz bien acepillaba, bien áserraba la madera, labrando con primor y destreza yugos, arados, mesas, y cuanto se le confiaba, la Virgen Santísima, después de haber aseado la casa y cumplido con los demás oficios domésticos, tejía ó hilaba con gran habilidad, ayudando con su industria al Santo Esposo á procurar lo necesario para la vida. ¡Cuántas veces hermanarían con sus labores ya cánticos de salmos, ó de otros himnos sagrados, ya conversaciones santas, en que á veces tomarían parte piadosos vecinos, para inflamarse mutuamente en amor de los bienes eternos!

Así se les deslizaba santamente la vida en el trabajo

á aquellos pobres voluntarios y santísimos obreros; los cuales, como sus jornales y estipendios cubrían con sobrante los módicos gastos de la casa, podían ser, como lo eran de verdad, los padres de los pobres, socorro de los huérfanos y desvalidos y consuelo de los miserables. Ni lujos, ni vanidades, ni superfluos dispendios tenían entrada en aquel taller modelo: antes los despilfarradores hallaban en él mudo consejo, los flojos estímulo al trabajo, los menesterosos alivio y paz, y todos eran adoctrinados y aguijados á la virtud con tan edificantes ejemplos.

A tal vida había de corresponder una santa muerte; á este admirable tejido de obras heroicas de todo género de virtudes había de seguir el fin bellísimo de los pobres de espíritu; y así fué en efecto. ¿Qué puede turbar el sueño de los justos en aquella hora postrimera? Como tienen el corazón despegado de todos bienes de la tierra, y esperan con fe viva los eternos, ganados con privaciones y sacrificios, dejan tranquilos y sin dolor este valle de llanto, para volar á la posesión del reino perdurable. Tal fué la muerte del justo José, rodeada de todos los consuelos espirituales, celebrada por los ángeles del cielo, y llorada en la tierra con lágrimas de gratitud por tantos, á quienes había socorrido con los productos de su pobreza evangélica. ¡Dichoso él y dichosísimo, que después de haber recibido al contante el cien doblado en este destierro, rodeado de brillante corona de justos, goza ya del reino eterno! ¡Dichosos los que sigan constantes sus huellas hasta la muerte!

## EJEMPLO

*El perolito de Sevilla*

Muchos son los enfermos que han encontrado en sus dolencias alivio ó salud, atribuida á la protección de San José por medio de objetos pasados por este perolito, ó cazolón; por lo cual vamos á describir su origen edificante, según lo refirió el Propagador de San José en el mes de Marzo de 1873.

Era el miércoles de Ceniza del año 1872, á eso de las tres de la tarde, cuando se presentó á una casa de Sevilla un pobre venerable, el cual dirigiéndose á la señora de la casa, le dijo con acento dulce y respetuoso:—Señora, ¿me da usted una limosnita por Dios?

Sintiendo ella vivos deseos de socorrerle, le preguntó:—Hermano, ¿quiere usted un poquito de bacaláo?

—¡Vaya, si lo quiero! contestó el pobre con grave y suave agrado. Y enseguida se lo bajó la prima de la señora, entregándoselo en el cazolón, en que lo había reservado.

Recibe el mendigo la comida y al darle la cuchara, dijo:—No la necesito.

—Hermano, ¿quiere usted pan?

—No señora, que tengo ya.

Sentóse el pobre con su perol, levantó los ojos al cielo y lo bendijo, quedándose luego como en espera.

Entonces la prima de la señora retirándose, le dijo: Hermano, cuando usted acabe, me avisa: y subióse corriendo á encontrar al ama diciéndole:—Mujer ¿porqué no bajas?

—¿Para qué?

—Hija, porque el pobre parece un patriarca de la antigua ley.

Sentía la señora interior impulso de complacerla, pero repuso:—¿A qué bajar yo? ¿No está ya remediada la necesidad?

—Hija, verías qué figura tiene tan simpática. Viene vestido de una ropa de color oscuro, con escarpines de lo mismo abotonados al lado, sandalias, un chaquetón ó capote abrochado como lo ponen á los apóstoles, sombrero de anchas alas, alforjas limpiísimas sobre su hombro izquierdo y su báculo. Su cara es hermosa, los ojos y cabellos castaños, barba blanca como nevada: en fin el conjunto es hermoso é interesante. Con esto la señora hizo bajar á dos de sus hijos, uno de siete y otro nueve años, los cuales acercándose al mendigo, le dijeron: Hermano, venga usted todos los días, que le guardaremos comida.

El pobre dijo varias palabras, que no entendieron los niños y añadió:—Más ¿qué digo, si no entendéis latin, ni estáis versados en las sagradas Escrituras? Mirad, hijos; cuando tengáis limosna, se la dais al primer necesitado que llegue á la puerta, que es á quien hace falta; porque ¿qué sacaríaís de guardármela, si estuviera yo socorrido? Nada: al primero que pida se la dais, que no la necesito.

Los niños no se dieron cuenta de cómo el pobre había despachado la comida, pero vieron vacío el cazolón, y que puesto el mendigo de pié, le pasaba las alforjas al rededor en ademán de limpiarlo, por lo cual le dijeron:—No lo limpie usted, hermano, que arriba ya lo harán.

El pobre no contestó; y con los dedos hizo una cruz de un lado á otro del perolito; fijó luego las tres yemas de los mismos en el fondo y dijo:—He concluido, ¡gracias á Dios!

La señora dijo entonces á su prima que lo recogiera; y el mendigo, sin dirigirse á esta ni á los niños,

gritó:—¡Señora!—Creyó esta que quería el pobre suplicarle alguna cosa, y aguardaba en silencio su petición.—¡Señora! volvió él á gritar.

La señora por impulso espontáneo se puso de pié y le preguntó:—¿Qué se ofrece á usted hermano?

—Señora, ¡que Dios eche su bendición sobre esta casa, conserve á usted y á su marido en paz toda la vida, y les conceda á ustedes bienes para criar á estos niños en el santo temor de Dios!

—¡Que Dios le oiga, hermano!

En esto levantó el pobre la voz y clamó:—Otra cosa, señora: le advierto á usted que cuando haya algún enfermo en casa, pase los remedios por este cazolón, más que sea una almendra; pues Dios ha de obrar milagros, y sean muy devotos de San José.—Dijolo todo revestido de imponente autoridad, y se retiró.

Guardaron con gran estima el perolito; pero la señora, á pesar de haber tenido enfermo y grave de garrotillo por espacio de ocho días á un niño, no se atrevió á usar de aquella prenda, temerosa de caer en alguna superstición. Con todo, una hermana suya, libre de estos temores, pasó agua por el cazolón; y dándosela á beber al niño, le devolvió al momento la salud.

A los pocos días enfermó también el esposo de la señora, y tomándolo ella como castigo de la supuesta superstición, se dirigió á una devota imagen de San José que tenía, y exclamó acongojada:—¡O Santo mío! ¡Ojalá no hubiera venido á casa el pobre! ¿Si os habreis agraviado por el uso, que hicimos del perolito?

En aquel mismo instante salió una voz de hacia la puerta de la calle, que le decía:—¡Señora, una limosnita por Dios!

Iba la señora á mandar que se asomasen para ver

qué mendigo era, cuando los niños subieron gritando:—¡El pobre! ¡el pobre!

Bajó la señora agradablemente impresionada, y le preguntó:—Hermano, ¿es usted el pobre que vino?

—El miércoles de Ceniza; le contestó el mendigo.

—No, hermano: si no es que usted dijo...

—¿A los niños y á la señorita que me instaron á que viniera por comida?

—No, hermano, sino lo del perolito.

—Esté usted tranquila, señora, que no es superstición, y no dude que por él obrará San Jose milagros: y se retiró.

Esto sucedió el seis de Marzo del mismo año, primer miércoles de mes, de tres á cuatro de la tarde. Hizo el enfermo uso del perolito y curó como de prodigio. Se practicó otro tanto para muchos otros dolientes y sanaron del mismo modo; habiéndose cumplido la promesa del anciano venerable, que muchos creyeron enviado del Santo Patriarca, modelo y protector de limosneros y pobres.





## CAPÍTULO IX

PACIENCIA ADMIRABLE É IMITABLE DE SAN JOSÉ

*Sustine, et in humilitate tua patientiam habet*  
Eecl. II, 4.



ESTE mundo es un lugar de lucha y de merecimiento, donde se conquista el cielo á punta de espada, ó á fuerza de hacerse violencia. Antes de la caída de nuestros primeros Padres los consuelos servían de escalones para la gloria; después del pecado las penas y sinsabores son los anillos del ascensor, que nos sube á la patria; ó, lo que es lo mismo: para los desterrados hijos de Eva en este valle de quebrantos no nos queda otro camino para el empíreo, sino el real de la santa cruz. Por esto las penas no entristecen al justo. *Non contristabit iustum quidquid ei acciderit.* Prov. XII, 21, porque sabe perfectamente por la fe que todo lo gobierna la dulce y amorosa providencia del Altísimo, y descansa tranquilo en sus disposiciones, diciendo resignado en todo evento: *¡Hágase, Señor, tu voluntad así en la tierra como en el cielo!*

¡A cuántos las amarguras é infortunios sirvieron de luz para conocer la vanidad de humanos placeres y la solidez y dulzura de los divinos! ¡Cuántos hubieran vivido olvidados de la eterna patria, si los padecimientos no les hubieran demostrado que este mundo es un

destierro! Son las tribulaciones y quebrantos crisol en que Dios purifica al justo, lima con que lo pule y abrillanta, acicate con que lo despierta y anima á la batalla. ¿Quién no se alienta á sufrir y á padecer, sabiendo que un breve y ligero peso de tribulación se paga con un eterno peso de gloria? ¿Quién no se esfuerza á bendecir á Dios en las acerbidades, viendo á nuestro divino Capitán hecho en toda su vida un retablo de amarguras? Desde el momento en que se cubrió con el saco de nuestra carne hasta que espiró, despreciados todos los goces terrenos, se abrazó con la ignominia de la cruz. Si queremos, pues, batallar y triunfar con Jesús, preciso es que nos armemos con solidísima paciencia, sin la cual serán inútiles y vanos todos nuestros esfuerzos.

A Jesús se pareció su Padre adoptivo y virginal, habiendo sido en este mísero valle ejemplar perfectísimo de paciencia, que deben copiar en sí sus verdaderos devotos; como vamos á ver en este capítulo, expuestas antes las cualidades de esta importantísima virtud.

## I

## NECESIDAD Y GLORIA DE LA PACIENCIA

La paciencia, dice San Agustín, es una virtud que nos hace sobrellevar con santa paz y contento los males de esta vida, cualesquiera que sean, persecuciones, injurias, reveses, enfermedades y la misma muerte por amor de Dios. Decía Job que la vida del hombre es vida de lucha en la tierra. Con más razón, ó por la misma razón podemos afirmar que la vida del hombre es vida de padecimientos. Padeciendo viene á la



vida; padeciendo corre á la muerte; padeciendo sale del mundo. ¿Qué circunstancias hay en nuestra peregrinación por este suelo maldecido, en que no tenga el hombre sus padecimientos? ¿Qué sendero se halla, que no esté sembrado de espinas y regado con lágrimas? Padecen el niño y el anciano; padecen el pobre y el rico; padecen el sabio y el ignorante; padecen el sano y el enfermo. Nadie en este mundo se libra de padecer. Y ¿qué es padecer sin paciencia sino doble padecer? Con razón decía San Pablo que la paciencia nos es á todos necesaria. *Patientia, enim, nobis necessaria est.* Hebr. x, 36.

Más, ¡bendito sea Dios, que así nos aflige y prueba para nuestro bien y salud eterna! Y ¿cómo podemos manifestar mejor la verdad y la fuerza del amor que le profesamos que sufriendo con paciencia cuanto haya que sufrir por amor de él? Poco cuesta decir al Señor que le amamos cuando henchidos de prosperidades y dulzuras, nada nos cuesta el amor: pero cuando agobiados de infortunios y calamidades, permanecemos constantes en su amoroso servicio, cuando afligidos por desgracias, pesares, persecuciones y contratiempos, bendecimos el nombre del Señor, y besamos su paterna mano, que pesa sobre nosotros, prueba es inequívoca de que le amamos sólidamente y estamos dispuestos á todos los sacrificios por su amor.

Este es el homenaje, que ha exigido siempre Dios á sus más fieles servidores. Así probó la solidez del amor de Abrahán, de Jacob, del antiguo José, de Job, de Tobías y de otros muchos. *Porque eres agradable á Dios,* dijo el ángel á Tobías, *por esto fué menester que la tentación te probase.—Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.* Tob. xii, 13. Así probaron siempre á Dios la verdad de su amor las almas justas. ¿Hubo jamás alguna que le pidiera otra

cosa que cruces y baldones? Los apóstoles iban gozosos por haber recibido azotes en pro del nombre de Jesús: *Quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* Act. v, 41. San Pablo rebosaba de gozo en todas sus tribulaciones: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* 2 Cor. XII, 4. San Juan de la Cruz, preguntado por Jesucristo en una visión regalada ¿qué quería de él en premio de sus obsequios y sacrificios? contestó sin ambages ni titubeos: *Pati et contemni pro te—«padecer y ser despreciado por Vos.»* San Francisco Javier deseaba siempre sufrir más y más ignominias y amarguras por Dios. Santa Teresa de Jesús le pedía, «¡ó padecer ó morir!» «¿Qué pecado he cometido yo, Dios mio, exclamaba otro, que me libreis del peso de la cruz?»

¡Oh! Sabían los justos al dedillo que la tribulación ejerce la paciencia, la paciencia sirve de prueba, la prueba produce la esperanza, y la esperanza no deja confundido. O, como exhorta Santiago, 1, 3. «Gozaos en padecer tribulación, no ignorando que la prueba de vuestra fe engendra la paciencia; y la paciencia perfecciona la obra, para llegar á ser perfectos.» ¿Quién, pesando estas consoladoras máximas, no se lanzará á padecer, si no con alegría, por lo menos con resignación y paciencia? No olvidemos nunca que á medida de nuestras penas sobrellevadas con paciencia y conformidad será el galardón de nuestra eterna gloria. *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* Rom. VIII, 17.

Varios grados tiene la paciencia, que algunos escritores reducen á tres. El primero consiste en estar uno animado de tal voluntad, que, puesto caso que no desee penas, ni contrariedades, ni se goce en ellas, con todo, cuando es preciso tolerarlas las soporte resuelto á continuar padeciendo antes que cometer nin-

gún pecado. Este grado es de precepto y debe adornar á todos los fieles discípulos de Cristo. Luego, por más que uno sienta la pena, el dolor y la tristeza, por más que uno gima y llore cuando está enfermo, y se lamente de la fuerza y persistencia del mal, por más que uno se duela de la muerte de sus amigos, ó por la pérdida de los bienes de fortuna, no traspasará los lindes de la paciencia, si para impedir estos males, ó manifestar su dolor no apela á medios ilícitos y reprobados. Puede hasta laudable y virtuosamente arbitrar remedios, practicar diligencias para recobrar lo perdido, subsanar los daños consiguientes, y aun mejorar su posición primera. «Llamamos pacientes, dice San Agustín, á los que sufren aun á pesar suyo, resueltos á no cometer ninguna falta para librarse de sus padecimientos:» y este es el primer grado de paciencia.

El segundo, más perfecto que el anterior, consiste en aceptar con buena voluntad los males como venidos de la mano de Dios, íntimamente persuadidos de que movido el Señor por su bondad y misericordia, no pretende con ellos sino nuestro sólido bien y provecho. Esto no quita que pongamos de nuestra parte todos los medios hábiles para el alivio de nuestras dolencias, ó reparación de nuestros quebrantos, dejando con toda confianza el resultado en las manos de tan amoroso Padre; pues en esto cumplimos también su justísima voluntad, que á todos nos quiere providos y cristianamente diligentes.

El tercer grado de paciencia, más fino y levantado, está no solo en aceptar por amor de Dios los males que nos envía, pero también en desear ardentemente padecimientos, ludibrios é ignominias, para más conformarnos á Jesús, modelo de los escogidos. Nadie más feliz en este siglo de miserias que quien llega á estas alturas; porque, como siempre consigue lo que

desea por hallarse cruces en todas partes, se goza en los padecimientos, hasta poder exclamar con San Pablo. «Rebosando estoy de consuelo, inundado voy de contento en medio de todas mis angustias.» Y cuando más apurado se siente, confiesa con el mismo Apóstol II Cor. iv, 8: «Apurados nos vemos con toda suerte de tribulaciones; pero no por eso perdemos el ánimo; nos hallamos en grandes aprietos, pero no desesperados; somos perseguidos, pero no abandonados; abatidos, pero no perdidos enteramente. Por todas partes traemos siempre la mortificación de Jesús en nuestros cuerpos, á fin de que también en ellos se manifieste la vida de Jesucristo.» ¿Puede concebirse mayor dicha en este destierro, donde brotan las espinas en todas partes, que hallar satisfacción y placer en las penas y amarguras?

Las señales de que uno aprovecha en la paciencia describelas San Buenaventura, y son las siguientes: No quejarse ni lamentarse por nada, ni de nadie. El paciente, lejos de querellarse de ningún sujeto, además de mirarlo como instrumento de Dios para su ejercicio, procura también disculpar la intención y hasta los entuertos del que lo mortifica; á no pedir la justicia ó la caridad la defensa de sus intereses ó de su honra. Por lo demás cualquiera daño que le sobrevenga, lo considera como justamente merecido por sus culpas é infidelidades, y besando la mano del Señor que lo castiga, espera tranquilo que todo cederá á gloria de Dios y aprovechamiento de su espíritu.

Otro de los ejercicios y á la vez señales de paciencia, es ocultar en el silencio sus penas, amarguras y sinsabores, contento uno y satisfecho de que los sepa solamente Dios, á quien desea agradar en todo. No obstante, deben exceptuarse de este secreto para los sufrimientos interiores el Padre espiritual, á

quien conviene descubrir lo más recóndito de la conciencia, y para las dolencias corporales el médico del cuerpo, al cual manifestará uno sus enfermedades cada y cuando según Dios lo juzgue conveniente ó preciso. No se busque en los males físicos ó morales consuelo en las criaturas, sino en solo Dios, Padre amorosísimo, que ha de ser juez y galardonador de nuestras victorias. ¿Quién no comprende con estas ligeras insinuaciones el gran tesoro y dulzura que se encierra en la virtud de la paciencia? Veamos ahora para nuestra edificación cómo la practicó nuestro Santo.

## II

## EJEMPLOS DE PACIENCIA QUE NOS LEGÓ EL SANTO

## PATRIARCA

Que San José fuera pacientísimo y en grado heroico nadie lo dudará, que traiga á su memoria las tristes circunstancias que atravesó nuestro Santo Patriarca. ¿Quién pondrá en tela de juicio sus acerbas amarguras al contemplar ya en sus primeros años el infeliz estado del pueblo escogido y del mundo universo? Cuando extendiera su mirada por el orbe de la tierra, poblado de millones de habitantes, sepultados casi en su totalidad en las tinieblas de la idolatría y sombras de la muerte, cuando contemplase á su pueblo, antes tan querido del Señor, y entonces tan ingrato y rebelde á las divinas gracias, de seguro que impelido por el ardentísimo celo que abrasaba su alma, sentiría á par de muerte tanta indiferencia é hipocresía en los suyos y tanta perdición en los extraños; porque para una alma como la suya, tan enamorada de la divina Bondad, nada hay en la tierra que

le cause tanta pena y aflicción como ver á su Amor ofendido y menospreciado de las criaturas y á estas precipitarse ciegamente á su eterna ruina.

Y ¿qué hacía el pacientísimo José en tan acerba tribulación? Todo cuanto estaba en su mano para remedio de males tamaños: esto es, además de trabajar con todo empeño en bien de sus semejantes, rogaba fervorosa y abincadamente al Eterno para que enviase presto la medicina tan suspirada, y adoraba lleno de fe y de humildad los secretos juicios de la divina Providencia en la permisión de tantos crímenes y pecados. Una gran perturbación y amargura vino á probar la paciencia de San José poco después de sus misteriosos Desposorios, perturbación y amargura tanto más acerbos y penetrantes cuanto más espirituales y recónditos.

Observó el virginal Esposo que María estaba en cinta, y por su profundísima humildad se vió anegado en un mar sin fondo de perplejidades y zozobras. ¿Qué es esto? preguntábase á si mismo. ¿Será mi Esposa la Virgen de Jessé, predicha por Isaías, que debe reunir en sí la flor de la virginidad con la perla de la maternidad? Al instante se agolparon en su mente los oráculos de los profetas, el cumplimiento de muchos vaticinios, precursores de la venida del Mesías; y con su claro talento y conocimiento de las Escrituras infería que María, de la tribu de Judá, de la rama de David, ángel en la pureza, incapaz de cometer ni sombra de la más ligera falta, mujer cual ninguna según el corazón de Dios, era la más digna y como tal la predestinada á cubrir el Verbo increado con la corteza de nuestra carne, y por consiguiente que había concebido en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios.

Este pensamiento, que habría producido en otros sentimientos de complacencia, de alegría y de santo

orgullo, engendró en San José afectos de reverencia, confusión y horror sagrado, hasta tal punto que, arrebatado de estupor, no sabía qué hacerse ni qué determinar. «¿Mi Esposa Madre de Dios? ¿El Hijo del Altísimo en mi casa? ¡Oh! ¡No puede ser! ¡Tiemblo con solo pensarlo! ¡Ah! Huiré á esconder en medio de las selvas mi vileza é indignidad. Mas ¿cómo separarme de Esposa tan santa y tan santamente querida? ¿Descubriré mi secreto á algún varón de Dios, para desahogo de mi alma y consejo de mi conducta? Pero ¿cómo he de osar publicar lo que Dios ha querido tan oculto?»

Explica el Padre Vallejo estas acerbas penas por una de aquellas pruebas heroicas á que sujeta Dios á sus amados, para aquilatar su fortaleza y paciencia, por uno de aquellos desamparos con que atribula á las almas generosas, cuando el Señor, bien que en apariencia, les vuelve la espalda, esconde el rostro y desampara. ¿Quién podrá describir la terrible agonía en que sienten sumido y desgarrado el corazón?

Más que nuestras expresiones, por vivas que fuesen, más que lo que puede concebir nuestro corto entendimiento, prueban la acerbidad de tal estado el grito fortísimo y las dolorosas lágrimas de Jesucristo en la cruz, puesto en este desamparo. Aquel válido clamor explica mejor que todas las humanas ponderaciones cuán terrible cosa sea llenar Dios un alma de tinieblas y poner sobre ella su mano. En parecidas circunstancias hallóse nuestro Santo Patriarca, según opina el Padre Vallejo.

¡Qué penas eran las suyas! ¡Qué martirio tan cruel! Tal era la agitación de su espíritu, que con el corazón partido de pesadumbre, arrastrado por su profundísima humildad, andaba en pensamientos de abandonar ocultamente á su castísima Esposa, cuando plugo al Señor sacarle de tales apuros y congojas. Mas en

tan terrible combate no perdió su paz, sino que lleno de paciencia, sumido en un mar de lágrimas, que trataba de ocultar á María, rogaba con gran fervor al Padre de las misericordias se dignara alumbrarle en medio de tan densas tinieblas, y sacarle de aquellas angustias. El Señor infinitamente misericordioso, que no prueba la paciencia más allá de los límites prescritos por su amor y por nuestra flaqueza, consoló á su Siervo en tiempo oportuno, animándole á perseverar en compañía de la Madre de Jesús.

Tráenos todo esto por su propio peso á la memoria las penas y disgustos que inundaron el pecho del Santo Patriarca cuando contempló en Belén á la Virgen y á Jesús, en noche tan rigurosa y fría, faltos hasta de lo que abunda en tales casos en chozas de indigentes. Gozoso padecía el Santo sus propios males y privaciones, pero no podía ver sin acerbísimo dolor aquellos dos soles de la gloria, dignos de celestiales obsequios, abandonados de todo el mundo y desprovistos de todo humano socorro. Con las telas de su corazón habría envuelto al recién nacido Rey de Israel, para guardarlo del helado aliento de la noche; mas era voluntad del Eterno que naciera en tanto abandono y desabrigo, y José, bien que condolido y lleno de pesar, adoraba paciente los divinales consejos, sin que saliera de sus labios ni una queja contra el emperador romano, que á tales extremos los había conducido, ni una palabra menos amorosa contra sus deudos, que sin piedad les habían negado un rincón donde cobijarse. Decíase para sus adentros: «¿Dios lo ha dispuesto? Así, pues, conviene: ¡cúmplase su divino beneplácito y no el mio!» Este era el afecto que en medio de su amargura, brotaba siempre de su resignado corazón.

El mismo sentimiento y la misma conformidad le dominaron tanto en la circuncisión como en la pre-



sentación del divino Infante, no menos en su huida que durante su estancia en el destierro de Egipto. Y ¿qué lengua podrá ponderar cual convendría las privaciones, fatigas, disgustos y sufrimientos que tuvo que sobrellevar en aquella expatriación forzada? Metido en medio de aquellas gentes bárbaras, idólatras, inhumanas, entregadas á todo linaje de liviandades y desórdenes, donde recibía el demonio adoración y culto, y la majestad del verdadero Dios era hollada con modos tan indignos, no podía menos de sentir su alma, tan abrasada en celo de la divina gloria, transida de acerbo quebranto y anegada en un mar de penas, capaces de causar la muerte á corazones menos esforzados. ¿No leemos por ventura en las historias de muchos santos que perecieron de pesar con ver la honra de Dios ultrajada y la pérdida de tantas almas?

Y ¿qué dirémos si tomamos en consideración lo que sufriría su pecho tan compasivo al saber la matanza de los inocentes niños, víctimas de la desapoderada rabia y ambición de Herodes? Los ayes, los gritos, las lágrimas de los niños despedazados, la desesperación de las madres, desoladas unas por la pérdida de sus hijos, sacrificadas otras con el fruto de sus entrañas, se presentaban en su imaginación con tal viveza y laceraban su alma con tal dolor, cual si lo hubiera presenciado y visto todo con sus propios ojos. Y su corazón sentíase tanto más tristemente impresionado, cuanto que no desconocía ser su amadísimo Jesús á quien en cada uno de aquellos Santos Inocentes buscaba Herodes, y en cada uno de ellos consideraba sacrificada la prenda de su vida. Y en tan criminales sucesos ¿qué hacía el pacientísimo Patriarca? ¿Lleno de santa ira é indignación, pedirá al Señor de las venganzas que arroje fuego del cielo que consuma al sanguinario asesino, ó que se abra la tierra y que lo trague en

castigo de sus crímenes, como á Datán y Abirón? Sabe que Dios se reservó la venganza, y rogando por el delincuente, sufre y acata las divinas disposiciones, con que quiso el Señor condecorar con la corona de mártires á tantos Inocentes para celebrar su entrada en el mundo.

De este suerte se iban eslabonando unos padecimientos morales tan duros con otros más acerbos, acrisolándose con ellos la paciencia de San José para incremento de sus glorias. Brillante perla de esta corona fué la que ganó en la sensible y sentida pérdida del Imán de sus amores por espacio de tres larguísimo días. Nuestro Padre Vallejo, tomándolo de una santa contemplativa, dice que subió á tal extremo el dolor del Santo Patriarca, que en aquellos días no pudo por la fuerza de su pena y amargura comer bocado, ni cerrar sus ojos. ¡Qué mucho que hubiera llegado á desfallecer, á no confortarlo el Señor para otros trabajos no menos aflictivos y meritorios!

Por último bien podemos decir que la vida de San José fué un martirio continuado; porque, sea por las revelaciones del Anciano Simeón, sea por las intimidades con que Jesús trataba con su Padre nutricio sobre los excesos de amor que había de obrar en Jerusalén, sea por el claro conocimiento que tenía de las sagradas Escrituras, es lo cierto que San José más perfectamente que los apóstoles sabía los tormentos, afrentas, ludibriós y muerte tan cruel como ignominiosa, con que el Salvador había de labrar nuestra vida. Al contemplar, pues, á su prenda querida y figurarse con toda la energía de su imaginación los improperios, insultos y martirios de que Jesús había de ser blanco y víctima, traspasado de pena inopinable, derramando abrasadas lágrimas, sentiríase morir de puro dolor. Entonces, levantando el corazón al

eterno Padre, suplicaría que pasara de él tan amargo cáliz, y aceptara el sacrificio de su vida por la de Jesús: pero conociendo y oyendo en su interior que preciso era que Jesús muriese para vida del mundo, anegado en mar de amarguras exclamaría resignado: «¡No se haga, Señor, mi voluntad, sino la vuestra!» Tal era su paciencia y santa conformidad.

Si deseamos, por tanto, ser devotos suyos, es menester que nos esforcemos en imitarle, siguiendo sus huellas en tan preciosa virtud, por mucho que cueste á nuestro amor propio. Solo llevando en paz y conformados, cual venidos de la divina mano, todas las cruces y contratiempos, empuñaremos la palma de gloria eterna. Sin la paciencia nos perderemos miserablemente; con la paciencia seremos santos. *Patientia autem opus perfectum habet.* Jac. I. 4. Por esto San Juan á todos los santos que vió en el cielo formando ejércitos de bienaventurados, á todos vió armados de palmas en las manos. *Vidi turbam magnam et palma in manibus eorum.* Apoc. VII, 9. Si aspiramos á reinar con Cristo, es indispensable que haciendo violencia á nuestras pasiones, padezcamos pacientemente con Cristo. *Si compatimur, ut et conglorificemur.* Rom. VIII, 17. ¡San José nos aliente á todos á padecer conformados por amor de Dios!

#### EJEMPLO

##### *Deseos cumplidamente satisfechos*

En la vida del bienaventurado Juan B. de la Salle, últimamente beatificado por nuestro Santísimo Padre León XIII, se leen no pocos hechos que infunden tierna devoción y filial confianza en el glorioso San José.

La Salle, fundador del célebre y santo instituto de los Hermanos de la doctrina cristiana, consagrados á la católica educación de la juventud, recomendaba con frecuencia á sus hijos que tomaran en todo por modelo á San José, custodio de la infancia de Jesús.

Por su parte desde sus más tiernos años había manifestado devoción especial y edificante predilección por tan gran Santo. Habiendo puesto su Congregación bajo el amparo y patrocinio de San José, no solo procuró promover sus glorias entre propios y extraños, sino que también mandó que todos los días se rezaran en sus residencias las letanías del Santo y todos los años se celebrasen sus fiestas con esplendorosa solemnidad. Y si tal amor demostró á San José durante la vida, mayor fué, si cabe, aquel de que dió evidentes señales en la hora de su muerte. Entre los consejos que legó á sus hijos en la hora postrimera, uno hay que quiso dejar consignado en su testamento, y dice así: «Recomiendo á los Hermanos de la doctrina cristiana que veneren con ferviente devoción á San José, patrono y protector de este Instituto.»

Atacado el Beato Juan de la última enfermedad que lo llevó al supulcro, hacía supremos esfuerzos para disimular sus agudísimos dolores, á fin de llevar todo el peso en el cumplimiento de su cargo. Pero al fin de la Cuaresma el mal se exacerbó de suerte y sus dolores eran tan violentos, que se vió en la precisión de meterse en cama. Fué en toda su dolorosa enfermedad admirable su paciencia y resignación en la voluntad divina. Nunca prorrumpió en la menor queja, sino que bendecía al Señor que le ponía en tan dura prueba para acrisolar sus virtudes. Cosa era de gran consuelo observar cómo á medida que se acrecentaba la debilidad de su cuerpo, crecía el gozo de su alma, hasta manifestarse con gran edificación en su semblante.

«Confiadamente me prometo, decía él, que San José pronto me sacará de la servidumbre de Egipto, para introducirme en la tierra de promisión.»

La fiesta del Santo se acercaba, y su proximidad, así como su devoción por el Padre nutricio de Jesús le inflamaban en vivas ansias de celebrar en su fiesta el Santo Sacrificio de la misa en su obsequio. Pero enteramente resignado en Dios, se contentaba con simples deseos; dado caso que sin un milagro parecía imposible lograr tal gracia. Con todo, esta gracia, que el bienaventurado La Salle no se atrevía á esperar y aun menos á pedir, le fué generosamente concedida por el glorioso Patriarca.

La víspera de la fiesta á eso de las seis de la tarde sintió el feliz enfermo que los dolores disminuían y sus fuerzas se reanimaban. Sorprendido por tal novedad, creía que aquello era sueño, y no se atrevía á descubrirla á nadie. Al otro día por la mañana se aseguró que aquella vuelta súbita á salud y robustez no era sueño, ni juego de la imaginación, sino una gracia verdadera que le hacía San José, para que pudiera celebrar los divinos misterios á medida de su gusto. Levantóse, pues, con fuerzas más que suficientes para dar pábulo á su devoción.

Grande fué la alegría así de su alma tan favorecida del Santo, como de sus religiosos, que lo creían curado milagrosamente. Agradecidos por tanto bien, no cesaban de bendecir, alabar y ponderar las misericordias de Dios y el valimiento del castísimo Esposo de María. El bienaventurado La Salle, aprovechándose de tan inefable gracia, subió lleno de fervor al altar á celebrar con edificante recogimiento su última Misa.

El despejo y la agilidad con que lo hizo, indujo á los Hermanos á creer que de verdad había el enfermo recobrado sus fuerzas y salud, perfectamente curado

por intercesión de San José. Con esta persuasión pidieron gozosos á su Padre les dirigiera la palabra para su provecho espiritual, como si estuviera completamente sano. Así lo hizo el bienaventurado Fundador con tan religiosa unción, con tal vigor y fuerza, cual si nunca hubiera estado enfermo. Pero ¡caso raro! después de haber satisfecho la devoción y filial piedad de sus hijos y Hermanos, volvió de nuevo á su estado de postración y á sumirse en la misma gravedad de que había salido durante aquella tregua, ó paréntesis de sus dolores.

Con gran pena reconocieron entonces los Hermanos que su Padre no había recobrado la salud, como ellos se figuraban, sino que San José se la había prestado cumplida por algunas horas, para satisfacer las ansias de su Siervo por celebrar el santo Sacrificio de la Misa. En hecho de verdad pocos días después, juntando el Bienaventurado sus manos y levantando sus ojos al cielo, durmió plácidamente el sueño de los justos, lleno de amor y confianza en San José. ¡Él nos comuniqué á todos desde el cielo sólida devoción al Santo Patriarca! Amen.





## CAPÍTULO X

### JUSTICIA DE SAN JOSÉ

*Deduxit me per semitas justitiae*

Ps. xxii, 3.



El nombre de Justicia encierra dos sentidos, admitidos por los doctores católicos. Significa por el primero aquella virtud moral por la cual atribuimos y damos á cada uno lo que es suyo, sin pretender ni codiciar nunca lo ajeno. Y que San José se hubiera distinguido y sobresalido en esta noble y cristiana cualidad se desprende y colige fácilmente de la caridad con que repartía lo suyo entre los menesterosos; porque ¿quien con tanta generosidad distribuía lo propio, envidiaría jamás lo ajeno? ¿Había de menoscabar el buen nombre del prójimo el que respecto de su virginal Esposa portóse tan humano, que nunca dejó entrar en su corazón ni el más ligero juicio ni la menor duda, contrarios á santidad tan esclarecida?

Otro significado tiene el nombre de Justicia, que cuadra también con mayor gloria á nuestro Santo Patriarca, y es el conjunto de todas las virtudes. Así lo entendieron siempre los santos Padres. San Juan Crisóstomo al hablar de la justicia de San José, dice: «Justo significa aquí lo mismo que perfecto en todo

género de virtudes; porque si hay una especial justicia, que consiste en estar libre del vicio de los avaros, hay también otra justicia general, que abraza enteramente todas las virtudes; y en este sentido se toma la justicia en las sagradas Letras, como cuando se dice: *El hombre justo es veraz: entrambos eran justos en la presencia de Dios.*»

Con esta generalidad expone Alberto Magno que San José fué varón justo por la constancia de su fidelidad en cuanto pertenece á la justicia; justo por la virtud de la castidad, que es propia de la templanza; justo por la excelencia de la discreción, que pertenece á la prudencia; justo por la estrenuidad de sus obras, que es fruto de la fortaleza; y por tanto, justo, porque brillaron en él las cuatro virtudes cardinales. Tomando, pues, la justicia por la reunión de todas las virtudes, por la perfección cristiana, ó por la verdadera santidad, examinemos lo que esta abraza, y en compendio de las glorias de San José, cómo la tuvo este Santo en grado eminentísimo.

## I

## EN QUÉ CONSISTE LA SANTIDAD

A todos nos convida Dios nuestro Señor á ser perfectos y santos, ya que á todos, sin distinción de clases, ni condiciones, nos amonesta: *Stote perfecti.— Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.* Matt. v. 48. Y esto no es de ahora solamente, ni exclusivo de la ley de gracia, porque ya en el Antiguo Testamento repetía muchas veces el Señor: *Sed santos; puesto que yo soy santo.* Lev. xi, 44. Y para que esto se grave con mayor intensidad, y nadie juzgue que es recomendación de momento, además de encar-



garse lo mismo en la ley evangélica, epístola de San Pedro 1. 16, encomiéndose con particular encarecimiento en el libro del Apocalipsis xxii. 11, diciendo: *El que es justo justifíquese más y el santo más y más se santifique.*

Preguntará alguno: ¿en qué consiste esta santidad, justicia ó perfección, para trabajar en conseguirla? A lo cual responde el Doctor angélico que la santidad no es otra cosa sino la perfecta caridad ó amor de Dios. Por donde, sabiendo por otro lado lo que nos dice por San Juan el Espíritu Santo, conviene á saber: *que aquel que recibe mis mandatos y los observa, este es el que me ama; y cualquiera que me ame, practicará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos á él, y en él pondremos nuestra morada;* bien podemos decir sin temor de equivocarnos que aquel es más santo que mejor cumple la divina voluntad.

Mas para que uno se diga sólida y establemente santo no basta una que otra obra hecha por amor de Dios, ó con vivo deseo de agradarle; sino que es necesario que el alma esté adornada de tal virtud, que por inclinación habitual de su caridad en todas sus obras, palabras y sentimientos no busque sino el divino agrado. Y dado que esta inclinación habitual es imposible sin gran desprendimiento de los bienes temporales y del amor propio, por esto la perfección ó santidad tiene estos dos polos, sobre los cuales gira toda la esfera de nuestro bien; por el primero nos levantamos sobre todo lo caduco y deleznable, y por el segundo nos unimos íntimamente con Dios fuente y venero de nuestra verdadera felicidad: por el primero nos purificamos cada día más y más de nuestros defectos é imperfecciones, y por el segundo nos actuamos más y más en el amor divino.

El primer deber, pues, de un cristiano que aspire á

la perfección, ó quiera conseguir la perfecta justicia es hacer guerra sin tregua ni cuartel á sus defectos, por pequeños que sean. Por esto dijo la eterna Verdad: *Regnum celorum vim patitur, et violenti rapiunt illud.*—*El reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos, estos lo arrebatan.* Matt. xi. 12. Con todo, en esta lucha importantísima, de la cual dependen nuestros adelantos en la senda espiritual, no todos los defectos se deben combatir igualmente, sino que siguiendo la táctica enseñada por los mejores maestros, se debe atacar con mayor fuerza y brío el defecto ó pasión dominante; porque derribado este Goliath, los demás pónense fácilmente en precipitada fuga.

Es engaño muy grande y estorbo perniciosísimo para la consecución de la perfecta justicia, no poner sumo cuidado y empuje en vencer las pequeñas faltas; pues según enseña el Espíritu Santo. *Qui spernit modica, paulatim decidet.*—*Poco á poco vendrá á caer quien desprecia lo pequeño.* Eccl. xix. 1. Conforme á esto escribe San Gregorio: «De la incuria, desprecio y frecuencia de incurrir en mínimos defectos, proviene que se acostumbre el ánimo á no tener horror de culpas graves.» Y San Agustín en el libro de las diez cuerdas incúlcanos bellamente. «No despreciéis los defectos veniales porque son pequeños, sino temedlos porque son muchos. ¿No son por ventura bien diminutos los granos de arena? Con todo, si en gran cantidad se echan en la nave, la sumergen y destruyen. ¿Qué pequeñitas son las gotas de lluvia! ¿Y por ventura no hinchan los ríos y derrumban las casas? Debe, pues, temerse la ruina por la muchedumbre, ya que no por la magnitud.»

Así se expresaba enérgicamente aquel santo Doctor; no porque muchos pecados veniales, por más que se

multipliquen, no tratándose de faltas contra la justicia, lleguen á formar un pecado mortal, sino porque por sus pasos contados conducen á la culpa grave, y por ella á la eterna ruina. Por esto mismo enseña el Venerable Padre La Puente en una de sus máximas espirituales: «No tanto daña á la santidad caer en una que otra faltilla, que nos puede servir de materia de humildad, como caer por costumbre, ó multiplicar por hábito las mismas faltas; lo cual engendra en los corazones la tibieza, tan condenada del Espíritu Santo.»

— Cuánto impidan estos defectos la perfección cristiana lo comprenderá perfectamente quien pondere que entristeciéndose con ellos el Espíritu consolador, por quebrantarse, aunque en cosas pequeñas, la divina ley, además de hacerse uno, si no enemigo, por lo menos desagradable á Dios, pierde muchas é importantes gracias que habria conseguido, y como abominable á los ojos de Dios, se hace indigno de otras mayores. Luego el que pretende alcanzar la perfecta justicia ó santidad, no solo debe hacer guerra irreconciliable al pecado mortal, que este es el supremo de los males y la muerte del alma, pero también debe perseguir sin tregua los veniales é imperfecciones, y sobre todo, por ligero que parezca, el defecto dominante.

— A esta guerra continua é incesante debemos juntar un empeño siempre creciente por la práctica de todas las virtudes; que son el cortejo de la perfecta caridad, ó segundo polo en que gira la santidad cristiana. Para lograr esta inclinación habitual á obrar siempre por amor de Dios, San Ignacio nos aconseja que no perdamos punto de perfección que con la divina gracia podemos alcanzar, ó lo que es lo mismo, que con todas nuestras fuerzas, con todo el corazón, con toda el alma, y con toda la mente amemos á Dios.

Matt. XXIII, 37. Por esto nos concede sus auxilios y gracias el Señor, para que con todos ellos y con toda su intensidad correspondamos á sus designios. ¡Qué asombrosos y edificantes serían nuestros progresos en la perfección, si así lo cumpliéramos!

Bellísima es la teoría que expone Santo Tomás para explicar cómo encamina el Señor á sus escogidos á la santidad y justicia más encumbrada. «Dios, dice 3 p. q. 27, a. 3, es acto purísimo, y nada tiene de potencialidad, donde pueda recibir nueva perfección; porque estar en potencia es como estar en vacío, y estar en acto es como estar lleno de lo que el acto significa. Por tanto; cuanto una naturaleza ó sujeto tiene más de potencia y menos de acto, tanto más tiene de imperfección, y más lejano, ó desemejante es de Dios, dechado de toda perfección. 1 p. q. 3, a. 2. Por lo cual cuando la gracia ú operación divina embiste al alma para perfeccionarla ó embellecerla con la justicia perfecta, esto principalmente obra en ella (in 1 sent. dist. 17, q. 2), es á saber; sacarla de la ociosidad á la obra, reducirla de la multiplicidad de la potencia, en que es desemejante á Dios, al acto de su semejanza; y en esta actuación de la caridad, ó en este acto puro de aquel uno necesario está la perfección ó santidad maciza.»

Esta operación divina, que llaman los teólogos místicos purgación, extiéndese á dos efectos en que son defectuosos nuestro entendimiento y nuestro amor. Es el primero, que alcanzamos poco de las divinas perfecciones, y así es muy limitado el amor que de este conocimiento sacamos: y el segundo, que aun en esto poco que alcanzamos de conocimiento y amor, más estamos en hábito que en acto, de manera que si nos actuamos en la contemplación y amor de Dios, derrámase luego nuestro entendimiento en gran multipli-

cidad de objetos, saliendo de la unidad actual á que estaba reducido en Dios; por lo cual San Gregorio compara el vuelo de la contemplación al de los saltamontes, que suben poco, y eso para abatirse luego á la tierra.

Para mayor inteligencia de todo lo dicho se ha de suponer que la potencia pasiva del alma es como infinita, opus. 9, q. 81; porque, aunque la potencialidad de uno reducida esté á acto según un grado de gracia ó de perfección, le queda todavía capacidad como infinita para otros grados mucho mayores, para los cuales está en potencia ó vacío, y que pueden ser reducidos á acto de mayor perfección ó semejanza con Dios.

Correspondiendo, pues, con todas nuestras fuerzas á los estímulos de la gracia, va creciendo nuestra actuación, desapareciendo en el alma el vacío ó potencialidad, y vamos adquiriendo nuevos grados de justicia, y disponiéndonos para otras gracias, que podemos y debemos reducir á acto, con nuevos acrecentamientos de santidad. Así se entiende que el justo, según los auxilios de Dios recibidos lleno ya de justicia, se debe justificar más con las nuevas luces con que el Señor lo ilumina, y que el santo por haber reducido á acto toda la fuerza del hábito que tenía, puede y debe santificarse más y más, procurando no perder punto de los favores y gracias con que Dios lo inicia á la santidad.

Esto entendido ¿quién podrá vislumbrar siquiera la gran altura de perfección y justicia á que nos levantaríamos, si resueltamente nos empeñáramos en no perder ninguna gracia, quilate ó átomo de ella á que podamos cooperar? Esta fué la correspondencia de San José á los extraordinarios y poderosos auxilios con que Dios le asistía, y por tanto esta su consumada santidad.

## II

## SANTIDAD CONSUMADA DE SAN JOSÉ

Prevenido el glorioso Patriarca con gracias muy especiales, asegúrase que jamás mancilló su alma con la más leve culpa, ni imperfección; y no es de admirar, porque, además de hacer repugnante discordancia la más ligera mancha con la dignidad augustísima del Padre de Jesús, créese piadosamente, y con gran fundamento que San José inmediatamente después de haber sido concebido en el seno de su madre, fué purificado de la culpa original y libertado del fómite de la concupiscencia. Claramente lo predicó Gersón delante de los Padres del Concilio de Constanza, no solo sin que se levantara una sola voz contra su piadosa doctrina, mas también con aplauso general, ya que de común consentimiento se ordenó que su discurso fuera estampado como dicho delante de tan distinguida asamblea; debiéndose notar que el docto y piadoso Canciller adujo en su confirmación y abono el oficio ó rezo Jerosolimitano, compuesto en honor del Esposo virginal de María.

El Padre Morales, que defiende con gran copia de razones la misma enseñanza, cita en su apoyo á muchos célebres intérpretes de la sagrada Escritura, y famosos panegiristas, siendo de nombrar el Beato Padre Orozco, agustiniano, el Beato Padre Canisio, jesuita, y el Padre Salmerón, compañero conspicuo de San Ignacio. ¿Cómo el Eterno había de negar á su Lugarteniente San José privilegios concedidos á santos de menor categoría? Si Jeremías fué santificado en el seno materno, porque había de brillar entre los profetas de Jesucristo; si el Santo Bautista recibió la gracia

santificante á los seis meses de concebido, porque había de mostrar con su índice al Cordero divino, con mayor razón hemos de confesar se distinguió con este privilegio nuestro Santo Patriarca, levantado al orden de la unión hipostática, ó trato inmediato y familiar con el Verbo humanado. Pregunta Isidoro de la Isla: «Si el Señor santificó á sus siervos, ¿porqué no había de hacer lo mismo con su Ayo y Padre adoptivo, á fin de que con honrosa idoneidad fuera tenido por tal y ejerciera tan divino ministerio?

Ya que no igualdad, débese admitir semejanza entre San José y María Santísima. Habiendo, pues, la Virgen sido concebida sin mancha de pecado desde el primer instante de su Concepción, porque de su virginal vientre había de tomar el Señor el sayal de nuestra carne, parece justo y conveniente que el Santo Patriarca, el cual con el sudor de su frente había de alimentar al mismo Hijo de Dios, fuera santificado en el vientre de su madre con preferencia á todos sus siervos; mucho más si pesamos uno de los argumentos con que se defendía la Concepción inmaculada de la Virgen antes que fuera declarada canónicamente dogma de fe.

Decían sus defensores que así como entre las jerarquías angélicas hay una serie no interrumpida de espíritus, subiendo en perfección desde el ínfimo al supremo sin solución de continuidad, ó en lenguaje moderno y matemático, así como las cualidades de los seres orgánicos son funciones continuas, que se van desarrollando desde el órgano más sencillo hasta la perfección humana; así en el orden la gracia, para la belleza del plan divino, debe de haber su progresión ordenada desde el primer grado de santidad hasta la humanidad de Cristo: por lo cual se notaría un vacío inmenso entre esta y el hombre redimido, con no admi-

tir á María concebida sin pecado. ¿No se descubriría, por ventura, un gran salto entre la Virgen y el Bautista, si no confesamos á José santificado en el seno de su madre, no á los tres ni á los seis meses, sino inmediatamente después de engendrado? Esta fué casi siempre la opinión de los panegiristas de nuestro Santo, y esta es hoy día la opinión general, y no hay escritor de nota que no la defienda, y esta la doctrina que predicó San Bernardino de Sena, cuando sobre su cabeza brilló la ya nombrada Cruz miraculosa.

A San José aplican también la bendición de Jacob, que se lee en el Deuteronomio XXXIII, 16. *La bendición de aquel que apareció en la zarza venga sobre la cabeza de José.* ¿Qué significaba aquella zarza misteriosa, que ardía sin consumirse, sino la Virgen sin mancilla? Así lo entendieron muchos Padres, y así lo interpreta la Iglesia en su liturgia. Por tanto, San José más que ninguno había de participar del misterio de la Concepción Inmaculada. Y ¿qué bienes son los que para su hijo deseaba Jacob? Rogaba que fuera colmada la tierra de José, *de los frutos producidos por el sol y la luna, de los que crecen en la cumbre de los montes antiguos, de los frutos de los collados eternos.*—*De pomis fructuum solis et lunæ, de vertice antiquorum montium, de pomis collium æternorum.* ¿Quienes son el sol, la luna y los montes antiguos, sino Jesús y María y los santos más renombrados, figurados en aquellas grandezas naturales? Digamos, pues, que San José, aunque concebido en culpa, fué santificado en el seno de su madre, por cuanto Jesús y María fueron concebidos sin mancha; y algunos justos, fruto escogido de los collados eternos, recibieron antes de nacer la filiación divina; gloria que cede en alabanza de Cristo y de su Madre, como recibida por el que fué fiel custodio y defensa de entrambos.



Complemento es de esta doctrina que San José no sintió jamás el estímulo de la concupiscencia, el aguijón de la ley de la carne, que repugna á la ley del espíritu; porque, aunque bien se puede conceder en los otros santos confirmados en gracia que conservaron la divina amistad aun sintiendo los halagos é incitamientos de la pasión, con todo, debemos suponer á San José del todo exento de rebeldía, por demandarlo así, conforme enseña el Beato Pedro Canisio, tanto la extremada belleza de la Virgen, como el deber sagrado de cohabitar familiarmente con ella. Bien es verdad que podía el Omnipotente impedir en el castísimo Esposo toda culpa, aun la más liviana, á pesar del fomes y de sus movimientos; pero, como en su divina Providencia ordena todas las cosas sapientísima y suavísimamente, acomodando los medios proporcionados á sus fines, y medio más idóneo y suave sin duda era apagar del todo con la gracia y perfección de las virtudes el fuego sensual, que, dejando la raíz de él, embargar sus efectos, por esto sabiamente quiso el Eterno quitarle y extinguir de todo en todo el apetito desordenado. ¿Cómo de otra manera hubiera podido ser con el debido esplendor custodio y escudo de la virginidad angélica de María? De otra forma ¿cómo el divino Cordero, que se complace en apacentar entre lirios y azucenas, habría descansado gozoso y placentero en el regazo del Santo Patriarca?

De todo lo cual se puede sin esfuerzo colegir y sacar que la santificación de San José en las entrañas de su madre excedió á la de los demás justos, que fueron agraciados con favor parecido, no solo en la mayor abundancia de dones espirituales, sino también por la preservación de toda culpa. Sí, pues, á algunos de ellos les fué otorgado, como consta de sus historias, que no pecaran ni aun venialmente en todo, ó á lo

menos en gran parte del decurso de su vida, de seguro que á nuestro Santo lo libró constantemente el Señor de la más leve imperfección en la práctica de todas las virtudes.

Con razón exclama entusiasmado San Francisco de Sales en sus *Entretenimientos*: «¡Oh! ¡Qué santo es el glorioso San José! No solo es patriarca, sino corifeo de todos los patriarcas; no solo es confesor, sino más que confesor, porque en su confesión están contenidas la dignidad de los obispos, la generosidad de los mártires, y la gloria de todos los demás santos. En buena ley débese parangonar á la palma, que es el rey de los árboles, y tiene las cualidades de la virginidad, de la humildad y de la esforzada constancia, tres virtudes en las cuales fué supereminente el glorioso San José: y si se quiere entrar en comparaciones, no faltará quien defienda que en las tres excedió San José á todos los santos.» Tal era el concepto que del nuestro tenía el suavísimo Prelado de Ginebra.

Y en verdad, ¿qué virtud podía faltar á aquel á quien dá el renombre de Justo el mismo Espíritu Santo? Con esta divina justicia se actuaba San José en todas ellas, acomodándose al grado y á la sazón á que le solicitaba la gracia, sin que nunca perdiera punto de perfección en circunstancia ninguna. Justísimo fué en la obediencia, cumpliendo con sumisión y empeño la voluntad divina manifestada por el ángel: justísimo en la fortaleza, con que se condujo en todos los acontecimientos así prósperos como adversos: justísimo en la templanza, usando con moderación de todas las cosas necesarias á la vida, con el ánimo siempre levantado á las del cielo: justísimo en todas las virtudes, en su corazón siempre grandes, siempre heroicas y sublimes, sin pecar nunca por exceso ni por defecto.

¿Qué pecho se hallará tan firme, que nunca se incli-

ne ni á un lado ni á otro, conservándose constantemente en el justo medio? Solo en el cúmulo de todas las virtudes, gobernadas por una prudencia toda de lo alto, puede encontrarse tanta justicia. Y tal era, en efecto, la justicia ó santidad de nuestro Patriarca, adornado con carismas inefables, enriquecido con todos los buenos hábitos en grado muy subido, dirigiéndolo todo y en todo gobernándose como conformaba con la primera autoridad de la Sagrada Familia, la más santa que imaginarse puede en la tierra. La justicia señalaba en cada instante de su vida y en cada circunstancia de ella á San José qué virtud debía practicar y hasta que punto y sazón; y San José así lo ejecutaba con toda puntualidad, sin malversar jamás ninguno de los auxilios con que Dios le asistía.

Con tales fundamentos ¿á qué alturas llegaría la torre de santidad levantada por el Santo Patriarca? No hay palabras para expresar su inmensa cumbre; porque con la cooperación constante del Santo á los movimientos de la gracia ibase llenando su alma de nuevos merecimientos, y creciendo estos en cada obra, se iba multiplicando su justicia de una manera portentosa. Esto sin considerar los aumentos extraordinarios que recibiría en circunstancias especiales que le deparaba la Providencia. ¿Qué cúmulo incommensurable de gracias no atesoraría en el nacimiento de Jesús, en la Circuncisión, en la Huida á Egipto y en otras mil ocasiones que se le ofrecieron durante su cohabitación con Cristo y con su Esposa Santísima? ¿No se pierde de vista por su altura inefable la santidad del glorioso Patriarca?

○ Duda se ofrece entre los doctores si San José recibió en esta vida los sacramentos de la ley de gracia, que instituyó Jesús para santificación nuestra; pues no se halla en la Escritura ni en la tradición lugar expreso

que lo indique; y además es cosa recibida que murió antes de la institución de estas fuentes de salud eterna. Con todo, como es cosa igualmente admitida que San José pertenece principalmente al Evangelio, ó por lo menos es el anillo que junta la nueva con la antigua alianza, tiénese por muy probable que por lo menos recibió el Santo Bautismo; porque escrito está: *No entrará en el Reino de Dios, sino el que renaciere de agua y Espíritu Santo: Jo. III, 5;* y con mayor motivo podemos publicar de San José lo que de la Virgen asegura Alberto Magno, conviene á saber: «que si no se bautizara, no tuviera el carácter é insignia, por la cual los cristianos se distinguen de los judíos y gentiles.» No obsta para ello que hubiere sido justificado antes de su nacimiento, porque, como enseña Santo Tomás in 4. d. 6. q. 1 y comunmente los doctores, ninguno por esto está desobligado del bautismo, ni es tampoco este acto inútil, por cuanto se recibe con la impresión del carácter colmo de gracias, aumento de merecimientos y ejercicio de virtudes.

¡Cómo se recrecería la justicia de nuestro Santo al recibir de manos de Jesús el agua regeneradora! Creíble es que María y José, primicias de los predestinados, serían también los primeros en sellarse con esta marca tan noble é indeleble ya mucho antes del bautismo de Jesús en el Jordán. ¿Por ventura el Santo Precursor no predicaba ya del bautismo de Cristo antes que públicamente se administrase? Además ¡cuántas veces Jesús trataría de ello con su Padra adoptivo! Y al entender éste los grandes tesoros de gracia que estaban en él encerrados; ¿no propondría á su Hijo nutricio, como el eunuco de la reina de Candaces á San Felipe: *Ecce aqua, quid prohibet me baptizari?* Act. VIII, 36. Y así tenemos por admisible que Jesús administró á San José el Santo Bautismo por una ex-

cepción singular antes que públicamente lo promulgase. Y en oyendo hablar de la confirmación ¿no recibiría también de manos del Redentor esta otra insignia de firmeza, de hermosura y de santidad, con inefables aumentos de gracia? Y si no pudo comer el Pan Eucarístico, porque la institución de este sacramento de amor estaba reservada para aquel día memorable de tan santas ceremonias, el Jueves santo, ¿quién duda que enterado de los planes amorosos de Jesús, lo recibiría espiritualmente repetidas veces, muriéndose de envidia santa de los que habían de participar sacramentalmente de aquel maná divino?

Calcule cualquiera con estas premisas los inmensos caudales de gracia con que ennoblecería y haría meritorias sus obras más insignificantes. ¿Y en el taller de Nazareth? ¡O taller de Nazareth! ¿No era aquello un cielo anticipado? Por cierto no era menester allí grandes esfuerzos para conservarse en la divina presencia y acrecentar el amor de Dios; puesto que allí tenía continuamente á Jesús cebando la dulce y amorosa llama; y si por algún breve instante había José de separarse, allá dejaba su corazón siempre fijo en el Imán de sus amores, emulando á los ángeles, que aun fuera del cielo contemplan sin cesar la cara de Dios. Publiquen los doctores que en aquella benditísima familia de Jesús, María y José los tres tenían un solo corazón y una alma sola, los mismos afectos y las mismas aspiraciones. Y ¿es posible tan perfecta armonía sin que San José creciera en santidad al compás y á imitación de María en progresión ascendente? ¿Es posible tanta consonancia sin que llegara San José á una justicia y perfección consumada?

En cada momento, y en todos los momentos, ya que de una vez era imposible, aquella potencialidad casi infinita, purificada ya en tan alto grado desde el prin-

cipio de su carrera, se iría reduciendo á acto y conduciendo á San José á una santidad tal, que con inclinación habitual obrara los actos más heroicos y acabados de virtud. Y esto no en un solo día, sino en el espacio de sesenta años, sin que en tan larga vida pasara un solo momento que no aprovechase con toda la intensidad de la gracia que animaba su corazón. ¿Quién no admirará con esto la inmensa y divina santidad de San José? Ya no es de extrañar que prediquen sus devotos que después de María fué nuestro Patriarca el mayor santo, más santo que todos los justos y ángeles del cielo.

Mas oponen á estas alabanzas la autoridad del Evangelio y de la Iglesia, que vindican para San Juan Bautista tan elevado privilegio, es decir, que Juan es el mayor santo de los nacidos. En efecto; dice San Mateo XI, 11: *Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista*; y la Iglesia nuestra madre canta en el oficio del mismo:

*Non fuit casti spatium per orbis  
Sanctior quisquam genitus Joanne.*

Respondamos al Evangelio por el mismo Evangelio, y á la Iglesia por la Iglesia, y veremos que no es tan grave la dificultad como á primera vista parece. En efecto; el Evangelista al hacer el encomio de San Juan se refiere á los santos del antiguo testamento, como el mismo texto lo reclama, puesto que después del mencionado elogio, añade: *Qui autem minor est in regno caelorum, maior est illo.*—Pero el que es menor en el reino de los cielos es mayor que él. Así lo entendieron nuestros célebres intérpretes los Padres Maldonado y Cornelio á Lapide con San Jerónimo. Benedicto XIV no repara en afirmar que este elogio de Jesucristo no

se opone á la mayor excelencia y dignidad de San José, por cuanto en él se hace referencia á los santos de la vieja alianza, y no á los de la ley de gracia, entre quienes se cuenta nuestro Santo Patriarca.

Además, si hemos de interpretar un Evangelista por otro, como prescribe la buena exegesis, encontramos en San Lucas VII, 28, que se dice: *Maior inter natos mulierum propheta Joanne Baptista nemo est.— Entre los nacidos de mujer no hubo mayor profeta que Juan Bautista.* De donde se deduce que se trate de comparar á los santos profetas del antiguo Testamento con el Precursor, y no con los santos ni aun profetas de la nueva Ley. Por lo cual escribe el Padre Suárez: «En esta comparación no veo sea temeraria ni improbable, antes al contrario, creo piadosa y verosímil la opinión de la supereminencia de San José sobre los demás santos en la gracia y en la bienaventuranza, porque nada se halla que lo contradiga ni en la Escritura ni en los Padres. Y si se encuentran algunas expresiones generales, en que parece anteponerse á los Apóstoles, pueden interpretarse de forma que la comparación recaiga sobre los otros santos, sin exclusión de algún particular privilegio, y más particularmente pueden referirse á los santos que sucedieron á los mismos Apóstoles, más nó á los que precedieron ó fueron contemporáneos y vivieron con Jesús.»

A los que objetaren que no es esta la doctrina de la Iglesia consignada en el himno trascrito del oficio á honra de San Juan, diremos también que allí se refiere á los santos anteriores al Bautista, por cuanto Pío IX en el decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, declarando á José Patrono de la Iglesia universal, confiesa que después de María siempre se ha venerado á San José *summo honore et laudibus*, con preferencia á los demás santos.

¿Qué extraño es, pues, como aseguran algunos escritores, que adornado San José con tan inefable y extremada santidad, muriese á fuerza de vivo amor? Ved ya á su alma nunca mancillada con la más leve culpa actual, engrandecida sobre todos los más elevados montes de santidad, después de la de su querida Esposa la más enriquecida por el sagrado Corazón de Jesús. Vedla enaltecida con su cuerpo inmortal sobre los coros de los ángeles en trono de gloria y majestad al pié del deseado de los eternos collados. ¡O José, el más santo después de María, interponed vuestro valimiento en pró de estos vuestros devotos! Amen.

## EJEMPLO

*San José fomento de devoción al Santísimo*

Dice el P. Pedro Morales en su preciosa obra sobre Jesús María y José, que conoció á un venerable sacerdote, muy devoto de la Virgen y de San José, que para disponerse fervorosamente á celebrar la Santa Misa, solía meditar detenidamente el Evangelio que se canta en la fiesta del Santísimo Sacramento. Aplicaba diferentes sentencias á diferentes pasos del Sacrificio incruento, y al llegar á la consagración y comunión parecíale con toda viveza que ante sus ojos se presentaban alegres y con rostro risueño la Virgen y San José, los cuales mirando tan presto á Jesús en el Sacramento, como al mismo celebrante que lo tenía enfrente, rezaban alternativamente los versículos del indicado Evangelio, y principiando primeramente la Virgen, decía: *Caro mea vere est cibus—mi carne es verdadera comida*. Después San José proseguía: *Et sanguis meus vere est potus—y mi sangre es verdadera bebida*. Y así continuaban alternando hasta concluir



el Evangelio, con gran consuelo de su alma. ¡O qué dulzura para su corazón pensar, comulgando, como la carne de la Virgen, pues se formó en sus entrañas! ¡Comulgando, bebo la sangre divina sustentada con los ardientes sudores de San José!

Con esta consideración y contemplación sentíase el sacerdote regalado con dulcísimos é inefables afectos de fervor divino. Inflamado de esta suerte con tales consideraciones, parecíale ver salir el Arcángel San Gabriel con gran solicitud, el cual, postrándose de rodillas entre la Virgen y San José, adoraba repetidas veces al divinísimo Sacramento de la Eucaristía, y clamaba: *Ecce panis angelorum, factus cibus viatorum!* — ¡*Hé aquí el pan de ángeles, hecho manjar de mortales!* Y en esto recibía en su corazón al Huesped divino, sintiéndose todo abrasado en llamas de amor de Dios.

Así se enfervorizaba aquel ministro de Dios para celebrar el máximo de los sacramentos, figurándose participar á la vez de la carne purísima de María y de los sudores de San José.





# GLORIAS DE SAN JOSÉ

## PARTE TERCERA

### CAPÍTULO PRIMERO

#### VARIOS EJEMPLOS Ó MARAVILLAS DE SAN JOSÉ



AREMOS principio á esta última parte con aquella reflexión que con tanta oportunidad nos hace San Ligorio al hablar en sus Glorias de María de los favores portentosos de esta divina Señora. «No faltan, dice, quienes, alardeando de vivir libres y puros de preocupaciones, no quieren dar crédito á otros milagros que á los registrados en las Santas Escrituras: y para estos tales viene á cuento una observación del docto y piadoso Padre Crasset, el cual opina que cuanto más fáciles y prontas son las personas de bien en dar su asentimiento á los milagros que les cuentan, tanto más los perversos son propensos á burlarse de ellos como de consejas de gente ociosa; y así como es debilidad

reprehensible dar fe á cualquiera relación sin fundamento sólido, así también negar todas las maravillas que atestiguan varones sabios y virtuosos, ó sabe á impiedad creyendo son á Dios imposibles ó indignas de infinita grandeza, ó huele á temeraria incredulidad rehusando prestar asenso á lo que refieren autores doctos y diligentes en la investigación de los hechos.»

Y esta observación del santo Doctor es en nuestros tiempos de tanto mayor importancia cuanto que muchos, aun de los que por su carácter debieran promover sentimientos de piedad y devoción, contaminados sin conocerlo del virus racionalista de nuestros días, hacen como desprecio de cuanto se les refiera con caracteres sobrenaturales. ¿Podremos dar crédito á César, á Tácito, á Suetonio y á otros escritores gentiles, y aun á herejes, y lo negaremos sin temeridad á cristianos eruditos é irreprehensibles? Mucho más digno es de loa y menos peligroso, según enseña el Beato Pedro Canisio, creer y acatar con ánimo piadoso lo que con alguna probabilidad nos narren personas cristianas, que rechazarlo todo con espíritu de menosprecio y aires de incredulidad: esto es indicio de ánimo poco reverente y despreocupado en demasía, y aquello no solo no es aprobado de los doctos, pero también sirve para la edificación y enseñanza de los prójimos. Y para aliento de los celosos bueno es que se sepa que nuestros antiguos Padres de la Universidad de Salamanca, los distinguidos Padres Suárez, Vázquez, Lugo y lo más granado de todo España tenían en tan alto aprecio la difusión de ejemplos edificantes y de cosas sobrenaturales, que todos los sábados subía uno de ellos al púlpito para referir simplemente á los fieles alguno de estos hechos ó favores extraordinarios de la Virgen Santísima.

Con este ligero preámbulo vamos á recopilar varios

ejemplos ó gracias obradas por San José á favor de sus devotos, gracias, mercedes, ó hechos maravillosos sacados de escritores dignos de crédito, ú oídos de labios de personas merecedoras de nuestra fe. Para proceder con algún orden, los dividiremos en siete grupos ó capítulos, en obsequio de las siete alegrías del Santo.





## CAPÍTULO II

### SAN JOSÉ AMPARO DE LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS

**D**io IX, de feliz memoria, declaró á San José patrono de la Iglesia universal, porque como tutor y jefe de la Sagrada Familia tenía derecho de patronato sobre todas las familias cristianas. Mas ¿quién duda que lo tiene con muy particular motivo y mayor razón sobre aquellas que, profesando seguir los consejos evangélicos, imitan más de cerca aquella santísima Familia, modelo de los predestinados? ¿Quién, después de Jesús y de María, fué como San José tan perfecto ejemplar y maestro de pobreza, de castidad y de obediencia, virtudes de que hacen profesión los religiosos? Admírase sin disputa en la casa de Nazareth, aunque pequeña, la norma más acabada de la vida común y una regla viva y esplendorosa de la vida activa y contemplativa. Por ello todos los institutos religiosos manifestaron siempre por las glorias y devoción de San José una predilección marcada; y San José protegió visiblemente á los religiosos siempre que en sus apuros y necesidades se acogieron á su amparo. Entre otros muchos hechos auténticos y edificantes vamos á citar algunos que confirman esta verdad de tanta gloria para el Santo Patriarca.

## I

## EL SUEÑO DE KINGARÚ

El primero que vamos á copiar está sacado de *Las misiones católicas*, tom. IV, pág. 54, de 1883. En la costa oriental del Africa florece hoy día Manderá, pequeña misión, cultivada por fervientes religiosos á fuerza de indecibles trabajos, fertilizados con las bendiciones del glorioso Patriarca. Hé aquí cómo refiere el Reverendo Padre Hacquard la fundación de esta aldea como particular obra del glorioso San José:

«Corría el año 1880: necesitábamos una estación intermedia entre Bagamoyo y Mhomda, cuando acompañado del Padre Machón, emprendí un viaje para explorar y buscar un sitio conveniente, donde levantar y establecer un pueblo cristiano. Tomamos el camino bajo la sombra del Santo Patriarca, llevando una reliquia suya como áncora de nuestra esperanza; habiendo de antemano fijado el 19 de Marzo para el día de partida. En efecto; celebrado el Santo sacrificio de la Misa, nos dirigimos á Udoé, no visitado jamás por ningún europeo, que se sepa, y lo cruzamos en gran parte.»

«Son los indígenas de aquella comarca antropófagos; y aunque oímos sendas voces fatidicas, diciendo que se comerían con gusto á algunos de nuestros bagajeros, proseguimos confiados nuestra ruta, sin vernos inquietados en nada. No obstante, siempre que se trataba de obtener autorización para fijar allí nuestra vivienda, nos despedían al instante, sin que nos dejaran concebir esperanzas ni siquiera lejanas de buen logro.»

«En esto me dirigí á San José y le dije:—En vues-

tras manos descansamos, glorioso Patriarca: por la gloria de vuestro divino Jesús habeis de mostrarnos el lugar escogido por Dios en los designios de su misericordia para trabajar en provecho de estas pobrecitas almas. Obrad como mejor os plazca; pero nosotros no tomaremos determinación ninguna hasta que se fije el lugar, donde querais que se erija la futura misión. — Proseguimos el viaje: dejando el Udoé, pasamos al Urigua, caminando sin guía ni norte, y andando á la ventura errantes de pueblo en pueblo, remitidos de un jefe á otro sin halagüeño resultado.»

«Por fin, el miércoles de Semana Santa llegamos á casa de un cacique llamado Kingarú, conocido en el país con el mote de *cara de serpiente*, para distinguir-lo de otro Kingarú, el grande, rey de Ukamí; pues el nuestro gobernaba tan solo el pueblo de Mandera.»

«No bien nos hubo visto, cuando se detuvo como admirado; y luego retrocediendo un paso, y mirándonos de hito en hito, prorrumpió en estas expresiones:—¡Sí! ¡Esos son! ¡Esos son!—Meneó después la cabeza, volviéndonos á observar detenidamente; y cuanto más nos miraba, mayores eran sus señales de asombro, y volvía á repetir:—¡Sí! ¡Los mismos! ¡Ellos son!

«Entonces dirigióse á nosotros, y nos dijo:—Escuchad mis palabras, escuchad. Este noche, no sé si dormido ó despierto, he visto ante mí á un venerable y bello anciano, que tocándome como para despertarme, me ha dicho:—Kingarú, sepas que vienen á tu casa con una pequeña caravana dos blancos; recíbelos bien y dales cuanto te pidan.—Y sois vosotros, ¡sí! ¡Vosotros mismos! Sois tú y tú, á quienes el anciano me mostró, los mismos que yo ví. ¡Oh! ¡Qué maravilla! ¿Como ha podido ser todo esto?—Y sin darnos tiempo de hablar, llamó á las gentes del pueblo y les dijo:—Mirad aquí á los dos blancos, á quienes ví

esta noche juntos con el buen Anciano, y de quienes os hablé esta mañana al levantarme. ¡Helos aquí! ¡Ellos són!»

«Aquellos sencillos habitantes nos miraban con el mayor asombro, como á hombres misteriosos. En cuanto á nosotros, sorprendidos por de pronto ante las exclamaciones del jefe, en breve descubrimos la clave del enigma. San José había trabajado por nosotros; y de lo íntimo del corazón se lo agradecemos, suplicando llevase á feliz término la obra comenzada.»

«Calmada algún tanto nuestra grata sorpresa, participé á Kingarú el objeto de nuestro viaje, y le pedí en sus tierras lugar á propósito para establecer nuestra residencia.—Todo lo que poseo es vuestro, respondió el excelente Jefe; mi casa, mis campos, y mis hombres están á vuestra disposición. Escoged lo que os agrade; y quedaos con nosotros.—Permanecemos en su casa ocho días, celebrando las fiestas de Pascua en medio de aquel pueblo desconocido, que San José nos había designado. Kingarú se excedía á sí mismo en muestras de afecto y veneración; nos albergó en una de sus mejores cabañas; nos hizo traer carneros, volateria, arroz y ricos plátanos; nos condujo á todas partes, mostrándonos los sitios más idóneos, y prodigándonos los más claros testimonios de respeto y de simpatía.»

«Una vez elegido el lugar de nuestra vivienda, dispusimos de nuevo nuestra partida, para la cual el buen Jefe, que sin duda es de aquellos á quienes, según el Doctor angélico, enviaría Dios un ángel antes que dejarlos morir sin bautismo, quiso servirnos de guía y de escolta hasta los confines del Udoé.»

«Al cabo de quince días de nuestra llegada vino á visitarnos en Bagamoyo; y llegado el momento de principiar la obra proyectada, volvió de nuevo con



gran tropa de hombres para conducir á los Padres Misioneros y llevar todo el equipaje y enseres necesarios. Desde entonces no se ha desmentido á sí mismo en su cordial y generoso comportamiento para con nosotros; y es uno de los más asiduos y constantes, que concurren á los ejercicios de la Misión. Esto y mucho más ha obrado San José por el pueblo de Mandera, por lo cual le debemos honor, y gloria y reconocimiento eternos.»

## II

## LA CARTUJA EN CAPÍTULO GENERAL

En los primeros años del siglo xvii, pasó la orden de los Cartujos por una grande prueba y tribulación, que puso en cuidado á los religiosos más conspicuos y venerandos del Instituto. Lloraban los pobres porque no se presentaban pretendientes del santo hábito, y los noviciados estaban poco menos que vacíos, y los conventos próximos á quedarse desiertos, despoblándose y consumiéndose lentamente á la manera y semejanza que se destruye y reduce insensiblemente á la nada un ejército numeroso, cuando nuevos reclutas no vienen de tiempo en tiempo á llenar las plazas que dejan vacías los veteranos inválidos ó fenecidos.

Con objeto de atender á esta necesidad tan triste y apremiante convocóse capítulo general de la orden, que se reunió en la gran Cartuja. Los padres allí congregados, después de haber inquirido y examinado la causa y remedios para conjurar el peligro, que les amenazaba, creyeron que el auxilio principal les había de venir del cielo; por lo cual resolvieron acudir con toda humildad y confianza á la protección y am-

paro de San José. Por efecto de este dictamen y acuerdo se decretó que la orden entera reconocería al Santo por patrono de ella, y que todos los años su fiesta se celebraría como una de las más solemnes. Como se decretó, así se efectuó con toda puntualidad y exactitud, y presto se palparon efectos dulcísimos y saludables. En breve se presentaron numerosos pretendientes, y los noviciados se llenaron de gente escogida, de forma que desapacieron por completo los motivos de temor y de inquietudes.

Era la casa de Lión una de las más afligidas por el desconsolador vacío; pero como prometiera celebrar todas las semanas tantas misas en obsequio de San José cuantos fueran los sacerdotes del convento, recibió en pago de su devoción y confianza numerosos y fervientes sujetos, llenos de fe y de entusiasmo por abrazar todas las austeridades del penitente Instituto. ¡Cuántos otros conventos y religiones pudieran confesar lo mismo! Y ¡cuántos se poblaron y florecieron en observancia regular y mutua caridad por la protección del Santo Patriarca!

### III

#### EL ASNILLO DE LAS HERMANITAS DE LOS POBRES

Hasta el mes de Febrero de 1864 las Hermanitas de los pobres en Niort tenían que llevar á fuerza de brazos lo que recogían en la población. Solamente alguna vez que otra se servían de un carrito tirado por un rocín que apenas podía tenerse en sus cuatro patas, y que por caridad les prestaba una buena vecina. En cierta ocasión, que se valían de la bestezuela para aligerar su fatiga, toparon con un albéitar, el cual notando el mal estado del borrico, les aconsejó que lo devolvie-

ran cuanto antes á su dueña, si no querían que el animal muriese en sus manos de ellas.

En esto llegó la fiesta del glorioso San José, y las Hermanitas, por temor de que se les muriera el rocín con riesgo de tener que reparar tal pérdida, se veían privadas del auxilio que les ofrecía aquella buena vecina; pero el Santo, á cuyo amparo se habían acogido con fervientes súplicas, vino presto en su ayuda. Otra devota mujer, que largo tiempo hacía estaba enferma, había prometido que procuraría se les comprase un buen vehículo, si San José le devolvía la salud quebrantada. No se hizo sordo el Santo á las voces y promesas de su devota, la cual habiendo conseguido el favor anhelado, dióse maña para recoger cuanto antes el escote en que varias personas habían convenido para el fin indicado, y les compró el carrito con un asnillo robusto. Por este medio gozosas las Hermanitas pudieron desde aquel día servirse del jumento, armado con todos los aparejos nuevos, que les pagó de limosna un devoto propietario. ¡Cuántos hechos parecidos se cuentan en los años de todas las órdenes devotas de San José y en especial de estas buenas Hermanitas!

Establecidas en Barcelona el año 1863, en sus comienzos, á causa de la estrechez de la casa, no daban asilo sino á mujeres: más hé aquí que un día llamó á su puerta un pobre anciano de ochenta años de edad. «¿Qué se le ofrece á usted hermanito?» le pregunta la portera.

«Señora, vengo para quedarme aquí; pues me dijeron que recogían ustedes viejos.»

Salió la superiora, y en vano le respondió que no podía asilar á ningún hombre, porque no tenían lugar.

«Pues, señora, replicó el viejo, yo no me voy de aquí hasta que me den acogimiento.»

«Y ¿cómo se llama usted, hermanito?»

—José.

—¿José?

—Sí, señora, hasta que Dios quiera.

Chocó este nombre á las Hermanitas, y advirtiendo además que aquel día era miércoles, consagrado á San José, se miraron unas á otras, como para deliberar. Mas pronto estuvo resuelto el pleito, y se resolvió que se quedara el anciano en obsequio de San José.

Pero ¿cómo hacerlo? El pobre estaba lleno de miseria y cubierto de sucios andrajos, sin haber en la casa vestido que ponerle. En tanto la Madre asistente general dijo á la superiora de la casa: «Salga usted con otra Hermanita á pedir limosna para vestir al pobre, mientras yo lo lave y peine, como es menester.» Durante este breve coloquio sonó el timbre de la puerta, abrió la portera, y un desconocido le entregó un bulto, retirándose al momento. ¡Qué sorpresa tan placentera! Desenvolvieron el lio y hallaron en él un vestido completo para el pobre anciano. Desde entonces, con la protección de San José y caridad de los barceloneses, han prosperado allí las Hermanitas de suerte, que cuentan ya con un grandioso palacio y otra buena casa para albergue y sostén de los pobres viejos.

## IV

## TRIUNFO DE UNA VOCACIÓN

Pocas veces llama el Señor al estado religioso por caminos extraordinarios, sino que nos conduce á él por la oración, reflexión y consejo, con la esperanza de acertar en negocio de tanta importancia. Con todo, á veces lleva por sendas privilegiadas,

como aconteció con Sor María Gontal, muerta en la Visitación de Marsella después de cincuenta y seis años de vida religiosa y edificante.

Vivia la joven Gontal vivamente impresionada por el ejemplo de su hermano, que en la flor de su mocedad se había hecho Capuchino en Lión, y sentíase movida fuertemente á seguir sus huellas, consagrándose sin reservas al divino servicio. Mas el enemigo de las almas, envidioso de tan bellas disposiciones, trataba de sofocar en su origen la celestial semilla; por lo cual combatía los buenos propósitos de la doncella con rudeza suma y tenaz empeño. Por una parte, además de presentarle el mundo erizado de obstáculos y cubierto de vínculos, que le impedían su salida, llenábale la imaginación de preocupaciones, pintándole la clausura y la obediencia como diametralmente opuestas á su genio: por otra parte, sumida en densas tinieblas, parecía que no le constaba claramente de la voluntad de Dios, que debe ser en todo nuestro norte y guía; por lo que rehusaba tomar ninguna resolución sin una luz cierta y positiva.

«¿Qué vas á hacer? le repetía el mundo: no todos los buenos han de entrar en religión; ó sino ¿á qué vendría á parar la tierra? En el siglo puede un hombre también no solo salvarse, sino hasta llegar á un alto grado de caridad cristiana.» Pero á su vez la fe y la gracia, esclareciendo su entendimiento con nuevo brillo, la impelían al abandono total del mundo y hacían resonar en su alma las palabras del divino Maestro: *Deja cuanto tienes, toma tu cruz y sígueme.* En estas luchas interiores recurría á la oración y suplicaba al Señor se dignase manifestarle su voluntad, protestando que estaba pronta á cumplirla, por más que le costase la vida.

Para conseguir esta gracia hizo varias novenas al

glorioso Patriarca San José, con la segura esperanza de que sería su guía en negocio de tanta monta; y no fué vana su esperanza. En tanto el señor Gontal, su padre, cayó gravemente enfermo, y la buena hija no tenía otro pensamiento sino el de cuidarlo con verdadero amor y solicitud filial. Había llegado ya su última hora, en la cual el moribundo antes de espirar, viéndolos á ella y á su hermano á la cabecera de su lecho, les dijo en despedida para la eternidad: *Hijos míos, muero tranquilo. Si al borde del sepulcro, ea que me veis, alguna cosa pudiera quitarme la paz, seriais vosotros dos, á quien dejo huérfanos. Mas no os turbeis, hijos míos: si vosotros sois virtuosos, y Dios me lo permite, yo os haré sentir mi amor.*

Algunos días después acosada de una profunda tristeza por la pérdida de persona tan querida, la doncella se fué al campo acompañada de personas amigas, en busca de distracción y solaz. Iba meditabunda siguiendo su camino, cuando en un recodo se le presentó un pobre pidiéndole limosna, que ella le dió con buena voluntad. A cosa de unos veinte pasos salióle de nuevo el pobre, y le volvió á pedir limosna, y ella repitió la caridad con igual generosidad y dulzura. Pero lo que más la sorprendió fué que por tercera vez se le presentó el mendigo y le pidió no solo una limosnita por amor de Dios, sino también alojamiento para aquella noche.

A esta demanda la señorita Gontal sintióse tiernamente conmovida, y sospechando si el indigente sería algún enviado del cielo, dióle por tercera vez limosna, y le rogó que la aguardara en su casa, dándole las señas, y que allí le daría grato albergue aquella noche. Habiendo llegado á la casa indicada, término de su viaje, y en habiéndose retirado después de la cena las personas amigas que la habian acompañado, la

señorita Gontal suministró al peregrino todo lo necesario y lo alojó en un cuarto donde pudiera cómodamente descansar.

Á su vez retiróse también la buena doncella, y se puso de rodillas suplicando al Señor por intercesión de San José la iluminase en sus dudas y se dignara ser su protector y su guía en todos sus pasos. En aquel instante volviéndose maquinalmente hacia la puerta, vió al pobre mudar súbitamente de aspecto, y que tomando la figura de su padre, le decía con voz clara: *En recompensa de la caridad que has ejercido conmigo, como con miembro doliente de Jesús, yo te digo de su parte que es voluntad de Dios te metas religiosa.*

En esto iba ella á contestar agradecida, cuando se le presentaron algunas de las personas amigas que se lo impidieron. Mas la favorecida doncella se despidió disimuladamente para recogerse en su aposento, donde pasó la noche sin cerrar los ojos entregada á la oración y hacimiento de gracias. Por la madrugada al despuntar del día fué en busca de su huésped, pero el enviado de Dios había ya desaparecido.

Asegurada, pues, sobre la voluntad divina la señorita Gontal no pensó en otra cosa sino en ejecutarla con toda presteza y fidelidad. Una dificultad se oponía á sus vivas ansias, y era la elección del instituto donde mejor pudiera servir á Dios y procurar su mayor gloria. Pronto disipó el Señor sus dudas y ansiedades. El día de la fiesta de San José de 1621, después de haber confesado y comulgado en obsequio del Santo y después de haber implorado con instancia su mediación para su resolución definitiva, dirigiase absorta y tranquila á su morada, cuando notó que gran multitud de gente se encaminaba á la iglesia de la Compañía de Jesús. Informóse del motivo, y supo que predicaba en ella el santo Obispo de Ginebra, por lo cual

todos se apresuraban para ir á tomar asiento. Allá se fué también la buena doncella, habiendo conseguido poderse poner en frente del púlpito, desde donde podía oír y ver al santo Predicador.

Con el edificante ejemplo de San Francisco de Sales, y sobre todo al escuchar de sus labios la felicidad y ventajas de la vida religiosa, ponderadas por el santo Predicador al dirigirse á los novicios jesuitas, sintióse como trasportada y fuera de sí, y más ansiosa que nunca de salir del mundo. Otra circunstancia especial le abrió el camino de la Visitación. Como una señora, que estaba cerca de la Gontal, le dijera que aquel celoso Prelado era fundador de unas religiosas, que sin grandes austeridades llevaban vida angelical, concibió nuestra doncella tan ardientes deseos de ingresar en aquel Instituto, que no dudó ni un momento ser aquella voluntad de Dios y una gracia conseguida de San José por medio de su devoto el santo Obispo de Ginebra. San José, pues, le abrió las puertas de la Visitación, como la misma sor Gontal lo reconoció toda su vida con sumo agradecimiento, y allí la colmó de gracias abundantes para labrar la santificación de su alma.

## V

## ESPERANZAS CUMPLIDAS

He aquí un trozo de una carta, en que se confirma cuán valiosa es la intercesión de San José para conseguir buen éxito en las vocaciones religiosas. Está escrita en Namur, Bélgica, el 26 de Abril de 1870.

«.... Doncella, consagrada sin reserva á la gloria de San José, voy á pagar á mi feliz Patrono tributo de reconocimiento, haciendo conocer á todos porqué in-



voco á este gran Santo en todas mis necesidades con viva y entera confianza. ¿Cómo no lo he de invocar si siempre lo he encontrado propicio? Entre las numerosas gracias que me ha conseguido, una hay que forma el encanto de mi vida, y que para la difusión del culto del Santo voy á contar aquí.»

«Era todavía muy joven, cuando resolví consagrarme del todo á Dios en la religión, hollando sin temor los halagos del mundo; y después de haberlo consultado con varones experimentados y maduros, pedí permiso á mis padres para seguir la voz de Dios que me llamaba, pero con gran pena de mi alma se me negó rotundamente este permiso. No me desanimé por esto: volví muchas veces á la carga; interpuse á mi favor á varias personas influyentes en el ánimo de mis padres: mas ¡triste de mí! todo era inútil; la negativa seguía inquebrantable.

Viéndome, pues, sin auxilio humano que me pudiera valer, resolvíme á recurrir al amparo de San José. Rogué, y procuré que otros rogasen por el mismo fin al Santo Patriarca: fijé, tal vez temerariamente, un plazo al cumplimiento de mis deseos, instándole á que para un día determinado me tuviera ya metida en el convento. Mi esperanza no quedó burlada. Una tarde feliz, en el momento en que yo menòs pensaba, mis padres me dieron el suspirado permiso, diciéndome que podía partir cuando quisiera. Díles mil expresivas gracias por la bendición, y pocos días después recibí el hábito de novicia.»

«No pararon aquí los favores de San José. Por el mes de Marzo del mismo año pedí por escrito á mi gran Abogado la curación de tres personas queridas, atacadas de males diferentes, y de cuya salud desconfiaban ya los médicos; y habiéndole suplicado con vivas instancias que por Mayo estuvieran ya sanas, mi

súplica fué oída; y los enfermos perfectamente restablecidos pudieron volver á sus ocupaciones habituales.»

«Otras muchas gracias y más particulares é íntimas fuéronme concedidas por la protección omnipotente del Padre nutricio del Salvador, á quien amo agrade-cida y amaré siempre con todo mi corazón.»

## VI

## VOCACIÓN RATIFICADA

En el año 1844 por el mes de Marzo vivía en un convento de religiosas de la Presentación de María una novicia fuertemente agitada por su vocación, y no menos tentada de volver al seno de su familia, y por ende al mar tempestuoso del siglo, donde tantos naufragan tristemente. El remedio más seguro y eficaz contra estas emboscadas del enemigo es descubrir las angustias del alma á un buen director, ó recurrir á desahogar su corazón con la superiora de la casa ó la maestra de novicias. Pero desgraciadamente las cuidadas, como en esta sucedía, ilusionadas por el demonio, suelen guardar secreta la tentación, sin querer manifestar su llaga al médico que puede curarla. Así, envuelta ya en las redes del enemigo, maquinaba en sus adentros el modo de llevar á término su salida del noviciado, cuando venturosamente descubrió sus planes á una de sus compañeras.

¡Inspiración divina, que la salvó del inminente peligro de sucumbir en que se hallaba! La piadosa y ferviente connovicia, después de haber animado á la tentada á persistir como buena en su primera vocación, ó llamamiento, la persuadió á que por lo menos no tomara ninguna resolución en contrario antes de haber

hecho las dos una fervorosa novena al glorioso Patriarca San José para implorar las luces del Señor en negocio tan arriesgado. Aunque con dudas y titubeos accedió la pobre y afligida novicia, no sin temor de llamar la atención de la comunidad, que vería reunidas á las dos para las plegarias de la novena. A pesar de todo ésta se hizo, y se hizo con fruto.

Apenas la hubieron concluido, cuando, abierto su pecho al director, se desvanecieron las incertidumbres y vacilaciones, renacieron la calma y la paz en el corazón acongojado, y revivieron en su alma el gusto y aprecio de la vida religiosa. Así la confirmó San José y la rehabilitó en los primeros fervores de su vocación, en la que perseveró contenta y edificante hasta la muerte. Pero el Señor, que la quería acrisolar más y más en su primer llamamiento, y hacer conocer á la favorecida el precio de la gracia que le había hecho por mediación de tan glorioso Patriarca, permitió en sus generosos designios que de fuera soplaran vientos huracanados, y se levantara contra su profesión desecha borrasca, que resistió la experimentada novicia con toda firmeza y virtud.

Como quiera que se le difirió en efecto su profesión, con todo, no se agotó por este contratiempo la paciencia de la pretendiente, que fué tan sólida é inquebrantable, como ardientes eran sus ansias y suspiros por ligarse más estrechamente con el celestial Esposo. Por fin llegó el tan deseado día; y la novicia con todo el gozo de su alma hizo sus votos al Señor, atándose con lazo indisoluble de pobreza, castidad y obediencia bajo la bandera de María. Convencida de que esta nueva gracia le venía por intercesión de San José, no cesó de mostrarsele agradecida, como con transportes de alegría lo hizo repetidas veces, y muy especialmente en el día de su total consagración al servicio

del Todopoderoso. Bajo el mismo seguro amparo vivió la profesa en edificante observancia y religioso fervor, habiendo acabado con santa muerte después de una vida llena de merecimientos.

## VII

## LA REVERENDA MADRE CHAUGY, COLUMNA DE LA

## VISITACIÓN

La Reverenda Madre Chaugy, una de las primeras religiosas de la Visitación, para su ingreso y después de su ingreso en el convento de Annecy experimentó dulcísimos y preciosos efectos de la paternal bondad de San José, como lo evidencian su vocación y perseverancia en la orden indicada. Sentía ella en su interior una fuerte aversión por el claustro; y con todo, la llamaba el Señor á ser uno de sus principales apoyos y su esplendente ornamento. Dispuso para ello la divina Providencia que Santa Juana Francisca Fremiot, la cual le estaba con lazos de sangre allegada, habiendo en sus correrías llegado á Borgoña, la encontrase en casa de su hija la Señora Touloujón. Como la Santa Juana Chantal penetrará y conociere los designios de Dios sobre su deuda, trató de que esta los comprendiera también. Empezó con sus finas y edificantes maneras á insinuarse en su alma; y consiguió de ella que le abriera el corazón y le descubriese los nobles y elevados sentimientos que la animaban;

En esta expansiva y familiar comunicación fué tal el ascendiente que la Santa obtuvo sobre aquel generoso espíritu, que logró de ella que, holladas sus preocupaciones contra el claustro, la siguiese á Annecy para encerrarse en su convento. Grande, pero costosa

fué la victoria. A su llegada á aquel lugar de santo recogimiento, el demonio, lleno de ira y de envidia por aquella conquista preciosa, escitó en el alma de la joven Chaugy tan revuelta tempestad, que la puso á punto de zozobrar y desistir de su religioso empeño.

Renació de nuevo en su pecho la profunda aversión que sentía por el claustro, y aun se aumentó con creces. Y por más que la devota doncella trataba de disimular la borrasca que agitaba su espíritu, habría esta salido al exterior, y la habría anegado en sus ondas sin el amparo del Santo Patriarca. Ella misma aseguraba después que, *sin la protección de San José, á quien invocaba en aquellos tristes momentos, habría naufragado sin remedio; por lo cual en lo sucesivo lo miró siempre como ángel tutelar de su sacrificio.*

Esta alma tan noble y generosa, después de varios combates sostenidos con valor heroico, se entregó por completo al impulso de la gracia, y con ella hizo notables progresos en la perfección religiosa. En este camino tuvo que sufrir rudas pruebas de todo linaje, pero todas ellas no sirvieron sino para dar mayor realce y solidez á sus virtudes. En uno de sus más dolorosos conflictos, en que su alma entenebrecida en medio de espesas nieblas, se veía agitada de perplejidades y temores, llena de santo ardimiento tomó un punzón y grabó los dulcísimos nombres de Jesús, María y José en su pecho, como se admiró después de su preciosa muerte.

Durante su vida ejerció por espacio de algunos años el oficio de procuradora, y señaladamente por la época en que se hicieron en la Iglesia grandes reparaciones. Para ello era preciso pagar todas las semanas el jornal á los trabajadores; pero no pocas veces hallaba con la caja exhausta y se encontraba sin una blanca. En estos apuros ¿qué hacía la piadosa

ecónoma? Una diligencia bien sencilla. Prosternábase ante el altar de San José, llevando en la mano la bolsa vacía, y suplicaba al Santo que se la llenase, para cumplir con los pobres jornaleros.

El corazón del santo provisor de Nazareth no podía resistir á fe tan sencilla como piadosa; y así casi siempre, después de semejantes preces, llegaban al convento socorros inesperados, que enviaban personas acaudaladas y desconocidas. ¡Tan dadivoso se muestra San José con sus devotos!

Viene en confirmación de lo mismo lo que dijo un superior de una de las casas profesas de la Compañía de Jesús, las cuales, en virtud de sus reglas, viven de solas limosnas. Aseguró dicho Padre que había aprendido de dos Padres respetables por sus virtudes y por sus canas, y que se lo había confirmado la experiencia, que acudir á San José en todas las ocasiones en que la casa estaba en necesidad, era medio eficaz para experimentar plausibles efectos de su paterna protección.





### CAPÍTULO III

#### SAN JOSÉ GUÍA Y CONSUELO DE LAS ALMAS INTERIORES

**C**OMO la vida del glorioso Patriarca fué vida oculta y escondida, vida de sumo recogimiento, en que supo juntar la parte activa con la contemplativa, la oración con el trabajo, haciendo todas sus obras, por humildes que fuesen, con la intención más pura y subida; por esto ahora que está en el cielo gozando del fruto de sus gloriosos merecimientos, se ocupa en ayudar con predilección á las almas que se consagran á la vida interior. Santa Teresa de Jesús, experimentada maestra en esta ciencia divina, asegura no haber conocido á ninguno verdaderamente devoto de San José, á quien no viera notablemente aprovechado en la senda de la perfección: lo mismo confesaba nuestro Padre Barry, insigne maestro de la vida espiritual. San José, de quien asegura San Juan Crisóstomo que «por razón de su alto ministerio tuvo su espíritu completamente libre de aquellas inquietudes que traen consigo pensamientos importunos y molestias del siglo.» es sembrador de paz, y la comunica á las almas que tratan de imitar sus virtudes y de entregarse á una conducta sólidamente cristiana. Algunos ejemplos edificantes confirmarán esta verdad.

## I

## UN MAESTRO SIN ESTUDIOS

Refiere el Padre Barry, tomándolo de las cartas edificantes del Padre Surin de la Compañía de Jesús, que cierto día se encontró este Padre con un joven verdaderamente privilegiado, el cual en medio de los encantos del siglo y de las redes de los enemigos se había conservado inocente como un ángel y sencillo como una paloma. Apenas se hubieron dado el uno al otro los saludos propios de buenos cristianos, trabaron entrambos conversación edificante, y por ella no tardó el Padre en descubrir en el mancebo un alma privilegiada, enriquecida con tales gracias y dones tan eminentes, que no recordaba haber encontrado jamás otra ni más favorecida ni más adelantada en perfección.

Discurría el mancebo sobre las cosas de Dios, sobre las virtudes cristianas, sobre las obras de perfección con tal sencillez y sublimidad, con tanta exactitud y acierto, como si hubiera cursado en escuelas de maestros distinguidísimos. Preguntóle el Padre dónde había aprendido tanto saber, y quedó asombrado, cuando oyó de los labios del joven que hacía diez y ocho años que estaba sirviendo de criado, y que jamás nadie le había dado lección ninguna sobre la vida espiritual. Esto aseguró quien hablaba en tan altas materias como un teólogo, ó como un santo.

Entonces el Padre Surin, recordando las luces, que San José suele comunicar á sus devotos, le preguntó si por ventura tenía devoción al Santo Patriarca; á lo que respondió el mancebo con estas palabras dignas de grabarse indeleblemente en nuestros corazones:



«desde la edad de seis años Dios me inspiró elegirlo por mi patrón y maestro.» Habló después con magníficos encomios de la inefable santidad de San José, y concluyó diciendo que este Santo era guía particular de las almas que aman la vida oculta y espiritual y á él se encomiendan. ¡Haga Dios que tan venturoso joven tenga muchos imitadores!

## II

## RESPUESTA DE UNA TEÓLOGA JOSEFINA

Por los años de 1869 estaba de educanda en un colegio de Mora de Ebro una niña de unos nueve años de edad, sumamente devota del glorioso Patriarca San José, á quien con infantil candor llamaba *mi Santo Abuelito*. Cumplíase en ella al pié de la letra la sentencia de Santa Teresa de Jesús, pues sus provechos y adelantos en la vida espiritual superaban en mucho sus cortos años. Discretamente devota, humilde, amable, cariñosa y aplicada se había ganado el aprecio y estima de las Hermanas de la Consolación, que la tenían bajo su gobierno.

Solamente parecía ser importuna y machacona en sus ansias y hambre verdadera de comulgar. Una y otra vez y repetidas veces lo pedía al confesor y lo solicitaba de sus maestras; y como todos se lo negaran constantemente, pretextando los pocos años de la niña, respondía ella: «ya que ustedes no me lo quieren conceder, lo pediré á mi Santo Abuelito, y él no me lo negará.» En tanto siempre que comulgaban las demás, mirábalas Nievecitas, que así se llamaba la chica, con grande devoción; y se ponía á llorar de santa envidia. «Si: yo lo pido á mi Santo Abuelito, repetía ella, y él me dará lo que ustedes no me quieren conceder.»

Nievecitas triunfó al fin. Estando un día de visita en aquel pueblo el Ilustrísimo Señor Don Benito Vilamitjana, entonces Obispo de Tortosa, pasó á descansar en el colegio; y cuando la niña conoció que el Prelado estaría para escucharla, encomendóse á San José y fué á llamar á la puerta. Al oír que decían: «¡Entren!» metióse dentro y arrodilándose á los piés del señor Obispo, le besó el anillo.

El Ilustrísimo señor preguntóle al momento.—¿Qué quieres, hija mía?

—Ilustrísimo Señor, quisiera pedirle una gracia muy grande, muy grande; que me muero de puro deseársela.

—Pues pide, hija mia; ¿qué quieres?

—Señor Obispo, ¡quisiera poder comulgar!

—¡Ah! Ya te entiendo; es que quieres ser tenida como las mayores.

—¡Oh, no! Ilustrísimo Señor: quiero tan solo unirme más estrechamente con mi Jesús.

—¡Bien! ¡Bien! Pero, ¿te sabes el catecismo?

—Ilustrísimo Señor, ¡me lo sé todo!

—Vamos á ver. Dime: ¿dónde está Dios?

—En el cielo y en todo lugar, contestó la niña con humilde desparpajo.

—Entonces, dijo el Prelado, ¿también está en tu bolsillo?

—También, Señor, contestó la niña sonriéndose.

—¿También, niña?

—También: repuso la rapacilla.

—Pues, á ver, ¿cómo lo sacas?

En esto se metió la chica la mano en el bolsillo, y estando así como parada mirando al señor Obispo y como aguardando nueva instancia, díjole el Prelado:

—Vamos á ver ¿cómo lo sacas?

A lo cual contestó el angelito:—*Ay ¡Señor! ¡Es tanto*

*y tan grande que no coge en mi mano! ¡Y tan pequeñito, que no lo encuentro!*

Al oír el Prelado respuesta tan admirable, se volvió al confesor del colegio y le dijo:—¿Qué es eso, señor Cura? ¿Quién le ha enseñado esto á la niña?

—Ilustrísimo Señor. Yo creo que el Espíritu Santo, ó su abuelito San José, como ella lo llama; porque yo jamás había oído ni leído cosa semejante, ni es creíble que ninguna de las monjas sea capaz de habérselo enseñado.

—Pues, replicó el señor Obispo: ¿porqué no le dá usted la comunión?

—Señor, porque otras mayores, que tampoco comulgan, no le tengan envidia.

—¡Qué envidia! exclamó el Prelado; ¡Fuera contemplaciones! Déle usted la comunión. Y dirigiéndose á Nieves, le dijo:—Hija, concedida la gracia, que me pides: cuando quieras puedes comulgar.—La angelical rapacilla llena de inefable júbilo, le dió las gracias por tan inefable favor, y besándole el anillo, se retiró gozosa, atribuyendo á San José la merced conseguida.

En el día señalado para la primera comunión, que fué el 21 de Junio, fiesta del angélico San Luis Gonzaga, el rostro de Nievécitas estaba encarnado como una rosa, inflamado como el de un serafín: y recibido que hubo en su alma al divino Infante, no cabía en sí de satisfacción y contento. Al ver á su buena Madre que la acompañaba en la alegría, se le echó al cuello, exclamando como fuera de sí, ébria de amor divino: —¡Ay, mamá! ¡Ya tengo lo que mi alma deseaba! Ahora ¡que el Señor se me lleve cuando guste, que moriré contenta!

—Y ¿porqué te has de morir, hija mía? le dijo su madre.

— ¡Mamá! Por no perder tan gran tesoro. Por no dejar de amar á mi Jesús.

Y en hecho de verdad el amor de Dios la consumió, según su confesor aseguraba; y á los dos meses de recibida su primera comunión murió la devota niña más que de enfermedad á fuerza del amor superior á las fuerzas de su tierno corazón. ¡Tanto había aprovechado Nievécitas en la escuela de su Santo *Abuelito* el glorioso San José! Así nos lo aseguraron personas que viven aún, dignas de fe, y que fueron testigos del hecho.

### III

#### ALMA ESCRUPULOSA SERENADA

Decía Santa Teresa no haber conocido á persona devota de San José que no fuera recogida y sólidamente piadosa. ¿No se desprende ya de este principio que San José debe ser por ello serenador de almas atribuladas y agitadas por escrúpulos? Porque cuanto impidan estos los progresos sólidos en la verdadera piedad lo enseñan los doctores místicos y lo confirma una triste experiencia. Siendo, pues, el glorioso Patriarca protector de los que se consagran á la vida interior, debe de ser también poderoso médico contra los escrúpulos; y así efectivamente lo confirman muchos ejemplos.

Escribían de Irlanda que cierta persona, joven aún, dotada de excelentes cualidades y feliz disposición para la piedad, tuvo la desgracia de dejarse avasallar por escrúpulos exagerados, viniendo á parar en un estado deplorable, que daba mucho que temer y que sentir á sus cristianos padres. En vano se ensayaron varios medios para sacarla de sus dudas afanosas y tris-

tes perplejidades; porque cada vez los escrúpulos iban en aumento, martirizando sin provecho su revuelto corazón. Por último, después de varias tentativas inútiles, desesperando ya de halagüeño resultado, se acudió como á postrer recurso al amparo de San José; y San José la protegió visiblemente.

Hízose una novena á honra del Santo, con el fin de conseguir gracia tan suspirada; y al tercero día encontróse la paciente más tranquila, y las inquietudes y angustias habían ya casi desaparecido. El último día, llena de una santa paz y alegre serenidad, escribía estas líneas á una compañera, en quien tenía gran confianza.

«¡Bendito sea Dios! Yo no sé cómo se han disipado mis dudas y mis temores de conciencia; pero es lo cierto que se han desvanecido completamente. Antes de conseguir gracia tan señalada por intercesión del Santo Patriarca, había consultado á todos los confesores que pude, pero sin obtener jamás éxito satisfactorio. Lo único que alcanzaba era quebrar la cabeza de mi padre y de mi madre, á quienes con mis ideas estrambóticas, con mis salidas peregrinas y extravagantes, y con mi tenaz y temosa porfía lograba sacar de quicio y sumir en un mar de amargura. Pero ahora, ¡gracias sean dadas al Señor! bajo el patrocinio de San José, en un abrir de ojos recobré la calma perdida, y con ella la serenidad de mi alma y la paz y gozo de mi cristiana familia.»

¿Qué maestro de almas entregadas á la vida interior puede gloriarse de tales y tan prestos triunfos en personas parecidas? Lo que muchas veces no se logra con industrias humanas se obtiene por mediación de San José.

## IV

## LECCIONES DE PACIENCIA HEROICA

En los anales de San José, serie IV, tomo 11, se refiere entre otros este hecho edificante, digno de nuestro recuerdo. «Visitó, dice un Sacerdote, por el principio de la Cuaresma á un pobre enfermo, padre de familia, momentos después de haberse confesado y cuando iba á recibir el Santo Viático. Entró en su cuarto, y halló que se respiraba allá una atmósfera balsámica de piedad y de resignación cristianas. La paz y serenidad del doliente revelaban notable contraste con su estado de salud gravísimo. Saludéle diciendo:—¡Que el Señor le consuele á usted, buen hombre! Y no me es usted desconocido, pues, si no me equivoco, le he visto á usted varias veces en mis instrucciones pastorales.

—El enfermo sonriéndose repuso: Ya lo creo que me habrá usted visto, pues tengo muy presente haberle oído á usted hablar como amigo entusiasta de San José.

—Hace ya tiempo que sufre usted ¿no es verdad?

—Mas de un mes, señor cura. Justo es que un pecador como yo se pudra vivo en lecho de dolor.

—¿Qué dice usted santo varón? Y ¿padece usted contento sus dolores?

—¡Contentísimo, señor! ¡contentísimo! gracias á Dios y á mi dulce abogado San José.

—¡Esta es una misericordia muy grande! exclamé yo. ¿Cómo la mereció usted, hijo mío?

—Señor, no la merecí yo: á San José lo debo todo.

En esto varios de los circunstantes prorrumpieron en alabanzas del enfermo, diciendo:—Si esta gracia,

bien que tan grande, es debida á alguno, á nadie mejor que á nuestro padre, señor cura. Aquí tiene usted á siete hijos suyos, todos casados. ¡Cuánto debemos á tan buen padre! ¡Qué fidelidad en el cumplimiento de sus deberes! ¡Qué de buenos ejemplos nos ha legado! Consumióse por nosotros con sus continuadas fatigas y cuidados; justo es que se lo pague el Señor con paciencia tan sublime. Hace ya tiempo que se desvive por la gloria de San José; y antes de enfermar no tenía mayor consuelo que oírle á usted predicar sobre sus glorias tan grandes. Por esto suspiraba tanto por verle á usted y tratar con usted un ratito.

—¿Con qué, hijo mío, le pregunté entonces, anhelaba usted mi visita?

—¡Muchísimo, señor, muy mucho!

—¡Oh! le dije. ¡Con qué complacencia y gusto advierto que sufre usted con paciencia y hasta con gozo! ¿No es así?

El doliente no contestó palabra; pero con una sonrisa dulce, llena de paz y de resignación cristiana indicaba ostensiblemente el consuelo de su corazón.

—¿Siente usted, preguntóle, siente usted vivos dolores?

—¡Atroces! dijo una de sus hijas. ¡Ay! Y lo peor y más triste es que después de viaticado deben hacerle una operación dolorosísima. ¡Pobre padre! ¿Cómo lo podrá resistir?

—Muy bien, con el auxilio divino; repuso el enfermo. Estoy seguro que San José me alcanzará valor y fuerzas para esta última prueba.

—¿Última? observé yo. ¿Quién sabe? No se alarme usted, ni crea tan fácilmente que esta sea la postrera de sus pruebas.

—No me alarmo por esto, señor cura; y si no fuera esta mi última prueba, estoy en que convendría pedirlo á Dios fervorosamente.

—Y ¿lo deseais de veras?

—Si, señor; de todo corazón. Y esto me han de ayudar á pedir á mi glorioso Patriarca San José.

—Así lo haremos, le dije yo; y en tanto reciba usted esta medalla del castísimo Esposo de María, para que le sirva de recuerdo y de solaz. Despedíme del enfermo, é iba á partir, cuando su mujer me llamó á parte y me dijo: —¡Ay señor! A duras penas he podido contener mis lágrimas. El pobre paciente sin un milagro de Dios muere sin remedio. Los médicos solo le dan tres días de vida, pues la hinchazón de la hidropesía le llega ya al pecho. ¡Jesús! Y ¿qué será de mí?

—¡Feliz mujer! le contesté. ¡Qué mejor dicha que tener un marido tan santo! Es preciso que con su ejemplo enseñe usted á sus hijos á conformarse con golpe tan sensible de la Providencia. ¡Dios les ayudará!

«Temiendo yo, continua diciendo el ministro de Dios, que no podría verlo otra vez, me acerqué de nuevo á su lecho, y con gran encarecimiento le hice para el cielo dos encargos, que encomendar á San José. Sonrióse el enfermo, y mirándome dulcemente, me respondió:—Harélos de mil amores; y espero y casi me prometo conseguir despacho favorable.

«Habiéndome despedido de nuevo, ya no confiaba volverlo á encontrar vivo, cuando otro día pregunté por él y supe que vivía aún. Con esto fui á visitarlo, y al entrár en su cuarto y saludarle, díjome el enfermo con cara de risa:—¡Qué caro se vende usted, señor cura! ¡Cuánto ha tardado usted en volver!

—Y usted, mi amigo, ¿cuánto tarda en deshacerse de los lazos que le aprisionan á la vida!

—¡Bendito sea el Señor, ya que así lo quiere! No obstante por medio de San José confío cumplir presto con sus recomendaciones de usted y con feliz éxito; porque por lo que á mí me toca, tengo ya concedidas dos gracias que le pedí.



—Ya le habrá rogado usted que sea esta su última prueba: ¿lo adivino?

—Sí, señor; y se lo agradezco con toda mi alma.

—¿Y la otra? Voy á adivinársela á usted. ¿Es salir cuanto antes de ella?

—Equivocóse usted, pues justamente es lo contrario.

¡Ah señor cura! Son muchos y muy grandes mis pecados, y con la ayuda de Dios prefiero pagarlos acá pasando en vida mi purgatorio. Lo confieso: la enfermedad me ha traído riquísimos bienes, y sobre todos una devoción dulcísima. Cuando me encomiendo á Dios, siento que se me derrite el alma. ¡Oh! Con qué dulcedumbre digo á mi Madre la Virgen Santísima: *¡Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte!*

—Y ¿qué pide usted al glorioso Patriarca?

—¡Oh! ¡Si todos los que temen morir se acogieran al amparo de este gran Patrono! Yo, como dije, le pido por primera gracia morir de esta enfermedad; y por segunda prolongar mis padecimientos, para pagar en este mundo todas las deudas que tengo con Dios.

—¿Y está usted seguro de haberlas conseguido?

—Yo confío que sí; y así se lo ruego á todas horas.

«Al decir estas palabras, rebosaba la alegría en su semblante y trascendía al exterior la paz consoladora de su corazón.

«Al salir esta vez del lado del enfermo, víme rodeado de su familia, la cual no se cansaba de bendecir y alabar al moribundo.

—¡Oh! me decían. ¡Si usted le hubiera visto en la cruel operación que le hicieron! ¡Qué paciencia de santo! ¡Qué tranquilidad la suya!... El médico está muy asombrado de que alargue tantos días. Sobre todo queda muy admirado con dulce edificación al oírle repetir en medio de sus agudísimos dolores: *¡Más padecer! ¡Un poquito más, Señor! ¡Un poquito más!*

—Véase á menudo recogido y rezando; á veces besa la medalla de San José, diciendo:—¡Mi buen San José, ayudadme! Menester es valor y paciencia; pero esto no basta. ¡San José sostenedme en la refriega! Y como si con esto hubiera tomado huelgo, repite:—¡Todavía más, mi Dios! ¡Más padecer! ¡un poquito más! Y como el Señor suele ser sumamente generoso en enviar cruces, complace al enfermo; el cual en medio de atroces tormentos se sonríe tan dulcemente, que arranca lágrimas de devoción á los circunstantes.

«Médicos y cuantos le veían padecer, tenían por gran portento que no sucumbiera en tantos días como se alargaba su purgatorio, estándose deshaciendo su cuerpo en pedazos. Varias veces le propusieron rogase al Señor que le abreviase tan largo y cruel martirio, y nunca lo pudieron recabar. Llegó, por fin, el tercer domingo después de Pascua, fiesta del Patrocinio de San José, y al visitarle yo á eso de las cinco de la tarde, le dije:—¿Qué es eso, hijo mio? ¿Todavía está usted padeciendo en su ambicionado Purgatorio?

—Sí, señor, contestó el enfermo; y con alegría.

—¡Alabado sea Dios, que así lo conforta y sostiene á usted en tan crudo penar! Pero ¿no sería mejor que San José se lo hubiera llevado hoy á usted para celebrar su fiesta en el cielo? Y todavía llegaría usted á tiempo: así habría comenzado usted la fiesta con dolor aquí en la tierra, y la concluiría en el cielo sumido en el gozo del Señor. ¿Conviene usted en ello?

—Aún no he padecido bastante, señor cura: más sí San José así lo quiere, ¡hágase su voluntad!

—Si querrá el Santo: con qué, hijo, á pedirselo con fervor. ¿Por ventura le negó jamás cosa alguna?

—Ninguna, Señor; pero es ya tarde.

—Y ¿qué importa? ¿qué teme usted?

—Nada, Padre mío, nada. Gracias á Dios tengo la conciencia tranquila, y no temo morir.

—Pídaselo usted, pues, á Dios, hijo mío, y Dios le escuchará; mas antes bese usted este Cristo, que con esto puede usted ganar una indulgencia plenaria.

«Besólo el agonizante y yo me marché dejándolo inundado de santa paz y alegría.

Y «Unas dos horas después, á eso de las siete, llamó á sus hijos entorno de su lecho y les dijo:—¡Hijos míos, voy á morir! San José ha escuchado mis ruegos.

«Con esta triste nueva todos prorrumpieron en sentido llanto. Quería hablar el moribundo; pero sus voces no se oían, apagadas por los lamentos de los que iban á quedar huérfanos de padre tan querido. Un instante después, postrados todos de rodillas, hablando el hijo mayor en nombre de toda la familia, le pedían perdón de los disgustos, que le habían dado.

—¡Ay! hijos míos, levantáos, dijo el agonizante: yo sí que debo pedir os perdón é indulgencia, por no haberos dado el buen ejemplo que debía. ¿Me perdonáis, hijos míos?

«Quería hablar á cada uno; pero no se lo permitieron ni el llanto de los suyos, ni las fuerzas que le abandonaban por momentos.—¡Ah! hijos míos, exclamó entonces, rogad por mí; que por vosotros rogaré yo en el cielo!

«A las nueve de la noche, después de haberle rezado las preces de los agonizantes, hizo señal de silencio, y se recogió en oración, moviendo los labios como quien rezaba. Cesó el movimiento; fueron á levantarle la cabeza para darle algún alivio, y había ya muerto. Su alma había volado al cielo á cantar las glorias de San José al fin de la fiesta de su patrocinio, dejando á su familia, aunque pesarosa, llena de cristiano consuelo.»

Así mueren los que, alleccionados en la escuela de San José, se esforzaron en acopiar tesoros de paciencia.

## V

## FRUTOS DE PAZ

Vivía una buena religiosa fatigada con tentaciones importunas, que solían muy especialmente agitar su imaginación y robarle la paz durante los ejercicios espirituales. Estas pruebas que el Señor permite para acrisolar la paciencia, solidar la humildad y encendernos en vivos deseos de agradarle más y más avivando nuestra diligencia, turbaban tanto más á la pobrecita, cuanto que su corazón en medio de estos combates no solo era juguete de la pusilanimidad, desconfianza, y desaliento, grandes estorbos de la perfección, sino que también se abatía hasta temer que nunca llegaría á conseguir esa santa libertad de espíritu, que en la tierra es privilegio y herencia de los hijos de Dios.

En tales angustias y amarguras acudió al amparo de la Virgen Santísima su buena madre, y le suplicó que la protegiera en aquellos apuros y la iluminase en medio de tan densas tinieblas, á fin de que á la tempestad sucediera cuanto antes la bonanza; que ella deseaba solamente para unirse á Dios en la oración con un corazón puro y completamente desasido de todo lo terreno.

Esta era su plegaria: «O Virgen Santísima, si vos no juzgais conveniente otorgarme por vos misma este favor, dignaos á lo menos entre los santos del cielo que más ameís designarme uno, á quien pueda recurrir con toda confianza como á padre de mi alma, para obtener la gracia que tanto deseo.»

Apenas la religiosa había dirigido esta súplica á la Madre de misericordia, cuando brilló á los ojos de su

alma el nombre del glorioso San José, como del Santo más querido y honrado de la Virgen entre todos los bienaventurados, no menos por la cualidad de Esposo suyo y por la dignidad de Padre nutricio de Jesús, que por la excelencia de sus virtudes, por las cuales mereció ser venerado como padre y maestro de las almas interiores. Con esta luz y moción de su alma escogiólo la religiosa por su guía, y al momento inundaron su alma regueros de paz y de gozo espiritual, con que se desvanecieron las pasadas tribulaciones. Desde entonces se abandonó completamente á la dirección de San José, venerándolo con gran fervor y acudiendo en todos sus apuros á él, como á Padre tan tierno como poderoso. Como á hija la miraba el Santo, haciéndola experimentar los frutos de paz que tanto ella deseaba, y librándola de las penas interiores que solían atormentarla. Por esto, si alguna vez la tentación ó inquietud venían á turbar su alma, no podían penetrar en ella, porque ella como candorosa niña corría presto á echarse en brazos del Santo Patriarca, y al punto recobraba la paz del alma, y el interior recogimiento. Estos frutos produce la sólida devoción de San José.

## VI

## BELLEZA DE LA CRUZ

Cuéntase en las crónicas de San Francisco que la venerable Madre Ana Rodríguez profesaba tiernísima y filial devoción al glorioso Patriarca San José, devoción que á veces le pagaba el Santo con favores distinguidos. Vamos á relatar uno para nuestra edificación y aliento.

Estaba un día la venerable Religiosa de San Fran-

cisco recogida en oración, cuando arrebatada en espíritu se le aparecieron entre resplandores de gloria San José y su celestial Esposa María. En tanto que la Virgen Santísima recomendaba á su divino Hijo la devota del Santo Patriarca, este dirigiéndose á su favorecida, le presentó dos vasos, uno lleno de un líquido amarguísimo y otro rebosando en un licor muy dulce, y le dijo: «Ea, hija: escoje cuál de estos dos vasos prefieres beber en lo sucesivo, que con cualquiera elección me darás contento.»

La Religiosa, que recordaba que Jesús había elegido por nosotros el cáliz de amargura y que su Patrono durante su mortal carrera lo había apurado hasta las heces, optó sin dudas ni rodeos por el cáliz ó vaso amargo, exclamando: «¿Cómo quereis escoja para mí el vaso de dulzuras, viéndoos á Vos y á mi dulce Jesús abrevados de amargura?» Entonces el Santo mostrándole una cruz bellissima, pero extremadamente pesada le dijo: «Excelente elección has hecho, hija mía; que á proporción de las amarguras han de ser en el cielo las dulzuras, y por cada ligero peso de tribulación un peso eterno de gloria. De aquí, pues, en adelante sufrirás el peso de la cruz con todas sus amarguras; pero regocijate, porque en ella encontrarás inagotable venero de felicidad, y un medio eficazísimo para hacerte cada día más agradable á los ojos del Altísimo, y atesorar riquezas de eterna gloria.» ¡Tanto agrada al Señor la belleza de la cruz!

## VII

## AUXILIO SEGURO CONTRA LA TENTACIÓN

En los anales de la descalsez carmelitana se lee que en un convento de Perpiñan vivía un religioso de gran virtud, y por tanto tenazmente combatido del enemigo de nuestras almas. Una noche asaltóle con gran furia el príncipe de las tinieblas, excitando en su imaginación fantasmas tan inmundos como seductores. Cuán peligrosas sean estas luchas enséñanlo una triste experiencia y la práctica de la Santa Iglesia, que suplica al Señor libre de ellas á sus hijos. El combate se prolongó por toda la noche: resistía el Santo religioso con prontitud y energía, y volvía el enemigo á la carga; y aunque el vigilante siervo de Dios salía constantemente de la refriega con victoria, quedaba con todo sumido en un mar de temores é inquietudes. Así le había acontecido ya varias veces, permaneciendo alguna tentado hasta romper el día, en que con la gracia de Dios conseguía poner en fuga al tentador.

Mas ved ahí que habiéndosele ofrecido en aquel día salir de casa en compañía del Padre Prior del Convento, vió venir hácia sí á un hombre de aspecto venerable, el cual acercándosele, le dijo: «Padre, ¿porqué no se acordó usted de San José en los combates y asaltos tan multiplicados que padeció usted la noche pasada? ¿Porqué no lo llamó usted en su ayuda?» El religioso lleno de asombro y admiración al reconocer que tan perfectamente sabían lo que había pasado en el secreto de su alma, turbóse al principio, después le quiso responder para indagar aquel misterio; pero el varón maravilloso había desaparecido como por ensalmo, dejando al buen religioso persuadido de que el apare-

cido no era otro sino el glorioso San José, que ansía ser amparo y refugio de sus devotos en las ocasiones peligrosas, con tal que lo invoquemos con filial confianza en las tentaciones y apuros.

El Padre Barry cita el ejemplo de otras dos personas jóvenes que, asaltadas con igual furia por el capital adversario de nuestras almas, invocaron á San José y salieron triunfantes de la tentación.







#### CAPÍTULO IV

##### SAN JOSÉ LIBERTADOR Y GUARDA DE LAS ALMAS EN ATENCIÓN Á SUS DEVOTOS



¿S cosa sabida que Jesucristo nuestro bien, predicando por los pueblos de Judea, decía públicamente ya que había venido á buscar no á los justos sino á los pecadores, ya que no quería la muerte del impío sino que se convirtiera y tuviese vida, ya que perdonaría con eterno olvido todos los pecados que se llorasen con verdadera penitencia: es decir, que con gran caridad manifestaba el celo que devoraba su alma por la conversión de los pecadores, ¿Quién ignora que no solo, comparándose á sí mismo al buen Pastor, dejaba las noventa y nueve ovejas de su rebaño y corría desalado trás la oveja perdida, sino que también al encontrarla lleno de gozo se complacía en que todos le diesen la enhorabuena, asegurando que se hacía más fiesta en el cielo por la reducción de una oveja descarriada que por la conservación de las noventa y nueve?

Por esto, el glorioso Patriarca San José, tutor y nutricio del Redentor, tan bien adoctrinado en la escuela de la caridad, miró y mira desde lo alto con particular empeño por la gloria del divino Hijo, y por lo tanto,

por el triunfo de la gracia sobre los corazones extra-  
viados. Y ¿quién duda que cede á gloria de Dios y á  
la mayor gloria de Dios la conversión sincera de los  
pobres pecadores, que, abandonando los vicios que los  
tenían ignominiosamente subyugados á la esclavitud  
de Satanás, vuelven á la casa paterna, ó al servicio de  
su Criador? Por esto, el glorioso Patriarca oye con  
singular complacencia las súplicas que se le dirigen,  
implorando la conversión de los pecadores endureci-  
dos y las despacha favorablemente. ¡Cuántos como hi-  
gueras malditas estarían ya cebando las llamas del in-  
fierno, si devotos del Padre nutricio, del divino Pastor  
no hubieran suplicado al Señor de la viña, que, usan-  
do de misericordia, abonase el árbol y no lo arrojara  
aún al fuego! ¡Cuántos consiguieron su salvación  
por intercesión del Santo Patriarca! Pruébanlo los si-  
guientes ejemplos.

## I

## VERGUENZA VENCIDA

El siguiente caso infundirá valor á las almas débi-  
les, que, después de haber tenido la infelicidad de caer  
en culpa grave, avasalladas por la vergüenza de con-  
fesarla, huyen del único remedio para su eterna vida,  
que es una buena y contrita confesión. Acudan estos  
infelices al amparo de San José, y en su protección  
hallarán fuerza para vencer esa cobarde timidez y ru-  
bor pernicioso. Esta gracia recibió un pecador ver-  
gonzante de la bondad del Santo Patriarca, según lo  
refirió el mismo favorecido al Padre Barry en tiempo  
que este escribía la Vida de San José.

Habiendo dicha persona tenido la desgracia de co-  
meter un enorme sacrilegio, violando un voto con que

estaba ligada al Altísimo, no supo, ó mejor no quiso vencer la maldita vergüenza de confesarlo, para salir del precipicio en que se había metido. Por ella permaneció algún tiempo enemistada con Dios, siempre destrozada por los remordimientos de conciencia, agitada de continuo por fundados temores de perderse, consecuencia inevitable de la culpa. Bien sabía ella que para el que ha infringido gravemente la ley de Dios no hay medio, ó confesión ó condenación; que no podía sanar sin querer eficazmente descubrir su llaga al médico espiritual; que no podía apagar el dolor y los torcedores de su alma sin arrancar la espina que la hería; pero la cobardía la alejaba de la piscina de salud y la vergüenza cerraba tristemente sus labios. ¿Qué hacer en lance tan apurado?

Por la divina misericordia ocurrióle llamar á San José al socorro de su miserable debilidad, é invocarlo contra las repugnancias que le atormentaban y le impedían triunfar de sí misma. Con esta mira resolvió obsequiar al Santo, consagrando nueve días continuos al rezo del himno y oración propios del Ayo del Salvador. Dios bendijo sus buenos deseos, pues terminado el novenario se sintió el sacrilego completamente trocado y revestido de tal fuerza y valor, que, sobreponiéndose á sus locas y temerarias repugnancias, fué á arrojarse á los piés de un confesor, al cual sin dudas, ambages, ni reservas manifestó lo más íntimo de su atribulada conciencia.

Con esto respiró su alma; y desde este feliz momento reverenció á San José, como á su libertador y consuelo, le confió el difícil cargo de su espíritu y se impuso el deber de llevar siempre consigo la imagen del Santo, á fin de que le sirviera de impenetrable escudo contra los malos sueños y todos los ataques luceferinos. No hay duda que esta filial devoción fué por mu-

cho en la paz y fervor de que gozó en lo sucesivo. San José le recompensó su devoción y fidelidad con favores señalados, y en especial librándole de los peligros que rodeaban su alma.

## II

## TRIUNFO DE LA ORACIÓN

En cierta aldea de Grenoble una pobre mujer quedó viuda con tres hijos, dos varones y una hembra, á los cuales con los recursos que le dejó su marido y los frutos de su trabajo procuró educar cristiana y esmeradamente. Mas no pudo conseguir cuanto ella deseaba, porque tan presto como el hijo mayor hubo hecho la primera comunión, pidió á su madre que le pusiera en oficio, á lo que accedió la buena viuda bien que con pena; pues á pesar de haberlo puesto de aprendiz en su propio pueblo, con todo, no lo podía vigilar como ella hubiera deseado. Y en hecho de verdad sus temores fueron presagios de la perversión del hijo.

Con el roce frecuente de malos compañeros, peste de la juventud, fué el chico perdiendo poco á poco el temor de Dios, y con el temor de Dios, á pesar de los avisos, ruegos y lágrimas de su madre, fué abandonando las prácticas de piedad. De tales principios ¿qué no debía temer la viuda apesarada? A los diez y seis años emprendió el mancebo un viaje por Francia, con ánimo de perfeccionarse en su profesión; pero si algo adelantó en ella, muy mayores fueron los progresos en sus extravíos, viniendo á caer en completa incredulidad. Así fué que, cuando al cabo de algunos años volvió á visitar á su familia, se presentó, con escándalo de sus hermanos, descocado en extremo y con la cabeza llena de preocupaciones impías. Pero ¡cosa rara

en jóvenes pervertidos! en aquel tiempo había hecho algunos ahorros, y entregó seiscientas pesetas á su madre; lo que indica que con la fe no habían aún naufragado del todo sus costumbres.

No obstante, bien pronto llegó á la meta. Habiendo pasado á París, á esta Babilonia moderna, escuela de todos los vicios y maldades, el incauto joven sufrió completo naufragio. En 1852 ingresó en uno de esos focos de perversión, donde se hace alarde de incredulidad y de odio contra la Iglesia, y allí se hizo ateo, republicano y socialista, habiéndose pervertido de forma, que con sus malas costumbres arruinó de todo en todo su salud. Para su pensar Jesucristo no era sino un hombre grande, un sabio filósofo, y sobre todo, un republicano, y nada más. Su pobre madre, nueva Mónica que lloraba la perdición de su hijo, y su ferviente hermana no cesaban de rogar por el infeliz Agustino, tan profundamente pervertido.

Como tenían la costumbre de consagrar todo los años el mes de Marzo en obsequio de San José, acertaron á comenzarle teniendo en casa al pródigo infortunado. Entró este en el oratorio en el día de la inauguración del mes josefino, y preguntó á su hermana:—¿Qué significan todos esos adornos y velas encendidas?—Hacemos el mes de San José, contestó ella, y rogamos al Señor por tu conversión. Echóse á reir el joven y á burlarse de la piedad de ellas á cajas destempladas. Al otro día y días siguientes volvió con tiempo á casa para asistir al mes, y se colocó sobre una caja cerca de madre y hermana para mofarse mejor de tan piadoso espectáculo. Después de algunos ejercicios se volvió taciturno y pensativo; luego parecía atender alguna vez á la lectura y se quitaba disimuladamente la gorra; más tarde dejó escapar algu-

na lagrimilla; y por último prorrumpió en llanto y diciendo con suspiros: «¡Ay hermana mía! ¡Qué infeliz y miserable soy en haber abandonado la religión! ¡He vivido como una bestia! ¡Olvidé mis devociones, el catecismo y todo lo que debe saber un cristiano! ¡Qué felices sois vosotras, que sabéis orar! Mira, mi buena hermana; enséñame tu, que quiero ser cristiano de veras; cueste lo que cueste.»

Juzgue cada uno el consuelo de aquella familia. Pidió el joven la vida de Jesús, y se la prestó un buen sacerdote, que se encargó también de prepararle para una buena confesión. Hizola, en efecto, el arrepentido mancebo con gran fervor y dulces lágrimas, resuelto á vencer todo humano respeto y entregarse con toda su alma al servicio de Dios. Sus amigos se reían y mofaban de su trueque; mas él por toda respuesta les decía: *¡Si vosotros me siguierais, pronto experimentaríais cuán dulce y consolador es cumplir como cristiano! ¡Solamente la fe hace al hombre bueno y dichoso!*

El Señor visitó al arrepentido con una grave enfermedad, efecto de los pasados desórdenes. Recibióla el joven con paciencia y resignación cristianas como un medio providencial de pagar sus culpas. Presintiendo que se le acercaba un triste desenlace, pidió con instancia los últimos sacramentos, diciendo que al otro día sería tarde, pues temía entrar en delirio. El sacerdote no le creyó en semejante riesgo, y quiso diferirlo: y en realidad el pobre enfermo entró en desvarío, perdiendo casi la razón. Un año duró la dolencia, que sufrió el enfermo con sentimientos de paz y conformidad edificantes. Tres días antes de su muerte recobró completamente sus facultades mentales, y recibidos devotamente los auxilios de la religión, entregó plácidamente su alma al Criador. ¡A

tángo llegaron las misericordias obtenidas por mediación de nuestro Santo Patriarca.

## III

## UN PRÓDIGO VUELTO Á LA CASA PATERNA

Vamos á trascribir un trozo de una carta escrita á gloria de San José. Estas fueron las bellísimas expresiones en que prorrumpía un estudiante agradecido:

«¡Honor y gloria al castísimo Esposo de María! ¡Gracias le sean dadas por siempre jamás! No dudo que todos cuantos lo invoquen, verán sus votos plenamente cumplidos.»

«Mi Reverendo Padre; en testimonio de mi profunda gratitud hacia San José, glorioso patrón de Bélgica, voy á referir á Vuestra Reverencia un hecho en el cual yo mismo fuí el agraciado, recogiendo los sabrosos frutos de su poderosa protección. Educado por una madre sólídamante cristiana, fuí con tiempo perfectamente instruido en las consoladoras verdades de nuestra Santa Religión. Pero desgraciadamente bien pronto las engañosas apariencias de la culpa sedujeron mi alma y la pervirtieron lastimosamente. Joven aún había cometido ya culpas gravísimas; y á medida que iba creciendo en edad, íbame sumiendo más en el lodazal del vicio. Los perversos hábitos contraídos bajo el techo doméstico, me acompañaron al colegio; y así como allí había engañado á mis padres, así conseguí burlar aquí la vigilancia de los que cuidaban de mi educación. De esta suerte pasé mi vida hasta la edad de los 18 años.»

«Debo confesar, con todo, que á pesar de la disipación de mi ánimo, vivía siempre atormentado por

amargos remordimientos. Muchas veces la gracia llamaba á las puertas de mi corazón. Dando oídos á sus voces, quise hacer algún esfuerzo para vencer; pero luego las pasiones apagaban estas voces, volviendo á enseñorearse de mí. Dios, sin embargo, á pesar mío, se dignó en su infinita bondad arrancarme del fondo del abismo, sirviéndose de medios, cuyo secreto solo él sabe con su providencia sapientísima.»

«Hacia ya algún tiempo que me entregaba al mal con mayor delirio que nunca; pecaba sin rubor, sin freno y sin miramiento: pero sentíame aburrido por mis remordimientos y presa de la desesperación. Entonces fué cuando el Señor, siempre bueno y misericordioso, comenzó á dar más fuertes aldabadas á mi pobre alma. Un día ocurrióme la idea de hacer una novena al glorioso San José, prometiendo al Padre nutricio de Jesús que, si me conseguía una verdadera conversión, haría pública al mundo gracia tan inefable como inmerecida. Grandes eran los estímulos que sentía de rendirme á Dios; pero á pesar de estos estímulos, seguía yo esclavo de mis pasiones, y no me veía siquiera con valor para orar.»

«En estos apuros llegaron los días de santos ejercicios, que aquí se hacen todos los años; y de bueno ó de mal grado empecé mi novena al Santo Patriarca. Mis plegarias no tardaron en ser oídas; y ¡loado sea Dios! al tercero día hice confesión general de toda mi vida, firmando las paces con mi Señor, á quién tanto y tantas veces había ofendido. Padre mío; no puedo explicarle la dicha que me inundó, é inunda aún con solo recordarlo; y esta dicha, puedo asegurárselo á Vuestra Reverencia, la debí toda al Padre virginal de Jesús y á su bienaventurada María, refugio de pecadores.»

«Escribo á Vuestra Reverencia estas líneas en cumplimiento de mi promesa, á fin de que sepa el mundo



las gracias recibidas de San José; suplicándole al mismo tiempo me recomiende á las oraciones de los asociados. Alimento la firme esperanza de que San José las escuchará y me otorgará dos gracias especiales, que solicito de su bondad inefable y que mucho me convienen.»

«Soy de Vuestra Reverencia humildísimo servidor en Cristo.»

N. N., *estudiante.*

#### IV

#### GOZO DE LA CONVERSIÓN

Hé aquí cómo un hombre de mundo, una oveja descarriada vuelta al redil del Señor, habla de su dicha y consuelo en haberse convertido á Dios:

«San José portóse conmigo como padre tan bueno, que no puedo menos de manifestar mi viva gratitud, publicando en altas voces el milagro de gracia obrado á favor mío no hace mucho tiempo. Esta conversión probará una vez más el ascendiente de que goza el Santo Patriarca sobre los corazones de Jesús y de María. Confieso, pues, para su mayor gloria que ya muchos años hacía estaba yo temerariamente jugando con mi salud eterna, sin dar ni siquiera un paso para huir de las sombras del infierno. Añadía pecados á pecados, sacrilegios á sacrilegios, sin temer, por decirlo así, que Dios me castigase, haciéndome comparecer reo de tantas culpas ante su justísimo tribunal. ¡Diez y siete años viví en riesgo tan horrible! Algunas veces brotaban en mi mente pensamientos saludables, consideraba la infinita misericordia de mi divino Salvador, que hiriendo de muerte á numerosas víctimas en torno mío, me concedía á mi tiempo de volver á sus

brazos, que me abría con bondad inmensa. Resolvía entonces correr á ellos, pero sin fruto; eran resoluciones fátuas.»

«Viendo el Señor que la muerte con tan lúgubres lecciones no hacía mella en mi corazón, envióme hace cosa de un año tales remordimientos, que me ponían á punto de rendirme á discreción. Varias veces estuve para hacer las paces con mi mansísimo Señor; pero el demonio, cuyo esclavo era después de tan largos años, arrancaba la buena semilla de mi alma, sugiriéndome mil pretextos especiosos, que me cegaban... ¿Qué dirá el confesor? ¿Qué tantos sujetos, á quiénes tendré que revelar ciertos arcanos? En fin, la vergüenza concluía por sofocar mis torcedores de conciencia, que no me daban un instante de tregua.»

«Mas el Salvador, que quería la salud de mi alma, no me abandonó por mis resistencias presuntuosas. Hé ahí el medio de que se valió para traerme á buen acuerdo. Metióme en el alma el pensamiento fijo de que presto moriría, de que tal vez no llegaría al fin de la semana, que entonces principiaba. Este pensamiento á tema me perseguía, sin dejarme ni día, ni noche; de suerte que por mis continuos insomnios me iba secando á ojos vistas. Mi penosa confesión estaba clavada en mi mente, el temor del infierno, que sin ella sería mi castigo por toda la eternidad, me sacaba de quicio. Al fin sonó para mí la hora de la gracia. No pudiendo resistir ya más los gritos de mi conciencia, y los temores de los divinos juicios, sintiéndome forzado como San Pablo en el camino de Damasco, corrí en busca de un confesor, con ánimo resuelto de volverme á Dios. Postrado á sus piés, contéle compungido mi vida criminal de diez y siete años, y los motivos que me arrastraban á sus plantas.»

«Recibióme con suma dulzura, me escuchó con pa-

terna benignidad, y exhortóme á que el resto de mis días fuera un himno de reconocimiento amoroso hacia el divino Pastor de las almas, que tanto tiempo habia corrido tras la mía.»

«Después de aquel día, mil veces bendito, el gozo de mi alma es mi salario. Comencé una nueva vida con un consuelo antes nunca experimentado; no sabiendo explicarme cómo pude permanecer tantos años esclavo del demonio, verdugo de los que le sirven, y alejado de un Señor tan bueno y misericordioso. Lo diré en alta voz, para que me oiga todo el mundo: *considérome deudor de mi conversión á San José*. Hace ya algunos años que le pedí un favor temporal y me lo concedió. Visto que se dignaba escucharme como buen Padre, resolví suplicarle cada día mi vuelta á Dios, que juzgaba asunto perdido. Más tarde pedí lo mismo á la Santísima Virgen; y por último rogué la misma gracia al sacratísimo Corazón de Jesús. Ya que los tres acogieron mis votos, que todos los que esto lean, bendigan por mí á Jesús, María y José.»

## V

## FRUTOS DE UNA VOCACIÓN CONTRARIADA

Cuenta el Padre Barry que vivía en Lión de Francia un joven de vida tan fervorosa y edificante, que, aborreciendo el mundo aun antes de conocer sus perversos y malignos encantos, habia resuelto darle por completo el último á Dios y meterse en religión, para mejor asegurar la eterna salvación de su alma. Pero, como estas resoluciones rarísimas veces suelen ser del agrado de los padres, que miran las cosas del espíritu con prudencia de la carne, así vióse bien presto contrariado con tenaz resistencia por los que más de-

bieran ayudarle en sus aspiraciones: y olvidándose de que primero se debe obedecer á Dios que á los hombres, tuvo la debilidad de dejarse vencer por los halagos paternos, y de renunciar á su vocación santa, con evidente peligro de perderse.

Buscáronle sus padres vanidades y distracciones, con que borrar de su alma los buenos propósitos; y no tardaron mucho en conseguirlo. Bien pronto el trato del mundo enflaqueció su piedad, y le hizo mirar con negligencia y desdén sus devotas prácticas. La libertad sin freno de que gozaba, el cebo de los placeres, el atractivo de los mundanales alicientes, los ejemplos que tenía á la vista, todo cuanto le rodeaba, acabaron por apagar en su corazón los buenos sentimientos, y por sujetarlo á la cadena de los vicios, á cuyos excesos se abandonó con la vida más licenciosa.

No paró aquí su desventura. Cual otro pródigo abandonó la casa paterna y sentó plaza de soldado. Pero en esta nueva profesión, en vez de buscar en la disciplina y en la piedad la gloria de un militar valiente y cristiano, se hizo notable entre sus camaradas por su insolencia y libertinaje. Así lo permitió la Justicia divina para castigar á la vez á los padres y al hijo: á este, porque por una vana y mal entendida complacencia hacia sus padres había cerrado los oídos á las voces con que Dios lo llamaba á la religión; y á ellos, porque con ciega ternura y amor no cristiano se opusieron con criminal temeridad á los designios del cielo sobre su hijo.

Entre tanto, arrepentidos los padres de su mal acuerdo, sentían destrozado su corazón, y estaban inconsolables por ver bajo el yugo del demonio al hijo á quien ellos habían negado á Dios. Suspirando por deshacer sus yerros, no cesaban de escribirle cartas mojadas con lágrimas, y de exhortarle á cambiar de

vida y tornar á la casa paterna, donde le aguardaban con los brazos abiertos. Por último, estos desconsolados padres, convencidos de que con todas sus instancias é invitaciones nada podían en aquel corazón endurecido, apelaron á otro medio más piadoso y eficaz; invocaron á San José, reclamando su asistencia, y suplicando acogiese al hijo bajo su manto, para que no pereciera eternamente; y el Santo apiadóse benigno de ellos.

¡Mudanza del Altísimo! Concibió el mancebo tal arrepentimiento y dolor de sus extravíos, que, trocado en otro hombre, hizo llorosa confesión de todas sus culpas, abandonó el uniforme militar, y volvió al seno de su familia. Llegado á la casa de sus padres, les pidió perdón de los disgustos que les había causado, y comenzó una vida digna de sus antiguos fervores; de forma que pudo aplicársele con gran verdad aquello del pródigo convertido: «Estaba muerto y ha resucitado; habíase perdido, y helo aquí hallado.» Estas milagrosas mudanzas obra San José para consuelo de sus devotos.

## VI

### UN SACERDOTE CONVERTIDO

Del mismo Padre Barry, devotísimo de San José, es la siguiente relación, que copiamos: «Un religioso de la Compañía de Jesús tenía un pariente cercano, el cual muchos años hacía estaba entregado á conducta tan poco recomendable, que con ella deshonoraba así el nombre de cristiano, como el carácter sacerdotal de que se hallaba revestido. El buen Padre, lleno de celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, aprovechándose de los lazos de la sangre que le unían

con aquel infeliz, empleó todos los medios que estaban en su mano para reducirle á buen camino. Mas hallando por experiencia que eran vanas y estériles todas las amonestaciones más caritativas, inútiles las más paternales reprensiones, y sin fruto las advertencias más prudentes de que se había valido, acabó por suplicar al Padre de las misericordias que si no había otro medio para traer al recto sendero al sacerdote extraviado, se dignara mandarle una grave y penosa enfermedad, que le volviese á su sano juicio; pues para tornar las almas á su centro, de que las sacó la fuerza del vicio, no suele haber remedio más seguro y eficaz que la virtud de la tribulación, según aquello del Espíritu Santo: *Sola vexatio intellectum dabit.* Isa. xxviii, 19. Con la mira, pues, de comunicar á la medicina toda su fuerza, imploró el auxilio del glorioso Patriarca; y en unión de sus amigos, á quienes había encomendado el mismo negocio, hizo juntamente dos novenarios, uno de misas y otro de comuniones en honor del Santo.

La gracia solicitada con tanto celo no se hizo de esperar. El eclesiástico escandaloso cayó enfermo de gravedad, y muy pronto se vió reducido al último extremo. Entonces, á la luz de la candela mortuoria abrió los ojos, conociendo los desórdenes de su pasada vida; los detestó con toda sinceridad y arrepentimiento, y se apresuró á borrarlos de su alma con una confesión humilde y contrita. San José, que tan tangible había hecho la curación de aquella alma, quiso añadir otra curación no menos sorprendente, es decir, la casi repentina curación corporal del enfermo. Después de haberse confesado cristianamente, sintióse el penitente súbitamente aliviado de su dolencia, y se levantó sano y salvó de la cama, con la firme resolución de vivir en lo sucesivo según demandaba la santidad de

su estado. Así lo verificó, en efecto, entregándose luego con tanto celo como constancia en alas de la divina gracia á obras de piedad y de misericordia, propagando la devoción de su Santo Bienhechor, y no respirando sino para gloria de Dios y provecho del prójimo.

## VII

## UNA VISITA FELIZ

Los anales de San José en el tomo XI de la serie 4.<sup>a</sup> nos refieren este consolador encuentro: «Iba, dice un sacerdote, á visitar una que otra vez una iglesia consagrada á San José, cuando un día, haciendo mi visita junto con otro eclesiástico, encontramos á una mujer que nos dijo:—Hay en casa una enferma, que recibiría con gran consuelo su visita de ustedes.—Muy bien, contestamos nosotros; allá iremos luego, que no será menor nuestra satisfacción.

Apenas entramos allí, divisamos á la pobre enferma, encorvada bajo el peso de los años, medio incorporada en su triste lecho.

—¡Bien venidos sean ustedes! exclamó la anciana; ¡Cuánto me complazco en tan deseada visita! ¿Y podían pasar ustedes por mi puerta sin venir á verme?

—Es que ignorábamos que estuviese usted mala, respondimos nosotros; y aun, si juzgamos por su aspecto tan sano, su mirada limpia y su risueño semblante, pudiéramos dudar de que se sienta usted enferma.

—¿Cómo? replicó ella, con voz llena y clara; no solo enferma, sino también moribunda.

—El médico la habrá alarmado á usted, que el rostro sano es.

—¿El médico? Me hacen ustedes reír. Me pasó muy bien sin ellos.

—Entonces ¿en qué funda usted sus temores? Su aspecto templado, su alegre humor no nos revelan á una persona en agonía, sino en robustez y salud. Pero diga, buena anciana, ¿qué edad tiene usted?

—¡Oh! ¡oh! aquí está mi enfermedad. ¡He cumplido ya los noventa y cinco! En toda mi vida no he padecido dolencia ninguna. El trabajo, la tranquilidad y gozo de mi alma, hêrencia de buenos cristianos, me han comunicado tal salud, que ahora mismo en las puertas de la muerte, si he de decir verdad, no tengo otro achaque sino el de los años: solamente siento que las fuerzas huyendo poco á poco me desamparan, y que mi vida se va apagando como la luz de un candil en concluyéndose el aceite. Estoy aún, gracias á Dios, en mi cabal conocimiento; y todavia me acuerdo de las glorias de San José, que usted nos explicaba. Yo misma desde este lecho gobierno la casa, dando órdenes á estas mis chicas, que cumplen dóciles y obedientes.

«A esta indicación, dice el buen sacerdote, dirigimos nuestra mirada á las hijas de la enferma, de las cuales la más joven habia ya franqueado los sesenta. Al notar ellas nuestra sorpresa, prorrumpieron en una risotada; á la que correspondimos nosotros riéndonos igualmente.—¡Bendito sea Dios! exclamé yo; que si el ángel de la muerte viene á llamar á esta vivienda, encontrará la gente alegre. ¿No es así? ¡Solamente la religión puede producir tales frutos!

—Es verdad, contestó la anciana; solo con religión se disfruta tanta dicha. Yo siempre tuve gran devoción y confianza en San José y en su Esposa benditísima; en cuyos altares hice arder algunas velas, y nunca me vi abandonada en mis penas y amarguras.



—¡Bien se lo pagan á usted! ¿Qué desea mas? Le conceden morir sin enfermedad y sin angustias. ¡Qué gracia tan grande!

—Con todo, repuso la enferma, desde que contemplo la muerte á mi vista, experimento alguna inquietud; porque dicen que es muy terrible el paso de esta vida á la eternidad, en el cual, aprovechando el demonio la debilidad de nuestro cuerpo, hace supremos esfuerzos para despeñarnos á nuestra eternal ruina. Pregúntome yo: ¿Qué suerte te tocará? Este pensamiento me llega á dar escalofrios. No siento, no, dejar la tierra, que no produce sino espinas; siento la cuenta que se ha de dar á la salida de este mundo.

«En esto, volviéndose á un pequeño Cristo colgado en la pared:—¡Dios mio! exclamó, Dios mio; no me abandoneis en aquellos instantes! y brotaron de sus ojos dos lagrimillas, que pendían de ellos como finas perlas.

—¡Dichosa mujer! le dije yo: Dios le premiará á usted sus virtudes. Pero dígame usted. ¿Y es usted muy devota del Santo Patriarca?

—¡Yo lo creo, y mucho!

—¿No sabe usted que es el Santo abogado especial para la hora de la muerte?

—Muchas veces lo he oído predicar y asegurar.

—Pues bien: San José la ayudará á usted á bien morir; y el infierno entero nada podrá contra su alma de usted. Pídale usted que la libre de estos temores, y al punto quedará sereno su corazón. En todas sus angustias clame usted: ¡Glorioso Patriarca socorredme! Ya que Vos espirasteis en los brazos de Jesús y de María, dadme una muerte semejante á la vuestra. ¡Jesús, María y José, recibid mi alma los tres!

—¡O qué bien! interrumpió la piadosa enferma. ¡qué bien! Siempre amé á San José, porque sabía

que es muy bueno y todo lo puede: mas sus dulces palabras de usted me han enfervorizado más en su devoción. El fué de seguro quien lo trajo á usted por acá, y el me dará una santa muerte. ¡Viva San José! ¡Oh qué bueno es! ¡Viva San José! volvía á repetir trasportada de contento. «Por fin nos despedimos llenos de consuelo, dejándole una medalla del Santo, que besó con singular ternura.»

«Después supe por una de sus hijas que la santa anciana había recibido los últimos sacramentos con transportes de alegría, clamando á menudo ¡Viva San José! Decíalo en todas ocasiones, con tal júbilo y entusiasmo, que admiraba y edificaba á cuantos venían á verla. Dictó á un sobrino suyo una carta para un hermano que tenía en Marsella, recomendándole encarecidamente la devoción de San José, y diciéndole que no sintiera su partida para la eternidad, porque con el auxilio del Santo moría muy contenta, sin temores, ni sufrimientos.—Nosotras, decía su hija, íbamos á llorar, y ella adivinándolo, nos atajaba gritando: ¡Viva San José! ¿No veis qué contenta estoy yo? ¿Porqué habeis de llorar vosotras? ¡Viva San José!

Poco antes de espirar nos llamó á su lado y nos dijo: ¡hijas mías, voy á morir!

—Se engaña usted madre, le contestamos. Todavía está usted fuerte, y todo va bien.

—Si, replicó ella, gracias á Dios, todo va bien, pero voy á morir. ¡Viva San José! Recogióse después, y oró dulcemente, besando la medalla del Santo. Despertando más tarde como de un sueño, nos dijo: Hijas, ¿estáis aún aquí? Ayudadme ya á bien morir. Rogad por mí á San José; y cuando haya muerto, pedid por mi alma; que luego que esté yo en el cielo, os lo pagaré con creces. ¡Viva San José! Cerráronse sus ojos, y con voz apagada y besando la medalla, parecía re-

petir. ¡Viva San José! Inclino después dulcemente la cabeza, y murió con el nombre de San José en los labios. Así acabó mi querida madre, que gloria haya, decía la hija llena de santa paz. Ella que nos enseñó á bien vivir, nos enseñó también á morir santamente. ¡Dios lo haga!» Hasta aquí la relación del sacerdote.





## CAPÍTULO V

### SAN JOSÉ MEDICINA Y SALUD EN LOS PELIGROS DEL CUERPO

**N**o cabe dudar que la salud y enfermedad vienen de Dios, que todo lo dispone para bien de sus escogidos. ¿Cuántos hay que estando enfermos llegaron á conseguir una santidad eminente, los cuales tal vez habrían abusado de la salud para su ruina, si el Señor les hubiera concedido robustas fuerzas? ¿Cuántos, que viviendo perfectamente sanos, no buscaron sino la gloria divina y la santificación de sus almas, los cuales tal vez en la enfermedad habrían sido tristemente víctimas de la ira y de la impaciencia desapoderadas? Por esto debemos descansar resignados en manos de la divina Providencia, conformándonos en todo y por todo con su benignísima voluntad.

Mas, como todos los bienes descienden de lo alto, y quiere el Señor que los consigamos con la oración, considerándose la salud, después de los bienes espirituales, como uno de los principales que puede codiciar el hombre, por ser base y fundamento de muchas obras de la divina gloria, tiénese por cosa laudable procurarla y suplicarla con empeño al Señor, resignándonos siempre con sus divinas y saludables dispo-

siciones. Y ¿á quien mejor podemos poner por mediano para obtener esta merced, que á aquel de quien canta la Iglesia:

*Te Sator rerum statuit pudice  
Virginis Sponsum, voluitque Verbi  
Te Patrem dici, dedit et ministrum  
Esse salutis?*

«Constituyóte el Eterno no solo Esposo de la Virgen y Padre creído del Verbo humanado, sino también ministro de nuestra salud.» Y así como por haber sido Ayo de Jesús, libró San José al divino Infante de la muerte, sacándolo del inminente riesgo de caer en manos de Herodes, que lo buscaba para matarlo; así escogido ministro de salud, cuando sea esta conveniente para sus devotos, se la alcanzará cumplida, si es menester aun por medios milagrosos. ¡Cuántos sudores vertió nuestro Santo para sostén de María y de Cristo! Y ahora que sin fatigas ni trabajos puede favorecer á los que imploran sus auxilios ¿se hará por ventura sordo á los que claman por remedio? Los hechos demuestran lo contrario. Citemos algunos.

## I

## EN LA TORRE DEL GRIEGO

El Vesubio, que con sus erupciones aterra y devasta las vecinas comarcas, abrió en 1631 una nueva boca, inmenso cráter, por donde vomitaba tal diluvio de candente lava y de inflamadas cenizas, que á semejanza de crecido é impetuoso río, que se desborda destruyendo todo lo que se opone á su paso, así cubrió con fuego

abrasador todos aquellos contornos, y en particular el sitio llamado *Torre del Griego*. Había en este lugar una buena mujer, llamada Camila, muy devota de San José, á quien invocaba en todas sus necesidades y apuros; la cual, á la sazón de estallar aquella erupción espantosa, se hallaba en casa con un sobrinito suyo de cinco años, llamado José. Espantada por el caso, no sabía qué partido tomar. Entretanto la lava crecía, acercábase el río de fuego y urgía el peligro. En esto toma al niño en sus brazos, y echa á correr, huyendo del riesgo que les amenaza.

Pero ¿á dónde escapará la cuitada? Por un lado veíase alcanzada por la lava abrasadora, que todo lo invadía como río desbordado; por otro se encontraba cerrado el paso por una enorme roca, que avanzaba mar adentro. ¿Qué hará, pues, en momentos tan críticos? Si detiene sus pasos, va á ser consumida por las llamas; si intenta pasar adelante, tiene que arrojarse al mar, que ruge airado, con peligro de perecer anegada. En estos apuros acuérdase de su poderoso protector y exclama: «¡San José, valedme! ¡Salvad á mi sobrino y ahijado vuestro!»

En esto, sin saber bien lo que hacía, coloca sobre la roca al indefenso niño, y ella se arroja valerosamente del lado del mar. ¡Providencia de Dios! ¡Salto feliz! En lugar de caer en las olas, como parecía natural estando estas de regolfo, cayó sobre la arena, sin recibir daño ninguno, y se puso al momento en salvo. Estaba ella ya libre; pero ¿y el pobre niño, que había dejado á merced de las llamas? Esta era la gran pena que afligía su corazón, y por la cual como fuera de sí corría de un lado á otro, llamándolo y deplorando su desgracia.

Más ved ahí que en medio de sus lamentos oyó claramente una voz que la llamaba: «¡Tía Camila! ¡Tía

Camila!» Era la voz de su tierno y querido sobrino, que iba á su encuentro gozoso y lleno de vida. «¡Oh Dios! exclamó Camila, corriendo á estrecharlo en sus brazos: ¡Hijo mio! ¿Quién pudo salvarte del espantoso incendio? ¿Quién te libró del fuego, que debía consumirte?»

«Tía, respondió el niño riéndose: San José; San José, bajo cuya guarda me pusisteis, me tomó de la mano y no me soltó hasta ponerme aquí salvo con toda seguridad.» Entonces la piadosa Camila llorando de puro gozo, postróse de rodillas y dió gracias al Bienhechor soberano por los dos milagros, con que por medio de San José le había favorecido, el uno preservando al sobrinito de las llamas, que debieran haberlo abrasado, y el otro guardándola á ella misma de las olas, en que naturalmente debió de caer y anegarse. Así protege San José á los que le invocan, según refiere el Padre Patrignani.

## II

## REMEDIO PARA LA VISTA

Un fragmento de una carta edificante nos servirá para demostrar con qué bondad socorre San José á los que á él acuden en sus necesidades y dolencias.

«*La Guyonière* 18 de Noviembre de 1867. Una de mis parroquianitas, de diez años de edad, tuvo en este último año mucho que sufrir por efecto de una erupción sanguínea, que le salió en casi todo el cuerpo. Quisieron atajarle el mal, y desgraciadamente se consiguió con demasiada presteza, porque el humor, que no se pudo exhalar, se le fijó en la cabeza, y los ojos se resintieron de modo que se temía con fundamento que la pobrecita quedaría ciega. Consultóse el

mejor oculista de Nantes, y éste juzgó gravísimo el caso; y á fin de que su tratamiento fuera más eficaz y seguro exigió que la jovencita se quedara en su casa del médico.»

«Cenvinieron los padres de la niña, y después de algunas semanas de prueba se habrían tenido por bien librados con que la enfermita saliese curada siquiera á medias. En efecto; algo más tarde indicóles en puridad el oculista que para no quedar la niña del todo ciegucecita, era menester é indispensable que perdiera un ojo. Cualquiera comprenderá la pena que esta triste nueva causó al padre y á la madre de la chiquitilla, resueltos á no perdonar medio para preservarla de tamaña desgracia. Dejaron, pues, á la enfermita en casa del doctor, y si más adelante se la llevaron á su casa, fué para volverla todas las semanas á Nantes, distante de allí unas diez leguas, para que la inspeccionara y curara.»

«Por remate, después de tantas idas y venidas, después de tan halagüeñas é ilusorias promesas perdió el oculista por completo toda esperanza y aconsejó á los afligidos padres de la niña que no hicieran gasto ninguno, porque todo sería enteramente vano y sin utilidad ninguna. En este desenlace inesperado se acudió á otro oculista más experimentado, al glorioso Patriarca San José.»

«La confianza de aquellos desahuciados padres en su poderoso abogado era tal, que movía á devoción. Para obtener la gracia suspirada, amén de las preces comunes y particulares, fuera de las misas y novenas que se decían, colocóse por espacio de nueve días sobre la peana del Santo una venda, para ponerla después á los ojos de la doliente. Este único remedio, unido á la oración, fué completamente bueno y eficaz; puesto que pronto se le despejaron los ojos y quedaron del



todo limpios y brillantes, viendo la chica perfectamente tanto del uno como del otro. Tengo el consuelo de observarla todos los días en el catecismo, siendo recomendable no menos por su bella fisonomía que por su clara inteligencia. A imitación de sus buenos y consolados padres distínguese por su filial devoción al Santo Patriarca, que todo lo puede y todo lo procura para bien de sus hijos.»

C. Amiot, *Presbitero.*

### III

#### CURACIÓN DE LOS OJOS DEL ALMA Y DEL CUERPO

En otra carta escrita por las Ursulinas de Irlanda se lee lo siguiente, que por milésima vez confirma el gran valimiento de nuestro Santo.

«San José, á cuyo amparo está muy especialmente consagrada esta comunidad, nos ha dado sensibles pruebas de su protección. Hé aquí una bien reciente y no menos maravillosa. Dos hermanas protestantes, colocadas como educandas en este colegio, tan presto como hubieran tomado los medios convenientes para conocer la verdad de nuestra divina religión, al instante manifestaron deseos de hacerse católicas. Convencidas de que fuera del Catolicismo no hay salvación, escribieron á su padre pidiéndole permiso para abjurar su secta, y diciéndole que si no recibían contestación, en que desatendiera su ruego, se creerían autorizadas para hacer solemne profesión de la fe católica el día que ellas le marcaban. Todo este negocio de tanta importancia se puso bajo la guía y protección de San José.»

«Un sobre conteniendo una hoja de papel *en blanco* fué la única respuesta de su carta. Consultado el Ilustrísimo Señor Obispo sobre el significado que se debía dar á esta singular misiva, fué de parecer que con ello se les concedía *carta blanca*, y en este concepto él mismo recibió la abjuración de entrambas doncellas el día indicado. El padre de las dos ya felices jóvenes católicas se había equivocado; y creyendo enviar en la víspera de la abjuración á uno de sus amigos una carta, destinada al Ilustrísimo Señor Obispo, en la cual se oponía rotunda y formalmente á los deseos de sus hijas, había metido por equivocación una hoja de papel blanco en el sobre dirigido al Prelado.»

«Al constar á aquellas buenas doncellas las iras é indignación de su padre por su conversión al Catolicismo, acudieron con una novena al glorioso Patriarca San José, para que como amoroso Abogado arreglara el asunto de forma que pudieran continuar en el mismo colegio para perfeccionarse en el conocimiento de la fe católica. Acogiélas benigno el Santo; pues no bien habían concluido el novenario, cuando llegó de su padre una carta más dulce y moderada, en que decía que abandonaba y echaba al olvido aquel negocio, mirándolo como hecho consumado, y añadía que arrastrado por un impulso interior, irresistible y misterioso, y como á pesar suyo permitía á sus dos hijas proseguir por dos años más en el convento, si ellas así lo querían.»

«Otro lance vino á amargar el corazón de las nuevas hijas de la Iglesia católica. Desgraciadamente una de ellas había caído enferma de los ojos y se hallaba amenazada de perder por completo la vista á causa de un tumor que le cubría la cara; y no se atrevía á dejarse operar, aunque los médicos lo creían indispensable, por ser obra muy peligrosa. Para todo

remedio una de las religiosas, sumamente devota de San José, obtuvo permiso para ir todos los días con Juanita, así se llamaba la paciente, á rogar á los piés del Santo Patriarca. Principiaron una novena de preces, y el mal al parecer iba cada día empeorando. Llegó por fin el último día de la novena, sin conseguir ni sombra de resultado satisfactorio. No obstante, concluidas las preces postreras sintióse la religiosa intimamente animada, y llena de fe viva y de gran confianza dijo á la enferma: *Juanita, mire usted la estatua de San José.* Hizo la doncella un pequeño esfuerzo para levantar los ojos como le decían, y al mismo instante desprendióse de ellos una sustancia espesa y escamosa, dejando en su caída el rostro de la enferma limpio y sano, y la vista de todo en todo restablecida.»

## IV

## CONSUELO DE UNA MADRE CRISTIANA

He aquí otra cura portentosa, cuya relación escribió á una revista Josefina nuestro Padre J. Maria de Boylesve de la Compañía de Jesús.

«Los congregantes de la Santísima Virgen, dice, tienen en este colegio de París, Baugirard, la santa costumbre de visitar todas las semanas algunas familias pobres, y distribuirles con la limosna ó bonos algún buen libro ó revista, entre otros el *Propagador de la devoción de San José.* (Lo mismo se estila ahora en nuestro colegio de Deusto en Bilbao). Habiendo ido, pues, á una de esas casas, donde no se halla sino miseria y pobreza, encontraron últimamente á un niño atacado de una fuerte y peligrosa inflamación de ojos. Viendo la madre que los remedios no servían sino para

más agravarse el mal, alentada por la lectura de los favores dispensados de San José, conforme los rezaba la indicada revista, dijo en una de las visitas al Padre que acompañaba los colegiales: «Padre mio, los médicos no sanan á mi hijo, antes lo empeoran; por lo cual no quiero consultarlos más, ni aplicar más costosas medicinas. Principiaremos, pues, una novena en obsequio de San José, para concluir la el día de la Inmaculada Concepción, y mi niño estará curado. Tengo de ello tal confianza, que casi casi raya en seguridad completa, y me prometo de su bondad de usted que lo escribiré en el *Propagador*.»

«¡Animo! le dijo él: no pierda usted su confianza; y no dude que curado el niño lo consignaré en la consabida revista.» El pobrecito chico presentaba un aspecto lastimoso: toda su cara estaba hinchada, y cubierta de una costra purulenta, señaladamente al rededor de los ojos. Tan lastimoso era su estado que los colegiales al salir, le dijeron al Padre: «Verdaderamente, Padre, que si este chiquitín llega en estos nueve días á sanar, su cura será milagrosa.» Y en hecho de verdad la Hermana, y es muy inteligente y experimentada, que cura en el hospital á esta clase de enfermos, había asegurado ya sin rodeos á la madre afligida que probablemente perdería el niño un ojo, y el otro á duras penas llegaría á bien al cabo de un año. ¡Tan pocas esperanzas de buen éxito naturalmente ofrecía la gravedad del mal!

«Dos días después de la fiesta de la Purísima Concepción volvieron á visitar á la pobre familia: y apenas habían puesto el pié en aquella misera vivienda, cuando la madre, antes tan afligida, tomando alegre á su hijo en brazos se lo mostró diciendo: «Miren, miren ustedes cómo sanó mi niño. ¿No ven ustedes qué ojos tan limpios y bellos? ¡Ca! ¡Si no hay mejor

oculista que San José!» En verdad toda la hinchazón y todas las postillas habían desaparecido por completo: los ojos estaban perfectamente sanos y el rostro tan limpio, que formaba singular contraste con el horrible y repugnante estado en que lo habíamos visto diez días antes.»

— «Para cumplir, pues, con la promesa, hecha con tanto gusto á aquella buena madre de familia, ya que era yo el que acompañaba á los colegiales, me tomo la libertad de remitirle á V. esta sencilla relación para que la publique en su revista.... Paréceme que tengo algún derecho á ello, estando suscrito por diez ejemplares, que repartimos para que los lean el mayor número posible, y difundir así más y más la devoción del Santo Patriarca.»

— «Reciba V. R. la expresión de mi afectuoso respeto.»

J. María de Boylesve, S. J.

## V

### UNA VISITA DE SAN JOSÉ

El devoto panegirista del Santo Patriarca, el Reverendo Padre Barry, cuenta esta historia ó favor insigne del Santo.

— «La hermana Juana de los Ángeles, priora de las Ursulinas, cayó enferma de un ataque de pleuresía, con fiebre abrasadora y dolores intolerables. Los remedios que se le administraban no le producían ningún alivio; de manera que, reducida la enferma al último extremo, solo esperaba tranquila y conformada la muerte.»

— «Un día, en que la violencia del mal la había privado del uso de los sentidos, sin quitarle el conoci-

miento y lucidez de su alma, quedóse arrobada; y en este raptó vió á San José su protector querido, que, descendiendo del cielo con aire de bondad, venía á visitarla, como en presagio de alguna merced distinguida. Con esta visita su oscura celda quedó iluminada como en clarísimo día y trasformada en abreviado paraíso. Distinguía la enferma en medio de resplandeciente nube á un jóven de gracioso aspecto, ricamente vestido, y llevando en su diestra un cirio encendido. Entendió que era este su ángel de la guarda. Después de él aparecía el glorioso Patriarca San José, más brillante que el sol, lleno de gloria y majestad incomparable. Su semblante no era de anciano, sino de varón grave y maduro. Desde luego dirigió el Santo hacia Juana de los Ángeles una mirada llena de dulzura, y abriendo sus paternales labios la exhortó á perseverar constante en los piadosos homenajes que solía tributarle, y por despedida la mandó levantarse, diciéndole que le estaba otorgada la salud.»

«Desapareció la visión; y sintiéndose la religiosa perfectamente curada, levantóse al instante remozada, y se vistió como si nada hubiera tenido. Entre tanto se anunció la llegada del médico, y ella le salió al encuentro, dejándolo estupefacto; pues creía él encontrar muerta ó moribunda á la que veía sana y llena de vigor y de vida. Preguntada la religiosa por aquel cambio portentoso, prorrumpió en alabanzas y acción de gracias á su Santo Bienhechor, confesando públicamente el beneficio recibido de mano de San José á cuantos admiraban su curación completa y repentina. Grande y ferviente había sido siempre su devoción por el Padre nutricio de Jesús; pero mayor fué de allí en adelante, esforzándose en rendirle nuevos obsequios y en difundir en todos el amor del Santo, para merecer de él nuevas gracias y dones más distinguidos.»

## VI

## UN PÓLIPO ARRANCADO DE RAÍZ

Refiere el Padre Patrignani, gran propagador de las glorias de San José, que había una religiosa llamada Sor Teresa de la Encarnación, la cual años hacía que estaba sufriendo de un pólipo, ó excrescencia fofa en la nariz, que extendiendo sus raíces hasta los ojos y orejas, debía, según dictamen facultativo, de quitarle la vida á no tardar. Todos los remedios humanos se habían probado para conjurar el mal y arrancarle tumor tan terrible, pero todos inútilmente.

Otra religiosa, por nombre Sor Clara, llena de confianza en San José, dijo á la enferma en una de las visitas que le hacía: «Buen ánimo, hermana, que San José, no lo dude, San José cuidará de usted.» Después, volviéndose á una imagen del Santo que allí había, exclamó: «Santo mío glorioso; por el consuelo y alegría que recibía vuestra alma, cuando cogíais en vuestros brazos al niño Jesús, y por el amor que profesabais á la Virgen María, os suplico me concedais esta gracia.» Dicho esto se fué, no sin haber antes prometido á la enferma que al día siguiente comulgaría por ella con esta intención.

Cumplió con su promesa, y después de haber comulgado con fervor, volvió á ver á la enferma; pero la encontró con un dolor de cabeza horrible, con la nariz deformemente hinchada y con color y síntomas de principiarse en ella la gangrena. No por esto desmayó ni se turbó la devota sierva de San José; antes bien, con aire más firme y alegre que nunca, se dirigió á la paciente y le dijo: «¡Buen ánimo, hermana mía! que usted curará, San José le concederá á usted

esta gracia; y para mejor asegurar su consecución le he prometido tres misas y vestir á un pobre en honra suya.»

Convenido el obsequio con la paciente, dijole á esta Sor Clara: «Ahora va usted á hacer un acto de obediencia en obsequio de San José. Vamos pues: suéñese usted...» A este acto resistíase la enferma, por los grandes y agudos dolores que la oprimían. «Obedezca usted, hermana, repitió Sor Clara; obedezca usted; y no dude que encontrará alivio: San José la ayudará.» La paciente obedeció con valor; pero sintió un dolor tan agudo y violento, que le parecía abrírséle la cabeza. Un momento después le vino un fuerte estornudo; y ¡caso nunca visto! con el estornudo arrojó por las narices la excrescencia con todas sus raíces, desapareciendo tan terrible y dolorosa enfermedad.

En hecho de verdad una vez arrancado y expelido el germen del pólipo, la enferma quedó al instante aliviada y sana, con grande admiración de los médicos, que á la fama de tal portento iban á visitarla y admirar por sus propios ojos curación tan extraordinaria, obrada por mediación del glorioso Patriarca San José. ¡El nos asista en todas nuestras dolencias y miserias! Amen.

## VII

### UN CONVENTO DEL CANADÁ

Era la señora de la Peltrie una dama enriquecida de bienes temporales, y lo que es más de apreciar, de virtudes sólidas en alto grado. Cierta día, en que casualmente, ó mejor providencialmente vino á sus manos una relación histórica de la misión que los padres de la Compañía de Jesús habían emprendido entre los



salvajes del Canadá, leyóla con grande atención é interés, y con su lectura se entusiasmó de modo á favor de aquellos pobrecitos idólatras, que resolvió cooperar según sus fuerzas á la civilización cristiana de aquellos pueblos, y sobre todo á la salud eterna de sus almas.

Mas ved ahí que mientras meditaba sobre el plan y los medios de llevar á cabo tan piadosos designios, cayó la madama enferma de gravedad, sin que los médicos atinaran en la naturaleza del mal, aunque pronosticaron todos que moriria próximamente sin remedio. En tan lastimoso estado la ferviente señora, que conservaba claro su entendimiento, no perdía de vista sus laudables y santos propósitos; y el mismo Dios que se complace en las ofrendas de sus escogidos, fortificábala en medio de los dolores de la enfermedad, y la inspiraba á confirmar con un voto á San José tan saludable pensamiento y empresa. Movianla á esto dos razones; la primera su especial devoción al glorioso Patriarca, y la otra saber que los Jesuitas habían encomendado la conversión de los salvajes gentiles del nuevo mundo al amparo del Padre nutricio del Salvador.

Animada, pues, de tan nobles y generosos sentimientos, prometió la enferma que si San José se dignaba devolverle la salud perdida, ella fundaría y dotaría á su costa una casa ó convento de educación cristiana para las niñas canadienses. No bien hubo hecho tal voto á gloria de San José, cuando el Santo, atendiendo á sus ruegos, calmó todos los dolores de la enferma, que eran violentos, y se disiparon por completo en un abrir y cerrar de ojos. Como recuerdo del beneficio quedóle de tan penosa como temible y desconocida dolencia cierta flaqueza inocua, consecuencia del mal pasado. Vino después el médico, y al

encontrarla en estado tan diferente del de la vispera, dijole entre gozoso y sorprendido: «¿Madama, qué se hicieron aquellos dolores tan agudos? ¿A donde han ido á parar?...» «Señor, contestó ella con gracia, mis dolores acaban de partir para el Canadá.»

No difirió la devota Peltrie el cumplimiento de su voto. Para ello hizo levantar á sus expensas el monasterio, en que debían recibirse las jóvenes del Canadá, y cuya primera superiora fué la Reverenda Madre María de la Encarnación, destinada por Dios mismo para que realizara obra de tanta gloria de Dios y bien de las almas. Más adelante en una de las visiones con que favorecía el Altísimo á esta su sierva, manifestóle claramente que San José era el protector del nuevo mundo, y que á su intercesión se debía haber ella sido llamada á cooperar en la redención de aquellos pobres gentiles. Por esto mismo al querer poner nombre á la nueva casa ó convento, la intituló colegio de San José, tomando por escudo la imagen del glorioso Patriarca con el niño Jesús en los brazos.





## CAPÍTULO VI

### SAN JOSÉ GUÍA Y AMPARO DE CAMINANTES



odos sabemos los peligros de cuerpo y alma que ofrecen los viajes de mar y tierra en los nuestros y en los antiguos tiempos; por lo cual se consignó en el libro de la Imitación de Cristo aquella triste verdad: «Los que mucho peregrinan, con dificultad se santifican.» Ciertamente que la facilidad de viajar puede y debiera contribuir á la difusión del bien y de la divina gloria; mas como por desgracia más abunda la maldad que la virtud, y los malos ejemplos se pegan con mayor fuerza que los buenos por nuestra depravada naturaleza, por esto llo-ramos que con la mayor oportunidad y comodidades de viajar se pervierten y desmoralizan los pueblos en grados que llenan de amargura. Y en cuanto á los peligros corporales, si antiguamente se corrian riesgos de volcar y perecer en diligencia, en nuestros días un solo descarrilamiento produce más víctimas que en los antiguos todos los vuelcos de años enteros.

Por donde si nuestros abuelos se armaban de la oración al emprender cualquier viaje, y buscaban en San José un poderoso abogado para librarse de males espirituales y corporales, con mayor motivo lo debemos hacer nosotros, si queremos conducirnos como buenos cristianos. Que sea San José gran auxilio para los caminantes que se acogen á su manto, nadie lo igno-

ra. ¿Quién no sabe al dedillo los grandes servicios que prestó nuestro Santo Patriarca á Jesús y á María en todos sus caminos, señaladamente en el largo y peligroso de Nazareth á Egipto y de Egipto á Nazareth, cuando los sustrajo de los furios de Herodes cruelísimo? ¿Quién podrá dignamente ponderar los desvelos y cuidados que se tomaba nuestro Santo para aligerar á la Santísima Virgen y al divino Infante de las penalidades de viaje tan incómodo? San José fué quien, como en blanda y ligera carroza, llevó en sus brazos al niño Dios durante la mayor parte de la jornada, de manera que al Santo Ayo del Redentor aplican algunos intérpretes aquellas palabras de Isaías: «Hé aquí que el Señor hará en Egipto su entrada conducido por ligera nube.»

¿Cómo es, pues, concebible que no guarde de corporales y espirituales daños á los devotos que imploren sus auxilios en sus empresas y viajes necesarios? Amándonos con aquel mismo amor con que amaba á Jesús, mirándonos con mayor interés que San Rafael á Tobías, y siendo tan grande su poder ante Dios, ¿no nos favorecerá con todo empeño, librando á sus verdaderos devotos de los peligros, reveses y contratiempos, á que estamos expuestos en nuestros derroteros, viajando por este valle de lágrimas? Numerosos hechos confirman el cuidado que se toma San José por sus devotos caminantes, de los cuales citaremos algunos para gloria suya. Veámoslos.

## I

## MERIENDA DEL CIELO

Una de las pruebas que usa la Compañía de Jesús para ejercitar á los novicios en humildad y mortificación, es enviarlos á lejanas peregrinaciones sin viáti-

co, dinero, ni provisión, obligados á comer de limosna, y con evidente riesgo de experimentar los efectos naturales de tales expediciones; cuales son fatigas, hambre, sed, desprecios y otros semejantes. Con estas privaciones ensaya la Compañía á sus noveles hijos para la vida apostólica.

Siguiendo esta práctica, tres novicios que hacían juntos su peregrinación, se encontraron un día en una vasta llanura, sin norte ni sendero, lejos de toda morada, extenuados de cansancio, de hambre y de sed, sin tener un bocado de pan, ni una gota de agua para tomar algúna refuerzo ó refrigerio. En estos aprietos mataban el hambre hablando con santo consuelo de los trabajos que sufriría la Familia Sagrada en su fuga á Egipto, y llenos de fervor y ávidos de padecer se alentaban mutuamente é incitaban á esperar que si la tierra les rehusaba darles socorro, el cielo no dejaría de proveerlos en tiempo oportuno.

No se hizo de esperar el consuelo apetecido. Repentinamente divisaron en aquella solitaria campiña á un hombre y una mujer, que llevaban en sus brazos á un tierno niño. Estos desconocidos acercándose á los tres jóvenes peregrinos, saludáronles con gran amabilidad y gracia, y entraron con ellos en pláticas familiares; y habiéndose por ellas enterado de la extrema necesidad á que los tres novicios estaban reducidos, los invitaron á tomar una frugal merienda. Sacaron á este fin una cesta que traían, y de ella manjares de sabor exquisito, que comieron á su placer los hambrientos viajeros.

Admirados estos igualmente no menos de comida tan regalada, que de la fina urbanidad de los que les servían, entraron en curiosidad y afán de conocer el nombre y la cualidad de sus bienhechores, para manifestarles su reconocimiento por socorro tan oportu-

no, que parecía más del cielo que de la tierra. Pero la timidez y la modestia les cerraron los labios, y no se atrevieron á preguntárselo. Con todo, sea que indirectamente indicaran con palabras encubiertas sus deseos, sea que manifestaran en sus semblantes su natural curiosidad los ya satisfechos peregrinos, lo cierto es que, contestando á sus ansias é interés, dijeron los desconocidos: *Nos sumus, qui fundavimus Societatem Jesu.*—*Nosotros somos los que fundamos la Compañía de Jesús.* Y dicho esto desaparecieron como por encanto.

Bien puede mejor imaginarse que decirse con palabras cuán dulce y celestial sería el gozo que inundaría sus almas al entender tan claramente que los que les habían servido aquella celestial merienda eran nada menos que Jesús, María y José. Al instante hincáronse de rodillas, y dieron al Omnipotente gracias por tan señalado beneficio; y luego continuaron alegres su camino, que de seguro les mostrarían los entonces desconocidos. Como es de suponer la materia de sus conversaciones durante el viaje no era otra sino lo que acababa de sucederles y preocupaba todo su corazón y entendimiento. Hablando con indecible consuelo de las menores circunstancias y más leves accidentes de tan grato suceso, animábanse unos á otros á corresponder agradecidos, manifestándose dignos hijos de la Compañía, fundada por Jesús, María y José. Entusiasmados complacíanse en reconocer y contemplar en San José la vigilancia, solicitud y amor del superior para con los súbditos, en María las virtudes del religioso muy observante, sumiso y consumado, y en el niño Jesús la simplicidad, obediencia y mortificación del buen novicio.

Y en verdad esta Sagrada Familia es el modelo acabado, que debemos copiar cada uno de nosotros en su

estado y condición en esta tierra miserable. (*Nudasi histor. dier memor.*)

## II

## EN LOS VERICUETOS DE MONTSERRAT

Otro ejemplo lindísimo y semejante nos refiere de San José uno de los primeros panegiristas españoles del Santo, el confesor de Santa Teresa Padre Gracián. Dice aquel devoto carmelita descalzo que vivía en el célebre monasterio de nuestra Señora de Montserrat un religioso devotísimo del Santo Patriarca. Entre las prácticas de piedad que este monje dedicaba á honra del Santo, ninguna le comunicaba mayor fervor y consuelo que considerar y contemplar su huida á Egipto en compañía de la Virgen y de su divino Infante. De esto confería á menudo en sus conversaciones, esto rumiaba con frecuencia en sus paseos solitarios por los vericuetos de aquella bellísima y pintoresca montaña.

Un día, embebido en tan santas contemplaciones, llevó su acostumbrada excursión mucho más lejos de lo que solía, y al volver á su monasterio se enredó por aquel laberinto de senderos y se extravió, perdiendo completamente el camino y desorientándose sin tiento. Metido en aquellos andurriales y asperezas á boca de noche, sin saber qué partido tomar, sobrecogióse de temor, considerando el peligro que corría de ser devorado por lobos, ó de caer preso de malhechores, que por entonces infestaban aquellas montañas, ó de despeñarse en alguno de aquellos espantables precipicios en caso de pretender proseguir el camino para tornar al monasterio.

Lleno de estos tristes pensamientos encomendábase á Dios, pidiendo socorro por intercesión de San José,

que tantos sinsabores había pasado en su viaje al desierto de Egipto, cuando se encontró con un desconocido, que conducía á una señora, montada sobre una bestia de carga y llevando en los brazos á un pequeño niño. Después de los saludos propios de buenos cristianos, preguntóles el religioso cuál era el camino que debía tomar para llegar seguro al monasterio; á lo que respondió el desconocido: «Si quiere usted seguirnos, yo se lo enseñaré; porque difícilmente usted lo hallaría, sobre todo viniéndonos encima la noche. No tema usted, pues tengo bien conocidos todos estos senderos y veredas: yo le pondré á usted en salvo.»

Juntóse á los viajeros el monje, y caminaron largo tiempo unidos con indecible consuelo del extraviado, porque en todo aquel trecho tanto la Señora como su conductor conversaron de las cosas del cielo de una manera tan santa, dulce y amena, que el religioso enternecido sentía inflamársele el corazón en amor de los bienes eternos, y desprecio de los caducos, á la manera que lo experimentaron los discípulos de Emaús al aparecérselos en forma de peregrino Jesús resucitado. Por fin, llegaron á un sitio en que el monje reconoció la proximidad del monasterio, y el sendero que llevaba derechamente á la puerta. Entonces los desconocidos se despidieron urbanamente del religioso, y al volver este las espaldas desaparecieron ellos instantáneamente de la vista. Admiróse el siervo de Dios de tan súbito desaparecimiento; y reflexionando un poco sobre cuanto había visto y oído en el camino, cayó en la cuenta de que el conductor no podía ser otro sino el glorioso San José, que en unión de Jesús y de María había venido á sacarlo del mal paso ó atolladero, en que se había metido y enredado, y á conducirlo seguro al monasterio.

Las palabras de estos celestiales viajeros le queda-



ron tan profundamente grabadas en el alma, que conservó su dulce impresión y las rumió con gran provecho hasta el último suspiro.

### III

#### LO QUE PUEDE LA ORACIÓN CONFIADA

Una pobre madre bretona había sufrido toda suerte de pruebas y tribulaciones abrumadoras, á cuya fuerza sucumbiría el humano corazón á no verse sostenido por la mano de Dios siempre misericordioso. La infeliz había quedado viuda con muchos hijos, á quienes tenía que ganar el pan con indecibles agobios. Mas ¡qué cúmulo de males se sobrepusieron á á los pasados! La mayor de sus hijas pereció abrasada viva en un terrible incendio: la segunda, casada muy joven, tuvo la desgracia de que ó fuera por sus imprudencias, ó fuera por calumnias la presentaron á los tribunales, de los que salió condenada á galeras perpetuas. ¿Quién podrá expresar la amargura de aquella madre? A la cadena de pesares que oprimía su corazón juntábase el deshonor, no menos acerbo para una señora honrada y pundonorosa. Y no terminaron aún aquí sus duelos.

Su hijo mayor, pasando una noche por un camino desierto, vióse asaltado por una pandilla de malhechores, que, después de haberle robado una gruesa suma de oro, lo maltrataron de suerte, que herido gravemente perdió por de pronto los sentidos y á los dos días la vida. ¿Quién consolará á la desolada viuda, sumida y anegada en aquel mar de penas? ¡Oh! El compasivo San José la recibirá bajo su paterno manto, enviándole una de esas almas que son instrumento de sus

misericordias. Presentósele de verdad una piadosa señora, la cual comprendiendo las profundas heridas que en aquella alma habían abierto tantos dolores y angustias, mezclando sus lágrimas con las lágrimas de la infortunada, la invitó á recurrir confiada al Santo de su predilección, y en un impetu ó arrebatu de confianza prometióle sin titubeos ni hesitación ninguna que para su consuelo y alivio San José le devolvería á su hija en libertad el día de la Asunción gloriosa de la Virgen. Esto no obstante, todas las probabilidades le eran contrarias, todas las diligencias imaginables, hechas á este fin por espacio de ocho años, habían sido completamente inútiles y sin esperanza de fruto.

«No importa, dijo la devota del Santo Patriarca: nada me ha negado el Santo de cuanto le he pedido, y él me ayudará en esta difícil empresa; él enjugará las lágrimas de mi viuda desolada.» Para conseguir tan halagüeño resultado hizo novena tras novena; rogó é hizo que otros rogaran. Por fin, la fiesta de la Asunción se acercaba, y todos sus pasos y diligencias al parecer habían sido del todo estériles. Apesar de todo, sin previo aviso de buen éxito, confiada solamente en la omnipotencia del Padre virginal de Jesús, convida con arrebatu profético á la pobre viuda á que vaya á la estación férrea para recibir á su hija, que ha de llegar en el tren de su destierro de Egipto. La madre electrizada con las palabras de su protectora, participando de la esperanza que le comunicaban sin natural fundamento, allá se dirige.

El tren había llegado ya, y se abrieron las puertas de la estación para dar salida á los que llegaban. ¡Qué trasporte de alegría sentiría el corazón de la viuda afligida, cuando la primera persona con quien toparon sus miradas fué su prenda suspirada, su hija

querida! Abriendo sus brazos abrazóla con toda la efusión de su alma, expresando más que con palabras con lágrimas y suspiros el consuelo que embargaba su lengua. «Hija mía, dijole después enternecida, hija mía, demos gracias á Dios por tu ansiada libertad, y no cesemos de bendecir á San José por habérnosla conseguido.» Con esto entrambas se fueron directamente á casa de su bienhechora, y allí, dando suelta á los reprimidos afectos de profundo agradecimiento, lloraban todas de puro gozo y satisfacción. «¡Oh! clamaban; agradezcamos y agradezcamos sin cesar al glorioso Patriarca favor tan distinguido. ¡No tenga límites nuestro amor y nuestra esperanza para con Santo tan benigno como poderoso! ¡El sea siempre nuestro dulce amparo y seguro refugio en todos los contratiempos y contrariedades de la vida!» Amen.

## VI

## ENCUENTRO VENTUROSO

Leése en las crónicas de la tercera orden franciscana que la señora Cecilia Portazo, hija ferviente de San Francisco, se distinguía por su devoción y confianza en el Santo Esposo de María, en obsequio del cual ayunaba todos los miércoles á pan y agua. Por esto no bien se encontraba en algún aprieto de alma ó de cuerpo, al punto se acogía, como á puerto seguro, al amoroso San José, y nunca salían fallidas sus esperanzas. Aconteció, pues, que Cecilia en unión de algunas piadosas mujeres había ido en peregrinación al Santuario de Nuestra Señora del Monte Drapano en Sicilia, y cumplido su propósito, estaban ya para embarcarse de vuelta y tomar rumbo para sus hogares.

Mas por desgracia, ó por gracia, el capitán que debía conducir las, levando anclas, se había hecho á la vela, dejándolas en tierra, y abandonándolas de noche en la orilla del mar, á gran distancia de Palermo, á donde pretendían encaminarse. Mientras que casi todas las peregrinas se entregaban al dolor y al llanto por tan triste suceso, Cecilia recurrió á su paño de lágrimas, al refugio de San José, y no vanamente ó sin fruto.

Porque al instante y repentinamente se les presentó delante un anciano en traje de viajero y con báculo en la mano, el cual, hablándoles con toda amabilidad y dulzura, se les ofreció á servirles de guía en las tinieblas de la noche, y llevarlas con toda seguridad á puerto. Llegó todavía á más su bondad finísima. «¡Ea! hijas mías, les dijo: es preciso que os descargueis de vuestro equipaje, y lo entregueis á éste mi sirviente, que él os lo llevará.»

«¡Buen anciano! contestaron ellas; con gusto aceptaríamos vuestro servicio, pero debéis advertir que nos queda mucho que andar, y está muy lejos de la puerta de la ciudad el lugar donde debemos pasar la noche, pues vivimos en la calle de San José.»

«¡Oh! replicó el anciano; no tengáis reparo alguno, que en la misma calle vivo yo.»

En efecto; cargó el joven sirviente con la fardería, y anciano y joven las acompañaron hasta el lugar dicho, dejando los bultos en el dintel de la puerta. Habiéndose las peregrinas despedido de sus guías, y tratando mutuamente de la grandeza de aquel beneficio inesperado y de las cualidades que notaron en sus bienhechores, cayeron en la cuenta y vinieron todas en que, atendidas las circunstancias del hecho, el venerable anciano no era otro sino San José, y el joven portador de la carga San Rafael, ó alguno de sus ángeles custodios.

## UN PARAGUAS MISTERIOSO

Otra tercera de San Francisco, llamada Juana Rodríguez, recibió también de San José entre otros favores uno señaladísimo en recompensa de la singular devoción que le profesaba. Iba en cierta ocasión Juana de viaje en compañía de otra mujer, cuando hallándose lejos de poblado se encapotó el cielo de negros y espesos nubarrones, amenazando descargar horrible tempestad. La compañera de la buena tercera franciscana, llena de miedo buscaba con ojos azorados un asilo donde refugiarse, sin poder descubrir ni una mala choza, ni un árbol, aunque ofrezca peligrosa acogida en tiempo de borrasca. Juana en tanto rogaba al Tutor del divino Niño que las amparase y defendiera de todo riesgo de alma y cuerpo.

En aquellos temores se les apareció un apuesto varón, que animándolas á continuar su camino, les dijo que le siguieran, que él las llevaría al término, libres por completo del chaparrón que amagaba.

Fueron las dos tras el guía desconocido, y al momento empezó á llover. El agua caía á torrentes, los caminos se convertían en ríos, y sin embargo, los caminantes no se mojaron un hilo de la ropa, ni aun se humedecieron los piés. A vista de prodigio tan claro Juana empezó á sospechar si el guía, que con tal portento las guardaba de la lluvia, sería su Protector San José; con este fin de cerciorarse mirábale más de cerca y con mayor atención, y cuanto más se fijaba tanto más se afirmaba en sus sospechas, sin atreverse á descubrirlas.

Para mayor confirmación y colmo de consuelo em-

pezó el Santo á hablar á las favorecidas de la vanidad, amargura y caducidad de los bienes del mundo, y de la solidez, dulzura y perpetuidad de los tesoros espirituales; con las cuales pláticas sentían inflamarse en amor de Dios y de las riquezas eternas y en el desprecio de todo lo perecedero. Embebidas iban con tan grata compañía, sin darse razón de lo que les pasaba, hasta que al llegar al término de su viaje se encontraron solas, sin guía ni compañero, cual si todo hubiera sido pura visión. Los efectos, con todo, probaron la realidad de la gracia; pues, á pesar de la lluvia torrencial con que se habían regado los campos, llegaron sin mojarse á casa, como protegidas de maravilloso paraguas.

## VI

## UNA HOSPEDERÍA IMPROVISADA

En las citadas crónicas de San Francisco se refiere que en cierto día el Padre Jerónimo Pistoya, religioso capuchino y misionero apostólico, volvía por orden del Vicario de Jesucristo á Venecia, para de allí embarcarse con otro compañero con rumbo á la isla de Candia. Iban los dos obedientes capuchinos su camino, platicando familiarmente de asuntos religiosos, cuando la noche los sorprendió á bastante distancia del término de su viaje; y lo que es más triste, con la oscuridad perdieron la senda y se extraviaron por completo. Grandes fueron sus aprietos, dando vueltas y revueltas, sin saber cómo salir de aquel laberinto.

Cansados ya de fatiga y privados de todo humano recurso, acudieron á la oración, é hincados de rodillas suplicaron á Jesús, Maria y José los amparasen en aquella extrema necesidad. La plegaria humilde pene-

tra los cielos; y así fué despachada favorablemente la de estos humildes devotos de San José, porque al levantarse de su oración, divisaron á lo lejos una luz, que les pareció ser de alguna lámpara, y que salía de alguna vivienda. En seguida, atravesando campos y prados, dirigiéronse hacia ella y guiándose por sus rayos, llegaron al poco tiempo á una casa pequeña, pero decente y aseada, habitada por tres personas, á saber, un varón entrado en años, una mujer, y un niño, todos de semblante bello y agradable.

Fueron los huéspedes recibidos con cristiano agasajo y fina caridad: dióseles una cena frugal, pero limpia y bien condimentada, como para observantes religiosos que necesitaban tomar refuerzo; y después se condujo á cada uno á su pobre cama, para que descansaran tranquilos de las fatigas del viaje. Así lo hicieron los buenos capuchinos, llenos de santo consuelo y agradecimiento. Mas por la mañana siguiente al despertarse se encontraron tendidos sobre la blanda hierba de una pradera, y mirando en todas direcciones y por todas partes no pudieron descubrir ni rastro de la casa, donde se les había dado tan rico hospedaje.

Con esto ya no dudaron que quienes los habían recibido, alojado y regalado la noche antes, quienes los habían obsequiado con tanta bondad en la víspera no eran otros que Jesús, María y José, á quienes se apresuraron á rendir mil gracias por este insigne beneficio.

## VII

### SUMO EMPEÑO EN HUIR DE SÍ

Según los anales de la descalsez carmelitana fué la venerable Madre María de la Visitación muy devota de San José desde sus juveniles años, y á él se enco-

mendaba en todas sus angustias y negocios. Movida por los ejemplos del Santo, vivía en su casa paterna dando edificación en la práctica de todas las virtudes. No era para el mundo tan bella flor; por lo que plugo al Señor trasplantarla á su huerto cerrado y jardín florido de la religión, valiéndose para ello de un medio del todo divino. Al efecto estampó en el ánimo de la doncella un sentimiento tan bajo de sí misma y un horror tal de sus miserias, que se creía ser el escándalo de toda la comarca. Su confesor y otros eclesiásticos, gobernándose por leyes comunes, condenaron semejantes juicios por exagerados y nocivos; por donde trataron de combatirlos y desvanecerlos, por temor de que no degeneraran en pusilaminidad, ó en semillero de escrúpulos: pero todas sus industrias fueron estériles, y sus esfuerzos todos se estrellaron en la profunda humildad de la venerable María.

Guiada, pues, por los impulsos de su corazón, y con la intención, según después confesaba ella misma, con la intención de huir de sí propia, si posible fuera, resolvió salirse por la noche de su casa secretamente. Concebir el propósito y ponerlo en ejecución fué obra de pocos momentos; porque inmediatamente se fugó de sus hogares, sin otra compañía que la de un santo Cristo, que, cual Magdalena penitente, bañaba con sus lágrimas. Después de haber estado andando sin norte por aquéllos caminos gran parte de la noche, se encontró con un venerable anciano, que le preguntó:—¿Y á dónde va usted, hija mía, á estas horas?

—Voy, contestó ella, huyendo con solícito empeño de mí misma y de mis pecados.

—Entonces el anciano, trazando con su bastón un círculo en torno de la fugitiva, y mostrándole el camino que conducía á Palencia, le dijo:—Tome usted este camino; por otra senda se extraviaría usted.



Reflexionó la doncella sobre lo que acababa de oír, y presto entendió que quien le había hablado era San José, á quien desde su infancia veneraba como á su particular abogado; y comprendió sin gran trabajo que el camino indicado era consejo de Dios, que le decía fuese á Palencia á encerrarse en el círculo de algún convento, donde además de las reglas se guardase rigurosa clausura. Como lo entendió, así trató de cumplirlo sin dilaciones, poniéndose al instante en camino para la ciudad indicada. Pero sucedió que echándola de menos su familia, al momento adivinaron los planes de la fugitiva, y algunos de ella salieron en su persecución, con ánimo de obligarla á retroceder á su casa de grado ó por fuerza. Alcanzáronla, en efecto, poco antes de llegar á la ciudad, y allí se despacharon á su sabor contra la inocente doncella. Llenáronla de insultos y oprobios, y condenaron sus piadosos desig-nios como crimen imperdonable. María escuchó todas las acriminaciones que le echaban en cara, sin responder palabra, mortificando interiormente cuantas razones aducía su amor propio; pero dócil al consejo que había recibido de lo alto, permaneció inmutable en su resolución.

Entonces sus deudos, viendo por una parte la firmeza inquebrantable de la doncella, y por otra vencidos por su angelical dulzura y sólidas razones, tomaron el partido de acompañarla hasta Palencia, y como guiados de secreto impulso la presentaron al convento de Carmelitas descalzas, que allí había y existe aún bajo la advocación de San José. Recibiéronla las religiosas como Hermana de coro; pero este grado le pareció demasiado honroso á la humildísima pretendiente, y no cesó de importunar á los superiores para que la pusieran en el ínfimo grado de lega. Quisieron con todo examinar su aptitud; y estando ella en

el coro rezando juntamente con las otras, avergonzada de sí misma, cerraba el breviario, y levantando los ojos y las manos al cielo, exclamaba angustiada: «¿Y mi alma, Señor? ¿Y mi alma?» Movidas, pues, las monjas de los humildes sentimientos de la novicia y compadecidas de ella por los temores que demostraba de perderse si permanecía religiosa de coro, la permitieron descender al estado de Hermana de obediencia; en el cual esta humilde virgen, huyendo de sí misma, conservando muerto su amor propio, dió brillantes ejemplos de virtud á la observante comunidad, hasta espirar como había vivido en el ósculo del Señor.





## CAPÍTULO VII

### SAN JOSÉ REMEDIO Y SOLAZ EN TODAS LAS NECESIDADES



QUIÉN hay que no sufra en este mundo? Llama la Iglesia á este destierro valle de lágrimas; y dice verdad, porque viene el hombre á la tierra llorando, vive llorando y muere llorando. Lloran los pobres porque no tienen lo menester, lloran los ricos porque codician más, lloran los enfermos porque tienen que sufrir, lloran los sanos porque no pueden gozar; y aun los justos, que no anhelan sino caminar á la Patria, tienen que andar siempre pisando espinas. Dispúsole así la amorosa providencia del Altísimo, para que no dejáramos cautivar nuestros corazones por las delicias de la tierra, teniendo dejos tan amargos, y los pusiéramos en la Patria, donde nos espera un eterno y puro gozar sin dolor ni temor ninguno.

Mas no por esto nos está vedado buscar alivio á nuestros males, bálsamo á nuestras penas, medicina á nuestras dolencias; antes el Señor se complace en bendecir nuestros esfuerzos, siempre que así nos conviene para más acrecentar nuestra corona. Siguiendo, pues, aquel común adagio: *A Dios rogando y con el mazo dando*, bien podemos y con mérito para el cielo rogar á Dios suplicándole el remedio oportuno, sin

olvidarnos de poner de nuestra parte cuanto esté á nuestro alcance para obtener feliz resultado. Y ¿á quién podemos mejor acudir en todos nuestros lances que al que es universal panacea en todas las adversidades?

Constituido el glorioso Patriarca Padre de la Iglesia universal, y mirándonos á todos como á sus amados hijos, no puede menos de tratarnos con amor de padre, que acude á su familia en todos sus apremios y percances. Esta era la opinión y enseñanza de muchos doctores y santos, y sobre todo de nuestra excelsa Santa Teresa de Jesús; la cual, como es de todos sabido, dejó consignado en sus admirables escritos que una experiencia constante le había demostrado que así como hay santos que socorren á sus devotos, unos consiguiendo ciertas gracias determinadas, otros favoreciendo en singulares circunstancias, y algunos librando de males especiales, pero que no extienden su valimiento á lo que es atribución de otros; así San José nos puede ayudar en todo linaje de miserias y conceder toda clase de favores y valernos en todas las circunstancias. Esta misma era la confianza y doctrina del angélico joven San Juan Berchmans, y lo mismo predicaron todos los panegiristas de San José, y así sienten sus devotos; ni faltan ejemplos que lo apoyen.

## I

## LA ORACIÓN SUPRIME LAS DISTANCIAS

Pruébalo una carta escrita en Angers, noviciado de San José, á 9 de Octubre de 1864. Hé aquí un extracto.

Mi Reverendo Padre: al escribir á Vuestra Reveren-

cia estas líneas, deuda tan grata á mi corazón, daré el primer lugar á un beneficio dispensado por valimiento de San José, algunos años ha; beneficio demasiado notable para relegarlo al olvido. Las preces para su obtención se hicieron en Francia; pero el favor se aplicó principalmente en Cochinchina. Pero ¿qué son para los santos muchos miles de leguas de distancia? Ningún telegrama se transmite con tanta velocidad, con cuanta los ruegos llegan al cielo. Aquí tiene Vuestra Reverencia la prueba.

En una expedición de franceses á Cochinchina asentaron nuestros compatriotas los reales cerca de un bosque. Como con poca prudencia y cautela hubieran algunos soldados penetrado en él, no volvieron á comparecer, por lo cual y por otras señales que se observaron, se creyó con fundamento que los infelices habían sido devorados por alguna fiera.

En esto un novel soldado, resuelto á poner remedio á tan tristes accidentes, presentóse á su comandante y le pidió con gran denuedo permiso para registrar el bosque y buscar la madriguera de la fiera, que intentaba matar. Representóle el jefe el gran riesgo á que se exponía con su atrevida empresa, y el joven intrépido persistió en su demanda, que le fué otorgada, con la condición de que penetrase en el bosque con otros veinte soldados. Mas el peligro era tan manifiesto, que nadie osaba seguirle; hasta que á fuerza de ruegos y razones pudo recoger el número prescrito de compañeros.

Guiados, pues, por el rastro de la fiera introdujéronse en la selva, y no pararon hasta el punto, cerca del cual creyeron que debía de estar la manida del bruto carnívoros. Ataron allí entre árboles un cordero, que le sirviera de cebo, y se pusieron en acecho. Pero les sobrevino la noche, y sumidos en las tinieblas, no

veían ni oían nada. Estaban ellos en silencio profundo, y de repente oyóse ruido y les pareció percibir aúllos, como si salieran del lugar donde habían atado el cordero. Los tristes balidos de la víctima los confirmaron en el mismo juicio. Entonces el valeroso mancebo coje su fusil y lo dispara en dirección del punto de donde partía el ruido: los demás camaradas, sobrecogidos de terror, dispararon también; habiendo sucedido al estruendo de la descarga profundísimo silencio. En tanto pusiéronse en observación, y no habiendo advertido el menor ruido, dirigiéronse con gran precaución en medio de la oscuridad hácia el paraje, donde habían dejado el cordero, que hallaron muerto y despedazado por las garras y colmillos de la fiera.

Siéndoles por entonces imposibles otras averiguaciones, y no habiendo descubierto al feroz animal, se retiraron al campamento, sin saber si había muerto ó se había escondido al estallido de la descarga. Al otro día, al despuntar del alba, repitieron sus investigaciones, y con indecible júbilo descubrieron en la espesura del bosque muerta una espantosa pantera, herida por una bala que le había penetrado por donde debía morir sin remedio. ¿Quién tuvo tal acierto? Nadie dudaba que nuestro bisoño é intrépido militar había sido el afortunado. Pero ¿quién dirigió la puntería en medio de tan densas tinieblas? Aquí está el misterio y gloria de nuestro Santo.

Estando el joven soldado de regreso en medio de su familia, contábales gozoso su arriesgada aventura, que madre y hermana escuchaban con singular fruición. En esto la madre, como herida de grato recuerdo, le preguntó con viveza: «Y ¿qué día ocurrió este suceso?» Y como el hijo indicase la fecha del acontecimiento, exclamó ella: «¡Cabalmente! ¡Este es el día!

¡El mismo día! El autor de tal maravilla, el que puso la puntería á tu fusil, es San José, á quien debemos un millón de gracias.» Como el mancebo mostrase admiración y sorpresa de lo que oía á su madre, ésta se apresura á darle sus explicaciones, diciendo:

«Largo tiempo hacía, hijo mío, que no habíamos recibido nuevas tuyas: de lo que estaba yo no poco inquieta y pesarosa. En mi aficción tu hermana y yo fuimos á la capilla de San José á llevarle una vela y á suplicarle con gran fervor te acogiera bajo su manto y sano y salvo te volviese á nuestra casa. Esto hacíamos al anoecer, antes que te metieras en tan grave peligro.» Por la diferencia de horas entre Francia y Cochinchina tal vez en el mismo instante.

«Juzga, pues, continuó la madre, si fueron bien despachadas nuestras preces. No hay duda, San José fué, al cual te encomendamos, quien hizo en aquella oscuridad la puntería, y dejó muerta tan espantosa pantera.» Así lo creyó siempre aquella piadosa familia, y así lo publicó siempre agradecida al Santo Patriarca, repitiendo con amor y fruición tan señalado beneficio á cuantos querían escucharles.

## II

### CARIDAD RECOMPENSADA

En la última guerra franco-prusiana vivía en la diócesis de San Briene una viuda sólidamente cristiana y fervorosamente devota de San José, la cual tenía dos hijos para consuelo de sus penas y socorro de sus necesidades. Más ved ahí que la tiránica é impía dictadura, que entonces pesaba sobre Francia, le arrancó á entrambos y la dejó sumida en triste soledad.

El más joven de ellos inscrito en la guardia móvil, fué con su regimiento enviado á Paris en los últimos días de Agosto, poco antes de ser la capital cercada por los prusianos. Cuando la afligida Madre oía hablar de las penas y crueldades que se padecían en aquella Babilonia, antes tan orgullosa y presumida, y entonces tan humillada, helábase ella sangre en el corazón: «¡Infeliz de mí! clamaba llorando. ¡Cómo estará mi prenda! ¡Tal vez acosado por el hambre! ¡Tal vez herido sin consuelo en un rincón de hospital! ¡Y que no pueda yo llevarle el menor alivio en situación tan lamentable! ¡Qué triste es y desgarrador estar por meses tan prolijos privada de noticias de personas, á quien uno ama, sobre todo cuando se sabe que están expuestas á los rigurosos azares de un sitio, á los estragos terribles de la guerra, teniendo que guardar su punto bajo una lluvia de fuego y de hierro!» Calcule cada uno cómo aquella madre se dejaría arrebatar de la imaginación á suposiciones las más lastimosas, señaladamente durante los insomnios de la noche.

¡Oh! ¡Qué dignos de lástima son los que no tienen fe puestos en aprietos tan deplorables! ¿A quién y á dónde acudirán para endulzar sus amargos quebrantos y sinsabores? No se hallaba en estas tristísimas circunstancias la infortunada viuda, puesto que llena de fe buscaba su consuelo sólido en Dios y en su amorosa providencia, que todo lo dispone y gobierna para provecho de sus escogidos. En su triste abandono de todas las criaturas dirigióse confiada á su Criador por mediación de su protector San José, que acostumbrado á sufrir en este misero destierro pérdidas tan sensibles como la de su amado Jesús, se compadece de los que acuden á él en los sufrimientos.

Para con mayor seguridad moverle á conmisceración y atraer sobre su hijo las bendiciones del cielo,



determinó, aunque pobre, tomar á su cargo y cuidado á un mendigo, llamado José, á honra del Santo Patriarca. Inspirada por su caridad decíase á sí misma: «Todo lo que yo haga por este miembro paciente de Jesucristo, el Padre nutricio del Salvador lo hará con mi pobrecito hijo.» Con este espíritu de fe cuidaba del pordiosero de un modo edificante. Teníase por dichosa en prestarle los más humildes servicios, en compartir con él su morada y su mesa, quitándose á veces por él el pan de la boca y buscándole regalos y dulzuras, de que ella gustosamente se privaba. Tan admirable caridad, fruto de su fe vivísima, no podía quedar sin premio de parte de Aquel, que prometió recompensar un vaso de agua fría, que se diera en su nombre.

En efecto; por el mes de San José corrió la voz de que volvían de Bretaña los guardias móviles. Mas ¡ay! ¡cuántos habían sucumbido en el campo de batalla, víctimas del hambre, de las intemperies y de epidemias desoladoras! Más de un hijo único, perteneciente á familias ricas de bienes mundanos, pero muy pobres á los ojos de Dios, pereció, dejando á sus padres sin consuelo, y su fortuna por herencia á personas extrañas y desagradecidas.

No aconteció así con la desolada viuda. Una noche arrodillada delante de una imagen de San José, ennegrecida por el humo, suplicábale con vivas instancias que le devolviera al hijo bueno y salvo, como en otro tiempo había vuelto sano á Jesús del destierro de Egipto. En esto oye llamar á la puerta, y le da un salto el corazón. Levántase, corre allá conmovida y temblorosa, y en abriéndola, se encuentra con su hijo, que arrojándose en los brazos de su madre, la cubre de besos y de lágrimas. Llegaba perfectamente sano, sin señal ninguna de heridas ni aun de sufrimientos, más

robusto que su pobre madre, la cual, cansada de tanto sufrir y de tantas inquietudes en todo el tiempo de la guerra, se hallaba endeble y extenuada. La dichosa viuda había conseguido ya lo que tanto había deseado. Los obsequios hechos al pobre á gloria de Dios y obsequio de San José, se le habían pagado con usura al hijo en medio de las armas, y se le recompensaban á ella en tan feliz llegada. No anhelaba ella tanto. Así retribuye el Señor aun en vida la fe, la esperanza y sobre todo la caridad. Así atiende San José á las plegarias de los que, imitando sus virtudes, confían en su amparo y protección.

## III

## UN BILLETE DE BANCO

A últimos de Agosto de 1863 escribían desde el noviciado de la Compañía de Jesús en Angers el hecho siguiente á gloria de San José.

«El seis de este mes una religiosa de esta ciudad había recibido el encargo de una inquilina de su convento para que fuese al Banco de Francia, donde tenía cuenta abierta, y le trajera un billete de quinientos francos. Fué la religiosa recadera á dicho establecimiento, recibió el billete, y después de haber hecho otras diligencias, volviase á su casa. Mas ¡oh desgracia! á los pocos minutos de emprendida la vuelta notó con tristísima sorpresa que había perdido el billete. Al momento retrocedió, desandando lo andado, y examinando con diligencia y ansiedad el camino antes recorrido; pero todo sin provecho y con plena desconfianza de hallar el papel, por haberlo perdido en la plaza donde estaba la Banca y en día de mercado.»

«Desolada estaba la pobre religiosa, porque perteneciendo el dinero á una persona extraña á la comunidad, no sabía cómo arreglar el negocio. ¿Qué hacer en tales amarguras? Advierte que allí cerca estaba la iglesia de la archicofradía josefina, y se fué á postrar á los piés del Santo Patriarca, en busca de consejo y de consuelo. Efectivamente; se levantó de su ferviente oración algo más animada, y aun con alguna confianza de recobrar lo perdido, y con ella tornó á su convento, bien que con su semblante triste y pensativo.»

«Al ir á entrar en la puerta, llegaron á la vez una señora y un caballero, y esta notando en la Hermana expresión de quebranto y pena, le preguntó:—«Pero ¿qué tiene usted, mi buena Hermana, pues la veo tan cariacontecida?»

«Contóles la religiosa sencillamente su infortunio, y los tristes apuros y desazón en que se encontraba.»

—¿Encomendóse usted á Dios, le dijo la señora con acento afectuoso?—¡Oh! ¡sí! contestó la Hermana; y espero que San José, á quién lo pedí con toda mi alma, no desoirá mi súplica.

—Tiene usted razón; no ha rogado usted vanamente, exclamó la madama; y mientras la Hermana la miraba con ansiosa expectación, la otra sacó su cartera, y tomando con agradable sonrisa, cómo quién va á hacer una buena obra, el billete de quinientos francos, se lo entregó diciendo:—Ahí tiene usted su papel perdido.

«Cuán grata fué la sorpresa de la religiosa mejor se puede pensar que decir. Al instante prorrumpió en acción de gracias al Santo Patriarca, y á los señores que habían sido instrumento de sus misericordias. Y deseosa de saber dónde había sido el hallazgo, la buena

señora se lo contó en estos términos:—Pasando con mi esposo en la plaza del mercado, vi en el suelo un papel, que sentí ganas de coger, sin saber lo que era. Mi marido al notar mi acción, me dijo que lo dejara y siguiese adelante, creído que no era nada de importancia; mas yo advertí al momento que era un billete de banco y lo recogí. ¡Aquí fueron mis apuros! ¿Cómo encontrar al dueño en medio de aquel tropel de gente, que llenaba la plaza? Ocurrióme por de pronto ir á preguntar á mi banquero, por si por su respuesta pudiera venir en conocimiento de aquél á quien pertenecía el billete; pero el banquero me dijo que no había librado ninguno en toda la mañana, disuadiéndome que fuese á inquirirlo en otras casas. Mas viendo él que yo insistía en continuar mis averiguaciones, me indicó que, si tanto me empeñaba, podía ir á preguntarlo al Banco de Francia. Seguí su consejo, y supe en dicho establecimiento que allí no se había girado en toda la mañana sino un billete de quinientos francos á cuenta de una señora, que vive en su convento de ustedes. Con esta nueva, sin duda por inspiración de San José, tomé junto con mi esposo el camino de esta casa, disponiendo el Santo que para su consuelo de usted llegáramos todos á un mismo tiempo á la puerta.

«Este sencillo relato redobló la admiración y reconocimiento de la religiosa, la cual después de haber dado gracias al caballero y á la señora, se despidió cortesmente de ellos, bendiciendo á San José por gracia tan providencial y admirable.»

## IV

## UNA VISITA PROVECHOSA

El celoso propagandista de las glorias de San José, Reverendo Padre Huguet, copia la siguiente carta en su *Mes de Marzo*.

N... 1.º de Febrero de 1867.

Mi Reverendo Padre:

Voy á participar á Vuestra Reverencia un hecho notable sobre la protección poderosa de San José, hecho del que yo mismo soy testigo presencial.

El lunes último 28 de Enero la Reverenda Madre Superiora subió al taller y comunicó á nuestros huérfanos la necesidad apremiante de fondos en que estaba la casa, y los invitó á implorar todos el amparo de San José, para obtener de él unos mil francos, que eran menester para cubrir los gastos. Con esto empezaron todos sus plegarias, y la comunidad dió comienzo á una novena. Al otro día 29 de Enero una Hermana encontró en un corredor de la casa á una buena mujer, á la cual preguntó:—¿qué se le ofrecía?—¿La señora Superiora? respondió la visitante.—Pues, madama, no está en casa; pero si algo tiene usted de precisión, aquí estoy yo para suplirla.—Muy bien; respondió la desconocida; muy bien: tome usted este encargo, y haga el favor de entregárselo; y al decir esto le dió una mala caja de cartón bien cerradita.—¿Y de parte de quién, señora?—Esto poco importa hermana: quede usted con Dios. Así dijo la desconocida y desapareció. Al momento que llegó la Superiora, le llevaron la cajita, que ella recibió emocionada sin ad-

vertirlo, abrióla y encontró en ella un billete de mil francos, Cercana estaba la capilla; y la Superiora, sin fuerzas para más, se fué á ella, y cayendo de rodillas, prorrumpió en llanto; dando gracias á Dios, que de una manera tan conmovedora y notable había manifestado el poder y protección de San José.

Luego subió la Superiora á mi aposento, y sin decirme una palabra, me presentó abierta una carta, que estaba junto con el billete de mil francos; en la que se leía: «Conociendo vuestras grandes necesidades, os envió en nombre de San José mil francos. En pago os suplico hagáis durante un año una novena cada mes, rogando por la santificación de una familia numerosa y por la conversión de su jefe.» Seguían las iniciales de una firma desconocida.

Como Vuestra Reverencia puede figurarse, todos hemos quedado impresionados vivamente por este suceso; y el miércoles por la mañana yo celebré el santo sacrificio de la misa en hacimiento de gracias.

Nadie absolutamente, salvos la Superiora, hermanas y huérfanos, tenía conocimiento de la novena que se había principiado para remedio de la necesidad apremiante. Además, como esta casa está á media legua de la ciudad, y lejos de vecinos que la frecuenten, nadie pudo naturalmente saber lo que se pretendía alcanzar del valimiento de San José.

Otra circunstancia curiosa, digna de notarse. La Superiora por de pronto había fijado la cantidad que se debía impetrar en 500 francos; mas después, pensándolo mejor, se dijo para sí: «A San José lo mismo le dá otorgarnos mil que quinientos; pues pidamos mil, que no vendrán mal.» Con esta generosidad se porta el Santo Patriarca con los que le obsequian y en él confían.

N. N. *Presbítero.*

## V

## LA MEDALLA DE SAN JOSÉ

El uso de las medallas entre los cristianos se remonta á los primeros siglos de la Iglesia; y hablando en particular de la de San José, consta haberse encontrado en Túnez una del siglo iv; lo que prueba que ya en aquellos remotos siglos servía la imagen de San José de escudo impenetrable contra los enemigos visibles é invisibles. ¡Cuántas gracias ha concedido el Santo en atención á esta arma poderosa! Citemos alguna.

Lión 25 de Febrero de 1866.

He aquí, mi Reverendo Padre, una nueva prueba de la excelencia de la Congregación de San José, patrón de la buena muerte, y de la virtud de su medalla bendecida, que se distribuye á los asociados. ¡Ojalá este ejemplo reciente de la protección de este Santo sirva para reanimar su confianza en algunos corazones!

Habiendo ido últimamente á visitar á mis padres en Montplaisir, ocurrió un suceso, que no olvidaré jamás en mi vida. ¡Tanta fué la viva impresión que dejó en mi alma!

Después de la comida fui á pasear con mi suegra y dejé á mi esposo en compañía de su padre; el cual, por darle á éste gusto, fué en busca de una bellissima pistola, que habia comprado poco tiempo hacia, y que desgraciadamente estaba cargada, ignorándolo uno y otro. Mi marido, antiguo militar, tiene grande afición á las armas: mas he ahí que en tanto que su padre le ponderaba el buen calibre y ricas cualidades de la pis-

tola, metió el dedo en el gatillo, y se disparó el arma yendo á dar la bala en medio del pecho de mi marido, que cayó de espaldas como muerto. Su pobre padre, aterrado y tembloroso, creyó á su hijo gravemente herido, cuando con asombro vió que se levantaba, y puesto de pié le decía: «Padre mío, tranquilícese usted. Gracias á la medalla de San José, no he recibido daño ninguno.» Nosotras llegamos de paseo en este momento crítico. ¡Juzgue Vuestra Reverencia qué terror nos sobrecogió al oír el estallido del disparo y ver caer de espaldas á mi marido! Pero igual fué nuestro gozo y grandísimo nuestro reconocimiento, cuando supimos que San José con su medalla le había salvado la vida. Pasóle luego el espanto, por más que saliera con el chaleco y barba quemados. Desde aquel caso no ceso de incitar á las personas conocidas á que ingresen en la cofradía de San José.

Reciba Vuestra Reverencia, etc.

Josefina D.

P. S. Me olvidaba de decir á Vuestra Reverencia que desde aquel instante mi marido puso la medalla en la cadena del reloj; y cuando sus amigos le preguntan: ¿qué lleva allí? no se avergüenza de responder que es la medalla de San José, al cual debe la vida.»

Hé aquí otra carta, escrita en Chalindrey 18 de Junio de 1867.

Mi Reverendo Padre:

Un gran incendio desoló mi parroquia el 11 de este mes; catorce casas fueron presa de las llamas. Cuando el fuego amenazaba invadir la población entera y había prendido ya en la torre de la iglesia, un hombre de fe, lector asiduo del *Propagador*, arrojó una



medalla de San José en medio del incendio. Inmediatamente cambió el viento, y el fuego paró en una casa cubierta de paja.

Los hombres sin religión no saben cómo explicar este prodigio; pero nosotros los cristianos reconocemos en ello claramente la protección de San José, cuyas glorias y devoción propaga Vuestra Reverencia con tan buen resultado.

Caubert, *Pbro., cura de Chalindrey.*

Otro fragmento de una carta de un Padre de la Compañía de Jesús, dice: «Últimamente en uno de nuestros colegios un alumno de unos doce años de edad, resbalando en el hielo, cayó y se dislocó un muslo en tal grado, que el hueso dislocado salía fuera de su lugar de una manera lastimosa. Llamado el médico incontinentí, estiróle inmediatamente la pierna con gran fuerza, para volver el hueso á su lugar.»

«El pobre chico por la violencia de sus dolores atrocísimos daba gritos tan desgarradores, que partían el corazón de todos los presentes. En tanto un Hermano coadjutor, muy devoto del augusto Esposo de María, le dió una medalla del Santo, encargándole que se encomendase á él con toda confianza. En este momento el médico examinaba la dislocación, para tomar un remedio definitivo, porque nada se había hecho aún; mas el estudiante, acosado por el dolor y confiando más en San José que en los remedios, apretaba la medalla del santo á sus labios para besarla. De repente sonó un crujido que oyeron todos.—¿Oyó usted? preguntó el médico al tío del paciente.—¿oyó usted? Y antes de que pudiera el tío dar respuesta, exclamó el chico:—¡Estoy curado! ¡Sí, repetía gozoso. San José me ha curado! ¡Ya no siento ningún dolor! Y en hecho de verdad había vuelto el hueso á su

estado normal sin esfuerzo ninguno: toda debilidad había desaparecido, y el alumno andaba con tanta facilidad, como si nunca hubiera tenido nada.»

«¡Gloria, pues, á San José obrador de tantas maravillas!»

## VI

## UN GRAN BIEN QUE PARECE DESGRACIA

Tal es el hecho que oímos de labios del Reverendo Padre Antonio Morey, muerto en olor de santidad en Palma de Mallorca. Era este Padre Provincial de la Compañía de Jesús en España, cuando entraron en el colegio imperial de Madrid las hordas liberales el 17 de Julio de 1834, para pasar á cuchillo inocentes víctimas, según se había decretado en los antros masonónicos, contando con la connivencia de muchos del gobierno.

Entraron los asesinos en el colegio al grito de *muera Dios!* y apenas dicho Padre se persuadió que habían violentado ya las puertas que estaban cerradas, cuando, convencido de las sangrientas intenciones de los criminales invasores por los ayes de algunos mártires que habían caído en sus garras, mandó tocar la campana de comunidad, para que todos los Padres y Hermanos se reunieran en la capilla doméstica, á fin de prepararse á una santa muerte. Allá fueron en gran número, y expuesto el Santísimo Sacramento, fortificaban sus almas para el último combate quien por medio de la confesión dolorosa de toda su vida, quien con vivos actos de dolor de todas sus faltas, y todos con oración ferviente ante el Rey de los mártires, Jesús sacramentado.

En esto muchos de los asesinos, ebrios de sangre, que corrían ya sin tino ni estorbo por todo el colegio, y mataban á mansalva á todos los religiosos que encontraban, se acercaban á la capilla; y allí, como deslumbrados y contenidos por un poder misterioso, se volvían, sin causar el menor daño á los allí reunidos. En tanto, uno de los asesinos, al parecer jefe del motín, se presentó á la puerta de la capilla y llamó en voz alta al Hermano Muñoz, cuñado de María Cristina y uno de los congregados en aquel sagrado recinto. A instancias del Superior salió el Hermano y preguntó al señor que le llamaba:—¿qué se le ofrecía?—Vengo á salvarle á usted de parte de su hermano, díjole el jefe.—¡Mil gracias! contestó Muñoz; pero sepa usted que es mi resuelta voluntad la de correr la suerte de mis hermanos en religión: si usted viene para salvarme á mí, ha de salvar á todos; si mueren ellos, quiero yo morir juntamente.

—¡Enhorabuena! gritó el desconocido: dense todos prisioneros y salga usted libre.

Pusiéronse guardias á la puerta, para que nadie pudiera salir ni invadir aquel lugar santo; y el jefe pidió cuerdas para atarlos á todos: lo mismo pedían á grandes gritos los otros agresores. Ofrecían los jesuitas las fajas; mas habiendo sido rechazadas, el Reverendo Padre Morey mandó al hermano Vicente Gorza á cierto aposento, para que trajera de allí cuerdas como se pedían.

Al primer paso que el fervoroso y obediente hermano dió fuera de aquel sagrado asilo de seguridad, los asesinos se echaron como fieras sobre el manso cordero, y le pasaron de un bayonetazo, dejándole mortalmente herido. Con el apoyo del jefe fué el herido llevado á un aposento, donde después de un día entero de acerbos dolores y agonía, perdonando de cora-

zón á los malvados asesinos, espiró en brazos del Padre Morey con gozo indecible de entrambos.

Era el venerable hermano Gogorza sólidamente devoto del glorioso Patriarca San José, y hacía tres años que le estaba pidiendo con instancia la gracia del martirio; y con la protección del Santo, mártir murió de la obediencia y de su fe, sacrificado por aquellas hordas liberales, que habían penetrado en el colegio al grito infernal de *¡Muera Dios y viva Satanás!* Quince fueron los que en aquel día sellaron con la corona del martirio su fe católica y su amor á la Compañía, tan cruelmente perseguida y odiada en todos tiempos por los esclavos de la vil masonería.

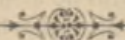
## VII

### UN GENERAL INVENCIBLE.

En la historia de las islas Marianas se registra este episodio, digno de eterna memoria para los que se gozan en las glorias del santísimo Esposo de María. Quiroga, célebre capitán español en aquellas remotas tierras, era devotísimo del glorioso Patriarca San José, á quien se encomendaba en todos sus apuros y lances guerreros. En sus frecuentes correrías por aquellos ranchos incultos, en sus numerosos encuentros contra los pueblos salvajes de aquellas islas recurría siempre al Custodio de Jesús, en la confianza de que él solo bastaba para libertarle de sus enemigos. Experimentó muy en especial este auxilio poderoso é inexpugnable en una de las islas, en la cual los salvajes, más aguerridos y numerosos, le ponían á veces en señalados aprietos; mas aunque tenía que combatir á los bárbaros con fuerzas muy inferiores, consiguió

siempre brillantes victorias, con éxito tan maravilloso, que dejando cubierto el campo de cadáveres enemigos, no tuviera él jamás herido ninguno entre sus valientes soldados. El impávido capitán atribuía á San José toda la gloria de estos combates, confesando ante todo el mundo que no se podía poner en duda el cuidado y evidente solicitud, con que su celeste protector velaba por la conservación y prez de su pequeño ejército.

Fué un día atacado por el adversario con furor insólito; pues habiéndose reunido un grueso ejército de insulares, se lanzaron con osado denuedo contra los españoles, y al tenerlos á tiro, hicieron llover sobre ellos tal granizada de flechas emponzoñadas, que sin duda ninguna hubieran perecido todos los nuestros, si San José, á quien invocó Quiroga en aquellos aprietos, no hubiera venido del cielo á socorrerlos. Aparecióse, en efecto, en los aires, animando al ejército cristiano, el cual se rehizo, presenciando la maravillosa protección que les dispensaba el Santo. Vieron gozosos al invicto Patriarca recibir las flechas del enemigo, todas las cuales se quebraban en él, como en escudo impenetrable, y caían rotas y deshechas á los piés de los soldados, contra quienes se habían disparado. ¿Quién en vista de tal portento no aclamará á nuestro Santo general invencible de sus ejércitos?





## CAPÍTULO VIII

### SAN JOSÉ PRENDA DE SALVACIÓN PARA SUS DEVOTOS

**L** negocio de los negocios en nuestra vida y en nuestra muerte, el negocio soberanamente importante, al cual se deben dirigir todos los demás, es sin disputa ninguna la salvación eterna de nuestras almas. ¿De qué aprovecharán todas las riquezas, honores y delicias y el mundo entero, si perdemos el alma? Y ¿qué daño nos harán todos los contratiempos, pérdidas, ludibrios y desgracias, si la salvamos eternamente? Si salvamos el alma, todo está ganado: si el alma se condena, todo está perdido sin remedio, alivio, ni esperanza por toda la eternidad. Por esto, si para algo hemos de buscar el valimiento de San José, es para nuestra salvación eterna. Y ¿quién negará que la verdadera devoción al Santo Patriarca es una señal de predestinación? Así claramente lo enseña nuestro Padre García; porque siéndolo, y segura, la devoción y amparo de María, ¿cómo no ha de proteger esta celestial Señora en el trance de la muerte á los que en vida honraron á su virginal Esposo? Y si el glorioso Patriarca socorre solícito con valimiento irrecusable á sus devotos en todos los apuros y asperezas de la vida ¿cómo dejará de ejercer toda la fuerza de su poderosa influencia en

aquellos momentos decisivos, en aquella necesidad suprema, en aquel paso terrible del tiempo á la eternidad?

Ya que la Iglesia reconoce en el antiguo José un tipo y figura del nuestro, bien podemos publicar de este lo que del primero decían los Egipcios: *Salus nostra in manu tua est.*—*Nuestra salvación está en tu mano.* Gen. XLVII, 25. ¿Cómo no favorecerá Jesús á los amantes de su Padre nutricio, que tanto hizo para librarle á él del poder de Herodes? ¿Cómo no los ha de asistir en su muerte con particular cariño quien en ella asistió á San José en compañía de la Virgen? Quien sea, pues, devoto de San José, tendrá en la hora crítica de partir de este destierro á su favor á Jesús y á María: y quien puede contar con tales ayudas, pruebas tiene y grandísimas de su predestinación á la gloria. ¡Feliz aquel, que al terminar su mortal carrera exhale su espíritu prorrumpiendo con santo afecto en esta jaculatoria:

¡Jesús. María y José,  
Recibid mi alma los tres!  
Amen.

## I

## MOMENTO TERRIBLE

Refiere Isidoro de la Isla un ejemplo antiguo, pero auténtico, que consignó en su obra dedicada al Papa Adriano VI hacia el año 1522. Dice que vivía en Venecia un caballero, que á gloria de San José tenía la piadosa costumbre de repartir limosnas, adornar sus altares, contribuir al esplendor de su culto y orar

diariamente ante una imagen del Santo; pero que por lo demás parecía ocuparse muy poco en las prácticas más indispensables de la religión, y lo que es más triste aún, en la observancia de la divina ley.

El entusiasta del Santo Esposo de María cayó gravemente enfermo, y en su enfermedad ponía mayor diligencia y empeño en buscar remedios para la salud del cuerpo que para obtener la salvación del alma. Agravábase por momentos el mal, y el doliente corría á pasos agigantados á la tumba, sin disponerse para lance tan terrible con una santa confesión; porque los familiares y amigos del sujeto, que suelen ser enemigos del alma, por no causarle temor ni darle pena, evitaban hablarle del inminente riesgo de morir en que estaba, y aun le halagaban haciéndole creer con engaño que no estaba tan mal como parecía.

Ya que en sentido tan poco cristiano entendían el amor estos falsos amigos, prefiriendo que muriese condenado antes que espantado, cumplió como bueno su santo Patrono San José, apareciéndosele en sueños al enfermo, para avisarle de su gran peligro. Vió el descuidado con sus propios ojos entrar en su cuarto un varón perfectamente parecido á la imagen, que todos los días acostumbraba visitar, y oyó con sus oídos que le ordenaba se confesase cuanto antes, si quería morir cristianamente.

Esta visión inesperada, semejante á un rayo de sol que penetra en lugar oscuro, ahuyentó en un instante las tinieblas de su ceguera. Por ella vió clara y distintamente todos sus pecados, en que por tanto tiempo había vivido obstinado, y concibió tan viva contrición de todos ellos, que no deseaba sino purificarse cuanto antes por una dolorosa y sincera confesión. Así lo hizo, en efecto, con tantas lágrimas y dolor, que enternecía y edificaba á cuantos lo veían. Y para



que se conociera que todo era gracia muy especial recibida de manos de su generoso protector, sucedió que en el momento preciso en que el sacerdote terminó la fórmula de la absolución, el feliz penitente entregó su espíritu al Criador; y puede muy bien creerse piadosamente que San José recibiría á esta alma colmada de sus favores para presentarla á Jesucristo, ante el cual había abogado por ella tan poderosamente.

## II

## UNO POCO MENOS QUE RESUCITADO

Cuenta el Reverendo Padre Fray Vicente de San Antonio de Padua en sus sermones inéditos este notable ejemplo de protección de San José en la muerte de sus devotos. En la ciudad de Zaragoza vivía un caballero piadoso, gran devoto del Santo Patriarca, y casado con una mujer noble, distinguida por su honradez y virtud. Con todo, á pesar de su devoción, á veces más aparente que sólida, no pasaban exentos de grandes miserias. El marido, poco cuidadoso de la perfección cristiana, caía tal vez en graves culpas, y la esposa, algo más vanidosa de lo que demandaba la piedad, servía con sus adornos de cebo á criminales apetitos. Aconteció, pues, que unos graves personajes de la capital atentaron contrastar su conyugal fidelidad; y para conseguirlo más á mansalva y llevar mejor á cabo su vergonzoso crimen, enviaron al caballero su marido con cierta comisión á la ciudad de Valencia, con ánimo de hacerle asesinar en el camino.

¡El infeliz en estas tristes circunstancias estaba en desgracia de Dios! Bueno y necesario habría sido hacer una santa confesión antes de emprender tal viaje,

entonces largo y dificultoso. Confiado, no obstante, en su protector San José, á quien se encomendó para aquella empresa, dirigióse á Valencia, para cumplir con su encargo. Seguía descuidado y desapercibido su camino, cuando le salieron al encuentro unos asesinos, los cuales metiéndolo en una espesura, le hirieron gravísimamente y lo dejaron por muerto.

Allí estuvo tendido sin socorro humano, donde habría perecido sin confesión, y tal vez en desgracia de Dios, á no haber sido el amparo del glorioso Esposo de Maria. Después de algunos días pasó por allá el Ilustrísimo señor Arzobispo, con toda su comitiva, y oyeron una voz lastimosa, que llamaba al prelado por su nombre. En esto siguieron el eco de la voz, hasta que diéron con el herido, todo desangrado, ya casi cadáver, el cual les habló en esta forma: «Han de saber ustedes que soy un vecino de Zaragoza, á quien mal herido dejaron por muerto unos malvados por encargo de ciertos caballeros, que creyeron poder violentar así más fácilmente la castidad de mi mujer. ¡Desgraciado de mí! Encontrábame en esta ocasión en pecado grave, y perdidos los sentidos con la violencia de las heridas, no sé si vivo ó muerto, en sueño ó en realidad, fui presentado al tribunal de Dios, de donde habría salido condenado, á no haberme valido mi padre San José, de quien fui siempre muy especial devoto. Conservóme el Santo con gran portento la vida y los ha traído á ustedes acá para que me oigan en confesión.»

Confesóse presto, con evidentes señales de pesar y arrepentimiento de sus culpas, y luego de recibida la absolución, espiró; habiéndose oído después una suavísima música, por donde creyeron que su alma subía á los cielos, acompañada por ventura de su Santo Protector, San José.

## III

## UNA APARICIÓN INSTRUCTIVA

El Padre Juan Alloza, de la Compañía de Jesús, en su obrita: *Afectos amorosos á San José*, dice que conoció á un religioso de San Agustín, celoso propagador de las glorias del Santo Patriarca, y entusiasta no menos de sus heroicas virtudes, que del poder inmenso de que goza en el cielo. Este buen religioso, algunos meses después de su ejemplar muerte, aparecióse á otro religioso de su orden, presentándose rodeado de llamas, y dando tristes ayes, que le arrancaban los horribles tormentos que sufría.

—¿Qué es eso, padre mío? exclamó el otro lleno de terror.—¿Que por desgracia se condenó vuestra reverencia?

—¡Gracias á Dios estoy salvo! Mas he de confesar que debo mi feliz predestinación al glorioso Padre adoptivo de Jesús, de quien durante mi vida me mostré constantemente devoto, y que todo lo puede ante el soberano Juez de vivos y muertos. A tan gran Santo debo haberme librado de las penas eternas.

—Pues entonces ¿qué son esas llamas en que se abraza vuestra reverencia? replicó el otro.

—¡Triste de mí! ¡Triste de mí! concluyó el finado: estoy ardiendo en el Purgatorio y padezco terribísimas penas! ¡Rogad por mí!

Desapareció el devoto de San José, dejando al religioso agustino sumido en serias reflexiones. ¡Oh! ¡Cuán difícil es salvarse, cuando un religioso, lejos de los peligros del siglo, con tales y tantos medios para conseguir la santidad, se había visto en grave riesgo

de condenarse! Dichosos los que se empeñan en cultivar en sus almas la verdadera devoción al virginal Esposo de María! ¡Qué abogado tan poderoso tendrán en la hora de la muerte! No hay que dudar que muchos, en premio de su amor y devoción al Santo Patriarca, recibieron gracias sin las cuales hubieran perecido eternamente, y con ellas se salvaron, y tal vez se vieron asistidos por el Santo en la muerte, teniendo que confesar deudores al mismo de su consecución de la eterna gloria.

## IV

## UN BANCO QUE NO QUIEBRA

A principios de este siglo vivía en Waterford un rico propietario y comerciante, llamado Fanning, cuya confianza en San José no tenía límites. Dueño de muchos buques, que formaban la principal parte de su fortuna, nunca pensó en asegurarlos en ningún banco, á pesar de los continuos peligros de naufragio á que estaban expuestos. Gobernado por su viva fe, creía más ventajoso y seguro retirar la suma necesaria para el seguro de todos ellos, y negociarla á cuenta, como el decía, de San José, para emplearla en tiempo oportuno en alguna obra buena á gloria del Santo. Durante largos años viajó confiado y tranquilo bajo la protección del nuevo Banquero, y en todos ellos no sufrió pérdida ni avería de ningún barco ni cargamento.

Este cristiano excelente, fiel á su promesa, reunidos todos los seguros puestos á cuenta de San José, á los cuales juntó otra cantidad considerable, fundó una casa de beneficencia, que aún existe en Waterford, y

que ha sido poderoso auxilio á gran número de familias irlandesas, que han preferido mil veces sufrir todos los horrores de la miseria antes que renunciar á la fe de sus padres.

¡Dichoso comerciante, que buscando primero el reino de Dios y su justicia, recibió lo demás por añadidura! Pagáronle aquí el ciendoblado en paz y consuelos interiores, pagáronle con la bendición de sus negocios asegurados en tan rico banco, y pagáronle sobre todo con la muerte de los justos, muerte llena de santa resignación y de consuelos cristianos. Verdaderamente fué su muerte preciosísima á los ojos de Dios y de los hombres, espirando plácidamente para ir al cielo á recibir el premio prometido á los fieles servidores de San José y á los bienhechores de los miembros pacientes de Jesucristo.

## V

## UN BUEN COCINERO

El hermano coadjutor de la Compañía de Jesús Juan Grange tenía sus delicias en obsequiar á San José y según la medida de sus fuerzas promover sus glorias en la conversación y trato con los de dentro y de fuera de casa. Una de sus prácticas habituales era rezar diariamente al Santo sus letanias y algunas otras oraciones consagradas á su obsequio. Cumpliéronse también en él las promesas ó pronósticos de Santa Teresa de Jesús. Bajo la dirección y ejemplo de tan gran Santo había hecho notables adelantos en la vida interior y en el perfeccionamiento de todas las virtudes. Tenía á su cargo el oficio de cocinero, y para no perder en su desempeño el recogimiento que contem-

plaba en su modelo San José, buscaba en cuanto lo permitían sus ocupaciones la soledad, prefiriendo trabajar solo, aunque fuera bastante débil, que no tener ayudantes, que le obligaran á quebrantar el silencio.

Habiendo agotado sus fuerzas en el desempeño de sus deberes, en 1834 fué por los superiores enviado á Saint Acheul para que con el descanso reparase la quebrantada salud: pero allí lejos de mejorar su delicada naturaleza, alterada sensiblemente por los fríos del invierno, acabó de debilitarse, y al fin cayó en tal postración, que se temía un próximo y triste desenlace. Tampoco se ocultaba al buen hermano el peligro de su vida. Conforme en todo con la voluntad de Dios, proseguía fielmente sus ejercicios religiosos, y mientras buenamente pudo no cesó de invocar con el corazón y con la boca al que por tanto tiempo había honrado como á patrón de los agonizantes.

Observaron los que le asistían en su enfermedad que siempre que se le sugería la invocación de los dulcísimos nombres de Jesús y de María, inmediatamente añadía con grande afecto el suavísimo de San José. Pareciale al devoto hermano que no podía separarse este nombre de los de aquellos con quienes tan íntimamente unido estuvo durante su vida. No se hizo mucho de esperar la recompensa de una tan viva, constante y filial devoción.

Poco antes de su muerte, habiendo observado el enfermero que el moribundo hermano, con aire alegre y risueño, fijaba sus miradas en un ángulo del aposento, preguntóle.—¿Qué mira usted, hermano, con tanto gozo y atención?

—A San José, respondió él con santa alegría; á mi querido San José.

—¿Pues qué? replicó el enfermero; ¿que por ventura ya viene á buscarle?

—¡Oh, sí! Pronto y muy pronto, dijo el enfermo. Algunos momentos después espiró plácidamente, dejando á todos los hermanos persuadidos de la dicha que experimenta un cristiano, que muere bajo el manto de tan bueno y poderoso abogado. ¡El nos asista á todos en nuestra muerte! Esta del felicísimo hermano Juan Grange, acaeció el 20 de Setiembre de 1834.

## VI

## MUERTE ECO DE LA VIDA

La venerable hermana Prudenciana Zagnoni, célebre en la orden de San Francisco por la eminencia de sus virtudes, esmeróse toda la vida en honrar al glorioso Ayo del Redentor tanto con la imitación de sus heroicos ejemplos, como en la difusión de su amor y de su culto; y en pago de una vida consagrada á magnificar á San José recibió en su muerte la más bella y dulce recompensa.

En aquella hora decisiva se le apareció el Santo y la ayudó á bien morir, trayendo para colmo de consuelo y satisfacción en sus brazos al niño Jesús, gozo de los ángeles, belleza del paraíso y vida de los justos. No es posible explicar la dulcedumbre y los tiernos afectos de que fué inundado el corazón de la moribunda; ni las religiosas que la asistían hallaron palabras para describir la arrebatadora escena de aquella muerte tan conforme á su santa vida.

No podían dudar que en aquella humilde celda tenían lugar hechos extraordinarios, y que la humilde Prudenciana había recibido en aquella hora gratísima visita. Con veneración y asombro la oían hablar

como quien se dirigía ahora á San José, ahora al divino Niño; y luego daba gracias al uno porque le hacía gustar con anticipación de las delicias del paraíso, y al otro por venir bajo forma tan amable á convidarla al festín de las bodas eternas, que Jesús tiene preparadas en el cielo á las vírgenes sus esposas al salir de este destierro. Algo más indicaban todavía los afectos y demostraciones de la enferma en aquellos postrimeros instantes. De todos sus movimientos, palabras y miradas se desprendía, y así lo creyeron las enfermeras, que como para delinear en su devota Sierva la bienaventurada muerte que tuvo San José al espirar en brazos del Salvador divino, así puso el Santo en los brazos de la moribunda al niño Jesús, y que abrazada con él entregó Prudenciana su alma al Criador inflamada de amor purísimo. Así paga el Santo Patriarca los obsequios que se le hacen.

## VII

## CORONA DE UNA SANTA VIDA

Varios son los devotos de San José que recibieron la visita del Santo, que descendía de su solio á confortarlos en la hora de la muerte, en premio de sus filiales obsequios. Uno de estos fué la venerable Ana de San Agustín, ilustre hija del Carmelo reformado, la cual tuvo la dicha incomparable de ser visitada en aquella hora postrera por el Santo Patriarca, acompañado de otros muchos moradores del cielo. Las enfermeras que cuidaban á la venerable agonizante participaron de aquel celeste espectáculo, contemplando arrebatadas el cortejo que el Señor enviaba á su fiel esposa, para conducirla en triunfo á los eternos taber-



náculos. Entre los bienaventurados que venian en busca de la venerable Ana, se distinguían San José y Santa Teresa de Jesús.

Viendo la dichosa moribunda su celda convertida en un cielo, dió muestras de alegría extraordinaria, y según sus transportes, movimientos y miradas, parecía que estaba recibiendo y saludando á los huéspedes celestiales á medida que entraban á visitarla. Mas luego, no pudiendo contener el exceso de alegría que colmaba su alma, exclamó tres veces: «¡Mis Padres! ¡Mis Padres! ¡Mis Padres!» Como si á todos invitara con estas palabras, que fueron las últimas de su vida, á contemplar tan bellísima escena, y á venerar á San José y á su Santa Madre Teresa, que habian descendido á recibir su alma y conducirla en triunfo al cielo.

En efecto; una Carmelita de gran virtud, que moraba en distinto convento, estando rogando por la enferma, la vió subir gloriosamente á la gloria entre San José y Santa Teresa de Jesús, seguida de numerosos ángeles y santos, que componian el triunfal cortejo. Así honra el Santo en la muerte á los que le honran durante su vida.





## APÉNDICES

### I

#### EL ANILLO DE SAN JOSÉ



odos los que desean conseguir una santa muerte, asistidos por el glorioso Patriarca, procuran ganar su voluntad llevando alguna insignia, que atestigüe su devoción, y le ofrecen algún obsequio que saben le agrada. Entre las principales libreas de los siervos de San José, aprobadas por la Iglesia con especiales bendiciones, además de las medallas, que en algunos puntos llevan las mujeres devotas como aretes ó zarcillos, concóncense el anillo y el cingulo, de que conviene tener noticia.

El anillo, que se usa en conmemoración del que San José ofreció á la Virgen, es devoción antigua, bendecida con oraciones especiales, y nos recuerda el anillo que con gran veneración se conserva en Perusa.

Esta preciosa joya fué traída en el siglo xi á Italia desde Oriente por un judío, que con otras la vendió á

la condesa Judith, esposa de un noble caballero, llamado Hugues. El vendedor entregó la sortija al mayordomo de la condesa, Rainier, natural de Clusi; pero éste, en lugar de dársela con las otras alhajas, se la guardó como un tesoro inapreciable, sin que por esto le tributara el debido culto. Diez años después el hijo único de este empleado murió de muerte repentina; y en el momento en que se disponían á darle sepultura, levantóse en medio de la multitud asombrada, cual si despertara de un sueño profundo, refirió el caso, reveló el lugar donde se hallaba escondido el tesoro, y luego, envolviéndose en la mortaja, tendióse otra vez en el féretro y durmió de nuevo el sueño de los muertos.

Rainier, arrepentido y confuso, publicó su culpa, y entregó el depósito sagrado; que, puesto desde entonces á la pública veneración, fué siempre objeto muy estimado y venerado por los fieles de Clusi. Dícese que algunos años adelante Waldrada, princesa de sangre real, tuvo la temeridad de probarse el anillo de la beatísima Virgen, y que al quitárselo, el dedo le quedó árido y seco, sin que remedio ninguno bastase para devolverle la blandura y flexibilidad primitivas.

Benedicto XIV al tratar del origen de la fiesta de los Desposorios, sin resolver cosa alguna respecto de esta tradición, levántase con toda energía contra la crítica mordaz é insipiente de un protestante, que condenaba la devoción del pueblo por esta reliquia. Más tarde la robó un alemán, el cual conducido por una mano invisible entre densas tinieblas, llegó á Perugia, que se gloria de haberlo obtenido por vías portentosas; y estaban por ella tan entusiasmados los perusinos, que preferían perder sus haciendas y sus vidas antes que dejárselo arrebatarse. Disputáronse, en efecto, con las armas los de Clusi, secundados por los de Sena, hasta

que, interviniendo en aquella fratricida contienda el Papa Inocencio VIII, resolvió el pleito en 1486, confirmando á los de Perusa en la posesión de aquella joya. En la capilla de la basílica de San Lorenzo, donde fué depositada, se leía este dístico:

*Hac sacer intacta jacet annulus æde;  
Qui dedit est custos muneris ille sui.*

Así se apreciaban las cosas santas en aquellos siglos de fe y de fervor. ¡Haga Dios que revivan tales afectos en esta edad de frialdad é indiferencia!

## II

### CÍNGULO DEL SANTO PATRIARCA

Otro de los objetos que suelen llevar los devotos de San José, como prenda de su amor, es el cíngulo ó cinturón hecho á semejanza del que ceñía al Santo, y había tejido la Virgen Santísima. Bendícelo la Iglesia con especiales oraciones, y por él ha obrado el Santo muchos milagros. Hace muchos años que en Joinville, ciudad de Francia, diócesis de Langres, se conserva y venera en un modestísimo relicario el Ceñidor de San José. No era pequeña la sorpresa que causaba al peregrino ver tan pobremente guardado un objeto tan venerando como valioso; y al manifestar su extrañeza, se le respondía que la tempestad revolucionaria, que, demoleadora de todo lo bueno y de todo lo santo, estalló en Francia al fin del siglo pasado y sacudió lastimosamente al mundo entero, no perdonó tampoco el antiguo señorío de los príncipes de Joinville, cuando castillo, iglesia, tesoro de reliquias, todo fué

saqueado, roto y profanado, al grito de libertad, por energúmenos esclavos de criminales pasiones. Los documentos históricos y sagrados desaparecieron también, y muchos fueron completamente destruidos; por lo cual, conforme á las prescripciones del Concilio Tridentino, ninguna reliquia se podía exponer á la pública veneración, antes de probarse sólidamente su autenticidad.

Probóla con toda certidumbre respecto al Cíngulo de San José el digno señor Cura de Joinville, habiendo con irrefutables argumentos demostrado que dicha preciosa reliquia había sido recogida por una persona piadosa, que allí se encontraba en el momento del pillaje; la cual la puso en poder del Reverendo señor Pierret, cura de Vicqueville, y este la restituyó religiosamente á la iglesia de Joinville en 1823.

Consiste el Ceñidor ó cíngulo en un tejido de hilo de cáñamo, bastante grueso y de color pardusco; tiene un metro de largo y unos cuatro centímetros de ancho. Hállase á uno de sus extremos una hebilla de marfil, que la acción del tiempo ha vuelto amarilla, y al otro un ojal. Mide la hebilla sesenta y cinco milímetros de ancho sobre cincuenta y uno de largo, y cincuenta y cinco el clavillo. En una de sus puntas se lee la inscripción siguiente:

*Hic est cingulus, quo cingebatur Joseph,  
Sponsus Mariæ.*

Este cíngulo está encerrado en un estuche ó caja de tisú de plata, forrado de seda de color de rosa; tiene un metro y cincuenta y seis centímetros de largo y seis centímetros de ancho. Cubre la reliquia un encaje también de plata, dejándola visible por doce aberturas cuadrangulares de treinta y cinco milímetros,

separadas entre sí por ramitos de flores de lis, bordadas en seda. En los bordes de esta cubierta se lee la siguiente inscripción, bordada también en seda: VIR CVIVS ZONA HAEC: VIRGO EST ACCINCTVS: VIRGINITATIS CVSTOS: SIGNATVS CASTITATE: CINCTVS PVIRITATE: PRAECINCTVS VIRTUTE: FIDES RENVM CINCTORIVM: IVSTITIA CINGVLVM LYMBORVM: CINCTVS ROBORE CIRCA PECTVS: ACCINCTVS POTENTIA: AMICTVS GRATIA: CIRCVM DATVS GLORIA:—*El varón, cuyo es este cingulo, fué virgen, custodio de la virginidad, señalado por su castidad, ceñido de pureza, fortificado por la virtud, la fe es ceñidor de sus riñones, la justicia cingulo de sus lomos, ornado de pecho fuerte, ilustre por su poder, vestido de gracia, rodeado de gloria.* Hay, además, en el centro y en otros intervalos bordadas las armas del señor de Joinville, y los tres últimos cuadrángulos están vacíos, lo que confirma haber sido cortado el ceñidor, por haberse dado pedacitos á otras iglesias.

El relicario, donde primitivamente se guardaba, es de plata sobredorada, y se conserva como objeto de arte en una colección de antigüedades. Ignórase cómo se salvó; aunque bien se puede suponer que el ladrón sacrilego lo vendería, después de haberle quitado las perlas, que en otro tiempo lo adornaban. Nada se sabe de esta sagrada reliquia con anterioridad al tiempo de San Luis y de Juan, señor de Joinville. Hilóla y tejióla, según tradición, la misma Virgen Santísima para su casto Esposo. Así lo escribe Villeneuve-Trais en su Historia de San Luis, tomo II, en estas palabras:

«La mayor parte de los cruzados de 1248, lo mismo que sus antecesores, se procuraron en su expedición algunos objetos raros ó curiosos. Entre otros el señor de Joinville regresó con el escudo de su tío Godofredo IV, á quien dió el blasón Ricardo *Corazón de León*, y con el cingulo de San José, que, según tradi-

ción oriental, se cree piadosamente haber sido hilado para su Esposo por las mismas manos de la castísima Virgen María. Estos son los únicos trofeos con que á su vuelta pudo adornar el senescal la colegiata de San Lorenzo. Joinville siempre tuvo especial devoción á San José. En 1263 edificóle una capilla en dicha iglesia. Un armario de hierro sellado y colocado bajo una bóveda entre el presbiterio y el altar del Santo, y cerrado por cruzados barrotes, encerraba, entre otros objetos traídos de Tierra Santa, el Ceñidor sagrado de San José. El piadoso señor quiso ser enterrado allí mismo debajo del precioso tesoro, y su tumba se conservaba todavía el año 1740.»

En la reciente restauración de la iglesia no se olvidó el altar de San José, erigido á la derecha en la nave lateral. Ornanlo vidrieras magnificas de color, pavimento de rico mosaico, y es el altar de madera labrada. La estatua de San José, con el divino Niño sosteniendo un lirio en su manecita, colocada está encima de una urna formando retablo. Al abrirse esta, aparecen sobre fondo de oro á un lado San Francisco de Sales y á otro Santa Teresa de Jesús, y en el centro el precioso relicario conteniendo el Ceñidor. Es el relicario de cobre dorado, con piedras preciosas, esmaltes y filigranas. Su estilo pertenece á la edad media. Sostienenlo San Luis, llevando corona en las sienes, y Juan, señor de Joinville, vestido de cota de malla, el obispo de Chalons y un monje. Por medio de cierto mecanismo puédesse dar vueltas al relicario y leerse la inscripción del estuche. En los días en que se expone al público, muéstrase adornado con una cinta de honor, cubierta de alhajas, que la piedad de los fieles ha consagrado á San José, en agradecimiento de los favores recibidos. Y ¿quién podrá enumerar las gracias que se han obtenido mediante el cingulo bendecido?

Pudieran escribirse con su relación libros en folio: aquí narraremos uno solamente.

Era el 4 de Julio de 1866, día en que se celebraba la primera comunión de algunos alumnos en el colegio. Uno de los discípulos, de edad de nueve años y medio, guardaba cama hacía ya algunos días, sin que se declarase enteramente la enfermedad. El 4 por la mañana fué atacado de súbitas é intensas convulsiones. Cinco ataques violentos se sucedieron á cortos intervalos. Viendo que por momentos empeoraba, se telegrafió á sus padres, que llegaron poco después de medio día. Convencidos del poco efecto de las medicinas, se acudió á San José, y se impuso al enfermo el cíngulo ó cordón bendecido. Con todo, un nuevo ataque, más fuerte que los precedentes, puso al enfermo al borde del sepulcro. Todo un lado del cuerpo estaba paralizado, la lengua contraída, los ojos apagados, la razón perdida. Dos horas después empezó el estertor de la muerte, se le administró la Extrema-unción y se le rezaron las letanías de los agonizantes. A pesar de todo, su piadosa madre, animada de una fe superior á su dolor, confiaba en la virtud del cíngulo sagrado; y para mover á piedad el corazón de San José, hízole voto de que, si le conservaba al hijo, colocaría un exvoto en su capilla, y consagraria su prenda al sacerdocio, si el Señor se dignara infundirle vocación.

Unos momentos después el niño volvió en sí, desapareció la parálisis, menguó la calentura y los síntomas alarmantes se desvanecieron. Al otro día por la mañana despertó lleno de vida y salud, y con rostro alegre pidió de comer. Por prudencia se le guardó algunos días en la enfermería; pero sin dejar ninguno ni señal de la enfermedad pasada. ¡Gracias y alabanzas mil sean dadas á San José!



## III

## LOS SIETE DOMINGOS

Navegaban dos religiosos franciscanos por las costas de Flandes, cuando levantándose una terrible tempestad, sumergió el buque, dejando ahogados trescientos pasajeros que en él se habían embarcado. Los dos religiosos tuvieron la presencia de ánimo y feliz ventura de asirse á una tabla del barco destrozado, y sostenerse así flotando sobre las aguas en medio de las encrespadas olas.

Pero ¿quién podrá pintar siquiera con pálidos colores sus temores, angustias y zozobras, viéndose á cada instante con la muerte á los ojos, y con la mar abriendo su seno para engullirlos y sepultarlos en lo profundo? En situación tan crítica y afanosa, sintiendo que se les debilitaban las fuerzas, y que apenas tenían vigor para permanecer asidos á la tabla, se acordaron del poderoso valimiento de San José, á quien siempre habían venerado con especial devoción, y ambos á dos imploraron con gran fervor su amparo, pidiéndole que en aquel aprieto fuera su verdadera tabla de salvación y la estrella de su esperanza. Al cabo de tres días de angustiosas luchas recibieron el anhelado socorro.

Aparecióles sobre las aguas, en la misma tabla que los sostenía, un apuesto y gallardo mancebo lleno de majestad y de gracia; el cual, animándolos dulcemente, y comunicando á sus fatigados miembros virtud portentosa, llenó sus corazones de inefable consuelo. No terminaron aquí sus beneficios, sino que, guiando como experto timonel la endeble tabla, los condujo á través de las irritadas olas sanos y salvos á la playa.

Una vez en tierra, postráronse los Franciscanos de rodillas, para dar al Señor las debidas gracias por tan extraordinario beneficio; y manifestando luego su profundo agradecimiento al joven su libertador, suplicáronle con instancias les revelara su nombre: «*Yo soy José*, les respondió; y si quereis mostráros agradecidos al favor que os conseguí, nada más grato á mi corazón podeis hacer que no pasar día ninguno sin rezar siete veces el Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri, en memoria de los siete principales dolores y alegrías de mi vida.» Expúsoles entonces cuáles eran estos, y desapareció; dejándolos colmados de gozo purísimo é inexplicable.

Pío VII. en rescripto de 9 de Diciembre de 1819. concedió 100 días de indulgencia, 300 todos los miércoles y días de las novenas que preceden á las fiestas de San José y del Patrocinio á los que recen los siete gozos y tristezas de San José. Además, en las dos mencionadas fiestas se gana indulgencia plenaria, lo mismo que una vez al mes, confesando y comulgando si se rezan cada día. Pío IX á las indicadas indulgencias y á otras 300, otorgadas por Gregorio XVI, añadió una indulgencia plenaria para cada uno de los siete Domingos consecutivos, en que, confesando y comulgando, se digan las indicadas preces. Así consta por concesión de 1.º de Febrero de 1847, y el 22 de Marzo las extendió á los que no supieran leer, ó carecieren de dichas oraciones, con tal de que recen siete veces el Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri en cada uno de los Siete Domingos.

Y con esto ponemos fin á este libro, consagrado á promover la devoción de San José, á quien se dé honra y alabanza eterna. Amen.



## VIDAS PUBLICADAS

POR LA LIBRERÍA

### VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA

**Vida de S. Ignacio de Loyola**, fundador de la Compañía de Jesús, por el P. Rivadeneira, seguida de un panegirico del mismo Santo, por el P. Borgo, ambos de la misma Compañía.—1 tomo en 4.º, 5 ptas. encuadernado.

**Vida de S. Pedro Claver**, de la Compañía de Jesús, Apóstol de los negros, por el P. José Fernandez, sacada de los procesos jurídicos hechos ante el Ordinario de Cartagena de Indias (1657-1660); refundida y acrecentada por el P. Juan María Solá, de la Compañía de Jesús.—1 tomo 4.º, 5 ptas. encuadernado.

**Vida de S. Alonso Rodriguez**, Coadjutor temporal de la Compañía de Jesús, por el P. Jaime Nonell, de la misma Comp.—1 tomo en 4.º, 5 ptas. encuadernado.

**Vida del angélico joven S. Juan Berchmans**, de la Compañía de Jesús, por el P. Federico Cervós, de la la misma Compañía.—1 tomo en 4.º, 5 ptas. encuadernado.

**En prensa:** Vida de S. Francisco Javier, de la Compañía de Jesús, por el P. Francisco García.

**Resumen de la vida del angélico joven S. Juan Berchmans**, de la Compañía de Jesús por el P. Federico Cervós de la misma Compañía.—1 tomo en 8.º á 30 cénts. de pta. en rústica.

**Resumen histórico de la vida de S. Pedro Claver**, por el P. Juan M. Solá, de la Compañía de Jesús.—1 tomo en 8.º á 30 cénts. de pta. en rústica.

**Compendio de la Vida de S. Alonso Rodriguez**, de la Compañía de Jesús, por el P. Jaime Nonell, de la misma Compañía.—1 tomo en 8.º á 30 cénts. de peseta en rústica.

**Vida de S. Juan Berchmans** de la Compañía de Jesús, por el P. Cepari aumentada por el P. Buero y traducida por otro Padre, todos de la misma Compañía.—1 tomo en 8.º en percalina y planchas doradas, ptas. 1'75.

**Vida y milagros de S. Estanislao de Kostka**, de la Compañía de Jesús, por el P. Aranda de la misma.—1 tomo 8.<sup>o</sup> 2 ptas. en percalina y dorados.

**Vida de S. Antonio de Padua**, seguida de algunos ejercicios piadosos en honor suyo, por el P. Blondelet, fraile Recolecto.—1 tomo en 8.<sup>o</sup> á 1 pta. en percalina.

**Vida y Doctrina de Jesucristo**, sacada de los cuatro Evangelistas y distribuida en materia de meditación para todos los días del año, por el P. Arancini, de la Compañía de Jesús.—1 tomo en 8.<sup>o</sup> á 3 ptas. en pasta.

**Vida de la V. María Cristina de Saboya**, reina de las dos Sicilias.—1 tomo en 8.<sup>o</sup> á 75 cénts. de pta. en percalina.

*Vida de Nuestro Señor Jesucristo.*—1 cuaderno en 8.<sup>o</sup>, 25 cénts.

*Vida de S. José.*—1 cuaderno en 8.<sup>o</sup>, 15 cénts. de pta.

*Vida de nuestra Señora la Virgen María.*—1 cuaderno en 8.<sup>o</sup>, 15 cénts. de pta.

*Vida de Sto. Domingo de Guzman.*—1 cuaderno en 8.<sup>o</sup>, 15 cénts.

## EL SACERDOCIO ETERNO

Obra escrito en inglés por el Emmo. Cardenal Enrique Eduardo Manning, y traducida al castellano por el P. Andrés G. Rivas, de la Comp. de Jesús.

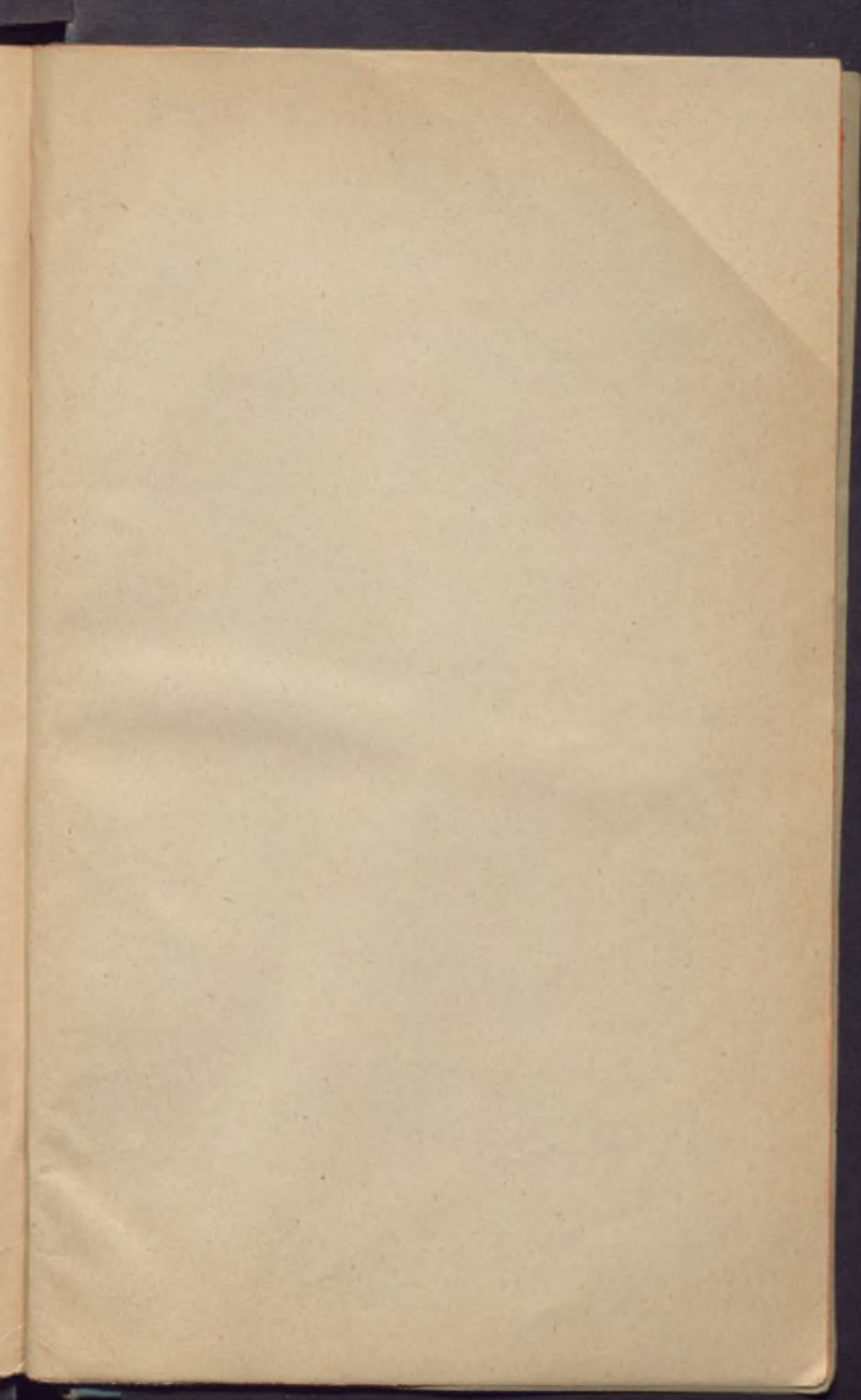
Para que los Sres. Sacerdotes puedan apreciar la importancia de esta obra de escritor tan distinguido, continuamos el Índice de la misma.

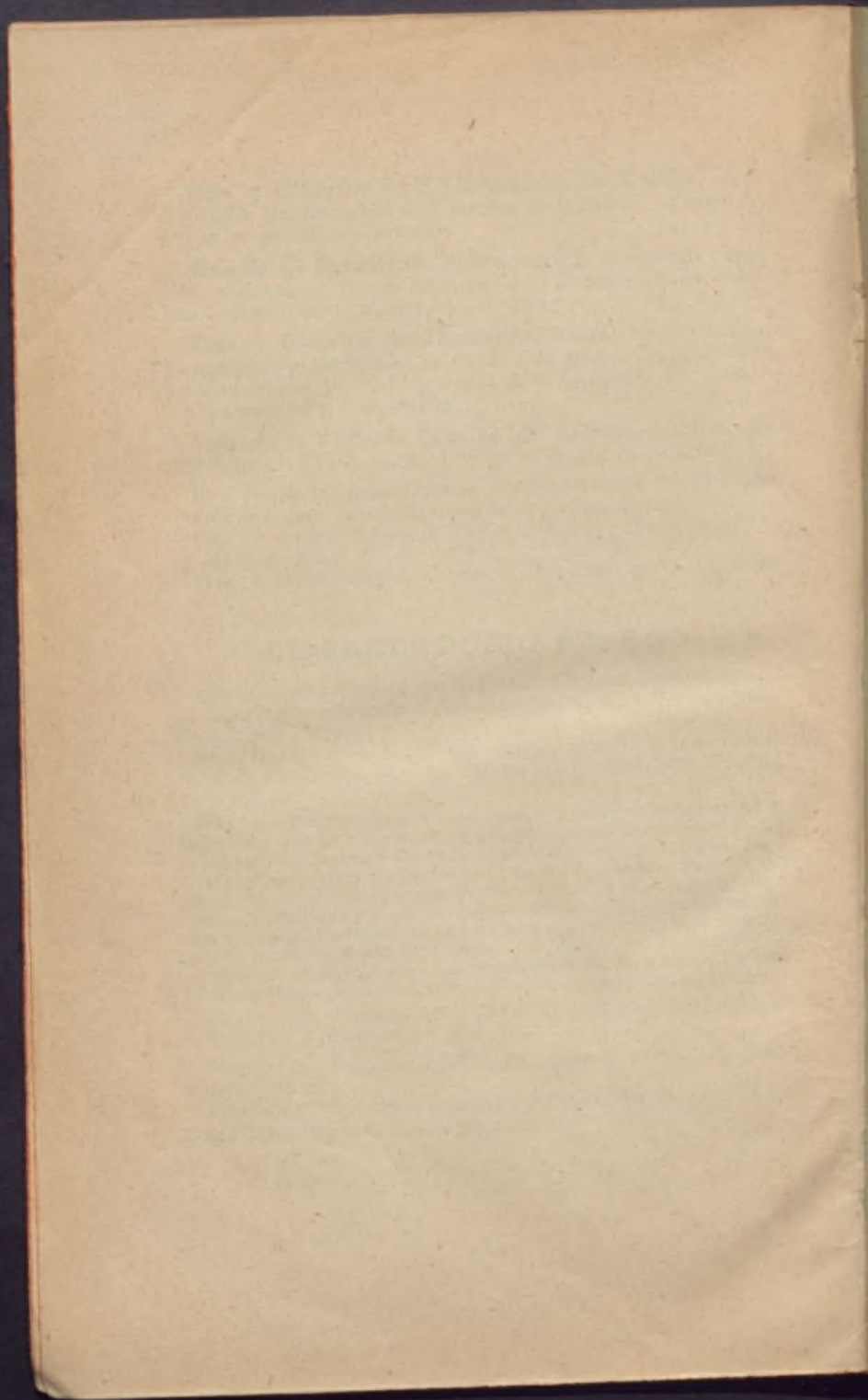
Prólogo.—Dedicatoria al Venerable Clero español y americano.—Naturaleza del Sacerdocio.—Las tres relaciones del Sacerdocio.—De la obligación que tienen los Sacerdotes de adquirir la Santidad. Medios para adquirir la perfección.—El fin del Sacerdote.—Peligros del Sacerdote.—Auxilios especiales del Sacerdote.—El cargo pastoral como fuente de confianza.—Valor del tiempo del Sacerdote.—Las penas del Sacerdote.—El Sacerdote falsamente acusado.—El amigo del Sacerdote.—El Sacerdote como Predicador.—La libertad del Sacerdote.—La obediencia del Sacerdote.—Las recompensas del Sacerdote.—La casa del Sacerdote.—La vida del Sacerdote.—La muerte del Sacerdote.

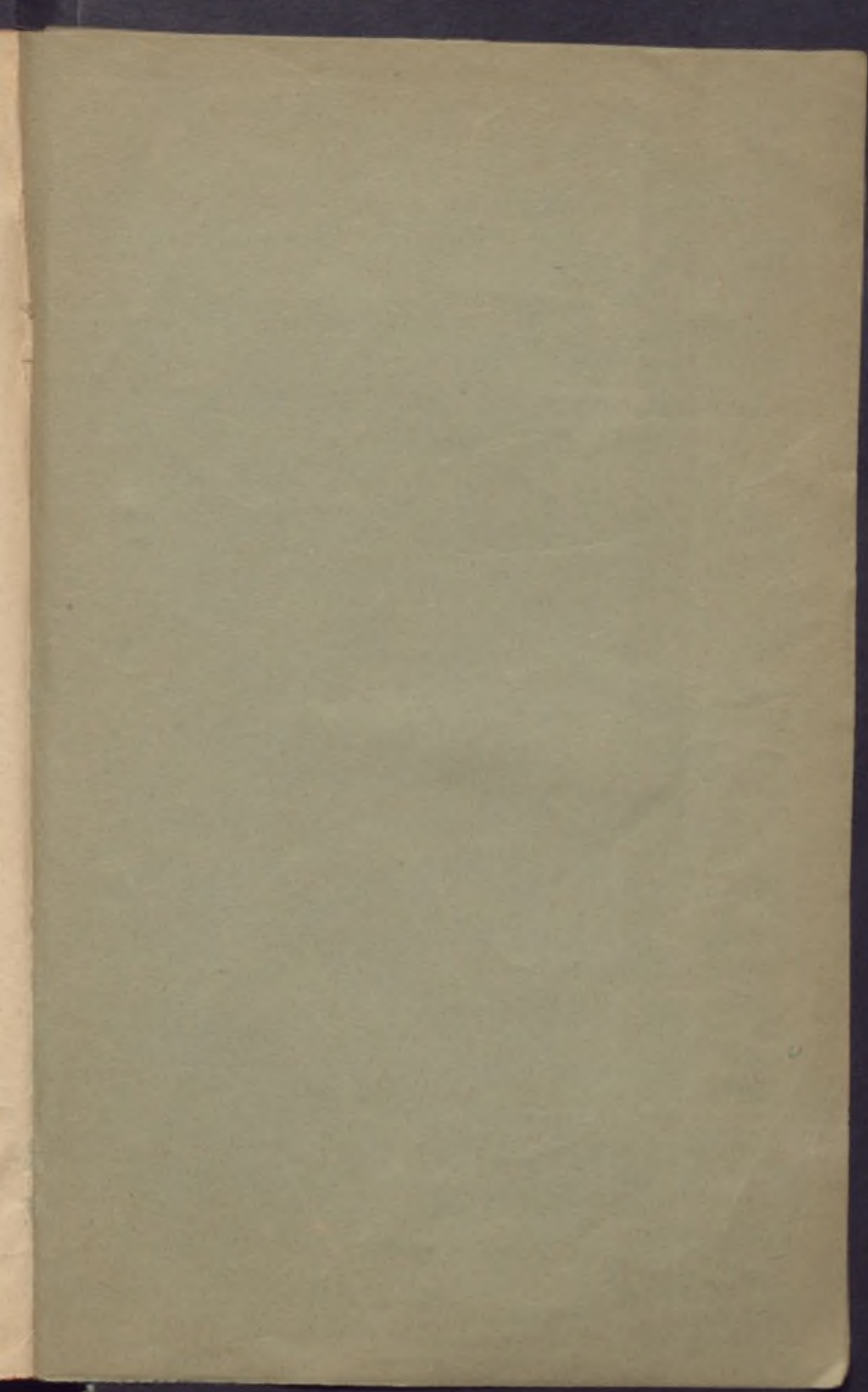
Consta de un tomo en 4.<sup>o</sup> al precio de 2'50 ptas. en rca.; 3 en holandesa y 3'50 en medio chagrín.

PUNTOS DE VENTA.—BARCELONA: Viuda é Hijos de J. Subirana, editores.

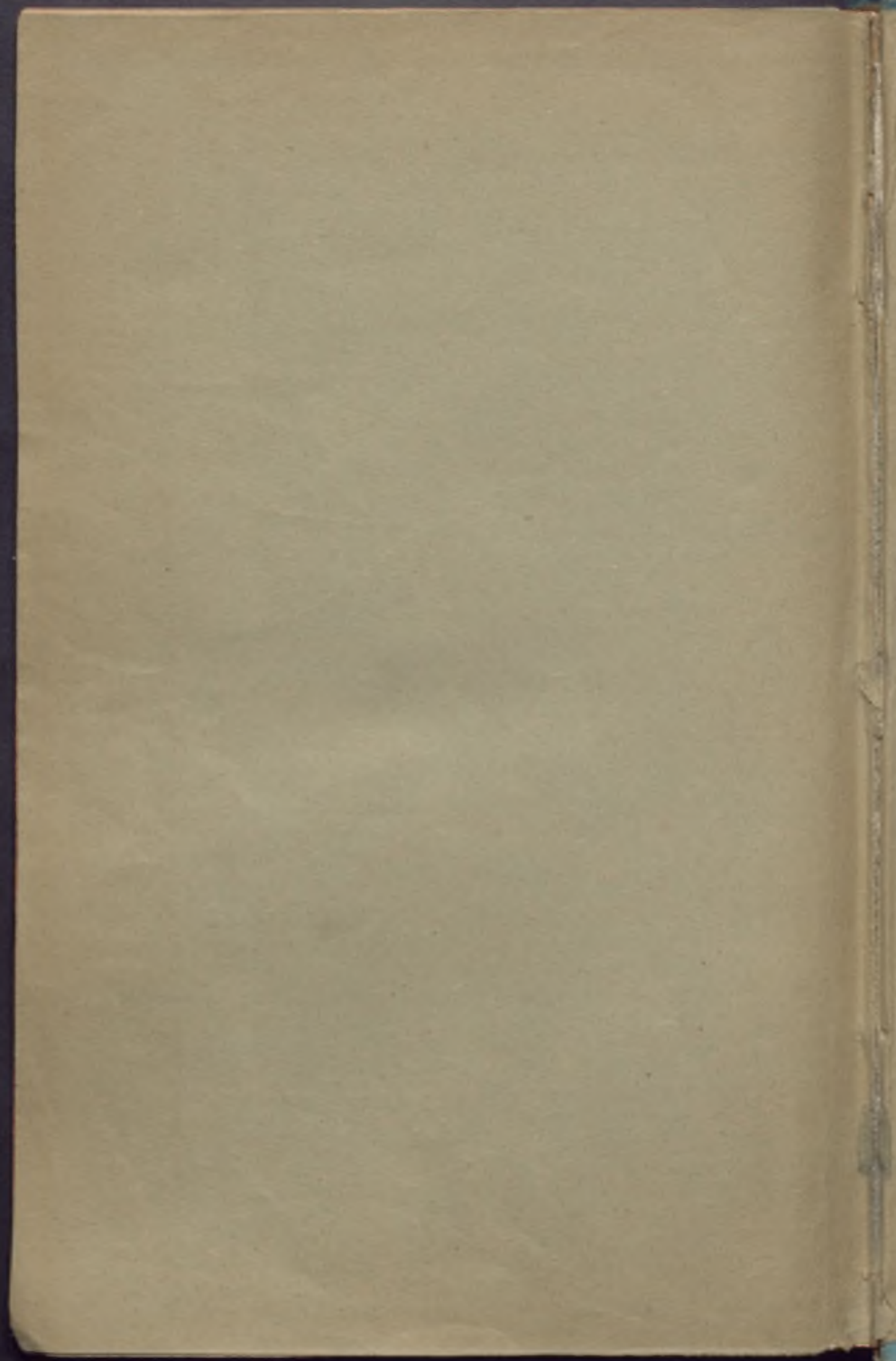
Provincias, Posesiones españolas y Extranjero. En casa de los Sres. Corresponsales de los mismos.











MUSEO NACIONAL  
DEL PRADO

**Glorias de San  
José / escritas  
Mad/663**



1073567

